Isaac Deutscher
Trotsky, el profeta armado

ERA

El hombre y su tiempo

ERA

Isaac Deutscher

Trotsky

el profeta armado

Difícilmente podría encontrarse, en la historia de este siglo, una figura que haya suscitado controversias tan apasionadas como León Trotsky, el hombre que acusó a Stalin de haber traicionado a la Revolución Rusa y fue acusado a su vez por aquél de haberse aliado con los peores enemigos de la Unión Soviética. La lucha contra el trotskismo, que constituyó una de las mayores preocupaciones de Stalin durante tres décadas, y el deseo de borrar a Trotsky de la memoria de toda una generación, fueron el móvil principal de la enorme empresa de reescribir la historia soviética desde el punto de vista del stalinismo triunfante.

En este volumen, el primero de la monumental biografía de Trotsky, Isaac Deutscher acomete con éxito la tarea de restaurar el equilibrio histórico. Traza minuciosamente la evolución de la primera parte de la vida de Trotsky: sus actividades, la formación y cristalización de su idea distintiva y fundamental —la revolución permanente—, su larga disputa y su reconciliación con Le-

Isaac Deutscher

Trotsky

El profeta armado

[1879-1921]

Ediciones ERA
s. a.

Primera edición en inglés: 1954
Titulo original: *The Prophet Armed. Trotsky: 1879-1921*
© 1954, Oxford University Press, Inc., Nueva York / Londres
Primera edición en español: 1966
Segunda edición en español: 1970
Traducción de José Luis González
Derechos reservados en lengua española
© 1966, Ediciones Era, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

INDICE

	Reconocimientos	8
	Prefacio	9
I	EL HOGAR Y LA ESCUELA	15
II	EN BUSCA DE UN IDEAL	34
III	EN EL UMBRAL DE LA HISTORIA	65
IV	UNA RELACION INTELECTUAL	101
V	TROTSKY EN 1905	118
VI	"REVOLUCION PERMANENTE"	142
VII	EL RECESO: 1907-1914	168
VIII	LA GUERRA Y LA INTERNACIONAL	200
IX	TROTSKY EN LA REVOLUCION DE OCTUBRE	234
X	EL COMISARIO DEL PUEBLO	301
XI	EL DRAMA DE BREST-LITOVSK	320
XII	ARMANDO A LA REPUBLICA	372
XIII	REVOLUCION Y CONQUISTA	410
	Nota sobre los escritos militares de Trotsky	435
XIV	DERROTA EN LA VICTORIA	445
	Bibliografía	479
	Indice de nombres	487

Reconocimientos

Tengo contraída una gran deuda, por sus observaciones críticas y su generoso estímulo, con el Profesor E. H. Carr y la Sra. Barbara Ward-Jackson, quienes leyeron partes de mi manuscrito; y con el Sr. Donald Tyerman, que lo leyó en su totalidad. El Sr. Bernard Singer me ayudó con sus íntimos conocimientos de la vida rusa. Al Sr. D. M. Davin y a los miembros del Cuerpo Editorial de la Oxford University Press les estoy agradecido por sus numerosas sugestiones de índole estilística. El Sr. Hugo Dewar y el Sr. Jon Kimche me auxiliaron proporcionándome materiales y libros, algunos de los cuales son actualmente rarezas bibliográficas. Expreso asimismo mi gratitud al Profesor William A. Jackson y a sus colaboradores en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard, quienes nos ayudaron a mí y a mi esposa a abrirnos camino entre los legajos de los Archivos de Trotsky. La misma deuda de gratitud tengo contraída con el personal de la Biblioteca Hoover, de la Biblioteca de Londres, del Museo Británico y de la Biblioteca Nacional Central.

La generosidad de la Oxford University Press y del Departamento de Humanidades de la Fundación Rockefeller nos permitieron a mi esposa y a mí pasar muchos meses en los Estados Unidos y llevar a cabo aquella parte de nuestro programa de investigación que dependía enteramente de nuestro acceso a las antes mencionadas bibliotecas norteamericanas.

Mi deuda con otros autores está reconocida en las notas al calce.

I. D.

Cuando por primera vez concebí la idea de escribir una trilogía biográfica sobre los dirigentes de la Revolución Rusa, pensé incluir un estudio de Trotsky en el exilio, no una biografía completa. Los últimos años de Trotsky y el trágico fin de su vida estimulaban mi imaginación más profundamente que la primera parte, más mundana, de su historia. Al reflexionar sobre el asunto, sin embargo, empecé a dudar de que Trotsky en el exilio pudiera ser comprensible si no se narraba la primera parte de la historia. Después, examinando los materiales históricos y las fuentes biográficas, llegué a darme cuenta, más claramente que antes, de cuán profundamente enraizado estaba el drama de los últimos años de Trotsky en las fases anteriores, e incluso en las más tempranas, de su carrera. Decidí, por lo tanto, dedicarle a Trotsky dos volúmenes separados aunque relacionados entre sí: *El profeta armado* y *El profeta desarmado*, el primero de los cuales presentaría lo que podría describirse como el "ascenso" de Trotsky, y el segundo su "caída". Me he abstenido de usar estos términos convencionales porque no creo que el ascenso de un hombre al poder sea necesariamente la culminación de su vida, ni que la pérdida de su posición equivalga a su caída.

Los títulos de estos volúmenes me han sido sugeridos por el pasaje de Maquiavelo que aparece en la página 13. El presente estudio ilustra la verdad de lo que allí se dice, pero también ofrece un comentario un tanto irónico sobre dicho pasaje. La observación de Maquiavelo en el sentido de que "todos los profetas armados han vencido y los desarmados han sido destruidos", es en verdad una observación realista. Lo que puede ponerse en duda es que la distinción entre el profeta armado y el desarmado, y la diferencia entre vencer y ser destruido, sean siempre tan claras como le parecían al autor de *El Príncipe*. En las páginas que siguen, vemos primero a Trotsky venciendo sin armas en la revolución más grande de nuestra era. Después lo vemos armado, victorioso, y agobiado bajo el peso de su armadura: el capítulo que lo presenta en la cúspide misma del poder lleva el título de "Derrota en la Victoria". Y cuando a continuación contemplemos al Profeta Desarmado, se nos planteará la interrogante de si no hubo un poderoso elemento de victoria oculto en su derrota.

Mi descripción del papel de Trotsky en la Revolución Rusa sorprenderá a muchos lectores. Durante casi treinta años la poderosa maquinaria propagandística del stalinismo trabajó en forma frenética para borrar el nombre de Trotsky de los anales de la revolución, o para dejarlo allí sólo como

sinónimo de architraidor. Para la generación soviética actual, y no sólo para ella, la historia de la vida de Trotsky es ya como un antiguo sepulcro egipcio del que se sabe que contuvo el cuerpo de un gran hombre y el registro, grabado en letras de oro, de sus hechos; pero al que los ladrones de tumbas y los vampiros han saqueado hasta el punto de dejarlo tan vacío y desolado que ya no se encuentran rastros del registro de los hechos que una vez contuvo. La labor de los ladrones de tumbas ha sido tan persistente en el presente caso, que incluso ha afectado notablemente las concepciones de los historiadores y estudiosos occidentales independientes.

Pese a todo ello, el registro de los hechos de la vida de Trotsky permanece intacto, conservado en sus propios voluminosos (pero en su mayor parte olvidados) escritos y en sus Archivos; en numerosas memorias de contemporáneos suyos, benévolos u hostiles; en las colecciones de periódicos rusos publicados antes, durante y después de la Revolución; en las minutas del Comité Central y en las actas taquigráficas de los Congresos del Partido y de los Soviets. Casi todas estas fuentes documentales son accesibles en bibliotecas públicas en el Occidente, aunque unas cuantas de ellas sólo se encuentran en bibliotecas privadas. Yo he utilizado todas estas fuentes. En unión de mi esposa, que participó en igual medida que yo en la investigación y en muchos otros aspectos contribuyó grandemente a la preparación de esta obra, hice un estudio especial de la rica colección de periódicos rusos prerrevolucionarios que se encuentra en la Biblioteca Hoover de Stanford, California, donde hallé fuentes escasamente utilizadas con anterioridad por los historiadores de los movimientos revolucionarios rusos. Junto con mi esposa estudié también los Archivos de Trotsky en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard, que es con mucho la colección más importante de documentos originales sobre historia soviética que existe fuera de la URSS. (Una breve descripción de los Archivos aparece en la bibliografía que acompaña a este volumen.)

No tengo razones, pues, para quejarme aquí, como me quejé en el Prefacio de mi *Stalin**, de falta de material biográfico. Esto se debe principalmente al contraste entre mis dos protagonistas. Trotsky era tan comunicativo acerca de su vida y sus actividades como reservado era Stalin. Permitía que personas totalmente desconocidas investigaran libremente casi todos los aspectos de su vida; él mismo escribió una autobiografía; y, lo que es más importante, una marcada e inconsciente veta autobiográfica corre a lo largo de sus veintenas de volúmenes publicados, de sus innumerables artículos y ensayos que no han sido reproducidos en forma de libro y de algunos de sus escritos inéditos. Dondequiera que fue dejó huellas tan firmes, que nadie posteriormente pudo borrarlas o disimularlas, ni siquiera él mismo cuando en raras ocasiones se vio tentado a hacerlo.

* Publicado por Ediciones ERA en esta misma colección.

Generalmente no se espera de un biógrafo que se disculpe por narrar la vida de un dirigente político que ha escrito su propia autobiografía. Pienso que el presente caso puede ser una excepción a la regla, pues al cabo de un examen minucioso y crítico sigo viendo en *Mi vida* de Trotsky una obra tan escrupulosamente veraz como puede serlo cualquier obra de su género. Ello no obstante, sigue siendo una apología producida en medio de la batalla desigual que su autor libró contra Stalin. En sus páginas, el Trotsky viviente luchó con los ladrones de tumbas. A la denigración stalinista en escala gigantesca él respondió con un peculiar acto de defensa propia que suena a glorificación de sí mismo. No explicó ni podía explicar satisfactoriamente el cambio en el clima de la revolución que hizo tan posible como inevitable su derrota; y su versión de las intrigas mediante las cuales una burocracia de mentalidad estrecha, "usurpadora" y malévola lo expulsó del poder, es obviamente inadecuada. La pregunta que tiene un interés subyugante para el biógrafo es: ¿en qué medida contribuyó el mismo Trotsky a su propia derrota? ¿En qué medida se vio él mismo obligado, por circunstancias críticas y por su propio carácter, a abrirle el camino a Stalin? La respuesta a estas preguntas revela la tragedia verdaderamente clásica de la vida de Trotsky, o más bien una reproducción de la tragedia clásica en los términos seculares de la política moderna; y Trotsky habría sido sobrehumano si hubiese podido revelarla. El biógrafo, en cambio, ve a Trotsky en el clímax de su triunfo como un ser tan culpable y tan inocente, y tan maduro para la expiación, como un protagonista de los dramas griegos. Yo abrigo la confianza de que este enfoque, que presupone la simpatía y la comprensión, esté tan exento de denigración como de alabanza.

En *Mi vida,* Trotsky se propuso vindicarse en los términos que le impusieron Stalin y toda la situación ideológica del bolchevismo en los años veintes, es decir, en términos del culto a Lenin. Stalin lo había denunciado como el inveterado enemigo de Lenin, y Trotsky en consecuencia se esforzó por demostrar su completa devoción a Lenin y su avenencia con éste. Su devoción a Lenin después de 1917 fue indudablemente genuina; y los puntos de acuerdo entre ellos fueron numerosos e importantes. Trotsky, sin embargo, hizo borrosos los claros contornos y la importancia de sus controversias con Lenin entre 1903 y 1917, y también de sus diferencias posteriores. Pero otra consecuencia, mucho más extraña, del hecho de que Trotsky hiciera su apología en términos del culto leninista fue que, en ciertos aspectos capitales, rebajó su propio papel en comparación con el de Lenin, lo cual es una hazaña sumamente rara en la literatura autobiográfica. Tal es el caso especialmente en lo que concierne a la descripción del papel que él desempeñó en la insurrección de octubre y en la creación del Ejército Rojo, donde Trotsky rebaja sus propios méritos para no dar la impresión de que rebaja a Lenin. Libre de lealtades a cualquier culto, yo he intentado la restauración del balance histórico.

Por último, he prestado especial atención a Trotsky el hombre de letras, el panfletista, el escritor militar y el periodista. La mayor parte de la obra literaria de Trotsky se encuentra ahora sumida en el olvido y es inaccesible a un público amplio. Y, sin embargo, éste es el escritor de quien Bernard Shaw, que sólo podía juzgar las cualidades literarias de Trotsky a base de traducciones deficientes, dijo que "superaba a Junius y a Burke". "Al igual que Lessing", escribió Shaw sobre Trotsky, "cuando le corta la cabeza a su adversario, la levanta para demostrar que no hay un cerebro en ella; pero no se permite tocar el carácter privado de su víctima... La despoja de todo prestigio político, pero le deja su honor intacto".[1] Yo sólo puedo lamentar que las consideraciones de espacio y composición no me hayan permitido mostrar este aspecto de la personalidad de Trotsky con mayor detenimiento. Pero espero volver a considerarlo en *El profeta desarmado*.

Octubre de 1952

[1] *The Nation*, Londres, 7 de enero de 1922.

"... no hay otra cosa más difícil de manejar, ni cuyo acierto sea más dudoso, ni se haga con más peligro, que el obrar como jefe para introducir nuevos estatutos. Tiene el introductor por enemigos activísimos a cuantos sacaron provecho de los antiguos estatutos, mientras que los que pudieran sacar el suyo de los nuevos no los defienden más que con tibieza...

"Cuando uno quiere discurrir adecuadamente sobre este particular, tiene precisión de examinar si estos innovadores tienen por sí mismos la necesaria consistencia, o si dependen de los otros; es decir, si, para dirigir su operación, tienen necesidad de rogar, o si pueden precisar. En el primer caso, no salen acertadamente nunca, ni conducen cosa ninguna a lo bueno; pero cuando no dependen sino de sí mismos, y que pueden forzar, dejan rara vez de conseguir su fin. Por esto, todos los profetas armados tuvieron acierto, y se desgraciaron cuantos estaban desarmados.

"Además de las cosas que hemos dicho conviene notar que el natural de los pueblos es variable. Se podrá hacerles creer fácilmente una cosa; pero habrá dificultad para hacerlos persistir en esta creencia. En consecuencia de lo cual es menester componerse de modo que, cuando hayan cesado de creer, sea posible precisarlos a creer todavía. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo, no hubieran podido hacer observar por mucho tiempo sus constituciones, si hubieran estado desarmados, como le sucedió al fraile Jerónimo Savonarola, que se desgració en sus nuevas instituciones. Cuando la multitud comenzó a no creerle ya inspirado, no tenía él medio alguno para mantener forzadamente en su creencia a los que la perdían, ni para precisar a creer a los que ya no creían."

Maquiavelo, *El Príncipe*, capítulo VI.

Múrmansk
FINLANDIA
Arcangel
YUDENICH (1919)
Petrogrado
Vólogda
Rigo
Perm
Esaterinburg
Omsk
Vilno
MOSCU
Kazan
POLACOS (1920)
Minsk
Gomel
Orel
Samara
KOLCHAK (1919)
Kiev
DENIKIN (1919)
Járkov
Tsaritsin
Odesa
Rostov
Astrakan
Sebastopol
Batum
Tiflis
Bakú
Krasnovodsk
TURQUIA
Asjabad
Territorios ocupados por los ejércitos antibolcheviques en 1919 y 1920
Frentes de los ejércitos antibolcheviques en 1919-20
Territorios bajo gobiernos blancos
Intervención de tropas extranjeras
Principales tierras de nadie
Frontera de la Rusia soviética en 1921
Ferrocarriles
Kilómetros
0
500

CAPITULO I

EL HOGAR Y LA ESCUELA

El reinado del zar Alejandro II (1855-1881) se acercaba a su término sombrío. El gobernante cuyo acceso al trono y cuyas primeras reformas habían despertado las esperanzas más optimistas en la sociedad rusa e incluso entre los revolucionarios emigrados, el gobernante que, en efecto, había liberado al campesino ruso de la servidumbre y se había ganado el título de El Emancipador, pasaba sus últimos años en una cueva de desesperación, acosado como un animal por los revolucionarios y ocultándose en sus palacios imperiales de las bombas y pistolas de aquéllos.

El zar purgaba la penitencia por la frustración de las esperanzas que había despertado: había desilusionado a casi todas las clases sociales. A los ojos de muchos terratenientes, él seguía siendo la subversión misma, coronada y envuelta en la túnica imperial. Nunca le perdonaron la reforma de 1861, que los había privado de su dominación feudal sobre los campesinos. A los campesinos los había liberado del peso de la servidumbre sólo para dejar que fueran aplastados por la pobreza y las deudas: los antiguos siervos, al ser emancipados, tuvieron que cederle a la aristocracia terrateniente una gran partes de las tierras que habían cultivado, y por las que conservaron tuvieron que seguir pagando un alto precio durante muchos años. Todavía veían al zar como su benefactor y amigo, y creían que era contradiciendo las intenciones del soberano como los terratenientes los despojaban de los beneficios de la emancipación. Pero ya por entonces se había despertado entre los campesinos el hambre de tierra, aquella gran hambre que durante más de medio siglo habría de sacudir a Rusia, poniendo su cuerpo y su alma en estado de excitación febril.

La aristocracia terrateniente y el campesinado eran todavía las clases principales de la sociedad rusa. La clase media urbana iba creciendo con gran lentitud. A diferencia de la burguesía europea, carecía de un pasado social, de tradición, de actitud propia, de confianza en sí misma y y de influencia. Una pequeña fracción del campesinado empezaba a abandonar el campo y formar una clase obrera industrial. Pero, aunque durante la última década del reinado de Alejandro tuvieron lugar las primeras huelgas industriales de importancia, la clase obrera urbana aún era considerada como una simple fracción desplazada del campesinado.

De ninguna de estas clases podía provenir una amenaza inmediata para el trono. Cada una esperaba que sus demandas fueran satisfechas y sus agravios remediados por el propio monarca. En todo caso, ninguna clase estaba en posición de ventilar sus quejas y de dar a conocer ampliamente sus demandas. Ninguna podía movilizar a sus miembros y hacer

sentir su fuerza en alguna institución representativa o en algún partido político. Estos no existían. El Estado y la Iglesia eran los únicos cuerpos que poseían una organización nacional; pero la función de ambos, función que había determinado su estructura y su constitución, había consistido en suprimir y no en expresar el descontento social.

Sólo un grupo, la intelectualidad, osaba desafiar a la dinastía. La gente culta en todas las esferas de la vida, especialmente la que no había sido absorbida por la burocracia oficial, no tenía menos razones que el campesinado para sentirse desilusionada con el zar Emancipador. Este había despertado y luego frustrado sus anhelos de libertad, del mismo modo que había despertado y luego defraudado el hambre de tierra de los *muzhiks*. Alejandro no había castigado a la intelectualidad con escorpiones, como su predecesor Nicolás I; pero todavía la castigaba con azotes. Sus reformas del sistema educativo y de la prensa habían sido hechas a regañadientes y con mezquindad: la vida espiritual de la nación seguía sujeta a la tutela de la policía, la censura y el Santo Sínodo. Al ofrecer a los grupos cultos una apariencia de libertad, había hecho más dolorosa y humillante todavía la negación de una verdadera libertad. La intelectualidad se empeñó en vengar sus esperanzas traicionadas; el zar se empeñó en domeñar el espíritu inquieto de aquélla; y, de esta suerte, las reformas semiliberales dieron paso a la represión y la represión engendró la rebelión.

Numéricamente, la intelectualidad era muy débil. Los revolucionarios activos entre sus miembros eran sólo un puñado. Si su lucha contra el soberano de noventa millones de súbditos se describiera como un duelo entre David y Goliat, todavía se estaría exagerando su fuerza. Durante la década de los setentas, que fue la década clásica de la rebelión de la intelectualidad, unos cuantos millares de personas a lo sumo participaron en la fase pacífica, "educativa y propagandística", del movimiento *narodnik* (populista); y en su fase final, terrorista, menos de dos veintenas de hombres y mujeres actuaron directamente. Estas dos veintenas hicieron del zar un fugitivo en su propio reino y mantuvieron a raya todo el poderío de su Imperio. Sólo teniendo como trasfondo una nación descontenta pero muda, pudo un grupo tan reducido alcanzar una estatura tan gigantesca. A diferencia de las clases básicas de la sociedad, la intelectualidad era un sector bien articulado; tenía el adiestramiento indispensable para hacer un análisis de los males que plagaban a la nación, y formuló los programas que se suponía habrían de remediar esos males. Los intelectuales difícilmente se habrían decidido a desafiar al Poder si hubiesen pensado que sólo hablaban por sí mismos. En un principio los inspiró la ilusión de que ellos eran los portavoces de la nación, especialmente del campesinado. En sus pensamientos, su propio anhelo de libertad se fundía con el hambre de tierra de los campesinos, y dieron a su organización revolucionaria el nombre de *Zemlya i Volia*: Tierra y Libertad. Absorbieron ávidamente las ideas del socialismo europeo y se esforzaron por adaptarlas a la situa-

ción rusa. El campesino, no el obrero industrial, habría de ser el pilar de la nueva sociedad de sus sueños. La comuna rural de propiedad colectiva, el *mir* secular que había sobrevivido en Rusia, y no la fábrica industrial de propiedad pública, habría de ser la célula básica de esa sociedad.

Los "hombres de los setentas" estaban condenados de antemano al fracaso como precursores de una revolución. No había, en realidad, ninguna clase social preparada para apoyarlos. En el transcurso de la década descubrieron gradualmente su propio aislamiento, se despojaron de un conjunto de ilusiones sólo para adoptar otro y trataron de resolver disyuntivas, algunas de las cuales eran peculiares de su país y su generación y otras eran inherentes a todo movimiento revolucionario. En un principio intentaron mover al campesinado a la acción, ya fuera esclareciendo a los *muzhiks* en cuanto a los males de la autocracia, como lo hicieron los seguidores de Lavrov, ya incitándolos contra el zar, como había propugnado Bakunin. Dos veces durante esa década, hombres y mujeres de la intelectualidad abandonaron sus hogares y profesiones para tratar de establecerse como campesinos entre los campesinos a fin de ganar acceso a la mentalidad de éstos. "Toda una legión de socialistas", escribió un general de la gendarmería cuya tarea consistía en vigilar este éxodo, "se ha empeñado en esto con una energía y un espíritu de abnegación que no tiene antecedentes en la historia de ninguna sociedad secreta en Europa". La abnegación fue infructuosa, pues el campesinado y la intelectualidad perseguían fines encontrados. El *muzhik* todavía creía en el zar Emancipador, y recibía con suspicaz indiferencia o abierta hostilidad las palabras de "esclarecimiento" o de "incitación" populista. La gendarmería y la policía hicieron redadas de los idealistas que habían "ido al pueblo", y los tribunales los sentenciaron a largas condenas de prisión, a trabajos forzados o a la deportación.

La idea de la revolución a través del pueblo fue reemplazada gradualmente por la de una conspiración que sería planeada y ejecutada por una pequeña y resuelta minoría intelectual. Las formas del movimiento cambiaron por consiguiente. El éxodo de la intelectualidad al campo había sido espontáneo; no había sido dirigido desde ningún centro. La nueva conspiración exigía una organización estrictamente clandestina, compacta, con una dirección vigorosa y una disciplina rígida. Sus dirigentes —Zhelíabov, Kibálchich, Sofía Peróvskaya, Vera Figner y otros— no se inclinaban en un principio a la acción terrorista, pero la lógica de su posición y los acontecimientos los empujaron por ese camino. En enero de 1878 una muchacha, Vera Zasúlich —que más adelante habría de influir en el protagonista de este libro— disparó sobre el general Trépov, jefe de la gendarmería de Petrogrado, en protesta contra los malos tratos y las vejaciones que éste le había infligido a un preso político. En el proceso de la Zasúlich se revelaron horribles abusos cometidos por la policía. El jurado se sintió tan conmovido por las revelaciones y por el sincero idea-

lismo de la acusada, que la absolvió. Cuando la policía intentó aprehenderla fuera del tribunal, una multitud de simpatizantes la rescató y le permitió escapar. El zar ordenó que de entonces en adelante los delincuentes políticos fueran juzgados por tribunales militares y no por jurados.

La acción impremeditada de la Zasúlich y la reacción favorable que suscitó les señalaron el camino a los conspiradores. En 1879, el año en que comienza esta narración, el partido de Tierra y Libertad se escindió. Un grupo de miembros, decididos a llevar a cabo atentados terroristas hasta derrocar a la autocracia, se constituyó en un nuevo organismo, la *Naródnaya Volia* Libertad del Pueblo.[1] Su nuevo programa hacía mucho más hincapié en las libertades ciudadanas que en la reforma agraria. Otro grupo, menos influyente y que no creía en la conspiración terrorista, se separó para propugnar la *Partición Negra* (*Chornyi Peredel*), o sea una distribución igualitaria de la tierra. (De este grupo, encabezado por Plejánov, que posteriormente emigró a Suiza, saldría el primer mensaje marxista y socialdemócrata a los revolucionarios en el interior de Rusia.)

El año de 1879, trajo consigo una rápida sucesión de espectaculares atentados terroristas. En febrero fue muerto a tiros el príncipe Kropotkin, gobernador de Járkov. En marzo tuvo lugar un atentado contra el general Drenteln, jefe de la policía política. En el transcurso del año el propio zar salió ileso de dos atentados que fracasaron por escaso margen: en marzo un revolucionario le hizo cinco disparos, y en el verano, mientras el zar regresaba de su residencia de Crimea, varias minas estallaron bajo su tren. A los atentados siguieron detenciones en masa, ejecuciones en la horca y deportaciones. Pero el 1o. de marzo de 1881, los conspiradores lograron asesinar al zar.

Ante el mundo, el zarismo presentaba una esplendorosa fachada de grandeza y poder. Sin embargo, en abril de 1879, Karl Marx, en una carta escrita desde Londres a un amigo ruso, señalaba la desintegración de la sociedad rusa que se ocultaba tras esa fachada, y comparaba la situación de Rusia al término del reinado de Alejandro con la de Francia bajo Luis XV.[2] Y, en efecto, fue durante la última década del reinado de Alejandro cuando nació la mayoría de los hombres que habrían de encabezar la Revolución Rusa.

Muy lejos del escenario de esta lucha enconada, en la apacible y soleada estepa del sur de Ucrania, en la provincia de Jersón, cerca de la pequeña población de Bobrinetz, David Leóntievich Bronstein se establecía —en el año de 1879— en una granja que acababa de comprarle a cierto coronel Yanovsky, de cuyo apellido se derivaba el nombre de la granja:

[1] *Naródnaya Volia* se traduce a menudo como la *Voluntad del Pueblo*. *Volia* significa, en realidad, tanto "voluntad" como "libertad", y puede traducirse en una u otra forma.

[2] *Perepiska K. Marxa i F. Engelsa s Rússkimi Politicheskimi Déyatelami*, p. 84.

Yanovka. La propiedad, que abarcaba unas 400 hectáreas, se la había concedido el zar al coronel como recompensa por sus servicios. Yanovsky no había tenido éxito como agricultor y se alegró de poder venderle 100 hectáreas y arrendarle otras 160 a Bronstein. La transacción se efectuó a principios del año. En el verano, el nuevo propietario y su familia se mudaron de una aldea vecina a la cabaña techada de paja que habían adquirido junto con la granja.

Los Bronstein eran judíos. Era cosa rara que un judío se dedicara a la agricultura. Con todo, unas cuarenta colonias agrícolas judías —especie de desbordamiento de los abigarrados ghettos del "palio"— existían dispersas por la estepa de Jersón. A los judíos de Rusia no se les permitía vivir fuera del palio, es decir, fuera de las ciudades que se encontraban principalmente en las provincias occidentales arrebatadas a Polonia. Pero sí se les permitía establecerse libremente en las estepas meridionales cercanas al Mar Negro. Rusia había tomado posesión de ese territorio, escasamente poblado pero fértil, a fines del siglo XVIII, y los zares fomentaron activamente su colonización. Allí, como sucede tan a menudo en la historia de las colonizaciones, el inmigrante extranjero y el proscrito fueron los pioneros. Servios, búlgaros, griegos y judíos recibieron estímulos para conquistar las nuevas tierras. Los pobladores judíos, hasta cierto punto, mejoraron su suerte. Echaron raíces en el país, disfrutaron de ciertos privilegios y se libraron de la amenaza de expulsión y violencia que siempre pesaba sobre el palio judío. Nunca había sido perfectamente claro hasta dónde alcanzaba la extensión del palio. Alejandro I lo había dejado ampliarse un poco. Nicolás I, apenas ascendió al trono, ordenó su reducción. A mediados de siglo expulsó nuevamente a los judíos de Nikoláiev, Sebastopol, Poltava y las ciudades alrededor de Kíev. La mayoría de los expulsados volvieron a establecerse dentro del reducido y congestionado palio, pero unos pocos emigraron a la estepa.[3]

Fue probablemente durante una de esas expulsiones, a principios de la década de los cincuentas, cuando León Bronstein, el padre del nuevo propietario de Yanovka, abandonó en unión de su familia una pequeña población judía cerca de Poltava, al este del Dnieper, y se estableció en la provincia de Jersón. Sus hijos permanecieron en el lugar cuando se hicieron adultos, pero sólo uno de ellos, David, prosperó lo suficiente para separarse de la colonia judía y establecerse como agricultor independiente en Yanovka.

Por regla general, los colonizadores procedían de las capas más bajas de la población judía. Los judíos habían sido habitantes de ciudades durante siglos, y la agricultura era tan ajena a su modo de vida que muy pocos de quienes eran capaces de ganarse el sustento en la ciudad estaban

[3] S. M. Dubnov, *History of the Jews in Russia and Poland*, vol. II, pp. 30-34 *et passim*.

dispuestos a dedicarse al cultivo de la tierra. El comerciante, el artesano, el prestamista, el intermediario, el devoto estudioso del Talmud preferían vivir dentro del palio, en una comunidad judía establecida aunque miserable. Despreciaban a tal punto la vida rural que, en su lenguaje, *Am Haaretz,* "el hombre de la tierra", significaba también el rústico y el ignorante que ni siquiera conocía superficialmente las Escrituras. Quienes emigraban a la estepa no tenían nada que perder; no temían al trabajo duro y desacostumbrado; y estaban poco ligados a la sinagoga, sino totalmente desvinculados de ella.

El nuevo propietario de Yanovka indudablemente habría sido descrito por sus correligionarios como un *Am Haaretz*: era analfabeto, indiferente a la religión e incluso un tanto desdeñoso de la sinagoga. Aunque sólo pertenecía a una segunda generación de agricultores, había en él tanto del campesino y del hijo de la naturaleza que parecía casi completamente desjudaizado. En su casa no se hablaba el yiddish, esa amalgama de antiguo alemán, hebreo y eslavo, sino una mezcla de ruso y ucraniano. A diferencia de la mayoría de los *muzhiks,* sin embargo, los Bronstein no tenían recuerdos de la servidumbre: allí, en la estepa abierta, la servidumbre nunca había arraigado firmemente. David Bronstein era un agricultor libre y ambicioso, rudo y trabajador, un espécimen de colonizador de fronteras. Estaba resuelto a convertir su granja en un fundo floreciente, trabajaba y hacía trabajar duramente a sus empleados. Sus oportunidades pertenecían aún al futuro: cuando se estableció en Yanovka apenas tenía unos treinta años.

Su esposa Ana procedía de un linaje diferente. Se había criado en Odesa o en alguna otra ciudad del sur, no en el campo. Era lo bastante educada como para hacerse suscriptora de una biblioteca circulante y para leer ocasionalmente una novela rusa: pocas mujeres judías rusas de su tiempo podían hacer tal cosa. En su hogar paterno había absorbido algo de la tradición judía ortodoxa; observaba los ritos con más atención que su marido y no viajaba ni cosía los sábados. Su origen de clase media se manifestaba en un convencionalismo instintivo, teñido de cierta hipocresía religiosa. En caso de necesidad, se ponía a coser un sábado, pero cuidándose de que ningún extraño la viera. No son claras las razones que la llevaron a casarse con el agricultor Bronstein; su hijo dice que se enamoró de su futuro marido cuando éste era joven y bien parecido. Su familia, desdeñosa del rústico, no vio el enlace con buenos ojos. El matrimonio, sin embargo, no fue desdichado. En un principio la joven señora Bronstein no se avino a la vida del campo, pero con el tiempo se esforzó por deshacerse de sus hábitos citadinos y convertirse en una campesina. Antes de trasladarse a Yanovka, había tenido cuatro hijos. Unos pocos meses después que la familia se estableció en Yanovka, el 26 de octubre de 1879, nació un quinto niño, al que le dieron el nombre de su abuelo, Lev o León, el hombre que había abandonado la población judía cerca de Poltava para

radicarse en la estepa.[4]

Por una coincidencia del destino, el día que el niño nació, el 26 de octubre (o 7 de noviembre según el nuevo calendario), fue la fecha exacta en que treinta y ocho años más tarde, con el nombre de León Trotsky, habría de encabezar la insurrección bolchevique en Petrogrado.[5]

El niño vivió sus primeros nueve años en Yanovka. Su infancia, como él mismo habría de decir más tarde, no fue "ni la pradera soleada de los privilegiados ni el infierno adusto, hecho de hambre, violencia y humillación, que es la infancia para los más". Los Bronstein llevaban la vida austera de los advenedizos industriosos y ahorrativos. "En aquella casa, todos los músculos estaban tensos, todos los pensamientos enderezados hacia una preocupación: trabajar y acumular".[6] La vida en Yanovka estaba regida enteramente por el ritmo de las labores en la granja. Nada más importaba, excepto el precio del trigo en el mercado mundial, que precisamente por entonces descendía rápidamente. Sin embargo, las preocupaciones de los Bronstein por el dinero no eran mayores que las de la mayoría de los agricultores; no eran tacaños en lo que tocaba a sus hijos, y hacían cuanto estaba a su alcance para darles una buena preparación. Cuando Liova[7] nació, los niños mayores asistían a la escuela en la ciudad, y él mismo tuvo una niñera, un lujo que pocos campesinos podían darse. Más tarde habría un maestro de música en Yanovka, y los varones serían enviados a la universidad. Ambos progenitores estaban demasiado absorbidos por su trabajo para poder cuidar con mucha ternura al benjamín, pero éste tenía como compensación el cuidado afectuoso de sus dos hermanas y de su nana. Liova creció como un muchacho saludable y vivaz que deleitaba a sus padres y hermanas, así como a los sirvientes y trabajadores de la granja, con su inteligencia y buena disposición.

De acuerdo con las normas de su medio ambiente, tuvo una infancia cómoda. La cabaña de los Bronsteins estaba hecha de barro y tenía cinco piezas, algunas de las cuales eran pequeñas y tenían poca luz, el piso de barro sin cubrir y el techo de paja que goteaba cuando llovía con fuerza; pero las familias campesinas vivían por lo general en chozas de lodo de una o dos piezas. Durante la infancia de Liova, la familia incrementó su riqueza y su importancia. Las cosechas y el ganado iban en aumento y nuevas construcciones se levantaron alrededor de la cabaña. Junto a ésta había un gran galpón que albergaba un taller, la cocina de la granja y

[4] L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, capítulo I. (Todas las citas de esta obra están tomadas de la traducción española publicada por la Editorial Colón, México, 1946. N. del T.)

[5] El mismo año, más de dos meses después, Joseph Dzhugashvili Stalin nació en el poblado georgiano de Gori.

[6] L. Trotsky, *op. cit., loc. cit.*

[7] Liova es el diminutivo de Lev o León.

las habitaciones de los sirvientes. Detrás del galpón había un conglomerado de grandes y pequeños establos, pesebres, graneros, chiqueros y otras accesorias. Más lejos, sobre una colina al otro lado de una laguna, se alzaba un alto molino, aparentemente el único en aquella parte de la estepa. En el verano, los *muzhiks* de las aldeas vecinas y remotas traían su trigo para molerlo allí. Durante semanas esperaban formando colas, dormían en los campos cuando hacía buen tiempo y en el interior del molino cuando llovía, y le pagaban al dueño de éste un diezmo en especie por la molienda y la trilla. David Bronstein negociaba en un principio con los comerciantes locales; pero posteriormente, a medida que su riqueza aumentó, vendió sus productos por intermedio de su propio mayorista en Nikoláiev, el puerto triguero a orillas del Mar Negro que crecía rápidamente en importancia. Al cabo de unos cuantos años en Yanovka, pudo haber adquirido fácilmente mucha más tierra de la que poseía, de no ser por el nuevo ucase de 1881 que prohibía a los judíos comprar tierras, incluso en la estepa. Bronstein ahora sólo podía tomar en arrendamiento las tierras de sus vecinos, y lo hizo en gran escala. Los vecinos eran miembros de la aristocracia rural polaca y rusa en decadencia, que dilapidaban despreocupadamente sus fortunas y vivían endeudados, aun cuando todavía habitaban espléndidas residencias campestres.

Aquí el niño observó por primera vez una clase social en decadencia. "La familia Gertopánov era el prototipo del linaje noble arruinado. Su finca Gertopánovka, había dado nombre a una gran parroquia y a una comarca extensa, pertenencia toda ella, en otro tiempo, de la familia. Ahora, la antigua propiedad quedaba reducida a 400 ha, y aun éstas cargadas de hipotecas y gravámenes. Mi padre, que llevaba la tierra arrendada, tenía que entregar las rentas a un Banco. Timofei Isáievich, el dueño de la finca, vivía de escribir cartas, instancias y memoriales para los labriegos. Cuando alguna vez venía de visita a nuestra casa, se llevaba escondido en las mangas tabaco y azúcar. Y lo mismo su mujer. Esta, salpicando saliva, nos contaba sus recuerdos de juventud, de aquellos tiempos en que vivía rodeada de esclavas, pianos, sedas y perfumes. De sus hijos, dos se criaban casi como analfabetos: el más pequeño, Víctor, estaba de aprendiz en nuestro taller".[8] Es fácil imaginar cómo veían los Bronstein su propia competencia y dignidad cuando se comparaban con tales vecinos. Buena parte de su confianza en sí mismos y de su laboriosidad optimista se la legaron a sus hijos.

Sus padres y hermanas trataban de mantener al pequeño Liova cerca de la cabaña, pero el trajín y el ajetreo de la finca resultaban excesivos para él, excepto durante los tranquilos y monótonos meses de invierno, cuando la vida familiar se centraba en el comedor. La magia del taller aledaño fascinaba al niño: allí Iván Vasílievich Grebien, el mecánico en

[8] L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, p. 65.

jefe, lo inició en el uso de las herramientas y los materiales. Ivan Vasílievich era también el confidente de la familia; comía y cenaba en la cabaña, en la mesa de su patrón, algo que era casi inimaginable en un hogar judío ordinario. Los trucos y las bromas del mecánico y su carácter jovial cautivaron a Liova: en *Mi vida* recuerda al mecánico como la influencia principal de su infancia. Pero en el taller el niño tropezó también, de cuando en cuando, con un desconcertante estallido de exasperación en otros trabajadores. Una y otra vez llegó a escuchar involuntariamente duras palabras contra sus padres, palabras que le causaron gran impresión, lo pusieron a pensar y se grabaron en su mente.

Del taller solía salir para vagabundear por los graneros y los establos, para jugar y esconderse en los pajares umbríos, para familiarizarse con los hombres y los animales y los espacios abiertos de la pradera. Con su hermana aprendió el alfabeto, y de ella obtuvo sus primeros vislumbres de la importancia de las cifras cuando observó a los campesinos y a su padre regatear en el molino por trigo y dinero. Presenció escenas de pobreza, crueldad y rebelión inútil; y observó las huelgas de los jornaleros hambreados en plena cosecha. "Los jornaleros abandonaban los campos, congregábanse en el patio, se tumbaban boca abajo a la sombra de los graneros con las piernas desnudas, todas picadas y arañadas por la paja, y esperaban tranquilamente. Dábanles leche cuajada o melones, o medio saco de pescado seco, y se volvían al trabajo, a veces cantando".[9] Otra escena que habría de recordar fue la de un grupo de jornaleros que venían de los campos, en el crepúsculo, con pasos inciertos y las manos extendidas por delante: víctimas de la ceguera nocturna producida por la desnutrición. Un inspector de salubridad se presentó en Yanovka, pero no encontró ninguna irregularidad allí: los Bronstein no trataban a sus jornaleros peor que los demás patrones; la comida —sopa y *kasha*— no era inferior a la que se servía en cualquier otra granja. No hay por qué exagerar la impresión que todo esto produjo en el niño. Muchos han visto escenas semejantes y aun peores en su infancia, sin que después se hayan hecho revolucionarios. Fueron necesarias otras influencias más complejas para encender en Liova la indignación contra la injusticia social y para volver su mente contra el orden establecido. Pero cuando estas influencias aparecieron, iluminaron vívidamente las imágenes y las escenas acumuladas en su memoria y afectaron con tanto más fuerza su sensibilidad y su conciencia. El niño tomaba su medio ambiente como algo natural. Sólo cuando se sentía conmovido por un caso de rudeza extrema por parte de su padre rompía a llorar y ocultaba el rostro en los cojines del sofá en el comedor.

Tenía siete años cuando sus padres lo enviaron a la escuela en Gromokla, una colonia judío-alemana que sólo distaba unos tres kilómetros

[9] L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, p. 58.

de Yanovka. Allí se alojó con unos parientes. La escuela a la que asistía puede describirse como un *jeder*, una escuela particular religiosa judía que usaba el yiddish como vehículo de enseñanza. En ella el niño aprendió a leer la Biblia y a traducirla del hebreo al yiddish. El plan de estudios incluía también, como materias secundarias, lecturas en ruso y nociones de aritmética. Como ignoraba el yiddish, Liova no podía entender a su maestro ni a sus condiscípulos. La escuela era casi seguramente un agujero sucio y fétido, donde el niño acostumbrado a vagar libremente por los campos debe de haber sentido que se asfixiaba. Las costumbres de los adultos también lo desconcertaban. Una vez vio a los judíos de Gromokla llevar a empujones por la calle a una mujer de moralidad dudosa, humillándola sin piedad e injuriándola a voces. En otra ocasión los colonos castigaron con terrible rigor a un ladrón de caballos. También observó un extraño contraste: en un lado de la aldea estaban las míseras casuchas de los colonos judíos; en el otro lado relucían las limpias y cómodas cabañas de los pobladores alemanes. El niño, naturalmente, se sentía atraído por las segundas.

Su estadía en Gromokla fue breve, pues al cabo de unos pocos meses los Bronstein, viendo que el niño no era feliz, resolvieron llevárselo a casa. Y así se despidió de las Escrituras y de los condiscípulos que habrían de seguir traduciendo, en un extraño sonsonete, los versículos del incomprensible hebreo al incomprensible yiddish.[10] Pero, durante los pocos meses que pasó en Gromokla, aprendió a leer y escribir ruso; y de regreso en Yanovka copió infatigablemente pasajes de los pocos libros que tenía a su alcance y más tarde escribió composiciones, recitó versos e hizo rimas de su propia invención. Comenzó a ayudar a su padre con las cuentas de la granja, y a menudo le hacían recitar sus versos y mostrar sus dibujos para admiración de los visitantes. En un principio corría a esconderse, avergonzado, pero con el tiempo se acostumbró a recibir los elogios y a procurarlos.

Un año o poco más después de que Liova abandonó la escuela judía, llegó a Yanovka un visitante que habría de ejercer una influencia decisiva en su infancia y adolescencia. Este fue Moisei Filipovich Spentzer, un sobrino de la señora Bronstein, miembro de la remota rama urbana y de clase media de la familia. "Con algo de periodista y otro poco de estadístico", residía en Odesa, había sido afectado por el fermento de las ideas liberales y expulsado de la universidad por un delito político de poca importancia. Durante su permanencia en Yanovka, que duró todo un verano —por motivos de salud—, dedicó gran parte de su tiempo al brillante pero poco instruido benjamín de la familia. Después se ofreció a llevarlo a Odesa y a hacerse cargo de su educación. Los Bronstein aceptaron el

[10] Posteriormente, durante su estadía en Odesa, volvió a tomar clases de hebreo, pero el resultado no fue mucho mejor.

ofrecimiento y así fue como, en el otoño de 1888, equipado con un flamante uniforme escolar, cargado de paquetes que contenían todos los manjares que la cocina campesina de Yanovka podía producir, y entre lágrimas de tristeza y alegría, Liova salió una vez más del hogar paterno.

El puerto de Odesa en el Mar Negro era la Marsella rusa, sólo que mucho más nuevo que Marsella, soleado y alegre, multinacional y abierto a muchos aires e influencias. El ardor meridional, el gusto por lo espectacular y la cálida emotividad predominaban en el temperamento de los habitantes de Odesa. Durante los siete años de su permanencia allí, sin embargo, no fueron tanto la ciudad y su atmósfera cuanto el hogar de los Spentzer lo que moldeó la mente y el carácter de Liova. Difícilmente podía haber ingresado éste en una familia tan diferente de la propia. En un principio la situación económica de los Spentzer no era muy desahogada; el propio Moisei Filípovich se hallaba en posición desventajosa a causa de su expulsión de la universidad, y, por el momento, su esposa, directora de una escuela laica para niñas judías, era el sostén de la familia. Más tarde Spentzer se convirtió en un eminente editor liberal. Max Eastman, el escritor norteamericano que conoció a la pareja unos cuarenta años más tarde, los describió como "bondadosos, reposados, refinados e inteligentes".[11] Empezaron por enseñar al niño a hablar un ruso correcto, en lugar de la hogareña mezcla de ucraniano y ruso, y a pulir sus modales al mismo tiempo que su acento. Liova era impresionable y tenía el vivo deseo de transformarse de un rústico rapaz en un alumno presentable. Ante él se abrían nuevos intereses y placeres. En las primeras horas de la noche los Spentzer le leían en voz alta las poesías de los clásicos rusos: Pushkin, Lérmontov y su favorito Nekrásov, el poeta-ciudadano cuyos versos eran una protesta contra las injusticias del zarismo. Liova escuchaba embelesado y rezongaba cuando lo obligaban a descender de las doradas nubes de la poesía a su cama. De labios de Spentzer escuchó por primera vez la historia de Fausto y Gretchen; *Oliver Twist* lo hizo llorar; y leyó a hurtadillas el sombrío y drástico drama de Tolstoi *El poder de las tinieblas*, que la censura acababa de prohibir y era el tema de muchos comentarios furtivos entre los adultos.

Los Spentzer habían escogido una escuela para él, pero su corta edad le vedaba el ingreso. Esta dificultad, sin embargo, quedó superada cuando el funcionario del Registro Civil de la jurisdicción de Yanovka expidió un certificado de nacimiento que lo declaraba un año mayor de lo que era en realidad. Un obstáculo mayor lo representaba el hecho de que el año anterior, en 1887, el gobierno había promulgado el notorio ucase sobre el *numerus clausus*, según el cual la admisión de los judíos a las escuelas secundarias no debía exceder el 10%, y en algunos lugares el 5 o el 3%, de todos los alumnos. Los candidatos a admisión judíos tenían

[11] Max Eastman, *Leon Trotsky: The Portrait of a Youth*, p. 14.

que someterse a exámenes de capacidad. Liova, que no había asistido a ninguna escuela primaria, fracasó en el examen. Durante un año tuvo que asistir a la clase preparatoria de la misma escuela, de la cual podían pasar los alumnos judíos al primer año con prioridad sobre los solicitantes judíos que provenían de otras escuelas.

En la *Realschule* de San Pablo —tal era el nombre de la escuela— no se enseñaba griego ni latín, pero los alumnos recibían una preparación superior a la del *gymnasium* ordinario en ciencias, matemáticas y lenguas modernas, alemán y francés. La intelectualidad progresista consideraba que este *curriculum* era más adecuado para darles a sus hijos una educación racionalista y práctica. La escuela de San Pablo había sido fundada por la parroquia luterana alemana de Odesa, pero no había escapado a la rusificación. Cuando Liova ingresó en ella, la enseñanza se impartía en ruso, pero los alumnos y los maestros eran de origen alemán, ruso, polaco y suizo, y de religión ortodoxa griega, luterana, católica romana y judía. Esta variedad de nacionalidades y cultos tenía como resultado un grado de liberalismo poco común en las escuelas rusas. Ninguna nacionalidad predominaba, y ningún culto, ni siquiera el ortodoxo griego, era favorecido. En el peor de los casos, un maestro ruso hostigaba subrepticiamente a un alumno polaco, o un sacerdote católico molestaba con atenuada malevolencia a un estudiante judío. Pero no había discriminación ni persecución abiertas que suscitaran sentimientos de inferioridad en los alumnos no rusos. La discriminación, sin duda, era inherente al hecho de que el ruso había sido impuesto como idioma oficial; pero esto sólo podían resentirlo acaso los alumnos alemanes y sus padres. Y, a despecho del *numerus clausus,* el alumno judío, una vez admitido, era bien tratado. En cierto sentido, la escuela de San Pablo fue la primera experiencia cosmopolita de Liova.

Este fue desde el primer momento el mejor alumno de su clase. "Nadie tuvo que encargarse de su enseñanza, nadie tuvo que preocuparse por sus lecciones. Siempre hacía más de lo que se esperaba de él".[12] Sus maestros no tardaron en reconocer sus dotes y su diligencia, y pronto ganó popularidad también entre los alumnos de los cursos superiores. Sin embargo, eludía los deportes y el ejercicio físico, y durante sus siete años a orillas del Mar Negro nunca fue de pesca, ni a remar o nadar. Su alejamiento del campo de juegos de la escuela se debió quizá a un accidente sufrido durante una correría en sus primeros tiempos de alumno, cuando se cayó de una escalera vertical y quedó muy lastimado, "revolviéndose en la tierra como un gusano". Y quizá también se debió a su opinión de que el lugar adecuado para los ejercicios al aire libre era Yanovka: "la ciudad era para estudiar y trabajar". Su excelencia en las aulas era suficiente para cimentar su confianza en sí mismo.

[12] Max Eastman, *op. cit.*, p. 17.

En el transcurso de los siete años de la *Realschule* se vio envuelto en unas cuantas riñas escolares, ninguna de las cuales terminó muy mal. Una vez publicó una revista escolar, casi toda redactada por él mismo; pero, como tales revistas habían sido prohibidas por el Ministerio de Educación, el maestro al que le mostró un ejemplar lo instó a desistir del proyecto. Liova aceptó el consejo. En el segundo año, un grupo de muchachos, entre los cuales figuraba Liova, abuchearon y sisearon a un maestro del que no gustaban. El director detuvo a algunos de los culpables, pero exoneró al mejor alumno por considerarlo exento de toda sospecha. Algunos de los alumnos detenidos "traicionaron" entonces a Liova. "¡El mejor alumno del segundo curso es un monstruo de inmoralidad!", dijo el profesor ofendido señalando al muchacho del que se había sentido orgulloso; y el "monstruo" fue expulsado. El efecto psicológico de la expulsión fue mitigado por la comprensión y la simpatía que los Spentzer le dispensaron a su pupilo y por la indulgencia de su propio padre, quien se sintió más divertido que indignado.

El año siguiente Liova fue readmitido, después de un examen. Volvió a ser el favorito y el orgullo de la escuela y tuvo buen cuidado de evitar nuevas dificultades, aunque en uno de los cursos superiores, junto con otros alumnos, se negó a escribir composiciones para un profesor perezoso que nunca leía ni devolvía los cuadernos; pero en esa ocasión no sufrió ningún castigo. En la autobiografía él mismo describe, en un tono más bien indulgente consigo mismo, la secuela de su expulsión: "Fue, en cierto modo, mi primera experiencia política. Aquellos tres grupos que cristalizaron en torno al episodio estudiantil: los acusones y envidiosos de un lado, y de otro los amigos bravos y nobles, y, flotando entre los dos, la masa neutral de los vacilantes e indecisos, no se diferenciaban gran cosa de los que luego había de tropezarme repetidamente en la vida..."[13] En esta evocación el segundo curso de la escuela de Odesa se presenta, ciertamente, como el prototipo del Partido Comunista de los años veintes, con sus divisiones a favor y en contra de Trotsky.

El aspecto y el carácter del muchacho iban formándose ya. Era bien parecido, moreno de tez y con facciones prominentes pero bien proporcionadas, ojos miopes que mostraban su viveza tras los anteojos, y una negra y abundante cabellera bien peinada. Se ocupaba con sumo cuidado de su apariencia: pulcro y bien vestido, incluso con elegancia, tenía un aspecto "muy burgués".[14] Alegre y vivaracho, era también, sin embargo, cumplido y correcto. Al igual que muchos jóvenes talentosos, era también marcadamente egocéntrico y se esforzaba por destacar. Para decirlo con sus propias palabras, "el chico de Yanovka comprendió que valía más que los otros. Los compañeros que le rodeaban rendíanse a su superioridad.

[13] L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, p. 135.
[14] M. Eastman, *op. cit.*, pp. 15, 31.

Esto no pudo menos de influir en mi carácter"[15] Max Eastman, su admirador no exento de actitud crítica, habla de su fuerte y precoz instinto de rivalidad, y lo compara con un conocido instinto en los caballos de carrera. "Esto es lo que, aun cuando caminan a paso de andadura, hace que mantengan cuando menos un ojo atento a lo que se mueve por la pista a sus espaldas, para ver si hay algo que se considere su igual. Implica una alerta conciencia de sí que en general es un rasgo muy desagradable, especialmente para aquellos caballos que no fueron criados para correr a gran velocidad".[16] Aunque Liova tuvo muchos seguidores entre sus condiscípulos, ninguno llegó a ser su amigo íntimo.

En la escuela no estuvo bajo ninguna influencia de importancia. Sus maestros, cuyas personalidades bosqueja tan vívidamente en la autobiografía, formaban un grupo heterogéneo: algunos aceptablemente buenos, otros chiflados o conocidos por su disposición a aceptar sobornos; aun los mejores eran demasiado mediocres para que pudieran estimularlo. Su carácter y su imaginación se formaron en el hogar de los Spentzer. Allí encontró cariño y admiración, y él correspondió con cordialidad y gratitud. Desde sus primeras semanas allí, cuando observaba embelesado al hijito de los Spentzer y sus primeras sonrisas, hasta los últimos días de su estadía, nada empañó la afectuosa relación. La única anécdota discordante que sus mentores contarían al cabo de muchos años fue cómo en una ocasión, al principio de su estadía, vendió algunos de los libros más preciosos que había en la casa para comprar dulces. A medida que fue creciendo, apreció más y más la buena suerte que había tenido al encontrar preceptores tan excelentes, y compartió en proporción cada vez mayor sus intereses intelectuales. Entre las personas que visitaban con frecuencia el hogar de los Spentzer figuraban los redactores de periódicos liberales locales y hombres de letras. Liova se sentía hipnotizado por sus conversaciones y por su sola presencia. "Los escritores, periodistas, actores, encarnaban a mis ojos el más atractivo de los mundos, al que sólo los elegidos tenían acceso",[17] y él contemplaba ese mundo con la emoción que sólo conoce el hombre de letras nato cuando entra en contacto por primera vez con los hombres y los asuntos de su profesión predestinada.

Odesa no era uno de los centros literarios principales o más activos; los gigantes de la literatura rusa no se hallaban entre los amigos de los Spentzer. Con todo, el muchacho de quince o dieciséis años llegó en actitud reverente al umbral del templo, aun cuando no viera a ninguno de los sumos sacerdotes frente al altar. La prensa liberal de la localidad, acosada por la censura, tenía sus escritores valerosos y competentes, como por ejemplo V. M. Doroshévich, maestro del ensayo semiperiodístico y

[15] L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, p. 161.
[16] M. Eastman, *op. cit.*, p. 19.
[17] L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, p. 123.

semiliterario en cuyo cultivo el propio Bronstein habría de destacar un día. Los folletines de Doroshévich eran la lectura favorita de Liova y sus mayores. Después que Spentzer se inició en el negocio editorial, la casa siempre estaba llena de libros, manuscritos y pruebas de imprenta que Liova escrutaba con devoradora curiosidad. Le entusiasmaba el proceso de la producción de libros y aspiraba con deleite el olor reciente de la palabra impresa, por el que habría de conservar una amorosa debilidad aun en los años en que hubo de dirigir vastas operaciones revolucionarias y militares. En Odesa se enamoró apasionadamente de las palabras, y allí mismo escuchó por vez primera a un auténtico escritor —una autoridad local sobre Shakespeare que había leído una de sus composiciones— expresar su arrebatada admiración por la forma en que el muchacho manejaba y ordenaba las palabras.

El teatro también lo fascinaba. "Después empecé a apasionarme por la ópera italiana, que era el orgullo de Odesa. Estando en el sexto curso, daba una lección con el único y exclusivo fin de sacar dinero para el teatro. Durante varios meses anduve secretamente enamorado de una soprano, que tenía un nombre misterioso: Giuseppina Uget, y que me parecía un ser caído del cielo sobre las tablas del escenario".[18] La intoxicación con el teatro, con sus luces, vestuarios y máscaras, y con sus pasiones y conflictos, concuerda con la adolescencia de un hombre que habría de desempeñar su papel con un intenso sentido de lo dramático y de cuya vida podría decirse, en verdad, que su mismo transcurso tuvo la fuerza y la forma de la tragedia clásica.

De Odesa, Liova volvía a Yanovka en ocasión de sus vacaciones de verano y de Navidad, y algunas veces para restablecer su salud. A cada regreso advertía signos visibles de prosperidad creciente. El hogar que había abandonado en un principio era el de un agricultor acomodado ordinario; aquél al que regresaba se veía cada vez más como el de un terrateniente acaudalado. Los Bronstein estaban construyendo una amplia casa de campo para sí y para sus hijos; sin embargo, seguían viviendo y trabajando como antes. El padre todavía se pasaba el día regateando con los *muzhiks* por los sacos de harina en el molino, inspeccionando sus establos, observando a los jornaleros que segaban la cosecha y empuñando él mismo ocasionalmente la guadaña. La estación de correos y la del ferrocarril más cercanas se hallaban todavía a unos treinta kilómetros de distancia. Nadie leía un periódico en Yanovka: a lo sumo la madre de Liova leía lenta y trabajosamente una vieja novela, siguiendo los renglones con un dedo gastado por el trabajo.

Estos regresos al hogar llenaban a Liova de sentimientos encontrados. Seguía siendo lo bastante aldeano para sentirse constreñido en la ciudad y para disfrutar de la estepa agreste y abierta. En ella se sentía liberado,

[18] L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, pp. 122-123.

jugaba, caminaba y cabalgaba. Pero a cada regreso también se sentía cada vez más un extraño en Yanovka. Los horizontes de sus padres le parecían intolerablemente estrechos, sus modales rudos y su modo de vida desprovisto de un objetivo. Comenzó a advertir cuánta crueldad con los jornaleros y los *muzhiks* requería la prosperidad de un gran agricultor, aun cuando esa crueldad estuviera, como parece haberlo estado en Yanovka, mitigada por la benevolencia patriarcal. Durante sus vacaciones, Liova ayudaba a llevar las cuentas y a calcular los jornales, y algunas veces el padre y el hijo disputaban, especialmente cuando al viejo Bronstein los cálculos le parecían indebidamente favorables para los jornaleros. Las disputas no escapaban a la atención de los trabajadores, y ello enfurecía al agricultor. El muchacho no se inclinaba a conducirse con discreción, y su espíritu de contradicción era realzado por una actitud de superioridad, no del todo extraña en el hijo educado de un campesino analfabeto. La vida del campo, en general, le parecía ahora repugnantemente brutal. Una vez trató, en vano, de protestar contra la rudeza de un policía que vino a deportar a dos jornaleros porque sus pasaportes no estaban completamente en orden. Vislumbró la salvaje crueldad con que los mismos pobres se trataban entre sí. Abrigaba una vaga simpatía por los de abajo y un remordimiento más vago aún por su propia posición privilegiada. Igualmente fuerte, o acaso más todavía, era su amor propio lastimado. Le dolía verse como el hijo de un rústico avaro e iletrado: como el hijo, podría decirse, de un *kulak*.

Su permanencia en Odesa terminó en 1896. Una *Realschule* tenía normalmente siete cursos, pero la de San Pablo sólo contaba con seis, de suerte que tuvo que matricularse en una escuela similar en Nikoláiev. Ya casi tenía diecisiete años, pero ninguna idea política lo atraía aún. El año anterior había muerto Friedrich Engels, pero el acontecimiento no tocó la mente del futuro revolucionario; ni siquiera el nombre de Karl Marx había llegado a sus oídos. Según sus propias palabras, estaba "muy poco preparado políticamente, aun para mis diecisiete años". Se sentía atraído por la literatura y se preparaba para un curso universitario de matemáticas puras. Estos dos enfoques de la vida, el imaginativo y el abstracto, lo seducían: posteriormente se esforzaría por unificarlos en sus escritos. Pero por el momento la política no lo llamaba. Pensaba en las perspectivas de una carrera universitaria, para desencanto de su padre, que habría preferido una ocupación más práctica para él. Pero menos que nada se imaginaba a sí mismo como revolucionario.

En ello se manifestaba indudablemente el espíritu de la época. En otros tiempos los jóvenes ingresaban directamente de la escuela en grupos revolucionarios clandestinos. Ello sucedía cuando tales grupos estaban agitados por nuevas ideas, animados por grandes esperanzas y eran naturalmente expansivos. Durante la década de los ochentas y el principio de los noventas el movimiento revolucionario se hallaba en su punto más bajo.

Al asesinar a Alejandro II, la *Libertad del Pueblo* se había suicidado. Sus dirigentes habían contado con que su acción se convertiría en la señal para un levantamiento en escala nacional, pero no lograron suscitar ninguna reacción favorable y la nación se mantuvo en silencio. Los individuos relacionados directa e indirectamente con la conspiración murieron en el patíbulo, sin que aparecieran sucesores inmediatos para continuar su lucha. Una vez más quedó de manifiesto que, pese a su descontento, el campesinado no estaba en actitud revolucionaria: para los campesinos, el asesinato de Alejandro II fue la venganza de la aristocracia terrateniente contra el benefactor de los campesinos.

El nuevo zar, Alejandro III, abolió la mayor parte de las reformas semiliberales de su predecesor. Su consejero principal fue Pobedonóstsev, su tutor y Procurador del Santo Sínodo, en cuya mente sagaz y sombría se concentraba todo el temor que la revolución inspiraba a la clase gobernante. Pobedonóstsev incitó al zar a restaurar el "dominio absoluto del padre sobre su familia, del terrateniente sobre el campo y de la monarquía sobre todas las Rusias". Elogiar al zar anterior por haber abolido la servidumbre se convirtió en delito. La jurisdicción de la aristocracia terrateniente sobre el campesinado fue restaurada. Las universidades les fueron vedadas a los miembros de las clases bajas; los periódicos literarios radicales fueron clausurados; y la nación, incluida la intelectualidad, fue sometida nuevamente a la aceptación muda.

El terrorismo revolucionario demostró ser impotente, y así murió otra ilusión populista. Un intento de asesinar a Alejandro III —en el que participó Alexandr Uliánov, el hermano mayor de Lenin— fracasó. Los sobrevivientes de la *Libertad del Pueblo* languidecieron en las prisiones y el exilio, evocando sus recuerdos y sumidos en la confusión. Un hecho característico de la época fue el arrepentimiento de uno de los jefes populistas, Tijomírov, que publicó en Europa occidental una confesión titulada "¿Por qué he dejado de ser revolucionario?" Algunos antiguos rebeldes encontraron una válvula de escape para sus energías y sus talentos en la industria y el comercio, que ahora se desarrollaban con mayor rapidez que antes. Algunos encontraron su profeta en León Tolstoi, quien rechazaba con disgusto los males de la autocracia pero se oponía al empleo de la violencia para resistirlos. La doctrina de Tolstoi parecía darle una justificación moral a la desilusionada aquiescencia de la intelectualidad.

En *Mi vida,* Trotsky atribuye su indiferencia política a este estado de ánimo general. La explicación es correcta sólo en parte. La verdad es que con bastante anterioridad a 1896, el año en que él abandonó Odesa, se había iniciado un resurgimiento de la clandestinidad revolucionaria. Los marxistas propusieron un nuevo programa y un nuevo método de acción, y los grupos de estudiantes y obreros que se consideraban socialdemócratas empezaron a crecer rápidamente. Por un informe ruso contemporáneo a la Internacional Socialista, sabemos que a mediados del decenio tales

grupos habían estado activos en Odesa.[19] El joven Bronstein no tenía conocimiento de su existencia. Evidentemente no existía ningún círculo socialista entre los alumnos de la escuela de San Pablo, pues de lo contrario habría tratado de atraerse al alumno más popular y brillante. Por otra parte, las actividades del nuevo movimiento tampoco encontraron eco en el próspero y acomodado hogar de los Spentzer. Estos eran de aquellos en quienes el desastre populista había producido una fuerte impresión. El matrimonio eludía los tópicos verdaderamente peligrosos o sólo hablaba de ellos en tonos apagados. Su radicalismo se disolvió en un liberalismo de criterio amplio pero tímido que, sin duda, se oponía implícitamente al zarismo. Esto era muy poco para impresionar a su pupilo. Sólo las ideas precisas, audaces y expresamente enunciadas pueden entusiasmar las mentes y los corazones jóvenes. Cuando en 1895 Nicolás II ascendió al trono y les dijo sin contemplaciones a los muy moderados *Zemstvos* "liberales" que renunciaran a sus "sueños insensatos", el corazón de Liova estaba con los "soñadores"; pero, al igual que los Spentzer, dio por sentado que era quijotesco esforzarse por lograr algún cambio en el sistema de gobierno establecido.

En este estado de ánimo indefinido y pasivamente liberal se manifestaba marcadamente un sentimiento: una melancólica añoranza de Europa y su civilización, del Occidente en general y de sus libertades. El "Occidente" era como una imagen de la tierra de promisión, que compensaba y servía de consuelo a la triste y sombría situación de Rusia. Especialmente entre los intelectuales judíos, aquella parte del mundo que no sabía de progromos, de palio y de *numerus clausus* ejercía una inmensa fascinación. También para un gran sector de la intelectualidad no judía, el Occidente era la antítesis de todo lo que ella detestaba en su propio país: el Santo Sínodo, la censura, el látigo y la *kátorga*.[20] Muchos de los rusos cultos se acercaban al Occidente con aquella exaltada reverencia con que el joven Herzen lo había contemplado antes de que el liberalismo burgués, visto de cerca, lo desilusionara. En años posteriores, Liova también, como socialista, cobraría conciencia de las limitaciones de la Europa liberal y se volvería contra ella; pero cierta dosis de su juvenil entusiasmo por el "Occidente" habría de sobrevivir y matizar sus pensamientos hasta el fin.

Este, pues, era el estado de ánimo en que se hallaba cuando salió de Odesa, "la ciudad más afamada en punto a policía de toda la Rusia policíaca". Su único recuerdo político vivido de la ciudad era el de una escena callejera dominada por el gobernador de Odesa, el almirante Ze-

[19] *Doklad Russkij Sots. Demokratov Vtoromu Internatsionalu* (Ginebra, 1896) informa que en Odesa estos grupos habían estado más activos que en cualquier otro lugar del sur de Rusia. Véase también P. A. Garvi, *Vospominania Sotsialdemokrata*, pp. 20-21.

[20] *Kátorga*: trabajos forzados en prisión.

lenói, en quien "se unían un poder sin límites y un temperamento desenfrenado". "No recuerdo haberle visto más que una vez, y de espaldas, pero me bastó. El héroe erguíase tan alto como era en su coche, maldiciendo a diestro y siniestro con voz tonante y amenazando con el puño. A su paso los policías y los porteros se cuadraban, saludando militarmente y quitándose la gorra, y detrás de las cortinas y celosías acechaban caras de espanto. Yo ajusté las correas de la mochila y apresuré el paso todo lo que pude".[21]

La chispa de la rebelión todavía no había prendido en el adolescente que contemplaba al sátrapa. Sólo retrocedía horrorizado ante el poder reinante y seguía su camino, como en una actitud de tolstoiana renuncia a la resistencia.

[21] L. *Trotsky, op. cit.*, tomo I, pp. 111-112.

CAPITULO II

EN BUSCA DE UN IDEAL

Fue una influencia casual la que inicialmente lanzó a Bronstein por su senda revolucionaria. En el verano de 1896 llegó a Nikoláiev para completar su educación secundaria. Se alojó con una familia cuyos hijos ya habían sido tocados por las ideas socialistas. Estos no tardaron en empezar a discutir con el huésped, tratando de convencerlo de la bondad de sus ideas. Durante varios meses, al parecer, no lograron nada. Bronstein rechazaba con escepticismo sus "utopías socialistas". Acosado con argumentos, adoptaba la actitud de un joven más bien conservador, no exento de simpatía por el pueblo pero desconfiado de la "ideología de la chusma" y del "gobierno de la chusma". Su pasión la constituían las matemáticas y no tenía tiempo ni vocación para la política. Su patrona, alarmada por las opiniones peligrosas de sus hijos, veía con agrado aquella sensatez y trataba de inducir a sus hijos a que imitaran al huésped. Todo esto duró poco. Las conversaciones sobre la injusticia social prevaleciente y sobre la necesidad de cambiar todo el modo de vida del país habían creado ya un fermento en sus pensamientos. Los argumentos de los socialistas iluminaban y ponían de relieve las escenas de pobreza y explotación que desde la infancia se habían acumulado en su mente; le hacían sentir cuán asfixiante era la atmósfera en que respiraba y le seducían por su audacia y magnanimidad. Con todo, siguió resistiéndose. Mientras más poderosa era la atracción de las nuevas ideas, con más fuerza se aferraba él a su declarado conservadorismo y a su indiferencia política. Su espíritu de contradicción y sus ansias de sobresalir en la discusión no le permitían cejar fácilmente. Pero sus defensas y su vanidad tuvieron que ceder. A mediados del año escolar reconoció súbitamente su "derrota" y comenzó inmediatamente a discutir en favor del socialismo con un ardor y una vehemencia que sorprendieron incluso a quienes lo habían convertido.[1]

Una y otra vez veremos operar en él este curioso mecanismo psicológico: En un momento dado se enfrenta a una nueva idea a la que, hasta cierto punto, está en condiciones de responder favorablemente; sin embargo, en un principio se resiste con obstinada soberbia; su resistencia aumenta en proporción con la atracción que sobre él ejerce la nueva idea; y él se sobrepone a las dudas y a las vacilaciones incipientes. Después sus defensas internas se derrumban, su confianza en sí mismo empieza a desvanecerse; pero es todavía demasiado orgulloso o no está lo bastante convencido como para dar señales de que está dispuesto a ceder. No se

[1] L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, p. 175.

hace visible aún ninguna indicación de la lucha que tiene lugar en su mente. Entonces, súbitamente, la nueva convicción se afianza en él y, en un solo instante al parecer, se impone sobre su espíritu de contradicción y su vanidad. Asombra así a sus antiguos adversarios, no tan sólo con su completa y desinteresada rendición, sino con el entusiasmo con que abraza su causa, y algunas veces con las inesperadas y drásticas conclusiones que deriva de los propios argumentos de aquéllos.

La causa a la que acababa de adherirse era una causa vaga en su mente. Había abrazado un estado de ánimo más que una idea. Habíase colocado "junto a los de abajo". Pero, ¿quiénes eran los de abajo? ¿Cómo convertirse en uno de ellos? ¿Y qué hacer? Nadie podía ofrecerle orientación. En Nikoláiev no existía ningún grupo u organización socialista de importancia. De inmediato, su socialismo se manifestó en un recién despertado interés en las cuestiones sociales y políticas y en un correspondiente debilitamiento de su pasión por las matemáticas. Empezó a buscar a quienes tenían las mismas opiniones e intereses, pero al hacerlo se situó de golpe fuera del ambiente de seguridad en que habían transcurrido su infancia y su adolescencia.

Por medio de sus compañeros de hospedaje conoció a un tal Franz Shvigovsky, un pobre jardinero que tenía arrendada una huerta en las afueras de la ciudad y quien, en su choza de la huerta, sostenía un pequeño círculo de estudios para los estudiantes y obreros de ideas radicales. Shvigovsky, checo de origen, era un personaje curioso. Leía muchos idiomas, estaba familiarizado con los clásicos de las literaturas rusa y alemana, era suscriptor de revistas y periódicos extranjeros, y siempre estaba dispuesto a facilitar a sus amigos un libro o un folleto político prohibido. Los viejos populistas que vivían en la ciudad bajo vigilancia policíaca, se unían en ocasiones al grupo en la huerta. Entre ellos no había hombres prominentes y no formaban ninguna organización, pero le transmitían algo de su propia actitud revolucionaria romántica al círculo de Shvigovsky. Casi todos los miembros del círculo se consideraban populistas. Las reuniones, como dice uno de sus participantes, tenían un "carácter innocuo". La gente venía a la huerta porque se sentía bien allí y podía hablar libremente. El jardín de Shvigovsky ganó pronto "una reputación abominable... como centro de toda suerte de terribles conspiraciones". La policía mandó espías, disfrazados como jornaleros que trabajaban en el jardín, pero éstos sólo pudieron informar que Shvigovsky seguía ofreciendo a sus visitantes manzanas e interminables tazas de té y sosteniendo con ellos innocuas y disparatadas discusiones.[2]

Estos años, como ya sabemos, fueron años de resurgimiento revolucionario. En marzo de 1895 el Ministro del Interior, Durnovo, le escribió a Pobedonóstsev informándole sobre la alarma que le producían las nue-

[2] G. A. Ziv, *Trotsky, Jarakteristica po Lichnim Vospominaniam*, p. 8.

vas tendencias, especialmente entre los estudiantes que se dedicaban con entusiasmo a dar conferencias sobre todo tipo de temas sociales sin esperar remuneración por ello. En opinión del Ministro, este desinterés idealista no auguraba nada bueno. Toda la legislación represiva de los años anteriores no había logrado inmunizar a las escuelas y universidades contra las influencias subversivas. Hacía ya varios años que el Ministerio venía nombrando profesores sin tomar en cuenta la opinión de los directores de las Facultades, destituyendo profesores sospechosos y ascendiendo a los mediocres dóciles. Los sabios de fama mundial —como D. Mendeléyev, el químico, I. Méchnikov, el biólogo, y M. Kovalevsky, el sociólogo— habían sido acusados de deslealtad y destituidos u obligados a renunciar a sus cátedras. El eminente historiador Kliuchevsky había tenido que retractarse de sus opiniones liberales. Las obras de John Stuart Mill, Herbert Spencer y Karl Marx habían sido prohibidas y las bibliotecas y los círculos estudiantiles clausurados. Los espías se habían infiltrado en las aulas y el costo de las inscripciones se había quintuplicado para impedir el acceso de los estudiantes pobres a la educación superior. A pesar de todo, sin embargo, la rebelión renacía en las universidades. A fines de 1895 y a comienzos de 1896 se les exigió a los estudiantes un juramento de lealtad al nuevo zar, Nicolás II. En San Petersburgo, Moscú y Kíev, la mayoría de los estudiantes se negaron a jurar. La coronación del zar (durante la cual millares de espectadores fueron atropellados, heridos y muertos en un desorden cuya responsabilidad se le atribuyó a la policía) fue seguida, en mayo de 1896, por una huelga de 30,000 obreros en San Petersburgo, la primera que tenía lugar en tal escala.[3]

En estos acontecimientos se dejaba sentir ya la influencia de la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, recientemente fundada por Lenin, Mártov y Potrésov. El movimiento resurrecto se encontraba totalmente bajo el influjo de los marxistas; los populistas apenas participaban en él. El nuevo socialismo se apoyaba primordialmente en el obrero industrial. Repudiaba el terrorismo y reconocía la necesidad de una mayor industrialización capitalista de Rusia, por medio de la cual la clase obrera crecería en cantidad y fuerza. Su propósito inmediato, sin embargo, era luchar por las libertades ciudadanas e impulsar a los obreros a la acción y la organización económica y política.

Estos sucesos sólo habían tenido un eco muy débil en el apartado Nikoláiev. En los días en que Bronstein se unió al círculo de Shvigovsky (a fines del otoño o comienzos del invierno de 1896), sus miembros aún debían de sentirse agitados por los acontecimientos que habían tenido lugar durante la primera mitad del año. Recogían informaciones y las leían, pero no iban más lejos. No estaban en condiciones de poder medir la importancia del nuevo movimiento, y sólo tenían una vaga noción de

[3] Sibiriak, *Studéncheskoye Dvizhenie v Rossi.*

la crítica marxista de las doctrinas populistas. Así, pues, seguían llamándose populistas. Sólo un miembro del círculo, una muchacha llamada Alexandra Sokolóvskaya, hija de un populista, sostenía ser marxista y trataba de persuadir al círculo de que el socialismo proletario les ofrecía la verdadera filosofía y la verdadera ciencia de la revolución. En un principio sus argumentos causaron poca impresión. Pero poco después la choza en la huerta empezó a resonar con acaloradas discusiones. Cuando Bronstein ingresó en el círculo, se encontró de inmediato en el centro de una enconada controversia. Y de inmediato tuvo que tomar partido, definiéndose como populista. Y también de inmediato atacó a la solitaria marxista. G. A. Ziv (amigo de su juventud y más tarde su enemigo, autor de unas vívidas reminiscencias de aquellos días) nos dice que cuando él, Ziv, llegó por primera vez a la huerta en el invierno de 1896, Bronstein, que todavía no cumplía los dieciocho años, "atraía ya, en virtud de sus eminentes dotes y talento, la atención de todos los visitantes de Franz"; ya era el "más audaz y resuelto polemista" del grupo y hablaba con "despiadado sarcasmo" de las teorías de Karl Marx tal como las exponía Sokolóvskaya.

Bronstein tenía todavía un conocimiento muy limitado de las dos doctrinas opuestas. Acababa de tomar prestados de Shvigovsky unos cuantos folletos clandestinos anticuados, los primeros que leía, y algunas colecciones de periódicos radicales, que había hojeado nerviosamente con el deseo de aprehender de un vistazo la sustancia de los argumentos que contenían. Los autores que despertaron su entusiasmo fueron John Stuart Mill, Bentham y Chernichevsky, aun cuando sus libros no se relacionaban directamente con la nueva controversia. Durante cierto tiempo Bronstein se describió orgullosamente como benthamista, sin sospechar cuán poco lucía la afición a Bentham en cualquier revolucionario, lo mismo populista que marxista. De las obras del propio Marx y de las luminarias menores de la escuela marxista no tenía ni siquiera un conocimiento superficial. Un joven más cauteloso o reflexivo habría contenido sus ímpetus, habría escuchado los argumentos y quizá habría acudido a las fuentes para pesar los pros y los contras antes de adoptar una posición. (Así fue como Lenin se acercó por primera vez a las enseñanzas de Marx.) Pero Bronstein era precoz y tenía una mente volátil y absorbente. Tenía, "como las personas de gran riqueza intelectual que pueden pensar con rapidez, un maravilloso don de alarde. Aprehendía con tanta prontitud la ilación de los pensamientos de un adversario, con todas sus... implicaciones, que era sumamente difícil abrumarlo con meros conocimientos".[4] Traía de la escuela la confianza en sí mismo propia del alumno brillante y el hábito de eclipsar a sus compañeros. Lo último que era capaz de hacer cuando

[4] Max Eastman, *op. cit.*, p. 68; A. G. Ziv, *op. cit.*, pp. 9-12; L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, caps., "El año crítico" y "Primera organización revolucionaria".

se veía presionado por sus nuevos camaradas para que tomara una posición, era aducir ignorancia. Tomó partido, efectivamente, y siendo incapaz de asumir una actitud de tibia reserva, intervino con todas sus fuerzas en la reyerta.

Hizo su elección instintivamente. La posición populista lo atraía precisamente por aquello que la distinguía de la posición marxista. Los marxistas insistían en que todos los fenómenos sociales están directa o indirectamente determinados por la condición económica de la sociedad. Los populistas no rechazaban del todo esta concepción: veinte años antes habían sido los precursores del materialismo histórico en Rusia. Pero no la afirmaban con el mismo énfasis implacable, y muchos de ellos aceptaban la llamada filosofía subjetivista, que recalcaba la supremacía de la "mente crítica" y de la voluntad del individuo. Esta filosofía se avenía bien con las tradiciones y leyendas de un partido que se había negado a posponer sus ataques al zarismo hasta que las condiciones económicas hubiesen "madurado" o hasta que las masas populares hubiesen cobrado conciencia, y que había enviado a sus solitarios combatientes y mártires, a sus conspiradores tenaces y voluntariosos, a que cazaran, bomba en mano, al zar, sus ministros y sus gobernadores. Al joven Bronstein, el marxismo le parecía estrecho y seco como el polvo: un insulto a la dignidad del hombre, al que presentaba como prisionero de las circunstancias económicas y sociales, como juguete de anónimas fuerzas de producción. Esto, como habría de decir posteriormente él mismo, era una simplificación y una parodia del marxismo; y, en todo caso, ningún otro credo político moderno habría de impartirles a tantos seres humanos la voluntad y la determinación de luchar, sufrir y morir por su causa.[5] Pero la parodia no era del todo irreal. Muchos de quienes profesaban el marxismo adoptaban, en realidad, la parodia seca y quietista como credo. La primera versión del marxismo que conoció el joven Bronstein fue probablemente de este género. En oposición a ella, la atracción de la romántica tradición populista era avasallante. Presentaba ejemplos inspiradores que imitar, héroes y mártires dignos de veneración, y una promesa clara y sencilla para el futuro. Ofrecía glorias en el pasado y parecía ofrecerlas también en el futuro. Ello era sólo aparente. En su decadencia, el movimiento populista era incapaz de repetir sus hazañas pretéritas, incapaz, en todo caso, de repetirlas con las viejas, puras y heroicas ilusiones. Pero aun cuando el sol de aquel gran movimiento romántico se iba poniendo, iluminaba con su resplandor los cielos de Rusia. Los ojos del joven Bronstein estaban llenos de ese resplandor.

[5] En sus últimos años, Trotsky comparó a menudo el marxismo con el calvinismo: el determinismo del uno y la doctrina de la predestinación del otro, lejos de debilitar o "negar" la voluntad humana, la fortalecían. El convencimiento de que su acción está en armonía con una necesidad superior mueve tanto al marxista como al calvinista a realizar los más grandes esfuerzos y sacrificios.

Una vez enfrascado en la controversia, fue el adversario más enconado de la Sokolóvskaya. En su relación se filtró una emoción ambivalente casi inevitable entre dos jóvenes e íntimos contendientes políticos de diferente sexo, que se reunían regularmente en un grupo reducido, se atraían y se rechazaban mutuamente y eran incapaces de escapar el uno del otro. Sokolóvskaya, varios años mayor que Bronstein —seis según algunos, diez según otros—, tenía, desde luego, una experiencia política más rica y más seria que la del alumno del último curso de la *Realschule*. Modesta, firme en sus convicciones y sin embargo exenta de vanidad, la muchacha explicaba obstinadamente sus opiniones y no perdía el dominio de sí ni siquiera cuando su joven adversario la hacía objeto de sus pullas. La situación llegó a cobrar cierto aspecto de farsa. Todos en la huerta estaban un poco enamorados de la muchacha, y algunos de los muchachos dieron en escribir poemas de amor. Los grandes "ismos" y problemas, los amores incipientes y las rimas se confundían entre sí... haciendo más agrias las discusiones. "¿Todavía piensas que eres marxista?", la importunaba Bronstein. "¿Cómo es posible que una muchacha tan llena de vida soporte monsergas tan áridas, estrechas e imprácticas?" "¿Y cómo es posible", replicaba la Sokolóvskaya, "que una persona que se considera lógica pueda contentarse con un montón de vagas emociones idealistas?" O bien Bronstein se burlaba de su sentimentalismo femenino que difícilmente armonizaba con su adhesión al marxismo, esa "doctrina para tenderos y mercachifles".[6]

Con todo, los argumentos de la muchacha empezaban a abrirse paso en la mente de Bronstein. Su confianza en sí mismo empezaba a debilitarse. Y, en consecuencia, tanto más "despiadado" era en el debate y tanto más hirientes eran sus pullas. El último día de diciembre de 1896 el grupo se reunió para discutir y para celebrar el Año Nuevo. Bronstein se presentó y, para sorpresa de sus amigos, declaró que había sido ganado por el marxismo. La Sokolóvskaya se sintió embargada por el júbilo. Se brindó por la rápida emancipación de las clases trabajadoras, por el derrocamiento de la tiranía zarista y otras cosas por el estilo. Cuando llegó el turno de Bronstein, éste se puso de pie, levantó su copa y, volviéndose hacia la Sokolóvskaya, sin que mediara razón o provocación aparente, exclamó: "¡Malditos sean los marxistas y cuantos desean introducir la aridez y la dureza en todas las relaciones de la vida!" La muchacha abandonó la huerta jurando que nunca volvería a estrechar la mano del grosero. Poco después se fue de la ciudad.[7]

Llegó el nuevo año y el grupo no había ido más allá de las palabras.

[6] G. A. Ziv, *op. cit.*, p. 15; M. Eastman, *op. cit.*, p. 46.

[7] Estos incidentes los relatan tanto Eastman como Ziv. En *Mi vida*, Trotsky los omite; pero, puesto que en su prólogo al libro de Eastman confirma la fidelidad de éste a los hechos, acepta en consecuencia la veracidad de estos episodios, cuyo narrador original es Ziv.

Bronstein escribió un artículo polémico contra el marxismo con "la mar de citas, epigramas y mucho veneno" y en el que "la abundancia de ideas no era grande". Lo envió a un periódico populista que nunca lo publicó. En colaboración con un hermano de la Sokolóvskaya empezó a escribir un drama sobre la controversia marxista-populista, pero no logró pasar del primer o el segundo acto. El drama se proponía mostrar al personaje populista bajo una luz favorable, en oposición al marxista. A medida que se iba desarrollando la trama, los autores observaron con asombro que era el marxista quien iba convirtiéndose en el personaje atractivo: en él se hacían casi evidentes algunos de los rasgos de la Sokolóvskaya. El grupo también llevó a cabo una "revuelta" en la biblioteca pública local, cuya dirección había intentado aumentar la cuota anual de los lectores. La "huerta" movilizó al "público", inscribió nuevos suscriptores y eligió un nuevo comité directivo en la asamblea anual: una hazaña nada despreciable en la apacible ciudad.[8]

Bronstein empezó a descuidar ahora su trabajo escolar; pero había aprendido lo suficiente para graduarse en el verano de 1897 con honores de primera clase. Sin embargo, su padre intuyó que algo andaba mal. Durante unas vacaciones en Yanovka, Liova había hablado de la libertad y del derrocamiento del zar. "Eso", le había contestado su padre, "no lo verán ni los que vivan tres siglos después que nosotros", al mismo tiempo que se preguntaba de dónde habría sacado el muchacho tales ideas. No tardó en enterarse de quiénes eran los nuevos amigos de Liova y le ordenó a éste que se mantuviera alejado de la huerta de Shvigovsky. Liova hizo patente entonces su "mente crítica" y su "libre voluntad". Era libre, dijo, para elegir a sus amigos; pero como no estaba dispuesto a someterse a la autoridad paterna, tampoco seguiría viviendo del dinero de su padre. Renunció a la mensualidad que éste le enviaba, se dedicó a dar clases particulares y se mudó de su cómodo alojamiento a la choza de Shvigovsky, donde habían estado viviendo seis estudiantes, algunos de ellos tuberculosos. El cambio fue estimulante: ¡la libertad al fin! Atrás había quedado el pulcro y cumplido hijo de familia burguesa, objeto de la admiración y la envidia de los padres de otros muchachos. Su lugar fue ocupado por un verdadero *narodnik*, que, al igual que los precursores de antaño, "fue al pueblo" para convertirse en uno de los de abajo, vivía en una pequeña comuna donde todos vestían como jornaleros, aportaba sus escasos *kopeks* al fondo común, tomaba la misma sopa rala y comía la misma *kasha* de un recipiente común.

El viejo Bronstein venía a veces desde Yanovka para ver si Liova, cansado de las privaciones e incomodidades, estaría dispuesto a enmendarse. Pero no había señales de tal retractación. Uno de los huéspedes de Shvigovsky, que andando el tiempo llegaría a ser un conocido periodista

[8] L. Trotsky, *loc. cit.*

comunista, recordaría al "corpulento y patilludo agricultor... entrar en la choza al amanecer y, de pie junto a su camastro, gritarle con voz aguda como un clarín: ¡Hola! ¿Tú también te le escapaste a tu padre?".[9] Las disputas se alternaban con las reconciliaciones efímeras. El padre, viendo arruinadas las grandes esperanzas que había puesto en Liova, era inconsiderado e impaciente. El hijo, humillado en presencia de sus camaradas, entre los cuales aspiraba a destacar con brillo excepcional, reaccionaba con vehemencia y falta de respeto. En ambos operaba el mismo temperamento, el mismo sentido de rectitud, la misma obstinación, el mismo orgullo y las mismas voces agudas como clarines. Cuando Liova ingresó en la Universidad de Odesa para estudiar matemáticas, pareció que las discrepancias todavía podrían resolverse: aún las matemáticas puras eran preferibles, en opinión de su padre, a jugar a derrocar al zar en oscura compañía. En la Universidad, Liova empezó a dar muestras de un talento excepcional para la materia que cursaba.[10] Pero la Universidad no podía competir en atracción con la huerta de Shvigovsky, ni el cálculo podía superar a la revolución. Su estadía en Odesa fue breve, pero lo bastante prolongada para ponerlo en contacto con los revolucionarios locales y obtener de ellos periódicos y folletos clandestinos, con los que regresó en son de triunfo a Nikoláiev.

Entonces vino la turbulenta primavera de 1897. En marzo, una estudiante encarcelada por sus ideas políticas en la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo se suicidó incendiando sus ropas en su celda. El suceso provocó una oleada de protestas y manifestaciones en las universidades. En represalia, las autoridades deportaron a un gran número de estudiantes, lo cual produjo nuevas protestas y manifestaciones. Incluso la "Odesa afamada en punto a policía" sintió la agitación. Estudiantes procedentes de Kíev trajeron consigo nueva excitación e indignación a la choza de Shvigovsky. Bronstein y sus amigos juzgaron que éste era el momento de pasar de las palabras a los hechos.

"Bronstein... repentinamente me llamó aparte y me propuso con gran secreto que ingresara en una asociación de trabajadores, organizada por él mismo", escribe Ziv, que entonces era un estudiante de medicina acabado de llegar de Kíev. "La idea populista, dijo Bronstein, había sido descartada; la organización sería de tipo socialdemócrata, aunque Bronstein eludió usar el término... y propuso llamarla *Unión de Obreros del Sur de Rusia*". "Cuando yo ingresé en la organización", prosigue Ziv, "ya todo estaba preparado. Bronstein había establecido sus contactos con los obreros y también con los círculos revolucionarios de Odesa, Ekaterinoslav y otras ciudades..."[11].

[9] M. Eastman, *op. cit.*, p. 55.

[10] Eastman cita a un prominente técnico ruso, condiscípulo universitario de Trotsky, quien aún después de la revolución lamentaba la pérdida para la ciencia de un matemático tan excepcionalmente dotado. *Ibid.*, p. 59.

[11] A. G. Ziv, *op. cit.*, p. 18. Para esta época se estaban reanimando o creando

En los muelles y las fábricas de Nikoláiev trabajaban unos 10,000 obreros, la mayor parte de ellos artesanos diestros y bien pagados que disponían de tiempo suficiente para leer libros y periódicos. Hasta entonces, sin embargo, no habían tenido ninguna organización, ni siquiera un sindicato. Los barrios obreros estaban llenos de sectas religiosas opuesta a la Iglesia Ortodoxa. A estos creyentes se acercó Bronstein. Precisó rápidamente cuáles de ellos se preocupaban principalmente por los dogmas religiosos y cuáles se interesaban más en las implicaciones políticas de su oposición a la Ortodoxia Griega. Entre estos últimos reclutó a los primeros miembros de la Unión de Obreros del Sur de Rusia. Los agrupó en pequeños círculos que se reunían regularmente para discutir los sucesos del momento y leer periódicos clandestinos. Antes de que el año tocara a su fin, la Unión contaba con unos 200 miembros. Un informe ruso contemporáneo, publicado después del arresto de los afiliados, nos da una imagen detallada de la organización. Sus miembros eran cerrajeros, ensambladores, electricistas, costureras y estudiantes, la mayor parte de los cuales frisaban entre los veinte y los treinta años, con algunos que pasaban de los cuarenta.[12] Entre los miembros fundadores figuraba también la Sokolóvskaya. Olvidando el incidente de la celebración del Año Nuevo, ésta había regresado a la huerta tan pronto se enteró de los nuevos comienzos.

El nombre de la organización fue copiado, evidentemente, de otra que había existido veinticinco años antes y había tenido su centro en Odesa. La antigua Unión de Obreros del Sur de Rusia, fundada por un estudiante, E. O. Zaslavsky, había sido de carácter populista y había seguido la línea educativa-propagandista de Lavrov. Hasta donde puede precisarse, había tenido una matrícula aproximadamente igual a la de su sucesora. En 1875 fue destruida por la policía. Sus dirigentes fueron juzgados por el Senado y la mayor parte de ellos condenados a trabajos forzados. Zaslavsky y algunos de sus compañeros murieron en prisión. Uno de los fundadores, N. P. Shchedrín, fue condenado a muerte dos veces y dos veces fue conmutada su pena por la de cadena perpetua con trabajos forzados. Durante muchos años el prisionero vivió encadenado a su carretilla, hasta que perdió la razón; entonces fue trasladado a la fortaleza de Schlusselburg, donde durante otros quince años fue sometido al mismo género de torturas del que tal vez da una idea *La casa de los muertos* de Dostoyevsky. La leyenda de su martirio se mantuvo viva en el sur de Rusia, y fue quizá como un

grupos socialdemócratas en la mayoría de las ciudades del sur. Véase M. N. Liadov, *Kak Nachinala Skládivatsia R.K.P. (Istoria Ross. Sots.—Dem. Rab. Partii)*, pp. 310 sigs.

[12] *Robócheye Delo, Organ Soyuza Russkij Sotsial-Demokratov*, Ginebra 1º de abril de 1899, pp. 150-152, publicó una larga y detallada lista de los miembros de la Unión que habían sido arrestados, con información sobre su edad, ocupación etc.

homenaje a Shchedrín que Bronstein llamó a su organización la Unión de Obreros del Sur de Rusia. El mismo asumió entonces su primer seudónimo: Lvov.

La transformación del muchacho, que sólo un año antes parecía el hijo mundano de un hombre rico, en el fundador de una organización clandestina dispuesto a seguir voluntariamente la espinosa senda del revolucionario, fue sorprendentemente rápida. Sin duda había estado repleto de una innata y exuberante energía y de un ardor y una imaginación para los que no ofrecían salida satisfactoria las empresas convencionales. Le hacía falta una causa a la cual servir, una causa que exigiera sacrificios; y cuando la encontró, su temperamento juvenil y apasionado encontró cauce propicio. Tanto sus amigos como sus enemigos convienen en que él fue el espíritu impulsor, el portavoz, el organizador y también el militante más enérgico y dedicado de la Unión. "Nuestro grupo fue la primera organización socialdemócrata en Nikoláiev", dice Ziv en reminiscencias teñidas de hostilidad retrospectiva. "Estábamos tan excitados por nuestro éxito que vivíamos en un estado... de entusiasmo crónico. Por lo que se refiere a la mayor parte de aquellos éxitos estábamos indudablemente en deuda con Bronstein, cuya energía era inagotable y cuya multifacética inventiva e impulso infatigable no conocían límites". La organización, añade Ziv, vio retrospectivamente con orgullo muchos años después su momento de apogeo, cuando era dirigida por el muchacho de dieciocho años, que con su fe, elocuencia y ejemplo personal hechizaba a sus miembros y los inducía a olvidar todos sus intereses y preocupaciones personales y dedicarse por entero a la causa con todos sus pensamientos, energías y tiempo. Después de la partida de Bronstein, el nervio de la organización se quebró. La Unión no pudo recuperar el ardor de sus comienzos. [13]

La Unión, desde luego, era un grupo reducido en comparación con cualquier partido u organización normal. En relación con el Poder al cual combatía, era como un microbio que asaltaba un enorme cuerpo en descomposición. Era, en realidad, uno entre una veintena de microbios de la revolución que apenas empezaban a entrar en acción.

Los grupos organizados en los muelles y las fábricas hacían circular volantes y un pequeño periódico llamado *Nashe Delo* (*Nuestra Causa*). Los volantes comentaban los asuntos de interés local, las condiciones de trabajo en las fábricas y los astilleros y los abusos de los patronos y funcionarios. Las denuncias causaban impresión; los denunciados se veían obligados a responder y la Unión les contestaba con nuevos volantes. "Todo lo daba por bien empleado cuando llegaban los informes de fábricas y talleres contando la ansiedad con que los obreros devoraban aquellas hojitas misteriosas con las letras de color violeta... Para ellos, el autor de estas hojas volanderas debía de ser un personaje importante y misterioso que sabía pene-

[13] A. G. Ziv, *op. cit.*, p. 21 *et passim*.

trar en todas las industrias, que averiguaba todo lo que ocurría entre los obreros y salía al paso de los sucesos por medio de una hojita nueva en término de veinticuatro horas".[14] *Nashe Delo*, el "órgano" de la Unión, también encontró buena acogida. El grupo era demasiado pobre para imprimir el periódico clandestino. Se dice que Bronstein propuso imprimirlo secretamente en la imprenta de Spentzer en Odesa —sin pensar, en su fervor, en el daño que podría haberle causado a su pariente—, pero sus propios compañeros lo disuadieron. Entonces un simpatizante medio chiflado se presentó con un "plan" para la revolución: según él, todo lo que se necesitaba para derrocar al zar eran 100,000 rublos, con los que se podrían establecer mil pequeñas imprentas clandestinas por toda Rusia para inundar los barrios obreros con proclamas antizaristas. En un principio el simpatizante le obsequió un mimeógrafo al grupo, y Bronstein se puso a trabajar. El mismo redactaba el periódico y los volantes; él mismo los caligrafiaba con tinta violeta (de modo que los trabajadores no tuvieran que fatigarse la vista) ; él mismo ilustraba el texto con caricaturas; él mismo fundía la gelatina del mimeógrafo y sacaba las copias (varios centenares por cada número) en la destartalada vivienda de un camarada ciego; y él mismo se encargaba de supervisar la distribución.[15] Cada página le llevaba lo menos dos horas. "A veces, me pasaba semanas enteras con las espaldas dobladas y no me levantaba de la mesa más que para asistir a alguna reunión o dirigir un curso obrero".

Políticamente, la Unión era una fraternidad parroquial de rebeldes, ignorantes de todo refinamiento. Algunos miembros todavía se describían a sí mismos como populistas, otros se llamaban marxistas, pero esta distinción no afectaba su trabajo. Podían actuar al unísono porque lo hacían sobre una base reducida. Llamaban a los obreros a luchar por mejores salarios y menos horas de trabajo, y en ello no había ninguna diferencia entre populistas y marxistas. Evitaban dirigirse a los obreros en relación con las cuestiones políticas que ellos debatían en la huerta. Este tipo de actividad, característico en aquel momento de la mayoría de los grupos clandestinos, fue tachado posteriormente de "economismo" debido a su concentración unilateral en las cuestiones relativas a los salarios y las condiciones de trabajo. Pero fue precisamente ese carácter unilateral lo que aseguró su pronto éxito. Si dos grupos distintos, cada uno de los cuales abogara por un "ismo" diferente, hubieran competido para ganarse a los obreros, el resultado habría sido la confusión y el fracaso. Sólo dentro de un movimiento más amplio y más firmemente establecido podían dilucidarse con seriedad las diferencias. De todos modos, la Unión de Nikoláiev llegó a ser conocida por los dirigentes de grupos más avanzados en otros centros, que se preparaban a convocar un Congreso y a fundar el Partido Socialdemócrata Obrero.

[14] L. Trotsky, *op. cit.*, tomo I, p. 195.

[15] "Toda la parte técnica importante del trabajo, por no hablar de la literaria, la realizaba Bronstein". A. G. Ziv, *op. cit.*, p. 21 *et passim*.

Consideraron la conveniencia de invitar al grupo de Nikoláiev a que enviara un delegado, preguntándose si la edad de éste no le restaría solemnidad a la ocasión. Pero antes de que tomaran una decisión el grupo de Nikoláiev fue encarcelado.[16]

El éxito de esta primera empresa le demostró al joven revolucionario el "poder de la palabra escrita". La ciudad estaba llena de rumores; la Unión, temida o admirada, era un factor que había que tomar en cuenta; y tanto los amigos como los enemigos se la imaginaban mucho más fuerte de lo que era en realidad. Todo esto, pensaba Bronstein, era el efecto de su palabra escrita. La fe en el poder de la palabra habría de vivir en él hasta el último momento. En cada situación acudiría a ella como su primer y último recurso, y a lo largo de su vida esgrimiría ese poder para sacudir al mundo en algunas ocasiones y para fracasar lamentablemente en otras. En la pequeña fraternidad de rebeldes de Nikoláiev utilizó también por vez primera su oratoria, pero el primer intento terminó en humillación y lágrimas. Una cosa era hablar con agudeza y mordacidad en una discusión y otra muy distinta pronunciar un discurso formal. "Citó a Gumplowitz y... John Stuart Mill... y se embrolló de tal manera en una resbaladiza red de palabras altisonantes e ininteligibles y conatos fallidos de ideas, que su público lo escuchó con una simpatía bañada de sudor, preguntándose si existiría alguna forma viable de hacerlo callar. Cuando finalmente calló y el tema del discurso quedó abierto a debate general, nadie dijo una palabra. Nadie sabía cuál era el tema". El orador "atravesó la sala y se arrojó bocabajo sobre el almohadón del diván. Estaba empapado en sudor y jadeaba de vergüenza, y en ese momento todos se sintieron encariñados con él".[17]

En este pequeño grupo, ninguna de las cualidades de Bronstein, buenas y malas por igual, escapó a la atención de sus camaradas. Las observaciones de éstos que se conservan coinciden en casi todos los aspectos, menos en el énfasis. La Sokolóvskaya, que habría de ser su esposa y a la que habría de abandonar, recordaría al cabo de casi treinta años que él sabía ser muy tierno y comprensivo, pero también muy imperioso y arrogante. En una sola cosa nunca cambió: en su devoción a la revolución. "En toda mi experiencia", dijo ella, "jamás conocí una persona tan completamente entregada a una causa". Su detractor alude con mayor énfasis a su egocentrismo y a su carácter dominante: "El ego de Bronstein", escribe Ziv, "dominaba toda su conducta", pero, añade, "la revolución dominaba a su ego". "Amaba a los obreros y amaba a sus camaradas... porque en ellos se amaba a sí mismo". Habiendo renunciado de buena gana a las comodi-

[16] L. Trotsky, *Pokolenie Oktiabriá*, p. 20; M. N. Liadov, *Kak Nachinala Skládivatsia RKP*, p. 324; Akimov, *Materialy dlla Jarakteristiki Razvitia RSDRP*, pp. 39, 75.

[17] M. Eastman, *op. cit.*, p. 70; Ziv relata que Bronstein estudió cuidadosamente las técnicas y los trucos de la polémica en *El arte del debate*, de Schopenhauer.

dades de una vida segura y a las ventajas de una buena carrera, no podía comprender que otros obraran de manera distinta. Cuando Ziv, que deseaba terminar sus estudios universitarios, empezó a descuidar su trabajo en el grupo, Bronstein lo amonestó elocuente aunque discretamente. Le regaló un retrato con la siguiente dedicatoria: "Fe sin obras es fe muerta".[18]

El héroe que lo inspiró más que ningún otro fue Ferdinand Lassalle, el fundador del primer movimiento de masas del socialismo alemán. En aquellos días la influencia de Lassalle en el socialismo europeo era sumamente poderosa (más tarde la revelación de sus ambiguos tratos políticos con Bismarck empañaron su lustre). El hecho de que Lassalle haya impresionado tan profundamente al joven Bronstein se debió a una indudable afinidad. Lasalle también había sido el hijo de una familia judía acaudalada que abandonó su clase para luchar por la emancipación de los trabajadores. Fue uno de los grandes oradores y uno de los personajes más románticos y llenos de colorido de su época. Su meteórica carrera tuvo un trágico fin: encontró la muerte en un duelo romántico. Como fundador del primer partido obrero moderno —el primero no sólo en Alemania— había hecho historia. La grandeza, la brillantez y el drama de semejante vida no podían sino excitar la imaginación del joven Bronstein. Este hablaba sobre su héroe con arrebatada admiración; juraba seguir sus huellas; y, si hemos de creer a Ziv, se jactaba de que él sería el Lassalle ruso. El joven no era afecto a la modestia, ni falsa ni verdadera. No ocultaba ni sus defectos ni sus pretensiones. Pensaba, soñaba y ambicionaba en voz alta.

El primer período de su actividad clandestina duró desde la primavera de 1897 hasta el fin de ese año. La policía en un principio se negó a creer que toda la agitación en las fábricas y los muelles pudiera emanar del puñado de adolescentes y chiflados que se reunían en el jardín de Shvigovsky; y buscó una fuente más impresionante. Esto dio tiempo a la Unión para extender su influencia, hasta que la policía renunció a su incredulidad y empezó a vigilar los movimientos de Bronstin y sus amigos. A fines del año los dirigentes de la Unión, viendo venir la represión, acordaron dispersarse y reanudar el trabajo después de cierto tiempo. Decidieron, sin embargo, regresar a la ciudad si en su ausencia la policía arrestaba obreros afiliados a la Unión, para que aquélla no pudiera decirles a los militantes que sus jefes los habían abandonado.

En las primeras semanas de 1898 Bronstein salió de Nikoláiev para refugiarse en una finca donde Shvigovsky, el hortelano, trabajaba como criado. No bien acababa de llegar cuando él y su amigo fueron detenidos por la policía. La mayoría de los miembros de la Unión fueron arrestados en Nikoláiev y sus alrededores. Bronstein fue trasladado de la finca a la cárcel de Nikoláiev y luego a una prisión en Jersón, donde permaneció varios me-

[18] M. Eastman, *op. cit.*, p. 87; A. G. Ziv, *op cit.*, pp. 12, 19-21.

ses. La policía no abrigaba dudas de que él era el animador del grupo. Durante todo un crudo invierno lo mantuvieron en estricto aislamiento en una pequeña celda sin calefacción, mal ventilada y plagada de alimañas. Por las noches le facilitaban un colchón de paja que volvían a llevarse al amanecer, de modo que durante el día no tenía donde sentarse ni acostarse. No se le permitía caminar ni hacer ejercicios en el patio de la prisión, ni recibir periódicos, libros, jabón o ropa limpia. Hambriento, sucio, lleno de piojos, caminaba de un extremo al otro de su celda, golpeaba en las paredes para ver si había algún ser viviente en las celdas vecinas, descubría que no lo había; volvía a caminar contando sus pasos y tratando de arrancarse los piojos. La monotonía de esos meses no fue interrumpida ni siquiera por un interrogatorio oficial; al preso no se le informó siquiera qué acusaciones pesaban contra él. Este tratamiento, concebido para desmoralizarlo, era con todo más benigno que el que recibieron algunos otros miembros de la Unión, quienes bajo el efecto de las torturas cometían suicidio, enloquecían o cedían al tormento y aceptaban convertirse en delatores. "Había momentos en que mordía en mí la amarga melancolía de la soledad", confiesa Trotsky en su autobiografía. Pero hallaba satisfacción moral en su sacrificio y componía letras para canciones revolucionarias que después se cantarían como canciones populares. Cuando la reclusión se acercaba a su término la policía suavizó su actitud y la madre de Bronstein logró sobornar a sus guardias y enviarle paquetes de alimentos y "lujos" tales como jabón, ropa limpia y frutas.

Finalmente lo trasladaron, para los interrogatorios y las investigaciones, a una prisión de Odesa donde habría de permanecer durante año y medio, hasta fines de 1899. Allí también se le mantuvo en confinamiento solitario, pero pudo comunicarse secretamente con sus amigos.[19] La prisión estaba abarrotada de reclusos y dentro de sus muros había un movimiento constante en el que alternaban las conjuraciones y las bromas. Bronstein se mantenía en buen estado de ánimo y se mofaba del coronel de la gendarmería que dirigía la investigación. Para saber cómo enfrentarse a su interrogador, tenía que precisar cuánto sabían los gendarmes sobre la Unión, y para este fin se puso en comunicación con sus compañeros en otras células. "Su tarea... no era fácil... tenía que contarme toda la historia de su arresto y las circunstancias que lo acompañaron y resumir sus propias declaraciones ante el interrogador... Todo esto tenía que expresarse de manera que yo obtuviera una idea lo más completa posible de lo que había sucedido y de modo que la comunicación no contuviera alusiones que pudieran utilizarse contra él en caso de ser interceptadas. Su ejecutoria fue magistral. Escribió un ensayo lleno de ingenio chispeante e ironía satírica, un panfleto brillan-

[19] Fue en esta prisión donde los miembros de la Unión se enteraron de la celebración del "Congreso" constituyente del Partido Socialdemócrata, que acababa de tener lugar en Minsk, y con gran excitación pasaron la noticia de ventana en ventana. L. Trotsky, *Pokolenie Oktiabriá*, p. 20.

te".[20] Empezó a transformar su propia experiencia en literatura.

El interrogatorio se prolongó sin producir pruebas que lo inculparan. Mientras tanto, Bronstein leía ávidamente todo lo que le caía en las manos, en un principio únicamente los libros y revistas que había en la biblioteca de la prisión, pero, más tarde, también los libros que le llegaban desde fuera. La biblioteca de la prisión sólo contenía literatura religiosa y publicaciones de la Iglesia. Como ejercicio lingüístico leyó la Biblia simultáneamente en alemán, francés, inglés e italiano. A continuación se entregó al estudio de colecciones de revistas religiosas ortodoxas que estaban llenas de polémicas contra los agnósticos, los ateos y especialmente los francmasones. "Las polémicas de los escritores ortodoxos cultos", hubo de escribir más tarde, "contra Voltaire, Kant y Darwin, me introdujeron en un mundo de pensamientos teológicos que yo nunca había tocado anteriormente, y ni siquiera me había imaginado remotamente en qué formas fantásticas, pedantes y risibles se expresaban tales pensamientos". "Aquellas investigaciones acerca de los malos espíritus y los demonios y su príncipe Satanás y el sombrío reino del mal... eran la admiración y el asombro del joven racionalista. Recuerdo una descripción muy detallada del Paraíso, de su geografía interior y del lugar en que se encontraba, a que el autor ponía fin con la nota melancólica siguiente: 'No puede indicarse con seguridad el lugar en que se encuentra el Paraíso'. No me cansaba de repetir estas palabras estupendas, lo mismo a mediodía que a la hora del té, que en los paseos: los geógrafos ignoraban el grado de latitud a que se encuentra la bienaventuranza paradisíaca. ¡Magnífico!".[21] Las discusiones teológicas con un suboficial de gendarmes eran su pasatiempo favorito. El rechazo racionalista de la religión era, en términos generales, característico de los rusos cultos de la época, fueran radicales, socialistas o sólo moderadamente liberales, procedieran de una familia ortodoxa griega o de una judía. En la formación de Bronstein el credo judío no había desempeñado ningún papel, y sólo en la prisión llegó a familiarizarse con la ortodoxia griega. La ortodoxia judía y la griega eran tan igualmente oscurantistas y reacias a considerar cualquier nueva idea (en este sentido iban muy a la zaga de los protestantes e incluso de los católicos) que le repugnaban violentamente al hombre culto o semiculto. Este no podía transigir con una religión que se negaba a transigir con ninguna corriente moderna en la mente humana.

Mientras profundizaba con ánimo divertido en esta literatura teológica, Bronstein también trataba de extraer de sus conclusiones y tergiversaciones polémicas los lineamientos principales de las filosofías y los sistemas sociológicos que la Iglesia condenaba y él todavía no conocía bien. Buscó puntos claves que le permitieran reconstruir sus propias versiones de estas teorías perversas y después valorarlas, en la medida de sus posibili-

[20] A. G. Ziv, *op. cit.*, p. 28.

[21] Véase la carta de Trotsky a Eastman, *op. cit.*, p. 113, y L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, pp. 206-207.

dades, de una manera marxista. Desde el exterior recibió unos cuantos libros que lo ayudaron más directamente. Leyó las obras de Darwin, que lo confirmaron en su ateísmo instintivo. Veinticinco años después habría de recordar cómo la descripción darwiniana de la forma en que el diseño de las plumas del pavo real se formaba naturalmente, desterró para siempre de su cerebro la idea de un Ser Supremo y con cuánta sorpresa se enteró de que el propio Darwin no había sido ateo.[22] Más adelante, los ensayos filosóficos de Arturo Labriola, el marxista italiano, lo acercaron un poco más a su meta: el pensamiento y el estilo de Labriola, nada dogmáticos, lúcidos y llenos de gracia, dejaron en él una impresión duradera. Sólo entendió a medias el tema del libro de Labriola, pero obtuvo de él claves más precisas para adentrarse en la teoría marxista.

Partiendo de puntos de vista tan precarios y utilizando un escaso acervo de datos tomados de fuentes ortodoxas griegas, intentó a continuación escribir una historia materialista de la francmasonería y de poner a prueba, en este análisis histórico concreto, su propia versión casera del marxismo. Esta fue su primera obra literaria prolija y a la que durante toda su vida guardó cariño: siempre recordó con desconsuelo cómo la perdió en una de sus primeras correrías. No estamos obligados a compartir la afición del autor a sus primeros frutos, pero sí podemos suponer que en aquellos textos intentó por primera vez escribir historia desde un punto de vista marxista. Entre sus muchos ensayos, que solía esconder en la letrina de la prisión para que sus compañeros los leyeran, había uno sobre el papel del individuo en la historia, el tema del constante y absorbente debate entre marxistas y populistas. "No había descubierto nada nuevo. Todas las argumentaciones metodológicas a que llegué, hacía largo tiempo que estaban descubiertas y aplicadas. Pero el caso era que yo había llegado a encontrarlas por mi cuenta —hasta cierto punto— y tanteando en la sombra. Me figuro que esto tuvo cierta importancia para el desarrollo posterior de mi espíritu. Más tarde, encontré en Marx, en Engels, en Plejánov, en Mehring, confirmación de lo que en la cárcel creyera ideas mías propias y a las que entonces no había podido contrastar ni dar fundamentación. En un principio, la dialéctica no se me reveló en fórmulas abstractas . . ." [23]

[22] En un discurso a los estudiantes de la Universidad de Sverdlov, en Moscú, en 1923, dijo: "Hasta el fin de mi vida me preguntaré si Darwin era sincero en esto o si meramente les rendía tributo a las creencias convencionales". *Pokolenie Oktiabriá*, pp. 55-56.

[23] L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, pp. 214-215. Ziv alega que en la prisión de Odesa Bronstein escribió también un tratado sobre los salarios, en el que sostenía que el salario por trabajo a destajo era preferible al salario por número de horas de trabajo porque el primero conduce a una mayor productividad. Parece casi imposible que Bronstein se haya ocupado de un asunto económico tan específico en aquel tiempo. Ziv volvió a estar en la cárcel con Bronstein en San Petersburgo, en 1906-1907, y probablemente le atribuye a su amigo en Odesa un trabajo escrito varios años después.

Estos esfuerzos ocuparon su mente y mantuvieron su espíritu en estado de exaltación mientras su segundo año en la cárcel se acercaba a su término. Mentalmente, el adolescente se iba haciendo hombre, y la transición se aceleraba en virtud del hecho de que al recluso no le quedaba otra cosa que hacer sino pensar y reflexionar.

A fines de 1899 los prisioneros recibieron su veredicto administrativo, es decir, un veredicto sin proceso previo. Bronstein y tres de sus compañeros fueron condenados al destierro en Siberia durante cuatro años; otros fueron deportados por períodos más breves; y algunos fueron absueltos. Pronto empezó la travesía de los desterrados. Primero fueron llevados a Moscú, y allí esperaron durante seis meses en una "cárcel de depósito". No sólo no se les había concedido el derecho de defenderse ante un tribunal, sino que los dos años y medio de su detención no eran deducibles de sus condenas.

En la prisión de Moscú, Bronstein conoció revolucionarios más viejos y más experimentados de todas partes de Rusia, que también aguardaban su deportación final. Nuevos rostros, nuevos impulsos, nuevas ideas. Allí oyó hablar por vez primera de Lenin y leyó su sólido libro, *El desarrollo del capitalismo en Rusia,* que acababa de aparecer. Allí cobró conciencia, también por primera vez, de las fases más avanzadas que el movimiento clandestino había alcanzado en el norte del país. Incluso las batallas de ideas que se libraban en Europa occidental tenían eco inmediato dentro de la prisión. Entre los numerosos libros que iban de una celda a otra figuraba el famoso trabajo de Eduard Bernstein, *Las premisas del socialismo,* el primer intento que hacía un eminente socialdemócrata alemán de separar al movimiento obrero de las concepciones revolucionarias del marxismo y de impartirle un carácter evolutivo y reformista. La obra de Bernstein provocó lo que entonces pareció una lucha homérica entre las dos alas del socialismo europeo, la "marxista ortodoxa" y la "revisionista". No causó, sin embargo, ninguna conmoción entre los reclusos de la cárcel de depósito: ninguno de ellos estaba en actitud de abandonar el camino de la revolución en favor de una marcha a pie hacia el socialismo.

En este nuevo ambiente Bronstein no perdió un ápice de su confianza en sí mismo. Siguió leyendo y discutiendo, y produjo toda una serie continua de ensayos y panfletos. Planeó establecer una imprenta dentro de la prisión, bajo las narices mismas de la policía. Esto les pareció demasiado arriesgado a sus compañeros y tuvo que contentarse con hacer circular su producción en forma manuscrita. Ya para entonces sus compañeros a veces juzgaban su imaginación demasiado audaz y su disposición a desafiar a la autoridad demasiado temeraria. En Jersón, venciendo la oposición de algunos, había convencido a sus compañeros de que efectuaran una huelga de hambre en protesta contra una proposición de la policía en el sentido de que se liberara a los presos jóvenes a condición de que sus padres les dieran una

buena zurra y los mantuvieran alejados de la política, lo cual era "un insulto al honor del revolucionario juvenil". También en Moscú defendió con bravura la dignidad del recluso. Uno de los presos había dejado de quitarse la gorra para saludar al alcaide de la prisión y había sido castigado con reclusión solitaria. Bronstein organizó de inmediato una manifestación de solidaridad:

> En la breve reunión se resolvió que todos saldríamos con nuestras gorras puestas y le pediríamos al guardia que diera la señal de alarma para el alcaide. Cuando éste acudiera, nosotros, desde luego, conservaríamos las gorras puestas. Las circunstancias dictarían qué hacer a continuación. El guardia... se negó a dar la señal de alarma. Nos agrupamos a su alrededor y Bronstein, colocado al frente de todos, sacó su reloj y dijo con suprema confianza: "Le doy dos minutos para decidirse"... Luego... haciendo a un lado al desconcertado carcelero, apretó el botón con un ademán magnífico. Nos pusimos las gorras y salimos al patio. El alcaide, rodeado por un enorme grupo de guardias armados, llegó corriendo al patio. "¿Por qué no se quitan las gorras?", exclamó dirigiéndose a Bronstein, que estaba en primera fila con la actitud más desafiante. "¿Y usted por qué no se quita la suya?", replicó orgullosamente Bronstein.[24]

Unos cuantos guardias gigantescos se llevaron forcejeando al rebelde al calabozo de los incomunicados.

Temerario y desafiante frente a la autoridad, o, como él mismo habría dicho, frente al enemigo de clase, era cordial y hasta sentimental con sus compañeros y sus parientes. A los convictos se les permitía recibir visitas de sus familiares dos veces por semana. En esas ocasiones Bronstein "daba muestras de una conmovedora ternura no sólo con su novia y futura esposa... sino con todas las otras mujeres que venían a ver a sus maridos o hermanos; las cautivaba a todas con su caballerosidad".[25] Las mujeres por lo general se llevaban consigo la ropa sucia de los prisioneros, pero Bronstein se negaba a beneficiarse de tales comodidades, y lavaba y zurcía su propia ropa, burlándose de los revolucionarios tan sometidos a las costumbres y los prejuicios burgueses que agobiaban a sus mujeres con semejantes ocupaciones. Al regresar de la sala de visitas a la celda, "solía volcar sobre nosotros todo su exceso de ternura, acariciándonos, besándonos y abrazándonos". Tanto se hizo recordar por el calor de su amistad, que años después sus amigos, que entretanto se habían convertido en sus enemigos, se sintieron desconcertados por su conducta despiadada durante la revolución y la guerra civil.

Durante este período en la prisión de Moscú, en la primavera o el verano de 1900, se casó con Alexandra Sokolóvskaya. Un capellán judío efectuó la

[24] A. G. Ziv, *op. cit.*, p. 39.
[25] *Ibid.*, p. 36.

ceremonia de la boda en la celda y el novio le tomó prestado un anillo matrimonial a uno de sus carceleros. La historia de este matrimonio es un tanto oscura. Muy a menudo los deportados políticos efectuaban matrimonios ficticios porque las parejas casadas tenían el derecho a ser deportadas al mismo lugar y así escapaban al aislamiento completo. Las relaciones ficticias se convertían frecuentemente en enlaces verdaderos. No está claro cómo consideraron en un principio Bronstein y Sokolóvskaya su matrimonio. En *Mi vida,* él le dedica sólo una frase, curiosamente indiferente y fría, como sugiriendo que fue una mera simulación: "El trabajo común por la causa nos había unido íntimamente, y para que no nos desterrasen a lugares distintos habíamos hecho que nos desposasen en la cárcel de depósito de Moscú".[26] La versión de un testigo ocular refuta el carácter prosaico del enlace. Describe cómo el sentimiento ambivalente entre los antiguos antagonistas había dado lugar al amor, cómo en la prisión y en el viaje de Moscú a Siberia, Bronstein se mostró lleno de afecto, y cómo, durante el viaje bajo escolta militar que duró casi una quincena, estaba tan inmerso en ese afecto que descuidó por completo a sus amigos y sus discusiones. La versión del testigo ocular parece, según los indicios más íntimos, verdadera. El matrimonio, por cierto, no tuvo lugar sin inconvenientes. Bronstein pensó en casarse por primera vez en la cárcel de Jersón, pero no siendo todavía mayor de edad tuvo que solicitar la autorización paterna. Su padre se opuso: no lo dejaría casarse con una muchacha que le llevaba tantos años, con una muchacha que —y sobre esto no abrigaba dudas el viejo Bronstein— había lanzado a su hijo por el camino del mal. "Liova clamó y tronó", escribe Ziv, "y luchó con toda la energía y obstinación de que era capaz. Pero el viejo no era menos obstinado y, teniendo la ventaja de hallarse al otro lado de las rejas de la cárcel, ganó". En Moscú, Liova renovó sus esfuerzos y esta vez se impuso. Cabe pensar que no habría "clamado y tronado" tanto por un matrimonio ficticio.

El viaje desde Moscú hasta el lugar del exilio, interrumpido por breves paradas en diversas cárceles de depósito, duró desde el verano hasta fines del otoño. Todo el grupo de deportados viajó por ferrocarril hasta Irkutsk, donde sus integrantes fueron separados y despachados en diferentes direcciones. A los Bronstein los enviaron río Lena abajo en una gran barca repleta de *skoptsy,*[27] que, vestidos con ropas blancas, entonaban plegarias y danzaban frenéticamente. Los Bronstein fueron desembarcados en la aldea de Ust-

[26] L. Trotsky, *Mi vida,* tomo I, p. 217.

[27] Los *skoptsy* eran una perseguida secta de fanáticos que se castraban para vivir en santidad (los "sagrados eunucos"). Vivían en comunas y eran en su mayoría hortelanos que se vestían de blanco y pasaban las horas de la noche rezando. La secta se fundaba en Isaías: "Porque así dice Yavé a los eunucos que guardan mis sábados y eligen lo que me es grato y son fieles a mi pacto: Yo os daré en mi casa, dentro de mis muros, poder y nombre, mejor que hijos e hijas". Según la leyenda, algunos de los zares (por ejemplo, Alejandro I) pertenecían a la secta.

Kut, que durante la fiebre del oro en el río Lena había servido de base para los pobladores siberianos. Los buscadores de oro se habían desplazado por entonces hacia el este y el norte, y Ust-Kut era un lugar abandonado con unas cien chozas campesinas, sucias y plagadas de alimañas y mosquitos. Los habitantes desmoralizados por sus frustrados sueños de riqueza, eran empedernidos adictos al vodka. Allí permanecieron los Bronstein algún tiempo, durante el cual él estudió *Das Kapital*, "con las páginas del libro plagadas de polillas". Posteriormente obtuvieron permiso para trasladarse a otro lugar, 240 kilómetros más hacia el este, donde trabajó como tenedor de libros para un mercader analfabeto y millonario. Este efectuaba sus negocios en una región enorme y era el soberano sin corona de la población tungusa. Bronstein observó aquella enorme empresa capitalista que se desarrollaba en las tierras vírgenes de Siberia, y más tarde la citaría como ejemplo de la combinación de atraso y desarrollo capitalista que era característica de Rusia. La observación sociológica y la teneduría de libros desempeñada con esmero no coincidían, y un error en las cuentas le costó su empleo a Bronstein. En medio de un invierno terrible, en que las temperaturas llegaban a los —32°C, regresaron en trineo a Ust-Kut, llevando consigo a su hija de diez meses, envuelta en pieles. Al llegar a cada estación, los padres tenían que desenvolver a la criatura para cerciorarse de que al protegerla contra el frío no la habían asfixiado.

De Ust-Kut pasaron a Verjolensk, a medio camino en dirección de Irkutsk, entre las montañas que dominan el lago Baikal. Allí ocuparon una pequeña casa y se establecieron con relativa comodidad. Verjolensk era una de las más antiguas poblaciones del este de Siberia: treinta y cinco años antes los insurgentes polacos habían sido deportados allí para construir carreteras, y ahora contaba con una numerosa colonia de deportados y buenas conexiones postales con Irkutsk, la ciudad más importante en aquella parte de Siberia. En Verjolensk, Bronstein tuvo la oportunidad de continuar sus estudios y desarrollar sus ideas, de establecer contactos útiles y darse a conocer en más de un sentido. No tardó en verse metido hasta las orejas en las disputas que tenían lugar en las colonias de exiliados, y en empezar a ejercer una influencia cada vez mayor. Daba conferencias, discutía y escribía, argumentando en favor del socialismo y contra el anarquismo, en favor de la lucha de masas y contra el terrorismo, y en favor del marxismo y contra la filosofía subjetivista. En los años anteriores había aceptado los lineamientos principales de la filosofía marxista; ahora, en Siberia, se identificó definitiva y firmemente con la tendencia social demócrata. Una Unión Socialdemócrata Siberiana iba creciendo precisamente entonces, reclutando sus miembros entre los deportados y los obreros que trabajaban en la construcción del Ferrocarril Transiberiano. La Unión se acercó a Bronstein y le pidió que escribiera volantes. Este aceptó de buen grado y al cabo de poco tiempo la organización llegó a considerarlo como su jefe y portavoz. Dos años más tarde habría de representar a esta Unión Siberiana

en Bruselas y Londres, en el importantísimo Congreso en que el Partido se escindió entre mencheviques y bolcheviques.

La primavera de 1901 trajo una de aquellas súbitas conmociones que marcaban el flujo y el reflujo de la opinión pública en el Imperio zarista. Nuevas y tormentosas manifestaciones tuvieron lugar en las universidades mientras en las fábricas estallaban huelgas. Miles de estudiantes fueron detenidos; muchos fueron incorporados al ejército (un nuevo castigo decretado en 1899) y muchos fueron deportados. El Santo Sínodo excomulgó a León Tolstoi. En febrero de 1901 un estudiante llamado Karpóvich asesinó al Ministro de Educación, Bogolépov. La Asociación de Escritores protestó contra el brutal control policíaco de la vida académica. La Internacional Socialista denunció al zar en un manifiesto solemne. Los grupos clandestinos cobraron nueva vida, y los nuevos deportados trajeron nuevos alientos a las colonias siberianas. Basándose en los relatos de los recién llegados, Bronstein trató de calibrar la fuerza de la oposición antizarista. Llegó a la conclusión de que el fermento político, con todo lo intenso que era, estaba a punto de agotarse debido en buena medida a que los grupos clandestinos no sabían cómo utilizarlo o cómo dirigirlo contra la autocracia. Las organizaciones clandestinas que proliferaban en el país llevaban una existencia inconexa, en la que cada una de ellas se dejaba absorber por los asuntos y las ambiciones locales. Era necesario coordinarlas y dirigirlas en escala nacional. Bronstein no fue el primero en expresar esta idea. En el extranjero, marxistas más viejos como Plejánov, Lenin, Mártov y otros la exponían en la recién fundada *Iskra* (*La Chispa*). Pero *Iskra,* cuyo primer número había aparecido en Alemania unos meses antes, no llegaba todavía a los exiliados de Verjolensk. Bronstein dio expresión a sus ideas en un ensayo que circuló profusamente y suscitó acalorados debates en las colonias siberianas. El interés biográfico de este ensayo, actualmente poco conocido, radica en el hecho de que en él su autor exponía en líneas generales una concepción de la organización y la disciplina del Partido idéntica a la que más tarde vendría a ser la concepción distintiva del bolchevismo, a la que él se opondría entonces con agudas y virulentas críticas.[28]

El movimiento revolucionario, argumentaba él en 1901, sería como un monstruo a lo Frankenstein a menos que fuera dirigido por un poderoso Comité Central que tuviera autoridad para disolver y expulsar a cualquier organización o individuo indisciplinado. "El Comité Central suspenderá sus

[28] Véase su *Vtori Syezd RSDRP (Otchet Sibirskoi Delegatsii),* p. 32. Citó su ensayo siberiano en 1903, en un apéndice a su informe a la Unión Siberiana sobre el segundo Congreso del Partido, en el que trató de explicar por qué se había puesto de parte de los mencheviques contra los bolcheviques, pese a las opiniones que había sostenido en Siberia. La Unión Siberiana tuvo en un principio, al igual que la Unión del Sur de Rusia, un carácter "economista", y sólo en 1902 reconoció la supremacía de la política revolucionaria sobre la económica y se unió, bajo la influencia de Bronstein, a la organización de *Iskra.* Más tarde se afilió con los mencheviques

relaciones con [la organización indisciplinada] y por consiguiente aislará a esa organización del resto del mundo revolucionario. El Comité Central suspenderá el envío de literatura y de otros recursos a esa organización. Enviará al lugar en cuestión... su propio destacamento, y, habiéndolo dotado de los recursos necesarios, el Comité Central proclamará que ese destacamento es el comité local". Aquí, podríamos decir, se hallaba resumido todo el procedimiento de purga, expulsión y excomunión por medio del cual el mismo, andando el tiempo, sería "aislado del resto del mundo revolucionario". Con todo, era cierto que en aquel momento el movimiento revolucionario en Rusia no podía avanzar un solo paso sin integrarse y disciplinarse en escala nacional, y que una dirección nacional estaba obligada en ocasiones a imponer severamente esa disciplina a los grupos renuentes.[29] Cuando Bronstein formuló por primera vez esta concepción, se atrajo las mismas acusaciones que él habría de lanzar en el futuro contra Lenin. Algunos de los deportados sostenían que la concepción de Bronstein era un retroceso de la actitud marxista a la populista, que los socialdemócratas ponían sus esperanzas en la masa de los obreros y no en un puñado de dirigentes, y que, en consecuencia, no tenían necesidad de conferirle a un Comité Central los poderes dictatoriales que habían sido necesarios en una conspiración estrecha. Por ahora no profundizaremos más en la controversia, que en su fase más avanzada vendrá a ser uno de los temas principales de esta narración. Pero sí es importante señalar que su primera aparición data de una fecha tan temprana como 1901.

Estas actividades, sin embargo, nos son menos conocidas que los logros literarios de Bronstein durante sus años siberianos. Muy poco tiempo después de su llegada empezó a escribir para la *Revista Oriental* (*Vostóchnoye Obozrenie*), una publicación progresista que aparecía en Irkutsk. Firmaba sus colaboraciones con el seudónimo de Antid Oto. El nombre de pluma (del italiano *antidoto*) se avenía al espíritu de oposición que impregnaba sus escritos. Como Antid Oto, se hizo muy popular en las colonias siberianas y, a través de los exiliados que regresaban a Rusia, su fama llegó a los círculos revolucionarios de San Petersburgo y Kiev e incluso hasta los emigrados en Europa occidental.[30] Sus colaboraciones, reproducidas en los volúmenes IV y XX de sus *Obras* lindaban entre la literatura y el periodismo: si las juzgamos según las normas del jadeante y asmático periodismo de mediados del siglo XX, seguramente habría que considerarlas como literatura. Bronstein escribía reportaje social y crítica literaria. Los trabajos del primer género consistían en ensayos que versaban principalmente sobre la vida del campesinado siberiano, redactados en un estilo que era a la vez

[29] L. Mártov, *Istoria Ross. Sotsial-Demokratii*, pp. 62-72.

[30] El autor del presente libro conoció personalmente a varios antiguos deportados que, en los años veintes y treintas, se referían todavía a Trotsky en sus conversaciones como Antid Oto y preguntaban, por ejemplo: "¿Qué dice Antid Oto sobre la situación?"

pausado y descriptivo y agudamente satírico. En estos escritos se echaba de ver la fuerte influencia de Gleb Uspensky, el talentoso y trágico populista cuyas descripciones realistas y sin embargo profundamente melancólicas de la vida de los campesinos, artesanos y pequeños funcionarios abrían las heridas y exhibían las lacras del Imperio zarista, elevando a un altísimo nivel la "literatura de denuncia".

"Casi un cuarto de siglo ha transcurrido desde que el viejo escritor contempló el panorama y ya es tiempo de ver cuántas cosas han cambiado desde entonces en el campo y en la aldea de Rusia": con esta invocación directa se calzaba Antid Oto los zapatos de Uspensky. Se ocupaba de los mismos personajes, los campesinos y los pequeños funcionarios, los agraviados y los abatidos, y los trataba con la misma simpatía y la misma piedad; sólo su indignación era más marcada y más amarga. Dado que sus escritos tenían que ser sometidos al censor, no atacaba directamente al gobierno. Pero esta limitación hacía más efectivos aún su ira y su escarnio. Su lenguaje era fácil y fluido, y pese a su afectación —a menudo era recargado, a veces pomposo y alambicado— resultaba ameno y expresivo; y las observaciones cabales y penetrantes, las vívidas descripciones de los personajes y los inesperados contrastes e imágenes compensaban la afectación. "Nuestra aldea está devastada económicamente por los *kulaks,* físicamente por la sífilis y todo tipo de epidemias, y espiritualmente vive en una densa y concentrada oscuridad...", escribió Bronstein en un ensayo sobre las condiciones de insalubridad que prevalecían en el campo siberiano y sobre la suerte del médico de aldea. "En pensativo silencio, nuestra aldea muere de enfermedad". Los enfermos mentales eran recluidos, con fines de observación, en las cárceles, que, debido a la falta de hospitales, formaban "el departamento psiquiátrico de la autoridad sanitaria local". En un caso, dos inválidos sin hogar, un viejo insurgente y un viejo gendarme —el mismo gendarme que había escoltado al insurgente al lugar de deportación— vivían en la misma celda carcelaria, por falta de otro asilo. Los médicos vivían aislados del mundo, impotentes y abatidos. Tal vez la celebración de conferencias regionales del personal médico lograría arrancarlos de su apatía.[31] En otra ocasión pidió un gobierno local para Siberia. En la Rusia europea, escribió, los *zemstvos* (asambleas rurales) tenían cuando menos algo que decir sobre los asuntos locales. Pero al oriente de los Urales, la administración creía ver un espíritu de rebelión en cada *zemstvo,* y aun cuando aquí y allá existía un núcleo de gobierno local, los campesinos participaban en ellos sólo como "símbolos silenciosos". Los terratenientes enviaban un representante por cada 3,000 rublos de ingresos, mientras que los campesinos enviaban uno por cada 43,000 rublos.

El escritor ilustró la naturaleza anacrónica de la administración en una semblanza de un empleado en un *volost* (distrito administrativo que com-

[31] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. IV, pp. 17-42.

prendía varias a'deas) siberiano. El empleado estaba abrumado por una increíble variedad de funciones: era el representante local del Ministerio del Interior, era responsable del reclutamiento de los conscriptos ante el Ministerio de la Guerra, cobraba los impuestos para el Ministerio de Hacienda, preparaba estadísticas para el Ministerio de Agricultura, era el agente local del Departamento de Justicia y del Ministerio de Educación y Asuntos Eclesiásticos. Sólo la Marina y Relaciones Exteriores lo dejaban en paz, pero incluso esto no era seguro. Cobrador de impuestos, estadístico, agrónomo, ingeniero de caminos, arquitecto, notario, funcionario judicial todo ello en una sola persona... y el empleado ni siquiera percibía regularmente su salario. ¿El resultado? "Las cifras estadísticas semificticias que él le proporciona a la autoridad superior son reelaboradas por ésta y utilizadas como base de muchos análisis o investigaciones oficiales, que luego se convierten en objeto de apasionadas polémicas entre los dirigentes responsables de la opinión pública".[32] Una serie de los artículos de Bronstein fue dedicada al "martirio de las mujeres": el *muzhik* golpeaba despiadamente a su esposa, y lo mismo hacía el mercader siberiano acaudalado.

Medio siglo después, estos ensayos todavía conservan su valor documental, y es posible imaginarse el efecto que produjeron en su momento. El censor los leía con creciente suspicacia y con frecuencia cada vez mayor cortaba párrafos o pasajes enteros. El autor se veía constantemente obligado a recurrir a nuevos trucos de evasión y a comunicar sus ideas por medio de sugestiones y alusiones. Cuando sus "dedos desnudos", no podían seguir agarrando la ortiga de los hechos, se excusaba y recurría a un estilo seminovelesco.

Los escritores de la oposición hallaban a menudo en la crítica literaria un refugio contra los asaltos de la censura. Tal era el caso de Bronstein, pero para él la crítica literaria era mucho más que un pretexto conveniente para exponer ideas políticas. El era un crítico literario por vocación. Aun sus primeros intentos de aproximación a la literatura desde el ángulo marxista estuvieron exentos del estrecho utilitarismo político que la llamada crítica marxista convierte a menudo en su virtud principal. Su enfoque era analítico más bien que didáctico, y estaba enriquecido por una apreciación y un disfrute vívidos de los valores estéticos. Era un lector voraz: en el transcurso de sus dos años en Siberia escribió sobre Nietzsche, Zola, Hauptmann, Ibsen, D'Annunzio, Ruskin, Maupassant, Gogol, Herzen, Bielinsky, Dobroliúbov, Uspensky, Gorki y otros. El alcance de sus conocimientos históricos y literarios era extraordinario, aun cuando cierta parte de ellos deban descartarse como juvenil alarde de erudición. Su interés primordial residía —como debe ser en el caso de todo marxista— en el impulso social que está detrás de la obra literaria, en el clima moral y político al que da su expresión individual el poeta o el novelista, y en el efecto que la obra

[32] *Ibid.*, pp. 3-7 *et passim.*

literaria ejerce a su vez sobre ese clima.

Pero en esto no había nada del marxismo vulgar que pretende descubrir un interés de clase económico o político oculto en todo poema, drama o novela. Bronstein también estaba excepcionalmente exento (muy excepcionalmente, tratándose de un hombre de 20 o 22 años) de la actitud sectaria que puede inducir a un revolucionario a denunciar cualquier valor espiritual que no pueda encajar en su propia concepción y al cual no tiene naturalmente ningún uso que darle. En el marxista joven esta actitud es por lo general un síntoma de incertidumbre interna: todavía no ha asimilado genuinamente su filosofía recién adquirida; los principios que profesa son hasta cierto punto externos a su pensamiento; y es un materialista histórico más por deber que por convicción natural. Mientras más ferozmente denuncia todo lo que parece contradecir su filosofía mal digerida, más tranquila se siente su conciencia y más complacido su sentido del deber. En el joven Bronstein, el hecho de que estuviera singularmente libre de ese sectarismo enfático era, por lo tanto, una indicación de cuán íntimamente había hecho suyo el modo de pensar marxista. Generalmente rendía generoso homenaje al talento o al genio de un escritor cuyas ideas estaban muy alejadas de las doctrinas del socialismo o se oponían directamente a éstas. No lo hacía tan sólo por espíritu justiciero, sino por la convicción de que "el legado espiritual del hombre es tan enorme y tan inagotable en su diversidad" que sólo quien "se apoya en los hombros de los grandes predecesores" puede pronunciar una palabra verdaderamente nueva e importante. El escritor de veintiún años insistía en que el socialismo revolucionario era la consumación, no el repudio, de las grandes tradiciones culturales; sólo repudiaba la concepción conservadora y convencional de la tradición. No le asustaba descubrir que las opiniones socialistas y las no socialistas pudieran coincidir parcial o totalmente, ni tenía temor a admitir la existencia de un núcleo o un grano de verdad en cualquier concepción que él rechazara en su conjunto.[33]

Su primer ensayo literario, un obituario crítico sobre Nietzsche, apareció en la *Revista Oriental*, en varias entregas, en diciembre de 1900, uno o dos meses después de su llegada a Siberia. No pudo haber elegido un tema más embarazoso que la obra de Nietzsche, cuyo odio al socialismo era notorio y cuyo culto del Superhombre les repugnaba a los socialistas. Bronstein dio comienzo a su obituario disculpándose por su tono crítico: "Debemos comportarnos en forma desapasionada frente a las personalidades de nuestros... adversarios, y debemos... rendir el debido homenaje a su sinceridad y

[33] Terminaba un ensayo sobre Gogol, "el fundador de la novela rusa", con las siguientes palabras: "Si Gogol trató de debilitar la significación social de sus propios escritos... no se lo tengamos a mal. Si en sus escritos de publicista trató de dirigirse a las mentes pequeñas... ¡perdonémosle! Y por sus grandes e inestimables méritos artísticos, por la influencia elevadamente humana de su obra de creación... ¡gloria eterna e inextinguible para él!" *Obras* (ed. rusa), vol. XX, p. 20.

otros méritos individuales. Pero un adversario —sincero o no, vivo o muerto— sigue siendo un adversario, especialmente si se trata de un escritor que sobrevive en sus obras..." Mostraba a continuación cómo la idea del Superhombre se derivaba de la moral burguesa normal y en qué sentido se oponía a esa moral. Nietzsche, sostenía, generalizó y llevó a sus últimas consecuencias lógicas, o más bien ilógicas, el desprecio por las masas que estaba profundamente enraizado en el pensamiento burgués normal. Para probar esta aseveración, el crítico mostraba cuántas de las concepciones de Nietzsche estaban contenidas implícita o explícitamente en los escritos de Herbert Spencer, el filósofo y sociólogo representativo de la clase media victoriana. La idea del Superhombre se oponía a la moral burguesa sólo en la medida en que el exceso se opone a la norma. El Superhombre inmoral guardaba con la clase media virtuosa la misma relación que el *Raubritter* medieval (con su máxima: *Rauben ist keine Schande, das tuhn die Besten im Lande**) había guardado con el señor feudal. El ideal de Nietzsche era el burgués rapaz liberado de inhibiciones y despojado de fingimientos. Pese a ello, el socialista no podía dejar de admirar la brillante originalidad con que Nietzsche había puesto de manifiesto la endeblez de la ética practicista normal de la clase media. [34]

Sobre el mismo problema volvió Bronstein en un ensayo acerca de Ibsen, en quien veía al artista inmortal en conflicto con el falso moralista.[35] "El historiador del pensamiento social europeo nunca olvidará las bofetadas, las bofetadas verdaderamente gloriosas, que Ibsen le ha propinado a la bien lavada, bien peinada y resplandecientemente satisfecha fisionomía del filisteo burgués". En *Un enemigo del pueblo,* por ejemplo, Ibsen había mostrado cuán sutilmente, sin cometer un solo acto de violencia, una democracia burguesa podía aislar y destruir a un hereje ("tan eficazmente como si lo hubiesen deportado a Siberia"). Pero el socialista no puede aprobar la actitud de superhombre del héroe de Ibsen, su falta de confianza en el pueblo y su desdén por el gobierno de la mayoría. El pueblo, la mayoría —conviene en ello el socialista— no es la fuente de toda sabiduría. "Si los méritos de una teoría científica o de un sistema filosófico fueran sometidos al juicio de la 'multitud'... Ibsen tendría razón mil veces... Las ideas de un Darwin sobre los problemas de la biología son cien veces más importantes que la opinión colectiva expresada en una asamblea por cien mil personas". (El autor no se imaginaba que cincuenta años más tarde, en su país sería práctica usual el que las asambleas de masas denunciaran a los biólogos o lingüistas "desleales".) "Pero cuando entramos en el campo de la política social práctica, donde están en juego tantos intereses profundamente antagónicos, el problema es muy diferente... Aquí la subordina-

* *Robar no es ninguna vergüenza, los mejores en el país lo hacen.* [N. del T.]
[34] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XX, pp. 147-162.
[35] *Ibid.*, pp. 181-195.

ción de la minoría a la mayoría, si corresponde al genuino equilibrio de fuerzas sociales y no es temporalmente creada por medios artificiales, tiene un mérito infinitamente superior". Ello no obstante, la falta de confianza de Ibsen en "el pueblo" expresaba una oposición artística a la sociedad burguesa, una oposición frente a la cual los marxistas debían asumir una actitud de comprensión y simpatía, aunque ellos mismos se rebelaran contra esa sociedad partiendo de premisas diferentes y en una forma diferente.

Como marxista, Bronstein no se dejaba impresionar por las pretensiones del arte mismo "Al igual que una cometa, [ese arte] puede alcanzar alturas desde las cuales todos los asuntos terrenales se ahogan en una gris indiferencia. Pero aun después de haber llegado a las nubes, este pobre arte 'libre' sigue atado a una fuerte cuerda, cuyo extremo terrenal está firmemente empuñado por el filisteo".[36] "La literatura sin el poder de la gran síntesis", escribió en otra ocasión, "es síntoma de fatiga social y característica de las épocas de transición marcada".[37] El, por lo tanto, veía con actitud crítica la corriente simbolista que entonces estaba de moda; pero no lo hacía porque favoreciera el realismo estrecho. Por el contrario "La creación artística, no importa cuán realista sea, siempre ha sido y sigue siendo simbolista... La finalidad del arte... no consiste en copiar empíricamente la realidad en sus detalles, sino en arrojar luz sobre el complejo contenido de la vida mediante la singularización de sus rasgos típicos generales... Todo tipo artístico es en términos generales un símbolo, por no mencionar tales imágenes altamente simbólicas como Mefistófeles, Fausto, Hamlet, Otelo, que encarnan artísticamente 'momentos' definidos del alma humana..." La escuela simbolista, sin embargo, sostenía él, trataba de convertir los medios en un fin en sí, y de esa suerte degradaba el símbolo de expresión intensificada de la experiencia humana a un medio de evadirse de esa experiencia.

Su interés en las letras europeas era tan intenso como su reacción contra el egocentrismo nacional de la Rusia oficial y, en parte, de la Rusia populista también. Ridiculizaba la jactancia de los eslavófilos de que no tenían necesidad de aprender nada del Occidente y de que los rusos mismos habían hecho todos los grandes descubrimiento e inventos: "la tierra rusa puede producir sus propios Platones y sus propios sagaces Newtons".[38] Este "occidentalismo", común por entonces a todos los marxistas y liberales, no implicaba ningún repudio del legado espiritual ruso del siglo XIX: la gran tradición literaria rusa no se remontaba más allá. La mayoría de los pensadores y escritores de Rusia habían sido rebeldes, y el intelectual revolucionario estaba empapado en sus obras. Fue la influencia de la literatura de

[36] Véase el ensayo sobre Hauptmann, *ibid.*, pp. 170-181.
[37] Ensayo sobre Balmont, *ibid.*, pp. 167-170.
[38] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XX, pp. 116-118, el artículo satírico sobre "El Darwin ruso", publicado en noviembre de 1901.

rebelión la que ayudó a Bronstein a cortar las amarras que lo unían a su infancia y adolescencia, tan privadas de experiencias que hubiesen podido hacer de él un revolucionario. Gleb Uspensky, como ya hemos visto, lo impresionó vivamente. En 1902, cuando Uspensky murió demente, Bronstein citó con reveladora aprobación la observación de Uspensky de que casi no había habido ningún vínculo entre su vida adulta de rebelde y su infancia y adolescencia, y de que había tenido que "olvidar su propio pasado" antes de poder forjarse su nueva personalidad. Esto era, por supuesto, más cierto aún en el caso del autor del obituario. "Con una terrible perspicacia suicida", escribió, "Uspensky aprehendió la vida tal como era y se consumió en la búsqueda de la vida tal como debería ser. Buscó la verdad y encontró la mentira; buscó la belleza y encontró la fealdad; buscó la razón y encontró la sinrazón".[39]

En los otros jefes de la rebelión literaria —Bielinsky, Dobroliúbov y, en menor medida, Herzen— Bronstein admiraba su identificación con los oprimidos, su indiferencia ante el éxito mundano, su rechazo de la trivialidad, y la integridad con que buscaron la verdad y a la cual se inmolaron. Uspensky, el populista, se había elevado por encima de los prejuicios y las ilusiones populistas: "Una figura solitaria, el mártir de su propio pensamiento intrépido, mira con ojos dolorosamente penetrantes por sobre las cabezas de sus contemporáneos y sus camaradas... para ver la faz del futuro". Bielinsky, "el padrino de la literatura rusa moderna", sostenía que "nada que aparezca y tenga éxito inmediato y sea recibido con... elogio incondicional puede ser importante o grande: importante y grande es sólo aquello que divide las opiniones... que madura y crece a través de la lucha genuina, que se impone... contra la resistencia viva". En Dobroliúbov, el crítico valoraba la extrema sensibilidad frente a cualquier nota falsa y la impaciencia ante las trivialidades aun cuando fueran inocuas. Nada le resultaba más embarazoso a Dobroliúbov que tener que escuchar a un hombre que discutía acaloradamente sobre la inhumanidad del canibalismo o la utilidad de la educación. La sátira de Dobroliúbov, concluía Bronstein, conservaría toda su vigencia "mientras el gran heroísmo para las pequeñeces irguiera tanto la cabeza... y mientras se considerara un mérito social predicar los rudimentos de un liberalismo barato".[40]

Este resumen de la crítica literaria de Bronstein podría, debido a la condensación inevitable, dar una idea un tanto exagerada de la madurez de sus escritos. Su estilo, recargado, retórico y excesivamente ingenioso, era todavía adolescente; pero su criterio era, en general, maduro. Para el biógrafo, el valor de estos ensayos se ve realzado por los muchos destellos de análisis y

[39] Bronstein escribió dos obituarios sobre Uspensky, uno para la *Revista Oriental* y otro para *Naúchnoye Obozrenie (Panorama Científico)*. *Obras* (ed. rusa), vol. XX, pp. 33-40 y 41-67.
[40] *Ibid.*, pp. 12, 29-31.

descripción de sí mismo que implícitamente hace en ellos el autor. Sin embargo, el joven Bronstein comprendió más directamente su propia posición en una invocación al siglo xx (escrita a principios de 1901, bajo el título de "Sobre el optimismo y el pesimismo, sobre el siglo xx y sobre muchas otras cosas").[41] Allí analizaba diversos tipos de optimismo y pesimismo, y asentada su preferencia por la actitud que era pesimista acerca del presente pero optimista acerca del futuro. El hombre que tiene esta actitud, sostenía Bronstein, es el que le abre nuevos horizontes a la mente humana y hace historia. Más de una vez este optimista peculiar ha tenido que sufrir los embates de un Santo Oficio. "Más de una vez el Torquemada colectivo ha fijado su atención exclusivamente en él". El optimista, empero, se alza de las cenizas y "tan apasionado, tan lleno de fe y tan militante como siempre, toca con seguridad a las puertas de la historia". En su camino se encuentra con el filisteo, cuya fuerza reside en la cantidad y la vulgaridad concentrada, y el cual está "armado hasta los dientes con una experiencia que no va más allá del mostrador, el escritorio de la oficina y el dormitorio con dos camas". A las burlas del filisteo y a su conservadorismo seudorrealista ("No hay nada nuevo bajo el sol"), el optimista que mira hacia el futuro replica:

> *Dum spiro spero!* . . . Si yo fuera uno de los cuerpos celestes vería con absoluto desapego esta mísera bola de polvo y tierra. . . Brillaría lo mismo sobre el bien que sobre el mal. . . Pero soy un *hombre*. "La historia del mundo, que a ti, desapasionado engullidor de ciencia, a ti, tenedor de libros de la eternidad, te parece tan sólo un momento insignificante en la balanza del tiempo, ¡lo es todo para mí! Mientras yo respire, lucharé por el futuro, ese futuro radiante en que el hombre, fuerte y hermoso, se convertirá en el amo de la corriente viva de su historia y la dirigirá hacia el ilimitado horizonte de la belleza, la alegría y la felicidad. . .
>
> El siglo xix ha satisfecho en muchas formas y ha frustrado en muchas más las esperanzas del optimista. . . Lo ha obligado a desplazar la mayor parte de sus esperanzas al siglo xx. Cada vez que el optimista se enfrentaba a un hecho atroz, exclamaba: "¡Cómo! ¿Y esto puede suceder en el umbral del siglo xx?" Cuando pintó imágenes maravillosas del futuro armonioso, las situó en el siglo xx.
>
> ¡Y ahora ese siglo ha llegado! ¿Qué ha traído consigo en un principio?
>
> En Francia: la espuma venenosa del odio racial; en Austria: la lucha nacionalista. . .; en Africa del Sur: la agonía de un pequeño pueblo que es asesinado por un coloso; en la propia isla "libre": himnos triunfantes a la codicia victoriosa de los agiotistas chovinistas; dramáticas "complicaciones" en el Oriente; rebeliones de masas populares hambrientas en Italia, Bulgaria, Rumania. . . Odio y asesinato, hambre y sangre. . .

[41] *Ibid.*, pp. 74-79.

Parece como si el nuevo siglo, este gigante recién llegado, estuviera empeñado, en el momento mismo de su aparición, en llevar al optimista al pesimismo absoluto y al nirvana cívico.

—¡Muera la Utopía! ¡Muera la fe! ¡Muera el amor! ¡Muera la esperanza!, clama el siglo xx con salvas de fuego y con el tronar de los cañones.

—Ríndete, patético soñador. Héme aquí, tu esperado siglo xx, tu "futuro".

—No —replica el optimista inquebrantable—: Tú eres sólo el *presente*.

Al cabo de cuatro años y medio de prisión y exilio, Bronstein anhelaba un escenario de acción más amplio que el de las colonias siberianas. En el verano de 1902, el correo clandestino le trajo un ejemplar del libro *¿Qué hacer?*, de Lenin, y una colección de *Iskra*. Los leyó con sentimientos encontrados. En ellos encontró ideas sobre la forma y el carácter del Partido, ideas que habían ido madurando en él, expresadas con suprema seguridad por los brillantes escritores en el exilio. El hecho de que él, en su aislamiento, hubiese llegado de manera independiente a las mismas conclusiones, no podía menos que entusiasmarlo y confirmar su confianza en sí mismo. Pero se sentía presa del desasosiego más intenso: ya que no podía tolerar el espectáculo de las callejuelas lodosas, adoquinadas y estrechas de Verjolensk. Incluso las discusiones dentro de las colonias de deportados y sus éxitos literarios en la *Revista Oriental* lo aburrían hasta la desesperación. Si pudiera irse a Moscú o a San Petersburgo... y después quizá a Ginebra, Munich o Londres, los centros donde se estaban forjando las armas intelectuales de la revolución...!

Le comunicó a su esposa su impaciencia y su ambición secreta. Alexandra no tenía dudas de que su esposo estaba destinado a la grandeza, y de que a los veintitrés años ya era tiempo de que hiciera algo para ganar la inmortalidad. Lo instó a tratar de evadirse de Siberia, y al hacerlo se echó sobre los hombros la carga de un pesado sacrificio. Acababa de dar a luz a su segunda hija y ahora se enfrentaba a la perspectiva de luchar por su propia vida y la de sus hijas, sin ayuda y sin la certidumbre de volver a reunirse con su marido. Estaba convencida de que, como esposa y como revolucionaria, no hacía más que cumplir con su deber; y aceptó su deber sin la mínima sugestión de melodrama.[42]

Una noche de verano de 1902, Bronstein, escondido bajo una carga de heno en una carreta campesina que avanzaba dando tumbos por los campos siberianos, se puso en camino a Irkutsk. En su cama, en el desván de su casa en Verjolensk, yacía un muñeco de trapo del tamaño de un hombre. La noche siguiente, el inspector de policía que vino, como de costumbre, a cerciorarse de la presencia de los Bronstein, subió al desván, echó una ojeada

[42] L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, pp. 230-231; Ziv, *op. cit.*, p. 42; M. Eastman, *op. cit.*, pp. 142-143.

a la cama, y convencido de que todo estaba en orden, se fue. Mientras tanto, el fugitivo, a quien sus amigos en Irkutsk le habían proporcionado ropas nuevas y respetables, abordó un vagón del Ferrocarril Transiberiano.

Antes de salir de Irkutsk sus camaradas le entregaron un pasaporte falso. Tuvo que escribir en él, sin pensarlo dos veces, el nombre que debía adoptar, y escribió el de uno de sus antiguos carceleros en la prisión de Odesa. En esta azarosa evasión ¿satisfaría acaso la identificación con su carcelero un inconsciente anhelo de seguridad en el fugitivo? Es posible. Ciertamente, el nombre del oscuro carcelero habría de alcanzar enormes proporciones en los anales de la revolución. El nombre era Trotsky.[43]

El viaje hacia el oeste fue inesperadamente sosegado. El pasajero mató el tiempo leyendo una traducción de Homero en hexámetros rusos. Abandonó el tren en Samara, sobre el Volga, donde la organización de *Iskra* tenía su cuartel general. Fue recibido cordialmente por Krzhizhanovsky-Clair, el técnico eminente que era amigo de Lenin y futuro jefe de la *Gosplan* (Comisión del Plan Estatal) soviética. La reputación literaria de Bronstein le había precedido, y Krzhizhanovsky-Clair le puso el apodo de *Piero* (*La Pluma*) y envió un elogioso informe sobre su talento y sus actividades al cuartel general de *Iskra* en Londres. Inmediatamente, Bronstein fue despachado a Járkov, Poltava y Kíev para visitar diversos grupos de socialistas. Descubrió que la mayoría de los grupos persistían en sus actitudes patrióticas locales y se negaban a cooperar entre sí o a someterse a autoridad central alguna. Con un informe en este sentido regresó a Samara. Allí lo aguardaba un mensaje urgente de Lenin: *La Pluma* debía presentarse lo antes posible en la sede extranjera de *Iskra*.

[43] Ziv, *op. cit.*, pp. 25-26; M. Eastman, *op. cit.*, p. 143. En su autobiografía, Trotsky no menciona el extraño origen de su seudónimo. Como si lo avergonzara un poco, dice tan sólo que no se imaginó que Trotsky se convertiría en su nombre para el resto de su vida.

CAPITULO III

EN EL UMBRAL DE LA HISTORIA

Casi al amanecer de un día de octubre de 1902, el evadido de Siberia tocó ruidosamente a una puerta en Londres, en el número 10 de Holford Square, cerca de King's Cross. Allí, en una habitación con una cocina, vivían Vladímir Ilich Lenin y sus esposa, Nadezhda Konstantínovna Krúpskaya: Mr. y Mrs. Richter para sus vecinos de clase media. La temprana hora no era la más indicada para una visita, pero el recién llegado estaba demasiado imbuido de la importancia de su misión y demasiado impaciente y seguro de sí para pensar en detalles de cortesía. Había viajado con excitación febril de Irkutsk a Londres, cruzando fronteras subrepticiamente y venciendo todos los obstáculos en su travesía. En Viena había interrumpido el descanso dominical del famoso Victor Adler, fundador del Partido Socialista de Austria, quien le proporcionó el dinero necesario para el resto del viaje. En Zurich tocó a la puerta, a medianoche, de Pavel Axelrod, el veterano del marxismo ruso, a fin de presentarse y organizar los detalles de la última etapa de su viaje. Ahora, llegado al término de éste, solo entre la gris neblina de una madrugada londinense, con un cochero que esperaba a sus espaldas el pago de sus servicios (pues el pasajero no tenía dinero), expresaba su agitación interior tocando ruidosamente a la puerta que era, en verdad, "la puerta de la historia".

Krúpskaya, adivinando a un compatriota en el temprano y ruidoso visitante, y un poco temerosa de que sus vecinos ingleses fueran a molestarse por esta muestra —que no era la única— de la extravagante conducta de los extranjeros en la casa, se apresuró a recibir al recién llegado. Desde la puerta exclamó: "¡*La Pluma* ha llegado!" Lenin, recordaría ella más tarde, "apenas acababa de despertar y todavía estaba en la cama. Dejándolos solos, salí a pagarle al cochero y a preparar café. Cuando regresé encontré a Vladímir Ilich todavía sentado en la cama conversando animadamente con Trotsky sobre algún asunto más bien abstracto. Pero las cordiales recomendaciones que traía el 'aguilucho' y esta primera conversación hicieron que Vladímir Ilich le prestara particular atención al recién llegado".[1] El vistante habría de recordar la "afable expresión en el rostro de Lenin... matizada de un justificable asombro".

Sin esperar a más, el recién llegado rindió su informe sobre las tendencias y actitudes políticas entre los deportados en Siberia; sobre las impresiones que había recogido en su reciente viaje a Kiev, Járkov y Poltava; sobre la renuencia de los grupos locales a considerarse como partes de un movimiento

[1] N. K. Krúpskaya, *Memories of Lenin*, p. 60.

nacional integrado; sobre el trabajo en el cuartel general de Samara; sobre el grado de seguridad que ofrecían los medios de comunicación clandestinos; sobre los defectos de las medidas que se tomaban para los cruces ilegales de las fronteras, y sobre muchas otras cosas. Lenin, que recientemente se había sentido exasperado por los comunicados confusos y poco prácticos que le habían estado llegando desde Rusia, acogió con verdadero placer la inusitada cantidad de información precisa y definida que el joven le traía, la oportunidad de escuchar "lúcidos e incisivos" comentarios y de encontrar en él a un partidario convencido de la idea de un partido centralizado.[2]

Deseoso de conocerlo mejor, Lenin lo invitó a dar largos paseos en los que conversaron largamente y durante los cuales le mostró los monumentos históricos y arquitectónicos de Londres. Pero Trotsky (así empezaban a llamarlo entonces) estaba tan lleno de la lucha clandestina en Rusia que su mente permanecía cerrada a cuanto no tuviera una relación directa con ella. Observó el peculiar giro de lenguaje que Lenin utilizaba para indicarle algunos de los monumentos: "He ahí *su* famoso Westminster" o "Este es *su* famoso Museo Británico", expresando, mediante la inflexión de su voz y por implicación, tanto su admiración por el genio que encarnaban los grandes edificios y su antagonismo a las clases gobernantes, a cuyo espíritu y poder estaban consagrados como monumentos aquellos edificios. Trotsky se mostraba impaciente en aquellas digresiones y se esforzaba por encauzar la conversación hacia los temas que estaban más cerca de su corazón; ¿En qué forma proponían los hombres de *Iskra* aglutinar los grupos dispersos en un partido centralizado? ¿Cuáles eran los resultados de su campaña contra los economistas, que trataban de mantener al movimiento dentro de los límites del sindicalismo apolítico? ¿Cómo pensaban contrarrestar los recientes intentos de revivir un partido terrorista de tipo populista? ¿Qué planes tenían para combatir a los "marxistas legales" de Piotr Struve, que se alejaban del marxismo revolucionario? Lenin escuchó con discreta satisfacción el relato de cómo Trotsky y otros habían estudiado en la cárcel su *Desarrollo del capitalismo en Rusia,* de cómo los había impresionado el enorme acopio de material estadístico que él había utilizado para demostrar que la industria capitalista estaba transformando la sociedad rusa de manera tan radical que había matado todas las esperanzas de un socialismo agrario y preparado el escenario para el movimiento proletario. Y, sobre todo, Trotsky quería saber por qué se le había llamado tan urgentemente a Londres y qué habría de hacer allí.

En rigor de verdad, no lo aguardaba ninguna tarea especial. Lenin siempre estaba deseoso de conocer personalmente a todo el que se hubiera distinguido en el trabajo clandestino. Sólo una cuantas semanas antes había escrito: "Para que el centro siempre pueda ser capaz no sólo de aconsejar,

[2] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXIV, pp. 89-92; Krúpskaya, *loc. cit.;* L. Trotsky, *Mi vida,* tomo I, capítulo titulado "Primera Emigración".

persuadir y discutir... sino en realidad de dirigir la orquesta, es necesario que se sepa quién toca cada instrumento y dónde y cómo lo hace; dónde ha sido adiestrada cada persona para manejar un instrumento y cuál es ese instrumento; quién hace sonar una nota falsa, y dónde y por qué..., quién debe ser trasladado, y cómo y adónde, para eliminar el tono discordante..."[3] Su idea del partido centralizado incluía un profundo interés en las personas que libraban las batallas del partido en sus respectivas localidades, un interés característico del verdadero dirigente. Sabía que Trotsky había "tocado el primer violín" en Siberia y por eso quería conocerlo, para descubrir "dónde y cómo había aprendido a manejar su instrumento". Por aquel entonces Lenin se quejaba, en las cartas a sus amigos, de las deficiencias del personal de redacción de *Iskra*, y debe de haber pensado en la posibilidad de que el mejor lugar para Bronstein fuera el periódico. El mismo día que Trotsky llegó, Lenin le consiguió alojamiento en una casa vecina, donde vivían los otros redactores de *Iskra*: Mártov y Zasúlich. No bien hubo acabado de desempacar sus pertenencias, el recién llegado escribió su primera colaboración para el periódico. Esta apareció en el número publicado inmediatamente después de su llegada y fechado el 1° de noviembre de 1902.[4]

El consejo de redacción de *Iskra* constaba de seis miembros: Plejánov, Vera Zasúlich y Axelrod, los tres precursores emigrados de la socialdemocracia rusa, y los mucho más jóvenes Lenin, Mártov y Potrésov, que habían salido recientemente de Rusia. La mayoría de los redactores vivían en Londres, en el barrio de Saint Pancras; Plejánov y Axelrod vivían en Suiza, pero el primero hacía viajes frecuentes a Londres. De este grupo, especialmente de la casa de Lenin, salían todos los hilos que se comunicaban con el movimiento clandestino en Rusia, cuyos agentes se presentaban en Holford Square con mensajes y regresaban con instrucciones. Así, pues, el joven Trotsky se vio trasladado directamente de Verjolensk al centro dirigente del socialismo ruso y colocado bajo la constante influencia de personalidades destacadas y contrastantes.

Zasúlich y Mártov compartían con él su casa, sus comidas y sus pensamientos. Vera Zasúlich fue quien, el año anterior al nacimiento de Trotsky, disparó contra el general Trépov e involuntariamente inspiró a la *Libertad del Pueblo* a seguir su ejemplo. Después que el jurado la absolvió, escapó al extranjero, se puso en contacto con Karl Marx y, aun cuando no aceptó sus enseñanzas sin reservas mentales, se convirtió en uno de los fundadores de la escuela marxista rusa. Desechando las dudas de Marx, fue de los primeros en proclamar que el socialismo proletario que aquél propugnaba para la Europa occidental era viable también en Rusia.[5] Vera Zasúlich

[3] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. VI. pp. 205-224.
[4] *Iskra*, núm. 27.
[5] *Perepiska K. Marxa i F. Engelsa s Rússkimi Politícheskimi Déyatelami*. pp. 240-242.

no era tan sólo un personaje heroico. Bien versada en historia y filosofía, era esencialmente una hereje, con una mentalidad sagazmente femenina que operaba por impulsos y chispazos intuitivos más bien que a través del razonamiento. En todos sus retratos dibujados por sus contemporáneos, hallamos también los detalles cómicos del bohemio ruso de la vieja guardia. "Escribía muy despacio, sufriendo verdaderamente todos los tormentos de la creación literaria"; y mientras escribía o discutía se paseaba pensativamente de un extremo al otro de su habitación, haciendo sonar sus pantuflas, enrollando cigarrillos que fumaba uno tras otro, dejando las colillas en los pretiles de las ventanas y en las mesas, y dejando caer las cenizas sobre su blusa, sus brazos y sus manuscritos o dentro de su taza de té y en ocasiones sobre su interlocutor. Para el joven Trotsky, ella era la heroína de una epopeya gloriosa, y él había venido a vivir bajo el mismo techo con la leyenda viviente de la revolución.

Mártov era apenas unos pocos años mayor que Trotsky. También era judío. Descendiente de una antigua familia de grandes intelectuales hebreos —su verdadero apellido era Zederbaum—, había sido uno de los iniciadores del Bund, el partido socialista judío; pero después abandonó la idea de un partido obrero judío independiente y, en unión de Lenin, fundó la *Asociación para la Lucha por la Emancipación de los Trabajadores,* en San Petersburgo. Siguió a Lenin al exilio, donde hicieron causa común con los veteranos emigrados para fundar *Iskra.* Analizador sutil, escritor de vena satírica, comentarista ágil y prolífico de los asuntos del momento, Mártov era el pilar periodístico de *Iskra,* en tanto que Lenin era el inspirador y organizador político. Tanto Mártov como Zasúlich pertenecían a la estirpe romántica de los rebeldes, menos orientados por los principios teóricos que por la indignación moral frente a la injusticia social. Llenos de encanto, generosidad y modestia, ambos eran, por temperamento, más artistas que políticos.

Lenin estaba hecho de una pasta diferente. No es que estuviese totalmente exento de romanticismo —nadie que lo estuviera podía ser revolucionario en una época en que la revolución todavía no era más que una idea y un sueño—, pero Lenin había reprimido su propia inclinación romántica y miraba con desdén el desapego por las cosas de este mundo que era característico del rebelde ruso. Hermano de un mártir populista, conocía el precio que los revolucionarios habían pagado en sangre y frustración por ese desapego. Su propia tarea, tal como la concebía, era la de infundir en ellos un espíritu realista, armonizar su fervor con la sensatez y adiestrarlos en métodos de trabajo precisos y eficientes. A esto dedicaba su energía y su tiempo. Disciplinado, estudioso y trabajador, raras veces se le veía en las reuniones de los exiliados y raras veces participaba en sus interminables y a menudo infructuosas discusiones. Apreciaba y disfrutaba la discusión como preparativo para la acción, no como un fin en sí. En cierto sentido, su mente seguía una sola senda, pero esa senda era tan amplia como la sociedad misma y conducía a la transformación de la

sociedad.

Fue casi inevitable que Trotsky se sintiera más atraído por Zasúlich y Mártov, cuyo techo compartía y quienes ejercían su influencia en él constantemente, más que por Lenin, cuya influencia era sólo intermitente. Puesto que se hallaba todavía en sus años de formación, necesitaba del contacto social y de la discusión para adiestrar su intelecto. Esta necesidad la satisfacían generosamente Zasúlich y Mártov, pero no Lenin. Aquéllos también tocaban una fibra más íntima en él, la fibra que habían tocado los populistas cuando él ingresó en el círculo de Shvigovsky. El comportamiento de Lenin, pese a toda la curiosidad y el respeto que suscitaba, no podía dejar de parecerle seco y prosaico. Tendrían que transcurrir años antes de que Trotsky descubriera la grandeza que había en aquel carácter prosaico.

Poco después de su llegada a Londres, conoció también a Plejánov, quien, al igual que Zasúlich era una figura casi legendaria para él. Plejánov, también, había sido uno de los fundadores del marxismo ruso y había mantenido relaciones de amistad con Engels. Era el filósofo y el ideólogo de la nueva escuela, su gran estilista y orador erudito de fama europea. Pero Plejánov también estaba lleno de su propia fama y brillantez, y era altivo y poco cordial. En su primer encuentro con el nuevo colaborador de *Iskra* le mostró una instintiva aversión, que con el tiempo hubo de aumentar hasta convertirse en intensa antipatía. Los dos hombres poseían muchas dotes y rasgos similares. Ambos eran escritores imaginativos y polemistas agudos; ambos tenían una manera teatral de hablar y de comportarse; ambos estaban llenos de sí mismos, de sus ideas y de sus actividades. Pero, en tanto que la estrella del más joven apenas comenzaba a ascender, la del más viejo apenas empezaba a declinar. Trotsky desbordaba de entusiasmo inmaduro pero cautivante; Plejánov se estaba volviendo escéptico y más maduro de la cuenta. Lunacharsky relata una anécdota bien conocida entre los emigrados, que aunque obviamente es falsa, indica en parte la actitud de Plejánov. Cuando éste llegó a Londres, Zasúlich elogió calurosamente en su presencia las dotes de Trotsky. "¡El muchacho", exclamó, "es indudablemente un genio!" Plejánov puso mala cara, se volvió a un lado y dijo: "eso nunca se lo perdonaré".[6]

El equipo de *Iskra* todavía hablaba con una sola voz. Pero tenía sus divergencias, de las que Trotsky llegó a enterarse y en las que involuntariamente empezó a verse envuelto. El consejo editorial estaba dividido en partes iguales entre los tres veteranos y los tres redactores más jóvenes. Las diferencias se resolvían por votación y, puesto que cada grupo votaba en bloque contra el otro, se producía un *impasse*. A menudo era necesario dejar pendientes las cuestiones de política editorial. Lenin, deseoso de romper el

[6] A. Lunacharsky, *Revolutsiónnie Silueti*, pp. 19-22. Algunos autores de memorias (Zelikson-Bobrovskaya) dicen que cuando los primeros artículos sin firma de Trotsky aparecieron en *Iskra*, los lectores se los atribuyeron a Plejánov.

impasse, pensó en añadir un séptimo miembro al consejo. En fecha tan temprana como marzo de 1903, cuatro meses después de la llegada de Trotsky, Lenin, en un memorándum enviado a todos los redactores, recomendó enfáticamente su nombramiento. Rebatió de antemano las objeciones relativas a la edad y la preparación de Trotsky: recalcó las "extraordinarias capacidades" y la "convicción y energía" de éste, añadiendo que sus colaboraciones eran "no sólo muy útiles sino absolutamente necesarias".[7] Zasúlich y Mártov se mostraron de acuerdo. "Sus obras literarias [de Trotsky], le escribió Mártov a Axelrod, "revelan indudable talento... y él ya ejerce una gran influencia aquí gracias a sus excepcionales dotes de orador. Habla espléndidamente. De ello hemos tenido pruebas suficientes Vladimir Ilich [Lenin] y yo. Tiene conocimientos y se esfuerza por aumentarlos. Yo suscribo sin reservas la proposición de Lenin".[8] Axelrod también aceptó la candidatura. En esto, cuando menos, no hubo división entre los veteranos y los más jóvenes. Todo el equipo, con una excepción, recibió con entusiasmo a Trotsky. La excepción fue Plejánov, quien se opuso con vehemencia sosteniendo que las colaboraciones de Trotsky, con su retórica florida, rebajaban la calidad del periódico. Que el estilo de Trotsky era florido y alambicado, era cierto. Lenin había tratado, con mucho tacto, de podarlo; y, al recomendar el nombramiento de Trotsky, escribió que si éste se convertía en miembro permanente del consejo editorial sería más fácil hacerle ver la necesidad de una mayor sencillez estilística. El se encargaría de que ésa fuera la opinión de todo el equipo y no sólo su propia preferencia por la austeridad. Pero, para indignación de todos sus colegas, Plejánov no cedió. Después de mucho regateo, Zasúlich trajo a Trotsky, que no estaba enterado de nada, a una reunión del consejo, con la esperanza de que Plejánov depusiera su actitud. Pero éste despreció al "intruso" y persistió en su veto.

En *Mi vida*, Trotsky dice que Plejánov sospechaba que él, Trotsky, se uniría a Lenin en su oposición a los veteranos. Difícilmente pudo ser ése el motivo principal de la actitud de Plejánov. Todos los otros veteranos trataban a Trotsky con orgullo y ternura casi paternales; y él, a su vez, mostraba para ellos una reverencia afectuosa convirtiéndose en el benjamín del grupo. Tal fue su actitud no sólo respecto a Zasúlich, sino también, y especialmente, respecto a Axelrod, cuyo hogar en Zurich llegó a ser con el tiempo el retiro favorito de Trotsky durante sus viajes al continente. Es difícil imaginar caracteres más disímiles que los de Plejánov y Axelrod, quienes durante casi veinticinco años trabajaron juntos en íntima amistad. Axelrod era un judío de Ucrania del sur, al igual que Trotsky. Se había iniciado como populista en la primera Unión de Obreros del sur de Rusia,

[7] Krúpskaya, *op. cit.*, p. 65; Trotsky, *Mi vida*, tomo I, capítulo titulado "El Congreso del Partido y la Escisión".
[8] *Pisma Axelroda i Mártova*, pp. 79-80.

de la que Trotsky había tomado el nombre de su propia organización. Posteriormente emigró y fue uno de los precursores del marxismo ruso. Sin ninguna de las dotes de Plejánov, deficiente como escritor y más deficiente aún como orador, fue el creador poco coherente de muchas de las ideas que su amigo exponía con brillantez. En tanto que el socialismo de Plejánov era intelectual, el de Axelrod nacía de una absoluta confianza en la clase obrera. Creía fanáticamente que los obreros hallarían su camino hacia el socialismo y la emancipación, y desconfiaba instintivamente de la aspiración de los intelectuales a dirigirlos: éste habría de ser, andando el tiempo, el motivo principal de su inquebrantable oposición al bolchevismo. En tanto que Plejánov, un europeo refinado y aristócrata por su aspecto, llevaba una vida más bien burguesa, Alxelrod se ganaba el sustento como un obrero, produciendo en su hogar un tipo especial de yogurt que él mismo repartía entre sus clientes. Rodeado de sus envases de leche discutía con los fugitivos de Rusia para quienes su hogar era un refugio y a quienes alimentaba y a veces vestía. Su ancha barba descuidada le daba más bien el aspecto de un devoto rabino ruso que de un político revolucionario. Sin embargo, todos los dirigentes revolucionarios, entre ellos hasta muy poco antes el propio Lenin, lo habían considerado como su maestro e inspirador. Con él llegó a compenetrarse intensamente el joven Trotsky, y esa relación habría de tener una considerable influencia en su destino político.[9]

Los lazos de la amistad también lo vincularon con otro precursor, León Deutsch, también originario del sur de Rusia y antiguo populista que hacía poco tiempo, después de trece años de *katorga,* se había evadido de Siberia y hecho un viaje alrededor del mundo. Aun cuando se encontraba en la cúspide de su fama —su valerosa evasión le había ganado una admiración mundial—, Deutsch contemplaba la nueva época, sus problemas y sus hombres con ojos un tanto fatigados e incomprensivos. Pese a que veía con cierta aprensión el exuberante radicalismo de Trotsky, llegó a sentir una tierna predilección por el brillante "benjamín", como si en éste encarnaran sus propias esperanzas juveniles, siguió con admiración sus primeros pasos en el extranjero y trató de ayudarlo e impulsarlo en todas formas.

La disensión en el seno del equipo de *Iskra* no había tenido hasta entonces una significación política. Hasta hacía muy poco tiempo, Lenin y Mártov, como ya hemos visto, se habían sentado a los pies de los veteranos con los mismos sentimientos que ahora animaban a Trotsky. Pero su aprendizaje había concluido: y, como sucede a menudo, los discípulos estaban más conscientes de ello que los maestros. Todo el trabajo se centraba ahora en *Iskra,* y, como redactores y colaboradores, los veteranos, con la excepción

[9] L. Trotsky, *loc. cit.* y *Lenine,* pp. 9-60; A Lunacharsky, *op. cit.,* pp. 35-40; F. Dan, *Proisjozhdenie Bolshevisma,* pp. 191-194, 288-289; N. Alexéiev en *Proletárskaya Revolutsia,* núm. 3, 1924; L. N. Mescheriakov en *Pechat i Revolutsia,* vol. II, 1924; V. Medem, *Von Mein Leben,* vol. II, capítulo I; John Mill, *Pioneers and Builders,* vol. I, pp. 205-207.

de Plejánov, eran más o menos ineficaces. Escribían con poca frecuencia y no muy bien; y su participación en la organización del movimiento clandestino en Rusia era reducida cuando no nula. Lenin y Mártov compartían el trabajo editorial cotidiano; y Lenin, ayudado por Krúpskaya, soportaba el peso principal de la labor rutinaria que no podía descuidarse a fin de mantener y desarrollar los contactos con Rusia.[10] Inevitablemente, los veteranos sintieron que se les estaba dejando de lado.

Los celos se centraron en el antagonismo entre Plejánov y Lenin, cada uno de los cuales tenía la personalidad más vigorosa dentro de su grupo respectivo. El antagonismo había surgido en el momento de la fundación de *Iskra*, y desde entonces se había hecho más intenso. Lenin iba adquiriendo confianza en sus propias ideas y métodos de trabajo, y no lo disimulaba. Plejánov lo trataba con ironía condescendiente o con la actitud ofensiva del maestro de escuela frente a su alumno. Unos meses antes de la llegada de Trotsky, en mayo de 1902, Lenin le había escrito a Plejánov: "¡Vaya noción del tacto que tiene usted...! No vacila usted en emplear las expresiones más desdeñosas... Si lo que se propone es hacer imposible el trabajo en colaboración, entonces el camino que ha elegido lo ayudará muy rápidamente a realizar su propósito. Por lo que toca a nuestras relaciones personales... usted ha acabado por arruinarlas, o, más exactamente ha logrado destruirlas por completo".[11] Posteriormente Zasúlich y Mártov habían reparado la grieta, pero los choques continuaron y el más reciente tuvo que ver con el trabajo de Trotsky para *Iskra*. "Una vez", escribe Krúpskaya, "[Lenin] regresó de una reunión del consejo editorial en un estado de terrible irritación. 'En buena situación estamos', dijo. 'Nadie tiene el valor de replicarle a Plejánov. ¡Mira a Vera Ivanovna [Zasúlich]! Plejánov le da una paliza a Trotsky, y todo lo que Vera dice es: '¡Ay, qué cosas tiene este Jorge! Todo lo que hace es gritar'. '¡Me es imposible continuar así!', estalló Lenin".[12]

De manera casi imperceptible, esta disensión iba siendo superada por otra que se derivaba de ella. Lenin, Mártov y Potrésov (el papel de este último, importante en un principio, era entonces insignificante) todavía actuaban y votaban juntos contra los veteranos. Pero a medida que la rivalidad se desarrollaba, Lenin iba distanciando a sus contemporáneos también, especialmente a Mártov. Convencido de que tenía razón, no daba marcha atrás y continuaba adelante haciendo caso omiso de las susceptibilidades de los veteranos. Mártov, menos definido en sus concepciones y menos re-

[10] En una memoria hostil, escrita en 1927, Potrésov admitió: "Y sin embargo... todos los que estábamos más cerca del trabajo... estimábamos a Lenin no sólo por sus conocimientos, su intelecto y su capacidad de trabajo, sino también por su excepcional devoción a la causa, su constante disposición a entregarse completamente, a aceptar los deberes más desagradables y a cumplirlos de la manera más concienzuda". A. N. Potrésov, *Posmertnyi Sbornik Proizvedenii*, p. 299.

[11] *The Letters of Lenin*, pp. 155-156.

[12] Krúpskaya, *op cit.*, p. 65.

suelto a imponerlas, trataba de hacer las paces. Sus ideas eran por lo general las mismas de Lenin, pero tan pronto como trataba de hacerlas efectivas y encontraba resistencia, empezaba a vacilar y a reconsiderar las cosas y acababa por emprender la retirada. Esto no sólo sucedía en las disputas con los veteranos. En otros asuntos también empezaba por ponerse de acuerdo con Lenin para "luchar sin transigir" por determinado objetivo. Después se aflojaba ante la actitud intransigente de Lenin y acababa por abandonar el objetivo. Era "blando" por temperamento y le repugnaba la "dureza" de Lenin. En las reuniones, "Lenin, que apreciaba mucho a Mártov, le contemplaba inquisitivamente y con un cierto recelo, y Mártov, que comprendía aquella mirada, sentíase agobiado bajo ella y en sus hombros escuálidos había un temblor nervioso... Lenin no miraba a Mártov cuando hablaba, y los ojos de éste se escondían, apagados, detrás de sus lentes torcidos y siempre sucios".[13]

Estas eran, pues, las influencias bajo las que vino a colocarse Trotsky. El hecho de que Lenin lo defendiera y tratara de ascenderlo, frente a la oposición de Plejánov pudo haberlo acercado a Lenin y enfrentado a los veteranos. Pero no fue así. Por una parte, los veteranos, como ya sabemos, no apoyaban en este punto a Plejánov: ellos también hacían todo lo posible por ayudar y estimular a Trotsky. Por otra parte, éste era casi diez años menor que Lenin y diez veces más susceptible de dejarse ganar por el atractivo romántico de los veteranos. Hasta entonces no había tenido tiempo de desencantarse con ellos y de observar que, a pesar de todas sus virtudes, eran ineficaces en el trabajo cotidiano. La oposición de Lenin a los veteranos le parecía desconsiderada, y sus motivos personales y mezquinos.

Sin embargo, consideraba la discordia como el aspecto trivial de una empresa gloriosa y trascendental. Las disputas internas no le impedían a *Iskra* ser el gran centro aglutinador del partido naciente: su solo nombre era un llamado a los revolucionarios. Nadie creía en la misión de *Iskra* con más ardor que Trotsky; y esa creencia vibraba en sus artículos. El rasgo distintivo de sus primeras colaboraciones en el periódico no reside tanto en la originalidad de las ideas cuanto en la fuerza de la emoción que las impregna, en la naturaleza apasionada de sus innovaciones revolucionarias y en la vehemencia casi dramática de las invectivas que lanzaba contra los gobernantes de Rusia y los enemigos del socialismo. Entonces escribía sin las inhibiciones de la censura y daba rienda suelta a su temperamento, lo cual no mejoraba necesariamente la calidad de sus textos: sus artículos para *Iskra* eran a menudo inferiores a sus ensayos siberianos.

Su primera colaboración en *Iskra* versó sobre el bicentenario de la tristemente célebre fortaleza de Schlüsselburg, que Pedro el Grande había construido cerca de su capital: "su ventana a Europa y su prisión más importante". El autor evocaba las sombras de los mártires que habían sido

[13] Trotsky, *Mi vida*, tomo I, p. 260.

asesinados o arrastrados a la locura en sus mazmorras, entre los cuales figuraba Alexandr Uliánov, el hermano de Lenin. Y terminaba con una resonante imprecación al zar y sus servidores: "Podéis seguir regodeándoos en vuestras bacanales patrióticas: todavía sois los amos de Schlüsselburg". En el mismo número flagelaba a los aristócratas cuasi-liberales, que en los *zemstvos* apenas se atrevían a susurrar una palabra contra las autoridades: "¿Qué otras plagas egipcias, qué otros escorpiones rusos se necesitan para enderezar las espaldas sumisamente inclinadas de los liberales de los *zemstvos*?".[14] En relación con las manifestaciones eslavófilas contra Turquía, auspiciadas por el zar, escribió sobre "Los tiburones de la eslavofilia": "Una vez más, oh ciudadano ruso, se hace un intento de abrir la válvula de seguridad del eslavismo oficial para dar salida al exceso de vuestras emociones cívicas. Otra vez, lo mismo que hace veinticinco años [durante la guerra ruso-turca de 1878], los abastecedores periodísticos de patriotismo sacan de sus archivos... las ideas de fraternidad paneslavista y las ponen en circulación con pompa y repique de campanas". Pero el gobierno zarista no trataba a su propio pueblo mejor que el Sultán a sus súbditos que no eran musulmanes. "¿Son nuestras prisiones", preguntaba el escritor, "mejores que las turcas?... ¿No han violado los soldados de nuestras expediciones punitivas a las hijas de los campesinos de Poltava? ¿No han saqueado sus propiedades?" ¿Por qué entonces los llamados liberales apoyaban la "misión civilizadora" del zar en Turquía, por qué "no llamaban a una cruzada contra los bárbaros... del imperio zarista?" La oposición semiliberal, "esa oposición legalista a un gobierno ilegal" era ya, y seguiría siendo durante muchos años, el blanco favorito de su ironía.[15] En los *zemstvos*, cuya función debía ser la de juzgar las acciones del gobierno, "el acusado asume en realidad el papel de juez y se arroga el derecho de poner en receso al tribunal en cualquier momento". El zarismo ofrecía a los *zemstvos* "el látigo envuelto en el pergamino de la Carta Magna", y los *zemstvos* quedaban contentos. ¿Qué entendían éstos por libertad: "la libertad de renunciar a la libertad política?". "Puede decirse con certeza que si la libertad de Rusia fuera a nacer de los *zemstvos*, nunca llegaría a tener vida. Afortunadamente, la libertad de Rusia tiene progenitores más dignos de confianza: el proletariado revolucionario y la lógica interna y autodestructora del absolutismo ruso". "Muchas corrientes políticas se sucederán, muchos 'partidos' nacerán y se extinguirán, cada uno de los cuales pretenderá superar el programa y las tácticas socialdemócratas, pero el historiador futuro dirá: esas corrientes

[14] *Iskra*, núm. 27, 1º de noviembre de 1902.

[15] *Iskra*, núm. 28, 15 de noviembre y núm. 29, 1º de diciembre de 1902. Es digno de mención el hecho de que, ya en marzo de 1901, Trotsky había escrito en la *Revista Oriental*: "El liberalismo puro, con todos sus símbolos de fe manchesterianos, se ha marchitado en nuestro país antes de florecer: no encontró terreno social propicio. Fue posible importar ideas manchesterianas... pero fue imposible importar el medio ambiente social que había producido esas ideas". *Obras* (ed. rusa), vol. XX, pp. 85-86.

y esos partidos fueron tan sólo incidentes insignificantes y secundarios en la gran lucha de la clase obrera despertada... que ya avanza con pasos torpes pero fieles por el sendero de la emancipación política y social".[16]

En un tono similar escribió acerca de los intentos del zar para imponerles el idioma ruso a los finlandeses y destruir su autonomía; la expulsión de Gorki de la Academia Imperial; la futilidad del recién fundado Partido Social Revolucionario, que reincidía en el terrorismo populista; o el intento de la policía de crear organizaciones peleles clandestinas para competir con el verdadero movimiento clandestino. Sus ataques contra el terrorismo de los social-revolucionarios, especialmente contra uno realizado después de la ejecución del estudiante Balmashov, que había dado muerte a Sipiaguin, el Ministro del Interior, provocó protestas indignadas tanto entre los liberales como entre los socialistas. La intelectualidad liberal sentía más simpatías que los marxistas por los terroristas, pero incluso algunos socialistas sostuvieron que el ataque de Trotsky era demasiado vehemente y que debía haber escrito con más respeto o cordialidad sobre el social-revolucionario ejecutado.[17]

Sólo nueve meses habrían de transcurrir entre su llegada a Londres y la inauguración del segundo Congreso del Partido Socialdemócrata Ruso. En este breve período su reputación quedó establecida con la firmeza suficiente para que él, a los veintitrés años, pudiera desempeñar un papel importante en el Congreso, en la trascendental escisión entre bolcheviques y mencheviques. Tal reputación se debía más, tal vez, a su labor como conferencista y orador que a sus escritos. No bien hubo llegado a Londres cuando Lenin y Mártov lo lanzaron a polemizar contra viejos y venerables emigrados populistas y anarquistas en Whitechapel. El novato se sintió agradablemente sorprendido por la facilidad con que derrotaba en el debate a sus adversarios de canosas barbas. A continuación recorrió las colonias rusas en Europa occidental. Sus contemporáneos han descrito el primer impacto súbito e irresistible de su oratoria, la fuerza, la pasión, el ingenio y la tonante voz metálica con que entusiasmaba al auditorio y aplastaba a los adversarios. Esto parece tanto más notable cuanto que sólo unos pocos años antes sólo era capaz de tartamudear, perplejo y sonrojado, ante un reducido público local, después de lo cual había pasado la mayor parte del tiempo en la soledad de la cárcel y el exilio. Su oratoria era del todo autodidacta, puesto que hasta entonces apenas había escuchado a algún orador digno de imitación

[16] *Iskra*, núm. 29, 1º de diciembre de 1902.

[17] En el verano de 1902, Miliukov, el futuro jefe de los demócratas constitucionales, visitó a los redactores de *Iskra* en Londres, elogió el periódico pero puso reparos a su campaña contra el terrorismo. "Dejemos que haya otros dos o tres atentados contra los ministros del zar", dijo, "y obtendremos una Constitución". El constitucionalista moderado consideró frecuentemente al terrorista como un agente útil para ejercer presión sobre el zar. N. Alexéiev en *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 3, 1924.

Era uno de esos casos de talento latente e insospechado que se manifiesta con exuberante vitalidad para deleite y sorpresa de cuantos lo presencian. Su palabra, más aún que sus escritos, se distinguía por una rara intensidad de pensamiento, imaginación, emoción y expresión. La retórica que a menudo dañaba sus escritos hacía que su oratoria fuera tanto más dramática. El aparecía, por decirlo así, con el drama en sí mismo, con la impresión de que entraba en un conflicto en que las fuerzas y los actores participantes eran de magnitud extraordinaria, las batallas homéricas y los momentos culminantes dignos de semidioses.[18] Elevado por encima de la muchedumbre y sintiendo una multitud de ojos clavados en él, él mismo tomaba por asalto una multitud de mentes y de corazones al pie de la tribuna, se sentía en su elemento. Un contemporáneo describe al hombre delgado y alto, de ojos grandes y centelleantes y boca también grande, sensual e irregular, posado en la tribuna como un "ave de rapiña".[19]

En el orador y escritor admirado seguía viviendo, como él mismo dijo, un "bárbaro que luchaba por su propia conservación". Habiendo ingresado en la *élite* del movimiento, tenía que elevarse intelectualmente por su propio esfuerzo. Estudió diligentemente el marxismo, que en aquella edad de oro le proporcionaba al adepto un sólido bagaje mental. Poco antes de evadirse de Siberia había explorado las complicaciones de la "circulación capitalista", con sus crisis periódicas, tal como se examinan con aparente sequedad y sin embargo con el máximo efecto dramático en el segundo volumen de *El Capital*. En el extranjero reanudó estos estudios. Pero la fascinación del marxismo mantenía su mente cerrada a cualquier idea o fenómeno extraño. A su llegada a Londres le había parecido raro que Lenin tratara de interesarlo en los monumentos históricos ingleses. Cuando visitó a París por primera vez, se defendió de manera similar contra el asalto de nuevas impresiones. Resumió su primera impresión de París de manera grotesca: "Parecido a Odesa sólo que Odesa es mucho más hermosa". Los tesoros artísticos del Louvre le causaron aburrimiento. Lo que más le interesó en Francia fue la controversia entre marxistas y ortodoxos, encabezados por Jules Guesde, y los reformistas que seguían a Jean Jaurés. Participó en una manifestación de obreros contrarios a Millerand, el primer socialista que aceptó ser ministro de un régimen burgués y después se dedicó a reprimir huelgas. Uniendo su voz a las de los manifestantes, "llamé qué sé yo cuántas cosas a Millerand".

[18] En agosto de 1902, poco antes de su evasión de Siberia, había escrito en la *Revista Oriental*: "Las leyes de la vida social y los principios partidarios... son también una fuerza que iguala en su grandeza al antiguo Hado. Los principios sociales, en su despiadada compulsión, pueden pulverizar, no menos que el Hado de Esquilo, al alma individual cuando ésta entre en conflicto con ellos". *Obras* (ed. rusa), vol. XX, p. 241.

[19] V. Medem, *op. cit*, vol. II, pp. 7-9; P. A. Garvi, *Vospominania Sotsialdemokrata*, p. 385.

En París conoció a quien habría de ser su segunda esposa. Era Natalia Sedova, una estudiante que lo había llevado al Louvre y había intentado abrirle los ojos a las pinturas y las esculturas. Unos cuantos años más joven que su primera esposa, ella también era una revolucionaria. Había sido expulsada de un internado para señoritas de la nobleza en Járkov, donde había convencido a sus condiscípulas de que no asistieran a las plegarias y de que leyeran, en lugar de la Biblia, literatura rusa radical.[20] Cuando conoció a Trotsky estudiaba historia del arte en la Sorbona. Después habría de ser su compañera durante el resto de su vida y compartiría con él plenamente el triunfo y la derrota. Sokolóvskaya, sin embargo, siguió siendo su esposa legal y llevando su nombre. A ninguno de los tres les importaban en absoluto las minucias legales de su relación: al igual que otros revolucionarios, descartaban por principio los cánones de la respetabilidad pequeño-burguesa. En el fondo de su corazón, tal vez, Trotsky nunca se liberó de cierto remordimiento por la forma en que se separó de la Sokolóvskaya; y ello más que la supuesta renuencia a escribir sobre su vida privada, podría explicar por qué en su autobiografía no le dedicó más que una sola oración a todo el asunto. Como emigrado, él mismo no podía hacer mucho por su esposa y sus dos hijas. Sus padres que en 1903 viajaron a París en busca de una reconciliación, se hicieron cargo de las niñas y ayudaron a su sostenimiento y educación. Hasta donde sabemos, la posibilidad de una reanudación de la vida conyugal entre Trotsky y su primera esposa nunca se planteó. Cuando él y Sedova regresaron a Rusia, no hubo ninguna señal de discordia. Los vínculos de respeto y de amistad en un plano superior que los unían a los tres sobrevivieron hasta el final, y a la larga el destino político de Trotsky afectó de manera igualmente trágica a las dos mujeres y a los hijos de ambas.

Mientras él trabajaba y dictaba conferencias en Francia, Suiza y Bélgica, llegaban desde el cuartel general clandestino en Rusia insistentes demandas de que regresara. El movimiento clandestino ruso y el centro en el exilio competían intensamente por el personal. Trotsky no tenía conocimiento de esas demandas. Cuando el viejo León Deutsch se enteró de ellas, usó toda su influencia para impedir el regreso de Trotsky. Todavía con el recuerdo de sus trece años de trabajos forzados en Siberia, intercedió ante los redactores de *Iskra* para que dejaran al benjamín en el extranjero, de modo que pudiera ampliar su educación, ver el mundo y desarrollar sus capacidades. Deutsch encontró un aliado en Lenin, quien no ocultaba su renuencia a perder a su colaborador. Lenin escribió a Rusia diciendo que Trotsky no mostraba deseos de regresar. Este fue un subterfugio mediante el cual Lenin esperaba diferir las demandas del cuartel general en Rusia, y Krúpskaya aclara fuera de toda duda que fue Lenin quien decidió no

[20] Eastman, *op. cit.*, p. 153.

hacer regresar a Trotsky. De esta suerte, el destino de Trotsky quedó sellado por el momento: permanecería en el extranjero para participar en el próximo Congreso del Partido.[21]

En julio de 1903 el Congreso se reunió por fin en Bruselas. Esta habría de ser, en realidad, la asamblea constituyente, puesto que el llamado primer Congreso de 1898 en Minsk había sido una reunión de ocho personas solamente, todas las cuales no tardaron en ser arrestadas sin dejar tras de sí más que un elocuente *Manifiesto* escrito por Piotr Struve. Sólo ahora, en 1903, la red de organizaciones clandestinas se había hecho lo bastante tupida, y los contactos de *Iskra* con ellas lo bastante sólidos, para que todo el mundo considerara llegado el momento de formar un Partido permanente con una Constitución bien definida y una dirección elegida. Se daba por descontado que esa dirección seguiría siendo la que integraba el equipo de *Iskra,* el único que había logrado armar a las organizaciones con una idea política y el único que había coordinado sus actividades. Para todo el equipo, el Congreso era una ocasión solemne. Para los veteranos, era la materialización de un sueño largamente acariciado en las cárceles y en los lugares de deportación y exilio.

También se daba por descontado que los hombres de *Iskra* se presentarían en el Congreso como un solo cuerpo, unidos por la solidaridad en las ideas, en los logros y en la aspiración a dirigir. Antes del Congreso hubo alguna discordia en relación con la redacción de un programa, pero esto se resolvió rápidamente. Se esperaba que hubiese oposición por parte de dos grupos: los economistas, que librarían una escaramuza de retaguardia contra el avance triunfante de la política revolucionaria, y el Bund judío, que reclamaba para sí un estatuto especial dentro del Partido. Estos dos grupos estaban en minoría, y todos los hombres de *Iskra* estaban unidos en contra de ellos. Poco antes de la inauguración del Congreso, los redactores de *Iskra* empezaron a discutir entre sí sobre la manera de constituir los organismos dirigentes del Partido; pero esto parecía un detalle secundario de organización.

A comienzos de julio, cuarenta y cuatro delegados con derecho a voto y catorce con derecho a ser escuchados se reunieron en la *Maison du Peuple* socialista de Bruselas. Trotsky llegó de Ginebra para representar, en unión de otro delegado, a la organización socialdemócrata siberiana.[22]

[21] N. Krúpskaya, *Memories of Lenin,* p. 60; Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXIV, p. 114.

[22] En *Mi vida* Trotsky describe humorísticamente cómo él y el Dr. Uliánov, el hermano menor de Lenin, abordaron apresuradamente en una pequeña estación de Ginebra, un tren expreso a Bruselas después que éste había empezado a moverse, y cómo el jefe de estación hizo detener el tren para sacar a los extraños pasajeros del estribo. Trotsky viajaba con un pasaporte búlgaro falso expedido a nombre de un tal señor Samokovlieff. Estas precauciones tenían por objeto despistar a la policía secreta rusa. Pero la *Ojrana* tenía sus agentes entre los dele-

Reunidos en un almacén lleno de pulgas al fondo de la *Maison du Peuple,* los delegados escucharon con ánimo exaltado el discurso inaugural de Plejánov. Sentían que con su presencia estaban creando un hito en la historia de aquella Rusia sumergida que durante más de tres cuartos de siglo había venido luchando contra los zares y ahora se aproximaba a las batallas decisivas. Ni el humilde escenario del Congreso, ni la falta de atención por parte del resto del mundo podían, a los ojos de los participantes privar al momento de su significación histórica.

La primera controversia entre los delegados giró alrededor del Bund. La organización judía demandaba autonomía dentro del Partido, con el derecho a elegir su propio Comité Central y a trazar su propia política en relación con los asuntos que afectaran a la población judía. Pedía, además, que el Partido reconociera al Bund como su único representante entre los trabajadores judíos. Exigía del Partido que abogara no sólo por derechos iguales para los judíos, sino que también reconociera el derecho de éstos a la "autonomía cultural", es decir, el derecho a dirigir sus propios asuntos culturales y mantener sus propias escuelas en el idioma judío (yiddish). Hablando a nombre de los redactores de *Iskra,* Mártov que había sido uno de los fundadores del Bund, rechazó con indignación tales demandas. Trotsky hizo lo mismo en términos todavía más vehementes. El debate tenía lugar sólo unos cuantos meses después del gran progromo de los judíos de Kishiniov. Las susceptibilidades y las suspicacias judías se intensificaron, y la actitud del Bund las reflejaba indirectamente.[23] Los portavoces no judíos de *Iskra* se mantuvieron en un segundo plano para no exacerbar aquellas susceptibilidades, de suerte que quienes rechazaron las exigencias del Bund fueron también judíos. Mártov presentó la moción contra el Bund, firmada sólo por delegados judíos. El propio Trotsky habló en nombre de los Iskraístas de extracción judía y, explotando al máximo esta circunstancia, atacó a los delegados del Bund hasta enfurecerlos. Estos protestaron airadamente contra su discurso, sugiriendo que el orador tenía por objeto afrentar a los judíos, y pidieron la protección de la presidencia del Congreso. Cuando el presidente juzgó inobjetables las expresiones de Trotsky, los bundistas presentaron una moción de censura contra el presidente.

Esta fue una de las escenas más tormentosas del Congreso, y una de las raras ocasiones en que Trotsky se refirió a sí mismo como judío y habló sobre una cuestión específicamente judía. El que hiciera tal cosa sólo para rechazar exigencias judías debe de haberles parecido casi canallesco a los

gados, y la policía belga vigilaba de cerca al Congreso y sus participantes. Trotsky describe, en el estilo de un buen guión cinematográfico, su carrera con un agente de la policía por las calles desiertas de Bruselas a medianoche. El Congreso, finalmente, se trasladó a Londres.

[23] Una descripción esclarecedora del estado de ánimo prevaleciente entre los socialistas judíos después del pogromo, se encuentra en la correspondencia de Y. M. Svérdlov, el futuro Presidente soviético, en *Pechat i Revolutsia,* vol. II, 1924. Véase también Medem, *op. cit.,* vol. II, pp. 29-32.

exaltados delegados del Bund. El sostuvo, sin embargo, que lo que estaba en debate era algo más que una cuestión judía. Al reclamar para sí autonomía dentro del Partido con el derecho a elegir su propio Comité Central, el Bund establecía, en realidad, un precedente para otros: si el Partido le concedía tales privilegios al Bund, no podría negárselos más tarde a otros grupos. Tendría que abandonar la idea de una organización integrada y transformarse en una federación relajada de partidos y grupos. En suma, el Bund estaba tratando, por medios sinuosos, de inducir a los hombres de *Iskra* a abandonar su principio fundamental y el trabajo práctico que habían realizado para convertirlo en realidad. La otra demanda, de que el Bund fuera reconocido como el único representante del Partido entre los trabajadores judíos, equivalía a pretender que sólo los judíos tenían el derecho de llevar el mensaje del socialismo a los trabajadores judíos y de organizarlos. Esto, señaló Trotsky, era una expresión de desconfianza respecto de los miembros no judíos del Partido, un desafío a sus convicciones y sentimiento internacionalistas. "El Bund", exclamó Trotsky en medio de un huracán de protestas, "está en libertad de desconfiar del Partido, pero no puede esperar que el Partido vote para expresar su falta de confianza en sí mismo".[24] El Partido en su conjunto no podía renunciar a su derecho de dirigirse a las masas trabajadoras judías sin ceder al separatismo judío. La demanda de "autonomía cultural" del Bund se derivaba del mismo separatismo, enfrentándose con sus pretensiones primero al partido y después al Estado y a la nación. El socialismo estaba interesado en eliminar las barreras entre las razas, las religiones y las nacionalidades, y no podía ayudar a erigirlas. Trotsky les concedía a los judíos el derecho a la educación en su propio idioma, si así lo deseaban; pero tales escuelas no deberían estar al margen del sistema educativo nacional, y la vida cultural judía en general no debería centrarse y encerrarse en sí misma. Presentó una moción al efecto, complementando la resolución general de Mártov. Ambas resoluciones fueron aprobadas por abrumadora mayoría.[25]

Al igual que Mártov, Axelrod, Deutsch y otros socialistas de extracción judía, Trotsky se identificaba con la llamada concepción asimilista, sosteniendo que los judíos no tenían futuro como una comunidad separada. Los vínculos que habían mantenido unidos a los judíos eran, o bien los de la religión, que, de acuerdo con la convicción socialista prevaleciente, estaban destinados a disolverse o bien los de un nacionalismo semificticio que culminaba en el sionismo. El Bund se oponía enérgicamente al sionismo, pues consideraba que el futuro de los judíos residía en los países de la llamada diáspora. Pero, en su oposición al sionismo —argumentaba Trotsky—,[26]

[24] *Vtoroi Syezd RSDRP*, pp. 52-55.
[25] *Ibid*, p. 198.
[26] Algún tiempo después del Congreso, Trotsky publicó en *Iskra* un enconado ataque contra el sionismo. La ocasión fue un conflicto entre los sionistas que, digiridos por Max Nordau, estaban dispuestos a abandonar a Palestina en favor de

el Bund absorbía de aquél su esencia nacionalista. El veía la solución del problema judío, no en la formación de un Estado judío, y menos todavía en la formación de Estados judíos dentro de Estados no judíos, sino en una reorganización consecuentemente internacionalista de la sociedad. La premisa de esto último era la confianza mutua y sin reservas entre los judíos y los no judíos, lo mismo en el Partido que en el Estado. Esa actitud habría de sostenerla hasta el fin de su vida: sólo el impacto del nazismo habría de inducirlo a suavizar un poco su hostilidad al sionismo.[27] No admitía la verdad trágica contenida en la desconfianza de los judíos respecto de su medio ambiente no judío. Ni él ni ningún otro socialista podía imaginarse, ni siquiera en una pesadilla, que las clases trabajadoras de Europa, que durante generaciones habían escuchado las prédicas de la solidaridad internacional, no podrían o no querrían, cuarenta años más tarde, impedir o detener el asesinato de seis millones de hombres, mujeres y niños judíos en las cámaras de gases de Hitler. A este problema no podían darle solución, desde luego, las fórmulas del Bund. Trotsky habló como judío contra el separatismo judío porque su visión del futuro se hallaba tan distante de la "civilización" europea de mediados de siglo como el cielo de la tierra.

La siguiente disputa en el Congreso tuvo lugar entre los hombres de *Iskra* y los economistas. Estos protestaron contra la supremacía que la política revolucionaria había ganado en la mente del Partido sobre el sindicalismo y la lucha por obtener reformas. También se oponían a la organización centralizada en la que ellos quedaban reducidos a la impotencia. Sus portavoces, Martínov y Akímov, atacaron a *Iskra* por su actitud dictatorial y "jacobina".[28] Conviene observar que ésta es la primera vez que la acusación aparece registrada en un documento. Los hombres de *Iskra* replicaron a sus críticos al unísono. Trotsky habló contra los economistas con tal celo agresivo que le ganó el epíteto de "garrote de Lenin".[29] La lucha por pequeñas conquistas y reformas económicas, dijo, sólo tenía sentido en la medida en que ayudaba a movilizar las fuerzas de las clases trabajadoras para la revolución. "El Partido Socialdemócrata, cuando lucha por reformas,

Uganda como patria judía. Herzl trataba de comprarle el territorio de Palestina al Sultán, en tanto que Nordau llevaba a cabo una campaña para la adquisición de Uganda. Un partidario fanático de Herzl atentó contra la vida de Nordau. Trotsky, en relación con esto, escribió refiriéndose a Herzl como un "aventurero desvergonzado" y aludiendo a "los histéricos sollozos de los románticos de Sion"; y vio en el conflicto la bancarrota del sionismo. (*Iskra,* núm. 56, 1º de enero de 1904).

[27] En una entrevista con el periódico judío-norteamericano *Forward* (28 de enero de 1937), Trotsky declaró que después de la experiencia del nazismo era difícil creer en la "asimilación" de los judíos, en la que él había puesto sus esperanzas. El sionismo de por sí, añadió, no resolvería el problema; pero aun bajo el socialismo, tal vez sería necesario que los judíos se establecieran en un territorio separado.

[28] *Vtoroi Syezd RSDRP*, p. 137.

[29] N. K. Krúpskaya, *op. cit.*, p. 70

lleva a cabo una fundamental reforma de sí mismo: una reforma en la mentalidad del proletariado, que está siendo preparado para una dictadura revolucionaria". Las clases gobernantes, en todo caso, conceden reformas sólo cuando se ven enfrentadas a una amenaza de revolución, de suerte que la supremacía de la política revolucionaria era necesaria incluso en la lucha por obtener reformas.[30] Defendió la organización centralista diciendo que el Partido necesitaba estatutos estrictos que le permitieran a la dirección mantenerlo a salvo de influencias indeseables. Ridiculizando las acusaciones de jacobinismo, dijo que los estatutos deberían expresar "*La desconfianza organizada de la dirección*" respecto de los miembros, una desconfianza que debía manifestarse en el control vigilante desde arriba sobre el Partido.[31]

Esta idea habría de convertirse pronto en propiedad exclusiva de Lenin, en el rasgo distintivo del bolchevismo. Trotsky, como recordamos, la había postulado en fecha tan temprana como 1901, y la idea era todavía propiedad común de *Iskra*. Ella resumía, para citar al historiador menchevique más autorizado, la reacción de todos los socialistas previsores contra la "falta de forma y la disgregación federativa" del movimiento.[32] Pero ésta fue la última ocasión en que todos los hombres de *Iskra*, incluidos los futuros mencheviques, estuvieron de completo acuerdo en la defensa de esta idea, aunque quizá ninguno la defendió tan vigorosamente como Trotsky. Ninguno de ellos se habría sorprendido más que él si se le hubiera dicho que unas cuantas sesiones más tarde habría de refutar airadamente sus propias palabras. En términos generales, no fue Lenin, sino los futuros jefes del menchevismo, especialmente Plejánov, quienes en este Congreso, durante el debate sobre el programa, hablaron con la mayor determinación en favor de la dictadura proletaria. Plejánov instó a los delegados a que adoptaran fórmulas que no dejaran dudas en cuanto a que en una situación revolucionaria no se arredrarían ante la necesidad de destruir las instituciones parlamentarias y restringir las libertades ciudadanas. *Salus revolutionis suprema lex esto*, fueron las palabras que usó Plejánov como texto cuando argumentó que, si después del derrocamiento del zarismo se eligiera una asamblea constitu-

[30] *Vtoroi Syezd RSDRP*, pp. 136-137.

[31] *Ibid.*, p. 168.

[32] L. Mártov, *Istoria Rossiiskoi Sotsial-Demokratii*, pp. 62-72. Mártov describe hasta qué grado estaba entonces "en el aire" el concepto de una organización centralizada. La idea no fue formulada por primera vez por Lenin, sino por un militante clandestino de San Petersburgo, quien le escribió una carta a Lenin en relación con el asunto y quien después de la escisión se unió a los mencheviques. El año anterior al Congreso, un esquema de organización similar al de Lenin le fue propuesto a *Iskra* por Savinkov, quien más tarde abandonó a los socialdemócratas para formar el Partido Social-Revolucionario. Aún después de la escisión, Mártov escribió: "En el problema de organización somos ante todo partidarios del centralismo, que es lo que debemos ser como socialdemócratas revolucionarios". *Ibid.*, p. 11. Véase también Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. VI, pp. 205-224, el prefacio de Mártov a Cherevanin, *Organizatsionnyi Vopros*, y V. L. Akímov, *Materialy dlia Jarakteristiki Razvitia RSDRP*, p. 104.

yente reaccionaria y hostil al gobierno revolucionario, éste debería, al igual que lo había hecho Cromwell, disolver esa asamblea. Fue con base en este principio que Lenin y Trotsky obraron en 1918, sin prestar oídos a los vituperios de un Plejánov viejo y enfermo. Este también sostuvo, en el Congreso, que el gobierno revolucionario no debería abolir la pena capital, que podría ser necesaria para destruir el zarismo. Estas concepciones suscitaron una sola protesta, expresada por un delegado poco conocido, y crearon una débil duda en unos cuantos, pero en general fueron recibidas con aclamaciones.

Tras bastidores, sin embargo, la solidaridad de los hombres de *Iskra* empezaba a esfumarse. La discordia no surgió, en un principio, en relación con ningún problema de línea política, ni siquiera en relación con el famoso Párrafo Primero de los estatutos, que sería más adelante el motivo de la escisión, sino en relación con un asunto que no implicaba ningún principio de línea u organización. Lenin propuso reducir el número de redactores de *Iskra* de seis a tres. Estos habrían de ser Plejánov, Mártov y él mismo. Axelrod, Zasúlich y Potrésov deberían ser excluidos. Los historiadores de las escuelas opuestas pretenden leer retrospectivamente en esta proposición intenciones profundas y de largo alcance, funestas o saludables, según el punto de vista adoptado. Si la analizamos en su justa perspectiva, la intención de Lenin era sencilla. Lo que trataba de conseguir era que la labor editorial de *Iskra* fuera más eficaz de lo que había sido en los últimos tiempos. Puesto que el consejo de redacción formado por seis miembros había tendido a dividirse en números iguales, había propuesto la incorporación de Trotsky a fin de romper el *impasse*; pero, dado que las objeciones de Plejánov habían hecho imposible esta solución, Lenin trataba ahora de lograr su propósito mediante la reducción, en lugar de la ampliación, del número de redactores. Los tres que proponía habían sido los verdaderos pilares de *Iskra*. Zasúlich, Axelrod y Potrésov habían colaborado muy poco —ninguno de ellos tenía facilidad para escribir— y habían participado menos aún en el trabajo de administración y organización.[33] Sobre la base de la eficiencia exclusivamente, la proposición de Lenin estaba justificada. Pero las consideraciones de eficiencia chocaban, como sucede a menudo, con los derechos adquiridos y los sentimientos. Lenin tuvo sus escrúpulos antes de decidirse a dar este paso; Plejánov tuvo pocos o ninguno. A Trotsky, este intento de eliminar de *Iskra* a Axelrod y Zasúlich, dos de sus fundadores, le pareció "sacrílego". La dureza de Lenin suscitó su repugnancia.

Esta cuestión de poca trascendencia no tardó en ligarse con otras de mayor alcance. El consejo de redacción de *Iskra* habría de seguir siendo, como hasta entonces, la dirección virtual del Partido. Un Comité Central, elegido por el Congreso, habría de operar en Rusia. Pero, trabajando en la clandes-

[33] Al explicar en una carta a su seguidor sus propios motivos, Lenin declaró que en los 45 números de la "antigua" *Iskra*, Mártov había colaborado con 39 artículos, Lenin con 32, Plejánov con 24; Zasúlich sólo había escrito 6 artículos, Axelrod 4 y Potrésov 8. Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXIV, p. 164.

tinidad y con sus miembros expuestos a ser arrestados en cualquier momento, el Comité Central no podía asegurar la continuidad en la dirección. Eso sólo podía hacerlo un centro emigrado, como el consejo de redacción. Lenin propuso además la elección de un Consejo que habría de actuar como árbitro entre el Comité Central y los redactores de *Iskra*. El Consejo constaría de cinco miembros: dos de *Iskra*, dos del Comité Central y un presidente elegido por el Congreso. Se daba por descartado que este último sería Plejánov, de suerte que el consejo de redacción de *Iskra* tendría seguramente la influencia decisiva en el Consejo. Fue en virtud de este proyecto que Lenin atrajo sobre sí la acusación de que trataba de dominar al Partido. Sin embargo, tal como lo demostraron los acontecimientos, el proyecto no podía por sí mismo darle a Lenin más influencia de la que había tenido dentro de la antigua situación. Si tendía a colocar en una posición privilegiada a alguna persona, esa persona era Plejánov, el futuro enemigo de Lenin. Todo lo que había de conseguirse era la exclusión de los miembros menos eficaces del antiguo equipo, en primer término Axelrod y Zasúlich. Lenin estaba dispuesto a rendirles a ambos veteranos el homenaje que sin duda se merecían, pero no en una forma que perjudicara el cumplimiento eficaz de las tareas, cuyo peso principal, en todo caso, había recaído en él. Los dos veteranos, como es natural, se sintieron agraviados. Mártov trató de consolarlos. Trotsky, poco enterado de los problemas internos del equipo, no podía comprender los motivos de Lenin y creyó descubrir una conspiración siniestra.

Mientras los iniciados cuchicheaban tras bastidores sobre el "escándalo familiar", los estatutos del Partido fueron sometidos a debate en una sesión plenaria. El equipo de *Iskra* los había discutido antes del Congreso y había advertido una diferencia entre Lenin y Mártov. El proyecto de Lenin rezaba: "Miembro del Partido es cualquier persona que acepte su programa, apoye al Partido con recursos materiales y *participe personalmente* en una de sus organizaciones". El proyecto de Mártov era idéntico al de Lenin, excepto que donde Lenin exigía que un miembro "participara personalmente" en una de las organizaciones del Partido, Mártov le exigía más vagamente que "cooperara personal y regularmente bajo la dirección de una de las organizaciones". La diferencia parecía escurridizamente sutil. La fórmula de Lenin apuntaba a un Partido compacto, formado sólo por los participantes reales en los organismos clandestinos. La cláusula de Mártov contemplaba una asociación más disgregada, que incluyera a aquellos que colaboraban con la organización clandestina sin pertenecer a ella. Cuando las dos fórmulas fueron comparadas por primera vez, la diferencia no pareció importante y Mártov se mostró dispuesto a retirar su proyecto.[34] No parecía existir razón alguna para que el Partido se escindiera en virtud de dos palabras en un párrafo de sus estatutos.

[34] Pavlovich, *Pismo k Tovarischam o Vtorom Syezde*, p. 5.

Mientras tanto, los choques personales relacionados con el proyecto de Lenin sobre la composición del consejo de redacción de *Iskra* engendraron tras bastidores resentimientos y enconos que llevaron a los protagonistas a tratarse entre sí con petulancia y creciente suspicacia.[35] Mártov, Trotsky y otros atacaron airadamente a Lenin por su desconsideración y ambición de poder, en tanto que Lenin no podía comprender por qué se le hacía objeto de tales vituperios cuando todo lo que él había hecho era sugerir un plan operante y coherente para la reorganización de *Iskra*. Cada uno de los bandos empezó a ver intrigas y maquinaciones en las acciones del otro. Cada uno se mantenía en guardia contra las trampas que el otro supuestamente le preparaba. Cada uno empezó a resucitar antiguas y casi olvidades diferencias; y, aunque éstas habían parecido insignificantes apenas el día anterior, ahora se mostraban llenas de significado y trascendencia. En tal estado de ánimo se enfrentaron los antagonistas cuando el Congreso procedió a discutir los estatutos. Ya no había posibilidad de armonizar las diferentes fórmulas y de presentar un solo proyecto a la consideración de los delegados. Por el contrario, el autor de cada proyecto se empeñó en poner de manifiesto las implicaciones más ocultas de su propio proyecto, en hacerlas lo más explícitas posible, en hacer ver a los delegados el abismo insalvable que había entre las alternativas, y en recalcar una y otra vez las consecuencias prácticas que acarrearía la adopción de una u otra fórmula. Mártov y Lenin, los amigos y camaradas, se enfrentaron como enemigos. Los dos hablaron como si se hallaran en un trance hipnótico, los dos se sorprendieron de su propia conducta; y sin embargo ninguno de ellos fue capaz de detenerse y volver sobre sus pasos.[36]

El estado de ánimo de los protagonistas principales contagió a los delegados. El Congreso se escindió. En lugar de fundar un Partido, dio origen a dos. En ese momento, Plejánov, el futuro enemigo irreconciliable de la revolución bolchevique, fue el aliado más firme de Lenin, en tanto que Trotsky fue uno de sus adversarios más elocuentes. Acusó a Lenin de intentar formar una cerrada organización de conspiradores, no un partido de la clase obrera. El socialismo se basaba en la confianza en el instinto de

[35] Los hombres de *Iskra* celebraban sus sesiones cerradas fuera del Congreso. En una de esas sesiones, cuando la división se hizo evidente por primera vez, Trotsky presidió debido a que los adversarios no pudieron ponerse de acuerdo sobre ningún otro presidente. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, capítulo titulado "El Congreso del Partido y la Escisión".

[36] En una carta a Potrésov, Lenin escribió poco después del Congreso: "Y ahora me pregunto: ¿por qué razón hemos de separarnos para convertirnos en enemigos de toda la vida? Estoy revisando todos los acontecimientos e impresiones del Congreso, estoy consciente de que a menudo obré y me conduje con terrible irritación, "locamente", y estoy dispuesto a reconocer esta culpa mía ante cualquiera, si es que puede llamarse culpa a algo que fue causado naturalmente por la atmósfera, las reacciones, las réplicas, la lucha, etc." Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXIV, p. 137.

los trabajadores y en su capacidad de entender su misión histórica. ¿Por qué entonces no habría de abrirles sus puertas el Partido, como aconsejaba Mártov? Lenin, sorprendido de ver a su "garrote" volverse contra él, hizo repetidos intentos por alejar a Trotsky de Mártov. En el transcurso de una sesión se dirigió afable y persuasivamente a Trotsky, diciendo que éste, por falta de experiencia, confundía los problemas y malinterpretaba las diferencias. También en la clase obrera, añadió, había confusiones, vacilaciones y oportunismo; y si el Partido abría sus puertas en la forma que Mártov proponía, absorbería en sus filas todos esos elementos de debilidad. El Partido sólo debía organizar a la "vanguardia del proletariado", a sus elementos más valerosos y con más conciencia de clase. El Partido debía encabezar a la clase obrera, y no podía por consiguiente ser tan amplio como la clase misma.

Este razonamiento no logró convencer a Trotsky. Lenin, entonces, se reunió con él fuera de la sala de sesiones y durante varias horas trató de responder a las acusaciones y de explicar su conducta. Más tarde envió a sus seguidores y a su propio hermano a "rescatar a Trotsky".[37] Todo fue en vano. La hostilidad de Trotsky se intensificaba por momentos.

El Congreso aprobó por mayoría el proyecto de estatutos de Mártov. Pero esa mayoría incluía a los delegados del Bund y a los economistas, que, habiendo sido derrotados por los votos de todos los Iskraístas, estaban a punto de abandonar el Congreso y separarse del Partido. Después del retiro de los bundistas y los economistas, Lenin presentó su plan de reorganización del personal de *Iskra*. Trotsky se opuso al plan con una moción que confirmaba enfáticamente en sus puestos a todos los miembros del viejo equipo.[38] Esta vez Lenin ganó por mayoría de sólo dos votos. Por la misma mayoría el Congreso eligió a los candidatos de Lenin al Comité Central. La oposición se abstuvo de votar. Así fue como los partidarios de Lenin vinieron a llamarse los *bolsheviki* o mayoritarios, y sus adversarios los *mensheviki* o minoritarios. Los jefes de la minoría, alarmados y casi horrorizados por la audacia con que Lenin había privado a Axelrod y Zasúlich de su posición en el Partido, comunicaron su decisión de boicotear al recién elegido Comité Central y a *Iskra*. Mártov inmediatamente renunció al consejo de redacción. Lenin denunció ese acto como una expresión de anarquismo intolerable. Estaba resuelto a imponer la autoridad de los organismos que acababan de ser elegidos: insistió en que, no importaba cuán reducido fuera el margen por el que habían ganado, ellos constituían la dirección legítima: en cualquier organismo democrático, la mayoría, por ligera que sea, es la depositaria del poder constitucional. El congreso concluyó en medio de la confusión y el caos.

Pese a su carácter aparentemente fortuito, esta división inició un prolongado e irreversible proceso de diferenciación en cuyo transcurso el partido

[37] L. Trotsky, *loc. cit.*
[38] *Vtoroi Syezd RSDRP*, p. 364.

de la revolución habría de separarse del partido de los moderados. En Europa occidental los elementos más moderados de los movimientos laboristas se describían a sí mismos como reformistas, opuestos a la revolución. Era natural que en Rusia también se produjera una división semejante. Pero, bajo la autocracia zarista ni siquiera los socialistas más moderados podían constituirse abiertamente en un partido reformista: para ello faltaba el orden parlamentario democrático. Continuaron profesando, pues, con mayor o menor sinceridad, el socialismo revolucionario y la ortodoxia marxista. Esto, más aún que las desconcertantes circunstancias de la escisión, ocultó su verdadera naturaleza. La división cobró un aspecto complicado, irracional y confuso. Lo que Trotsky veía en 1903 eran dos grupos que profesaban los mismos principios de línea política y de organización. No advertía nada que pudiera separarlos, excepto la intransigencia de Lenin al tratar con sus camaradas, con camaradas tan respetables como Axelrod y Zasúlich. Esta escisión superflua, razonó, no podía ser sino una fuente de debilidad para el Partido y la clase obrera.

En apariencia, esto era muy cierto. Hasta entonces, los protagonistas sólo estaban divididos por una diferencia de temperamento, aunque cada uno de ellos pronto trataría de justificar racionalmente esta diferencia convirtiéndola en una controversia más profunda sobre ideas y concepciones. Pero la diferencia de temperamento no carecía de significación. En su "falta de respeto" a los veteranos, Lenin había demostrado que estaba decidido a subordinar cualquier sentimiento, no importa cuán encomiable fuese, y cualquier otra consideración a las exigencias superiores de la línea política y de organización. Si los próceres del Partido tenían que ser sacrificados en aras de la eficiencia, él los sacrificaría. Un movimiento clandestino, que asaltaba los bastiones del zarismo y era perseguido con ferocidad, no podía darse el lujo de concederles sinecuras honorarias ni siquiera a quienes habían iniciado el movimiento. Esta era, desde luego, una actitud fanática y en cierto sentido inhumana. El hombre que así obraba no vacilaría en sacrificar otras personas y otras consideraciones a lo que él consideraba el interés vital de la revolución. Pero un partido revolucionario no puede prescindir de una buena dosis de fanatismo de este tipo. Debe tomar en serio el apotegma, proclamado por Plejánov, que la supervivencia de la revolución es su ley suprema. Los adversarios de Lenin, por su parte, concedían a sus sentimientos personales el mismo peso que habían prometido conferirle exclusivamente a esa ley. En el futuro le atribuirían el mismo peso a todo género de sentimientos y consideraciones ajenas a su aspiración revolucionaria declarada. Se revelarían como conciliadores, no como revolucionarios.

No cabe sorprenderse, sin embargo, de que la significación sintomática de esta diferencia, tan obvia cuando la vemos retrospectivamente, se le ocultara a muchos de los actores, si no a todos. Trotsky no advirtió la actitud mental revolucionaria que había detrás de la despiada conducta perso-

nal de Lenin. Otros motivos probablemente lo confirmaron en su actitud. Vio junto a Lenin al arrogante y agresivo Plejánov, que lo había despreciado en todas las ocasiones sin razón evidente. En el otro lado estaban todos los hombres y mujeres de espíritu cordial y modesto a los que tanto les debía. Su elección fue clara; pero fue una elección que un día tuvo que lamentar profundamente.

Casi inmediatamente después del Congreso, "poseído todavía por el calor de la lucha", escribió el *Informe de la Delegación Siberiana,* "un documento humano para el historiador futuro", como él mismo lo describió. En él expresaba con no poca afectación su desencanto, su nueva hostilidad a Lenin y las contradicciones en su propia actitud.

> El Congreso pensó que estaba haciendo una labor constructiva, y sólo fue destructiva,... ¿Quién podía imaginar que esta asamblea, convocada por *Iskra,* pisotearía despiadadamente al consejo de redacción de *Iskra*...? ¿Qué adivino podía predecir que Mártov y Lenin se presentarían... como los jefes hostiles de facciones hostiles? Todo esto ha caído como una centella de un cielo sereno[39]... este hombre [Lenin], con la energía y el talento que le son peculiares, asumió el papel de desorganizador del Partido... Detrás de Lenin... se alineó la nueva y compacta mayoría de los "duros" de *Iskra,* opuestos a los "blandos" de *Iskra.* Nosotros, los delegados de la Unión Siberiana, nos unimos a los "blandos", y... no creemos haber empañado con ello nuestro historial revolucionario... La confirmación del antiguo consejo de redacción de *Iskra* se había dado por descontada... Al día siguiente, camaras, enterrábamos a *Iskra*... *Iskra* no existe ya, camaradas. Sobre *Iskra* sólo podemos hablar en tiempo pretérito, camaradas.

Haciéndose eco de Mártov, escribió que Lenin, movido por la sed de poder, le imponía al Partido un "estado de sitio" y su "puño de hierro".[40] "Fuimos derrotados porque el destino ha decretado la victoria, no del centralismo, sino del egocentrismo [de Lenin]". Como un nuevo Robespierre, Lenin estaba tratando de "transformar el modesto Consejo del Partido en un omnipotente Comité de Salud Pública", y, al igual que Robespierre, estaba abonando el terreno para los "termidorianos del oportunismo socialista".[41] Por vez primera Trotsky hacía esta analogía significativa, que a lo largo de toda su vida, en diferentes contextos y circunstancias, repetiría una y otra vez. Lo que en esta primera ocasión se proponía dar a entender era lo siguiente: el terror de Robespierre produjo la reacción termidoriana, que constituyó un revés no sólo para los jacobinos, sino para la Revolución Francesa en general. De manera similar, Lenin llevaba al exceso el principio

[39] N. Trotsky, *Vtoroi Syezd RSDRP (Otchet Sibirskoi Delegatsii)*, pp. 8-11.
[40] *Ibid.*, pp. 20-21.
[41] *Ibid.*, p. 30.

del centralismo, y al hacerlo no sólo se desprestigiaba él mismo, sino que provocaba un reacción contra el principio del centralismo, reacción que favorecía a los oportunistas y a los federalistas en el movimiento. En una postdata, Trotsky añadió burlonamente que no se proponía comparar a Lenin con Robespierre: el jefe bolchevique no era más que una parodia de Robespierre, a quien se parecía como "una farsa vulgar se parece a una tragedia histórica".[42] Una vez que formó su opinión sobre Lenin, no escatimó sus palabras. Atacó con toda la intensidad de sus sentimientos y con toda la fuerza de su invectiva.

Los dirigentes de la minoría, los mencheviques, convirtieron en realidad su amenaza de boicotear al Comité Central y a *Iskra*. Trotsky, entre otros, dejó de colaborar en el periódico. En septiembre de 1903 los mencheviques se reunieron en Ginebra para determinar sus nuevas formas de acción: ¿hasta dónde debían llevar el boicot? ¿Deberían afrontar el riesgo de ser expulsados? Y, en caso de que lo fueran, ¿deberían formar un nuevo partido? ¿O deberían comportarse de modo que pudieran permanecer dentro del Partido y tratar de derrocar a Lenin en el próximo Congreso? Las opiniones estaban divididas. Pese a toda la violencia de sus ataques públicos contra Lenin, Trotsky abogó por la moderación. La finalidad del boicot, a su juicio, consistía en ejercer presión sobre Lenin y Plejánov, volver a colocar a los veteranos en sus posiciones de influencia y restablecer la unidad. La conferencia aprobó una resolución escrita conjuntamente por Mártov y Trotsky. La parte de la declaración redactada por Trotsky asentaba: "Consideramos que nuestro deber moral y político es el de conducir... la lucha por todos los medios, sin colocarnos fuera del Partido y sin acarrearle desprestigio a éste y a la idea de sus instituciones centrales... [Nos esforzaremos] por lograr un cambio en la composición de los órganos de dirección, que le asegure al Partido la posibilidad de trabajar libremente en favor de su propio esclarecimiento".[43] Pero, aunque los mencheviques se abstuvieron de producir un cisma definitivo, formaron un Comité Central propio, encargado de dirigir la campaña contra el Comité leninista y contra *Iskra*, y el cual, en caso de un rompimiento definitivo, habría surgido indudablemente como la dirección del nuevo partido. Ese comité, o "buró", estaba compuesto por Axelrod, Mártov, Trotsky, Dan y Potrésov. Con la excepción de Trotsky, todos ellos habrían de encabezar el menchevismo hasta el fin.

Los mencheviques, en realidad, no tenían necesidad de echarse encima el oprobio de desbaratar al Partido. El boicot que pusieron en práctica con gran estrépito no tardó en producir resultados. Plejánov, que en un principio se había colocado firmemente junto a Lenin, pronto se mostró ansioso de aplacar a la oposición y de eliminar sus motivos de queja. Trató de

[42] *Ibid.*, p. 33.
[43] *Pisma Axelroda i Mártova*, p. 94.

convencer a Lenin de que restauraran el antiguo consejo de redacción. Lenin se negó, aduciendo que no podía, bajo la presión de grupos emigrados informales, revocar una decisión oficial tomada por un Congreso nacional.[44] Desde el punto de vista del procedimiento mediante el cual se gobierna normalmente cualquier partido, el argumento de Lenin era irrefutable. Pero Plejánov estaba en una posición que le permitía desecharlo. El era el presidente del Consejo del Partido y seguía siendo el miembro más autorizado del consejo de redacción de *Iskra,* que, después de la renuncia de Mártov, estaba compuesto sólo por él mismo y Lenin. Plejánov decidió invitar a Axelrod, Zasúlich, Mártov y Potrésov a reintegrarse al cuerpo de redactores. Lenin renunció. De esta suerte, los mencheviques se apoderaron de *Iskra,* que todavía ejercía una gran influencia. Los propios partidarios de Lenin no tardaron en preguntarse si éste no habría ido demasiado lejos y si no valdría más buscar la paz con sus adversarios. Lenin estaba derrotado y aislado, y sin embargo más convencido que nunca de lo correcto de su actitud y resuelto a defenderla.

Con los mencheviques, Trotsky regresó a *Iskra,* con gran disgusto de Plejánov. Pero, habiendo hecho posible que los veteranos regresaran en son de triunfo, Plejánov no podía cerrarle la puerta de inmediato al más devoto defensor y protegido de aquéllos. En un principio se contentó con instar a Mártov, que ahora era el verdadero director del periódico, a que mantuviera a Trotsky en una posición inferior a la que había ocupado en la antigua *Iskra* o a la que el propio Mártov le hubiera gustado asignarle. Trotsky quedó aparentemente limitado a comentar asuntos más o menos exentos de carácter polémico para las facciones del Partido, especialmente después que los lectores en Rusia objetaron el tono ofensivo de sus artículos contra Lenin.[45] Plejánov, aunque atacaba duramente a Lenin en aquellos mismos días, no toleraba ese tono en Trotsky. Con el tiempo, acabó por exigir que *Iskra* dejara de publicar las colaboraciones de Trotsky, y amenazó con renunciar a la redacción del periódico si se rechazaba su exigencia. Le resultaba "moralmente repugnante". dijo, ser redactor de un periódico en el que Trotsky escribía.

El motivo de este "ultimátum" fue un artículo de Trotsky sobre la guerra ruso-japonesa, que acababa de estallar. El artículo, publicado en *Iskra* a mediados de marzo de 1904, era confuso tanto en contenido como en estilo —las objeciones de Plejánov al trabajo no eran del todo infundadas—, pero también contenía unas cuantas ideas significativas. Buena parte del artículo estaba dedicada a una denuncia del liberalismo ruso, "pusilánime, vago, falto de decisión e inclinado a la traición". Esta actitud de las clases medias estaba llamada a perjudicar a la causa democrática, pero tenía una consecuencia positiva: el liberalismo no sería capaz de colocarse

[44] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXIV, pp. 162-166.
[45] Véase, por ejemplo, la protesta del comité del Partido de Tver, *Iskra,* núm. 60.

a la cabeza de la revolución, y en virtud de su conducta aceleraría "la autodeterminación del proletariado". En lo fundamental, sin embargo, el razonamiento de Trotsky era una crítica a la actitud del Partido, una crítica que no coincidía del todo con la invectiva antiliberal del autor. Este atacaba a "la mayoría de los comités del Partido" por el carácter burdo de su propaganda, que sostenía que la guerra contra el Japón se estaba librando en beneficio y con el apoyo de la burguesía rusa. Esto, argumentaba Trotsky, no era cierto: el zar hacía la guerra en exclusivo provecho de la autocracia; los liberales burgueses se hallaban en un "estado de ánimo antipatriótico". El autor protestaba contra el "lugar común seudomarxista" que imperaba en el Partido: "El criterio vital del interés de clase está siendo transformado en un lugar común inerte y paralizador... en un lecho de Procusto para los problemas que ya no se analizaban, sino que se destazan... para consumo del proletariado". La crítica iba dirigida principalmente, aunque no exclusivamente, contra los bolcheviques.[46]

El "ultimátum" de Plejánov colocó en una posición difícil a todo el equipo de la *Iskra* menchevique. Todos ellos habían aprobado el artículo que ahora estaba bajo fuego, y todos se sentían renuentes a prescindir de los servicios de Trotsky, uno de sus principales portavoces y miembro de su Comité Central. Por otra parte, le debían a Plejánov su recaptura de *Iskra,* y a él, como presidente del Consejo, le debían también su recién adquirido predominio, circunstancias que Plejánov les recordaba constantemente. En un principio rechazaron su exigencia y le reprocharon su "conducta indecorosa", su "chantaje" y su "despecho personal". Trotsky, sin embargo, ofreció renunciar y expresó el deseo de regresar a Rusia para reincorporarse al trabajo clandestino. Mártov y los otros mencheviques lograron convencerlo de que pasara por alto el insulto y siguiera colaborando en *Iskra.* Pero Plejánov, que había comprometido su prestigio en esta *vendetta,* no podía resignarse a la derrota e hizo efectiva su amenaza de renuncia. Al fin y a la postre, los mencheviques, temerosos de perder a su aliado más importante, que acababa de permitirles derrotar y humillar a Lenin, se entendieron con Plejánov. El nombre de Trotsky desapareció de *Iskra.*[47]

Así comenzó el distanciamiento entre Trotsky y los mencheviques. Aunque él mismo, para evitarles una situación embarazosa a sus amigos, había ofrecido renunciar, el entendimiento de éstos con Plejánov no podía dejar de lastimarlo. Con ánimo deprimido salió de Ginebra y durante unos cuantos meses desapareció de los círculos mencheviques. El resentimiento personal estaba mezclado con incipientes diferencias políticas. Los mencheviques,

[46] *Iskra,* núm. 62, 15 de marzo de 1904. Véase también el comentario de Trotsky, hasta cierto punto en tono de disculpa, en el Suplemento de *Iskra* de junio de 1904.

[47] Nuestro relato del incidente se basa en *Perepiska Plejánova i Axelroda,* vol. II, pp. 198-201; *Pisma Axelroda i Mártova,* pp. 101-105, y en *Iskra.*

al tratar de justificar racionalmente los motivos de su discordia con los bolcheviques, empezaron a alejarse de las posiciones que habían sostenido antes de la escisión. Esta reacción se propagó de las cuestiones de organización a las de línea política. Vera Zasúlich soñaba en voz alta con una alianza entre el socialismo y el liberalismo de clase media. Teodor Dan, que ahora iba ganando eminencia, abogaba abiertamente por esa alianza. Ya en esta época, cuando Dan y Trotsky eran los jefes de la misma facción, privaba entre ellos una instintiva repugnancia mutua. Dan era, por temperamento, tan sólido y pedestre cuan ampuloso e impetuoso era Trotsky. El uno podía moverse mejor en un clima de transacción política, como lo demostraría el papel que desempeñó en el gobierno de Kerensky en 1917; el otro estaba hecho para la revolución. Cuando los mencheviques iniciaron su búsqueda de fórmulas más moderadas, la influencia de Dan entre ellos naturalmente aumentó, en tanto que la de Trotsky menguó. El propio Mártov veía con aprensión a sus partidarios en busca de moderación, pero fue avasallado por el proceso que él había iniciado. La reacción contra el espíritu de la "antigua" *Iskra* no dejó de afectar a Trotsky. No podía ser de otra manera, pues Lenin, a quien él se oponía, encarnaba ese espíritu. Trotsky descubrió ahora que la antigua *Iskra* no había estado exenta de la actitud conspirativa de tipo populista, que había sido injusta con los economistas, y que había predicado falsamente la supremacía de la organización sobre el movimiento obrero "espontáneo". Estas eran las conclusiones corrientes a que había llegado la mayoría de los mencheviques al reflexionar sobre su pasado inmediato, y hasta ahí estaba Trotsky de acuerdo con ellos.[48] Pero había un punto en el que disentía, y definitivamente: el punto en que aquéllos habían hecho el primer intento de tender un puente entre el socialismo y el liberalismo. Trotsky se mantenía fiel a la actitud antiliberal que, en general, había prevalecido en la antigua *Iskra*. En sus largas discusiones con los mencheviques, empezó a comprender cuán grande era la distancia que lo separaba de ellos en esta cuestión fundamental y cuán reducida era la que lo separaba de Lenin.

Con todo, antes de romper con los mencheviques volvió a atacar a Lenin con una andanada de sus invectivas más hirientes, que hizo casi imposible cualquier reconciliación con él. En abril de 1904, Trotsky abandonó *Iskra*. En agosto apareció en Ginebra su folleto *Nuestras tareas políticas*, que dedicó a "Mi querido maestro Pavel B. Axelrod". El interés histórico y biográfico del folleto reside en el hecho de que éste representaba la acusación más estridente que ningún socialista había hecho jamás contra Lenin. Su interés reside también en el modo de pensamiento que inició y en los asombrosos destellos de intuición histórica dispersos en sus cien páginas y pico de vituperación.

[48] En este punto no había diferencia entre Trotsky (en *Nashi Politicheskie Zadachi*) y el menchevique más derechista, Cherevanin (en *Organizatsionny i Vopros*).

"Precisamente en un momento", comenzaba Trotsky, refiriéndose a la guerra ruso-japonesa, "en que la historia nos ha puesto por delante la enorme tarea de cortar el nudo de la reacción mundial, los socialdemócratas rusos no parecen interesarse en otra cosa que una mezquina lucha intestina". ¡Qué "desgarradora tragedia" era ésta y qué "atmósfera de pesadilla "creaba! ". . .casi todo el mundo estaba consciente del carácter de la escisión, pero nadie podía librarse de la férrea constricción de la historia". La causa profunda de la división radicaba en la dificultad que el Partido había tenido para reconciliar sus tareas democráticas y sus tareas socialistas. Rusia no había llevado a cabo todavía una revolución democrático-burguesa, y el interés inmediato del Partido consistía en derrocar el absolutismo zarista. Sin embargo, su objetivo real, pero más remoto, era el socialismo. El Partido vivía constantemente desgarrado entre los dos objetivos. Cada vez que en sus filas se producía una controversia, cada bando acusaba al otro de abandonar el interés de clase del proletariado en favor de la democracia burguesa. "Cada grupo que representa una nueva tendencia excomulga a sus predecesores. A quienes llegan con nuevas ideas, el período anterior les parece una burda desviación del camino correcto, un malentendido histórico. . ."[49]

Así, continuaba, habían tratado Lenin y la antigua *Iskra* en general a los economistas, quienes, pese a todas sus limitaciones, habían despertado a la clase obrera rusa. Los mencheviques fueron el primer grupo que "trató de afirmarse sobre los hombros, no sobre los huesos triturados, de sus predecesores", y esto de por sí era ya una señal de madurez. Los economistas "se habían dirigido al proletariado, pero no lo hicieron en el espíritu de la socialdemocracia", sino del sindicalismo apolítico. *Iskra,* por su parte, había dirigido su mensaje socialdemocrático a la intelectualidad, no a los obreros. Lenin había llevado a la intelectualidad, por medio de la intimidación, a una ortodoxia marxista, a una rendición incondicional a la autoridad de Marx, confiando en que así podía adiestrar a los intelectuales para convertirlos en dirigentes seguros de un movimiento obrero inmaduro y tímido. Pero no hacía más que tratar de violentar el paso de la historia, pues el estar en posesión de una doctrina proletaria como el marxismo "no era el sustituto de un proletariado políticamente desarrollado".[50] Lenin desconfiaba de las masas y adoptaba una actitud arrogante frente a sus actividades espontáneas, argumentando que los obreros por sí mismos no podrían elevarse del sindicalismo al socialismo revolucionario, y que la ideología socialista era llevada al movimiento obrero "desde afuera" por la intelectualidad revolucionaria. Esta, escribió Trotsky, era la teoría de una "teocracia ortodoxa", y el plan de organización de Lenin era adecuado para un partido que "sustituyera a las clases trabajadoras", que actuara en su nombre, y representación, sin tomar en cuenta lo que los trabajadores sentían y pensaban.

[49] N. Trotsky, *Nashi Politicheskie Zadachi,* p. 4.
[50] *Ibid.,* p. 23.

A este "sustitutismo" (*zamestitelstvo*), como lo llamaba Trotsky a esta concepción del partido que actuaba como un *locum tenens* del proletariado, él oponía el plan de Axelrod de un "partido con base amplia", concebido según el modelo de los partidos socialdemócratas europeos.[51] "Los métodos de Lenin conducen a esto: la organización del partido [el *caucus*] sustituye al partido en general; a continuación el Comité Central sustituye a la organización; y finalmente un solo 'dictador' sustituye al Comité Central..."[52] "El partido debe buscar la garantía de su estabilidad en su propia base, en un proletariado activo y seguro de sí, y no en su estrato superior, al que la revolución... podría barrer súbitamente con su ala..." Después de hacer una parodia irónica del estilo "repugnante, disoluto y demagógico" de Lenin,[53] y después de ridiculizar el intento de éste para imponerle la disciplina al partido, Trotsky preguntaba: "¿Es tan difícil acaso comprender que cualquier grupo serio... cuando se enfrenta al dilema de destruirse silenciosamente a sí mismo en aras de la disciplina, o, echando ésta a un lado, de luchar por la supervivencia, habrá de escoger sin duda la segunda opción... y de decir: muera esa 'disciplina' que suprime los intereses vitales del movimiento?" La historia no dirá que la disciplina debió haber prevalecido aun cuando el mundo tuviera que sucumbir; a la larga reivindicará a quienes tuvieron "la comprensión más plena y más profunda de las tareas de la revolución".[54]

La parte más curiosa del folleto es su último capítulo, que versa sobre "el jacobinismo y la socialdemocracia".[55] En el Congreso, Trotsky refutó la acusación de jacobinismo cuando los economistas la lanzaron contra *Iskra* en su conjunto. Ahora él le lanzaba la acusación a Lenin. Y éste replicaba casi con orgullo: "Un socialdemócrata revolucionario", decía, "es precisamente un jacobino, pero un jacobino que está inseparablemente ligado con la organización del proletariado y consciente de los intereses de clase de éste". Trotsky detallaba la acusación, como lo revela el folleto, a la luz de sus recientes estudios minuciosos sobre la Revolución Francesa, y apuntaba al futuro drama de la Revolución Rusa. Los caracteres respectivos del jacobino y del socialdemócrata, afirmaba, se excluyen mutuamente. La Revolución Francesa, debido a las limitaciones de su época, sólo podía establecer una sociedad burguesa con la propiedad burguesa como base. El jacobinismo (ese "máximo de radicalismo de que ha sido capaz la sociedad burguesa") se esforzó por perpetuar un fugaz clímax cuasi-igualitario de la revolución, que era incompatible con la tendencia fundamental de la época. Esta era una utopía condenada de antemano al fracaso: la historia habría tenido que detener su marcha para salvar al jacobinismo. El conflicto entre

[51] *Ibid.*, p. 50.
[52] *Ibid.*, p. 54.
[53] *Ibid.*, p. 75.
[54] *Ibid.*, p. 72.
[55] *Ibid.*, pp. 97-107.

el jacobinismo y su época explica la mentalidad y el método de acción jacobinos. Robespierre y sus compañeros tenían su propia idea metafísica de la Verdad, su *Verité;* pero no podían confiar en que su *Verité* conquistaría los corazones y las mentes del pueblo. Con morbosa suspicacia miraron en torno suyo y vieron salir enemigos de cada resquicio. Tuvieron que trazar una tajante línea divisoria entre ellos mismos y el resto del mundo, y la trazaron con el filo de la guillotina. "Cada intento de borrar [esta división] entre el jacobinismo y el resto del mundo amenazaba liberar fuerzas centrífugas internas..." Su instinto político le sugirió a Robespierre que sólo por medio de un estado de sitio permanente podía prolongar el clímax efímero de la revolución. "No escatimaron ninguna hecatombe humana para erigirle el pedestal a su Verdad... El correlato de su fe absoluta en una idea metafísica fue su desconfianza absoluta en las personas de carne y hueso".

El socialdemócrata, continuaba Trotsky, se distiguía del jacobino en su optimismo, puesto que estaba en armonía con su época. En el umbral del siglo XX, con el desarrollo de la industria moderna y la clase obrera, el socialismo dejaba de ser una utopía. El socialdemócrata y el jacobino representan "dos mundos, dos doctrinas, dos tácticas y dos mentalidades opuestas... Ellos eran utópicos; nosotros aspiramos a expresar la tendencia objetiva. Ellos eran idealistas... nosotros somos materialistas... ellos eran racionalistas, nosotros somos dialécticos... Ellos cortaban cabezas, nosotros las esclarecemos con la conciencia de clase".

Trotsky no negaba que existían semejanzas entre el jacobino y el socialdemócrata. Ambos eran irreconciliables: el jacobino luchaba contra el *moderantisme;* el socialista se opone al oportunismo reformista. Pero el socialdemócrata no necesita de la guillotina. "Un tribunal jacobino habría juzgado por el delito de moderación a todo el movimiento obrero internacional, y la cabeza leonina de Marx habría sido la primera en caer bajo la guillotina".[56] "Robespierre solía decir: 'Yo sólo conozco dos partidos: el de los buenos ciudadanos y el de los malos ciudadanos'; y este aforismo está grabado en el corazón de Maximiliano Lenin", cuya "suspicacia maliciosa y moralmente repugnante es una mala caricatura de la trágica intolerancia jacobina..." (En el mismo pasaje Trotsky describía a Lenin como "un hábil estadístico y un abogado chapucero").

La conclusión a que llegaba Trotsky era la de que había que hacer una elección inequívoca entre el jacobinismo y el marxismo. Al tratar de combinarlos, Lenin abandonaba virtualmente el socialismo y se erigía en el jefe de un ala revolucionaria de la democracia burguesa. Esta era la sustancia de la acusación que hacía Trotsky de que Lenin dejaba de ser un socialista para convertirse en un político burgués radical, puesto que sólo un político burgués podía desconfiar de las clases trabajadoras tan intensamente como

[56] *Ibid.*, p. 95.

desconfiaba Lenin.[57] Los partidarios de Lenin iban todavía más lejos y vislumbraban francamente su "dictadura sobre el proletariado", y cuando uno leía cómo algunos bolcheviques (aquí Trotsky citaba los volantes bolcheviques publicados en los Urales) abogaban por la necesidad de un partido absolutamente uniforme, "uno sentía un calosfrío recorrerle la espina dorsal".

Trotsky concluía su razonamiento con el siguiente alegato contra la uniformidad:

> Las tareas del nuevo régimen serán tan complejas que no podrán resolverse si no es por medio de una competencia entre diversos métodos de construcción económica y política, por medio de prolongadas "disputas", por medio de una lucha sistemática no sólo entre los mundos socialista y capitalista, sino también entre muchas tendencias dentro del socialismo, tendencias que surgirán inevitablemente tan pronto como la dictadura proletaria plantee decenas y centenares de nuevos... problemas. Ninguna organización fuerte y "dominante"... será capaz de suprimir estas tendencias y controversias... Un proletariado capaz de ejercer su dictadura sobre la sociedad no tolerará ninguna dictadura sobre sí mismo... La clase obrera... tendrá indudablemente en sus filas unos cuantos inválidos políticos... y mucho lastre de ideas envejecidas, que tendrá que echar por la borda. En la época de su dictadura, al igual que ahora, la clase obrera tendrá que limpiar su mente de falsas teorías y experiencias burguesas, y purgar sus filas de charlatanes políticos y revolucionarios que sólo miran hacia atrás... Pero esta intrincada tarea no puede resolverse colocando por encima del proletariado a unas cuantas personas escogidas... o a una sola persona investida con el poder de liquidar y degradar.[58]

Entre los escritos que salieron de la prolífica pluma de Trotsky en el transcurso de cuatro décadas, éste es tal vez el documento más asombroso, no menos asombroso por contener una mezcla tan extraña de grandes ideas y pequeños trucos polémicos, de sutil perspicacia histórica y de adornos altisonantes. Probablemente ningún escritor menchevique haya atacado a Lenin con tal encono personal. "Repugnante", "disoluto", "demagogo", "abogado chapucero", "malicioso y moralmente repugnante": tales fueron los epítetos que Trotsky le endilgó al hombre que tan poco tiempo antes le había tendido la mano del compañerismo, que lo había traído a Europa

[57] Trotsky citaba aquí a Axelrod, que había comparado la evolución de Lenin con la de Struve. En este folleto, Trotsky presentó también semblanzas elogiosas de los dirigentes mencheviques, especialmente de Axelrod y Mártov, describiendo al primero como "un gran marxista y una penetrante mente política" y al segundo como el "Dobroliúbov de su generación".

[58] *Ibid.*, p. 105.

occidental, que lo había ascendido y defendido de los ataques de Plejánov. Cierto era que los marxistas, especialmente los rusos, eran propensos a expresar sus opiniones con despiadada franqueza. Pero, por regla general, se abstenían de la diatriba personal. La violación de esta regla por parte de Trotsky no puede explicarse tan sólo en razón del ardor juvenil; ya entonces exhibía una característica de la que nunca podría liberarse del todo: no podía separar las ideas de los hombres.

Tampoco apoyaba sus acusaciones en ningún hecho que pudiera darles peso a los ojos del historiador. Lenin, hasta entonces, no había expulsado a ningún miembro del Partido. Todo lo que había hecho era insistir en la validez del mandato que el Congreso le había dado y advertir a la oposición que, de continuar obstruyendo las decisiones oficiales del Congreso y boicoteando a la dirección elegida se vería obligado a tomar medidas contra ella. Al hacer tal cosa, se comportaba como se habría comportado cualquier jefe de cualquier partido en iguales circunstancias.[59] Desde que, mediante una serie de accidentes y desplazamientos personales, los mencheviques recapturaron primero *Iskra* y después expulsaron virtualmente a Lenin de la dirección, el predominio formal de éste había durado muy poco tiempo, en el transcurso del cual no hizo nada por poner en práctica sus advertencias a la oposición. Una vez que la oposición tomó el mando, sus jefes le hicieron exactamente la misma advertencia a Lenin, aunque, como no habían sido elegidos en un Congreso, tenían menos derecho a hacerlo.[60]

Trotsky sabía todo eso y no dejó de reconocerlo en su folleto. Sus acusaciones se basaban, por lo tanto, tan sólo en inferencias y en un punto de teoría. Lenin había sostenido que, históricamente, la intelectualidad revolucionaria desempeñaba un papel especial en el movimiento obrero, dotándolo de la perspectiva marxista que los obreros no habrían alcanzado por sí mismos. Trotsky veía en esta opinión una negación de las capacidades revolucionarias de la clase obrera y una aspiración de la intelectualidad, cuyo portavoz era Lenin, a mantener el movimiento obrero bajo su tutela.

[59] Cuando Rosa Luxemburgo atacó a Lenin en el *Neue Zeit* y después en *Iskra* (núm. 69, 10 de julio de 1904), lo criticó por trasplantar modelos de organización europeos, alemanes y británicos (fabianos) a Rusia. En el Partido Socialdemócrata alemán, el centralismo era defendido por los dirigentes moderados contra el ala revolucionaria. Karl Kautsky (*Iskra*, núm. 66, 15 de mayo de 1904) criticó a Lenin sobre la misma base, diciendo que lo que era carne para Europa era veneno para Rusia. Los social-revolucionarios rusos, futuros enemigos del bolchevismo, aprobaban calurosamente la actitud de Lenin (véase "Evolutsia Russkoi Sots. Muisli" en *Véstnik Russkoi Revolutsii*, núm. 3). Esto revela cuán antihistórica es la concepción sostenida tanto por los bolcheviques como por algunos de sus críticos, de que el tipo de centralismo que Lenin representaba en 1904 era un rasgo exclusivo del bolchevismo, su virtud exclusiva o su pecado original.

[60] Parvus, que se hallaba más cerca de los mencheviques que de los bolcheviques (véase el siguiente capítulo), criticaba a los mencheviques por haber adoptado los métodos dictatoriales de organización que ellos le atribuían a Lenin. Parvus, *Rossia i Revolutsia*, pp. 182 sigs.

Implícito en esto, veía el designio de una dictadura de tipo jacobino, o, como diríamos ahora, totalitario. Y, sin embargo, eran muchos los escritores socialistas que habían recalcado el papel especial de la intelectualidad en el movimiento obrero; y Lenin, de hecho, había extraído su concepción de los escritos de Kautsky, que era reconocido como una autoridad en teoría marxista.[61] Ambas facciones, mencheviques y bolcheviques por igual, estaban encabezadas por intelectuales: en el reciente Congreso sólo habían figurado tres obreros entre las varias veintenas de delegados. No había razón, por lo tanto, para que el oprobio de expresar las aspiraciones de la intelectualidad recayera solamente sobre Lenin. En la concepción del régimen revolucionario que Lenin había desarrollado hasta entonces no había un solo punto en el que Trotsky pudiera basar su acusación. Entonces, y durante los años siguientes, Lenin sostuvo que un gobierno revolucionario en Rusia estaría formado por una coalición de partidos, y que los socialistas no podrían ni siquiera aspirar a tener una mayoría dentro de tal gobierno.[62] La idea de un Estado monolítico ni siquiera se le había ocurrido. El propio Trotsky, con el tiempo se acercaría más que Lenin a esa idea: pronto empezaría a abogar, contra Lenin, por la dictadura proletaria como el objetivo directo de la revolución en Rusia, lo cual no significaba necesariamente un Estado monolítico, pero sí inevitablemente una aproximación a éste. En suma, Trotsky no podía haber encontrado, ni en los hechos ni en la teoría, ninguna premisa importante para su anticipado retrato de Lenin como el Robespierre ruso que trazaba con la guillotina una línea divisoria entre su partido y el resto del mundo. Hacía falta una imaginación volátil e irresponsable en el polemista para mostrar a su adversario en un espejo tan deformador.

Y, con todo, éste fue el fiel espejo del futuro, aunque el Robespierre ruso que hubo de reflejarse en él no fue tanto Lenin como su sucesor, que por entonces era todavía un desconocido socialdemócrata caucasiano. Tan fiel fue en realidad este espejo del futuro que en él aparecen, en abigarrada, confusión todos los elementos del drama de la Revolución Rusa. Allí está, antes que nada, el dilema entre los objetivos democrático-burgueses y socialistas de la revolución, dilema que habría de reaparecer con frecuencia. Está, además, el conflicto entre las dos almas, la marxista y la jacobina, en el bolchevismo: conflicto que nunca habría de resolverse ni en Lenin, ni en el bolchevismo en general, ni siquiera en el propio Trotsky. Pese a la insistencia con que Trotsky exigía en su folleto una elección clara entre el marxismo y el jacobinismo, las circunstancias no les permitirían hacer esa elección ni a Lenin ni a Trotsky. Más aún, el espejo mostraba por adelantado las etapas que atravesaría, en su "sustitutismo", el partido de la revolución: "El caucus sustituye al partido; a continuación el Comité Cen-

[61] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. V (*Chto Delat?*), pp. 354-355; K. Kautsky en *Neue Zeit*, núm. 3, 1901.

[62] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. VIII, pp. 262-263; véase el siguiente capítulo.

tral sustituye al caucus; y finalmente un dictador sustituye al Comité Central". Estos son, en realidad, los títulos de varios capítulos que entonces eran remotos en los anales de la revolución. Trotsky, entonces, tampoco podía imaginarse que un día él mismo iría mucho más lejos que Lenin en la prédica y la glorificación de aquel "sustitutismo", antes de que pudiera retroceder horrorizado frente a su consumación. Y en seguida aparece también la sombría imagen de esa consumación: la figura del dictador morbosamente suspicaz, "investido con el poder de liquidar y degradar", que ve enemigos saliendo de todos los resquicios a su alrededor y que, sin escatimar ninguna hecatombe humana, lucha por perpetuar un clímax de la revolución y separa herméticamente a la revolución del resto del mundo. Y, como en los preludios de la tragedia clásica, aparece el presagio que parece apuntar al propio destino de Trotsky: éste hace el alegato en favor de la libre competencia y de sus ideas y tendencias, alegato que se habría de repetir, casi con las mismas palabras, ante los tribunales del bolchevismo veinte años después. Al escribir su folleto tenía la seguridad de que "una clase obrera capaz de ejercer su dictadura sobre la sociedad no toleraría a ningún dictador sobre sí misma"; y no comprendía que pasaba por alto la más importante de todas las cuestiones: qué pasaría si, después de la revolución, la clase obrera no fuera capaz de ejercer su dictadura sobre la sociedad. Confiaba en que la historia reivindicaría finalmente a quienes tuvieran "la comprensión más plena y profunda" de las necesidades de su época, confianza que seguiría expresando durante toda su vida, hasta el momento en que el oxidado piolet de un asesino se hundiera en su cerebro. Y, finalmente, como presintiendo ese momento, sentía "un calosfrío recorrerle la espina dorsal" cuando pensaba cuál podría ser el destino del partido de Lenin.

No podemos reconstruir en forma detallada el proceso mental mediante el cual Trotsky llegó a esta concepción del futuro. La circunstancia de que sus conclusiones no tenían ninguna fundamentación en los hechos indica que el proceso fue de percepción imaginativa, no de razonamiento. Sólo podemos rastrear algunos de los estímulos externos a los que su imaginación respondió. De una manera general, la comparación entre los bolcheviques y los jacobinos la habían hecho ya algunos de los mencheviques. Plejánov, aún mientras era aliado de Lenin, había dicho de éste: "De esa manera se hacen los Robespierres". Este *obiter dictum* fue repetido por otros, primero en cuchicheos y después en público. Pero prácticamente nadie, ni siquiera su propio autor hablaba en sentido literal: la frase fue recibida como uno de los *bon mots* polémicos de Plejánov. Trotsky sí la tomó en su sentido literal, cuando menos lo bastante en serio como para lanzarse ávidamente al estudio de la historia del jacobinismo en busca de la analogía. Su imaginación, inflamada por la tragedia jacobina y desbordante de imágenes recién absorbidas, proyectó éstas últimas sobre los grupos e individuos con los que estaba en contacto cotidiano... y sobre el futuro

indefinido de Rusia. A la luz de un análisis estrictamente racional, esta proyección puede haber sido gratuita y errática. Una mente más fría y mejor disciplinada no habría incurrido en tales prefiguraciones visionarias. Pero Trotsky poseía un sexto sentido, por decirlo así, un sentido intuitivo de la historia, que lo destacaba entre los pensadores políticos de su tiempo, exponiéndolo en ocasiones casi al escarnio, pero que con mayor frecuencia encontró una reivindicación triunfal, si bien sumamente tardía.

Detrás de sus empeños polémicos y sus proyecciones imaginativas estaba la emoción reprimida del revolucionario romántico, que, pese a todos sus argumentos en favor de la necesidad de un partido compacto y disciplinado, estallaba en protestas individualistas contra la realidad de ese partido tan pronto como se enfrentaba a ella. Sus inclinaciones, sus gustos, su temperamento se rebelaban contra la prosaica y práctica determinación con que Lenin se empeñaba en hacer bajar al partido, de las nubes de la abstracción, al suelo firme de la organización. La protesta de Trotsky en agosto de 1904 no era muy diferente de la que había expresado a los diecisiete años, con tanta irritación, contra Sokolóvskaya, la primera marxista que conoció: "¡Malditos sean cuantos quieren introducir la aridez y la dureza en todas las relaciones de la vida!" Su imprecación en la huerta de Shvigovsky en la última noche de 1896, reverberaba todavía en su filípica antileninista de 1904.

CAPITULO IV

UNA RELACION INTELECTUAL

Cuando *Nuestras tareas políticas* apareció en Ginebra, en agosto de 1904, la situación en el Partido era muy diferente de lo que había sido el año anterior, inmediatamente después de la escisión. La *Iskra* menchevique hostigaba sin cesar a Lenin, que durante algún tiempo no estuvo ni siquiera en condiciones de responder a los ataques: casi seis meses transcurrieron antes de que pudiera publicar su propio periódico: *Vperiod* (*Adelante*). Plejánov hacía llover el ridículo sobre su aliado de antaño y tenía la seguridad de que estaba destruyendo de una vez por todas la reputación de Lenin. Las autoridades del socialismo europeo, especialmente del alemán, que conocían y respetaban a Plejánov desde hacía mucho tiempo, se unieron a él para condenar a Lenin, que a sus ojos era un joven y oscuro intruso. Incluso el Comité Central bolchevique rechazó la actitud de Lenin y llegó a un entendido con los mencheviques. Sin embargo, el mismo día que apareció el folleto de Trotsky, Lenin reunió en Suiza a aquellos bolcheviques que estaban dispuestos a seguirlo y les presentó un plan para convocar un nuevo Congreso, con o sin la participación de los mencheviques.

La andanada de Trotsky pareció haber sido superada por los acontecimientos: el enemigo pareció dispersarse antes de que él lanzara su ataque. Por lo tanto, y a manera de reconsideración, escribió en el prefacio a *Nuestras tareas políticas* que la crisis en el Partido se había resuelto y que los partidarios de la unidad podían mirar al futuro con confianza, porque los extremistas, tanto bolcheviques como mencheviques, habían quedado desprestigiados y aislados. Un político más experimentado, o inclinado a reflexionar más sobre el efecto ofensivo de sus palabras, habría tomado en cuenta las circunstancias y, o bien se habría abstenido de publicar el folleto, o cuando menos habría podado sus excesos polémicos. Pero Trotsky estaba demasiado enamorado de sus propias palabras para hacer tal cosa. Sin embargo, trató de hacer, en el prefacio, algunas concesiones a la nueva situación: exhortó a los mencheviques a liquidar su propia organización separada, aquel partido dentro del Partido del que él mismo había sido uno de los jefes secretos. Los mencheviques, escribió enfáticamente, deberían aceptar la "muerte organizativa", es decir, la fusión de los grupos hasta entonces opuestos.[1] Su exhortación cayó en oídos sordos. El cisma empezaba a adquirir su propio impulso. Los "fanáticos" estaban activos en ambos bandos. Entre los bolcheviques, el grupo de Lenin consideraba los cambios que habían tenido lugar desde la celebración del Congreso como

[1] N. Trotsky, *Naski Politicheskie Zadachi*, p. viii.

usurpaciones mencheviques a las que un nuevo Congreso pondría término. Los mencheviques, habiendo recapturado posiciones de influencia, no estaban dispuestos a arriesgarlas en un nuevo Congreso, no digamos a compartirlas mediante una fusión, con sus adversarios. Después de haber atacado con tanta saña a Lenin como el "desorganizador", Trotsky se sorprendió vivamente al encontrar "desorganizadores" entre sus amigos mencheviques. Empezó, con bastante suavidad, a tratar de convencerlos de la necesidad de una reconciliación. El se había unido a los mencheviques a fin de reparar el agravio que Lenin había infligido a los próceres del movimiento y, a través de éstos, al movimiento mismo. El agravio había quedado reparado y, además, vengado. El propio Comité Central bolchevique estaba deseoso de repararlo. Todo lo que se necesitaba ahora para cerrar el doloroso capítulo era desechar las medidas *ad hoc* que habían sido necesarias para derrotar a Lenin y hacer que los hombres de buena voluntad en ambos sectores del Partido se dieran las manos. Trotsky no se daba cuenta de que las medidas *ad hoc* ya se habían hecho permanentes.

En las controversias como aquélla, el conciliador no es bien acogido, puesto que amenaza desbaratar planes bien deliberados y mezclar todas las cartas. Sus propios amigos lo miran con desconfianza, considerándolo poco menos que un traidor. Así miraron ahora a Trotsky algunos mencheviques. Su actitud, para ellos, no era estable; era indistinguible de la de los bolcheviques moderados; y nadie podría decir cuál habría de ser esa actitud el día de mañana. En verdad, Trotsky podría haberse convertido fácilmente en uno de los "conciliadores" bolcheviques, de no haber mediado sus ofensivos ataques a Lenin y a los seguidores de éste, que lo alejaron de todos los bolcheviques. A los ojos de éstos, él era uno de los mencheviques más perversos. Y, de esta suerte, estaba en vías de romper con sus amigos políticos sin muchas posibilidades de llegar a un acuerdo con sus adversarios.

En esa situación vino a quedar bajo la influencia de un hombre que era, en cierto sentido, extraño al Partido y cuyo papel en los asuntos de éste era el de un brillante intruso. Se trataba de A. L. Helfand, un judío ruso que se había establecido en Alemania y había ganado prestigio como economista, publicista y autor de libros marxistas eruditos.[2] Bajo el seudónimo de Parvus, colaboraba en el *Neue Zeit* de Kautsky, la revista socialista más importante y refinada de Europa, y en muchos otros periódicos socialistas. También publicaba su propia revista, *Aus der Weltpolitik,* en la que, en fecha tan temprana como 1895, predijo la guerra ruso-japonesa y previó que esa guerra daría origen a la Revolución Rusa. La profecía fue muy recordada

[2] Sus libros eran traducidos al ruso. Uno de ellos, *La economía mundial y la crisis agrícola*, fue reseñado con gran admiración por Lenin en 1899. "Parvus se ocupa primordialmente del desarrollo del mercado mundial", escribió Lenin, "y describe... las fases recientes de este desarrollo relacionadas con la decadencia del predominio industrial de Inglaterra". "Recomendamos vigorosamente... el libro de Parvus". Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. IV, pp. 51-52.

en 1904-5, cuando se hizo realidad. En el Partido alemán, Parvus estaba situado en la extrema izquierda, vigorosamente opuesta a la tendencia reformista y desdeñosa de las pretensiones de ortodoxia marxista con que algunos de sus dirigentes todavía encubrían su reconciliación con el orden establecido. Sagaz y militante, Parvus buscaba nuevas formas y maneras de lograr la regeneración del espíritu revolucionario en el socialismo alemán.

Los dirigentes reformistas lo veían con temor y con esa especial ironía que se reserva para los inmigrantes que tratan de enmendar las costumbres de su país de adopción.[3] Parvus se compensaba a sí mismo intensificando la agudeza de sus críticas y adoptando a su vez, frente a sus compatriotas de origen, una actitud de condescendencia: a los rusos exiliados les señalaba con énfasis su "atraso y provincianismo" oriental y trataba de inculcarles los refinamientos políticos occidentales. A pesar de esta actitud pedante, los rusos lo consideraban como una especie de orientador en la política y la economía mundiales. Helfand colaboró en *Iskra,* primero bajo el seudónimo de Mólotov y después bajo el de Parvus. Sus ensayos aparecían por lo general en la primera plana de *Iskra,* dado que los redactores del periódico relegaban de buena gana sus propios escritos para hacerle lugar a él. Respetaban sus conocimientos, sus dotes y sus juicios de impresionante solidez. Pero también abrigaban ciertas aprensiones respecto al grado de confianza que podía tenerse en el hombre. Había en él y en su "cabeza voluminosa y carnal, de bulldog" (para citar a Trotsky) algo de Gargantúa o Falstaff. Durante muchos años, sin embargo, nada pareció justificar la aprensión: no hubo ningún caso preciso de mala conducta de su parte, nada, cuando menos, que le permitiera a alguien impugnar su integridad y sus convicciones socialistas. Era un colaborador un tanto errátil, que escribía sus ensayos en largas series y rara vez los entregaba a tiempo; ello no obstante, sus colaboraciones eran muy bien acogidas. Parvus tenía además algunos proyectos financieros un tanto fantásticos: trató de fundar su propia editorial socialista y fracasó, y soñó con crear un gran diario socialista publicado simultáneamente en varios idiomas que habría de sacar al socialismo europeo de su letargo reformista. Pero para fundar el periódico necesitaba una enorme suma de dinero, que no pudo reunir probablemente porque todavía no estaba dispuesto a comprometerse en dudosas empresas financieras. Lo cierto es que, por una u otra razón, el respeto que se le tenía estaba teñido de cierta ironía y desconfianza. Sus acciones posteriores habrían de demostrar que en él se ocultaba un *snob* y un impostor político. Pese a todo, Parvus poseía una de las mentes políticas más audaces y penetrantes de su generación; y en la época en que Trotsky lo conoció, el pensador político todavía eclipsaba al impostor.

En la controversia entre los rusos, Parvus en un principio mostró sim-

[3] La ironía dio paso a un enorme respeto tan pronto como el inmigrante empezó a conformarse. Hacia el fin de su vida, Parvus fue el cerebro detrás de Ebert, el Presidente de la República de Weimar.

patías por los mencheviques, pero más adelante se mantuvo decorosamente desligado de los dos grupos, como correspondía a un hombre que se atribuía el papel de conciliador entre los rivales. En una ocasión trató de reconciliar a los hombres de *Iskra* con los economistas; ahora intentó lograr una tregua entre los antiguos hombres de *Iskra*. Sus relaciones con ambos grupos, en todo caso, no sufrieron menoscabo. Cuando algún tiempo después se lanzó a criticar a unos y otros, ambos grupos, aunque sin dejarse convencer, vieron su intervención sin animosidad y lo trataron como a un extraño bien intencionado y estimable.[4]

Cuando Trotsky, expulsado de *Iskra* y en conflicto con todo el mundo, salió de Ginebra, se fue a Munich, donde Parvus estaba establecido. Se quedó en su casa, y allí se le unió, algún tiempo después, su segunda esposa, Natalia Sedova. En Parvus, Trotsky encontró a un hombre que veía con desapego los alineamientos internos entre los rusos, capaz de abarcar todo el escenario internacional del socialismo, un maestro del análisis marxista, insuperable en la visualización, para sí mismo y para otros, del amplio panorama de la lucha de clases. Y en último término, pero no por ello menos importante, Trotsky admiraba en Parvus su "estilo viril y musculoso", que habría de recordar con sana envidia mucho después de su rompimiento con él. En suma, Parvus todavía era el superior de Trotsky en erudición, experiencia y gusto literario. No es fácil, sin embargo, definir el grado en que influyó en Trotsky. Hasta el día de hoy los detractores de éste atribuyen la exclusiva paternidad de la teoría de la "revolución permanente", rasgo distintivo del trotskismo, a Parvus, y sugieren, o bien que Trotsky la copió o la plagió, o que una teoría que proviene de una fuente tan contaminada debe carecer de todo valor. El propio Trotsky nunca negó su deuda con Parvus, aunque la cordialidad con que la reconoció varió según las épocas y las circunstancias. Lo que ambos escribieron en los mejores días de su asociación, revela cuántas de las ideas y opiniones formuladas originalmente por Parvus dejaron una impronta profunda en Trotsky, y cuántas de ellas habría de repetir a lo largo de su vida en una forma no muy diferente de la que les dio originalmente su amigo de mayor edad.

Pero Trotsky poseía ciertas cualidades que le permitieron, desde un principio, ser algo más que el mero discípulo de Parvus. Tenía la experiencia reciente de Rusia y de la lucha clandestina, que Parvus no tenía. Era dueño de una imaginación política incandescente, en tanto que los análisis y pronósticos de Parvus eran productos de una mente audaz pero fría. Poseía el fervor revolucionario que daba alas a sus ideas, mientras que Parvus era el tipo cínico de revolucionario. Trotsky, pues, tenía su propia aportación individual que hacer al fondo común de ideas. Como sucede en la mayo-

[4] Parvus, *Rossia i Revolutsia*, pp. 182 sigs.; *Iskra*, núms. 111 (24 de septiembre de 1905) y 112 (8 de octubre de 1905). Véase también Mártov, *Istoria Ross. Sots. Dem.*, pp. 112 sigs. La respuesta de Lenin a Parvus mantuvo un tono del mayor respeto (*Obras*, ed. rusa, vol. VIII, p. 261).

ría de las asociaciones de este tipo, las respectivas contribuciones de los socios no pueden separarlas ni siquiera ellos mismos. La tarea de pensar se realiza en común, y aun cuando algunas veces es posible decir quién formuló por primera vez en forma escrita tal o cual parte de una teoría, el historiador nunca puede reconstruir el invisible tráfico de sugestiones y estímulos que tuvo lugar entre los socios. Todo lo que puede decirse de Parvus y Trotsky es que, en un principio, el más viejo de los dos iba muy adelante del otro en ideas y fórmulas. En la siguiente etapa ambos parecieron avanzar *pari passu*. Y por último el más joven se adelantó de un salto con una aportación que era claramente suya y que creó y redondeó una nueva doctrina política; y con esta doctrina se colocó en el primer plano del vasto y confuso escenario de la revolución. Debe añadirse que todo el proceso se desenvolvió y concluyó rápidamente. Dio comienzo en el verano de 1904 y se consumó en 1906, cuando Trotsky, encarcelado en San Petersburgo mientras se instruía su proceso, expuso por escrito la teoría de la revolución permanente en su forma definitiva. Su período de aprendizaje con Parvus fue más breve aún: apenas duró hasta los primeros meses de 1905, cuando comenzó la primera revolución. Este fue un período de rápida y condensada actividad de pensamiento, y el joven Trotsky, que ya había proyectado la imagen del jacobinismo en la Revolución Rusa, aprendió con prontitud.

Después del comienzo de la guerra ruso-japonesa, Parvus publicó en *Iskra* una serie de ensayos sobre "La Guerra y la Revolución".[5] Aun con anterioridad a esto, sus colaboraciones, que firmaba con el seudónimo de Mólotov, habían impresionado vivamente a Trotsky. Pero fueron principalmente las ideas que Parvus presentó en "La Guerra y la Revolución" las que causaron en aquél una impresión duradera.

La idea central de Parvus consistía en que el Estado nacional tal como se había desarrollado con el capitalismo, ya era anacrónico. Esta concepción había sido parte integrante de la teoría marxista: Marx la había enunciado en el *Manifiesto Comunista*. Pero para la mayoría de los escritores socialistas de fines de siglo, se trataba de uno de los pronunciamientos del maestro que resultaba conveniente repetir en las ocasiones festivas, pero que guardaba poca relación con las realidades de una Europa victoriana, llena de conciencia nacional y orgullo imperial. Sólo un futuro muy remoto, se pensaba, podría producir el eclipse del Estado nacional. Parvus, por el contrario, veía venir el eclipse, señalaba sus síntomas, pronosticaba su intensificación cataclísmica y exhortaba a los socialistas a adaptar sus actitudes y sus programas al hecho inminente. Recalcaba con énfasis inusitado la interdependencia de las naciones y los Estados, y este énfasis confería a sus razonamientos un alcance mundial que era raro en otros so-

[5] La serie empezó a publicarse en *Iskra*, núm. 59, 10 de febrero de 1904.

cialistas. Parvus veía en el conflicto ruso-japonés de 1904 el comienzo de una larga serie de guerras, en las que los Estados nacionales, movidos por la competencia capitalista, lucharían por su supervivencia. Los destinos de los continentes se habían entrelazado. La conquista del oeste norteamericano había agudizado la competencia por los mercados mundiales entre los productores agrícolas. Los intereses agrícolas e industriales europeos, especialmente los alemanes, se dieron la mano para acabar con el libre comercio y para imponer un sistema proteccionista en Europa occidental. "Las barreras aduanales se han convertido en un obstáculo económico para el proceso histórico de la unificación cultural de las naciones; han intensificado los conflictos políticos entre los Estados... y realzado el poder de los Estados y los gobiernos...: mientras más fuerte es el poder de los gobiernos, más fácilmente chocan los Estados con las armas". Estas ideas habrían de convertirse, para Trotsky, en axiomas a partir de los cuales razonaría durante toda su vida.

La expansión de Rusia en Asia y el conflicto con Japón, sostenía Parvus, eran en parte el resultado de presiones internas: el zarismo buscaba en la conquista exterior un escape a la debilidad interna. Pero más importantes eran las presiones externas a que estaba sometida Rusia. En la lucha mundial entre los Estados nacionales capitalistas, sólo las grandes potencias modernas obraban con independencia; y aun un imperio tan vasto como el del zar era, en virtud de su atraso industrial, un mero "pensionado de la Bolsa francesa". "La guerra ha comenzado por Manchuria y Corea, pero ha crecido ya hasta convertirse en un conflicto por la hegemonía en el Asia oriental. En la siguiente etapa, toda la posición de Rusia en el mundo estará en juego; y la guerra terminará con un desplazamiento en el equilibrio político del mundo".

Parvus concluía su análisis con las siguientes palabras: "El proceso mundial de desarrollo capitalista conduce a una *conmoción política* en Rusia. Esta, a su vez, tendrá su impacto en el desarrollo político de todos los países capitalistas. La Revolución Rusa sacudirá al mundo burgués... Y es muy probable que el proletariado ruso desempeñe el papel de vanguardia de la revolución social".[6]

[6] *Iskra*, núm. 82, 1º de enero de 1905. En la misma serie Parvus escribió: "Es preciso llegar a la conclusión paradójica de que el factor subjetivo más decisivo del desarrollo histórico no es la sabiduría política, sino la estupidez política. Los hombres nunca han podido aprovechar plenamente las condiciones sociales que ellos mismos han creado. Siempre piensan que se hallan mucho más adelante, cuando en realidad están muy atrás, del proceso histórico objetivo... La historia frecuentemente ha arrastrado halándolos por las orejas, a quienes han pensado que podían mantenerla a raya". "El régimen capitalista en Europa es, desde hace mucho, un obstáculo para el desarrollo económico, político y cultural de Europa. Sobrevive sólo porque las masas populares no se han hecho todavía lo suficientemente conscientes de su trágica situación. La energía política del proletariado no está suficientemente concentrada, los partidos socialistas carecen de decisión y coraje. Es

Así, pues, ya en 1904 Parvus veía la revolución que se acercaba, no como un asunto puramente ruso, sino como un reflejo en Rusia de las tensiones sociales en escala mundial; y veía en la conmoción que se avecinaba un preludio de la revolución mundial. Allí estaban presentes los elementos principales de la teoría de la revolución permanente. Con todo, Parvus sólo había hablado hasta entonces de una "conmoción política" en Rusia, no de una revolución "social" o socialista. Aparentemente todavía compartía la opinión, aceptada entonces por todos los marxistas, de que la Revolución Rusa no sería en sí misma, debido a la situación semifeudal y atrasada del país, más que una revolución de carácter burgués. Trotsky sería el primero en decir que la revolución, en virtud de su propio impulso, pasaría del estadio burgués al socialista y establecería una dictadura proletaria en Rusia, aun antes del advenimiento de la revolución en Occidente.

No sólo las ideas internacionales y las perspectivas revolucionarias de Parvus se iban haciendo parte integrante del pensamiento de Trotsky, sino que también algunas de las concepciones de Trotsky sobre la historia rusa, especialmente su concepción del Estado ruso, pueden encontrarse en su forma original en Parvus.[7] Este desarrolló la tesis de que el Estado ruso, que era un injerto de despotismo asiático y absolutismo europeo, no se había formado como el órgano de una clase en la sociedad rusa, sino como un aparato burocrático militar concebido primordialmente para resistir la presión del Occidente más civilizado.[8] Fue con esta finalidad que el zarismo introdujo elementos de la civilización europea en Rusia, especialmente en el ejército. "Así nació el organismo estatal ruso: un absolutismo asiático apuntalado por un ejército de tipo europeo". Era suficiente, en opinión de Parvus, echar una ojeada a la línea de fortificaciones fronterizas de Rusia para advertir que los zares se habían propuesto separar a Rusia del Occidente por medio de una especie de Muralla China. Algunas de estas teorías, tal como fueron desarrolladas y refinadas por Trotsky, se convirtieron en objeto de acaloradas disputas históricas y políticas veinte años más tarde.

La influencia de Parvus en Trotsky se advierte también en el estilo y la forma de exposición, especialmente en la naturaleza abarcadora de la predicción histórica. Esto no quiere decir que Trotsky fuera un mero imitador de Parvus, sino que absorbió la influencia natural y orgánicamente debido a su afinidad intelectual y literaria con Parvus, afinidad que no aminoraban los contrastes en carácter y temperamento.

posible imaginarse un viraje tal en los acontecimientos que el Partido Socialdemócrata tenga que cargar con la culpa política por la supervivencia del régimen capitalista". A los contemporáneos de Parvus esto les pareció una profecía exagerada.

[7] En parte, sin embargo, la fuente original de las concepciones sobre la historia rusa sostenidas por Trotsky y Parvus es el historiador liberal P. Miliukov.

[8] *Iskra*, núm. 61, 5 de marzo de 1904.

Durante su primera estadía en Munich, hacia fines de septiembre de 1904, Trotsky anunció su rompimiento con los mencheviques en una "Carta abierta a los camaradas" que envió a *Iskra* para su publicación. La carta nunca fue publicada. Sólo disponemos de un resumen menchevique del documento, según el cual Trotsky, "en un tono pomposo y altanero" hacía una serie de acusaciones contra "algunos camaradas" y planteaba varias demandas. El meollo de aquellas acusaciones era que el grupo menchevique tendía a colocar sus intereses faccionales por encima de los del Partido. Además, escribió Trotsky, los mencheviques estaban reaccionando incorrectamente ante la actitud de Lenin en un aspecto importante: en tanto que Lenin se empeñaba en darle a la intelectualidad una posición privilegiada y dominante en el Partido, los mencheviques incitaban a los obreros contra la intelectualidad socialista. En una carta privada a Mártov y Zasúlich, Trotsky explicaba que sus críticas iban dirigidas principalmente contra Teodor Dan, el político de la moderación, y que su intención era la de promover la creación de un "centro partidario estable" y un entendimiento con el Comité Central bolchevique. También se quejaba de que los escritores "a los que *Iskra* no podía asimilar" —alusión ésta a su expulsión por Plejánov— no tenían la oportunidad de llegar al público socialista. Por último, anunciaba de manera formal su separación del grupo menchevique.[9]

Los mencheviques respondieron con la ira de quien se halla en una situación embarazosa. "Una correspondencia muy tempestuosa" se cruzó entre Trotsky y Mártov, la cual, escribió Mártov, "si yo hubiera dado rienda suelta a Trotsky, habría terminado con el completo rompimiento de mis relaciones con él". Mártov y otros mencheviques estaban deseosos de evitar la ruptura, pues si las críticas dirigidas contra ellos por su polemista antibolchevique más franco, se hacían públicas, podían perjudicar al grupo. Una conferencia a puerta cerrada tuvo lugar en Ginebra, en la cual se discutió la Carta Abierta de Trotsky en presencia de éste. Se convino formalmente en que la existencia continuada de la organización menchevique en el exilio podría convertirse en "la fuente de nuevos conflictos en el Partido" y en que la organización debía disolverse, en espera de nuevas instrucciones de los grupos mencheviques en Rusia.[10]

Esta decisión tenía claramente por objeto apaciguar a Trotsky y mantenerlo inactivo. No tuvo mayores repercusiones: el "partido dentro del Partido" de los mencheviques, al igual que el bolchevique, hubo de seguir funcionando como antes, aunque Trotsky puede haberse consolado con la ilusión de que los mencheviques habían aceptado su consejo. En todo caso, la decisión formal de disolver la organización menchevique lo eximió de la disciplina de grupo a la que había estado sujeto. Mártov le informó poco después a Axelrod que Trotsky por fin se había "calmado" y "ablandado"

[9] *Pisma Axelroda i Mártova*, pp. 110-111.
[10] *Ibid.*

y que había vuelto a escribir para *Iskra* (la primera colaboración de Trotsky desde su conflicto con Plejánov apareció al poco tiempo, efectivamente, en el periódico).[11] Como de costumbre, los resentimientos personales, las simulaciones y las motivaciones políticas estaban tan ligados que resulta casi imposible desembrollarlos. No podemos decir si Trotsky se "calmó" porque los mencheviques parecieron ceder ante él en una cuestión de principios, o porque le dieron cierta satisfacción por el agravio de Plejánov o por ambas razones. El no era ahora uno de los autores de la línea política o de los editoriales de *Iskra*; colaboraba con una columna política que aparecía en una de las páginas interiores. Pero *Iskra* era todavía el periódico militante de los mencheviques, de suerte que, para quienes no estaban enterados de la situación interna, Trotsky seguía siendo un menchevique.

Las diferencias de Trotsky con los mencheviques no estaban realmente liquidadas, y las noticias de Rusia las ahondaron con el tiempo. La guerra ruso-japonesa había tomado un cariz desastroso para Rusia, y las grietas en el edificio del zarismo se hicieron visibles. En julio, el ministro Plehve, inspirador de la política del zar en el Lejano Oriente, fue asesinado por Sazónov, un social-revolucionario.[12] Plehve había clausurado y disuelto los *zemstvos*, que eran los baluartes de la aristocracia terrateniente liberal y semiliberal. Su sucesor, Sviatoposlk-Mirsky, trató de apaciguar a la oposición y permitió que los *zemstvos* celebraran una convención nacional en noviembre de 1904. La convención fue seguida por una larga serie de banquetes políticos en muchas ciudades. En ellos, los dirigentes liberales de la aristocracia terrateniente y las clases medias expresaron sus demandas; pero junto a ellos aparecieron también, por primera vez, trabajadores y miembros del movimiento socialista clandestino. Aunque todos ellos hablaban todavía al unísono contra el gobierno, los banquetes dejaron vislumbrar una profunda división en la oposición. Los obreros sospechaban que el propósito de los portavoces liberales no era derrocar al zar sino llegar a un acuerdo con él.

Los emigrados en Europa occidental observaron con ánimo expectante y esperanzado la campaña de banquetes, que continuó hasta fines del año. Los acontecimientos obligaron a los socialistas a precisar su actitud frente al liberalismo. La división entre socialismo y liberalismo existía también en los círculos de emigrados. Desde mediados de 1902, Piotr Struve había venido publicando su *Osvobozhdenie* (*Liberación*), primero en Stuttgart y después en París. En un principio el periódico preconizó el "marxismo

[11] *Iskra*, núm. 75, 5 de octubre de 1904. (La única colaboración de Trotsky en el intervalo había aparecido en una hoja de discusión publicada en junio como suplemento de *Iskra*.)

[12] Azev, el agente provocador que el propio Plehve había empleado para quebrantar la organización terrorista clandestina, ayudó a preparar el asesinato.

legal", una versión diluída de la doctrina que ponía particular énfasis en aquella parte del razonamiento marxista que iba dirigida contra el terrorismo populista y el socialismo agrario e insistía en que la industrialización capitalista representaría un progreso social en Rusia. En esta etapa, la antigua *Iskra* y *Osvobozhdenie* no se oponían abiertamente todavía. Pero pronto se hizo claro que el grupo de Struve utilizaba el razonamiento marxista para refutar un tipo de socialismo, el agrario, pero no para abogar por el socialismo proletario. *Osvobozhdenie* evolucionó del "marxismo legal" al liberalismo; y la evolución se hizo muy marcada precisamente cuando la escisión entre los socialistas se ahondaba. Los mencheviques se inclinaban hacia los liberales; los bolcheviques se volvían contra ellos. En relación con este problema, en el otoño de 1904, Trotsky volvió a entrar en conflicto con los mencheviques.[13]

En noviembre y diciembre escribió un folleto sobre los problemas planteados por la campaña de banquetes y lo sometió a los editores mencheviques. Estos se mostraron renuentes a publicarlo, le dieron largas al asunto y, según Trotsky, trataron de impedir la aparición del folleto. No es probable que ésta haya sido su intención decidida, puesto que a fin de cuentas lo publicaron. Pero el folleto contenía una diatriba tan irrestricta y devastadora contra los liberales, que no podía sino suscitar aprensiones en los hombres que habían empezado a ver la oportunidad de una acción conjunta socialista-liberal contra el zar. La médula del razonamiento de Trotsky era que los liberales, más temerosos de la revolución que del zar, eran incapaces de realizar tal acción.[14]

En primer término fustigaba el patético e insincero patriotismo que los liberales habían exhibido durante la guerra ruso-japonesa. Struve, escribió, "sacrificó los últimos residuos de su espíritu de oposición y de su dignidad política, no al 'sentimiento patriótico', sino a la hipocresía patriótica".[15] En virtud de sus derrotas militares, el zarismo estaba en un callejón sin salida. "Tanto más clara y enérgicamente... debió revelar la oposición el abismo que se abre entre el zarismo y la nación. Tanto más firmemente debió haber empujado al zarismo, el verdadero enemigo de la nación, al abismo. En lugar de ello, el *zemstvo* liberal... se unce a sí mismo al desvencijado carro de guerra, saca los cadáveres y lava los rastros de sangre". En su fuero interno, los liberales oraban por la derrota del zar, que tal vez orillaría a éste a buscar un acuerdo con la oposición. "Pero, ¿qué hace la prensa liberal, esa prensa miserable, farfulladora, mañosa, mendaz, reptante, corrompida y corruptora?... Sin creer en sus propias palabras y ocultando su servil anhelo de ver destruido al zar, [habla de] *'nuestro* mo-

[13] L. Mártov, *Istoria Ross. Sots. Dem.*, p. 102; Trotsky, *Mi vida*, tomo I, capítulo "Retorno a Rusia".

[14] El folleto *Do 9 Yanvaria (Hasta el 9 de enero)* está reproducido en las *Obras* (ed. rusa) vol. II, Libro 1.

[15] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, p. 6.

narca y de *nuestra* guerra' ". La oposición liberal trataba de "ganarse la gratitud y la confianza del absolutismo, de hacérsele indispensable a éste y, por último, de sobornarlo con el dinero del pueblo, tácticas éstas tan viejas como el liberalismo ruso, al que los años no habían hecho ni más sensato ni más digno".[16] El nuevo ministro, el príncipe Sviatoposlk-Mirsky, había iniciado una era de concesiones espurias al expresar ("estúpida e insolentemente") la confianza de su gobierno en el pueblo, "como si la cuestión consistiera en saber si el gobierno confía en el pueblo y no si el pueblo confía en el gobierno". Pero esto era suficiente, continuaba Trotsky, para que los *zemstvos* omitieran en sus planteamientos la demanda de sufragio universal y gobierno constitucional. Le temían a la palabra extranjera "constitución", y "detrás del temor a la palabra se ocultaba el temor al hecho..." "Quien desee ser comprendido por las masas y tenerlas a su lado, debe ante todo expresar sus demandas clara y precisamente, llamar a las cosas por su nombre, llamar constitución a la constitución, república a la república, sufragio universal al sufragio universal".[17] Gracias a su timidez, los liberales estaban restaurando, inconscientemente, tanto en los gobernantes como en los gobernados, la confianza en el futuro del absolutismo. Pretendían ser el partido de la democracia, pero traicionaban su propio principio. "Nosotros carecemos de tradiciones democráticas; éstas tienen que ser creadas. Sólo la revolución puede hacer tal cosa. El partido de la democracia no puede ser sino el partido de la revolución".[18] No sería la intelectualidad liberal ni las clases medias, sino los obreros industriales socialistas, quienes le asestarían el golpe decisivo al zarismo.

Todo el folleto está saturado de un triunfal convencimiento de la inminencia de la revolución. "Los abogados hacen manifestaciones en las calles, los exiliados políticos protestan en los periódicos contra su destierro,... un oficial naval inicia una campaña pública contra el Ministerio de la Marina... Lo increíble se vuelve real, lo imposible se hace probable".[19] Es difícil hallar en los escritos de cualquier otro emigrado una premonición tan clara de los acontecimientos que se aproximaban. Los demás exiliados se hallaban tan inmersos en sus luchas intestinas y tan embebidos en las maniobras con que se combatían entre sí —con la intención, sin duda, de asegurarle al Partido la posición más ventajosa posible en una revolución— que casi dejaron pasar inadvertida la llegada de la revolución. Debido a que se hallaba casi solo, Trotsky concentró toda su atención en los acontecimientos que tenían lugar en Rusia. En él como dijo Lunacharsky, se notaba menos la marca de la emigración que en otros socialistas que, en diverso grado, habían perdido contacto con su país.[20] Sus

[16] *Ibid.*, p. 9.
[17] *Ibid.*, p. 15
[18] *Ibid.*, p. 30.
[19] *Ibid.*, p. 3.
[20] A. Lunacharsky, *Revolutsiónnie Silueti*, pp. 20-25.

amigos escépticos se encogieron de hombros ante su triunfal vaticinio de la conmoción, no menos que ante la vehemencia de su antiliberalismo.

Trotsky concibió el desarrollo de la revolución a partir de una huelga general. Esta era una concepción novedosa: los conflictos laborales en Rusia se habían producido hasta entonces en escala local, e incluso los países industriales del Occidente, con sus antiguos sindicatos, no habían tenido todavía ninguna experiencia real de una huelga general. En *Mi vida,* Trotsky dice que había concebido esta idea desde 1903, pero que no la adoptó finalmente sino en 1904.[21] Ahora esbozó un "plan de acción" que resumió de la siguiente manera:

> "Arrancar a los obreros de las máquinas y los talleres; sacarlos de la fábrica a la calle; dirigirlos a las fábricas vecinas; proclamar un paro en éstas y llevar nuevas masas a la calle. Así, pasando de una fábrica a otra, de un taller a otro, creciendo en el camino y barriendo los obstáculos policíacos, arengando y atrayendo a los transeúntes, absorbiendo grupos que vienen en sentido contrario, llenando las calles, apoderándose de los primeros edificios adecuados para efectuar asambleas, atrincherándose en esos edificios, utilizándolos para celebrar asambleas revolucionarias permanentes con un auditorio en constante cambio y desplazamiento, se pondrá orden en el movimiento de las masas, se fortalecerá su confianza, se les explicará el propósito y el sentido de los acontecimientos; y así se transformará finalmente a la ciudad en un campamento revolucionario: éste, en rasgos generales, es el plan de acción.[22]

Esta fue, en verdad, la imagen de la revolución que habría de materializarse tanto en octubre de 1905 como en febrero de 1917. El "plan de acción" no siguió el modelo de ningún precedente: en la Revolución Francesa, el elemento proletario industrial estuvo ausente. La imagen nació de una ardorosa imaginación revolucionaria, en la que el romanticismo se fundía curiosamente con el realismo. Algunas partes de este folleto parecen pasajes de las historias de 1905 y 1917 que posteriormente escribió el mismo Trotsky, sólo que en aquél los acontecimientos se describen en tiempo futuro; e incluso las consignas son las mismas que resonarían en 1905 y 1917; "¡Poner fin a la guerra!" y "¡Convocar a una Asamblea Constituyente!"[23]

Por último, Trotsky examinaba las clases que iban entrando en acción. "La ciudad será la principal arena de los acontecimientos revolucionarios",[24] Pero el proletariado urbano no decidiría el resultado de la lucha por sí solo. El campesinado representaba "una reserva capital de energía revolucionaria

[21] L. Trotsky, *Mi vida,* tomo I, capítulo "Retorno a Rusia".
[22] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, p. 51.
[23] *Ibid., et passim.*
[24] *Ibid.,* p. 50.

potencial".[25] Era "necesario llevar la agitación al campo, sin perder un día y sin dejar pasar una sola oportunidad".[26] Lejos de exhortar al proletariado urbano, como dicen sus críticos posteriores, a enfrentarse al zarismo sin aliados para provocar así su propia derrota, Trotsky subrayó vigorosamente los peligros del aislamiento que amenazaban a la clase obrera.[27] Analizó el papel del ejército, formado por campesinos, e instó a los socialistas a observar con actitud realista lo que sucedía en los cuarteles. Cuando se les ordenaba hacer fuego contra las multitudes, los soldados preferían disparar al aire; la moral del ejército se deterioraba:

> Nuestros buques son lentos. Nuestros cañones no tienen suficiente alcance. Nuestros soldados son analfabetos. Nuestros suboficiales no tienen mapas ni brújulas. Nuestros soldados están descalzos, desnudos y hambrientos. Nuestra Cruz Roja roba. Nuestros servicios de aprovisionamiento roban. Los rumores acerca de esto llegan al ejército y son absorbidos con avidez. Cada uno de esos rumores corroe como un ácido vivo la herrumbe del adoctrinamiento oficial. Años enteros de nuestra propaganda pacífica no podrían lograr lo que logra un día de guerra.
>
> En el momento decisivo, los oficiales deberán desconfiar de los soldados... El mismo soldado que ayer disparó al aire, le entregará mañana su fusil al obrero. Lo hará tan pronto como tenga la seguridad de que el pueblo no está enfrascado en simples desórdenes, sino que sabe lo que quiere y está dispuesto a luchar por ello... Debemos llevar a cabo la más intensa agitación entre las tropas, de suerte que en el momento de la huelga [general] cada soldado enviado a reprimir a los "rebeldes" sepa que lo que tiene enfrente es el pueblo que exige la convocatoria de la Asamblea Constituyente.[28]

El editor menchevique todavía no enviaba el folleto de Trotsky a las prensas cuando llegaron las noticias del primer acto de la revolución en Rusia. El 9 (23) de enero de 1905, los obreros de San Petersburgo marcharon en una enorme pero pacífica manifestación hacia el Palacio de Invierno del zar. Estaban encabezados por el pope Gapón, capellán de una prisión y protegido de Zubátov, el jefe de la gendarmería, que había fundado su propia organización obrera para combatir al socialismo clandestino. Los manifestantes que portaban efigies del zar, iconos sagrados y estandartes de la Iglesia, esperaban poder presentarle al zar una petición en la que humilde y quejumbrosamente le suplicaban atender sus quejas. El zar se negó a recibir a los peticionarios y ordenó a las tropas que custodiaban el Palacio de Invierno que hicieran fuego contra la multitud. Así

[25] *Ibid.*, p. 20 *et passim*.
[26] *Ibid.*, p. 52.
[27] *Ibid.*, p. 46.
[28] *Ibid.*, p. 50.

encendió la mecha de la explosión revolucionaria.

Las noticias le llegaron a Trotsky en Ginebra, donde acababa de llegar después de una gira de conferencias. Sus predicciones, que todavía no había logrado publicar, empezaron a convertirse en realidad. Lleno de esperanzada excitación, regresó a donde Parvus en Munich, con las pruebas de galeras del folleto en el bolsillo. Parvus leyó las pruebas y quedó tan impresionado que resolvió apoyar las ideas de Trotsky, con todo el peso de su autoridad. Escribió un prólogo para el folleto e instó a los mencheviques a que lo publicaran. En su prólogo enunció una conclusión a la que Trotsky todavía vacilaba en llegar. "El Gobierno Provisional revolucionario de Rusia", escribió Parvus, "será el gobierno de una democracia obrera . . . Puesto que el Partido Socialdemócrata se halla a la cabeza del movimiento revolucionario . . . este gobierno será socialdemócrata . . . un gobierno coherente con una mayoría socialdemócrata". Cuando el folleto por fin apareció suscitó una intensa controversia y espoleó tanto a los bolcheviques como a los mencheviques a formular sus propias previsiones. La discusión se centró en la conclusión de Parvus: tanto los mencheviques como los bolcheviques la rechazaron. Los primeros expresaron la opinión de que, puesto que el carácter de la revolución era burgués e iba dirigida contra el absolutismo y el feudalismo residual, sin proponerse el socialismo como meta, el heredero legítimo del poder era la burguesía, no el proletariado. Los socialistas, según ellos, no podían participar en ningún gobierno burgués, ni siquiera en uno emanado de la revolución. Su tarea consistía en defender, desde la oposición, los intereses de la clase obrera. Lenin convenía en que la revolución era burguesa en la medida en que no podía proponerse el socialismo como meta, pero no creía en la misión revolucionaria de la burguesía. Los socialistas, sostenía, estaban en el deber de participar en un gobierno revolucionario. Empero, él también impugnaba la predicción de Parvus acerca del carácter socialdemócrata de ese gobierno. "Esto *no puede ser*", escribió Lenin. "si tenemos en mente no los episodios fugaces, sino una dictadura revolucionaria semimoderada y duradera, capaz de dejar alguna huella en la historia. Esto no puede ser, porque sólo tal dictadura revolucionaria puede tener una estabilidad . . . como la que se basa en una gran mayoría de la población. El proletariado ruso constituye actualmente una minoría de la población de Rusia". El gobierno revolucionario estaría formado por una coalición, en la que "los elementos pequeño-burgueses y semiproletarios" participarían "o incluso predominarían . . ." "Sería sumamente perjudicial", añadía Lenin, "abrigar cualesquiera ilusiones acerca de esto".[29]

Esta era la primera ocasión en que algún grupo o individuo hablando en nombre del socialismo reclamaba abiertamente el poder o la principal representación en él. Y fue una casualidad extravagante el que este reclamo

[29] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. VIII, pp. 262-263.

lo hiciera por vez primera Parvus, un extraño a la Revolución Rusa, y que fuera repudiado casi con horror por Lenin. En la persona de Lenin, la revolución parecía "retroceder sobrecogida frente a la vaga inmensidad de sus propios objetivos". Con todo, aun el mismo Parvus hablaba de un "gobierno obrero", no de una dictadura proletaria. Y Trotsky tampoco impugnaba todavía el supuesto común de que la revolución sería simplemente burguesa y de que, con la destrucción de las instituciones feudales y absolutistas, se agotaría su misión. Al mismo tiempo, le parecía irrefutable, como también le parecía a Parvus, que si el proletariado urbano era la principal fuerza motriz de la revolución, entonces, en caso de que ésta triunfara, sus representantes deberían tener la mayor influencia en el gobierno provisional. Ninguna clase social estaría dispuesta a ser la protagonista de una revolución para después renunciar a los frutos de su victoria. Los críticos eran incapaces de refutar eficazmente este razonamiento. Pero tanto los bolcheviques como los mencheviques hacían dos preguntas pertinentes: ¿Cómo podía conciliarse esta perspectiva con el carácter burgués de la revolución? ¿Y cómo podía concebirse un gobierno de una minoría proletaria sin abandonar el principio del gobierno democrático representativo, que ninguno de los disputantes estaba dispuesto a abandonar? Ni Trotsky ni Parvus tenían aún una respuesta para estas preguntas.

En enero de 1905, en casa de Parvus, Trotsky empezó a escribir otra serie de ensayos, que aparecieron posteriormente bajo el título de *Después de la Insurrección de San Petersburgo*. La serie constaba de segmentos un tanto disímiles: nuevos y sarcásticos embates polémicos contra los liberales, pasajes intensamente entusiastas que saludaban el advenimiento de la revolución, y reflexiones sumamente realistas sobre las técnicas revolucionarias. En sus diatribas contra los liberales, Trotsky recalcaba el punto de que, dos días antes de la manifestación en San Petersburgo, Struve había declarado que "en Rusia no existe un pueblo revolucionario". "Estas palabras", comentaba Trotsky, "deberían grabarse en la frente del señor Struve si, aun sin ello, su cabeza no tuviera ya el aspecto de una lápida bajo la cual están sepultados tantos planes, consignas e ideas socialistas, liberales, 'patrióticos', revolucionarios, monárquicos, democráticos y de otro tipo".[30] La conclusión de Trotsky era la siguiente: "Nuestra lucha por la revolución y nuestra preparación para ella irán de la mano con nuestra lucha despiadada contra el liberalismo para ganar la influencia sobre las masas y el papel dirigente del proletariado..."

El tenor de los pasajes en que saludaba el advenimiento de la revolución puede medirse por las siguientes palabras:

> Sí, ella ha llegado. La hemos esperado. Nunca hemos dudado de ella. Durante muchos años ella fue sólo una deducción de nuestra "doctrina",

[30] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, pp. 57 sigs.

de la que se mofaban las nulidades de todos los matices políticos... Con su primera ráfaga ha alzado en vilo a la sociedad... Antes del 9 de enero, nuestra demanda de una república les parecía fantástica, doctrinaria y repugnante a todas las eminencias liberales. Bastó un día de revolución, bastó un enfrentamiento magnífico entre el zar y el pueblo para que la idea de una monarquía constitucional se hiciera fantástica, doctrinaria y repugnante. El pope Gapón se alzó con su idea del monarca contra el verdadero monarca. Pero, puesto que tras de él no había liberales monárquicos sino proletarios revolucionarios, esta "insurrección" limitada manifestó inmediatamente su contenido rebelde en la lucha de barricadas y en el grito de: ¡Muera el zar! El verdadero monarca había destruido la idea del monarca... La revolución ha llegado y ha puesto fin a nuestra infancia política.[31]

En esta etapa, los problemas de la técnica revolucionaria adquirían una "importancia colosal". "Los proletarios de San Petersburgo han mostrado gran heroísmo. Pero el heroísmo desarmado de la multitud no podía enfrentarse a la idiotez armada de los cuarteles". De entonces en adelante los esfuerzos dispersos no conducirían a ninguna parte: el movimiento debía culminar en una insurrección en escala nacional. La revolución debía armarse. Algunas personas sostenían que los insurrectos no tenían ninguna posibilidad de triunfo contra un gobierno armado con armas modernas; un escritor inglés, por ejemplo, creía que si Luis XVI hubiese dispuesto de unas cuantas baterías de ametralladoras, la Revolución Francesa no habría tenido lugar. "Qué presuntuosa necedad", observaba Trotsky, "es medir las posibilidades históricas de la revolución por el calibre de las armas y los cañones. Como si las armas y los cañones mandaran a los hombres, como si los hombres no hicieran uso de las armas y los cañones".[32] Trotsky admitía que los obreros por sí solos, aun estando armados no podrían vencer en un levantamiento; era necesario que se ganaran al ejército. Pero para poder hacerlo, primero debían armarse e impresionar a los vacilantes soldados del zar con su propia determinación. Desarrolló hasta esta idea en pasajes que eran, en parte, instrucciones acerca de cómo debían armarse los obreros y, en parte, imágenes descriptivas que ilustraban el proceso mediante el cual las tropas del zar se pasarían al pueblo sublevado. Estas escenas anticipatorias parecen también páginas de sus propias historias de la revolución, escritas después del acontecimiento. Concluía con un llamado a sus camaradas, acuñado en estilo dantonesco: Todo lo que se necesitaba, decía, para ponerse a la altura del momento, eran "unas cuantas cualidades muy sencillas: el abandono de la rutina organizativa y de las míseras tradiciones de un movimiento clandestino, una con-

[31] *Loc. cit.*
[32] *Ibid.*, p. 60.

cepción amplia, iniciativa valerosa, habilidad para valorar las situaciones y, una vez más iniciativa valerosa".

Entre las líneas de esos escritos puede sentirse todavía la fiebre que consumía al autor. Este ardía en impaciencia por regresar a Rusia y arrojarse al torbellino. Su medio natural no era la atmósfera enrarecida de las colonias de emigrados, donde estaba en conflicto con casi todo el mundo; no era un exilio desde el cual la revolución sólo podía observarse como se observa una tormenta en alta mar desde una costa remota. El regreso a Rusia estaba preñado de graves peligros. Un fugitivo de Siberia, si caía en manos de la policía, era tratado automáticamente como un proscrito y deportado para cumplir una condena de trabajos forzados, aun cuando su sentencia original no hubiera estipulado tal castigo. Pese a todo, decidió regresar. Sedova partió antes para conseguir un alojamiento secreto. Y en febrero de 1905 él se puso en camino. Se detuvo en Viena y visitó a Victor Adler, el dirigente austriaco, en cuya casa se rasuró el bigote y la barba para hacer más difícil su reconocimiento por la policía rusa.

Fue en casa de Adler donde primero pidió ayuda cuando viajaba de Siberia a Inglaterra. Sólo dos años y medio habían transcurrido desde entonces, pero ¡cuán agitados y llenos de acontecimientos habían sido esos años!

CAPITULO V

TROTSKY EN 1905

En febrero Trotsky llegó a Kíev, y allí después de asumir la identidad de un tal Arbúzov, oficial separado del ejército, se ocultó mediante varias semanas. Kíev era entonces el eje de la organización clandestina, pero la policía estaba menos alerta allí que en San Petersburgo y Moscú. En Kíev, Trotsky conoció a Leonid Krasin, con el que habría de mantener estrechas relaciones durante el resto del año. Técnico eminente y próspero administrador industrial, Krasin era también miembro del Comité Central, inferior sólo a Lenin en la jerarquía bolchevique, y el verdadero jefe local de la organización clandestina. Era, sin embargo, un "conciliador" deseoso de poner fin a la división en el Partido y, por lo tanto, opuesto a Lenin en este punto. Esto facilitó la cooperación entre él y Trotsky. Y éste, que era el único escritor y creador de línea política socialista que entonces se hallaba en Rusia, pronto se le hizo indispensable a Krasin. En la primavera, Krasin lo llevó a San Petersburgo.

Los demás dirigentes socialistas permanecieron en Europa occidental hasta bien entrado el año. En tiempos normales, cuando los acontecimientos se sucedían con lentitud, la organización clandestina podía permitirse consultar a los emigrados y esperar sus instrucciones. Pero ahora la gama de sus actividades se ampliaba a un ritmo febril. Con frecuencia cada vez mayor el Partido tenía que actuar bajo la presión de los acontecimientos y las exigencias del momento. En consecuencia, los contactos rutinarios con los emigrados se hicieron demasiado inefectivos y lentos.

Habiendo regresado a Rusia con tanta oportunidad, Trotsky se encontró de inmediato en el centro mismo de la actividad clandestina. Esto determinó que su participación en la revolución de 1905 fuera mucho más destacada que la de cualquiera de los dirigentes más viejos. Pero Trotsky habría de sobresalir también por otra razón: las dos tendencias en el Partido todavía no habían cristalizado lo suficiente para que se convirtieran en dos alas separadas y hostiles. Sin embargo, la controversia había avanzado lo bastante para absorber las mentes y las energías de los dirigentes. La conmoción en Rusia se produjo demasiado tarde para que el Partido pudiera obrar con la iniciativa inmediata y el vigor unificado de un solo organismo. Pero también se produjo demasiado temprano, antes de que los dos partidos, el bolchevique y el menchevique, se hubieran separado y ganado una nueva libertad de movimientos. Más que nadie, Trotsky representaba esa actitud de indecisión y ese horror a la división que todavía era común a ambos sectores del Partido. En cierto sentido, él encarnaba la "inmadurez" del movimiento, en tanto que los "fanáticos del cisma" representaban mejor el

futuro de éste. Trotsky representaba el sentimiento más fuerte del Partido contra la lógica todavía más fuerte de su desarrollo. Pero también encarnaba el grado más alto de "madurez" que el movimiento había alcanzado hasta entonces en sus aspiraciones más amplias: al formular los objetivos de la revolución, Trotsky iba más lejos que Mártov y que Lenin, y estaba, en consecuencia, mejor preparado para desempeñar un papel activo en los acontecimientos. Un infalible instinto político lo había llevado, en los momentos oportunos, a los puntos neurálgicos y a los focos de la revolución, y había guiado sus pasos.

Durante los primeros meses después de su regreso, no pudo hacer mucho más que escribir e inspirar a Krasin y, a través de éste, a la organización. La agitación de enero y febrero había decaído, y en la primavera el movimiento obrero se hallaba estancado. Las huelgas se habían agotado; la represión policíaca y las ejecuciones intimidaron a los obreros. La iniciativa política pasó a manos de la clase media liberal. Una larga serie de congresos y convenciones, celebrados por industriales, comerciantes, banqueros, médicos, abogados, etc., plantearon la demanda de gobierno constitucional y reformas. No sería sino varios meses más tarde, ese mismo año, después de la derrota de Tsushima, la rebelión de los tripulantes del *Potiomkin* y el fin de la guerra con el Japón, cuando la iniciativa volvería a manos de los obreros.

Mientras tanto, Trotsky no podía presentarse en público, Aun en los círculos clandestinos de Petersburgo se movía cautelosamente como "Piotr Petrovich". El terreno que pisaba no era firme: la *Ojrana* tenía sus agentes provocadores en la organización. Pero desde sus escondrijos observaba el desarrollo de los acontecimientos políticos y producía una interminable serie de ensayos, estudios sociológicos, cartas a *Iskra*, volantes, folletos, andanadas polémicas y escritos sobre la estrategia y la táctica de la revolución. Se reafirmó en las ideas que había expuesto en unión de Parvus, y fue más lejos. Inmediatamente después de su regreso, escribió en *Iskra* que, fuera del Partido Socialdemócrata, "no hay nadie en el campo de batalla de la revolución" capaz de organizar una insurrección en escala nacional:

> Otros grupos en la población urbana desempeñarán su papel en la revolución sólo en la medida en que sigan al proletariado... Ni el campesinado, ni la clase media ni la intelectualidad pueden desempeñar un papel revolucionario independiente que equivalga en modo alguno al del proletariado... En consecuencia, la composición del Gobierno Provisional dependerá principalmente del proletariado. Si la insurrección termina con una victoria decisiva, quienes hayan dirigido a la clase obrera en el levantamiento conquistarán el Poder.[1]

[1] *Iskra*, núm. 93, 17 de marzo de 1905.

En el extranjero, Parvus también abogaba por la insurrección armada, y Lenin, por supuesto, hacía lo mismo. Los mencheviques marcaban un compás de espera, diciendo que un levantamiento armado, al igual que una revolución en general, no podía ser organizado, sino que se produciría naturalmente con el desarrollo de la rebelión popular. Detrás de esa actitud de expectativa menchevique había una convicción, cada vez más arraigada, de que la dirección de la revolución no le correspondía al socialismo sino al liberalismo. En el mismo número de *Iskra* en que Trotsky escribió que "fuera del Partido Socialdemócrata no hay nadie en el campo de batalla" capaz de asumir la dirección, Mártov insistió en que las clases medias tenían la misión histórica de llevar a cabo una democratización radical de la sociedad rusa. "Tenemos el derecho de esperar", fueron las palabras de Mártov, "que el cálculo político realista mueva a nuestra democracia burguesa a obrar en la misma forma en que, en el siglo pasado, obró la democracia burguesa en Europa occidental, bajo la inspiración del romanticismo revolucionario".[2]

Trotsky replicó a la concepción de Mártov con una crítica de la actitud liberal tal cual la expresaban organismos como la Asociación de Industriales de Moscú, las Industrias de Hierro y Acero de Petersburgo, los bancos provinciales, los empresarios de los Urales, los congresos nacionales de cirujanos, actores, criminólogos, etc. No negó que las clases medias estuvieran constreñidas por el régimen autocrático ni que su interés en el progreso económico y el comercio libre las indujera a exigir la libertad política. Dijo incluso que "el régimen liberal viene a ser una necesidad de clase para el capital" y que "el comerciante urbano ha demostrado no ser inferior, en la oposición, al 'terrateniente esclarecido' ".[3] Pero añadió que, en sus demandas, las clases medias sólo se hacían eco de los obreros y estaban inhibidas por su temor a la revolución. "Para el proletariado, la democracia es en *todas* las circunstancia una necesidad política; para la burguesía capitalista es en *ciertas* circunstancias una inevitabilidad política".[4] Los gestos de oposición de las clases medias les estaban dando un prestigio político que no dejaba de encerrar un peligro para la revolución. La intelectualidad, hasta hacía poco, había mirado con desdén al industrial y al comerciante; ahora los aclamaban como los héroes de un causa popular; y a los portavoces liberales "sus propios discursos les parecen tan convincentes que esperan la rendición inmediata del enemigo [del zar]... Pero Jericó todavía está en pie, y, lo que es más, trama con maldad".[5]

"Jericó", ciertamente, tramaba —a iniciativa de Bulygin, el ministro del zar— la convocatoria de un seudo-Parlamento: la llamada Duma de Bulygin. El 6 de agosto el zar anunció el plan en un Manifiesto. La Duma habría

[2] *Ibid.*
[3] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, pp. 71, 79.
[4] *Ibid.*, p. 91.
[5] *Ibid.*, pp. 98-99.

de ser su consejo consultivo, no una legislatura; en la elección, cada estrato social emitiría su voto separadamente; el voto se basaría en la propiedad; y el zar se reservaba el derecho de prorrogar o disolver la Duma. Las clases trabajadoras estaban virtualmente privadas del sufragio. Con todo, el Manifiesto creó cierta confusión en la oposición. Miliukov, el gran historiador, que entonces estaba en vías de asumir la jefatura del liberalismo, acogió favorablemente el Manifiesto y lo describió como el cruce, por parte de la nación, del Rubicón del gobierno constitucional.[6] La disposición del jefe liberal a contentarse con la migaja que le ofrecía el zar movió a Trotsky, que abogaba por el boicot a la Duma, a escribir una "Carta Abierta al Profesor P. N. Miliukov".[7] De todas sus filípicas contra el liberalismo, ésta fue la más incisiva y sutil, y circuló ampliamente en forma semisecreta. "Un Rubicón histórico", escribió Trotsky, "se cruza verdaderamente sólo en el momento en que los recursos materiales del gobierno pasan de las manos del absolutismo a las del pueblo. Tales cosas, Profesor, nunca se logran firmando un pergamino; tienen lugar en la calle y se logran por medio de la lucha". Recordó cómo en la Revolución Francesa los grandes virajes no se produjeron con declaraciones de principios constitucionales sino con verdaderos desplazamientos del Poder. Trajo a colación, además, los acontecimientos en Alemania en 1848; cómo el liberalismo de clase media se había contentado con la promesa de libertad del rey de Prusia; cómo había ayudado al autócrata a derrotar a la revolución; y cómo, a fin de cuentas, al sucumbir la revolución, el autócrata había derrotado y humillado al liberalismo:

> Pero la historia no les enseña nada a los profesores de historia. Los errores y los crímenes del liberalismo son internacionales. Usted está repitiendo lo que sus predecedores hicieron en la misma situación hace medio siglo... Usted teme romper con la Duma porque este espejismo constitucional le parece real en el desierto seco y estéril que el liberalismo ruso viene atravesando hace más de una década. ... Usted, Profesor, no le dirá esto al pueblo. Pero nosotros sí se lo diremos. Y si usted trata de entrar en debate con nosotros, no en los banquetes liberales, sino en presencia de las masas, demostraremos que con nuestro áspero y rudo lenguaje revolucionario podemos ser irrefutablemente convincentes y elocuentes... Si la revolución no retrocede, la burocracia se aferrará a usted como su baluarte; y si usted realmente trata de convertirse en su baluarte, la revolución victoriosa lo echará a usted por la borda ... si, en cambio la revolución es derrotada, entonces el zarismo no tendrá ninguna necesidad del liberalismo. Usted propone no prestar atención a las voces de la derecha

[6] La confusión superó las diferencias partidarias: en desacuerdo con Miliukov, muchos liberales se dispusieron a boicotear la Duma, los mencheviques estuvieron durante algún tiempo contra el boicot, y los bolcheviques lo favorecieron. Véase L. Mártov, *Istoria Ross. Sots. Dem.*, p. 126.

[7] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro, 1, pp. 196-205.

y a las voces de la izquierda... La revolución todavía no ha dicho su última palabra. Con poderosos y amplios movimientos acerca el filo de su cuchillo al cuello del absolutismo. Cuídense los sabelotodos del liberalismo de poner sus manos bajo la reluciente hoja de acero. ¡Cuídense de ello!

El estilo era todo el hombre en esta "Carta Abierta", a un tiempo erudita, retórica e implacable. En su actitud frente al liberalismo, Trotsky no difería de Lenin. Pero Lenin no se inclinaba a enfrascarse en un diálogo ideológico directo con el liberalismo, en tanto que Trotsky sentía la necesidad de una confrontación constante entre el socialismo revolucionario y el liberalismo. Ahora sostuvo ese diálogo, y seguiría sosteniéndolo hasta el final de su vida, no porque hubiera roto menos decisivamente que Lenin con el liberalismo burgués, sino en parte porque estaba más consciente del poder de atracción de éste. Lenin instruía y orientaba a sus seguidores, y en cierto sentido predicaba a los conversos, mientras que Trotsky se dirigía directamente a los portavoces liberales y disecaba y refutaba sus argumentos ante auditorios numerosos e indecisos. El diálogo con el adversario, además, se avenía mejor a su temperamento polémico y su estilo dialéctico. No en vano era la Carta Abierta su forma de expresión predilecta.

Así se dirigió directamente a los auditorios más diversos, hablándole a cada grupo social en su propio lenguaje, con extraordinaria facilidad y *élan*. En sus diatribas contra el liberalismo se volvía hacia la intelectualidad y los obreros avanzados. En su "Carta Abierta a Miliukov" le habló a un público académico. Poco después de su regreso a Rusia escribió proclamas campesinas, que Krasin publicó con la firma del Comité Central. En esas proclamas Trotsky tenía ante sí a una masa primitiva e iletrada de jornaleros agrícolas, como los que recordaba haber conocido en la granja de su padre, una multitud en la que unos cuantos individuos podrían leerles sus palabras en voz alta a los demás. Acuñó sus llamamientos en los términos más sencillos y con el ritmo de una rapsodia popular eslava, con característicos estribillos y evocaciones. Las palabras y el ritmo parecían concebidos como para ser recitados por un semiagitador y semibardo en una aldea. Con todo, les hablaba a los *muzhiks* con la misma lógica y la misma amplitud con que se dirigía a su adversario académico. En toda la literatura revolucionaria escrita para o por los campesinos, hay muy pocos documentos, si alguno existe, que pueda compararse, en cuanto a lo popular del estilo y lo directo de la apelación, con una proclama en la que Trotsky les narraba a los campesinos la matanza de enero en Petersburgo. Describía cómo los obreros habían marchado "pacífica y tranquilamente" hacia el palacio del zar portando las efigies de éste, los iconos y estandartes eclesiásticos:

¿Qué hizo el zar? ¿Cómo les contestó a los trabajadores de Petersburgo? Escuchad, escuchad, campesinos...

Así habló el zar con su pueblo...
Todas las tropas de Petersburgo fueron puestas en pie de guerra... Así se preparó el zar para hablar con sus súbditos...
200,000 trabajadores marcharon al palacio.
Vestían sus mejores ropas de domingo, los viejos de cabellos blancos y los jóvenes; y las mujeres acompañaban a sus maridos. Los padres y las madres llevaban a sus niños de la mano. Así acudió el pueblo ante el zar.
Escuchad, escuchad, campesinos...
Que cada palabra se grabe en vuestros corazones...
Todas las calles y todas las plazas, por donde habrían de marchar los trabajadores, fueron ocupadas por las tropas.
—¡Dejadnos llegar hasta el zar!, suplicaban los trabajadores.
Los viejos se hincaron de rodillas.
Las mujeres suplicaban y los niños suplicaban.
—¡Dejadnos llegar hasta el zar!, suplicaban los trabajadores.
¡Y entonces sucedió!
Los fusiles tronaron... La nieve se enrojeció con la sangre de los trabajadores...
¡Id y decid a todos en qué forma el zar ha tratado a los trabajadores de Petersburgo!...
Recordad, campesinos rusos, cómo cada zar de Rusia ha repetido con orgullo "En mi país, yo soy el primer cortesano y el primer terrateniente"... Los zares de Rusia han convertido a los campesinos en una clase de siervos; han hecho de ellos, como si fueran perros, regalos para sus fieles servidores...
Campesinos: en vuestras reuniones decidles a los soldados, hijos del pueblo que viven del dinero del pueblo que no se atrevan a disparar contra el pueblo.

Así, en palabras sencillas, sin debilitar por un momento su dominio sobre la imaginación del *muzhik*, Trotsky explicaba los fines que su partido perseguía y los medios que habría de emplear; y traducía el extraño término de "revolución" al lenguaje de los campesinos: "Campesinos, que se encienda este fuego por toda Rusia al mismo tiempo y ninguna fuerza será capaz de apagarlo. Ese fuego que cubre a la nación entera se llama revolución".[8]

A los obreros se dirigía en forma diferente. Por ejemplo, cuando éstos no respondieron al llamado del Partido para manifestar el Primero de Mayo: "Os habéis asustado frente a los soldados del zar... Pero no os asusta entregar a vuestros hermanos al ejército del zar para que perezcan en el gran ce-

[8] *Iskra*, núm. 90, 3 de marzo de 1905. *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, pp. 217-224. El manuscrito de esta proclama fue hallado, después de 1917, en los archivos de la gendarmería de Kiev. Había sido capturado durante una incursión en la imprenta de Krasin.

menterio de Manchuria... No salisteis a manifestar ayer, pero lo haréis mañana o pasado mañana",[9] Una pequeña obra maestra de periodismo revolucionario fue un artículo muy breve: "Buenos días, portero de Petersburgo".[10] Trotsky lo escribió unos meses más tarde ese mismo año, después que el zar, en el llamado Manifiesto de Octubre, prometió una Constitución y libertades ciudadanas. Los porteros le habían servido habitualmente a la policía como delatores, pero ahora habían contraído el virus de la revolución. "El portero de Petersburgo despierta de la pesadilla policíaca", escribió Trotsky. "2,500 porteros se han reunido para discutir sus necesidades. Los porteros no quieren seguir siendo instrumentos de la violencia policíaca". Estos habían planteado sus demandas y se habían negado a firmar un mensaje de agradecimiento al zar porque en el Manifiesto de éste "la libertad había sido concedida, pero todavía no había sido demostrada". "Muchos pecados y crímenes", escribió Trotsky, "pesan sobre la conciencia de los porteros de Petersburgo. Más de una vez han maltratado, por órdenes de la policía, a obreros y estudiantes honrados... La policía los ha amedrentado y el pueblo ha llegado a odiarlos. Pero la hora del despertar general ha llegado. El portero de Petersburgo está abriendo los ojos. Buenos días, portero de Petersburgo".

Así les hablaba Trotsky a todas las clases sociales, desde la más encumbrada hasta la más humilde, en el idioma de cada una pero siempre con su propia voz. La Revolución Rusa nunca tuvo, ni volvería a tener, otro portavoz con semejante variedad acento y tono.

Durante su estadía en Kíev, Trotsky pasó de un alojamiento secreto a otro, ocultando precariamente su identidad bajo la máscara del "oficial Arbúsov". El "oficial" tenía un aspecto respetable, y hasta elegante; pero era inusitadamente activo, recibía extraños visitantes con los que se encerraba horas enteras, o se embebía en la lectura de montones de periódicos, libros y manuscritos. Algunos de sus caseros se atemorizaban y él tenía que cambiar de vivienda. Otros le daban albergue con valentía y buen humor. En *Mi vida* cuenta cómo, fingiéndose enfermo encontró asilo en una clínica para enfermos de la vista. El médico director y algunos de sus ayudantes estaban en el secreto. Una enfermera que no sabía la verdad luchaba concienzuda y tiernamente con el extraño paciente, bañándole los pies y lavándole los ojos y vigilándolo para que no leyera y escribiera.

Cuando se trasladó a Petersburgo, Krasin le encontró alojamiento en casa del coronel Littkens, médico mayor de la Escuela de Artillería de Constantino, donde el propio Krasin se reunía secretamente con los miem-

[9] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1. pp. 241-245. Esta proclama, firmada por el Comité Central, fue hallada también en los archivos de la gendarmería de Kiev después de 1917.

[10] *Rússkaya Gazeta,* 15 de noviembre de 1905; *Obras* (ed. rusa), volumen II, libro 1, pp. 300-301.

bros del movimiento clandestino. Los hijos del coronel también eran activistas de la clandestinidad, y el padre era un "simpatizante". En su hogar, Trotsky y Sedova vivieron haciéndose pasar por el matrimonio Vikéntiev, terratenientes, y durante algún tiempo escaparon a la atención de la *Ojrana*. Sedova, sin embargo, fue arrestada durante una manifestación del Primero de Mayo, y el agente provocador infiltrado en la organización clandestina empezó a rastrear a Trotsky. Este se trasladó apresuradamente a Finlandia, que entonces era parte del imperio zarista pero disfrutaba de mucha más libertad que Rusia. Entre los lagos y los pinares de la campiña finlandesa, en un hotel llamado *Rauha* (Descanso), Trotsky meditó, estudió, escribió y se mantuvo en contacto con Krasin, hasta que a mediados de octubre las noticias de una huelga general en Petersburgo le llegaron "como si un furioso huracán se precipitase al cuarto por la ventana abierta". El 14 de octubre, o a más tardar el 15, se encontraba de regreso en la capital de Rusia.

La huelga había comenzado con un movimiento de los tipógrafos por menos horas de trabajo y salarios más altos; luego se propagó rápidamente a otras industrias y de Petersburgo a las provincias, cobrando un carácter marcadamente político y tomando por sorpresa a los dirigentes del movimiento socialista clandestino. Los obreros clamaban por la libertad constitucional al mismo tiempo que por mejores salarios y menos horas de trabajo. Como resultado del desarrollo de la huelga, surgió a la vida una institución nacida de la entraña misma de la Revolución Rusa: el primer Consejo, o Soviet, de Delegados de los Obreros. El Soviet no fue una invención bolchevique. Al contrario, los bolcheviques, encabezados en Petersburgo por Bogdánov y Knuniants-Radin, lo vieron con suspicacia como un rival del Partido. No fue sino hasta la primera semana de noviembre (la tercera según el nuevo calendario), después que el Soviet había alcanzado su máxima fuerza e influencia, cuando Lenin, desde Estocolmo, trató de inducir a sus partidarios a que se acercaran al Soviet en una actitud de mayor cooperación.[11] El núcleo del Soviet lo constituían los huelguistas de cincuenta imprentas, quienes eligieron delegados y les ordenaron que formaran un consejo. Poco después se unieron a ellos delegados de otros oficios. Paradójicamente, la idea misma había sido sugerida, indirecta e involuntariamente, por el zar, quien, después de los sucesos de enero, nombró una comisión encabezada por un tal senador Shidlovsky para que investigara las causas de los disturbios. La comisión ordenó a los obreros que eligieran a sus representantes en las fábricas para que plantearan sus quejas. Los huelguistas de octubre siguieron el precedente. Cuando el Soviet se reunió por primera vez, el 13 de octubre, sólo asistieron los delegados de un distrito

[11] Lenin le escribió una carta en este sentido al periódico bolchevique *Nóvaya Zhizn* (*Nueva Vida*), que salía en Petersburgo, pero la carta no fue publicada: vio la luz por primera vez en *Pravda* treinta y cinco años más tarde, el 5 de noviembre de 1940.

(el del Neva). Hacía falta un estímulo para inducir a otros distritos a unirse al Soviet. Ese estímulo lo proporcionaron los mencheviques, que un día habrían de oponerse enconadamente a la institución que en sus primeros días apadrinaron. Los Soviets ganaron instantáneamente una autoridad extraordinaria. Este fue el primer cuerpo electivo que representó a las clases trabajadoras, privadas hasta entonces del sufragio. Bajo un gobierno que miraba con supremo desdén el principio mismo de la representación popular, la primera institución que encarnaba ese principio tendió moralmente, en seguida, a eclipsar al gobierno existente. El Soviet se convirtió de inmediato en un factor revolucionario de primera magnitud.

Trotsky se presentó por primera vez en el Soviet, reunido en el Instituto Politécnico, el 15 de octubre, cuando regresó de Finlandia, o al día siguiente. Los delegados de varios distritos estaban presentes. Alrededor de 200.000 personas —más o menos el 50% de todos los obreros de la capital— habían participado en la elección. Más adelante, después de nuevas elecciones, el número de delegados aumentó y osciló entre 400 y 500. El Soviet acababa de aprobar la publicación de su propio periódico, *Izvestia* (*Las Noticias*), y negociaba con el consejo municipal la concesión de alojamiento y facilidades para trabajar. En los pasillos y corredores del Instituto Politécnico reinaba una atmósfera de febril agitación: los huelguistas iban y venían, deliberaban y aguardaban instrucciones: un preludio del Soviet de 1917.

Los partidos y grupos socialistas, sin embargo, no estaban de acuerdo todavía en cuanto a su actitud frente al Soviet. Los mencheviques y los social-revolucionarios habían decidido enviar sus representantes inmediatamente. Los bolcheviques se mostraban renuentes a hacer lo mismo y exigían que el Soviet aceptara de antemano la orientación del Partido. Sólo entonces ingresarían. Trostky, invitado por Krasin a una reunión del Comité Central bolchevique, instó a sus miembros a unirse al Soviet sin ninguna condición previa. Ningún partido o grupo, razonó, podía aspirar a la jefatura exclusiva. El soviet debía ser un organismo representativo amplio que incluyera todos los matices de opinión de la clase obrera, pues sólo así podría constituir una dirección unificada en la huelga general y en la situación revolucionaria que pudiera desarrollarse a partir de ésta.

La discusión continuaba aun cuando el 17 de octubre el zar, atemorizado por la huelga general, publicó un Manifiesto en el que prometía una Constitución, libertades ciudadanas y sufragio universal. El Manifiesto fue redactado por el conde Witte, un Primer Ministro semiliberal. La Duma de Bulygin había sido enterrada antes de nacer, y el zar daba la impresión de que renunciaba al absolutismo que era tan antiguo como la dinastía misma. Petersburgo primero se sintió anonadado, y después embargado por el júbilo. Multitudes regocijadas llenaron las calles y leyeron con asombro el Manifiesto. En el gobierno, sin embargo, los adversarios de las reformas seguían gozando de poder efectivo. El general Trépov, Ministro del Interior, dio a la policía la orden de: "¡No escatimar las balas!"; y esta orden fue

reproducida en carteles que se pegaron en las paredes junto al Manifiesto del zar, como un comentario malicioso sobre la "nueva era". Justamente antes de que el zar emitiera su proclama, la policía había hecho numerosas detenciones.

En la mañana del día 17 Trotsky se dirigió con una enorme y excitada multitud al Instituto Politécnico, donde el Soviet había estado reunido los días anteriores. Gendarmes a caballo cargaron sobre la multitud. La proclama de Trépov parecía advertir a todo el mundo que todavía era demasiado temprano para celebrar el triunfo. Con todo, la multitud, constituida principalmente por obreros y ciudadanos de clase media, se entregó al regocijo Los obreros, sin embargo, fueron los héroes del día, pues era su huelga la que había arrancado al zar la promesa de una Constitución y de libertades. Las casas fueron adornadas en un principio con la bandera roja, azul y blanca de la dinastía, pero jóvenes obreros arrancaron las franjas azules y blancas, las tiraron a la calle e izaron las angostas y rasgadas banderas rojas. La manifestación llegó hasta el Instituto Politécnico, pero allí fue detenida por una barrera de policías y gendarmes.

La multitud marchó entonces hacia la Universidad, donde se celebraron varias asambleas. El desfile, cada vez más numeroso y festivo arrastró consigo al joven que tanto había aguardado este momento, que lo había pronosticado y que ahora era presa de recelos y de un impaciente deseo de poner a la multitud en guardia contra el regocijo prematuro. La procesión invadió el patio de la Universidad. Desde un balcón, los oradores arengaban ya a la multitud. Lleno de aprensiones y contagiado por la emoción general, Trotsky se abrió paso entre la enorme y compacta multitud hasta llegar al balcón: ¡aquél era su lugar! Los organizadores de la asamblea lo conocían como el hombre que, bajo el nombre de Yanovsky (el hombre de Yanovka), se había presentado en el Soviet para representar a los mencheviques; algunos lo conocían como el Trotsky de *Iskra*.[12] Recorrió con la mirada aquella masa de humanidad, mayor que todas las que había visto hasta entonces, y con una voz que le pareció extraña y remota a él mismo exclamó: "¡Ciudadanos! Ahora que hemos puesto nuestro pie sobre el cuello de la camarilla gobernante, ésta nos promete libertad".

Se interrumpió, como si pensara en la posibilidad de que el duchazo de agua helada que estaba a punto de dejar caer sobre el entusiasmo de la multitud pudiera congelarla; buscó las palabras que pudieran mostrarle al pueblo que él compartía su regocijo, pero al mismo tiempo lo pusiera en guardia contra su propia credulidad.

"Es al infatigable verdugo que ocupa el trono", continuó, "al que hemos obligado a prometernos libertad. ¡Qué gran triunfo es éste! Pero... no os apresuréis a celebrar la victoria, que todavía no es completa. ¿Pesa tanto un pagaré como el oro puro? ¿Es una promesa de libertad lo mismo que la

[12] *Pérvaya Rússkaya Revolutsia v Peterburgue* 1905, vol. I, p. 63; vol. II, p. 68.

libertad?... Mirad en torno vuestro, ciudadanos. ¿Ha cambiado algo desde ayer? ¿Se han abierto las puertas de nuestras cárceles?... ¿Han regresado nuestros hermanos a sus hogares desde los yermos siberianos?..."

"¡Amnistía! ¡Amnistía!", respondió la multitud. Pero esto no era todavía lo que él quería hacer ver. Continuó para sugerir la siguiente consigna:

"...si el gobierno estuviera realmente resuelto a hacer las paces con el pueblo, habría concedido, en primer lugar, una amnistía. Pero, ciudadanos, ¿es eso todo? Hoy pueden ser puestos en libertad centenares de luchadores políticos, y mañana miles de ellos serán encarcelados... ¿No se ha exhibido acaso la orden de 'No escatimar las balas' junto al manifiesto de libertad...? ¿No es el esbirro Trépov el amo y señor de Petersburgo?"

"¡Abajo Trépov!", gritó la multitud.

"Abajo Trépov, sí!", resumió Trotsky. "Pero, ¿está solo Trépov?... El nos domina por medio del ejército. Su poder y su fuerza están en los guardias, manchados con la sangre del 9 de enero. A ellos les ordena él no escatimar balas para vuestros cuerpos y vuestras cabezas. No podemos vivir y no viviremos bajo los cañones de los fusiles".

La multitud respondió con la demanda de que se evacuaran las tropas de Petersburgo. Entonces el orador, como si se sintiera exasperado por la irrealidad de esta victoria popular y excitado por la reacción infalible de la muchedumbre y por su insospechado dominio sobre ella, concluyó:

"...ciudadanos! Nuestra fuerza está en nosotros mismos. Debemos defender la libertad espada en mano. El Manifiesto del zar, sin embargo..., ¡vedlo!, es sólo un pedazo de papel".

Y con un ademán teatral mostró el Manifiesto ante la muchedumbre y lo estrujó en el puño:

"Hoy nos la han dado y mañana nos la quitarán y la harán pedazos como yo lo estoy haciendo ahora, esta libertad de papel, ante vuestros propios ojos".[13]

Así escuchó por vez primera la capital de Rusia al orador de la revolución.

En ese discurso Trotsky indicó todas las debilidades fatales que habrían de frustrar la revolución. La confianza del zar en sí mismo había sido sacudida, pero no así su enorme aparato del poder. En las fuerzas armadas, especialmente en la Marina, existía un fermento. Pero los cosacos, los guardias y las interminables filas de la infantería formada por campesinos eran presa de la secular tradición de la obediencia ciega. Detrás del ejército se hallaba la Rusia rural, sumida en la apatía y la desesperanza. La revolución era todavía un movimiento puramente urbano. Y aun en las ciudades su triunfo se mezclaba con el temor. Las clases medias y sus dirigentes liberales, que creían ansiosamente en la promesa de libertad del zar y se resistían a pensar que le debían esa promesa a la huelga general de los trabajadores, estaban

13. L. Trotsky, *Die Russische Revolution 1905*, pp. 93-96.

ansiosos por frenar la revolución. Se sentían acosados por el espectro de la "anarquía" plebeya y por el temor de que, si la revolución continuaba, el zar prestaría oídos a sus consejeros, que favorecían la represión y no la concesión. "Si no ponéis fin a la lucha", argumentaban los liberales frente a los socialistas, "nuestra libertad recién conquistada resultará ilusoria". "Pero esa libertad *es* ilusoria", replicaban los socialistas. A la clase obrera el Manifiesto de Octubre le dio una sensación de fuerza más que de victoria, y creó en ella una impaciencia por utilizar esa fuerza para nuevos asaltos. Cada clase proponía diferentes metas para el movimiento. Las clases medias esperaban ganar lo más posible con una monarquía constitucional. Los obreros eran republicanos. Las primeras no deseaban nada más que libertad política. Los segundos planteaban además demandas sociales, dirigidas más contra las clases medias que contra el zarismo.

El fervor de la clase obrera, ardiente e impulsivo, superaba incluso al de los dirigentes socialistas. Estos contaban sus filas, hacían planes y formulaban itinerarios de acción. Esperaban que la lucha habría de alcanzar su clímax el 9 de enero de 1906, aniversario de la marcha sobre el Palacio de Invierno.[14] Pero todas las fases y fechas se vieron inesperadamente adelantadas por el impetuoso estado de ánimo de las masas, fácilmente inflamadas por las provocaciones y empujadas a la acción precipitada. Con todo, la inermidad de las masas era tan grande como la confianza que tenía en sus propias fuerzas, y el resultado sólo podía ser desastroso. La clase obrera estaba desarmada, y no podía obtener armas en cantidades suficientes hasta que el propio ejército se rebelara. Aun en condiciones ideales para una revolución, hace falta tiempo para que la actitud de rebelión prevaleciente llegue hasta los cuarteles. La actitud del ejército ruso dependía de la actitud del campesinado. Y no fue sino en 1906 cuando la Rusia rural empezó a inquietarse seriamente. Para entonces la revolución en las ciudades se había reducido a cenizas; y había sido apagada precisamente por los hijos uniformados de los campesinos, quienes, si el movimiento urbano hubiese sido menos precipitado, tal vez se habrían unido a él. La revolución dilapidó sus reservas de manera fragmentaria. La clase obrera carecía de experiencia insurreccional. Los partidos socialistas eran demasiado débiles para frenar la impaciencia de los trabajadores. Y el hecho fundamental detrás de todo ello era que el viejo orden no se hallaba todavía totalmente agotado; aún era capaz de dividir a las fuerzas que podrían haber convergido para su destrucción.

El Soviet de Petersburgo, eje de esta revolución condenada al fracaso,

[14] En su carta desde Estocolmo que ya hemos citado y que permaneció inédita hasta que *Pravda* la publicó en 1940, Lenin escribió: "Que en el aniversario del gran día del 9 de enero no quede en Rusia ni un vestigio de las instituciones del zarismo". Lenin *Obras*, (ed. rusa), vol. X, p. 11. Otros no contaban con resultados tan rápidos y radicales. En otra ocasión Lenin escribió que convendría posponer la insurrección hasta la primavera de 1906. (*Ibid.*, vol. XXXIV, p. 311).

se encontró desde el primer momento en el centro de todas las corrientes encontradas y se vio desgarrado constantemente entre el arrojo y la cautela, entre el ardor volcánico del medio ambiente y su propio discernimiento político. El Soviet eligió su Comité Ejecutivo el 17 de octubre. En ese Ejecutivo participaban, entre otros, tres representantes bolcheviques, tres mencheviques y tres social-revolucionarios. Los principales portavoces bolcheviques eran Knuniants-Radin y Sverchkov, (Sverchkov escribió posteriormente una historia del Soviet). Trotsky era el principal representante menchevique, aun cuando en el extranjero se había separado del grupo. En el ínterin había logrado arrastrar a la organización menchevique de Petersburgo y volverla contra los dirigentes emigrados.[15] En esa labor tuvo la ayuda de Zlydniov, un obrero que había venido a Petersburgo desde Nikoláiev y que anteriormente, ese mismo año, había representado a sus compañeros en la comisión del senador Shidlovsky. Por iniciativa de Trotsky, los comités bolcheviques y mencheviques en Petersburgo formaron un Consejo Federativo que habrá de preparar la reunificación de los dos grupos y, mientras tanto, coordinaba sus actividades en el Soviet.[16] Los social-revolucionarios estaban encabezados por Avkséntiev, quien en 1917, como Ministro del Interior en el régimen de Kerensky, ordenaría el encarcelamiento de Trotsky. En 1905, sin embargo, los tres partidos cooperaron armoniosamente. Ninguno intentó imponer su voluntad a los otros, y todos convinieron en elegir como Presidente del Soviet a Jrustaliov-Nosar, un abogado que estaba al margen de los partidos y se había ganado la confianza de los obreros al litigar por ellos en los conflictos laborales.[17] Ante el mundo exterior, Jrustaliov-Nosar representaba al Soviet y ganó gran celebridad. La línea política del Soviet, sin embargo, era formulada por los partidos, principalmente por los socialdemócratas; y el papel de Jrustaliov en la revolución fue episódico. Políticamente, Trotsky, como lo atestiguan las actas y las memorias de los participantes, fue la fuerza impulsora del Soviet. En las ocasiones importantes hablaba tanto en nombre de los bolcheviques como de los mencheviques y de todo el Soviet. Redactó la mayor parte de los manifiestos y resoluciones del Soviet y dirigió su órgano, *Izvestia*. Tras bastidores se desenvolvía una rivalidad silenciosa entre el presidente formal del Soviet y el espíritu rector de éste.[18]

[15] L. Mártov, *Istoria Russ. Sots. Dem.*, pp. 141-142.

[16] El acuerdo fue publicado, con la firma de Trotsky, en *Izvestia*, núm. 2. Véase también Mártov, *loc. cit.*

[17] Jrustaliov-Nosar, sin embargo, se unió más tarde a los socialdemócratas (mencheviques).

[18] La leyenda de Jrustaliov-Nosar fue cruelmente destruida cuando, hallándose en el exilio, fue arrestado por la policía francesa y acusado de delitos financieros. En 1917 se presentó en el Soviet de Petrogrado para exigir admisión en su calidad de antiguo Presidente, pero fue rechazado con desdén. Durante la guerra civil en 1918-19 surgió como jefe de una pequeña república, la llamada república de Jrustaliov en una de las provincias del sur de Rusia, y poco después fue muerto. Sobre

El 19 de octubre, dos días después que el zar promulgó su Manifiesto, Trotsky exhortó al Soviet a decretar el cese de la huelga general. La continuación de ésta no ofrecía perspectivas de nuevos éxitos y podría llevar a un mayor derramamiento de sangre. El Soviet aprobó la proposición por unanimidad, y el 21 de octubre la huelga tocó a su fin. El Soviet anunció entonces que un sepelio solemne de los obreros que habían sido muertos durante la huelga tendría lugar el 23 de octubre. El 22 se supo que el general Trépov tenía preparada a la gendarmería para reprimir la manifestación y que la *Ojrana* planeaba un pogromo de judíos. Esa misma noche Trotsky se presentó ante el Soviet para argumentar en favor de la cancelación del sepelio. "El Soviet declara [decía una moción sometida por él] que el proletariado de Petersburgo no le dará al gobierno zarista la última batalla en una fecha elegida por Trépov, sino cuando así le convenga al proletariado armado y organizado".[19] El Soviet se tragó su orgullo y canceló el sepelio de sus mártires. En esta humillación había un elemento de angustia: ¿podría el proletariado presentar batalla en la fecha elegida por él mismo con tal que se hubiese armado y organizado? ¿Y cómo habría de armarse? Ese mismo día el Soviet resolvió organizar grupos de choque, cuya tarea inmediata fue la de impedir el pogromo. Más tarde, durante el proceso contra el Soviet, se presentó evidencia irrefutable de que el pogromo efectivamente había sido planeado y que sólo la acción del Soviet lo había frustrado. Pero los grupos de choque, incluso el que protegía al Soviet, estaban armados a lo sumo con revólveres, y en la mayoría de los casos con garrotes y pedazos de hierro. Este llamamiento a las armas hubo de ser, sin embargo, una de las acusaciones principales en el enjuiciamiento del Soviet.[20]

El Soviet, sin embargo, mantuvo una vigorosa iniciativa política. El Manifiesto de Octubre había prometido libertad de prensa; pero el Primer Ministro seudoliberal, Witte, ordenó que la censura funcionara igual que antes. Como respuesta, los cajistas y los prensistas, alentados por el Soviet, declararon que no formarían ni imprimirían periódicos y libros sometidos a los censores y así imponiendo su voluntad al gobierno, a los editores y a los escritores, hicieron posible para Rusia, por vez primera, el disfrute de una prensa libre. A continuación se elevó un clamor en favor de la jornada de ocho horas, y bajo los auspicios del Soviet los propios trabajadores empezaron a ponerla en vigor en los centros de trabajo. A fines de octubre el gobierno decretó un estado de sitio en Polonia, y el Petersburgo revolucionario se sintió ultrajado en sus sentimientos. El 1º de noviembre el Soviet organizó una recepción solemne para los "delegados de la Polonia oprimida".

las controversias de Jrustaliov con Trotsky, véase L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. VIII, pp. 190-197, y vol. II, libro 1, pp. 110-111, 508-509; N. Sujánov, *Zapiski o Revolutsii*, vol. I, pp. 126, 129.

[19] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, p. 284.

[20] Véase el Capítulo VI, y Sverchkov, *Na Zarié Revolutsii*, p. 200.

La asamblea se enteró con desconcierto de que los hombres que venían a hablar en nombre de Polonia eran el conde Zamojski, el conde Krasinski, el príncipe Lubomirski, unos cuantos sacerdotes católicos y comerciantes, y sólo un campesino y un obrero. Ello no obstante, Trotsky dio una cálida bienvenida a la delegación y proclamó solemnemente el derecho de Polonia a decidir su propio destino. El Soviet llamó a una nueva huelga general en solidaridad con Polonia. El gobierno anunció al mismo tiempo que los marinos de Kronstadt que habían participado en la huelga de octubre serían juzgados por un tribunal de guerra, y el clamor por la liberación de los marinos se unió al grito en favor de la libertad de Polonia.[21]

Un estado de ánimo tan generoso y heroico no estuvo exento de cierto humor agresivo. El Primer Ministro Witte hizo público un llamamiento a los huelguistas: "*Hermanos trabajadores*: escuchad el consejo de un hombre que está animado de buenos deseos para todos vosotros". El llamamiento fue transmitido al Soviet en una sesión tormentosa y Trotsky propuso la siguiente respuesta inmediata: [22]

> "Los proletarios no son parientes del conde Witte... el conde Witte nos exhorta a tener compasión de nuestras esposas e hijos. El Soviet... exhorta... a los trabajadores a contar y ver cómo ha crecido el número de viudas y huérfanos en la clase obrera desde el día en que Witte asumió su cargo. El conde Witte habla de las generosas consideraciones del zar para con el pueblo trabajador. El Soviet recuerda... el Domingo Rojo del 9 de enero. El conde Witte nos suplica que le demos 'tiempo' y promete hacer 'todo lo posible'... El Soviet sabe que Witte ya ha encontrado tiempo para entregar a Polonia a los esbirros militares, y el Soviet no abriga dudas de que hará 'todo lo posible' para estrangular al proletariado revolucionario. El conde Witte... tiene buenos deseos para nosotros. El Soviet declara que no necesita los buenos deseos de los servidores del zar. Exige representación popular sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto.[23]

Los liberales en sus gabinetes, los estudiantes y profesores en sus aulas y los trabajadores en sus expendios de té rieron a carcajadas, y según se dice, el propio Witte sufrió un ataque de nervios cuando leyó la respuesta del Soviet.[24]

[21] El discurso de bienvenida de Trotsky a los polacos apareció en *Izvestia*, núm. 5 (3 de noviembre).

[22] Sverchkov relata que el Soviet lo había comisionado a él para que redactara la respuesta, pero como no se le ocurría nada, le pidió a Trotsky, que acababa de llegar, que la escribiera. Trotsky preparó la respuesta al instante y la leyó entre el aplauso general. Sverchkov, *Na Zarié Revolutsii*, p. 28.

[23] L. Trotsky, *Obras* (ed rusa), vol. II, libro 1, p. 287.

[24] De que Trotsky no trató injustamente al conde Witte, da pruebas Miliukov. En esos mismos días Miliukov visitó a Witte y expresó su opinión de que el zar

El 5 de noviembre Trotsky, hablando en el Soviet a nombre de todo el Comité Ejecutivo, propuso poner término a la segunda huelga general. El gobierno acababa de anunciar que los marinos de Kronstadt serían juzgados por tribunales militares ordinarios, no por tribunales de guerra. El Soviet podía replegarse, no con una victoria, en verdad, pero sí con honor. De todos modos, se trataba de un repliegue, especialmente en vista de que los obreros en las provincias iban dando muestras de fatiga. "Los acontecimientos trabajan a nuestro favor y no tenemos necesidad de forzar su desarrollo", dijo Trotsky. "Debemos prolongar lo más posible el período de preparación para la acción, tal vez un mes o dos, hasta que podamos presentarnos como un ejército tan compacto y organizado como sea posible". Una huelga general no podía sostenerse indefinidamente. Su secuela debía ser la insurrección, pero el Soviet aún no estaba listo para tal cosa. Un día, cuando los ferroviarios y los trabajadores de correos y telégrafos se unieran al movimiento, "podrían unificar con el acero de los rieles y los alambres del telégrafo, todos los baluartes revolucionarios del país. Esto nos permitiría, cuando fuera necesario, poner en pie a toda Rusia en un término de veinticuatro horas".

Aun mientras trataba de controlar el rugiente elemento de la rebelión, Trotsky se presentaba ante el Soviet como la personificación del desafío, apasionado y sombrío. En aquellos días narró una conversación que había sostenido con un prominente liberal que le aconsejaba moderación:

> Le recordé un incidente de la Revolución Francesa, cuando la Convención votó que "el pueblo francés no parlamentará con el enemigo en su propio territorio". Uno de los miembros de la Convención interrumpió: "¿Habéis firmado un pacto con la victoria?". Y le respondieron: "No, hemos firmado un pacto con la muerte". Camaradas, cuando la burguesía liberal, como si hiciera alarde de su traición, nos dice: "Estáis solos ¿Creéis que podéis seguir luchando sin nosotros? ¿Habéis firmado un pacto con la victoria?", nosotros le lanzamos nuestra respuesta a la cara: "No, hemos firmado un pacto con la muerte".[25]

Unos cuantos días más tarde tuvo que volver a recordarle al Soviet su propia debilidad e instarlo a que suspendiera la aplicación de la jornada de ocho horas, pues los patronos habían replicado dejando sin trabajo a más de 100,000 obreros. El Soviet se dividió, y una minoría exigió la huelga

debía promulgar una Constitución inmediatamente, sin esperar por la Duma. Witte le contestó que el zar no quería ninguna Constitución y que el Manifiesto de Octubre había sido publicado en un "arranque". El propio Witte tampoco quería una Constitución; sólo le interesaba el constitucionalismo simulado. Miliukov, *Istoria Vtoroi Rússkoi Revolutsii*, vol. I, libro 1, pp. 18-19.

[25] El discurso apareció en *Izvestia*, núm. 7, 7 de noviembre de 1905; *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, pp. 290-293.

general; pero Trotsky, apoyado por los obreros metalúrgicos, ganó la mayoría. Estas señales de debilidad se estaban haciendo demasiado frecuentes, pero el impulso popular hacia la acción las hacía inevitables. Lo que resultaba sorprendente era que la debilidad del Soviet no se revelara con resultados más desastrosos, especialmente en vista de que el principal inspirador del Soviet era un joven que nunca había encabezado ni participado en un movimiento de masas de cualquiera magnitud. Cuando se consideran todas las desventajas contra las que tuvo que luchar esta revolución, las tácticas del Soviet, concebidas para hostigar al enemigo sin empeñarse en una batalla general con él, parecen casi impecables; y sus resultados, la autoridad sin mengua mantenida por el Soviet y las concesiones que logró arrancar, deben reconocerse como triunfos impresionantes. No fue sino veinte años más tarde, durante la lucha entre Stalin y Trotsky, cuando a éste se le echó en cara su "moderación" en 1905. Durante esos cuatro lustros nunca se escuchó tal reproche, y los bolcheviques presentaron el historial del Soviet como un capítulo glorioso en los anales de la revolución.[26] Los bolcheviques nunca le propusieron al Soviet una línea de conducta diferente, ni siquiera como simple sugestión. En la literatura política sobre el tema, el fracaso de la revolución de 1905 se atribuyó a los lineamientos "objetivos" generales en el país, nunca los errores de algún dirigente, mucho menos de Trotsky.[27]

El Soviet se había convertido en el foco principal de la revolución con tal rapidez, que los grupos y facciones ni siquiera tenían tiempo para ponderar su importancia o para adaptarse ellos mismos a la nueva institución. A mediados de noviembre todos los jefes partidarios habían regresado por fin de Europa occidental, y observaron con asombro y sorpresa aquel foro que tanto se asemejaba a una Convención rusa. Pero el aspecto de emigrados de todos ellos era demasiado marcado para que pudieran hacerse de una posición dentro del Soviet. Fue Trotsky quien, en nombre del proletariado de Petersburgo, rindió un homenaje en el Soviet al martirio y el heroísmo de los veteranos del exilio.[28] Cuando a principios del año se despidió de los emigrados para regresar a Rusia, éstos todavía lo trataban con la mezcla de admiración y condescendencia que suele dispensársele al niño prodigio.

[26] Los bolcheviques, sin embargo, cultivaron con sentimientos más cálidos el recuerdo del levantamiento de Moscú en diciembre de 1905, encabezado por miembros de su grupo.

[27] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXIII, pp. 228-246; *Pérvaya Rússkaya Revolutsia v Peterburgue* 1905, vols. I y II. En el siguiente Congreso del Partido no se manifestaron diferencias respecto a las tácticas del Soviet. Véase *Piatyi Syezd RSDRP*, y Sverchkov, *op. cit.* No fue sino hasta 1926 cuando los historiadores del Partido (Liadov y Pokrovsky) empezaron gradualmente a "revisar" esta actitud, hasta que la *Historia del P.C.U.S.* de Stalin afirmó categóricamente que, bajo la influencia de Trotsky y otros mencheviques, el Soviet estuvo "contra los preparativos para un levantamiento".

[28] Véanse las memorias de F. Mijailov en *Pérvaya Rússkaya Revolutsia v Peterburgue* 1905, vol. I, p. 128; L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, capítulo "1905".

Ahora lo vieron con nuevo respeto, observaron su actitud dominante en la tribuna y leyeron en los rostros duros y graves de los delegados obreros la autoridad y la devoción que se había ganado. Lunacharsky recuerda que cuando Lenin, después de su regreso el 8 o el 10 de noviembre, se enteró de que "el hombre fuerte en el Soviet es Trotsky", su semblante se ensombreció un poco, pero dijo: "Bueno, Trotsky se ha ganado eso con su trabajo excelente e infatigable". Su semblante se ensombreció, pues los ofensivos epítetos que Trotsky le había endilgado deben de haber pasado por su mente. Los epítetos habían dolido: poco antes, Lenin había atacado precisamente a Parvus por su asociación con Trotsky, a quien llamó "campana hueca", "hablador" y "Balalaikin".[29] Con todo, ahora reconoció con justicia los méritos y los logros de Trotsky.

Había además otra razón que parecía reivindicar a Trotsky frente a sus antiguos adversarios. Tanto Lenin como Mártov admitían ahora que sus apasionadas controversias habían sido meras tormentas en sendos vasos de agua del exilio. Las disputas sobre las prerrogativas del Comité Central y las condiciones de afiliación se habían referido al tipo de organización clandestina. El Partido, mientras tanto, había salido de la clandestinidad y realizaba sus actividades a la luz del día. Por primera vez sus miembros podían votar y elegir sus organismos dirigentes sin temor a la *Ojrana*. Lenin, no menos que Mártov, deseaba que los comités fueran elegidos desde abajo y no nombrados desde arriba.[30] Los mencheviques, por su parte, sintieron tambalearse su creencia en la misión revolucionaria de la clase media, creencia que resultaba difícil de conciliar con los hechos. La militancia menchevique en Petersburgo había quedado tan claramente bajo la influencia del radicalismo de Trotsky, que los dirigentes emigrados tenían que tolerar la situación. Todas las diferencias, pues, parecieron haberse desvanecido; y antes de que el año terminara la reunificación de las dos facciones, completa con la fusión de sus Comités Centrales, estaba en vías de realizarse. Los fanáticos del cisma, por lo visto, se habían equivocado, y el predicador de la unidad había tenido razón.[31]

La fuerza de la personalidad y las ideas de Trotsky se dejaba sentir en aquellos días mucho más allá del Soviet y de los partidos socialistas. En 1906, cuando la revolución se hallaba ya en retirada, Miliukov se defendió de los ataques de la derecha en la siguiente forma: "Quienes ahora acusan a nuestro partido [el Demócrata Constitucional] de que entonces no protestó . . . contra las ilusiones revolucionarias del trotskismo . . . sencillamente no entienden o no recuerdan el estado de ánimo que entonces prevalecía en el público democrático en las asambleas". Aquellos que en 1905 hubie-

[29] Balalaikin: personaje satírico de Saltikov-Shchedrín, parlanchín calculador y pagado de sí, y abogado. Así pagó Lenin, en la misma moneda, el epíteto de "abogado chapucero" que Trotsky le había endilgado.

[30] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. X, pp. 12-21.

[31] L. Mártov, *Istoria Russ. Sots. Dem.*, pp. 141-151.

sen tratado de protestar contra las "ilusiones del trotskismo", dijo Miliukov, no habrían hecho más que desprestigiarse.[32] Esto es tanto más significativo cuanto que el "público democrático" que tenía en mente Miliukov, profesionales y comerciantes politizados, no se hallaban directamente dentro de la órbita de la actividad de Trotsky. Sólo en muy contadas ocasiones salió éste del Soviet plebeyo para comparecer ante un público burgués, y aun en esas ocasiones lo hizo como emisario del Soviet. En su crónica de 1905 Trotsky relata cómo, durante la huelga de noviembre, se presentó en casa de la baronesa Uexküll von Hildebrandt para asistir a una importante reunión política. "El mayordomo esperó por mi tarjeta de visita, pero, pobre de mí, ¿qué tarjeta de visita podía presentar un hombre que vivía bajo un nombre falso?... En el salón de recepción apareció primero un estudiante, después un conferenciante radical, después el director de un periódico 'sólido', y por último la propia baronesa. Todos ellos evidentemente esperaban encontrarse con una personalidad más impresionante, salida 'de entre los obreros' ". Incidentalmente, en aquel año turbulento Trotsky tenía un aspecto tan burgués y vestía tan impecablemente que algunos de sus amigos socialistas se sentían molestos.[33] En todo caso, las personas reunidas en casa de la baronesa se vieron privadas de la emoción de codearse con un rudo demagogo revolucionario. "Mencioné mi nombre y me hicieron pasar amablemente. Al retirar el cortinaje, vi una reunión de sesenta o setenta personas... a un lado del pasillo, treinta militares de alto rango, entre ellos algunos resplandecientes oficiales de la Guardia; al otro lado se sentaban las señoras. En primer plano había un grupo de levitas negras", las lumbreras del liberalismo. Piotr Struve, el ex-marxista, exhortaba en esos momentos a los oficiales de la Guardia a que defendieran el Manifiesto de Octubre del zar contra los ataques de la derecha y de la izquierda; y, mientras escuchaba a Struve, Trotsky recordó las palabras escritas por éste hacía apenas siete años: "Mientras más hacia el este avanzamos en Europa, más servil, cobarde y mezquina es la conducta política de la burguesía". Entonces le tocó a Trotsky dirigirse a los oficiales. Les dijo que la clase obrera, y con ella la libertad misma, estaba desarmada. Ellos, los oficiales, tenían las llaves de los arsenales de la nación. Era su deber, en el momento decisivo, entregar esas llaves a quienes por derecho pertenecían, al pueblo.[34] El hecho de que oficiales de alto rango de la Guardia escucharan siquiera tales palabras era una muestra de la inestabilidad política prevaleciente. Ello no obstante, la exhortación de Trotsky debe haberles parecido una broma desesperada. La pirámide del zarismo podía ser destruida, si ello fuera posible, desde su base y no desde su cúspide.

De las asambleas, Trotsky pasaba apresuradamente a sus escritorios en

[32] P. Miliukov, *Kak Proshli Vuibory vo Vtoruyu Gos. Dumu*, pp. 91-92.
[33] A. Lunacharsky, *Revolutsionnie Silueti*; A. Ziv. *op. cit.*, pp. 50-52.
[34] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 2, p. 73.

las oficinas de redacción, pues dirigía y codirigía tres periódicos. El *Izvestia* del Soviet aparecía a intervalos irregulares y era producido con ingenua valentía. Cada número era compuesto en la imprenta de otro periódico de extrema derecha, requisada para tal fin por un grupo de choque del Soviet. Además, Trotsky logró, con la ayuda de Parvus, que se había establecido en Petersburgo, obtener el control del diario liberal *Rússkaya Gazeta* (*La Gaceta Rusa*), que transformó en un órgano popular del socialismo militante. Poco después fundó, con Parvus y Mártov, un diario de gran circulación: *Nachalo* (*El Comienzo*), que nominalmente era el portavoz del menchevismo. En realidad, *Nachalo* era primordialmente el periódico de Trotsky, pues él le había dictado sus condiciones a los mencheviques: el periódico defendería la "revolución permanente" por la que abogaban él y Parvus y no transigiría con los demócratas constitucionales (liberales). "Tendremos que aceptar", le escribió Mártov a Axelrod, "la propaganda de una idea bastante peligrosa, sin ninguna crítica por nuestra parte".[35] En la lista de colaboradores del diario figuraban los grandes nombres del socialismo europeo: Victor Adler, August Babel, Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Klara Zetkin; y Trotsky pudo gozar la dulce venganza de abrir las columnas de *Nachalo* a Plejánov, que apenas un año antes había considerado "moralmente repugnante" colaborar junto con Trotsky en *Iskra*. Los periódicos de Trotsky tenían mucho más éxito que el *Nóvaya Zhizn* bolchevique, dirigido por Lenin, Gorki, Lunacharsky y Bogdánov. Esto no puede sorprender a nadie que revise las colecciones de los periódicos y los compare: los diarios de Trotsky tenían mucho más brío y fuerza de expresión.[36] Pese a toda su rivalidad periodística, los diarios se apoyaban entre sí políticamente y respaldaban en forma conjunta al Soviet.

Este florecimiento de la libertad plebeya, con el Soviet, los partidos y la prensa socialistas laborando abiertamente, no hubo de durar mucho. El gobierno logró aplastar revueltas esporádicas en el ejército. La clase obrera empezó a sucumbir en parte al agotamiento y en parte a dejarse arrastrar por las ansias de empuñar las armas. El conde Witte restableció la censura de la prensa. El Soviet se resistió. "¡Defended la palabra libre!", clamó Trotsky. "Para los obreros la palabra libre es pan y aire. El gobierno le teme como se le teme a un cuchillo afilado".[37] El siguiente golpe cayó sobre el propio Soviet. El 22 de noviembre, Jrustaliov y otros cuantos diri-

[35] *Pisma Axelroda i Mártova*, pp. 145-146.

[36] El propio Lenin reconoció esto más tarde. En mayo de 1917, aun antes de que Trotsky se uniera al Partido bolchevique, Lenin propuso que éste fuera nombrado redactor en jefe del diario popular bolchevique, y recordó la excelente calidad de la *Gaceta Rusa* que Trotsky había dirigido en 1905. La proposición de Lenin, sin embargo, fue rechazada. *Krásnaya Létopis*, núm. 3 (14), 1923.

[37] *Rússkaya Gazeta*, 17 de noviembre de 1905; L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 2, pp. 301-303.

gentes fueron arrestados. El gobierno esperó ver qué hacía el Soviet. Una vez más el Soviet se vio frente al dilema habitual. Los social-revolucionarios propusieron que se tomaran represalias contra los ministros del zar. Otros preferían contestar con una huelga general. Los social-demócratas se oponían, por principio, a las represalias terroristas, y eran contrarios a llamar a otra huelga general. Una vez más le tocó al exuberante Trotsky abogar en favor de la serenidad y de una nueva posposición del enfrentamiento final. Sometió una moción en la que proponía que "el Soviet de Delegados de los Obreros elija provisionalmente un nuevo Presidente y continúe preparándose para un levantamiento armado". El Soviet aceptó la recomendación de Trotsky y eligió un Presidium de tres miembros compuesto por Yanovsky (el nombre falso de Trotsky), Svechkov y Zlydniov. Los preparativos para el levantamiento que Trotsky mencionaba habían sido hasta entonces menos que rudimentarios: dos delegados habían sido enviados a establecer contactos con los Soviets provinciales. La insurrección carecía de tendones. El gobierno estaba resuelto a no dar tiempo al Soviet para adelantar sus preparativos, y no tardó en apostar un destacamento de policías a la entrada de la Sociedad Libre de Economía, donde el Soviet celebraba sus sesiones.

Era claro que los días del Soviet estaban contados, y de ese momento en adelante su actividad tuvo un carácter principalmente demostrativo, dirigido a familiarizar al pueblo con los principios y los métodos de la revolución. Cuando Trotsky le propuso al Soviet el cese de la aplicación de la jornada de ocho horas, declaró: "No hemos conquistado la jornada de ocho horas para la clase obrera, pero hemos conquistado a la clase obrera para la jornada de ocho horas". Y, en verdad, poco tiempo antes la demanda de la jornada de ocho horas le había parecido irreal al obrero ruso y aun al de Europa occidental. Pero desde ahora hasta 1917, esa demanda habría de encabezar la lista de reivindicaciones de los obreros rusos. De manera similar, el destino de Trotsky en 1905 no consistió en ganar una insurrección proletaria, sino en ganar al proletariado para la insurrección. En todo momento explicó por qué una huelga general, en la que algunos ponían sus esperanzas para el milagroso derrocamiento del zarismo, no podía lograr ningún cambio fundamental a menos que desembocara en la insurrección; y a continuación explicó lo que hacía falta para asegurar el triunfo de la insurrección. Esta lección le daría aun desde el banquillo de los acusados, y los acontecimientos de los meses y años subsiguientes habrían de ayudar a que el pueblo la entendiera. Quienes conciben una revolución como una conspiración ingeniosamente preparada y no ven detrás de ella la prolongada y lenta acumulación de agravios, experiencias e ideas tácticas en la mente del pueblo, podrán desdeñar tal pedagogía revolucionaria; podrán considerar las resoluciones insurreccionales del Soviet como amenazas huecas, y no fueron otra cosa si se juzgan a la luz de sus resultados inmediatos. Pero la prueba del método del

Soviet y de Trotsky pertenecía al futuro. La revolución de febrero de 1917 llevaría a la práctica la idea heredada de 1905. Su primer acto habría de ser una combinación de huelga general e insurrección armada, llevada al triunfo por los mismos obreros de Petersburgo a los que Trotsky se había dirigido en 1905, y por sus hijos.

El último gesto del Soviet fue la proclamación de un boicot económico contra el zar. El Soviet llamó al pueblo a suspender el pago de los impuestos, a aceptar sólo monedas de oro y no billetes, y a retirar los depósitos de los bancos.[38] El "Manifiesto Económico", redactado por Parvus, denunciaba la corrupción del régimen, la bancarrota de sus finanzas, sus estados de cuenta falsificados y, sobre todo, su carácter no representativo. "El temor al control popular, que expondría ante el mundo entero la insolvencia del gobierno, mueve al régimen a descartar la convocatoria de una representación popular... La autocracia no ha tenido jamás la confianza del pueblo, ni ha recibido de éste mandato alguno. En la actualidad el gobierno impera sobre su propio país como sobre un territorio conquistado". El Manifiesto declaraba que el pueblo ruso no pagaría las deudas del zar, advertencia ésta que el gobierno soviético recordaría un día a los acreedores europeos del zar. Los argumentos morales y políticos del Manifiesto parecían convincentes; sin embargo, como acto de política práctica, el boicot sólo sirvió para precipitar el choque que el Soviet había deseado posponer. Ambos bandos vieron en él, y no sin razón, un sustituto de la insurrección. El Soviet recurrió al boicot precisamente porque era incapaz de la acción armada. "Hay sólo una salida... una manera de derrocar al gobierno: negarlo... negarle sus ingresos", declaraba el Manifiesto, contradiciendo obviamente la idea, expuesta con tanta frecuencia, de que la "única manera" de derrocar al zarismo era por medio de un levantamiento armado. El gobierno, por su parte, tal vez habría resentido una huelga de contribuyentes tanto como una insurrección, y tuvo que actuar instantáneamente.[39]

En la tarde del 3 de diciembre, Trotsky presidió una reunión del Comité Ejecutivo que debía preparar el temario para una sesión plenaria del Soviet que estaba a punto de iniciarse. Informó sobre los últimos movimientos del gobierno: los gobernadores de las provincias habían sido autorizados a declarar el estado de sitio, y en algunos lugares ya lo habían hecho; los

[38] La iniciativa de este boicot no provino del Soviet, sino de la más moderada Asociación de Campesinos de Toda Rusia, con la que el Soviet cooperaba estrechamente. El "Manifiesto Económico" fue firmado por el Soviet, la Asociación de Campesinos de Toda Rusia, ambas facciones del Partido Socialdemócrata, el Partido Social-Revolucionario y el Partido Socialista Polaco (P.P.S.).

[39] Siete meses después, cuando, después de la derrota de los socialistas, el zar decidió saldar cuentas con los liberales y disolvió la segunda Duma, en la que predominaban los liberales, éstos pidieron, en su famoso Manifiesto de Viborg, un boicot económico. Lo hicieron casi en los mismos términos en que el Soviet había proclamado su boicot, e igualmente en vano. El Manifiesto de Viborg también exhortaba al pueblo a negarle reclutas al ejército del zar.

huelguistas habían sido amenazados con graves sanciones; los periódicos que publicaron el "Manifiesto Económico" habían sido clausurados; y el Ministro del Interior se disponía a poner en vigor nuevamente la prohibición que pesaba sobre los partidos socialistas y a encarcelar a sus dirigentes. Esta vez, tanto los mencheviques como los bolcheviques propusieron una huelga general. En mitad de la discusión llegó la noticia de que era inminente un incursión policíaca en la sede del Soviet. El Ejecutivo decidió continuar la sesión, no sin antes hacer salir a unos cuantos miembros que, en caso de que el Soviet fuera encarcelado, continuarían actuando en su representación. Los elegidos para retirarse salieron para regresar en seguida: el edificio ya estaba rodeado por los guardias, cosacos, gendarmes y policías. El Ejecutivo decidió entonces por unanimidad mantenerse firme pero sin ofrecer resistencia armada en circunstancias tan desfavorables, y continuó deliberando. El ruido de botas y de sables se dejó sentir más cerca. Desde el salón en la planta baja, donde los delegados se habían reunido para la sesión plenaria, llegaron airadas voces de protesta. Desde un balcón, Trotsky les gritó a los delegados: "¡Camaradas, no presentéis resistencia! ¡Declaramos de antemano que sólo un agente provocador o un policía hará un disparo aquí!". Ordenó a los delegados que inutilizaran sus pistolas antes de entregarlas a la policía, y volvió a ocupar su lugar en la mesa de conferencias del Ejecutivo.

Un representante sindical estaba dando a conocer la disposición de su sindicato a unirse a la huelga general, cuando un destacamento de soldados y policías ocupó los corredores. Un oficial de policía entró en la pieza donde el Comité Ejecutivo se hallaba reunido y empezó a dar lectura a una orden de arresto. Ahora sólo se trataba de ver si el Soviet podría sobrellevar su debilidad y su humillación con dignidad. La resistencia estaba descartada. Pero, ¿deberían rendirse sumisamente, cariacontecidos, sin un solo gesto de desafío? El orgullo de Trotsky y su sentido de las apariencias no le permitían presidir una escena tan insulsa y desalentadora, pero como no podía darse el lujo de presentar ningún desafío en serio, sólo podía despejar lo sombrío de la situación con un rasgo de humor. Y así convirtió la última escena de aquel espectáculo en la ingeniosa parodia de un desplante audaz. Cuando el oficial de policía, enfrentándose al Ejecutivo, empezó a leer la orden de arresto, Trotsky lo interrumpió secamente: "Tenga la bondad de no importunar al orador. Si desea hacer uso de la palabra, debe dar su nombre y yo preguntaré a la asamblea si desea escucharlo".

El desconcertado oficial, no sabiendo si se burlaban de él o si debía esperar resistencia armada, esperó a que el delegado sindical terminara su discurso. Entonces Trotsky se dirigió gravemente al Ejecutivo para preguntarle si debía permitirle el uso de la palabra al oficial "a título de información". El oficial leyó la orden y Trotsky propuso que el Ejecutivo tomara nota de ella y pasara al siguiente punto del temario. Otro orador se levantó.

"Dispense usted", el oficial de policía, confundido por este comporta-

miento inaudito, tartamudeó y se volvió hacia Trotsky, como en solicitud de ayuda.

"Haga el favor de no importunar", le respondió bruscamente Trotsky. "Usted ha hecho uso de la palabra; ha dicho lo que tenía que decir; hemos tomado nota de ello. ¿Desea la asamblea seguir escuchando al policía?"

"¡No!".

"Entonces tenga usted la bondad de abandonar la sala".

El oficial arrastró los pies, farfulló unas palabras y salió. Trotsky pidió entonces a los miembros del Ejecutivo que destruyeran todos los documentos y no revelaran sus nombres a la policía. Desde el salón en la planta baja llegó el ruido de las pistolas al ser inutilizadas: los delegados cumplían la orden de Trotsky.

El oficial de policía regresó, esta vez a la cabeza de un pelotón de soldados. Un miembro del Ejecutivo se puso de pie y se dirigió a éstos. El zar, dijo, estaba violando en aquellos precisos momentos la promesa del Manifiesto de Octubre; y ellos, los soldados, se estaban dejando usar como instrumento del zar contra el pueblo. El oficial, temeroso del efecto de aquellas palabras, sacó apresuradamente a sus hombres al corredor y cerró la puerta tras ellos. "Aun a través de las puertas cerradas", elevó el tono de su voz el orador, "el llamado fraternal de los trabajadores llegará hasta los soldados".

Por último un numeroso destacamento de soldados entró en la sala y Trotsky dio por "terminada la sesión del Ejecutivo".

Así, al cabo de cincuenta días, toco a su fin la epopeya del primer Soviet en la historia.[40]

[40] Sverchkov, *Na Zarié Revolutsii*, pp. 163-165; L. Trotsky, *Die Russische Revolution 1905*, pp. 177-179. Parte del material para este capítulo ha sido tomado, *inter alia*, de V. Voitinsky, *Godi Pobied i Porazhenii*, libro 1, pp. 184, 222-223 *et passim*; Garvi, *Vospominánia Sotsial Demokrata*; y S. Yu. Witte, *Vospominánia*, vol. II.

CAPITULO VI

"REVOLUCION PERMANENTE"

La liquidación del Soviet fue un acontecimiento político de primera magnitud; y el principal portavoz del Soviet era un importante prisionero del Estado. La incertidumbre política imperaba todavía. En las prisiones, primero en la de Krestí y después en la fortaleza de Pedro y Pablo, los miembros del Soviet fueron tratados con todos los privilegios. Nominalmente se les mantenía aislados; pero, dado que sus celdas no estaban cerradas, gozaban de libertad para reunirse, pasear en el patio, recibir libros y, bajo los pretextos más nimios, llevar a cabo una intensa actividad política.[1]

En un principio nadie estaba seguro de que, al dar el golpe contra el Soviet, el gobierno se había excedido. Petersburgo protestó por medio de huelgas y Moscú declarando la huelga general, que tuvo como resultado diez días de lucha en las barricadas. Aun después de la represión del levantamiento de Moscú, la revolución sólo parecía derrotada a medias. Durante todo diciembre y enero estallaron revueltas en Siberia, en las provincias del Báltico y en el Cáucaso; y las expediciones punitivas no se daban tregua para sofocarlas. En marzo, las elecciones para la primera Duma, boicoteadas por los socialistas, constituyeron un revés para el gobierno y un triunfo resonante para los demócratas constitucionales. Todavía era dudoso que se llevara a cabo un proceso judicial contra el Soviet. Las autoridades, en todo caso, no se daban prisa para fijar la fecha. Más tarde se planeó abrir el proceso el 12 de junio de 1906. En el verano, sin embargo, el zar recuperó su confianza, depuso al semiliberal Witte, suspendió las conversaciones sobre la formación de un Gabinete demócrata constitucional, disolvió la Duma y nombró a Stolypin Primer Ministro. El proceso contra el Soviet se convirtió en objeto de una controversia dentro del gobierno, y fue pospuesto mes tras mes hasta fines de septiembre. Los partidarios de la autocracia irrestricta planeaban utilizar el caso para demostrarle al zar que la política débil de Witte había venido socavando el trono. Los cuasiliberales dentro del régimen deseaban utilizarlo con el propósito contrario, o sea demostrar que las intrigas de los reaccionarios habían dado al traste con la política del Manifiesto de Octubre.

Mientras tanto, los prisioneros preparaban cuidadosamente su defensa. En un principio no hubo diferencias respecto a la línea de conducta que habrían de adoptar en el banquillo de los acusados. En nombre del Comité

[1] La acostumbrada disciplina carcelaria estaba tan relajada que Rosa Luxemburgo, recién salida ella misma de una prisión de Varsovia, pudo hacerle una visita "secreta" a Parvus y Deutsch en la fortaleza de Pedro y Pablo. No parece haberse encontrado con Trotsky en esa ocasión.

Central menchevique (que estaba en vías de poner fin a su existencia independiente), Mártov les escribió a los prisioneros exhortándolos a comportarse con moderación, a fundar su defensa en el Manifiesto de Octubre y a demostrarle al tribunal que el Soviet había actuado dentro de los límites permitidos por aquel documento. El Soviet, en particular, debía refutar la acusación de que su meta era la insurrección armada. Trotsky rechazó el consejo con indignación. Desde su celda le envió a su abogado una respuesta en la que expresaba la "mayor sorpresa": "Ni uno solo de los acusados adopta esa actitud. El programa del Manifiesto de Octubre nunca ha sido el programa del Soviet". El Soviet había recibido las promesas del zar con una afirmación categórica de su propia actitud republicana. Era "un grave error político" por parte del Comité Central el aconsejar a los acusados que repudiaran la insurrección. Todo lo que ellos podían negar y negarían ante el tribunal era que hubieran llevado a cabo preparativos *técnicos* para un levantamiento; pero debían aceptar su responsabilidad por los preparativos *políticos*.

La carta, escrita apresuradamente mientras el abogado aguardaba para sacarla clandestinamente de la cárcel, era una airada explosión, la respuesta a una afrenta. Los hombres del Soviet, insistía Trotsky, deberían declarar sus principios, explicar sus motivos, proclamar sus objetivos y utilizar el banquillo de los acusados como una tribuna política y no para defenderse.[2] En esto, el Comité Central bolchevique apoyó a Trotsky; y probablemente fue por ello que, según dice su viejo amigo Ziv, "sus palabras estaban llenas de cálida simpatía por los bolcheviques, a quienes se asemejaba espiritualmente, y de una antipatía a duras penas reprimida frente a los mencheviques", con los cuales estaba asociado.[3] Sin embargo, Trotsky consiguió persuadir a todos los acusados a que adoptaran la misma actitud desafiante, y todos ellos suscribieron su carta al Comité Central menchevique. La única nota discordante la dio Jrustaliov-Nosar, quien se había comportado ambiguamente durante la investigación preliminar. Los prisioneros amenazaron con denunciarlo públicamente, desde el banquillo de los acusados, como un traidor. Con todo, pese a su antigua rivalidad cor Jrustaliov-Nosar, Trotsky deseaba evitar un escándalo que habría menguado el efecto político del proceso. Logró convencer a Jrustaliov de que se condujera como todos los demás ante el tribunal y le prometió, a cambio de ello, que no sería denunciado. A continuación los acusados principales se pusieron de acuerdo sobre el papel que cada uno desempeñaría en el proceso: Jrustaliov haría la relación de la actividad del Soviet bajo su presidencia; Sverchkov hablaría sobre los últimos días del Soviet; Kuniánts

[2] La carta de Trotsky a Mártov cayó más tarde en manos de la policía, cuando Mártov fue arrestado, y fue presentada como evidencia por el Ministerio Público. La carta aparece en las *Obras* (ed. rusa) de Trotsky, vol. II, libro 1, pp. 459-460; véase también *ibid.*, p. 639, n. 338.

[3] A. Ziv, *op. cit.*, p. 53.

describiría la actitud del Partido Socialdemócrata, y Avkséntiev la de los social-revolucionarios. Trotsky se encargaría del punto más peligroso: la insurrección armada.

Una vez tomadas estas providencias, se dedicó a leer y escribir. Ni siquiera la investigación preliminar, dirigida por el general Ivanov, de la gendarmería, lo apartó de estas ocupaciones: se negó a hacer cualquier declaración y se reservó todo lo que deseaba decir para el juicio público. "La celda de Trotsky", escribe Sverchkov, "no tardó en convertirse en una especie de biblioteca. Puede decirse, sin exageración, que apenas había libro nuevo de importancia que no le llevasen; Trotsky se pasaba entregado a la lectura y a la escritura el día entero, de la mañana a la noche. Aquí —solía decirnos—, se está maravillosamente; se lee, se trabaja y no vive uno sujeto a la preocupación constante de que lo encarcelen... ¡No me negarán ustedes esto, en la Rusia zarista, es algo extraordinario!"[4] Ziv describe la avidez con que Trotsky pasaba sus libros y papeles a otros presos y el inagotable brío con que los estimulaba intelectualmente.

Una fotografía de Trotsky tomada en su celda poco antes del proceso muestra a un hombre de buena presencia y aspecto refinado, marcadamente "intelectual". El rostro, cuyos rasgos aparecen algo más regulares de lo que eran en realidad, coronado por una abundante cabellera negra y rematado en una perilla, tiene un aire de pensativa concentración y dominio de sí. Pese a toda su calma, parece reflejar una animación interior, una intensa actividad de sentimientos e ideas. La cabellera, la frente despejada, las cejas altas y de trazo vigoroso, los quevedos oscuros, el bigote recortado y el mentón agresivo le dan al rostro una variedad de ángulos que subrayan su animación interior. El prisionero, magro y de estatura mediana, aparece vestido de negro. El traje negro, el tieso cuello blanco, los puños también blancos de la camisa, que sobresalen ligeramente bajo las mangas del saco, y los zapatos bien lustrados producen la impresión de una elegancia casi afectada. Este podría ser el retrato de un próspero intelectual *fin-de-siècle* de Europa occidental momentos antes de asistir a una recepción un tanto formal, más bien que el de un revolucionario en espera de ser procesado en la fortaleza de Pedro y Pablo. Sólo la austeridad de la pared desnuda y la mirilla en la puerta sugieren el verdadero carácter de la localidad.

El prisionero pasó una buena parte de su tiempo leyendo a los clásicos europeos. "Tendido en el camastro, devoraba sus obras con ese sentimiento físico de voluptuosidad con que los *gourmets* paladean un trago de buen vino o chupan un buen cigarro... Fue entonces cuando leí por vez primera, en su lengua original, a los grandes señores de la literatura francesa".[5] Por entonces ya había dominado el francés y el alemán y hablaba ambos idiomas con extraordinaria soltura, aunque usaba el alemán más fácilmente para hablar de economía y de política y prefería el francés como lengua

[4] Sverchkov, *Na Zarié Revolutsii*, p. 189.
[5] L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, p. 320.

literaria. Ahora se hallaba bien lejos de aquellos días pasados en las cárceles de Jersón y Odesa, cuando avanzaba a tientas al encuentro de las teorías de Marx. Ya no estaba aprendiendo el marxismo, ahora lo enseñaba; y su mente podía recorrer los vastos dominios de la literatura europea.

En la quietud de su celda reflexionó sobre la lecciones de los últimos meses, tan llenos de acontecimientos, y formuló sus conclusiones en ensayos y folletos, uno de los cuales llegaría a ser excepcionalmente importante. Casi todos sus escritos de esta época están reproducidos en sus *Obras,* con la excepción de un estudio sobre la renta del suelo, que se perdió, y nunca vio la luz. En su autobiografía, Trotsky se refiere a este accidente como "una pérdida muy sensible para mí". Cuán justificada es su lamentación, es algo que no podríamos decir. Sus conocimientos de economía eran sólidos; pero, a diferencia de Lenin o Bujarin, nunca se distinguió como teórico económico abstracto, y es lícito dudar que tuviera alguna aportación original que hacer a un tema tan especializado como es la concepción marxista de la renta del suelo. Sea como fuere, algunos de sus escritos políticos de ese año tienen más originalidad y peso del que podría suponerse en cualquier trabajo suyo sobre la renta del suelo. Podemos dejar a un lado su *Piotr Struve, en política,* un folleto publicado bajo el seudónimo de N. Tajotsky que le valió gran popularidad. Este trabajo fue otra andanada contra el liberalismo, mordazmente efectiva pero que añadía poco a la ya conocida variedad de sus argumentos. Más importante fue la *Historia del Soviet* (*Istoria Sovieta Rabóchij Deputátov*), obra escrita por varios autores y ordenada por Trotsky. Este la concibió tan pronto como las puertas de la prisión se cerraron a sus espaldas, y colaboró con un capítulo que resumía el papel desempeñado por el Soviet:

> La Rusia urbana [era su conclusión] constituía una base demasiado estrecha para la lucha. El Soviet trató de librar la lucha en escala nacional, pero nunca fue más que una institución petersburguesa... no cabe duda de que en el próximo estallido revolucionario, tales Consejos de Obreros se formarán en todo el país. Un Soviet de Obreros de Toda Rusia, organizado por un Congreso nacional... asumirá la dirección... La historia no se repite. El nuevo Soviet no tendrá que volver a conocer las experiencia de aquellos cincuenta días. Pero de ellas podrá deducir todo su programa de acción...: cooperación revolucionaria con el ejército, el campesinado y los sectores plebeyos de las clases medias; abolición del absolutismo; destrucción del aparato militar del absolutismo; disolución y reorganización parciales del ejército; abolición de la policía y del aparato burocrático; jornada de trabajo de ocho horas; entrega de armas al pueblo, sobre todo a los obreros; transformación de los Soviets en órganos de gobierno autónomo urbano revolucionario; formación de Soviets Campesinos para llevar a cabo la revolución agraria local; elec-

ciones a la Asamblea Constituyente... Resulta más fácil formular un plan semejante que ponerlo en práctica. Pero si la revolución está destinada a vencer, el proletariado no puede dejar de asumir este papel. Realizará una acción revolucionaria como el mundo jamás ha presenciado.

La historia de esos cincuenta días será una página opaca en el gran libro de la lucha y la victoria del proletariado.[6]

Tal fue, en efecto, el programa de 1917. Sin embargo, estos escritos fueron tan sólo bocetos y ensayos preparativos para su obra principal de este período: *Itogi i Perspektivy, Dvizhuschie Sily Revolutsii* (*Balance y Perspectivas, las Fuerzas Motrices de la Revolución*). En tanto que enunciación fundamental del "trotskismo", este trabajo habría de ser durante décadas el objeto de una violenta controversia.[7] Trotsky lo escribió como un extenso capítulo final de su libro *Nasha Revolutsia* (*Nuestra Revolución*), que era una colección de ensayos y crónicas sobre 1905; y en él ofreció una formulación cabal, casi matemáticamente sucinta, de la teoría de la revolución permanente. Examinó los recientes acontecimientos críticos dentro de la perspectiva de las tendencias seculares de la historia rusa; y luego, volviéndose hacia el panorama internacional, definió el lugar de la Revolución Rusa en la historia europea moderna; y pronosticó, en términos generales, el efecto que tendría la Revolución Rusa en el mundo y el que tendría el mundo en la Revolución Rusa. Dentro de este andamiaje teórico, opuso su concepción a las opiniones que entonces prevalecían entre los marxistas. Esta fue la reformulación, si no la revisión, más radical del pronóstico de la revolución socialista efectuada desde la aparición del *Manifiesto Comunista* de Marx, es decir, desde 1847. Aunque sólo sea por esta razón, merece ser resumida con cierto detenimiento.

Los marxistas, como ya sabemos, concebían generalmente la Revolución Rusa como una revolución burguesa cuyo propósito era derrocar al zarismo y eliminar su legado semifeudal. Sólo después de la terminación de esta fase, se sostenía, podría desarrollarse plenamente en Rusia una sociedad capitalista industrial; y sólo en esta sociedad, después que la riqueza y los recursos productivos del país se hubiesen multiplicado y ampliado, podría el socialismo revolucionario llegar al poder y comenzar a satisfacer las aspiraciones igualitarias de las masas. Los marxistas daban por sentado que en los viejos países capitalistas del Occidente el terreno para la revolución socialista estaba preparado. Allí, en el Occidente, esperaban ellos que el socialismo venciera mientras el Oriente aún llevaba a cabo

[6] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, p. 206.

[7] El resumen y las notas están tomados de la reedicción de este trabajo publicada en Moscú en 1919. El autor tuvo la edición original de 1906 (actualmente una rareza bibliográfica) en su biblioteca en Varsovia, y la perdió durante la Segunda Guerra Mundial. La edición de 1919 es una reproducción fiel de la original, con un prólogo especial.

sus revoluciones burguesas. Estos axiomas eran patrimonio común de los socialistas de Europa occidental y de los mencheviques y bolcheviques rusos. La controversia entre estos últimos giraba alrededor del problema de cuál clase social, la burguesía o el proletariado, desempeñaría el papel principal en la revolución "burguesa" rusa.

Trotsky impugnó la mayor parte de estos supuestos. Estaba de acuerdo con los bolcheviques en que la burguesía rusa era incapaz de asumir la dirección revolucionaria y en que la clase obrera industrial estaba destinada a desempeñar ese papel. Ahora fue más lejos y sostuvo que la clase obrera se vería obligada, en virtud de su propia supremacía política en la revolución, a llevar a la Revolución Rusa de su fase burguesa a su fase socialista, aun antes de que la transformación socialista se hubiera iniciado en el Occidente. Este sería un aspecto de la "permanencia" de la revolución: sería imposible encerrar el proceso revolucionario dentro de los límites burgueses.

¿En razón de qué estaba Rusia destinada a ser la precursora del socialismo? ¿Por qué no podían las clases medias rusas consumar su revolución, como lo habían hecho las francesas en el siglo XVIII? La respuesta residía en las peculiaridades de la historia rusa. El Estado ruso, semiasiático y semieuropeo, se basaba en una sociedad primitiva, indiferenciada y de lento desarrollo. La presión militar de las potencias europeas superiores, y no los impulsos procedentes de la propia sociedad rusa, le habían dado forma a aquel Estado. Desde sus primeros días, cuando luchaba contra la dominación tártara y después contra las invasiones polaco-lituanas y suecas, el Estado había sometido al pueblo a las más intensas exacciones, absorbiendo una parte desproporcionadamente elevada de la riqueza social producida. En consecuencia, obstruyó la ya de por sí lenta formación de clases privilegiadas y el desarrollo más lento aún de recursos productivos. Sin embargo, el Estado necesitaba una organización jerárquica, y para lograrla tuvo que estimular la diferenciación social. De esta suerte, el zarismo frenó y al mismo tiempo fomentó el desarrollo de la sociedad rusa. Este hecho había movido a Miliukov a decir que, mientras en el Occidente los estratos sociales habían creado al Estado, en Rusia el Estado había creado a los estratos. Trotsky rechazó esto como una concepción unilateral, pues "el poder estatal no podía fabricar grupos y clases sociales a voluntad". Ello no obstante, tan prodigiosa había sido la iniciativa de los gobernantes y tan lerda y aletargada la sociedad rusa, que en Rusia aun "el capitalismo parecía ser criatura del Estado".[8] Este, y no la iniciativa privada, había echado los cimientos de la industria moderna. Aun el pensamiento y la opinión rusos parecían ser los vástagos del Estado. En los tiempos modernos, el proteccionismo fiscal y militar y la ayuda económica europea le aseguraban al zarismo un grado de modernización que aumentaba más todavía su poder sobre la sociedad. Los liberales sostenían que esta prodi-

[8] L. Trotsky, *Itogi i Perspektivi*, p. 16.

giosa preponderancia del Estado hacía imposible la revolución. Por el contrario, la hacía inevitable.

Uno de los resultados de este proceso fue que Rusia entró en el siglo xx con una clase media urbana sumamente débil. Las propias ciudades rusas eran producto de las últimas décadas. Bajo Pedro el Grande, los habitantes de las ciudades constituían únicamente el 3% de la población total del país. Después de las guerras napoleónicas alcanzaban a formar el 4½%, y todavía a fines del siglo xix sólo el 13%. La antigua ciudad rusa, a diferencia de las europeas, no había sido un centro industrial y comercial, sino una unidad administrativa militar o una fortaleza. (Moscú había sido la aldea del zar.) La ciudad rusa, al igual que la asiática, no producía; sólo consumía. Ni acumulaba riqueza ni daba origen a una división del trabajo. Así se vieron agravadas todas las crueles desventajas que el riguroso clima y los enormes espacios de Rusia le habían impuesto al desenvolvimiento de su civilización. A mediados del siglo xix, el capitalismo no encontró en Rusia la artesanía urbana que dio origen, en el Occidente, a la industria moderna, sino la producción doméstica rural. Esta circunstancia tuvo una consecuencia política importante, que Parvus ya había señalado: Rusia no poseía ninguna clase social comparable a la masa concentrada de artesanos urbanos que había formado el espinazo de la clase media francesa y había hecho la gran Revolución Francesa. Los cuatro millones de artesanos (*kustari*) de Rusia se hallaban dispersos por el campo.

Ni siquiera el progreso de la industria moderna fortaleció en forma apreciable a la clase media, porque la industria rusa era fomentada en lo fundamental, por las inversiones extranjeras. En sus propios países, la burguesía occidental había enarbolado la bandera del liberalismo. En Rusia, su interés principal residía en la seguridad de sus inversiones, que les parecían mejor garantizadas por un gobierno "fuerte", es decir, absolutista. Así, pues, la preponderancia económica del Estado, la debilidad numérica de las clases medias, el predominio del capital extranjero en la industria y la ausencia de una tradición de clase media se combinaban para hacer que el liberalismo burgués ruso naciera muerto. Con todo, la industria moderna, que no fortalecía apreciablemente a la clase media, colocaba en un primer plano al proletariado. Mientras más tardíamente se desarrollaba la industria rusa, con mayor facilidad adoptaba las formas de organización más avanzadas que en otras partes habían evolucionado lenta y laboriosamente. Las pocas fábricas modernas que Rusia poseía eran más grandes y estaban más concentradas que cualesquiera establecimientos europeos e incluso norteamericanos. En consecuencia, la fuerza política del proletariado ruso, su capacidad para organizarse y actuar en masa eran tanto más concentradas.

Este alineamiento de las clases sociales entrañaba un cambio radical en las pautas usuales de la revolución. La historia revolucionaria europea conocía tres hitos: 1789, 1848 y 1905. En 1789 la burguesía francesa, fuerte

y segura de sí, encabezó la lucha contra el absolutismo. Cierto era que a menudo se vio empujada hacia adelante contra su voluntad por los plebeyos jacobinos, los *sans culottes*. Pero éstos eran una masa amorfa e incoherente que carecía de un programa propio y preciso. Sólo esporádicamente podían oponerse a la burguesía acaudalada que, después del breve intervalo de la dictadura de Robespierre, recuperó el mando. No existía ninguna clase obrera industrial capaz de disputarle la jefatura.[9]

Para 1848 el centro de la revolución burguesa se había desplazado a Alemania y Austria. Pero la clase media alemana no tenía ni la fuerza ni la seguridad en sí misma que tenía la francesa. El valor que necesitaba para enfrentarse al absolutismo estaba mediatizado por el temor que le inspiraba el proletariado en ascenso. La masa plebeya de 1848 no era ya una baja clase media airada y confundida, con una periferia paupérrima, sino una clase de obreros fabriles que buscaba el camino hacia su independencia política y se oponía a los empresarios industriales en forma más directa aún que a la monarquía. Sin embargo, la clase obrera, ya lo bastante fuerte para inspirarle temor a la burguesía, era todavía demasiado débil y tímida para orientar a la nación. La revolución naufragó porque carecía de jefatura: la burguesía era *ya* demasiado débil, y el proletariado lo era *todavía*, para encabezar la lucha.

Por último, en la Rusia de 1905 la rueda había dado una vuelta completa. La revolución ya no carecía de mando. La burguesía era demasiado débil y estaba demasiado atemorizada para dirigir la guerra contra la autocracia. Esta misión le correspondía a los obreros industriales, que eran mucho más fuertes que sus colegas alemanes de 1848 y habían asimilado ávidamente la última palabra del socialismo europeo.[10]

De esto se desprendía, continuaba Trotsky, que la revolución, si tenía éxito, terminaría con la toma del poder por el proletariado. "Todo partido político digno de tal nombre se propone tomar el poder para poner al Estado al servicio de la clase cuyos intereses expresa ese partido".[11] Los mencheviques sostenían que en la Rusia atrasada, "inmadura" para el socialismo, los obreros debían ayudar a la burguesía a tomar el poder. En oposición a esto, Trotsky declaraba con audacia: "En un país económicamente atrasado, el proletariado puede tomar el poder antes que en un país donde el capitalismo esté desarrollado... La Revolución Rusa produce condiciones en las que el poder puede... pasar a las manos del proletariado antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de mostrar plenamente su genio de estadistas".[12] Desechaba los ar-

[9] Muchos años después Trotsky sostuvo que esta opinión, que él había aceptado de Marx, exageraba las virtudes revolucionarias de la burguesía francesa aún en el siglo XVIII.

[10] L. Trotsky, *Itogi i Perspektivi*, p. 33.

[11] *Ibid.*, p. 34.

[12] *Ibid.*, pp. 34-35.

gumentos basados en textos marxistas bien conocidos acerca de la secuencia de las revoluciones burguesa y socialista: "El marxismo es sobre todo un método de análisis de relaciones sociales, no de textos".

Sus críticos no tardarían en acusarlo de querer que Rusia "saltara" la etapa burguesa de desarrollo y de abogar por una política que enfrentaría a los obreros industriales, una pequeña minoría, al resto de la nación. Trotsky trató de refutar estas críticas. El no negaba, afirmó, el carácter burgués de la Revolución Rusa, cuando menos en el sentido de que su tarea inmediata era la de liberar a Rusia del lastre de su pasado feudal, es decir, de lograr lo que la burguesía había logrado en Inglaterra y Francia. Pero insistía —y en esto difería de otros socialistas— en que la revolución no se detendría ahí. Una vez que hubiera destruido las instituciones feudales, procedería a quebrar el espinazo del capitalismo y a instaurar una dictadura proletaria.[13] No descartaba una coalición gubernamental de los socialistas y los representantes del campesinado, pero a éstos últimos les asignaba el papel de socios menores. Los representantes de los obreros "le darán contenido a la política del gobierno y formarán una mayoría homogénea en él".[14]

¿Habría de ser ésta, entonces, la dictadura de una minoría? Más implícita que explícitamente él concebía que la revolución misma la llevarían a cabo los obreros solos. Era en las ciudades donde debía derrocarse al antiguo régimen; y allí el proletariado industrial sería el amo. "Muchas capas de la masa trabajadora, especialmente en el campo, serán atraídas a la revolución y por primera vez obtendrán organización política sólo después... que el proletariado urbano haya empuñado el timón del gobierno".[15] Pero aun cuando el derrocamiento del antiguo régimen y la toma del poder sería obra de una minoría, la revolución no podría sobrevivir y consolidarse a menos que recibiera el apoyo genuino de la mayoría, es decir, de los campesinos. *"El proletariado en el poder aparecerá ante el campesino como su libertador".*[16] Entre otras cosas, legalizaría la ocupación de las grandes propiedades agrícolas por los campesinos. El campesino francés había seguido a Napoleón porque éste garantizó su pequeña propiedad contra el terrateniente emigrado. Por la misma razón el campesino ruso respaldaría a un gobierno proletario. Ese gobierno, por lo tanto, representaría y no representaría el régimen de una minoría. La minoría proletaria formaría su núcleo y tendría la iniciativa en todos los asuntos importantes. Pero gobernaría para beneficio de una abrumadora mayoría y gozaría del apoyo voluntario de ésta.

La concepción de Trotsky del lugar del campesinado en la revolución —que en cierto sentido era el meollo del "trotskismo"— habría de ser obje-

[13] *Ibid.*, pp. 39-40.
[14] *Ibid.*, p. 40.
[15] *Ibid.*, p. 41.
[16] *Ibid.*, p. 42.

to de muchas controversias. La acusación más frecuente que se le hacía a Trotsky era la de que "subestimaba" la potencialidad revolucionaria del campesinado ruso y negaba la posibilidad de una "alianza" entre éste y el proletariado. Esta acusación no tiene fundamento alguno en las propias palabras de Trotsky. Ya hemos visto cuán enfáticamente declaraba éste que "el proletariado en el poder aparecerá ante el campesinado como su libertador". Al insistir en que los socialistas no sólo expropiarían a los terratenientes, sino que legalizarían la ocupación de sus tierras por los campesinos, Trotsky iba más allá de lo que había ido la mayoría de los socialistas rusos. Los mencheviques sostenían que los municipios deberían hacerse cargo de las grandes propiedades agrícolas. La mayoría de los bolcheviques, especialmente Lenin, abogaban, en términos generales, por la nacionalización, pero no por el reparto de la tierra.[17] Si la "alianza" con el campesinado ha de entenderse como la entendieron los bolcheviques en 1917 y después, entonces Trotsky la defendió ciertamente en 1906.

Con todo, es cierto que él no consideraba a los campesinos, como tampoco a otros pequeños propietarios ni a la pequeña burguesía en general, como una fuerza revolucionaria independiente. Los veía como una masa amorfa y dispersa, con estrechos intereses locales, incapaz de una acción nacional coordinada. El campesinado estaba destinado a que sus rebeliones, aun en las raras ocasiones en que tenían éxito, condujeran al surgimiento de nuevas dinastías opresoras o fueran aprovechadas por otras clases. En la sociedad moderna, los campesinos estaban más indefensos aún que antes: "la historia del capitalismo es la historia de la subordinación del campo a la ciudad".[18] En la ciudad sólo había dos polos de poder independiente, real o potencial: la gran burguesía con su riqueza concentrada y el proletariado con su capacidad concentrada para producir riqueza. Los campesinos, pese a su fuerza numérica mucho mayor, tenían que seguir a la una o al otro. En la balanza de una elección parlamentaria, el voto de un campesino pesa tanto como el voto de un obrero. En las situaciones revolucionarias esta situación es ilusoria. Mil ferroviarios en huelga son políticamente más efectivos que un millón de aldeanos dispersos. El papel de las clases sociales modernas no está determinado por la cantidad, sino por la función social y el peso específico. El proletariado debe ganarse el apoyo del campesinado, pues sin él no puede sostenerse en el poder. Pero la única manera que tiene de atraerse a la masa de pequeños propietarios rurales es mostrando vigor y resolución en la contienda por el poder. Los débiles son atraídos por los fuertes.

[17] De los dirigentes bolcheviques ahora conocidos, sólo Stalin argumentó en 1906 en favor de que el Partido se pronunciara por el reparto de los latifundios entre los campesinos. J. Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. I, pp. 214-235, 236-238. Véase también I. Deutscher, *Stalin, Biografía política*, Ediciones ERA, México, 1965, cap. III.

[18] L. Trotsky, *Itogi i Perspektivi*, p. 43.

Esta concepción, enunciada de modo tan explícito, señalaba un alejamiento radical respecto de las nociones marxistas entonces aceptadas, aun cuando se hallaba vigorosamente implícita en los escritos del propio Marx. (La aversión de Trotsky al "análisis de textos" le impedía recurrir a muchas citas útiles). Era una noción marxista común el que la clase obrera ni podía ni debía tratar de tomar el poder antes de convertirse en la mayoría de la nación. Era también una ilusión profundamente arraigada del socialismo popular el que, en los países modernos, la clase obrera industrial crecería gradualmente hasta constituir una mayoría, como lo había hecho en Inglaterra.[19] Trotsky rompió radicalmente con esta ilusión: la revolución, escribió, vencería mucho antes de que la mayoría de la nación se hubiera vuelto proletaria.[20]

Su apreciación del campesinado no era menos contraria a la opinión prevaleciente. Los mencheviques tendían a considerar al pequeño propietario rural como un puntal de la reacción. Su esperanza residía en una coalición entre la clase obrera y la burguesía liberal. Lenin, por el contrario, contaba con la energía revolucionaria del *muzhik*; pero, a diferencia de Trotsky, no prejuzgaba sus potencialidades. Mantenía su mente abierta y esperaba a ver si el campesinado formaba su propio partido revolucionario, con el que los socialistas tendrían que entendérselas en pie de igualdad. A comienzos de 1905, frente al burlón escepticismo de Plejánov, Trotsky y Mártov, Lenin se acercó con intensa curiosidad a la enigmática figura de Gapón. Se preguntó si el pope, hijo de un cosaco, que había encabezado a los obreros de la capital en la marcha al Palacio de Invierno, abriendo así las compuertas de la revolución, no sería el precursor de un movimiento campesino independiente y radical.[21] La fórmula leninista de una "dictadura democrática del proletariado y el campesinado" parecía más amplia y más cautelosa que la "dictadura proletaria" de Trotsky, y más adecuada a una alianza de los socialistas y los revolucionarios agrarios. En 1917 los acontecimientos en Rusia habrían de confirmar el pronóstico de Trotsky. En los años veintes, sin embargo, el problema volvería a plantearse en relación con la política comunista en China; y casi medio siglo después que Trotsky formuló su concepción, volverían a plantearlo una y otra vez las revoluciones en Asia, en las que la relación entre los elementos urbanos y

[19] En el prólogo al primer tomo de sus *Obras* (vol. I, p. xvi), Stalin declaró que en el período de 1905 él "se atenía... a la tesis, difundida entre los marxistas, de que una de las principales condiciones del triunfo de la revolución socialista es que el proletariado llegue a constituir la mayoría de la población, y, por consiguiente, en aquellos países donde, debido al insuficiente desarrollo del capitalismo, el proletariado no constituye aún la mayoría de la población, la victoria del socialismo es imposible".

[20] L. Trotsky, *Itogi i Perspektivi*, p. 55.

[21] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. VIII, pp. 384-388; Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, pp. 54-57; véase también Parvus sobre Gapón, *Iskra*, núm. 85 (27 de enero de 1905).

los rurales sería más intrincada y confusa de lo que había sido en Rusia.

Hasta aquí nos hemos ocupado del aspecto nacional de la revolución. Sus aspectos internacional y nacional estaban, en opinión de Trotsky, íntimamente ligados. Aunque los campesinos serían incapaces por sí mismos de "desplazar a los obreros",[22] en el horizonte se dejaba ver la posibilidad de un conflicto entre las dos clases, conflicto en el que el proletariado podría dejarse arrebatar la posición de jefe reconocido de la nación. Mientras la revolución estuviera empeñada en quebrantar el régimen y el poder del terrateniente, tendría a su lado al campesinado entero. Pero después de eso, "dos rasgos capitales de la política proletaria, su *colectivismo* y su *internacionalismo*, se enfrentarían a la oposición de los campesinos".[23] Así, a pesar de su fuerza inicial, el nuevo régimen descubriría su debilidad tan pronto como hubiese llevado a la revolución, tanto en el campo como en la ciudad, de su fase burguesa a su fase socialista. Entonces se vería obligado a buscar su salvación en la revolución internacional. La pobreza industrial y el atraso de Rusia resultarían ser, de todos modos, obstáculos formidables para la construcción de una economía socialista, y sólo con la ayuda del Occidente socialista podrían vencerse y eliminarse estos obstáculos. Por último, la hostilidad de una Europa conservadora obligaría a la Revolución Rusa a llevar la lucha más allá de las fronteras de Rusia.

> Sin el apoyo estatal directo del proletariado europeo, la clase obrera de Rusia no podría sostenerse en el poder y transformar su régimen provisional en una dictadura socialista estable y prolongada...[24]
>
> Esto le impartirá, desde el comienzo mismo, un carácter internacional al desarrollo de los acontecimientos y abrirá las perspectivas más amplias: *la clase obrera de Rusia, al encabezar la emancipación política, se elevará a una altura desconocida en la historia, reunirá en sus manos fuerzas y recursos colosales y se convertirá en la iniciadora de la liquidación del capitalismo en escala global...*[25]
>
> Si el proletariado ruso, después de conquistar temporalmente el poder, no lleva a la revolución, por iniciativa propia, al terreno de Europa, entonces la reacción feudal y burguesa la obligará a hacerlo.[26]
>
> Será precisamente el temor al levantamiento proletario lo que obligará a los partidos burgueses, que votan en favor de asignar sumas prodigiosas a los gastos de guerra, a manifestarse solemnemente por la paz, a soñar con organismos internacionales de conciliación y aun con la organización de los Estados Unidos de Europa, todo lo cual no son

[22] L. Trotsky, *Itogi i Perspektivi*, p. 42.
[23] *Ibid*, p. 46.
[24] *Ibid.*, p. 71
[25] *Ibid.*, p. 73 (cursivas de Trotsky).
[26] *Ibid.*, p. 74.

sino miserables declamaciones que no pueden eliminar ni el antagonismo de las potencias ni los conflictos armados . . . La guerra europea significa inevitablemente la revolución europea.[27]

Trotsky denunciaba a continuación el "conservadorismo propagandístico" de los partidos socialistas, que podía frenar la lucha del proletariado por el poder; y expresaba la esperanza de que la Revolución Rusa sacudiría al socialismo internacional, en la misma forma en que los acontecimientos de 1905 habían estimulado ya al proletariado austríaco y al prusiano para reclamar el sufragio universal por medio de huelgas generales. "La revolución en el Este contagia al proletariado occidental con el idealismo revolucionario y despierta en él el deseo de hablar en ruso con sus enemigos".[28] Concluía su razonamiento con las siguientes palabras:

> El proletariado ruso . . . se encontrará con la hostilidad organizada de la reacción mundial y con la disposición del proletariado mundial a prestarle su ayuda organizada a la revolución. Abandonada a sus propias fuerzas, la clase obrera de Rusia será aplastada inevitablemente por la contrarrevolución en el momento en que el campesinado le vuelva las espaldas al proletariado. A los obreros no les quedará más alternativa que vincular el destino de su propio régimen político, y en consecuencia el destino de toda la Revolución Rusa, al de la revolución socialista en Europa. El proletariado ruso arrojará a la balanza de la lucha de clases de todo el mundo capitalista el colosal poder político-estatal que las circunstancias temporales de la revolución burguesa rusa le dará. Con el poder estatal en sus manos (con la contrarrevolución a sus espaldas, con la reacción europea por delante, dirigirá a sus hermanos de todo el mundo el viejo llamamiento, que esta vez será el llamado al asalto final: ¡Proletarios de todos los países, uníos![29]

El tenor del razonamiento de Trotsky sugiere que éste concebía la revolución europea como un solo proceso continuo. En su pronóstico había, pues, un fatal ingrediente de ilusión, cuando menos en lo tocante al *tempo* de todo el proceso. Aquí Trotsky le rendía su tributo personal a una creencia que entonces aceptaban comúnmente los socialistas europeos y que exponía con autoridad Karl Kautsky, el guía intelectual de la Internacional, o sea que la economía y la sociedad europeas estaban ya "maduras" para el socialismo. Con todo, aun en 1906, pese al tono categórico de su predicción, Trotsky era lo suficientemente cauteloso para escribir que era imposible profetizar de qué manera la revolución se extendería desde Rusia, si se abriría paso hasta Alemania a través de Polonia o si

[27] *Ibid.*, p. 77.
[28] *Ibid.*, p. 80.
[29] *Ibid.*

volvería hacia el este en dirección de Asia.[30]

Ni por un momento imaginó Trotsky, sin embargo, que la Revolución Rusa podría sobrevivir aislada durante varias décadas. Puede decirse, por lo tanto, como habría de decirlo Stalin veinte años más tarde, que Trotsky "subestimó" los recursos y la vitalidad internos de la Rusia revolucionaria. El error de cálculo, obvio cuando lo consideramos retrospectivamente, es menos sorprendente cuando se toma en cuenta que la concepción expresada por Trotsky en 1906 habría de convertirse en propiedad común de todos los dirigentes bolcheviques, incluido Stalin, en los años de 1917 a 1924. El enfoque retrospectivo, naturalmente, repara tanto en el error que éste oscurece la predicción en su conjunto. Cierto es que Trotsky no previó que la Rusia soviética sobreviviría en aislamiento durante varias décadas. ¿Pero quién, aparte de él, previó en 1906 la existencia de la Rusia soviética? Más aún, el propio Trotsky, indirectamente y sin saberlo, proporcionó de antemano la clave de su propio error, que radica en su apreciación del campesinado ruso. La inermidad política y la falta de independencia de éste explican mejor que nada la supervivencia de un régimen colectivista en un país donde el campesinado individualista constituía la mayoría abrumadora, y también explica la imposición forzosa y relativamente venturosa del colectivismo en tal país.

En aparente contradicción con su propia concepción, Trotsky afirmaba entonces que el régimen proletario se vendría abajo tan pronto como los *muzhiks* se volvieran contra él. Este error, si es que lo era, estaba íntimamente ligado con su concepción de la revolución, tal como la enunciaba en 1905-6. No se le ocurrió que un partido proletario podría gobernar a la larga a un país enorme contra la mayoría del pueblo. No se le ocurrió que la revolución conduciría al gobierno prolongado de una minoría. La posibilidad de tal gobierno estaba implícita en su teoría, pero su realidad aún le habría parecido, como a casi todos sus contemporáneos, incompatible con el socialismo. De hecho, no se imaginó, pese a todo lo que había escrito sobre el "jacobinismo" de Lenin, que la revolución trataría de escapar a su aislamiento y su debilidad recurriendo al totalitarismo.

Si la tendencia de su pensamiento se considera en su conjunto, entonces puede decirse que en pocas ocasiones una profecía política ha parecido tan brillantemente confirmada en unas ocasiones y tan categóricamente refutada en otras, y después, en cierto modo, confirmada una vez más por el alud de nuevos cataclismo históricos. Esto es especialmente cierto en lo que toca a aquella parte del pronóstico de Trotsky en la que éste aludía al impulso que Rusia le daría a la revolución mundial. A lo largo de las décadas los acontecimientos habrían de arrojar constantemente nueva luz sobre esto. En 1917 y después, entre los derrumbes de tronos y el estruendo de las transformaciones violentas, sus palabras parecieron convertirse en rea-

[30] *Ibid.*, pp. 74-77.

lidad con impresionante exactitud. Luego vino el reflujo del comunismo en Europa; la Rusia bolchevique se refugió en sí misma; y Trotsky apareció, desprestigiado y escarnecido, como el profeta de lo completamente absurdo, de "lo manifiestamente imposible y vano". Pero después, una vez más, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, su voz parece resonar póstumamente en el choque de dos mundos. Más que nunca Rusia le da al Occidente la impresión de "haberse elevado a una altura desconocida en la historia, de haber reunido en sus manos fuerzas y recursos colosales y de haberse convertido en la iniciadora de la liquidación del capitalismo en escala global". No podemos adelantarnos demasiado en nuestra narración y considerar aquí si éste es el verdadero papel de Rusia o en qué medida lo es. Tampoco podemos hacer más que insinuar el contraste entre la visión de Trotsky y su aparente materialización. El esperaba que el nuevo régimen en Rusia se convirtiera en el iniciador y el inspirador, pero no en el amo, de la revolución internacional; y concibió la "liquidación del capitalismo" más allá de las fronteras de Rusia como la conquista genuina de las clases obreras occidentales más bien que como la consecuencia de un avance victorioso de los ejércitos rusos.

Pero, independientemente de cómo haya zigzagueado el transcurso de los acontecimientos de cuánto se haya desviado de la ruta que él trazó en 1904-6, a mediados del presente siglo Trotsky pareció aprehender correctamente una vez más la "tendencia principal del desarrollo". Ya sea que uno lea su mensaje con horror o con esperanza, ya sea que uno lo vea a él como el heraldo inspirado de una nueva era que sobrepasaba a toda la historia en logros y grandeza o como el oráculo de la ruina y la desdicha, no puede uno menos que sentirse impresionado por el alcance y la audacia de su visión. El exploró el futuro como alguien que, desde la cumbre de una montaña, domina y recorre con la mirada un nuevo e inmenso horizonte y señala vastos y desconocidos hitos en lontananza. Cierto es que, desde su atalaya, él no pudo abarcar todo el panorama a sus pies: densas nubes ocultaban algunas de sus partes, y el juego de la distancia y la perspectiva parecía diferente de lo que se ve desde el valle. El calculó erróneamente el trazo exacto de un camino principal; vio dos o más hitos separados fundidos en uno; y pasó por alto, lamentablemente, uno de los precipicios rocosos en el que él mismo se despeñaría para su perdición un día. Pero su compensación fue la magnitud única de su horizonte. Comparadas con esta visión, que Trotsky dibujó en su celda de la fortaleza-prisión, las predicciones políticas de sus contemporáneos más ilustres y sabios, incluidos Lenin y Plejánov, fueron tímidas y confusas.

En su *Balance y Perspectivas,* Trotsky alcanzó una de las cumbres de su desarrollo. Los meses que pasó en la cárcel, en el transcurso de los cuales sopesó y dirigió las experiencias recientes, fueron para él la transición de la etapa juvenil a la etapa madura de su edad viril, transición que fue tan súbita y tan rápida como habían sido sus saltos de la infancia a la adolescen-

cia y de la adolescencia a la vida adulta. En este folleto de ochenta páginas estaban la suma y la sustancia del hombre. Durante el resto de sus días, como jefe de una revolución, como fundador y comandante de un ejército, como protagonista de una nueva Internacional y luego como desterrado perseguido y acosado, habría de defender y elaborar las ideas que había resumido en 1906. De manera similar pasó Karl Marx toda su vida desarrollando y extranyendo conclusiones de las ideas que había presentado en el *Manifiesto Comunista,* su temprana y breve enunciación doctrinaria.

El trabajo de Trotsky pudo haber sido para el Partido ruso lo que el *Manifiesto Comunista* había sido, desde 1848, para el socialismo europeo: un gran prospecto de la revolución y un vibrante llamado a la acción. Empero, la influencia del trabajo de Trotsky fue casi insignificante, pese a la controversia que suscitó. Las razones de ello fueron en parte circunstanciales y en parte inherentes a la actitud del autor. No bien hubo aparecido el libro, en 1906, cuando la policía lo confiscó. Los pocos ejemplares que llegaron a manos de los lectores despertaron poco interés, aun cuando el autor era precisamente por aquellos días, con motivo del proceso judicial contra el Soviet, objeto de mucha atención pública. La mayor parte del libro constaba de viejos ensayos reproducidos, y los lectores que buscaban nuevos puntos de vista pasaron por alto fácilmente el nuevo e importante capítulo.[31] Parece seguro que Lenin, por ejemplo, nunca leyó este trabajo antes de 1919, aunque en una o dos ocasiones se refirió a él desfavorablemente basándose en citas de segunda mano.[32] En el momento en que el libro entró en prensa, la revolución iba en descenso. Desde un punto de vista práctico, los socialistas se inclinaban más a medir las posibilidades de la reacción triunfante que a contemplar los horizontes de la revolución victoriosa. Así, pues, *Balance y Perspectivas* apareció demasiado temprano o demasiado tarde para que pudiera causar una impresión más fuerte de la que causó. Por último, ninguna de las dos tendencias principales en el Partido deseaba identificarse con la nueva y provocativa predicción. Los mencheviques se habían recuperado del radicalismo de 1905, estaban impacientes por sacudirse la influencia de Trotsky y consideraban este nuevo epítome del "trotskismo" como una nueva manifestación de delirio político. Los bolcheviques no se sentían dispuestos a prestarle atención seria a ningún pronóstico revolucionario presentado por el portavoz del menchevismo. Siendo un lobo solitario dentro de su propio partido, Trotsky estaba condenado a la relativa futilidad precisamente cuando podría haber sido más eficaz. También contaba en su contra el accidente de su edad. El había ganado una enorme popularidad entre los militantes de fila y los activistas sin partido, pero a los ojos de los propagandistas y organizadores activos, a quienes iba dirigida su doctrina, era todavía demasiado joven para ser

[31] L. Trotsky, *Permanéntnaya Revolútsia,* pp. 39-42.
[32] Véase la carta de despedida de Yoffe a Trotsky (16 de noviembre de 1927) en *The Trotsky Archives* (Harvard).

aceptado como profeta.[33]

Pese a esta falta de acogida, Trotsky estaba ya perfectamente consciente de que iba ocupando su lugar entre los creadores de historia; y fue con esta seguridad que, el 19 de septiembre de 1906, se sentó en el banquillo de los acusados.

El proceso fue violento y acalorado. No tuvo lugar ante un tribunal militar, como se había esperado, de suerte que la sombra de la muerte no pasó sobre los acusados. Pero éstos estaban preparados para recibir largas sentencias de trabajos forzados. El tribunal fue rodeado por masas de cosacos y soldados. En su interior, donde se había declarado el estado de sitio, pululaban los gendarmes con sables desenvainados. Sólo unas cien personas, entre ellas los padres de Trotsky, fueron admitidas como espectadores, cuarenta abogados llevaron la defensa. En el transcurso de varias semanas, 250 testigos presenciales de todas las esferas sociales rindieron declaración sobre todos los detalles de la actividad del Soviet. Desde el primer día el tribunal recibió un alud de resoluciones, firmadas por veintenas de miles de trabajadores, protestando contra el proceso. "Nosotros, los obreros de la fábrica Obujov", decía una protesta típica, "declaramos... que el Soviet no está formado por un puñado de conspiradores, sino por verdaderos representantes del proletariado de Petersburgo... y que si nuestro estimado camarada P. A. Zlydniov es culpable, entonces todos nosotros también somos culpables, y refrendamos esto con nuestras firmas".[34]

Los sentimientos del público antizarista se manifestaron en mil incidentes. "En las bancas de los acusados aparecían constantemente periódicos, cartas, cajas de dulces y flores. ¡Infinidad de flores! Las había en los hojales de sus solapas, en sus manos, en sus rodillas y cubriendo el banquillo. El juez presidente no tiene el valor de suprimir este desorden flagrante. Los propios oficiales de la gendarmería y los escribientes, totalmente 'desmoralizados' por la atmósfera reinante en la sala, acaban por llevar las flores del público al banquillos de los acusados".[35] En una ocasión los reos se pusieron de pie para rendir homenaje a la memoria de uno de ellos que había sido ejecutado antes del proceso, y el público, también, se puso de pie; lo mismo hicieron los desconcertados oficiales de la gendarmería y los policías. El espíritu de la revolución todavía alentaba.

"Hemos decidido participar en el presente proceso extraordinario sólo porque consideramos necesario... explicar públicamente la verdad acerca de la actividad y la significación del Soviet", fueron las palabras de Zlydniov, pronunciadas en nombre de todos los acusados, al abrirse el juicio. Los reos se condujeron de tal modo que se ganaron el respeto, y en ocasiones la simpatía renuente, de algunos de sus enemigos. La policía

[33] A. Lunacharsky, *Revolutsiónnie Silueti*.
[34] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 2, pp. 142-143.
[35] *Ibid.*, p. 141.

presentó contra algunos de los miembros del Soviet —Trotsky no figuraba entre ellos— la acusación de que habían malversado fondos recogidos entre los obreros. La acusación provocó tal marejada de protestas en las fábricas y fue tan eficazmente rebatida en el tribunal, que el propio Ministerio Público la descartó como calumniosa. Tan irrefutable era la evidencia de que el Soviet había contado con el abrumador apoyo popular para las huelgas generales y las manifestaciones que había convocado, que la parte acusadora no pudo fundar su alegato en esas actividades y concentró su esfuerzo en la imputación de insurrección.[36]

El 4 de octubre Trotsky tomó la palabra para hablar sobre este punto. Utilizó como pauta para su discurso los alegatos que Marx y Lasalle habían hecho en 1848, cuando se enfrentaron a una acusación idéntica, pero en esta ocasión tal vez superó a sus maestros. Comenzó afirmando que la república y la insurrección nunca habían figurado como puntos del temario del Soviet, de modo que, desde un punto de vista estrictamente legal, la imputación era infundada; pero ello era así sólo porque el Soviet había dado por sentada su posición frente a estas cuestiones y no había tenido necesidad de discutirlas. Inmediatamente tomó al toro —el problema de la violencia política— por los cuernos:

> ¿Se consideró el Soviet... justificado al usar la fuerza y las medidas represivas en ciertos casos? A esta pregunta, planteada en tal forma general, mi respuesta es: Sí... En las condiciones creadas por una huelga general política, cuya esencia era la paralización del mecanismo del gobierno, la vieja fuerza gubernamental que ya se había sobrevivido largo tiempo, y contra la cual iba dirigida la huelga política, demostró ser completamente incapaz de hacer algo. Ni siquiera con los bárbaros recursos de que sólo ella disponía estaba en condiciones de mantener y reglamentar el orden público. Mientras tanto, la huelga había sacado a centenares de miles de obreros de las fábricas a la calle y los había despertado a la vida política pública. ¿Quién debía hacerse cargo de la dirección de esas masas, quién podía llevar la disciplina a sus filas? ¿Cuál de los órganos del viejo poder gubernamental? ¿La policía? ¿La gendarmería?... Yo encuentro una sola respuesta: Nadie, excepto el Consejo de Diputados de Obreros.[37]

El Soviet no pudo sino empezar a asumir funciones cuasi-gubernamentales. Se abstuvo de la coerción, sin embargo, prefirió actuar por medio

[36] Una información contemporánea enviada desde Petersburgo por un corresponsal del *Times* de Londres, afirmaba: "El rasgo más notable de la manifestación revolucionaria de octubre de 1905 fue su perfecta organización... En cambio, la procesión de los 'blancos' fue un mero populacho formado por mandaderos, tenderos, bedeles y unos cuantos entusiastas". *The Times*, 1° de noviembre de 1905.

[37] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 2, pp. 163-164.

de la persuasión. El Ministerio Público no había ofrecido en evidencia más que unos cuantos casos insignificantes de violencia, más cómicos que trágicos. La defensa podría alegar que el Soviet obró dentro de los límites permitidos por el propio Manifiesto del zar, pero prefería proclamar francamente su convicción democrática y republicana. Que decidiera el tribunal si la libertad prometida en el Manifiesto era sólo para los monárquicos o también para los republicanos y los socialistas. "Que el Manifiesto nos proclame ahora, a través del veredicto del tribunal: habéis negado mi realidad, pero yo existo para vosotros lo mismo que para el resto del país". De lo contrario, los acusados serían condenados por sus creencias y no por sus actos.

Trotsky se propuso probar, a continuación, que, bajo ciertas circunstancias, la insurrección que el tribunal consideraba ilegal debía desarrollarse a partir de la huelga general, que el tribunal consideraba legal. La insurrección, en cierto sentido, había comenzado con la huelga general. La huelga había paralizado al gobierno existente y hacía necesario que otro gobierno ocupara su lugar. Una especie de poder dual había cobrado existencia. El Ministerio Público pretendía defender al orden existente contra el Soviet. Pero ese orden, en la medida en que lo expresaba el Manifiesto del zar, había sido él mismo producto de una huelga general: fue en respuesta a la huelga de octubre que el zar lo promulgó. La base legal, tanto como la real, en la que se apoyaba el viejo régimen había quedado destrozada. Dos gobiernos habían existido en realidad, cada uno luchando por imponerse, cada uno tratando de ganarse el apoyo del ejército. Su choque había sido inevitable. "¿Se dieron cuenta de ello los obreros de Petersburgo? Sí. ¿Consideró el proletariado, consideró el Soviet, que el choque abierto de estos dos poderes era inevitable? Sí". Y no sólo ellos, sino que las clases medias también lo comprendieron y en muchos casos manifestaron su simpatía por el Soviet. Era el viejo gobierno, no el Soviet, el que representaba la anarquía y el derramamiento de sangre. Era una exigencia del orden el que el viejo gobierno fuese derrocado y sólo la insurrección podía derrocarlo.

¿Cuál era la naturaleza de la insurrección?, preguntó Trotsky. El código ruso, que tenía un siglo de vida, sólo había conocido la noción de una conspiración contra el gobierno, llevada a cabo en secreto por un puñado de rebeldes. Esta había sido, ciertamente, la única forma de insurgencia posible en tiempos pasados. La nueva insurrección era un levantamiento popular cuya posibilidad el código nunca había contemplado. La ley iba a la zaga de los tiempos, y no le daba al Ministerio Público ni siquiera un fundamento técnico para la acusación contra el Soviet.

¡Y sin embargo nuestra actividad fue revolucionaria! ¡Y sin embargo nosotros nos preparamos efectivamente para un levantamiento armado! Un levantamiento de las masas no se hace, señores jueces. Se hace él

mismo. Es el resultado de relaciones y condiciones sociales, y no de un plan formulado en el papel. Una insurrección popular no se puede montar. Sólo se puede prever. Por razones que dependían tan poco de nosotros como del zarismo, un conflicto abierto se había hecho inevitable. Cada día se hacía más inminente. Prepararnos para el conflicto significaba, para nosotros, hacer todo lo posible para reducir al mínimo el número de víctimas de ese conflicto inevitable.

El Soviet trató de organizar a las masas y de explicarles el significado de los acontecimientos. No estaba preparando una insurrección; estaba preparándose para una insurrección. Cierto era que las masas no tenían armas. Pero, "independientemente de cuán importantes puedan ser las armas, no es en ellas, señores jueces, donde reside el gran poder. ¡No! No es la capacidad de las masas para matar a otros, sino a su gran disposición a morir, lo que asegura en última instancia la victoria del levantamiento popular..." Pues sólo cuando las masas se muestran dispuestas a morir en las barricadas pueden ganarse al ejército en el que se apoya el viejo régimen. La barricada no desempeña en una revolución el papel que desempeña la fortaleza en la guerra ordinaria. Es principalmente el terreno en que se encuentran el pueblo y el ejército. "Le sirve a la insurrección porque, al estorbar el movimiento de las tropas, pone a éstas en contacto con el pueblo. En la barricada, por primera vez en su vida, el soldado escucha palabras honradas y valerosas, un llamamiento fraternal, la voz de la conciencia popular; y, como consecuencia de ese contacto entre soldados y ciudadanos, en la atmósfera del entusiasmo revolucionario, las ligaduras de la vieja disciplina militar se rompen..."

Habiendo definido así el lugar de la insurrección en la revolución, Trotsky volvió al ataque contra el gobierno. Los gobernantes, dijo, trataban de prolongar su dominio por medio del asesinato y los pogromos: los malcantes de las Centurias Negras seguían las indicaciones de la policía y la gendarmería, y el propio zar había sido su protector.[38] Trotsky citó revelaciones hechas en la primera Duma por el príncipe liberal Urúsov, quien había relatado el siguiente alarde de uno de los jefes de la gendarmería: "Podemos hacer un pogromo cada vez que nos convenga, un pogromo de diez personas, si así lo deseamos, o de diez mil".

El Ministerio Público no cree en todo esto. No puede creerlo, porque

[38] El programa de las Centurias Negras decía como sigue:
"1. El bien de la Patria reside en la inconmovible conservación de la Ortodoxia y en la autocracia rusa ilimitada...
"2. La Iglesia Cristiana Ortodoxa debe tener la posición predominante y dominante en el Estado.
"3. La autocracia rusa ha surgido de la razón popular; ha sido bendecida por la Iglesia y justificada por la historia".

entonces tendría que dirigir la acusación contra aquellos a quienes ahora defiende y reconocer que el ciudadano ruso que se arma con un revólver contra la policía está obrando en legítima defensa... No tenemos duda de que, tras la fachada de las Centurias Negras, se hallaba el puño poderoso de la camarilla gobernante. ¡Señores jueces, ese puño siniestro seguimos viéndolo ahora frente a nosotros!

El Ministerio Público les pide a ustedes que acepten que el Soviet armó a los obreros para la lucha directa contra la "forma de gobierno existente". Si se me preguntara categóricamente: "¿Es verdad tal cosa?", yo respondería "¡Sí!"... Estoy dispuesto a admitir esa imputación, pero sólo con una condición. Yo no sé si el Ministerio Público y el tribunal aceptarán esa condición.

Yo les pregunto a ustedes: ¿Qué entiende exactamente el Ministerio Público por "forma de gobierno"? ¿Es que vivimos bajo alguna forma de gobierno? El gobierno ha roto hace mucho con la nación... Lo que tenemos no es una fuerza gubernamental nacional, sino un autómata para el asesinato en masa. No puedo encontrar otro nombre para el aparato de gobierno que destroza la carne viva de nuestro pueblo. Y si me dicen ustedes que los pogromos, los incendios premeditados, la violencia... si me dicen ustedes que todo lo que ha sucedido en Tver, Rostov, Kursk, Siedlce... si me dicen que Kishiniov, Odesa, Bielostok [los lugares donde habían tenido lugar los pogromos] representan la forma de gobierno del Imperio Ruso, entonces, sí, entonces yo reconozco junto con el Ministerio Público que en octubre y noviembre nosotros nos armábamos contra la forma de gobierno del Imperio Ruso.[39]

Así se enfrentó Trotsky a sus jueces, dirigiéndose a ellos con una voz sonora y metálica y echando furtivas ojeadas al público. Allí, entre el público, estaban sus padres: su padre que lo miraba fijamente, orgulloso y completamente reconciliado, y su madre que sollozaba quedamente. Su discurso provocó tanta emoción que los abogados de la defensa pidieron un receso para dar tiempo a que se aliviara la tensión, y el tribunal lo concedió. Durante el intervalo, los abogados y el público desfilaron ante Trotsky para felicitarlo, y éste trató gentilmente de preparar a su madre para una sentencia severa cuando advirtió que ella, impresionada por la respetuosa admiración que rodeaba a su hijo, esperaba ingenuamente una absolución. Cuando se reanudó la audiencia, el fiscal principal declaró jubilosamente que el acusado le había proporcionado toda la evidencia que necesitaba, pero también rindió tributo a la honradez y el valor de Trotsky.

El contrainterrogatorio de los testigos se convirtió en una denuncia total de la violencia y la corrupción en que se habían sumido el gobierno y la

[39] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol II, libro 2, pp. 136-177.

policía. En cierto momento, Trotsky, interrogando a Ivanov, el general de la gendarmería que había dirigido la investigación, obligó a éste a decir, entre las risas del público, que un portafolio lleno de documentos le había sido robado en la sede de la policía política. Era un descuido, explicó el general, dejar allí cualquier pertenencia personal sin vigilarla en todo momento, pues invariablemente se la robaban. Luego, el 13 de octubre, una especie de bomba estalló en la sala del tribunal. Uno de los abogados de la defensa recibió una carta de Lopujin, un director del departamento de policía recientemente destituido, quien ahora pedía ser citado como testigo. Lopujin, un funcionario semiliberal, había dirigido una investigación especial sobre las oscuras actividades de su propio departamento, y le remitió al tribunal una copia del informe que le había sometido a Stolypin, el nuevo Ministro del Interior. Deseaba testificar que el año anterior Petersburgo se había salvado de un sangriento pogromo sólo gracias a las medidas tomadas por el Soviet, y que los volantes incitando al pogromo habían sido impresos en la sede de la policía política, en la oficina de uno de sus jefes que acababa de declarar ante el tribunal que él nunca había visto tales volantes. Lopujin reveló además que la propia policía política había organizado las pandillas de las Centurias Negras, que el general Trépov mandaba directamente a las pandillas y que el comandante de la Corte Imperial rendía personalmente al zar informes regulares sobre esas actividades. La defensa pidió que Witte, el antiguo Primer Ministro, Durnovo, el antiguo Ministro del Interior, así como Lopujin, fueran citados como testigos. La petición fue denegada bajo el pretexto de que el contrainterrogatorio había concluido. De haber permitido que el ex-jefe de la policía presentara evidencia en favor de los acusados e implicara a la Corte Imperial, los magistrados habrían quedado expuestos a la ira del zar. Pero su negativa a citar a los testigos puso de manifiesto efectivamente el carácter político del proceso y muchas otras cosas. Los acusados y sus abogados decidieron boicotear lo que restaba de las audiencias.

El 2 de noviembre se pronunció el veredicto ante la sala vacía del tribunal. Los miembros del Soviet fueron declarados absueltos de la primera acusación, o sea la insurrección. Pero Trotsky y otros catorce reos fueron condenados a la deportación de por vida en Siberia y a la pérdida de todos sus derechos ciudadanos.

Los convictos, vestidos con uniformes grises de presidiarios emprendieron su viaje al amanecer del 5 de enero de 1907. No les habían dejado saber la fecha de su partida ni su punto de destino, y fueron despertados para el viaje cuando se acababan de acostar, después de haber pasado la noche empeñados en una "apasionada partida de ajedrez". Con todo, antes de su viaje lograron sacar clandestinamente de la cárcel un "Mensaje de Despedida" a los obreros de Petersburgo, en el que les agradecían su solidaridad

con el Soviet y reafirmaba su fe en el triunfo final de la revolución.

El grupo de deportados, algunos de ellos acompañados por sus esposas e hijos pequeños, fue llevado a la estación del ferrocarril por las calles oscuras y desiertas, bajo una fuerte escolta militar. El gobierno todavía temía que se hiciera un intento de rescate, y las precauciones fueron tan grandes que la escolta militar fue traída de Moscú: los soldados de la guarnición de Petersburgo no les merecían mucha confianza a las autoridades. En las estaciones donde el tren se detenía, el coche de los deportados era rodeado por un numeroso destacamento de gendarmes. Sólo cuando ya se había recorrido una gran parte del trayecto se les informó a los convictos cuál era su punto de destino. Aparte de esto, sin embargo, fueron tratados con respeto y consideración. Los soldados mostraban abiertamente su simpatía; casi todos habían leído las informaciones de los periódicos sobre el proceso y se alegraron de saber que escoltaban a los "diputados obreros", y que éstos no iban a la muerte, sino al destierro. A lo largo del viaje encargábanse de ir depositando a escondidas las cartas de los prisioneros en los buzones de la ruta. A esta circunstancia debemos una vívida descripción del viaje que Trotsky hizo en sus cartas a Sedova.[40]

La ruta seguida por el tren iba desde Petersburgo, pasando por Vólogda, Viatka y Perm, a través de los Urales, hasta Tiumén, donde el grupo dejó el ferrocarril y se cambió escolta. Desde allí viajaron en trineos hacia el norte, en dirección de Tobolsk. El convoy de cuarenta trineos tirados por caballos avanzaba sólo entre la salida y puesta del sol, de suerte que no recorría más de veinte verstas por día. Las precauciones fueron reforzadas y el viaje era interrumpido mucho antes de que empezara a oscurecer, para impedir cualquier intento de evasión. El territorio que recorrían estaba salpicado de colonias de deportados, donde el convoy era saludado a menudo con canciones revolucionarias y banderas rojas. Entre los campesinos siberianos el rumor y la leyenda habían precedido a los viajeros: la escolta inusitadamente numerosa sugería que los deportados eran hombres de gran importancia, duques o gobernadores caídos en desgracia, o los diputados de la primera Duma disuelta, y los campesinos los observaban con reverencia y sobrecogimiento.

Al cabo de más de tres semanas, los convictos llegaron a Tobolsk, donde fueron alojados durante unos días en la cárcel local. Allí se les informó que el término de su viaje era la colonia penal de Obdorsk, situada en las montañas sobre el estuario del río Obi, en el borde del Círculo Polar, a casi mil seiscientos kilómetros de cualquier ferrocarril y a 800 de una estación de telégrafos. La ruta de Tobolsk a Obdorsk corría hacia el norte, a lo largo del río Obi, pasando por Samárovo y Berezov, a través de tundras y

[40] Trotsky publicó posteriormente estas cartas en un libro titulado *Ida y vuelta*. Nuestras citas están tomadas de la traducción alemana que apareció como un apéndice en L. Trotsky, *Die Russische Revolution 1905*.

taigas yermas, desiertas y cubiertas de nieve y hielo en las que se recorrían centenares de kilómetros sin encontrar un solo poblado humano, salvo alguna que otra cabaña de ostiacos. En esa parte de la carretera aún era posible utilizar caballos, pero más adelante era preciso recurrir a los renos. Allí el deportado descubrió súbitamente, con angustia, el pleno significado de una separación definitiva de la civilización. Desde la cárcel de Tobolsk, el 29 de enero, Trotsky le escribió a su esposa acerca de la repentina e intensa nostalgia que lo había asaltado al recordar "la luz del alumbrado eléctrico en una calle, el ruido de un tranvía", característicamente, "la cosa más amable que el mundo puede ofrecer, el olor a tinta fresca de un periódico".

Hasta entonces no había pensado en intentar una evasión, aun cuando antes de salir de Petersburgo había ocultado prudentemente un pasaporte y unas monedas de oro en las suelas y el tacón de sus zapatos. Por una parte, los presos políticos se abstenían ahora de escapar mientras viajaban, para no causarle dificultades a la escolta. Por otra, reflexionó si, siendo una figura tan conocida por el público, no sería demasiado arriesgado hacer el intento: el deportado que trataba de evadirse era castigado, si lo capturaban, con tres años de trabajos forzados. Todavía cuando le escribía a Sedova acerca del lugar de su deportación, esperaba que ella se le uniera allí con su pequeño hijo, nacido mientras él aguardaba a ser procesado en Petersburgo. Trató de animar a Sedova diciéndole que Obdorsk tenía un clima saludable y una población de mil habitantes, y que allí tendría posibilidades de ganarse la vida. También le pedía que trajera o enviara a Obdorsk libros y periódicos en la mayor cantidad posible. En ese estado de ánimo, preparándose para una larga espera más allá del Círculo Polar, no exento de melancolía, salió de Tobolsk hacia Samárovo y Berezov, las siguientes paradas.

Galopando a toda velocidad, el convoy recorrió un vasto territorio asolado por el tifo y donde los ostiacos morían como moscas. El 12 de febrero los convictos fueron alojados en la cárcel de Berezov, pero con permiso para salir a pasear al aire libre. Este era el mes de las grandes nevadas en la tundra, y las autoridades no temían que alguien intentara fugarse.

En Berezov, un conjunto de circunstancias favorables indujeron a Trotsky a cambiar de opinión acerca de las posibilidades de evadirse. Conoció a un médico deportado que le enseñó a fingir un ataque de ciática, con objeto de poder quedarse unos cuantos días hospitalizado en Berezov, bajo una vigilancia poco estricta. La simulación requería mucha fuerza de voluntad, pero, si se tenía cuidado, no era susceptible de comprobación. Si continuaba el viaje para tratar de evadirse en Obdorsk, añadiría 500 verstas a su recorrido a través del desierto del norte, así que decidió poner en práctica la lección del médico y quedarse en Berezov. Encontró a un campesino solidario que estaba dispuesto a ayudarlo. Tenía que elegir una de tres rutas:

la carretera de Tobolsk, por la que había venido, era en ciertos aspectos la más conveniente, pero en ella podrían capturarlo fácilmente; la ruta más al norte, que atravesaba los Urales y llevaba a Arcángel y a Finlandia, era tan difícil como peligrosa; de modo que eligió cruzar la tundra sin caminos hacia el sudoeste, atravesando el rio Sosva, para llegar a un campamento minero en los Urales que era la terminal de un ferrocarril de vía estrecha que empalmaba con la línea de Perm a Viatka. Su amigo campesino le buscó un guía, un ziriano borrachín que conocía los caminos de la tundra y hablaba ruso y dos dialectos nativos. Hicieron un trato: el guía compró el reno y las pieles necesarias para el viaje, que pasarían a su propiedad al concluir éste.

A medida que se acercaba la fecha fijada para la evasión, Trotsky fingió irse recuperando del ataque de ciática. La noche antes de la fuga, asistió a una representación teatral de aficionados que montaban una obra de Chéjov. Se hizo el encontradizo con el jefe de distrito y le informó que pronto podría reanudar su viaje camino de Obdorsk. El funcionario se mostró muy complacido. A medianoche, Trotsky, que se había puesto, no sin aprensión, en manos del guía borracho, viajaba hacia el sur.

Tardó una semana —viajando generalmente noche y día— en atravesar la tundra cubriendo distancias "que nadie había medido excepto el Arcángel Miguel". El guía tenía un sentido de orientación y un conocimiento de la tundra instintivo y propio de un animal. Como casi todos los ostiacos y zirianos, su constante borrachera lo hacía quedarse dormido a cada momento, para alarma del pasajero que, temeroso de la persecución, veía al trineo hundirse en la nieve. Falto él mismo de alimentos, agua y sueño, Trotsky no dejaba de sacudir y dar empellones al ziriano, quitándole la gorra y exponiéndolo a la helada para mantenerlo despierto. Cuando pasaban frente a una cabaña ostiaca, el hombre detenía el trineo y desaparecía, hasta que su pasajero lo encontraba emborrachándose con los ostiacos o tirado inconsciente en el suelo. Durante el viaje uno de los renos se lastimó una pata y fue necesario dejarlo y comprar otro. Esto sucedió repetidas veces, y Trotsky tuvo que unirse a los ostiacos en la caza de nuevos renos.

Pese a la incomodidad y la exasperación, se alegraba de estar en marcha y observaba con profundo interés la sobrecogedora belleza del blanco desierto y la fealdad y miseria de la vida en las cabañas ostiacas. La mayor parte del tiempo combatía el sueño, y cuando se detenían en campo abierto para hervir agua de nieve y hacer té, se sentaba junto al fuego para anotar sus observaciones, que después habría de incluir en un libro. Ni siquiera la tensión de la fuga y el terror de la tundra podían abatir al investigador y al hombre de letras en él. Tomó notas sobre el paisaje, la forma de los bosques, la variedad de huellas dejadas en la nieve por el lobo, la zorra, el armiño, el alce y otras bestias; sobre sus conversaciones con el guía; sobre las costumbres y los hábitos de los nativos (que preferían

a todo otro manjar el pescado crudo, que devoraban mientras se agitaba vivo aún entre sus manos); sobre la abyecta esclavitud de sus mujeres; sobre la caza del reno; sobre el comportamiento de los cazadores y sus presas; y sobre mil otros detalles.

A medida que se aproximaba a los Urales, los poblados se iban haciendo frecuentes y la curiosidad de la gente resultaba molesta. Se hizo pasar primero por miembro de una expedición polar y después por funcionario. Tuvo que recurrir a su ingenio para encontrar respuestas adecuadas cuando trataban de venderle mercancías y cuando se encontró junto a un sujeto que conocía a algunos miembros de la expedición a la que él decía pertenecer. Pero no hubo mayores tropiezos y al fin llegó a Bogoslovsk, la terminal del ferrocarril de vía estrecha.

Al día siguiente un tren lo llevó hacia el oeste desde Perm, pasando por Viatka y Vólogda hasta llegar a Petersburgo. "En los primeros momentos", habría de recordar más tarde, "aquel coche espacioso y casi vacío parecióme estrecho y casi sofocante. Salí a la plataforma, donde soplaba el viento, y en medio de la noche mi pecho dejó escapar, involuntariamente, un grito de alegría y de libertad".[41] Tan embargado estaba por el júbilo que hizo todo lo que la prudencia debió de haberle aconsejado que no hiciera: se dirigió a Petersburgo, donde cada agente de policía lo conocía, y le telegrafió a su esposa anunciándole su llegada y pidiéndole que saliera a recibirlo en una estación donde el tren hacía parada. Sedova apenas pudo dar crédito a sus ojos: cuando llegó el telegrama, los periódicos de Petersburgo publicaban todavía las noticias sobre el viaje de los jefes del Soviet a su destierro en el Círculo Polar.

[41] L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, p. 336.

CAPITULO VII

EL RECESO: 1907-1914

El año de 1907 fue el año del desquite del zar. Con el golpe del 3 de junio la autocracia quedó plenamente restablecida y se inició el reinado del terror de Stolypin. La segunda Duma fue disuelta. Una nueva ley privó del sufragio a la masa del pueblo, y sólo después de eso fue elegida una nueva Duma. Los diputados socialdemócratas a la segunda Duma fueron deportados a Siberia. Los partidos revolucionarios fueron aplastados, sus organizaciones y periódicos clausurados y millares de sus miembros asesinados. Los tribunales de guerra y los patíbulos dominaron el escenario político. Aun los liberales moderados, que hasta muy poco antes habían abrigado la esperanza de llegar a un acuerdo con el zar, fueron perseguidos y humillados. Miliukov se quejó amargamente: "Fuimos invitados a ocupar puestos mientras se pensó que contábamos con el apoyo de las fuerzas rojas... Se nos respetó mientras nos consideraron revolucionarios. Pero desde que resultamos ser un partido estrictamente constitucional, se nos ha considerado inútiles".

La influencia del socialismo, que tan poco tiempo antes todavía era abrumadora, se redujo y se consumió. En 1905 todo el mundo parecía simpatizar con el socialismo; ahora casi todo el mundo abjuró de él. Los que se mantuvieron firmes formaban un puñado, e incluso ellos no pudieron resistir la desilusión y la confusión generalizadas. Los socialistas se vieron empujados nuevamente a la clandestinidad de la que habían salido con tantas esperanzas. Pero antes de 1905 les había sido mucho más fácil agruparse en pequeños círculos clandestinos que volver a descender ahora, con la derrota en sus corazones, a la clandestinidad. Parecían volver a hallarse donde habían comenzado, pero sin la fe y el coraje iniciales. Algunos eran renuentes a reanudar la lucha ilegal y abrigaban la esperanza de poder actuar abiertamente, dentro de los límites que permitiera el régimen del 3 de junio. Otros, desdeñosos de cualquier adaptación a la contrarrevolución triunfante, hacían esfuerzos desesperados por continuar una guerra a ultranza desde la clandestinidad, y la mayoría de éstos boicoteaban las pocas instituciones sociales y políticas que existían precariamente en forma abierta. La primera actitud, la de los llamados "liquidadores", prevalecía entre los mencheviques, aunque algunos dirigentes mencheviques, especialmente Plejánov y Mártov, estaban convencidos de la necesidad de organizarse clandestinamente. Los "boicoteadores" tenían fuerza entre los bolcheviques, pero se enfrentaban a la oposición de Lenin, quien se esforzaba por combinar las formas clandestinas y abiertas de actividad.

En la recuperación del zarismo, Trotsky vio un mero intervalo entre dos revoluciones. Insistió, tanto como Lenin, en la necesidad de que el movimiento reconstruyera su organización ilegal; y exhortó a los militantes clandestinos a "infiltrarse" en toda institución legal, desde la Duma hasta los sindicatos, a fin de expresar sus opiniones dentro de ellas. Por lo tanto, se oponía tanto a los liquidadores como a los boicoteadores y siguió exponiendo la idea de la revolución permanente con un optimismo y un ardor inusitados en aquellos años de depresión.[1]

Ello no obstante, los años de 1907 a 1914 constituyen en su vida un capítulo singularmente exento de logros políticos. "La mayor parte de mis actividades durante los años de "reacción", escribió más tarde, se encaminaron a estudiar la revolución de 1905 y a allanar teóricamente el camino para la próxima".[2] Estudió, en efecto, la revolución de 1905, o, más bien, repitió la interpretación derivada de su estudio anterior. Pero de aquel nuevo "allanamiento teórico" hay pocas muestras en sus escritos, que consistieron en brillantes trabajos periodísticos y de crítica literaria, sin incluir un solo texto significativo de teoría política. Con todo, ni siquiera en esta reminiscencia un tanto indulgente para consigo mismo, pretende Trotsky hacerse acreedor a ningún logro revolucionario práctico. En esos años, sin embargo, Lenin, con la ayuda de sus seguidores, forjaba su partido, y hombres como Zinóviev, Kámenev, Bujarin y más tarde Stalin iban alcanzando una estatura que les permitió desempeñar papeles principales en el Partido en 1917. A la estatura que Trotsky había alcanzado en 1904-6, el presente período añadió poco o nada.

Stalin, en los días anteriores al comienzo de su oposición a Trotsky con calumnias absurdas, hizo un comentario que proporciona una clave para este capítulo. La fuerza de Trotsky, dijo Stalin, se revela cuando la revolución cobra ímpetu y avanza; su debilidad se hace patente cuando la revolución es derrotada y tiene que replegarse.[3] En esto hay cierta verdad. La constitución mental y moral de Trotsky era tal que recibía los impulsos más vigorosos de las tensiones y los esfuerzos de la lucha concreta y en medio de ésta movilizaba mejor sus recursos. En un escenario gigantesco, que convertía a otros en pigmeos, él alcanzaba la estatura de un gigante. En el estruendo de la batalla, su voz resonaba a plenitud; y cuando se enfrentaba a multitudes en rebelión, absorbiendo de ellas su desesperación y su esperanza e impartiéndoles su propia fe y entusiasmo, su personalidad dominaba a los hombres y, dentro de los límites, a los acontecimientos. Cuando la revolución retrocedía, sin embargo, quedaba fuera de su elemento y sus fuerzas menguaban. Estaba a la altura de las tareas hercúleas, y sólo de ellas.

[1] Véanse sus comentarios editoriales en la *Pravda* vienesa, núms. 1, 4 y 5; "Carta a los Obreros Rusos-*Vivos Voco*" en el núm. 6; y *"Chtó-zhe dalshe?"*, Suplemento de Pravda, núm. 17.

[2] L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, p. 373.

[3] Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. VI, pp. 329-331.

A su regreso del extremo norte, Trotsky se detuvo por unos días en Petersburgo, y luego, antes de que la policía diera con su rastro, pasó a Finlandia. Un nuevo flujo de emigrados revolucionarios se movía hacia el oeste, y Finlandia era la primera etapa de su recorrido. Al jefe de la policía de Helsinki, un patriota finlandés, le satisfacía brindar protección a los enemigos del zar. Lenin y Mártov ya habían llegado allí. Acogieron cordialmente a Trotsky y lo felicitaron por su comportamiento durante el proceso. Su estadía en Finlandia duró unas cuantas semanas, durante las cuales preparó la publicación de un relato sobre su evasión de la tundra. A fines de abril se hallaba en Londres para asistir a un Congreso del Partido.

Aquélla fue, en muchos aspectos, una extraña asamblea. Con una asistencia de 350 delegados —casi diez veces mayor que la de 1903—, fue el último Congreso del partido unido. Los delegados, aunque se reunieron en vísperas del golpe de estado de Stolypin, no estaban claramente conscientes de que la revolución había sido derrotada. Por el contrario, el Partido, a sus ojos, parecía encontrarse aún en el cenit de su fuerza. Su militancia era todavía nominalmente muy numerosa, y no sólo trabajaban juntos los bolcheviques y los mencheviques, sino que incluso el Partido polaco y el latvio se habían unido al Partido materno, el ruso (anteriormente se habían mantenido alejados para no identificarse con ninguna de sus dos facciones). El Partido, sin embargo, era tan pobre que tuvo que tomarle dinero prestado a un comerciante liberal inglés para poder celebrar sus sesiones en una iglesia de Londres.

Los problemas capitales de la revolución —las tendencias económicas, el alineamiento de las clases y las perpectivas históricas— fueron sometidos a un debate prolongado y minucioso que duró tres semanas. "Los discursos de los dirigentes duraban horas... aquello se hubiera tomado por una reunión de académicos..."[4] Por primera vez Trotsky tuvo la oportunidad de exponer la teoría de la revolución permanente ante una asamblea de aquel tipo. Criticó vigorosamente a los mencheviques por su inclinación a coaligarse con los demócratas constitucionales y abogó en favor de un bloque de obreros y campesinos.[5] Rosa Luxemburgo, representando al Partido Socialdemócrata Polaco, suscribió la teoría de la revolución permanente. Lenin señaló enfáticamente, en dos ocasiones, que al abogar por una alianza de obreros y campesinos, Trotsky coincidía con los bolcheviques. Una vez más Lenin trató de atraerse a Trotsky, y una vez más fracasó. Por el momento Trotsky se mantenía alejado de ambas facciones, y a ambas les predicaba la unidad. "Aquí viene", decía, "el camarada Mártov... y amenaza con erigir entre bolcheviques y mencheviques una muralla marxista erizada de cañones... 'No tenemos miedo', replica el bolchevique, y amenaza con fortificarse detrás de un profundo foso. Ca-

[4] A. Balabánov, *My Life as a Rebel*, p. 88.
[5] *Piati Syezd RSDRP*, pp. 272-273, 417-418, 420-424.

marada Mártov, usted va a construir su muralla con papel nada más, con su literatura polémica; no tiene otra cosa con qué construirla".[6] En esto, desde luego, se equivocaba Trotsky: la "muralla" que separaba a las dos facciones era de un material mucho más sólido de lo que él se imaginaba, y Mártov y Lenin tenían un presentimiento de la irreconciliabilidad final de sus métodos políticos. "Si ustedes creen", continuaba Trotsky, "que un cisma es inevitable, aguarden cuando menos a que los acontecimientos, y no tan sólo las resoluciones, los separen. No se adelanten a los acontecimientos".

En su actitud frente a ambas alas del Partido había una cierta altivez intelectual, pues veía a ambas a través del prisma de su teoría de la revolución permanente. Tanto Lenin como Mártov aceptaban que la Revolución Rusa no sería más que una revolución democrático-burguesa; ambos, pues, estaban equivocados en opinión de Trotsky, y sus concepciones no resistirían la prueba de los acontecimientos.[7] Desde un punto de vista estrictamente teórico, esto era cierto; pero tal punto de vista no era necesariamente el más realista. Cualesquiera que fueran las fórmulas, el partido de la revolución se iba constituyendo bajo la inspiración de Lenin, y el partido potencial de la reforma bajo la de Mártov. Con su mirada fija en horizontes amplios, Trotsky no lograba ver la división que tenía lugar ante sus propios ojos. Su propia teoría debería haberlo llevado a acercarse a los bolcheviques, pero los vínculos de la amistad personal y el lastre de su vieja controversia con Lenin lo mantenían más cerca de los mencheviques.

En el congreso de Londres un nuevo problema renovó la antigua exacerbación. Reunidos en comité, los delegados discutieron las actividades guerrilleras y las "expropiaciones" que habían venido llevando a cabo los grupos de choque bolcheviques, especialmente en el Cáucaso. Los mencheviques censuraron airadamente tales actividades como una recaída en el antiguo terrorismo populista, si no en el simple bandolerismo, y convencieron al Congreso, en el que por lo demás Lenin contaba con una mayoría, de que las prohibiera. Durante esta discusión, la actitud de Lenin fue ambigua. Aparentemente, aún se proponía usar a los grupos de choque en unos cuantos asaltos a los transportes de dinero del gobierno ruso a fin de obtener el dinero que el Partido necesitaba para su actividad bajo el terror de la contrarrevolución. Mientras transcurrían las sesiones del Congreso,

[6] *Ibid.*, pp. 54-55.

[7] Poco después del Congreso, Trotsky escribió en el *Przeglad Socjal Demokratyczny* (el periódico polaco de Rosa Luxemburgo) que "mientras los aspectos antirrevolucionarios del menchevismo se van revelando ya plenamente, los rasgos antirrevolucionarios del bolchevismo amenazan con ponerse de manifiesto sólo en el caso de una victoria revolucionaria". Trotsky confiaba, sin embargo, en que una nueva revolución obligaría a ambas facciones a revisar sus concepciones y en esa forma las acercaría más, como lo habían hecho los acontecimientos de 1905. Véase *Die Russische Revolution 1905*, p. 231.

un desconocido delegado caucasiano que estaba íntimamente relacionado con los grupos de choque, Dzhugashvili-Ivanovich (todavía no adoptaba el seudónimo de Stalin), guardaba silencio en espera del resultado de la controversia y de las instrucciones de Lenin. Las actas del Congreso no dicen nada sobre el desarrollo de esta controversia; sólo se cuenta con reminiscencias fragmentarias, escritas muchos años después. Pero no hay duda de que Trotsky figuró con Mártov, entre los que atacaron duramente a los bolcheviques; y algún tiempo después de celebrado el Congreso llegó a publicar la denuncia en las columnas de la prensa socialista de Europa occidental. También debe de haber expresado su indignación en los vestíbulos del Congreso o en los comités. Así, pues, el anterior reconocimiento por parte de Lenin del reacercamiento de las concepciones básicas de ambos y su renovado intento de ganarse a Trotsky, no condujeron a nada; y al término del Congreso fueron seguidos por enconadas invectivas. Trotsky todavía votó ora en favor de una moción bolchevique, ora en favor de una menchevique, pero en varias ocasiones se ensañó contra Lenin por razones que las actas del Congreso no aclaran en modo alguno.[8]

La disputa con motivo de los grupos de choque fue superada por una controversia más amplia relativa al carácter del movimiento. Los llamados liquidadores trataban de justificar su oposición al trabajo clandestino como parte de un esfuerzo por reformar al socialismo ruso dentro de un espíritu europeo. Los partidos socialistas europeos, argumentaban ellos, trabajaban abiertamente, y lo mismo debería hacer la organización rusa. El razonamiento apelaba a un sentimiento que había tenido fuerza en todos los sectores del Partido porque, desde los días de la lucha contra los populistas, todos los marxistas habían pensado que su misión consistía en "europeizar" el socialismo ruso. Pero ahora cada facción le atribuía un significado diferente al término. Los liquidadores veían la esencia del socialismo europeo en sus organizaciones de masas democráticas, en el trabajo legal de sus representaciones parlamentarias cada vez más numerosas, en las negociaciones pacíficas de los sindicatos: en suma, en su práctica reformista. Para los bolcheviques, "europeización" significaba lo que en un principio había significado para todo el Partido: el trasplante a Rusia del socialismo proletario marxista, el producto combinado de la filosofía alemana, el socialismo francés y la economía política inglesa. Pero no podían ver cómo les sería posible ir más allá de eso e imitar los métodos abiertos y legales del socialismo occidental; el Estado policíaco ruso, especialmente bajo el régimen de Stolypin, se negaba a permitir siquiera la existencia pública de un partido liberal, no digamos ya de un partido socialista. Si el

[8] Poco después del Congreso, Lenin le escribió a Máximo Gorki (que había asistido al Congreso y había tratado de reconciliar a Lenin y Trotsky), que Trotsky se comportaba "como un presumido". Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXIV, p. 335. Véase también *Piati Syezd RSDRP*, pp. 506, 602, 619, y Medem, *op. cit.*, vol. II, pp. 187-189.

socialismo se limitaba a hacer lo que le permitía la ley, la ley dictada por una autocracia triunfante, no haría más que eliminarse a sí mismo.

Trotsky glorificaba la lucha clandestina, su heroísmo y su martirologio, con todo el entusiasmo romántico que le era peculiar. Pero también respondía con fervor a la consigna de europeización. Nunca hizo del todo claro lo que ésta significaba para él. En su caso era el resumen de una actitud emocional y cultural más bien que un concepto político bien definido. Expresaba en una forma positiva el disgusto que le inspiraban "la sequedad y la dureza" de la organización clandestina tal como la concebía Lenin. Sabía que, bajo el zarismo, un movimiento obrero abierto y de amplia base era un castillo en el aire. Pero, anhelando lo mejor de ambos mundos, quería ver al movimiento clandestino ruso imbuido del espíritu democrático y tolerante del socialismo occidental. Deseaba que la organización clandestina le diera a la autogestión (*samodeyatelnost*) de los militantes de base aquel amplio radio de acción que los partidos obreros occidentales parecían ofrecer. Empero, cualquier movimiento clandestino es necesariamente estrecho y rígido en comparación con cualquier partido que trabaje abiertamente. No puede, en rigor, tener una base amplia; no puede, en realidad, permitirse el aflojamiento de la disciplina que la dirección impone a sus miembros; no puede conceder a los militantes de base la libertad de iniciativa y de "autogestión" que puede existir (o simplemente parecer que existe) en un partido normal. Lenin tenía la razón de su parte cuando insistía en que "europeizar" al partido ruso, aun en el sentido en que Trotsky y no los liquidadores lo deseaban, habría significado dar al traste con el Partido.

En nadie era más natural el anhelo de europeización que en Trotsky. Más que ningún otro emigrado, él era un "europeo". La mayoría de los emigrados vivían en sus círculos cerrados. Inmersos en los asuntos rusos, sin dejarse afectar por la vida de los países en que residían. No así Trotsky. Con la adaptabilidad y la receptividad mental del judío errante —aunque éstas no son en modo alguno cualidades exclusivamente judías—, él no se sentía un extraño en la mayoría de los países europeos, se mantenía apasionadamente al tanto de sus asuntos, hablaba y escribía en sus idiomas y participaba en sus movimientos obreros.

En el verano de 1907, después del Congreso, se trasladó de Londres a Berlín, donde lo esperaba Sedova con el pequeño hijo de ambos. Allí fue acogido cordialmente por la *élite* intelectual del socialismo alemán. Su fama le había precedido: su conducta en el Soviet y en el banquillo de los acusados había despertado admiración, y sus ensayos habían sido traducidos y publicados en revistas alemanas. Parvus, que también se había evadido de Siberia, le presentó a Karl Kautsky, cuya influencia era entonces suprema en el socialismo europeo y a quien se conocía como el "Papa" del marxismo. Trotsky recordó a menudo la emoción con que fue

a hacer aquella visita y la impresión de "serenidad interior" que le produjo el "viejecillo alegre, de pelo blanco y claros ojos azules". No podía habérsele ocurrido entonces que un día Kautsky sería el crítico más severo de la Revolución de Octubre y el blanco de sus propios ataques devastadores. Todavía durante unos cuantos años, Trotsky, al igual que todos los socialistas, hubo de sentarse a los pies de Kautsky, aun cuando la mentalidad "esquinada y seca" del maestro, y una cierta trivialidad y falta de sutileza, no tardaron en desilusionarlo. La casa de Kautsky se convirtió en su puerto de arribada habitual en Berlín, y participó en las reuniones del círculo íntimo del "Papa". Allí conoció a Babel, el viejo precursor que se había enfrentado a Bismarck y había dirigido el avance del socialismo alemán, durante los años de persecución, a su aparente edad de oro. Allí conoció también a Ledebour, a Haase y otros dirigentes. Estas amistades y contactos le sirvieron para fines políticos. En *Neue Zeit*, la revista mensual de Kautsky, y en *Vorwärts*, el influyente diario socialista, presentó a menudo el caso ruso y explicó, desde su punto de vista, sus disensiones internas.[9] El hecho de que se mantenía al margen de las facciones rusas rivales le valía ser bien visto por los alemanes, que no lograban desenredar la madeja de la controversia rusa y eran renuentes a verse involucrados en ella.[10] La manera de escribir de Trotsky estaba exenta de dogmatismo y era atrayente y europea, y los lectores alemanes lo apreciaban más que a cualquier otro socialista ruso. Sus amigos alemanes, por su parte, colaboraban ocasionalmente en su periódico ruso publicado en el exilio, ayudando a darle prestigio, pues el Partido Socialdemócrata Alemán era todavía "madre, maestro y ejemplo viviente" para todos los socialistas rusos.

Curiosamente, Trotsky no tenía vínculos muy estrechos con el ala radical del socialismo alemán, encabezada por Rosa Luxemburgo. Karl Liebknecht y Franz Mehring, los futuros fundadores del Partido Comunista, sino con los hombres del grupo centrista, que mantenían las apariencias de la ortodoxia marxista pero llevaban de hecho al partido a su rendición ante las ambiciones imperialistas del imperio de los Hohenzollern. Esto era tanto más extraño cuanto que los radicales alemanes no eran en modo alguno una facción equivalente a la de los bolcheviques. En la mayoría de los aspectos esenciales su actitud coincidía con la de Trotsky. Ellos también cuidaban con celo la unidad del Partido; ellos también representaban un tipo de marxismo intelectual y revolucionario, opuesto al reformismo empírico que emanaba de los sindicatos alemanes. De todas las per-

[9] En una carta a sus seguidores, Lenin se quejó una vez de que "Trotsky y Cía. escriben y los alemanes creen. En términos generales, Trotsky es amo y señor en el *Vorwärts*". Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXV, p. 11.

[10] Esta era la actitud de casi todos los socialistas europeos. Jaurès, por ejemplo, instruyó a los redactores de *L'Humanité* que no publicaran nada del Partido ruso o acerca de éste, porque de lo contrario el periódico se vería inundado con declaraciones interminables y sumamente oscuras de las facciones opuestas. A Morizet, *Chez Lénine et Trotski*, p. 101.

sonalidades del socialismo europeo, ninguna era tan afín a Trotsky en origen, temperamento y dotes políticas y literarias como Rosa Luxemburgo: no en vano Stalin habría de denunciarla póstumamente, en 1932, como "trotskista". Habían estado de acuerdo en el reciente Congreso de Londres y nuevamente en el Congreso de la Internacional en Stuttgart, donde Luxemburgo habló en nombre de la izquierda antimilitarista. Al igual que Trotsky, ella rechazaba la concepción general menchevique de la revolución, pero veía con suspicacia la actividad de los bolcheviques. Al igual que Trotsky, deseaba la "europeización" del movimiento ruso y al mismo tiempo trataba de insuflarle al partido alemán algo del idealismo revolucionario ruso. Se encontraban a veces en casa de Kautsky, pero se mantenían alejados el uno de la otra, quizá debido a su extraordinaria afinidad. Estando tan de acuerdo, es posible que hayan tenido poco que decirse. Trotsky tampoco se sintió atraído por el idealismo apasionado y sincero, si bien poco refinado, de Karl Liebknecht, lo cual habría de lamentar en años posteriores. Franz Mehring, cuyo temperamento político se manifestaría con brillo durante la Primera Guerra Mundial, estaba entonces inmerso en trabajos históricos y filosóficos que se hallaban un tanto alejados de las cuestiones que agitaban a Trotsky.

Durante los siete años siguientes, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, Trotsky residió en Viena. "Su casa en Viena", escribe un socialista rusoamericano que lo visitó allí en 1912, "era la casa de un hombre pobre, más pobre que la de un obrero ordinario... Sus tres piezas en un... suburbio obrero contenían menos mobilario que el que exigía la comodidad. Sus ropas eran demasiado baratas para aparentar 'decencia' a los ojos de un vienés de clase media. Cuando visité su casa, encontré a la esposa de Trotsky dedicada a los quehaceres domésticos, mientras los dos niños encantadores, de cabellos claros, le prestaban su ayuda nada despreciable. Las únicas cosas que alegraban la casa eran los montones de libros en todos los rincones".[11] La impresión de pobreza que recibió el visitante fue tal vez exagerada. Trotsky y los suyos se hallaban en una situación más desahogada que la de la mayoría de los emigrados, aun cuando vivían muy modestamente y en ocasiones, como veremos más adelante, sufrían verdadera penuria. Durante todos esos años, Trotsky, que escribía bajo su antiguo seudónimo de Antid Oto, fue el corresponsal en Viena del *Kievskaya Muisl* (*El Pensamiento de Kiev*), un diario liberal radical de gran circulación, y colaboraba frecuentemente en una media docena cuando menos de periódicos rusos, alemanes y belgas.[12] Sus padres acomodados, que ayudaban al sostenimiento de las dos hijas de su primer matrimonio y

[11] Véase M. J. Olgin, "Biographical Notes", en la edición norteamericana de *Our Revolution* de Trotsky, p. 18.

[12] Además de *Kievskaya Muisl*, colaboró en estos años, de manera irregular, en los siguientes periódicos: *Luch, Dien, Odésskie Nóvosti* (cuyo editor era su tío Spentzer), *Borbá, Neue Zeit, Vorwärts* y *Le Peuple* (de Bruselas).

que en varias ocasiones viajaron al extranjero para verse con él, deben de haberlo socorrido económicamente algunas veces. Los dos niños mencionados por el visitante norteamericano eran Liov o Liova, el primogénito de su segundo matrimonio, nacido en 1906, mientras Trotsky estaba en la cárcel, y Sergei (Seryozha), nacido en Viena en 1908.

Por todo lo que sabemos, la familia llevaba una vida tranquila y feliz. El león revolucionario era un marido atento y un padre afectuoso. Deseoso de ayudar a su esposa y de permitirle continuar su carrera artística y seguir la vida política de la colonia rusa, cooperaba con ella en los quehaceres domésticos y en la educación de los niños. Más adelante, cuando éstos empezaron a ir a la escuela, los ayudaba con sus tareas, encontrando tiempo para ello incluso en los años febriles de la guerra, después que la familia se trasladó a París.[13] Sedova, por su parte, reanudó en Viena la educación artística de su marido, que había iniciado en París sin éxito inicial en 1902. La pareja pasó más de un día entre las ricas colecciones artísticas del Burgschloss y en las galerías de Viena. El interés de Trotsky por las artes aumentaba considerablemente: en sus frecuentes viajes a París, Londres o Munich solía robarles unas horas a los cónclaves políticos para visitar el Louvre, la Galería Tate y otras colecciones; y sus escritos de este período, especialmente sus reseñas de las exposiciones anuales en Viena, escritas para *El Pensamiento de Kiev*, revelan un conocimiento algo más que superficial de las corrientes del arte europeo. Puesto que la política y el periodismo sólo ocupaban parte de su tiempo, Trotsky se familiarizó más aún con la novela francesa y rusa y con la poesía alemana, y ello también se refleja en sus ensayos literarios de la época.

Se estableció en Viena con renuencia, después que la policía alemana le negó residencia en Berlín. Deseaba permanecer dentro de la órbita del socialismo alemán, y para esto Viena era la ciudad más indicada después de la capital alemana. Desde Viena observó también el choque de las aspiraciones alemanas y eslavas en los Balcanes. A fines del reinado de Francisco José, Viena, aunque ya se había vuelto un tanto provinciana, seguía siendo uno de los centros espirituales de Europa. En política, se enorgullecía del austromarxismo, que había quebrantado la dominación hasta entonces no impugnada del clericalismo en el más católico de todos los imperios. En literatura, había hecho, con Arthur Schnitzler, Peter Altenberg, Karl Krauss y otros, su aportación a la corriente hipersensitiva, saturada de sexualidad y muerte, del *fin de siècle*. En las artes, su retraimiento se rebelaba moderadamente contra el conservadurismo académico y la vulgaridad burguesa. En la intelectualidad vienesa y en su ala radical no faltaban sólida educación y buen gusto, aunque estas virtudes no iban acompañadas por la fuerza de carácter y la conciencia de un propósito. Tal vez

[13] A. Rosmer, "Trotsky during World War I", *The New International*, septiembre-octubre de 1950.

sólo en la psicología produjo Viena en aquel tiempo algo capaz de marcar una época: la gran mente de Freud, empezaba a dominar el campo. Por lo demás, la Corte, el Parlamento, las redacciones, las asambleas socialistas, los grupos y las capillas literarias y artísticas se reflejaban todos ellos en la vida y las charlas de los acogedores cafés vieneses, siempre llenos de conversación inteligente e ingeniosa y sin embargo extrañamente fútil.

En *Mi vida,* Trotsky describe este ambiente con desdeñosa ironía. Sus escritos de esa época, sin embargo, sugieren marcadamente que él disfrutaba de la moderada efervescencia de la atmósfera vienesa. Se sumergió en la vida local, se unió a los social-demócratas austriacos, visitaba sus círculos y asistía a sus reuniones, colaboraba en los periódicos socialistas locales, se interesaba en los acontecimientos literarios y artísticos, y en ocasiones cedía a la atracción de los cafés. Años después, como dirigente de una revolución victoriosa y enemigo implacable del reformismo, dibujó semblanzas devastadoras de los jefes del austromarxismo. Durante su permanencia en Viena, fue menos duro con ellos y se sintió halagado por su amistad. Admiró cordialmente a Víctor Adler, el patriarca del Partido, en cuyo hogar se le recibía tan bien como en el de Kautsky en Berlín, y repetidas veces escribió con afición y amor sobre Víctor Adler para los lectores rusos.[14] Fue buen amigo del hijo de Víctor, Fritz, el rebelde benjamín del Partido y director de *Kampf* (*Lucha*), que un día habría de matar al Primer Ministro austriaco, el barón Stürgkh, en protesta contra la guerra mundial.[15] Vínculos de amistad lo unieron también a Rudolf Hilferding, el cerebro rector del austromarxismo. Precisamente en los días en que Trotsky se establecía en el suburbio vienés de Hütteldorf, Hilferding escribía, o completaba, su monumental *Finanzkapital,* que es virtualmente el único intento ambicioso hecho desde la muerte de Marx para poner al día la teoría de *Das Kapital.* (La obra de Hilferding la utilizó Lenin para justificar su política revolucionaria, mientras su autor se convertía en Ministro de Hacienda de la República de Weimar.) Fue Hilferding quien presentó a Trotsky con Karl Renner, el futuro Canciller y Presidente de la República Austriaca, con Otto Bauer, el más destacado teórico y experto del austromarxismo sobre las minorías nacionales y futuro Primer Ministro, y con casi todos los demás dirigentes austromarxistas. "Eran personas extraordinariamente cultas", escribe Trotsky, "que sabían de muchas cosas bastante más que yo, y seguí con vivo, por no decir que devoto, interés su conversación en la primera reunión a que asistí en el Café Central".[16]

[14] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. VIII, pp. 10 sigs.

[15] Durante la guerra Trotsky describió a Friedrich Adler como su "compañero de ideas y amigo" (*Obras,* ed. rusa, vol. VIII, pp. 33-36). En 1919, Trotsky y Lenin postularon a F. Adler como Secretario Honorario de la Tercera Internacional y sufrieron una gran decepción cuando éste les volvió la espalda. Posteriormente F. Adler fue secretario de la Segunda Internacional.

[16] *Mi vida,* tomo I, p. 352.

Pero Trotsky también cobró conciencia de la diferencia que existía entre su marxismo y el de aquellos hombres. Ellos eran escépticos académicos y superrefinados, sin brío; y él advirtió la condescendencia cortésmente disfrazada con que veían su propio ardor revolucionario. Detrás de los pensadores y dirigentes veía "una falange de jóvenes políticos austriacos, que han ingresado en el Partido con la firme convicción de que una familiaridad relativa con el Derecho Romano le da a un hombre el derecho inalienable de dirigir el destino de la clase obrera".[17] Pero Trotsky creía que, en los tiempos de crisis, el espíritu audaz del socialismo superaría el escepticismo de los dirigentes y el oportunismo de los funcionarios del Partido, y que la revolución, cuando llegara, arrastraría consigo a los austromarxistas así como a los mencheviques. Obviamente tomó erróneamente a sus amigos por revolucionarios, del mismo modo que éstos gustaban de ver en él a alguien que en el fondo de su corazón era un reformista moderado.[18]

Reforzado por estas amistades, Trotsky se presentó frecuentemente como el portavoz del socialismo ruso ante los congresos de los partidos alemán y austriaco. También se convirtió en una figura familiar en las reuniones de la Internacional, donde conoció a los precursores: Jaurès y Guesde, Keir Hardie y MacDonald, Vandervelde y Turati. Se sintió hechizado por la personalidad de Jaurès, pese al reformismo de éste, por "la ingenuidad genial del entusiasmo de Jaurès" y por su "volcánica pasión moral y su capacidad de indignación concentrada" y su genio de orador, más clásico y menos arrebatado que el suyo y, con todo, muy afín a éste. En esas reuniones, donde se congregaba todo el talento del socialismo europeo, Trotsky comparó varios estilos de oratoria, observando, por ejemplo, el "exquisito pulimento de su estilo y la finura de los ademanes" en Vandervelde, a quien más tarde habría de calificar de mediocre, o analizando el vigoroso efecto oratorio de Víctor Adler, quien "nunca podía controlar su voz más bien débil y la desperdiciaba en tal forma que al terminar sus discursos por lo general tosía y quedaba ronco". Pero era a Jaurès a quien, lo mismo en los congresos que en los comités o en las asambleas públicas, escuchaba "siempre como si fuera la primera vez", cuando aquél "movía rocas, tronaba y estallaba, pero nunca se ensordecía a sí mismo. Al igual que un pesado martillo de acero, podía aplastar una roca o labrar con infinita precisión la más fina hoja de oro".[19] Y en una ocasión, describien-

[17] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. VIII, pp. 12-13.

[18] El siguiente incidente constituye un ejemplo divertido: hacia fines de 1917, cuando el conde Czernin, el Ministro de Relaciones Exteriores de Austria, se preparaba para iniciar las negociaciones con Trotsky en Brest-Litovsk, tuvo una conversación con Victor Adler. "Adler me dijo en Viena: 'Usted seguramente se llevará bien con Trotsky', y cuando yo le pregunté por qué pensaba eso, me contestó: 'Bueno, usted y yo nos llevamos muy bien, ¿no es cierto?' ". Conde O. Czernin, *In the World War*, p. 234.

[19] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. VIII, pp. 13, 19, 30-31.

do al gran francés, comentó característicamente: "Algunas veces el hombre de la fértil estepa rusa puede encontrar en Jaurès un mero adiestramiento técnico artifical y una declamación seudoclásica. Pero en semejante apreciación sólo se revela la pobreza de nuestra propia cultura rusa".

Mientras más se empapaba él de esta atmósfera de la Europa anterior a 1914, más lo oprimía la conciencia de la "pobreza y vulgaridad" de la cultura rusa y más enfáticamente insistía en que parte de la misión del socialismo, y sólo del socialismo, consistía en hacer del escita un "buen europeo". Dio a esta idea su mejor expresión, con toda su fuerza y toda su debilidad, en un espléndido ensayo sobre la intelectualidad rusa que escribió para *El Pensamiento de Kiev* en 1912. El director del periódico vaciló mucho antes de publicarlo: aun en un periódico radical era probable que el ensayo hiriera demasiado el amor propio ruso. Trotsky lo escribió con motivo de la aparición de un libro muy celebrado de Iván Razúmnik, que exaltaba las virtudes excepcionales y el papel histórico de la intelectualidad rusa. En su crítica del libro, Trotsky elaboraba algunas de las ideas sobre la historia rusa que había formulado anteriormente y trataba de explicar el papel peculiar de la intelectualidad rusa apoyándose en un amplio trasfondo histórico.

"Somos pobres", escribió, "con la pobreza acumulada de más de mil años... La historia nos dejó caer al azar en un medio ambiente rigoroso, esparciéndonos sobre una vasta llanura". Sólo un Estado con naturaleza de Leviatán podía defender esa llanura de la invasión asiática y resistir la presión de la Europa poderosa y rica. Para alimentarse a sí mismo, el Leviatán hambreó a la nación, lisió el desarrollo de sus clases e instituciones sociales y atrofió su civilización. "El pueblo ruso no estaba más oprimido por la nobleza y la Iglesia que los pueblos del Occidente. Pero el modo de vida complejo y armónico que, sobre la base del régimen feudal, cobró cuerpo en Europa —esa gótica labor de encaje del feudalismo— no se ha desarrollado en nuestro suelo. Carecíamos de la sustancia vital que le era necesaria, no podíamos permitírnoslo... Mil años hemos vivido en una humilde cabaña de leños, tapando con musgo sus rendijas. ¿Podríamos acaso soñar con arcos abovedados y agujas góticas?"

"¡Cuán miserable", añadía, "...era nuestra nobleza! ¿Dónde estaban sus castillos, sus torneos? ¿Dónde estaban sus cruzadas, sus escuderos, sus juglares y sus pajes, dónde su amor caballeresco? La aristocracia rusa era tosca, bárbara, vulgar. Rusia, por otra parte, tampoco pasó por la experiencia purificadora de la Reforma, y por lo tanto no tenía idea de la "personalidad humana, que se esforzaba por establecer relaciones más íntimas entre ella y su Dios", propia del habitante de los burgos occidentales. En la ciudad europea medieval, esa "cuna de piedra del tercer estado", se había desarrollado una notable diversidad de tipos culturales y habíase iniciado toda una nueva época. "En los oficios, gremios, municipios, universidades, asambleas académicas, elecciones, procesiones, festividades y disputas

cristalizaron los preciosos hábitos del gobierno propio; allí creció la personalidad humana, una personalidad burguesa, por supuesto, pero una personalidad al fin y al cabo, no un hocico que cualquier policía podía patear y golpear". Todo lo que el tercer estado necesitó, a medida que creció, fue trasladar las nuevas relaciones humanas y los hábitos de gobierno propio de las corporaciones a la nación y al Estado en su conjunto. En contraste, las ciudades rusas, aquellas "excrecencias militares-feudales en el cuerpo del campo ruso", no habían creado puntos de partida para el progreso burgués. Bajo Pedro el Grande fue la policía la que auspició las artesanías, pero los auspicios policíacos no podían dar origen a ninguna cultura urbana genuina. La miseria de la democracia burguesa rusa complementaba la tosquedad de la tradición feudal.

El Estado, sin embargo, necesitaba hombres cultos y por lo tanto europeizados; pero les temía. Los zares le dieron a la intelectualidad una educación obligatoria, pero luego mantuvieron el látigo sobre ella. "No bien hubieron entrado los elementos jóvenes de los viejos estados... en la zona luminosa de la ideología europea, se alejaron irresistiblemente, casi sin vacilación interior, del feudalismo y de la ortodoxia heredada". La intelectualidad rusa se vio obligada a defender sus derechos más elementales con los recursos más extremos y dispendiosos. "Le tocó la suerte histórica... de usar relojes para hundir clavos en las paredes". Un ruso tenía que convertirse en darwiñista para justificar su decisión de casarse según su elección; tenía que invocar ideas revolucionarias para excusar su anhelo de educación; y tenía que recurrir al socialismo cuando todo lo que deseaba era una Constitución. Pese a todo su radicalismo, la intelectualidad rusa no hacía más que imitar al Occidente, tomando de éste sistemas, doctrinas y programas ya confeccionados. En un pasaje en que no le hacía plena justicia al pensamiento y la literatura rusos del siglo XIX, Trotsky los despachaba como productos de una visión de campanario: "...la historia de nuestro pensamiento social no ha logrado hasta ahora abrirse paso ni siquiera hasta el borde del cauce del pensamiento humano universal. ¿No es esto un pobre consuelo para el amor propio nacional?... La verdad histórica no es una dama de compañía del orgullo nacional... Mejor sería poner nuestro amor propio en el futuro y no en el pasado".

Durante toda su dura lucha, la intelectualidad rusa había permanecido sola en la nación, sin recibir el apoyo de las principales clases sociales. Esto había moldeado su carácter. Los intelectuales "vivían en una terrible tensión moral, en un concentrado ascetismo..." Compraban la confianza en sí mismos y la estabilidad moral al precio del engreimiento intelectual y del "fanatismo en las ideas, la despiadada limitación y demarcación de sí mismos, la desconfianza, la suspicacia y el vigilante cuidado de su propia pureza...", es decir, al precio de una ortodoxia en la rebelión opuesta a la ortodoxia oficial. Así llegaron a desarrollar "ese celo por la letra que puede observarse a veces en nuestros intelectuales del ala más extrema".

La intelectualidad había tenido el triste destino de tener que actuar siempre como apoderada de fuerzas sociales subdesarrolladas y pasivas. Aquí Trotsky examinaba, a la luz de una larga perspectiva histórica, el fenómeno del "sustitutismo" sobre el que había escrito por primera vez en su polémica contra Lenin en 1904.[20] Ahora veía el "sustitutismo" de la intelectualidad rusa correr como un hilo a lo largo de la historia rusa. Primero, los dirigentes del levantamiento decembrista de 1825 representaron las ideas de una clase media todavía nonata. Luego los populistas trataron de hablar en nombre de un campesinado sordomudo. Por último, los intelectuales marxistas se erigieron en portavoces de una clase obrera industrial débil y que apenas empezaba a despertar. Para todos ellos, la idea de la clase era más importante que la clase misma. Trotsky remataba la presentación de este sombrío panorama en un tono más esperanzado, diciendo que la revolución de 1905-6 había puesto en movimiento a la masa de los trabajadores y que, a partir de ese momento, nadie podría obrar como su apoderado: éste era el fin del sustitutismo.[21]

Más adelante veremos hasta qué punto estaba justificada esta conclusión optimista; el sustitutismo habría de reaparecer con inusitado vigor después de la revolución, y la idea de la clase habría de hacerse entonces, durante mucho tiempo, más importante que la clase misma. Algunas de las otras antiguas corrientes de la historia rusa, que Trotsky captaba en su ensayo con tanta maestría, volverían también abrumadoramente a la superficie después de la revolución. Lo más importante en esta fase de nuestro relato es la reveladora agudeza con que Trotsky contrastaba la "zona luminosa de la ideología europea", "los arcos abovedados" y "las agujas góticas y la obra de encaje" de la civilización occidental, con la bárbara "cabaña de leños" de la historia rusa. Este contraste era muy exagerado, no en su perspectiva histórica, generalmente válida, sino en su parte final y contemporánea. La fachada de encaje de la civilización europea antes de 1914 ocultaba procesos de autodestrucción y decadencia interior que se manifestarían al cabo de poco tiempo en una sucesión de guerras mundiales, en los paroxismos del fascismo y el nazismo y en la impotencia y el deterioro del movimiento obrero de Europa occidental. Por otra parte, Trotsky no les hizo justicia a las energías creadoras que bullían en la Rusia del siglo XIX y de su tiempo, las energías con las que se fundían la personalidad y la actividad del propio Trotsky. Este, en ocasiones, parecía ver el pasado y el presente de Rusia casi como un vacío. Esta era la debilidad que se hallaba en la base de su exhorto a la europeización y también la falla en su actitud frente al bolchevismo. La fuerza de Lenin residía en que él tomaba la realidad rusa tal cual era, mientras se disponía a cambiarla. El partido de Lenin tenía sus raíces bien hundidas en la

[20] Véase el Capítulo III del presente libro.
[21] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XX, pp. 327-342.

tierra rusa, y absorbía todo lo que esa tierra podía darle de fuerza y dureza revolucionarias, de coraje capaz de sacudir al mundo y de rudeza primitiva. El bolchevismo tenía sus pensadores, su Lenin y su Bujarin y otros, que tomaban del socialismo europeo lo que podía trasplantarse a Rusia; pero también tenía sus toscos hombres de comité, sus Stalins, que trabajaban en las profundidades de un proletariado semiasiático y semieuropeo, y para los cuales la europeización significaba poco.

Trotsky no abandonó ni podía abandonar en realidad la humilde "cabaña de leños" rusa. En octubre de 1908 empezó a dirigir la llamada *Pravda* vienesa. Periódico insignificante que publicaba desde 1905 la Spilka, un pequeño grupo menchevique ucraniano, *Pravda* estaba por entonces en completa bancarrota y sus editores abrigaban la esperanza de que Trotsky le insuflara nueva vida. Los primeros números que éste publicó todavía llevaron el rubro del grupo ucraniano, pero a fines de 1908 el grupo se disolvió y dejó a Trotsky como único dueño del periódico. Por falta de dinero, Trotsky lo publicaba con mucha irregularidad: durante el primer año de su dirección sólo aparecieron cinco números.[22] Pero sacar el periódico era menos difícil que llevarlo clandestinamente a Rusia. El director frecuentemente pedía ayuda a los lectores, quejándose de que "varios *puds*" del periódico quedaban detenidos en la frontera rusa sin poder ser remitidos por falta de cincuenta rublos; que las colaboraciones para un nuevo número se habían acumulado en su escritorio sin que él pudiera enviarlas a la imprenta; o que *Pravda* se veía obligada a suspender su correspondencia con los lectores en Rusia por falta de dinero para el franqueo.[23] Los honorarios que recibía Trotsky por sus colaboraciones en otros periódicos los absorbía la pequeña publicación; el director vendía sus libros y su esposa acudía a las casas de empeño a fin de que los pocos *puds* de *Pravda* pudieran cruzar al fin la frontera. O bien el Comité Central del poderoso Partido Socialdemócrata Alemán prestaba mil rublos y así podían pagarse algunas de las deudas, la señora Trotsky recuperaba algunas de sus pertenencias empeñadas y durante un par de meses *Pravda* salía cada dos semanas. A continuación, los intervalos entre un número y otro volvían a alargarse, la publicación quincenal se hacía mensual, después casi trimestral, hasta que sus bamboleantes finanzas se rehacían provisionalmente gracias a un modesto donativo de los socialistas letones o algunos otros benefactores. Durante todo 1909 Trotsky trató en vano de obtener

[22] Tal era en aquel entonces el destino de todas las publicaciones en el exilio, y la mayor parte de ellas aparecían más esporádicamente aún. N. Popov, *Outline History of the C.P.S.U.*, vol. I, p. 233. La *Pravda* de Trotsky es mencionada generalmente como la *Pravda* vienesa, para distinguirla de la *Pravda* bolchevique que empezó a aparecer mucho más tarde. La *Pravda* vienesa fue publicada por primera vez en Lvov, en la Galizia austriaca, y sólo en noviembre de 1909, con su sexto número, fue trasladada a Viena.

[23] *Pravda*, núms. 3 y 5.

ayuda del Comité Central ruso, en el que los bolcheviques tenían la mayoría. Lenin convino en ayudar, pero sólo a condición de que Trotsky admitiera un delegado del Comité Central como codirector. Como Trotsky se negó a aceptar esta condición, Lenin les prohibió a sus seguidores que publicaran *Pravda* en la imprenta bolchevique de Ginebra, excepto sobre bases estrictamente comerciales.[24] A despecho de estas dificultades y de la irregularidad de su aparición, el periódico tuvo buena acogida en Rusia y su "amplia circulación" no tardó en ser señalada por los agentes de la *Ojrana* en sus informes confidenciales.[25]

Pravda tenía un curioso equipo de colaboradores. Un joven estudiante apellidado Skóbelev, por aquel entonces discípulo favorito de Trotsky, actuaba como secretario de redacción (posteriormente Skóbelev ganó fama como parlamentario menchevique en la cuarta Duma y en 1917 fue Ministro del Trabajo en el gobierno de Kerensky). El ayudante de Trotsky era otro menchevique, Semkovsky, cuyo nombre aparecía frecuentemente en esta época en las controversias internas del Partido; Riazánov, el futuro fundador del Instituto Marx-Engels, un rebelde indomable que no se doblegaba ante ninguna autoridad y se mantenía al margen de las dos facciones, era colaborador regular y amigo íntimo de Trotsky. A cargo del contacto del periódico con el movimiento clandestino ruso estaba Urjtsky, antiguo menchevique, conocido ya por la serena valentía que había demostrado en las cárceles zaristas (en 1917 figuró entre los principales organizadores de la insurrección de octubre, y a continuación, como Comisario especial, disolvió la Asamblea Constituyente). El equipo incluía al menchevique Víctor Kopp, que un día ganaría fama como diplomático sutil y emprendedor: en 1922 preparó tras bastidores el tratado ruso-alemán de Rapallo y en los años treintas exploró secretamente, por instrucciones de Stalin, las posibilidades de llegar a un acuerdo con Hitler.

El personaje más original en esta pléyade era Adolf Yoffe. Un intelectual joven y capaz, si bien neurótico, de origen karaíta,[26] Yoffe repartía su tiempo entre el trabajo académico, las colaboraciones en *Pravda* y el psicoanálisis. Por mediación de Yoffe, Trotsky conoció a Alfred Adler (de quien Yoffe era paciente), se interesó en el psicoanálisis y llegó a la conclusión de que Marx y Freud tenían más en común de lo que los marxistas estaban dispuestos a admitir.[27] En Viena, Yoffe luchaba desesperadamente con repetidos colapsos nerviosos, y las colaboraciones que producía con doloroso esfuerzo requerían una minuciosa revisión. Trotsky hizo todo lo posible por ganarse su amistad y fortalecer su confianza en sí mismo.

[24] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXIV, pp. 348-349.

[25] *Bolsheviki, Dokumenty Ojránnovo Otdelenia,* vol. I, p. 42.

[26] Los karaítas formaban una secta que abandonó la judería rabínica en la Edad Media para volver al Evangelio puro.

[27] Después de la revolución Trotsky exhortó a los estudiosos bolcheviques a mantenerse atentos a lo que era nuevo y revelador en Freud. *Obras* (ed. rusa), vol. XXI, pp. 423-432.

En 1917 Yoffe fue uno de los protagonistas de la insurrección de octubre y más tarde de las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. (En sus papeles privados Trotsky comentó que la revolución "le curó a Yoffe todos sus complejos mejor que el psicoanálisis".)[28] Yoffe habría de corresponder a la amistad de Trotsky con ilimitada devoción, y en 1927 se suicidó como protesta contra la expulsión de Trotsky del partido bolchevique.

En general, la *Pravda* vienesa no fue una de las grandes empresas periodísticas de Trotsky. Este se proponía llegar a los "obreros sencillos" más bien que a los politizados militantes del Partido, y "servir y no dirigir" a sus lectores.[29] El lenguaje llano del periódico y el hecho de que predicaba la unidad del Partido le ganaron cierta popularidad, pero no una influencia política duradera. Quienes defienden la posición de una facción o grupo, por lo general se ven envueltos en discusiones más o menos complicadas y se dirigen a las capas superiores y medias de su movimiento, más bien que a la base. En cambio, quienes, independientemente de cualesquiera diferencias, dicen que el partido debe cerrar sus filas, tienen, como tenía Trotsky, una posición fácil de defender y de explicar, y seguramente atractiva. Pero la mayoría de las veces ese atractivo es superficial. Sus adversarios, que se ganan a los cuadros de un partido con sus argumentos más complejos, están llamados a obtener a la larga la atención de la base también: los cuadros llevan sus argumentos, en forma simplificada, a las capas inferiores. Los llamados de Trotsky a la solidaridad de todos los socialistas eran aplaudidos momentáneamente por muchos (incluso los bolcheviques de Petersburgo reproducían su *Pravda*), pero los mismos que entonces aplaudían los llamamientos habrían de desecharlos con el tiempo para seguir a una u otra facción y dejar aislado al predicador de la unidad. Aparte de esto, en la postura popular de Trotsky, en su énfasis en el lenguaje llano y en su promesa de "servir y no dirigir", había algo más que un poco de demagogia, pues el político, especialmente el revolucionario, les sirve mejor a quienes le escuchan cuando los dirige.

Trotsky más que nadie daba expresión al sentimiento, generalizado todavía en el Partido, que mejor podría describirse como un horror al cisma final. En enero de 1910 los dirigentes de las facciones se reunieron en París y por última vez trataron de zanjar sus diferencias. En ambas facciones había hombres resueltos a llegar de una vez por todas al rompimiento, pero en ambas prevalecieron por el momento los moderados. Los conciliadores que se llevaron la palma entre los bolcheviques fueron Rikov, Sokólnikov, Lozovsky y Kámenev.[30] En el otro bando, Trotsky se esforzó en defensa de la unidad y mantuvo a raya a Mártov, quien más tarde admitió que cedió sólo porque los mencheviques eran demasiado débiles

[28] *The Trotsky Archives.*
[29] *Pravda*, núm. 1.
[30] N. Popov, *op. cit.*, vol. I, p. 248.

para afrontar un rompimiento inmediato.[31] Finalmente se llegó a un acuerdo, pero, aun a primera vista, era demasiado bueno para poder ser cierto. Ambas facciones aceptaron disolver sus organizaciones separadas y fundirse, y ambas convinieron en eliminar a los "extremistas" de su seno: los mencheviques en expulsar a sus liquidadores y los bolcheviques a sus boicoteadores. Ambas se comprometieron además a suspender sus publicaciones separadas y a unir sus recursos económicos en un fondo común que sería puesto bajo la custodia de tres socialistas alemanes: Karl Kautsky, Franz Mehring y Klara Zetkin. Trotsky recibió todos los homenajes que en tales ocasiones solemnes se suelen rendir al conciliador victorioso. El Comité Central reconoció formalmente los servicios que su *Pravda* le había rendido a todo el Partido, "al margen de las facciones", y decidió respaldar al periódico con su autoridad, pagarle a Trotsky un subsidio regular (150 rublos al mes) y apoyarlo en todos los demás aspectos. El cuñado bolchevique de Trotsky, Kámenev, fue comisionado para trabajar en *Pravda* como enlace del Comité Central. El nombramiento tenía por objeto hacer más fácil la cooperación, pues Kámenev había luchado sinceramente por superar la división dentro del Partido.

Es fácil imaginar el júblio con que Trotsky anunció todo esto en *Pravda*.[32] Pocas semanas después, sin embargo, tuvo que informar que el intento de reconciliación había fracasado porque —así lo hacía saber él mismo —los mencheviques se habían negado a disolver su facción. Ello no pudo haberlo sorprendido mucho, pues conocía desde hacía tiempo la gran renuencia de los mencheviques a llegar a un acuerdo con los bolcheviques, quienes entretanto habían suspendido la publicación de su propio periódico. Esta era la ocasión en la que Trotsky, el adalid de la unidad, no debía escatimar sus censuras a los infractores de la unidad. Sin embargo, en *Pravda* "pospuso su juicio" y "sólo insinuó en términos benignos su desaprobación a la conducta de los mencheviques.[33] En vano Kámenev lo exhortó a asumir una actitud más firme. Trotsky resintió esto como un intento de coartar su independencia editorial y de utilizar a *Pravda* en provecho de los bolcheviques. Ello dio origen a los inevitables altercados, y en poco tiempo las intrigas hicieron presa de las colonias de emigrados.

La conferencia de París había resuelto repudiar a las dos alas extremas del Partido, los liquidadores y los boicoteadores. Los mencheviques se habían comprometido a desautorizar a los primeros y los bolcheviques a los segundos. Lenin podía cumplir fácilmente la parte del compromiso que le correspondía: de todos modos, ya había expulsado de su facción a los principales boicoteadores, Bogdánov y Lunacharsky. A los mencheviques, en cambio, les resultaba casi imposible cumplir la suya. La actitud

[31] Mártov, *Spasiteli ili Upraxdniteli*, p. 16.
[32] *Pravda*, núm. 10.
[33] *Pravda*, núm. 12.

de los liquidadores estaba demasiado difundida en sus filas para que pudieran desligarse de ella en serio. Si hubiesen expulsado a quienes le habían vuelto las espaldas a la lucha clandestina, no habrían hecho más que destruir su propia influencia y ayudar al ascenso del bolchevismo. Y rehusaron hacer tal cosa. El problema, entonces, se presentó en la siguiente forma: quienes se oponían a la actividad clandestina, argumentaban los bolcheviques, no tenían lugar en un partido que se jugaba su futuro en esa actividad; los mencheviques —es decir, los antiliquidadores que había entre ellos— replicaban que en el Partido debería haber lugar para los disidentes. Lenin no impugnaba el principio general de que la disensión era permisible. Sólo sostenía que esta disensión en particular era intolerable, porque los adversarios de la actividad clandestina no podían ser militantes clandestinos efectivos. Dado que, desde un punto de vista, esta diferencia podía considerarse como un conflicto entre los sostenedores de la disciplina y los defensores del derecho a disentir, Trotsky tomó partido contra los disciplinarios. Habiendo asumido esa posición, incurrió en flagrantes inconsecuencias. El, el luchador por la unidad, consintió, en nombre de la libertad de disentir, la nueva división en el Partido causada por los mencheviques. El, que glorificaba al movimiento clandestino con celo digno de un bolchevique, hizo causa común con quienes ansiaban desligarse de la clandestinidad como un impedimento peligroso. Por último, el enemigo jurado del liberalismo burgués se alió con quienes defendían una alianza con el liberalismo y contra aquellos que se oponían fanáticamente a tal alianza.

Tal actitud contradictoria no le acarreó más que frustración. Una vez más apareció ante los bolcheviques no sólo como un adversario, sino como un enemigo traicionero, en tanto que los mencheviques, aunque encantados de poder oponerle a Lenin un hombre del radicalismo y el historial de Trotsky, lo consideraban como un aliado poco digno de confianza. Su larga y estrecha amistad con Mártov lo llevó a pasar por alto, en más de una ocasión, acciones de los mencheviques que le eran repugnantes. Su larga y enconada disputa con Lenin lo llevó a ensañarse capciosamente en cada detalle vulnerable de la política bolchevique. Expresó públicamente su desaprobación del leninismo con el acostumbrado sarcasmo hiriente. Sus desavenencias con los mencheviques las ventiló principalmente en discusiones privadas o en cartas "quejosas" con las que bombardeaba a Mártov y Axelrod. En consecuencia, no aparecía en público como el hombre que era en privado. Mientras más duraba este estado de cosas, más se convertía él en prisionero político de Mártov. La correspondencia de este último arroja una luz reveladora sobre esta situación.

> Le he contestado [a Trotsky] con una carta más irónica que airada [escribió Mártov en una ocasión], aunque reconozco que no he dejado sin castigar su amor propio. Le he dicho que no tiene escapatoria de

los liquidadores y de nosotros, porque no es su magnanimidad lo que lo obliga a defender el derecho de los liquidadores a permanecer en el Partido..., sino el cálculo correcto de que Lenin desea devorar a toda la gente independiente, incluido Trotsky, al mismo tiempo que a los liquidadores.[34]

La lógica de las cosas [le escribió Mártov a otro corresponsal] obliga a Trotsky a seguir el sendero menchevique, pese a todos sus alegatos razonados en favor de una mayor "síntesis" entre el menchevismo y el bolchevismo... él no sólo se ha encontrado en "el campo de los liquidadores", sino que se ve obligado a adoptar allí la actitud más "belicosa" frente a Lenin. Sus discípulos, sin embargo,... están molestos.[35]

En el verano de 1910 el rompimiento de Trotsky con el Comité Central se hizo completo. Kámenev había salido de *Pravda*, después que Trotsky solicitó que fuera reemplazado por otro enlace; y el Comité Central le retiró su subsidio.[36] Para entonces, la iniciativa en la escisión del movimiento unificado había pasado de Mártov a Lenin, y Trotsky denunció "la conspiración de la camarilla [bolchevique] emigrada contra el Partido Socialdemócrata Ruso", añadiendo que "el círculo de Lenin, que quiere colocarse por encima del Partido, se encontrará fuera de éste".[37] Llevó su campaña a la prensa socialista alemana, donde escribió que ninguno de los dirigentes emigrados representaba al verdadero movimiento en el interior de Rusia, el cual anhelaba la unidad y resentía las intrigas de aquéllos. Esta era entonces, en realidad, una idea generalizada entre los militantes clandestinos: nada menos que Stalin escribía en un tono similar en el Cáucaso.[38] Los artículos de Trotsky, sin embargo, causaron una batahola entre los delegados del Partido que se reunieron en Copenhague en octubre de 1910 con motivo de un Congreso de la Internacional. En una reunión de la delegación rusa, Plejánov, secundado por Lenin, exigió medidas disciplinarias, en tanto que Lunacharsky y Riazánov actuaron como abogados defensores de Trotsky. El inculpado quedó impune: aun sus acusadores deben de haber considerado embarazoso castigarlo por una opinión expresada en los periódicos alemanes "fraternos".

La disputa no dejó de tener sus incidentes cómicos, uno de los cuales cuando menos podemos narrar aquí. Ambas facciones trataron de recuperar los fondos que habían confiado a los depositarios alemanes, pero por alguna razón ninguna de las dos pudo probar la validez de su reclamación. En el verano de 1911 Axelrod y Trotsky viajaron a Jena, donde

[34] *Pisma Axelroda i Mártova*, p. 230.
[35] *Ibid.*, p. 233.
[36] *Pravda*, núm. 20; Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XVI, p. 360.
[37] *Ibid.*, núm. 21.
[38] Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. II, pp. 146-158; I. Deutscher, *Stalin*, Ediciones ERA, pp. 113-114.

se estaba celebrando un Congreso de los socialdemócratas alemanes, a fin de ponerse al habla, en nombre de los mencheviques, con los depositarios de los fondos.[39] Trotsky seguramente abrigaba la esperanza de restaurar las finanzas de *Pravda* si lograba ayudar a los mencheviques a restaurar las suyas. Kautsky aparentemente favorecía el plan, pero la actitud de los otros dos depositarios era incierta; y uno de ellos, Zetkin, se inclinaba hacia los bolcheviques. En gran secreto, Axelrod y Trotsky se reunieron con Kautsky. "Apenas el jueves", le informó Axelrod a Mártov, "K[autsky] tuvo una oportunidad de sugerirnos a mí y a T[rotsky] que nos reuniéramos con él en algún lugar para sostener una plática privada preliminar... Haase eligió como lugar de la reunión un restaurant, donde podía esperarse que no nos descubrieran los otros delegados, especialmente los cercanos a Zetkin y Luxemburgo... Al día siguiente, después de que K[autsky] hubo hablado con Z[etkin] acerca de una reunión conjunta con nosotros, él y Haase nos pidieron a mí y a T[rotsky] que no le mencionáramos nuestra conversación a Z[etkin]..."[40] Irónicamente, la mayor parte del dinero depositado había sido obtenido por los bolcheviques gracias a los asaltos y las expropiaciones que Trotsky y los mencheviques habían denunciado con tanta indignación. Pero la delicada maniobra encaminada a expropiar a los bolcheviques con la ayuda del más importante de los depositarios alemanes no tuvo resultados, y los emisarios salieron de Alemania sin el vellocino de oro.

A principios de 1912, el cisma se consumó definitivamente. En una conferencia celebrada en Praga, Lenin proclamó que la facción bolchevique era el Partido.[41] Los mencheviques y unos cuantos grupos bolcheviques disidentes se coaligaron contra él en el llamado Comité de Organización. Trotsky atacó en *Pravda,* con ruidosa vehemencia, la acción de Lenin.[42] Su ira llegó al punto más alto en el mes de abril, cuando los bolcheviques empezaron a publicar en Petersburgo un diario con el nombre de *Pravda.* Esto era un plagio indignante, claramente calculado para explotar en favor de los bolcheviques el prestigio del periódico de Trotsky. Este tronó contra el "robo" y la "usurpación" cometidos por "el círculo cuyos intereses están en conflicto con las necesidades vitales del Partido, el círculo que vive y medra sólo a través del caos y la confusión". Le dio al director

[39] En *Mi vida,* Trotsky narra que él debía hablar ante el Congreso sobre la persecución de los finlandeses por el zar. Durante el Congreso llegó la noticia del asesinato de Stolypin en Kiev a manos de Bagrov, un agente provocador. Los alemanes temieron que la aparición de un revolucionario ruso en su tribuna pudiera provocar complicaciones diplomáticas y medidas represivas, y Bebel indujo a Trotsky a renunciar a su intención de dirigirse al Congreso.

[40] *Pisma Axelroda i Mártova,* p. 217; Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XVIII, pp. 193-194.

[41] Además de los bolcheviques, un grupo menchevique disidente encabezado por Plejánov participó en la conferencia.

[42] *Pravda,* núm. 24.

del diario bolchevique un plazo para cambiarle el nombre a éste, y amenazó en forma significativa: "Esperamos tranquilamente una respuesta antes de tomar nuevas medidas".[43] Al parecer envió un ultimátum similar directamente a las redacciones bolcheviques. Trotsky no tenía sospechas de que el hombre que había establecido el periódico rival en Petersburgo y publicado su primer número era el poco conocido bolchevique Josef Dzhugashvili, el hombre que en el futuro lo despojaría en forma similar de glorias más grandes que la dirección de *Pravda*: de los títulos de dirigente de la revolución y de fundador del Ejército Rojo.

Con todo, sería erróneo culpar sólo a Stalin por el plagio. Lenin lo aprobó sin reservas, y en una carta a Petersburgo escribió: "Les aconsejo contestar a Trotsky en la columna 'Respuestas a los lectores' en la siguiente forma: 'A Trotsky en Viena: Dejaremos sin contestar sus cartas tergiversadoras y trapaceras' ".[44] Es fácil adivinar cómo justificaba Lenin ante sí el plagio: el Comité Central había subsidiado a *Pravda;* el nombre y el prestigio del periódico pertenecían al Partido, no a Trotsky; y puesto que los bolcheviques eran el Partido, tenían derecho a apropiarse el nombre del periódico. Esta era una mala excusa, aun cuando tales disputas por los títulos ocurrían en todos los grupos emigrados. Trotsky amenazó con tomar nuevas medidas, pero parece que no tomó ninguna y dejó de publicar su *Pravda,* en tanto que el periódico bolchevique con su nombre plagiado iniciaba una larga y famosa carrera. En 1922, cuando *Pravda* celebró su décimo aniversario, Trotsky participó en la celebración y colaboró con un artículo en el que no aludió siquiera al origen del periódico.

El hecho de que los socialistas pudieran publicar ahora abiertamente diarios en Petersburgo (los mencheviques publicaban *Luch —La Antorcha—,* entre cuyos colaboradores figuraba Trotsky) señalaba un cambio significativo en Rusia. Los años de reacción habían pasado; el terror se había atenuado; el movimiento obrero experimentaba un nuevo resurgimiento, y el zarismo, aunque fuera de mal grado, tenía que tolerarlo. Una nueva generación de revolucionarios llegaba a su mayoría de edad e ingresaba en masa en los pocos círculos y sindicatos obreros que existían legalmente y en las organizaciones clandestinas. La nueva situación les proporcionaba a los protagonistas nuevos argumentos. Los liquidadores señalaban la creciente tolerancia del gobierno como prueba de que era posible europeizar el Partido y sacarlo de los escondrijos de la clandestinidad. En los años del terror su argumento había parecido irreal; ahora se basaba en los hechos. Empero, el resurgimiento político también dio nuevo vigor a la organización clandestina, y los nuevos revolucionarios que ahora in-

[43] *Pravda,* núm. 25. (De ahora en adelante todas las menciones de *Pravda* se referirán al periódico bolchevique, a menos que se especifique lo contrario.)
[44] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXV, p. 17.

gresaban en ella no se contentaban con la cautelosa expresión de oposición que la policía toleraba en los círculos y los sindicatos legales. El propio gobierno se sentía más inclinado a consentir las formas legales de oposición mientras más temor le inspiraban las ilegales. Esto les daba a los bolcheviques un argumento poderoso: debemos, decían, intensificar nuestros esfuerzos clandestinos aunque sólo sea para ganar un mayor margen de acción para el trabajo legal.[45]

En estas circunstancias, Trotsky se propuso perseguir una vez más el fuego fatuo de la unidad. Indujo al Comité de Organización a convocar en Viena una conferencia de todos los socialdemócratas para agosto de 1912. Abrigaba la esperanza de que el ascenso del espíritu revolucionario en Rusia ayudaría ahora, al igual que en 1905, a lograr una reconciliación. Esto no habría de suceder. En 1905 la fuerte marea de los acontecimientos revolucionarios sólo pudo detener o posponer el cisma incipiente. En 1912 la escisión se había hecho tan profunda que el nuevo resurgimiento político sólo podía profundizarla más aún. Además, Lenin estaba cosechando ahora los frutos de sus esfuerzos: sus nombres encabezaban el movimiento socialdemócrata clandestino, en tanto que el menchevismo era un mosaico de grupos débiles e inconexos. Los leninistas se rehusaron a asistir a la conferencia de Viena, y así los mencheviques, los bolcheviques de ultraizquierda, los boicoteadores, el Bund judío y el grupo de Trotsky se unieron y formaron una confederación, conocida en los anales del socialismo ruso como el Bloque de Agosto. Trotsky era el portavoz principal de este grupo, infatigable en sus ataques a la "obra destructiva" de Lenin. No existen razones para dudar de su sinceridad cuando afirmó que nunca se propuso instigar a la conferencia contra los bolcheviques, y que sólo la negativa de Lenin a asistir a ella o a favorecer cualquier intento de reestablecer la unidad lo había llevado a él a su posición antibolchevique. Esta afirmación es ampliamente corroborada por la correspondencia privada de los dirigentes mencheviques, pero también pone de manifiesto cuán erróneamente había calculado Trotsky el resultado de una década de controversias.

Sus amigos mencheviques no compartían sus ilusiones. Les parecía conveniente achacarle, una vez más con su ayuda, toda la culpa del cisma a Lenin; pero no estaban menos resueltos que éste a llevar el cisma a sus últimas consecuencias. La diferencia principal residía en que, mientras Lenin expresaba públicamente su intención y casi la gritaba desde los tejados, Mártov, Axelrod y Dan se callaban su designio y trataban de ponerlo en práctica mediante un sutil juego táctico. Basta comparar las declaraciones públicas de Lenin con la correspondencia confidencial de los jefes mencheviques para ver cuán señaladamente, desde sus posiciones opuestas, todos coincidían en que la escisión era tan inevitable como deseable, y

[45] F. Dan, *Proisjozhdénie Bolshevisma*, pp. 440-442.

cómo ridiculizaban, casi en los mismos términos, los esfuerzos de Trotsky para evitarla o revocarla.[46]

El Bloque de Agosto dejó a Trotsky fatigado y contrariado, a despecho o tal vez en razón de la "belicosidad" que él había desplegado en su nombre. Por ello, cuando en septiembre de 1912 el director de *El Pensamiento de Kiev* le pidió que fuera como corresponsal del periódico a los Balcanes, aprovechó de buen grado esta oportunidad de alejarse de la política del exilio y de transformarse, de actor que desempeñaba un papel poco agradable, en espectador que observaba el vórtice tormentoso de la política mundial. A principios de octubre salió de Viena, y en un taxi camino de la estación se enteró del estallido de la primera guerra balcánica, en la que los eslavos del sur hicieron causa común contra el Imperio turco.

Desde Viena había observado a los Balcanes y establecido contacto con los socialistas balcánicos. Dos años antes, en julio de 1910, fue a Sofía para denunciar un congreso paneslavista que se efectuaba allí bajo los auspicios de Miliukov. Habló ante una convención de los *tesniaki* (los "duros" del socialismo) búlgaros, que celebraban una asamblea al mismo tiempo que los paneslavistas efectuaban su congreso. Kolárov, el futuro Presidente stalinista de Bulgaria, presentó a Trotsky al congreso y a las multitudes en las calles y plazas como el héroe legendario del Soviet de Petersburgo, y Trotsky fue aclamado con entusiasmo. Advirtió a los eslavos del sur que la diplomacia zarista estaba tratando de utilizarlos como peones en su tablero, y que los liberales rusos fomentaban el paneslavismo porque ansiaban encontrar un terreno común con el zarismo en la política exterior, mientras capitulaban ante éste en Rusia.[47] Posteriormente Trotsky hizo con frecuencia viajes cortos a Belgrado y Sofía y se mantuvo en estrecho contacto con los acontecimientos en ambas capitales. Ya en enero de 1909 escribió en *El Pensamiento de Kiev* que los Balcanes eran la caja de Pandora de Europa.[48]

[46] Trotsky sostenía en esta época relaciones muy amistosas con los grupos bolcheviques disidentes de "ultraizquierda", los boicoteadores y "buscadores de Dios". En el verano de 1911 dictó una conferencia en la escuela partidaria de éstos, en Boloña, que Lunacharsky había fundado con ayuda de Gorki. Una vívida descripción de la escuela aparece en un informe de un agente provocador de la Ojrana. El informe dice, entre otras cosas, que los profesores (Lunacharsky, Menzhinsky, Kolontai, Pokrovsky) trataban a sus alumnos, militantes clandestinos del interior de Rusia, en una forma altiva y arrogante. Trotsky, por excepción, mantenía relaciones amistosas y personales con sus alumnos. *Bolsheviki, Dokumenty Ojránnovo Otedelenia*, vol. I, p. 40.

[47] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. II, libro 1, pp. 207-223; vol. VI, pp. 34, 46.

[48] "Sólo un Estado único", escribió Trotsky entonces, "de todas las nacionalidades balcánicas, formado sobre una base federativa democrática —siguiendo el modelo de Suiza o de la República norteamericana— puede lograr la paz internacional en los Balcanes y crear condiciones para un desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas". *Ibid.*, vol. VI, p. 10.

La caja de Pandora había empezado ahora a soltar sus horrores, y el espectáculo sacudió a Trotsky. Este había especulado de manera abstracta sobre los problemas de la guerra; pero ahora, al ver el castillo de Belgrado iluminado por los reflectores austriacos desde el otro lado de la frontera, al contemplar las largas filas de reservistas movilizados y al enterarse de que muchos de sus amigos, políticos, periodistas, catedráticos, se encontraban ya en el frente para ser los primeros en matar y morir, una impresión de tragedia se apoderó de él, una "sensación de impotencia frente al destino... y de dolor por las langostas humanas llevadas a su destrucción".[49] "La concepción abstracta, humanitaria y moralista de la historia es estéril, lo sé muy bien. Pero esta masa caótica de adquisiciones materiales, de hábitos, costumbres y prejuicios que llamamos civilización nos ha hipnotizado a todos, dándonos la falsa impresión de que ya hemos logrado lo principal. Ahora viene la guerra y nos muestra que ni siquiera hemos salido arrastrándonos del período bárbaro de nuestra historia".[50]

Esta sensación de tragedia matizó todos sus escritos desde los Balcanes, compuestos en el gran estilo periodístico propio de la prensa liberal-radical de la Rusia prerrevolucionaria. Cada artículo era un ensayo considerable, notable por la solidez de su información de fondo, por la riqueza de impresiones y de color local, por la excelencia de las descripciones y los análisis, y por último, lo que no era menos importante, por el lenguaje imaginativo y vívido. Recogidos en sus *Obras*, estos ensayos son todavía una crónica inestimable sobre los Balcanes antes de 1914. El ensayista era también un periodista hecho y derecho, ávido de ver las cosas por sí mismo, de entrevistar a personas de todas las esferas y de proporcionar a sus lectores información sobre los asuntos de interés más vivo. Trotsky amaba la emoción y la rutina de las labores del reportero, y se codeaba tan libremente con sus colegas de la prensa europea —trabajaba en estrecha colaboración con los corresponsales del *Frankfurter Zeitung* y el *Daily Telegraph*— que durante un tiempo el político ambicioso y el tribuno de la revolución parecieron desaparecer detrás del periodista.[51] No bien hubo llegado a Belgrado, entrevistó a casi todos los miembros del gobierno servio y, con mucho ingenio y derroche de buen estilo, escribió sus semblanzas, mostrando cómo las personalidades reflejaban la historia reciente y la mentalidad de una pequeña nación campesina. Profundizó en los problemas de los suministros, el adiestramiento militar y la táctica, y reveló las atrocidades y la crueldad primitiva de la guerra. Visitó y describió con la misma avidez las iglesias de Sofía donde se oficiaban misas en acción de gracias por victorias inventadas por los propagandistas, los hospitales en los que conversó con los soldados heridos, las sucias y hacinadas gayolas donde conoció las experiencias de los soldados turcos, los cómodos hoteles que servían de

[49] *Ibid.*, p. 66.
[50] *Ibid.*, p. 141.
[51] *Ibid.*, pp. 283-292.

cárceles para los oficiales turcos, los elegantes cafés en los centros espuriamente europeos de las capitales balcánicas, y los miserables y casi asiáticos suburbios que eran nidos de miseria, horror y degradación.

En un principio había visto la guerra de los eslavos del sur contra el Imperio turco con cierta simpatía, pues descubrió que los recuerdos de la opresión turca estaban más vivos en los Balcanes que los de la servidumbre en Rusia.[52] La rebelión eslava le recordaba, en ciertos aspectos, la Italia *Irredenta* de 1859. Pero temía que los motivos de queja de los eslavos fueron explotados por las grandes potencias, especialmente por el zar, y utilizados como pretextos para la guerra europea. Parafraseando uno de los dichos de Bismarck, escribió: "Si los principales partidos balcánicos... no ven otra manera de decidir la suerte de los Balcanes que no sea la intervención europea... entonces sus planes políticos no valen en verdad los huesos de un solo soldado de la provincia de Kursk. Esto tal vez parezca cruel, pero sólo así puede plantear el problema un político democrático honrado".[53] Los dirigentes campesinos balcánicos, que en su juventud habían absorbido la influencia revolucionaria rusa, ponían ahora paradójicamente sus esperanzas en el zar. Esto de por sí era suficiente para atemperar y enfriar la simpatía de Trotsky por su causa. Los contrastes locales de lujo y hambre, la corrupción de los gobernantes, las innecesarias atrocidades cometidas con los soldados y los civiles turcos, las orgías de chovinismo, las jactancias de los propagandistas y las insensateces de la censura suscitaban la ira y la repugnancia de Trotsky, llevándolo a defender a los derrotados y los débiles, que eran los turcos.

La censura búlgara se ensañó en él, confiscó sus artículos y le prohibió visitar el frente. Curiosamente, el jefe de la censura era un poeta radical, Petko Todorov, que sólo diez años antes había hablado, junto con Trotsky, en las asambleas contra el paneslavismo celebradas en Sofía. En una "Carta Abierta al Censor", Trotsky replicó con una cáustica denuncia de los sofismas y las excusas con que habitualmente se justifica la censura militar, y con un elocuente alegato en favor de la libertad de información. La Carta, llena de una virulencia algo desproporcionada en relación con el blanco del ataque, causó una conmoción considerable.[54] Un blanco de ataque más importante no tardó en presentarse. Cuando Miliukov llegó a Sofía en calidad de apóstol del paneslavismo, halagó a los búlgaros y guardó un silencio acomodaticio sobre sus atrocidades. Trotsky le escribió otra "Carta Abierta" a Miliukov, que, al ser publicada en un diario de Petersburgo,[55] dio origen a una controversia que llenó durante muchos meses las columnas de la prensa rusa. Miliukov impugnó la veracidad de las informaciones de Trotsky sobre las atrocidades, y los corresponsales

[52] *Ibid.*, pp. 142-143, 187.
[53] *Ibid.*, p. 144.
[54] *Ibid.*, pp. 263-273.
[55] *Luch*, 13 de enero de 1913 y *Obras* (ed. rusa), vol. VI, pp. 273-292.

rusos de tendencias paneslavistas entraron en la refriega. Trotsky, sin embargo, presentó pruebas documentales, recogidas por él mismo y por los corresponsales del *Daily Telegraph* y el *Frankfurter Zeitung*. La agria polémica estaba todavía en su fase más violenta cuando toda la situación cambió repentinamente: la primera guerra balcánica terminó con la victoria eslava; los vencedores, servios y búlgaros, se enemistaron en el momento de repartirse el botín; el gobierno y los liberales rusos se pusieron de parte de los servios; y de la noche a la mañana los búlgaros se transformaron, de héroes glorificados, en atroces villanos, incluso en el periódico del propio Miliukov.

Trotsky libró parte de esta campaña desde Viena, donde también resumió la significación de la primera guerra balcánica para la política europea. A través del prisma balcánico vio el alineamiento de las grandes potencias tal cual habría de producirse en 1914; y lo vio con gran claridad, empañada sólo por la creencia falsamente optimista de que los socialistas franceses, austriacos y alemanes (estos últimos con sus "ochenta y seis diarios y millones de lectores") defenderían hasta el fin "la causa de la cultura y la paz contra el asalto de la barbarie chovinista".[56]

De regreso en Viena, no tardó en sumirse nuevamente en las intrigas de la lucha partidaria, protestando en cartas privadas contra el abierto regocijo de sus amigos mencheviques al romper con los bolcheviques y contra el ascendiente de los liquidadores en el Bloque de Agosto. Renunció calladamente a su puesto en un periódico menchevique y rezongó contra otro, en el que siguió colaborando. Estaba demasiado ligado a los mencheviques para separarse de ellos y demasiado molesto para seguir en su compañía. "Trotsky", se mofó Mártov en una carta privada, "quedó al margen de la evolución de todo el Bloque [de Agosto] mientras estuvo en los Balcanes"; los mencheviques, entretanto, habían desechado toda idea de unidad y todo aquel "conciliacionismo verbal y vacuo" que había estado de moda durante el dudoso apogeo del Bloque. "Creo", añadía Mártov, "que debemos enseñarle nuestros 'dientes' [a Trotsky] (en la forma más suave y cortés, por supuesto)".[57]

Fue sin motivo de lamentación, por lo tanto, como Trotsky salió de Viena para observar la segunda guerra balcánica. En esta ocasión Servia y Grecia derrotaron a Bulgaria, y Trotsky, el supuesto enemigo de los búlgaros, se convirtió en su defensor. Describió el saqueo y la violencia en que incurrieron los nuevos vencedores, visitó los territorios que éstos se anexaron y pintó la inestabilidad política, el sufrimiento humano y el absurdo etnográfico producidos por las hostilidades "libradas al estilo de la Guerra de los Treinta Años" y por los desplazamientos de fronteras y poblaciones. Escribió un estudio sobre Rumania, una obra clásica del re-

[56] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. VI, p. 302.
[57] *Pisma Axelroda i Mártova*, pp. 262 sigs. y 274.

portaje descriptivo que se reprodujo muchas veces después de 1917. "En tanto que Bulgaria y Servia", concluyó Trotsky, "emergieron de la dominación turca como democracias campesinas primitivas, sin supervivencias de la servidumbre y el feudalismo, Rumania, a despecho de décadas de constitucionalismo espurio, conserva aun ahora a su campesinado sometido a relaciones estrictamente feudales".[58] Rumania fue el "chacal" de esta guerra y, sin disparar un tiro, obtuvo su parte del botín y se anexó la Dobrudja del sur. Trotsky recorrió la provincia cuando sus áreas rurales eran asoladas por una epidemia de cólera y por una soldadesca saqueadora ante la total indiferencia de las nuevas autoridades rumanas. Describió cómo aldeas enteras perecían por falta de alimentos y medicinas, y cómo los médicos, pertenecientes a familias latifundistas, examinaban desde lejos, a través de sus binoculares, a los campesinos víctimas del cólera, sin dignarse acercarse a ellos.

Sus descripciones de estas escenas estaban curiosamente animadas por destellos de una nostalgia peculiarmente rusa. Trotsky viajó en un coche por una tierra muy similar a su estepa nativa. El paisaje de Dobrudja, barrido por las brisas del Mar Negro, los túmulos funerarios esparcidos por la estepa, el calor y el soñoliento progreso del viaje despertaron en él recuerdos de su infancia en Gromokla y Yanovka y la imagen de su madre recientemente fallecida.

> La carretera es muy rusa, polvorienta como nuestra carretera de Jersón. Las gallinas escapan entre las patas de los caballos de una manera un tanto rusa, y los pequeños caballos rusos tienen atados alrededor de sus pescuezos arneses de soga rusos; hasta la espalda de Kozlenko [el cochero] es rusa... Oh, cuán rusa es su espalda: podéis viajar alrededor del mundo y no encontraréis tal espalda... Empieza a anochecer. Se siente un olor a hierba y a polvo del camino, la espalda de Kozlenko se oscurece y la calma reina en derredor. Sujetándonos mutuamente, dormitamos. ¡Frrr! Kozlenko detiene sus caballos, aguarda pacientemente y les silba con solicitud. Silencio. La sangre hormiguea en los pies, y parece que estamos viajando, en nuestras vacaciones, de la estación de Novy Bug a la aldea de Yanovka.[59]

Su nostalgia se hizo todavía más intensa cuando visitó las colonias de pobladores rusos dispersas por la Dobrudja. Las colonias estaban habitadas por *skoptsy*. Fueron miembros de esta extraña secta, los "eunucos sagrados", los que lo acompañaron cuando viajó en una barca por el río Lena durante su primera deportación a Siberia en 1901. Las colonias y las huertas de los *skoptsy* en Dobrudja resplandecían de limpieza y orden; pero, observó Trotsky, "algo aquí es aburrido, solitario y apagado. Algo

[58] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. VI, p. 348.
[59] *Ibid.*, pp. 415-420.

falta. Falta la vida, faltan niños, faltan madres. Los rostros están abotagados y, a pesar de su expresión honrada, son desagradables". Y transcribió con aprobación el comentario de un "médico amigo" que le sirvió de guía en su recorrido por Dobrudja: "Observando la vida de los *skoptsy*, se convence uno... de que el sexo es un principio social, la fuente del altruismo y de todo género de nobleza humana". [60]

El "médico amigo" y guía era Cristián Rakovsky, con quien Trotsky se había encontrado anteriormente muchas veces en Europa occidental y en los Balcanes. Su amistad alcanzó ahora una intimidad que habría de sobrevivir a la guerra, la revolución, el triunfo y la derrota, el exilio y aun las purgas. Esta fue tal vez la única amistad duradera e íntima en toda la vida de Trotsky. Mayor que Trotsky por seis o siete años, Rakovsky habría de desempeñar en la Revolución Rusa un papel similar al de Ancharsis Cloots en la Francesa. Al igual que Cloots, Rakovsky era un aristócrata, un pensador y un ciudadano del mundo; y, también como Cloots, adoptó como propio el país de la revolución y tomó partido por el ala radical de la revolución. Aun entonces, en 1913, tenía tras de sí una carrera asombrosa. Heredero de una gran familia de terratenientes búlgaros de Dobrudja del norte, se había convertido en ciudadano rumano cuando su tierra nativa fue anexada por Rumania en 1878. A la edad de quince años, como socialista, fue expulsado de todas las escuelas de Bulgaria. Su familia lo envió a estudiar medicina en el extranjero. Se recibió en la Universidad de Montpellier, y su tesis doctoral sobre "Las causas del crimen y la degeneración" le ganó una gran reputación en la profesión médica. Después estudió derecho en otra universidad francesa. En 1893, cuando tenía veinte años, representó a los socialistas búlgaros en el Congreso de la Internacional en Zurich, donde quedó bajo la influencia de Plejánov y se hizo amigo de Jules Guesde, el eminente marxista francés, y de Rosa Luxemburgo. El año siguiente se dedicó a las actividades socialistas en Berlín, que se mantenían vivas después de las draconianas leyes antisocialistas de Bismarck, y fue expulsado de Alemania. Posteriormente apareció en todas las reuniones obreras importantes en el continente europeo. En 1905 regresó a Rumania. Como defensor de los campesinos, se ganó el odio de los terratenientes y fue perseguido y finalmente expulsado bajo el pretexto de que era ciudadano búlgaro, aunque mientras tanto había servido como oficial médico en el ejército rumano. Durante cinco años el partido socialista y los sindicatos libraron una campaña en favor de su regreso. El gobierno se negó a dejarlo entrar en el país, acusándolo unas veces de ser un agente del Estado Mayor ruso y otras de ser un peligroso conspirador antizarista.

En el exilio Rakovsky publicó varios libros; uno de ellos, *Rusia en el Oriente*, denunciaba la expansión zarista en el Asia, y otro se titulada *La*

[60] *Loc. cit.*

Rumania de los boyardos. En su tiempo libre, el panfletista, propagandista y médico se dedicaba a la investigación histórica, fruto de la cual fue *Metternich y su época*. Como escribía con igual facilidad en búlgaro, francés, ruso, alemán y rumano, colaboraba en revistas políticas, médicas e históricas en todos estos idiomas. Regresó repetidas veces a Bucarest, pero en cada ocasión la orden de expulsión se volvía a cumplir a despecho de tempestuosas protestas parlamentarias y manifestaciones públicas. Una vez el gobierno francés intervino, a iniciativa de Jaurès, para sacarlo de una cárcel balcánica, pues él era también corresponsal en los Balcanes de *L'Humanité* de Jaurès. En vísperas de la primera guerra balcánica se le permitió regresar a Bucarest, y se convirtió en el jefe reconocido del Partido Socialista rumano, director de su periódico, expositor de la idea de una federación balcánica y el portavoz más efectivo del antimilitarismo en los Balcanes. Al mismo tiempo administraba las tierras de su familia en Dobrudja, donde liberó a sus campesinos de la servidumbre feudal y los atendió como médico. Trasladándose constantemente del Parlamento, la sede del Partido y las redacciones de Bucarest a su heredad natal en el campo, luchando constantemente contra alguna injusticia, grande o pequeña, también acostumbraba seguir al arado, a menudo sin quitarse la levita con que acababa de llegar de la capital. Fue así, mientras caminaba por los surcos, con la levita agitada por el viento, en los intervalos entre sus conversaciones con los campesinos y las visitas a sus pacientes, como inició a Trotsky en las complejidades de la economía y la política rumanas.

Durante este viaje Trotsky también trabó amistad con Dobrodjanu Guerea, el viejo fundador del socialismo rumano, de cuyas manos Rakovsky acababa de tomar la dirección del partido. Guerea era un personaje encantador y pintoresco. Judío ruso de origen —su verdadero apellido era Katz— y uno de los primeros populistas, se había escapado de Rusia y establecido en Rumania, donde les descubrió a los rumanos su propia historia y se convirtió en su historiador y crítico literario más importante y en el inspirador del llamado renacimiento literario rumano. Toda una generación de intelectuales rumanos aprendió a pensar políticamente con su libro *La nueva servidumbre*, y sus discípulos encabezaron más tarde tanto a los partidos conservador y liberal como al socialista. Dobrodjanu Guerea era dueño de un restaurant en la estación ferroviaria de Ploesti, y éste era un lugar de peregrinación para los literatos y políticos rumanos. En el mostrador de ese restaurant pasó Trotsky muchas horas, en amena conversación con el viejo y excéntrico sabio.[61]

Fue a fines de enero o comienzos de febrero de 1913, durante la breve estadía de Trotsky en Viena entre las dos guerras balcánicas, cuando la figura de Stalin pasó fugazmente por su lado como una sombra sobre una

[61] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. VI, pp. 386-402.

pantalla. Curiosamente, Trotsky describió el incidente en forma detallada sólo en el último año de su vida.[62] Un día visitaba al menchevique Skóbelev, su antiguo ayudante en *Pravda*, que acababa de ser elegido diputado a la Duma. Estaban sentados junto a un *samovar*, conversando, cuando súbitamente, sin tocar a la puerta, entró desde otro cuarto un hombre de talla mediana, macilento, de rostro cetrino y marcado por unas cuantas cicatrices de viruela. El extraño, aparentemente sorprendido por la presencia de Trotsky, se detuvo un momento en la puerta y emitió un gruñido gutural que podía tomarse por un saludo. Luego, con un vaso vacío en la mano, se acercó al *samovar*, llenó el vaso de té y salió sin decir una palabra. Skóbelev explicó que se trataba de un caucasiano, Dzhugashvili, que acababa de ser elegido miembro del Comité Central bolchevique y parecía ir adquiriendo cierta importancia en él. Trotsky, según su propia aseveración, conservó un vívido recuerdo de este primer atisbo de su futuro adversario y de la perturbadora impresión que Stalin le causó entonces. Notó el aspecto "opaco pero no ordinario" del caucasiano, "una morosa concentración" en su semblante y una expresión de cerrada hostilidad en sus ojos "amarillos". Fueron el silencio y el extraño talante del hombre los que grabaron la escena casual en la memoria de Trotsky, permitiéndole describirla con un escalofrío retrospectivo veintisiete años más tarde.

A juzgar por los hechos mismos, la descripción de Trotsky parece veraz y no necesariamente matizada por los acontecimientos posteriores. El bolchevique macilento, sombrío, concentrado y un tanto rústico parece corresponder al personaje real: tal era el Stalin de aquellos días, después de años de trabajo clandestino, de ocultamiento entre los trabajadores petroleros tártaros de Bakú y de repetidos encarcelamientos, deportaciones y evasiones. Tampoco parece infundada la impresión de hostilidad que le causaron a Trotsky las miradas de Stalin: esa hostilidad reflejaba la actitud del hombre de comité bolchevique frente al inspirador del Bloque de Agosto. Stalin había visto anteriormente a Trotsky, en el Congreso del Partido celebrado en la iglesia de Londres, aunque Trotsky no había reparado en él entonces. Seguramente recordó la agitación de Trotsky contra los asaltos y las expropiaciones bolcheviques, con las que Stalin había tenido mucho que ver; y ya en 1907, en su informe sobre el Congreso, Stalin había escrito acerca de la "bella superfluidad" de Trotsky. Este no sabía quién había publicado el primer número del periódico bolchevique que se había apropiado el nombre de su *Pravda*. Stalin sí lo sabía. Apenas dos semanas antes de su silencioso encuentro había descrito a Trotsky en

[62] Esta descripción del encuentro de Stalin y Trotsky se basa en el propio recuerdo de Trotsky (escrito el 22 de septiembre de 1939), que yo encontré en *The Archives* en Harvard. En mi Stalin afirmé erróneamente que "ni Trotsky ni Stalin han descrito su encuentro en Viena". Trotsky, en todo caso, no lo describió antes del último año de su vida.

El Socialdemócrata como "un ruidoso campeón de falsa musculatura", y bajo esas palabras había estampado, por primera vez, la firma de Stalin.[83]

El áspero gruñido con que saludó a Trotsky parecía venir desde el fondo de la cabaña de leños rusa.

[83] Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. VII, pp. 271-284; véase también el capítulo IV en Deutscher, *op. cit.*

CAPITULO VIII

LA GUERRA Y LA INTERNACIONAL

El estallido de la Primera Guerra Mundial puso fin abruptamente a la edad de oro del capitalismo liberal europeo, al parlamentarismo y al socialismo reformista que habían florecido juntos durante casi medio siglo de paz, interrumpido únicamente por guerras de importancia secundaria en las colonias y en la periferia balcánica. Dos generaciones de europeos habían crecido en la creencia optimista de que el hombre había progresado lo suficiente para asegurarse el dominio sobre la naturaleza y para cambiar y perfeccionar su medio ambiente por medio del razonamiento, la conciliación y el voto de las mayorías. También se habían inclinado a contemplar la guerra como una reliquia de un pasado bárbaro, al que la humanidad seguramente no retrocedería. La acumulación de riquezas en Europa en general había sido tan impresionante y rápida que parecía garantizar la prosperidad creciente de todas las clases de la sociedad y desterrar los conflictos sociales violentos.

En ninguna parte estaban más arraigadas estas ilusiones que en el movimiento obrero, especialmente en la Segunda Internacional. La Internacional había heredado su ideología, sus consignas y sus símbolos de los períodos revolucionarios del siglo pasado, de las conmociones de 1848, la Comuna de París de 1871 y la lucha clandestina del socialismo alemán contra Bismarck. Las consignas y los símbolos hablaban de la solidaridad internacional de los trabajadores y de su irreconciliable lucha de clases, que culminaría en el derrocamiento del régimen burgués. Hacía mucho que la actividad práctica de los partidos socialistas había dejado de tener algo en común con esas tradiciones. La irreconciliable lucha de clases había dado paso a la negociación pacífica y al reformismo parlamentario. Mientras más éxito tenían estos métodos, más estrecha se hacía la relación entre los partidos socialistas y los sindicatos antaño ilegalizados, por una parte, y el gobierno y las asociaciones patronales por la otra; y más efectivamente prevalecían los intereses y los puntos de vista nacionales sobre las consignas heredadas del internacionalismo. Hasta 1914 los partidos socialistas todavía se las ingeniaron, en general, para explicar y justificar su actividad reformista en términos tradicionalmente revolucionarios. Sus dirigentes continuaron profesando el marxismo, el internacionalismo y el antimilitarismo hasta el primer día de la guerra, cuando la Internacional se desmoronó.

De las grandes naciones europeos, Rusia era la única que había tenido muy poca participación en el progreso pacífico de la era anterior. Su avance económico, con todo y ser indudable, era insignificante en comparación

con la acumulación de riquezas en Europa occidental. En todo caso, había sido insuficiente para implantar en la nación hábitos de negociación y transacción pacíficas y para fomentar la creencia en un progreso gradual que beneficiaría a todas las clases. El parlamentarismo, y todas las instituciones de conciliación y arbitraje social que habitualmente lo rodean, no había echado raíces en el suelo ruso. La lucha de clases, en su forma más violenta y abierta, se había desencadenado de un extremo al otro del Imperio; y el zarismo no les había dejado a los trabajadores ni siquiera la ilusión de que les concedía alguna influencia en los destinos de la nación. En la Internacional Socialista, el partido ruso había sido casi el único que tomaba apasionadamente en serio las tradiciones y consignas revolucionarias y no las consideraba como una cuestión de mero prestigio formal.

En 1914, los emigrados rusos, con pocas excepciones, observaron con horror el cataclismo que amenazaba a la Internacional; y apenas pudieron dar crédito a sus ojos cuando vieron a los jefes del socialismo europeo arrojar por la borda todas sus solemnes resoluciones antimilitaristas y sus juramentos internacionalistas para exhortar a sus respectivas clases obreras a combatir por sus emperadores y odiar y matar al "enemigo". En un principio, la mayoría de los emigrados rusos —bolcheviques, mencheviques y social-revolucionarios por igual— denunciaron este comportamiento como una traición al socialismo. Más tarde muchos de ellos reconsideraron su juicio, pero muchos fueron aún más lejos: la matanza de los años siguientes, en los que millones de seres humanos dieron su vida para arrebatarle unos cuantos metros de territorio al enemigo, les enseñó a despreciar y odiar las simulaciones humanitarias y los fraudes del sistema político europeo. Llegaron a la conclusión de que si a los gobiernos civilizados les resultaba posible, en aras de su política de poder nacional, exterminar a millones de seres humanos y mutilar a veintenas de millones, entonces sin duda los socialistas estaban obligados a no escatimar esfuerzos en la lucha por un nuevo orden social que librara a la humanidad de semejante locura. El viejo orden les daba una lección de crueldad despiadada. La "obra de encaje gótica" de la civilización europea yacía destrozada y pisoteada en el lodo y la sangre de las trincheras.

El estallido de la guerra encontró a Trotsky en Viena, adonde acababa de regresar de Bruselas. En esta segunda ciudad había dirigido, en unión de Mártov y Plejánov, un último llamamiento al Buró de la Internacional pidiéndole que interviniera en la disputa interna del partido ruso. En la mañana del 3 de agosto visitó la redacción del *Arbeiterzeitung* vienés. La noticia del asesinato de Jaurès por un chovinista francés acababa de llegar a Viena. Las cancillerías intercambiaban sus últimas notas, cuya finalidad era la de hacer recaer la culpa de la guerra sobre el enemigo. Los gobiernos habían decretado la movilización general. Mientras se diri-

gía a la redacción del periódico socialista, Trotsky observó a las vastas multitudes enardecidas por la histeria bélica que manifestaban en los elegantes bulevares del centro de la ciudad. En el *Arbeiterzeitung* reinaba la confusión. Algunos de los redactores estaban dispuestos a apoyar la guerra. Su amigo Friedrich Adler se expresó con disgusto acerca de la ascendente marejada de chovinismo. En su escritorio yacía un montón de folletos xenófobos, y junto a éstos había otro montón de insignias conmemorativas que se habían preparado para un Congreso de la Internacional Socialista que habría de reunirse en Viena para celebrar el vigésimoquinto aniversario de la organización. El Congreso había sido cancelado, y el tesorero del partido austriaco lamentaba las 20,000 coronas que había gastado en los preparativos. El viejo Víctor Adler despreciaba la actitud chovinista que contagiaba a su propio séquito, pero era demasiado escéptico para oponerle resistencia. Visitó en compañía de Trotsky al jefe de la policía política para indagar cómo se proponía éste tratar a los emigrados rusos en vista del inminente estado de guerra entre Austria-Hungría y Rusia. El jefe de la policía les informó que se disponía a recluirlos. Pocas horas más tarde Trotsky y su familia tomaban un tren para Zurich.

La Suiza neutral se convirtió en el refugio de los revolucionarios rusos que habían vivido en Alemania y Austria. A Zurich se trasladaron Karl Rádek, expulsado de Alemania por hacer propaganda antimilitarista; Bujarin, que había sido detenido por las autoridades durante algún tiempo en Viena; en tanto que Lenin, todavía encarcelado por los austriacos en Galizia, habría de llegar poco después. La neutralidad del país le permitía al Partido Socialista suizo ver con tolerancia, e incluso con simpatía, la propaganda internacionalista de los rusos. En una asociación educativa de trabajadores Trotsky encontró un auditorio bien dispuesto a escuchar sus censuras a la guerra y a los socialistas que la apoyaban. "Con la llegada de Trotsky a Zurich", recuerda un conocido escritor suizo, "el movimiento obrero, o cuando menos un sector de éste, cobró nueva vida. Aquél trajo consigo la creencia... de que de esta guerra saldría la revolución... Para Trotsky, éstas no eran meras palabras, sino su convicción más íntima".[1] De tal manera se ganó a su nuevo auditorio que casi inmediatamente fue elegido delegado a una convención nacional del Partido Socialista de Suiza. Los dirigentes del Partido se vieron en apuros para explicarle a su militancia que era impolítico concederle el derecho de votar en el Congreso a un extranjero ciudadano de un país beligerante.

Durante esta estadía en Zurich, que sólo duró poco más de dos meses, Trotsky redactó *La Guerra y la Internacional*, la primera declaración extensa de política antibélica escrita por un socialista ruso. El filo polémico del texto iba dirigido primordialmente contra los socialdemócratas alemanes, quienes sostenían que, al luchar contra el zarismo, el "gendarme de

[1] F. Brupbacher, *60 Jahre Ketzer*, pp. 188-189.

Europa", la Alemania de los Hohenzollerns cumplía una misión histórica progresista. "En nuestra lucha contra el zarismo", replicaba Trotsky, "en la que no nos damos tregua, no hemos buscado ni buscamos la ayuda del militarismo de los Habsburgos o los Hohenzollerns . . Es mucho lo que debemos al Partido Social-demócrata Alemán. Todos hemos pasado por su escuela y hemos aprendido de sus éxitos y sus errores. Para nosotros no era uno de los partidos de la Internacional, sino *el* partido". Tanto más profunda era la indignación con que ahora repudiaba la actitud de los socialdemócratas alemanes. Los socialistas, insistía, tenían el deber de defender la paz, pero no una paz que significara un retorno al *status quo* o un nuevo equilibrio entre las potencias imperialistas. El objetivo de los socialistas debía ser una paz democrática, sin anexiones ni indemnizaciones, que permitiera la autodeterminación de las naciones oprimidas. Sólo un levantamiento de los pueblos beligerantes contra sus gobernantes podría lograr tal clase de paz. Esta parte de su argumentación se anticipó en más de tres años a los Catorce Puntos del Presidente Wilson; y cuando el folleto de Trotsky apareció en los Estados Unidos tuvo una influencia directa en Wilson. Con todo, la "autodeterminación de las naciones", tal como la propugnaba Trotsky, tenía poco en común con la versión wilsoniana. No se proponía crear nuevos Estados nacionales (Trotsky, como ya sabemos, consideraba desde hacía mucho al Estado nacional como un anacronismo). A las naciones pequeñas y oprimidas debería permitírseles obtener la independencia a fin de que pudieran, por su libre voluntad, ingresar en un sistema político socialista internacional. "En las actuales condiciones históricas", escribió Trotsky, "el proletariado no está interesado en defender una 'patria' nacional anacrónica que se ha convertido en el obstáculo principal para el progreso económico, sino en crear una patria nueva, más poderosa y estable, los Estados Unidos de Europa de régimen republicano, como cimiento de los Estados Unidos del Mundo. Al callejón sin salida imperialista del capitalismo, el proletariado sólo puede oponer la organización socialista de la economía mundial como programa práctico del día".[2] Esta audaz conclusión le pareció irreal a mucha gente. Trotsky relata que Rádek la criticó inmediatamente en razón de que las "fuerzas productivas" del mundo, e incluso de Europa, no se habían desarrollado lo suficiente para hacer posible su organización sobre una base socialista internacional. Lenin, al llegar a Suiza, criticó la frase "los Estados Unidos de Europa" porque le sugería que Trotsky concebía la Revolución Rusa sólo como una parte de una insurrección simultánea en escala europea. De esta controversia nos ocuparemos más adelante.

En noviembre de 1914 el folleto fue publicado en una traducción ale-

[2] *La Guerra y la Internacional* fue publicado por primera vez en ruso, por entregas, en la *Golos* parisiense, en noviembre de 1914, empezando con el núm. 59 del periódico.

mana y, con la ayuda de los socialistas suizos, enviado a Alemania. Los antimilitaristas alemanes que lo distribuyeron fueron procesados, y el propio Trotsky fue acusado *in absentia* del delito de lesa majestad y sentenciado a varios meses de prisión por un tribunal alemán (de todo lo cual se enteró por las informaciones publicadas en periódicos franceses). Los socialdemócratas alemanes insinuaron que él había escrito su folleto para servir a los intereses de Rusia y sus aliados. Pero, como él no había vacilado en criticar a los socialistas aliados que apoyaban la guerra, éstos a su vez lo acusaron de hacerles el juego a los "social-patriotas" alemanes.[3]

A fines de noviembre Trotsky salió de Suiza para radicarse en Francia. *El Pensamiento de Kiev* lo nombró corresponsal en París, y él acogió con gusto la oportunidad de observar la guerra desde aquella excelente atalaya. También deseaba unirse a Mártov, que publicaba entonces, con un espíritu de absoluta oposición a la guerra, un periódico ruso en París: *Golos* (*La Voz*). Trotsky había visto a Mártov por última vez a mediados de julio en Bruselas, adonde habían ido juntos para tratar de obtener del Ejecutivo de la Internacional un veredicto contra las actividades cismáticas de Lenin; y en unión de Plejánov habían redactado un manifiesto a los socialistas rusos. ¡Cuán remoto e insignificante parecía todo aquello unos cuantos meses después! Los dirigentes de la Internacional, a quienes, en su calidad de autoridades supremas del socialismo, ellos les habían pedido intervenir contra Lenin, eran calificados ahora de "social-chovinistas y traidores" tanto por Mártov y Trotsky como por Lenin. Plejánov, entretanto, había exaltado patrióticamente la guerra sobre la base de que los Hohenzollerns y los Habsburgos, y no los Romanovs, eran los archienemigos del progreso y el socialismo. Parecía que las viejas divisiones habían quedado borradas y superadas por otras nuevas. Lenin, que nunca había abandonado un secreto deseo de volver a unirse políticamente con Mártov, su amigo de juventud, declaró: "El *Golos* parisiense es actualmente el mejor periódico socialista de Europa. Cuanto más frecuente y enérgicamente disentí de Mártov, tanto más categóricamente debo decir que ahora está haciendo exactamente lo que debe hacer un socialdemócrata".[4] El fundador del menchevismo reciprocó cordialmente: saludó la aparición de *El Socialdemócrata* de Lenin y convino en que las antiguas controversias habían perdido toda significación.[5] Los acontecimientos habrían de demostrar que esto no era así y que una reunificación era, después de todo, imposible. Pero por el momento Trotsky se regocijó con la posibilidad.

En París repartió su tiempo entre el trabajo para el periódico de Mártov y *El Pensamiento de Kiev* y los contactos con los grupos antimilitaristas

[3] *Golos*, núm. 63, 25 de noviembre de 1914.
[4] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXI, p. 21, y *Golos*, núm. 38, 27 de octubre de 1914.
[5] *Golos*, núm. 52, 12 de noviembre de 1914.

en el Partido Socialista y los sindicatos franceses. Casi desde el mismo día de su llegada tuvo que defenderse de las acusaciones de progermanismo, que emanaban principalmente de Alexinsky, un antiguo diputado bolchevique a la Duma que ahora era un ardiente antibolchevique y partidario de la guerra. (Este mismo ex-bolchevique habría de difundir en 1917 la acusación de que Lenin era un espía alemán). Una curiosa circunstancia parecía justificar las acusaciones: un sujeto que ostentaba el nombre de Nicolás Trotsky encabezaba una Unión para la Liberación de Ucrania auspiciada por el gobierno austriaco (el prototipo de los organismos ucranianos que Alemania habría de crear más tarde). Era fácil atribuirle las declaraciones proaustriacas y proalemanas de un Trotsky al otro, aun después de que el autor de *La Guerra y la Internacional,* sentenciado en ausencia por un tribunal alemán, hubo explicado públicamente la confusión.[6]

Golos siguió apareciendo sólo durante seis o siete semanas después de la llegada de Trotsky a París. Acosado por la censura, dejó de publicarse a mediados de enero de 1915. En esas pocas semanas, Trotsky dio una expresión todavía más definida a sus concepciones. El futuro, escribió, sólo deparaba una disyuntiva: "guerra permanente o revolución proletaria". La guerra era "una rebelión ciega" de las superdesarrolladas fuerzas productivas de Europa contra la estrecha y restrictiva estructura de los Estados nacionales capitalistas. El imperialismo capitalista sólo podía romper por la fuerza las barreras nacionales. Era, por lo tanto, incapaz de romperlas definitivamente, y mientras rigiera al mundo lanzaría a la humanidad a una guerra tras otra, a una matanza tras otra, y llevaría a la civilización a la ruina. El reformismo socialista carecía de futuro, pues se había convertido en parte integrante del viejo orden y en cómplice de sus crímenes. Quienes abrigaban la esperanza de reconstruir la antigua Internacional, imaginándose que sus jefes podrían borrar, por medio de una mutua amnistía, su traición al internacionalismo, estaban impidiendo el renacimiento del movimiento obrero.[7]

En uno de los últimos números de *Golos* había llevado el razonamiento todavía más lejos, diciendo que la lucha contra "los falsificadores chovinistas del marxismo" era sólo el aspecto negativo de la tarea planteada. El aspecto positivo y constructivo consistía en "agrupar las fuerzas de la Tercera Internacional". Esta corriente de pensamiento era paralela a la de Lenin y se inspiraba seguramente en ella, pues Lenin había formulado la misma idea un poco antes.[8]

Mártov, en un principio, había estado completamente de acuerdo con estas concepciones. Pero aun antes de que *Golos* dejara de publicarse, se

[6] *Ibid.*, núms. 62 y 63, 24 y 25 de noviembre de 1914. Digamos, de paso, que en 1903-4 León Trotsky acostumbraba firmar sus escritos como *N.* Trotsky.

[7] *Ibid.*, núm. 66, 28 de noviembre de 1914; núm. 79, 13 de noviembre de 1914.

[8] *Ibid.*, núm. 100, 8 de enero de 1915; Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXI, p. 24.

vio asaltado por dudas y reconsideraciones. Los mencheviques que, al igual que él, se habían opuesto a la guerra, se resistían a llegar a conclusiones tan radicales. Sostenían que los partidos socialistas habían cometido un grave error al apoyar la guerra, pero que todavía podían subsanar ese error, y que las clases obreras, en igual medida que sus dirigentes, se habían dejado arrastrar por el espíritu patriótico. Una nueva Internacional "purificada" no tendría posibilidades de agrupar a su alrededor a las clases trabajadoras; sería una secta incapaz de superar a la vieja organización. Algunos mencheviques se oponían a la guerra más bien en virtud de sus convicciones pacifistas que de sus concepciones revolucionarias. La mayoría se oponía al zar, que libraba la guerra en nombre de su nación, más bien que a la guerra misma. Y, en el interior de Rusia, algunos mencheviques se habían comprometido con una actitud más patriótica. Todo esto no podía menos que influir en Mártov. Este se vio desgarrado entre su propia convicción y la atracción que sobre él ejercía el partido que él mismo había fundado. Avanzó y retrocedió, trató de zanjar diferencias y eludió sus dilemas refugiándose en la atmósfera sedante de los cafés parisienses.

Antes de que terminara el año de 1914, las divisiones de preguerra volvieron a imponerse sobre la reciente "solidaridad de los internacionalistas". Lenin insistía en que su partido en general había permanecido fiel al internacionalismo, mientras que aquellos mencheviques que habían hecho lo mismo, Mártov y Axelrod, estaban en discordia con sus propios seguidores. Mártov pronto le hizo saber a Axelrod que Trotsky también lo estaba acusando a él, Mártov, de recurrir a tácticas maquiavélicas y de favorecer mañosamente al menchevismo. En respuesta, Mártov apeló a una estratagema muy socorrida: trató de "asustar" a Trotsky (en las propias palabras de Mártov) diciéndole que si rompía con los mencheviques quedaría a merced de los bolcheviques y "se pondría en manos de Grisha Zinóviev", que era entonces el principal ayudante de Lenin en Suiza. Pero el fantasmón no fue tan eficaz como antes, y Mártov relató después que tuvo que acercarse a Trotsky con suave actitud diplomática y tratarlo como a "una estatuilla de porcelana"[9]

Trotsky, aunque todavía se resistía a "ponerse en manos de Grisha Zinóviev", estaba sin embargo, deseoso de desligarse por fin de la vieja alineación que databa del Bloque de Agosto. El 14 de febrero de 1915 publicó una declaración en *Nashe Slovo* (*Nuestra Palabra*), el periódico que había sustituido a *Golos*, en la que por primera vez narró públicamente la historia interna de sus desacuerdos con los mencheviques, revelando que aun dos años antes se había negado a colaborar en sus periódicos y a ser su portavoz en el Buró de la Internacional Socialista, y que ahora se ne-

[9] *Pisma Axelroda i Mártova*, p. 309. Mártov le escribió esta carta a Axelrod el 9 de enero de 1915.

gaba a representarlos en la proyectada conferencia de socialistas aliados en Londres. Este repudio del Bloque de Agosto fue el primer paso decisivo de Trotsky por la senda que habría de llevarlo al partido bolchevique.[10]

Otros vínculos de viejas relaciones y amistades políticas iban quebrantándose también. Lo más doloroso personalmente para Trotsky fue su rompimiento con Parvus, que acababa de declarar su solidaridad con los dirigentes socialistas alemanes oficiales en apoyo de la guerra y que, además, estaba empeñado en grandes operaciones comerciales en los Balcanes, para provecho propio y del gobierno alemán. La metamorfosis de este escritor marxista, que tan brillantemente había analizado la decadencia del Estado nacional y defendido el internacionalismo, en un "socialista Hohenzollern" y un vulgar agiotista de la guerra, fue ciertamente uno de los cambios más sorprendentes que iban sufriendo los hombres por aquellos días. Para Trotsky éste fue un rudo golpe: su nombre y el de Parvus habían estado vinculados por la paternidad conjunta de la teoría de la "revolución permanente", y desde 1904 Parvus había participado en la mayor parte de las empresas periodísticas y políticas de Trotsky. Trotsky debe de haber puesto en Parvus sus más caras esperanzas, confiando en que, junto con Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, aquél habría de desafiar al chovinismo triunfante en el partido alemán.

Con más dolor que indignación, Trotsky escribió un "Obituario de un Amigo Vivo", en el que, aun por encima del abismo que ahora los separaba, rindió un triste homenaje a la desperdiciada grandeza de Parvus.

> Alejándose por un momento de la figura que ahora aparece bajo un seudónimo tan bien merecido en los Balcanes, el autor de estas líneas considera como una cuestión de honor personal expresar el reconocimiento a que tiene derecho el hombre a quien le debe, en el terreno de sus ideas y de su desarrollo intelectual, más que a ninguna otra persona entre los socialistas europeos de la vieja generación... Aun ahora, veo menos razón que nunca para renegar de aquel diagnóstico y pronóstico, cuya parte más importante fue aportación de Parvus.

Trotsky recordó generosamente cuánto habían aprendido él y otros de Parvus y cuán orgullosos se habían sentido de él. Reconoció que Parvus le había enseñado, entre otras cosas, "a expresar pensamientos sencillos en palabras sencillas". Pero... "Parvus ya ha dejado de existir. Un Falstaff político merodea ahora por los Balcanes y calumnia a su otro yo falleci-

[10] *Nashe Slovo*, núm. 13, 14 de febrero de 1915; *Pisma Axelroda i Mártova*, pp. 315-317. El motivo de la declaración de Trotsky fue un discurso que Larin, quien todavía era menchevique, pronunció en una convención nacional del Partido Socialista sueco. Larin se había referido a Trotsky, Plejánov y Axelrod como los tres jefes del llamado Comité de Organización.

do".[11] Cuando al cabo de cierto tiempo Parvus fundó en Copenhague un "instituto sociológico" del que Trotsky sospechaba que era una agencia de propaganda alemana, aconsejó públicamente a los socialistas que no establecieran ningún contacto con dicho organismo.[12] Cuando Parvus envió un artículo en el que trataba de justificar su conducta, en forma de "Carta al Director", Trotsky primero pensó publicarlo, pero después cambió de opinión;[13] y cuando, después de la revolución, Parvus intentó acercarse a él para ofrecerle sus servicios al gobierno soviético, Trotsky dejó sin contestar los sondeos. Con todo, la sombra de aquella relación habría de perseguirlo: en julio de 1917, "el mes de la gran calumnia", y nuevamente durante su lucha contra Stalin en los años de la gran calumnia.[14]

Nashe Slovo comenzó a publicarse el 29 de enero de 1915. Era una modesta publicación de dos páginas, en contadas ocasiones de cuatro, en la que abundaban los espacios en blanco que señalaban las mutilaciones del censor, y sin embargo, repletas de noticias y comentarios. El periódico estaba constantemente en peligro de sucumbir por obra del censor y de su propia escasez de recursos económicos. Los redactores y colaboradores no percibían sueldos ni honorarios. Los salarios de los tipógrafos y los impresores se retrasaban por lo general varios meses, pero los obreros medio hambrientos, emigrados políticos al igual que los redactores, continuaban publicando el diario sin un murmullo de protesta. De cuando en cuando se hacían colectas en los menesterosos centros de emigrados, como la Biblioteca Rusa en la Avenida de los Gobelinos, el Círculo de Emigrados Rusos en Montmartre o la Biblioteca de los Obreros Judíos en la calle Ferdinand Duval. Los donativos se hacían en céntimos y *sous* más bien que en francos, y el dinero se usaba para pagar el escaso suministro de papel. Pese a todo, *Nashe Slovo* tenía una notable nómina de colaboradores, casi todos los cuales habrían de grabar su nombre de manera prominente en los anales de la revolución; y como empresa periodística fue muy superior a la *Pravda* vienesa y mucho más influyente. Si a un periodista o a un político parisiense se le hubiera dicho que aquel oscuro diario ruso era políticamente más medular que toda la "gran prensa" fran-

[11] *Nashe Slovo*, núm. 15, 14 de febrero de 1915.

[12] *Ibid.*, núm. 208, 5 de octubre de 1915. Con todo, cuando Alexinsky usó la advertencia de Trotsky para calificar a Parvus de agente provocador alemán, Trotsky envió una carta a *L'Humanité* explicando que él había acusado a Parvus de ser un social-patriota, pero que no creía que fuera un agente provocador.

[13] Mártov reveló esto cuando él mismo renunció como colaborador de *Nashe Slovo*. Mártov, "Carta al Director", *Nashe Slovo*, núm. 235, 9 de noviembre de 1915.

[14] Rico y dueño de una gran influencia en la República de Weimar, Parvus no obstante se sintió frustrado y repitió sus gestiones ante los bolcheviques, hasta que Lenin lo rechazó bruscamente, diciendo que "los Soviets necesitan ciertamente buenas cabezas, pero sobre todo manos limpias". M. Beer, *Fifty Years of International Socialism*, p. 197.

cesa, habría pensado que era una broma. Y, sin embargo, en menos de tres años las ideas expresadas en *Nashe Slovo* resonarían desde Petrogrado y Brest-Litovsk por todo el mundo.

El principal organizador del periódico era Antónov-Ovseienko, un menchevique de largo historial y ex-oficial del ejército zarista, que en 1905 se había rebelado a la cabeza de su destacamento y había sido sentenciado a muerte, logrando escapar para unirse al movimiento clandestino. En octubre de 1917 habría de encabezar a los Guardias Rojos en el asalto al Palacio de Invierno, arrestando a Kerensky y llevando así al triunfo a la insurrección bolchevique. Bajo de estatura, delgado, miope, lleno de energía e imaginación, el futuro Comisario utilizaba entonces todos los recursos de su inventiva para asegurar, contra todos los inconvenientes, la existencia del periódico. "Mostraba una tenacidad y un optimismo que asombraban incluso a Trotsky, que no carecía ciertamente de las mismas cualidades".[15] Este fue uno de los nuevos vínculos de amistad que fueron reemplazando a los antiguos en la vida de Trotsky: entre 1923 y 1925 Antónov-Ovseienko habría de ser uno de los jefes de la oposición trotskista.

Fue aparentemente Antónov-Ovseienko quien invitó a Trotsky y a Mártov a ser codirectores de *Nashe Slovo*. Trotsky se negó en un principio, sospechando que el periódico tenía por objeto servir a una estrecha finalidad menchevique.[16] Pero al cabo de cierto tiempo asumió la codirección y, en constante controversia con Mártov, imprimió tan vigorosamente sus propias concepciones en *Nashe Slovo* que el periódico vino a ser considerado como su dominio personal. Lunacharsky, el bolchevique "buscador de Dios" que se había separado de Lenin y llegaría a ser el gran Comisario de Educación de la revolución, trabajaba para el periódico y en ocasiones actuaba como conciliador entre Trotsky y Mártov. Riazánov, quien también se había trasladado de Viena a París, era uno de los puntales de *Nashe Slovo*. Lozovsky, el futuro jefe de la Internacional de los sindicatos rojos y por entonces diligente de un pequeño sindicato de sombrereros judíos en París, comentaba los acontecimientos políticos y sindicales franceses. Manuilsky, el bolchevique boicoteador, futuro jefe de la Comintern stalinista y Ministro de Relaciones Exteriores de Ucrania, colaboraba bajo el seudónimo de *Bezrabotnyi* (el Desempleado). Su único "empleo" por el momento era el de gerente de *Nashe Slovo*, director oficial y responsable ante las autoridades. Manuilsky solía divertir al cuerpo de redactores del periódico con ingeniosas anécdotas, que inventaba y narraba con la gracia de un comediante de primera categoría. Anguelina Balabánov, la socialista medio rusa y medio italiana, denunció en *Nashe Slovo* a su viejo amigo y protegido Benito Mussolini, a quien había sacado del arroyo

[15] A. Rosmer, *Le Mouvement ouvrier pendant la guerre*, pp. 244-249.
[16] *Pisma Axelroda i Mártova*, p. 319.

para llevarlo a la prominencia en el partido italiano y quien ahora instaba a la Italia neutral a participar en la guerra. Balabánov también traducía a muchos idiomas, pero especialmente al italiano, los artículos más importantes de Trotsky, ayudando así a mantener al grueso del Partido Socialista italiano en oposición a la guerra. El equipo editorial incluía además a hombres como Sokólnikov, que andando el tiempo sería uno de los principales organizadores de la insurrección de octubre, signatario de la paz de Brest-Litovsk, Comisario de Hacienda y diplomático; Pokrovsky, el historiador; y unos cuantos socialistas polacos eminentes.

De los colaboradores externos, debe mencionarse en primer término a Chicherin, corresponsal en Londres. Descendiente de una de las primeras familias de la aristocracia rusa, antiguo Secretario de una embajada zarista, había echado por la borda su carrera diplomática para cultivar en la oscuridad las grandes pasiones de su vida: la revolución, la música y la historia. Durante años fue una figura familiar en París en la filial de Montparnasse del Partido Socialista francés. Solía presentarse allí antes de la medianoche, envuelto en una amplia capa española cuyos bolsillos daban cabida a una increíble cantidad de libros, folletos y periódicos, y durante largas horas exponía y desarrollaba sus ideas sosegadamente ante quienes quisieran escucharlo, apoyando sus argumentos con citas tomadas de su biblioteca de bolsillo. Esos mismos hábitos noctívagos y su gusto por la discusión intensa pero reposada habría de conservarlos como Ministro de Relaciones Exteriores de la república soviética. En París, Chicherin era todavía menchevique, pero era demasiado desprendido y extravagante para comprometerse con las banderías del exilio, y por eso nadie adivinó el rico talento que había en él. La guerra lo había sorprendido en Londres. En una memoria, que no parece haber sido publicada, Trotsky dice que las colaboraciones de Chicherin desde Londres estaban escritas en un espíritu vagamente social-patriótico, pero eran tan inusitadamente sutiles y originales que él, Trotsky, las publicaba con gusto en el periódico.[17] Más adelante, durante la guerra, Chicherin fue recluido en Inglaterra como propagandista antibélico.

Desde Suecia y Dinamarca, Alexandra Kolontai y Moisei Uritsky, ambos antiguos mencheviques disgustados con el "social-patriotismo" y que evolucionaban rápidamente hacia el bolchevismo, colaboraban con cierta regularidad. Kolontai habría de ser Comisario de Bienestar Social en el primer gobierno de Lenin, en tanto que Uritsky (que también había trabajado para la *Pravda* vienesa) sería uno de los más destacados dirigentes bolcheviques en 1917. La nómina de colaboradores incluía a Theodore Rothstein, el historiador anglo-ruso del cartismo y futuro embajador soviético en Persia; a Rádek, Rakovsky y Maisky, futuro embajador soviético en Londres. Raras veces ha tenido un periódico una galaxia tan brillante de colabo-

[17] *The Trotsky Archives.*

radores.

Los miembros del equipo editorial eran unánimes en su oposición a la guerra y al "social-patriotismo"; pero, aparte de esto, representaban diversos matices de opinión. Las reuniones de la redacción, que tenían lugar todas las mañanas en la imprenta, daban origen a animadas disputas que a su vez se reflejaban en las columnas del periódico. Como sucede por lo general en los casos en que la coincidencia externa oculta diferencias de actitud y de enfoque, las controversias eran complicadas y aparentemente insignificantes, y a menudo degeneraban en vehementes altercados. Sería posible pasar por alto tales altercados si no fuera por el hecho de que ellos manifestaban el realineamiento de grupos e individuos que pronto pasarían a primer plano como jefes de grandes partidos y movimientos de masas. Después de *El Socialdemócrata* de Lenin, el periódico de Trotsky era en aquel momento el laboratorio más importante de la revolución. La cuestión que se debatía apasionadamente en él era la línea de demarcación que debería trazarse entre los internacionalistas y los social-patriotas. ¿Dónde, con cuánta firmeza y cuán definitivamente debía trazarse? En sus intentos de dar respuesta a estas interrogantes, los grupos e individuos se acercaban o se distanciaban entre sí, hasta que con el tiempo algunos de quienes en un principio parecían ser de la misma opinión llegaban a encontrarse en lados opuestos de aquella línea.

En términos generales, tres grupos trataban de influir en *Nashe Slovo*. Mártov se esforzaba por reconciliar su lealtad al internacionalismo socialista con la que le debía al menchevismo, y gradualmente extendió su vieja desconfianza frente al bolchevismo al intransigente internacionalismo "esquinado" que Lenin predicaba. En el otro extremo se hallaban los hijos pródigos del bolchevismo, Manuilsky y Lozovsky, y en menor grado Lunacharsky, a quienes el impulso de la guerra iba llevando nuevamente junto a Lenin. Trotsky mantenía una posición intermedia: trataba de frenar al grupo bolchevique y también de persuadir a Mártov de que se desligara de los social-patriotas mencheviques. "Las reuniones de la redacción", relata Lunacharsky, "se prolongaban en largos debates, durante los cuales Mártov eludía con asombrosa elasticidad mental y astucia casi sofística una respuesta clara... Trotsky a menudo lo atacaba con mucho enojo".[18] En el primer número del periódico, Mártov había denunciado a algunos de sus seguidores;[19] pero al cabo de unas cuantas semanas argumentó que era erróneo acusar a los "social-patriotas" de traición al socialismo.[20] El grupo probolchevique se volvió entonces airadamente contra Mártov, pero Trotsky, pese a todo su enojo en los debates, se abstuvo todavía de romper con él.

[18] A. Lunacharsky, *Revolutsiónnie Siluety*, pp. 23-26, 68.
[19] *Nashe Slovo*, núm. 1, 29 de enero de 1915. Mártov repudió en esa ocasión al periódico menchevique *Nasha Zarié*, publicado en Petrogrado.
[20] *Ibid.*, núm. 31, 5 de marzo de 1915.

Ello no obstante, los acontecimientos recientes y la continua *débâcle* del socialismo europeo lo llevaron a revisar mentalmente las controversias del pasado y, como él mismo lo expresara "a ver a Lenin bajo una nueva luz". Esta revisión puede seguirse, en todo su gradualismo y sus pequeños vuelcos y virajes, a través de sus escritos en *Nashe Slovo*. En julio de 1915 admitió, por ejemplo, que las divisiones de preguerra en el partido ruso habían guardado una íntima relación con la controversia actual y que los bolcheviques formaban el núcleo del sector internacionalista del socialismo ruso. Pero aún sentía el temor que los bolcheviques abrigaran el propósito de dominar a los internacionalistas no afiliados a su facción.[21] Mártov protestó contra estas afirmaciones y otras similares, se negó a aceptar responsabilidad alguna por la dirección que Trotsky le estaba imprimiendo al periódico, y amenazó con renunciar. Al mismo tiempo, Lenin sometió a Trotsky a una crítica incesante, diciendo que el internacionalismo de éste era puramente verbal, puesto que no le impedía cooperar con los social-patriotas mencheviques.

En medio de esta disputa tuvo lugar un gran acontecimiento en el que Trotsky desempeñó un papel central. El 5 de septiembre de 1915 se reunió en Zimmerwald, pequeña población en las montañas suizas, en las afueras de Berna, una conferencia internacional de socialistas, la primera que se efectuaba desde el comienzo de la guerra. La iniciativa provino de los socialistas italianos, que no habían tenido la intención de convocar la reunión como un desafío a la Internacional de la preguerra. Anteriormente el mismo año, un diputado socialista italiano, Ordino Morgari, viajó a París para solicitar del presidente de la Internacional, el socialista belga Vandervelde, que convocara una sesión del Ejecutivo. "Mientras haya soldados alemanes alojados por la fuerza en los hogares de los trabajadores belgas", replicó Vandervelde, "no se puede hablar de convocar al Ejecutivo". "¿Es entonces la Internacional un rehén en manos de la Entente?" preguntó Morgari. "¡Sí, un rehén", respondió Vandervelde. Morgari solicitó entonces cuando menos una conferencia de los partidos socialistas de los países neutrales. Cuando Vandervelde rechazó también este requerimiento, el diputado italiano se acercó a Mártov, Trotsky y los socialistas suizos con la proposición de convocar una conferencia independientemente de la vieja Internacional. Así se produjo el movimiento que habría de ser el precursor de la Tercera Internacional.[22]

Treinta y ocho delegados de once países, beligerantes y neutrales, se reunieron en Zimmerwald para reafirmar su solidaridad internacional.[23]

[21] *Ibid.*, núm. 146, 23 de julio de 1915.

[22] Trotsky describió los preliminares de la conferencia de Zimmerwald en *Nashe Slovo*, núm. 109, 10 de mayo de 1916.

[23] Antes de la inauguración de la conferencia los rusos se reunieron para discutir su representación. *Nashe Slovo* envió tres delegados: Mártov, Trotsky y Manuilsky, que representaban las tres actitudes entre los redactores. Lenin impugnó sus cre-

La delegación alemana estaba encabezada por varios influyentes diputados al Reichstag y traía los saludos de Karl Liebknecht, entonces encarcelado. La delegación francesa era menos impresionante, pues los grupos antimilitaristas en el partido francés eran débiles, y sólo llegaron unos cuantos dirigentes sindicales. Lenin representaba a los bolcheviques y Axelrod a los mencheviques. Rakovsky y Kolárov vinieron de los Balcanes, y había delegados polacos, suizos, holandeses, italianos y de otros países. En tiempos normales una reunión de ese tipo no se habría considerado muy representativa; pero en los días en que para los ciudadanos de los países beligerantes era delictuoso ponerse en contacto, el mero hecho de que dirigentes obreros bien conocidos "se estrecharan las manos por encima de las alambradas y las trincheras ensangrentadas" constituía un desafío inaudito a todos los gobiernos en guerra.

Los participantes en la conferencia, sin embargo, estaban menos unidos en sus propósitos que lo que implicaban sus resoluciones. La mayoría eran pacifistas, deseosos de reafirmar su fe, pero renuentes a ir más lejos. Una minoría, agrupada en torno a Lenin, quien por primera vez se presentaba ahora como el protagonista de una corriente internacional, y no meramente rusa, en el socialismo, instó a la conferencia a adoptar una actitud derrotista frente a todos los gobiernos beligerantes, a exhortar a los pueblos a "convertir la guerra imperialista en guerra civil" y a proclamar la necesidad de una nueva Internacional. La mayoría se negó a hacer tales cosas. En muchos puntos Trotsky estaba de acuerdo con la minoría, aunque no suscribía el derrotismo revolucionario de Lenin. (En bien del socialismo, escribió, la guerra debería terminar sin "vencedores ni vencidos".) Sostenía, además, que aquellas diferencias debían superarse para hacer posible que la conferencia condenara la guerra unánimemente. Todos estuvieron de acuerdo con esto y Trotsky fue encargado de redactar una declaración de principios, que pronto se haría famosa como el Manifiesto de Zimmerwald. En éste, Trotsky describió con emoción la angustiosa situación de la Europa asolada por la guerra, responsabilizando por ella al régimen capitalista, a los gobiernos y a los partidos socialistas que se traicionaban a sí mismos; y exhortó al pueblo trabajador a curarse de su intoxicación chovinista y ponerle fin a la matanza. Pese a todo lo conmovedor que era el Manifiesto, sus conclusiones resultaban vagas. No llamaban a la guerra civil que pondría fin a la guerra imperialista, y no contemplaban la nueva Internacional. La conferencia aprobó el Manifiesto por unanimidad, pero el grupo de Lenin hizo constar sus reservas. Finalmente se eligió un comité internacional que, aunque todavía no se oponía nominalmente a la Segunda Internacional, habría de convertirse sin em-

denciales y Mártov y Manuilsky renunciaron en favor de Trotsky. La conferencia admitió a Trotsky y le concedió pleno derecho de votación, pero siempre frente a las protestas de Lenin. Trotsky relató esto con cierto resentimiento en *Nashe Slovo*, núm. 212, 9 de octubre de 1915.

bargo en el núcleo de la Tercera.

Sólo la buena suerte le permitió a Trotsky regresar sin inconvenientes a Francia. Su equipaje fue sometido a revisión en la frontera, y en él iban todos los documentos de Zimmerwald. Un inspector los tomó en sus manos, pero viendo encima de ellos una hoja de papel con la conspicua y patriótica inscripción de *Vive le Tsar!*, no se tomó la molestia de examinarlos. Durante las sesiones en Zimmerwald, mientras llenaba de dibujos caprichosos varias hojas de papel, Trotsky había copiado aquellas palabras de un artículo escrito por Gustave Hervé, el semianarquista francés convertido en patriota. En París, la censura suprimió las informaciones sobre la conferencia. "De todos modos", escribió Trotsky en *Nashe Slovo*, "la conferencia ha tenido lugar, y éste es un hecho trascendental, señor censor". "La prensa francesa", añadía, "ha dicho más de una vez que Karl Liebknecht ha salvado el honor de Alemania. La conferencia de Zimmerwald ha salvado el honor de Europa. Un profesor obtuso ha escrito en el *Journal des Debats* que la conferencia careció de importancia y favoreció a Alemania; otro profesor igualmente obtuso del otro lado del Rin ha escrito que careció de importancia y favoreció a la Entente. Si la conferencia fue tan impotente e insignificante, ¿por qué han prohibido vuestros superiores toda mención de ella? ¿Y por qué, pese a la prohibición, habéis empezado vosotros mismos a analizarla? Y aún seguiréis analizándola, caballeros... Ninguna fuerza la borrará de la vida política de Europa".[24] El artículo fue mutilado más que de costumbre por el censor, y los espacios en blanco ocuparon más lugar que el texto impreso.

Casi desde el principio de su estadía en París, Trotsky, primero en unión de Mártov y después solo, se mantuvo en contacto con pequeños grupos antimilitaristas franceses, principalmente sindicales, encabezados por Alfred Rosmer, Pierre Monatte, Bourderon y Merrheim, que posteriormente habrían de fundar el Partido Comunista francés. Trotsky asistía regularmente a las reuniones semanales de estos grupos, sobre los que la policía francesa mantenía una estrecha vigilancia. El los beneficiaba con su experiencia política y les explicaba los antecedentes de la guerra y las tendencias que operaban en los movimientos obreros extranjeros. Fue el inspirador de su línea política y los llevó al seno del movimiento de Zimmerwald, haciendo así las veces de padrino del Partido Comunista francés, con el que habría de mantenerse estrechamente vinculado en años posteriores.

Además de estas actividades, seguía escribiendo para *El Pensamiento de Kiev*, con lo que se ganaba el sustento. *El Pensamiento de Kiev* apoyaba la guerra, de modo que Trotsky tenía que redactar sus artículos con cautela para evitar un rompimiento con el periódico. El director del diario de Kiev publicaba con mucho gusto las denuncias del imperialismo alemán que hacía su corresponsal en París, pero no veía con buenos ojos

[24] *Nashe Slovo*, núm. 218, 19 de octubre de 1915.

las críticas de éste a la Entente. Trotsky sólo podía comunicar a sus lectores en Rusia la mitad de la verdad según él la veía, aquella mitad que de un modo u otro no chocaba con la política oficial rusa. En ocasiones trataba de comunicarla en tal forma que el lector sagaz pudiera adivinar la mitad suprimida. Para el autor del Manifiesto de Zimmerwald ésta era una posición sumamente incómoda, de suerte que fue limitándose cada vez más al reportaje y a los análisis estrictamente militares.

El hombre que desde Zimmerwald había desafiado a los poderosos del mundo y cuyo Manifiesto había resonado por toda Europa, no despreciaba las tareas del periodismo. Viajó al sur de Francia y a los puertos del Canal de la Mancha para recoger impresiones y auscultar los estados de ánimo que prevalecían en la retaguardia. Tal como lo había hecho durante las guerras balcánicas, visitó los hospitales y conversó con los heridos y se mezcló con los soldados franceses y británicos en los cafés y los mercados de las pequeñas ciudades francesas. Con infatigable curiosidad escuchó los impresionantes relatos de los refugiados belgas, franceses y servios, y llenó con ellos sus cuadernos de apuntes. De regreso a París, solía leer unos veinte periódicos europeos al día en el Café de la Rotonda, donde podía encontrar a Mártov casi a cualquier hora del día. De la Rotonda se iba a una biblioteca a estudiar revistas y literatura militares serias, francesas, inglesas, italianas, alemanas, austriacas y suizas. En estos viajes y estudios encontraba solaz y descanso, y ellos lo prepararon también para una gran tarea futura. Así como la experiencia de capitán de los granaderos de Hampshire no dejó de serle provechosa a Gibbon como historiador del Imperio Romano, la experiencia de concienzudo corresponsal militar habría de serle útil un día al fundador del Ejército Rojo.

Sus artículos de temas militares, reproducidos en sus *Obras*, han caído en completo olvido a partir de su eclipse político. Sin embargo, junto con sus escritos de los años de la guerra civil, deberían haberle ganado un lugar en la historia del pensamiento militar. Como casi todos los marxistas que profundizan seriamente en los asuntos militares, él estuvo muy influido por las concepciones estratégicas clásicas de Clausewitz. Aun siendo un aficionado, tuvo sobre los expertos militares contemporáneos, lo mismo clausewitzianos que anticlausewitzianos, la ventaja de que veía tras el choque de las armas, una contienda de fuerzas económicas y regímenes políticos, y de que poseía un ojo más sagaz para medir la moral de las naciones en guerra.

Casi desde las primeras semanas de las hostilidades predijo, contra la prevaleciente opinión de los expertos, una prolongada y sangrienta guerra de trincheras, y ridiculizó las esperanzas que los epígonos alemanes de Clausewitz ponían en la capacidad ofensiva de su ejército.[25] No compartía, sin embargo, las ilusiones característicamente francesas de una estrategia pu-

[25] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. IX, pp. 7-15.

ramente defensiva y de una guerra de desgaste. Señaló que la concepción defensiva de los franceses obligaría a éstos a emprender repetidamente las ofensivas más costosas y fútiles, y que una guerra de desgaste no sería menos sangrienta, sino más, que la guerra ordinaria. Explicó el estancamiento de las operaciones militares como el resultado de un equilibrio entre los recursos económicos de las coaliciones enfrentadas. Este enfoque, que aquí sólo podemos resumir de manera muy sucinta, le permitió, durante los primeros tres años de la guerra, vaticinar con extraordinaria precisión el desarrollo de sucesivas operaciones militares. Relacionó la perspectiva de un inexorable estancamiento estratégico con el panorama de la revolución, pues contaba con que el estancamiento de la guerra de trincheras se prolongaría indefinidamente, minaría los cimientos de la vieja sociedad y llevaría a los pueblos a la desesperación y la rebelión. Algunas veces, es cierto, esperó que un desarrollo de la estrategia y la tecnología rompería el estancamiento, pero sólo al cabo de una lucha prolongada; y estuvo próximo a predecir el invento del tanque.[26] En general, sin embargo, la pesadilla (que durante tanto tiempo fue terriblemente real) de la continua matanza mutua de fuerzas equilibradas, dominó su pensamiento militar; y seguiría dominándolo aún en el último año de la guerra, cuando, como veremos más adelante, lo llevó a cometer importantes errores de apreciación.

Incluso mientras contemplaba con objetividad el desarrollo de las hostilidades y absorbía ávidamente teorías militares, su mente estaba atenazada por la tragedia de Europa, sangrante y desquiciada. Esta preocupación por el "factor humano" en la guerra coloca sus escritos militares muy por encima del nivel profesional. Por ejemplo, su ensayo "Las alambradas y las tijeras" es un estudio técnico de la guerra de trincheras y, al mismo tiempo, una reconstrucción intuitiva e imaginativa de su impacto psicológico sobre los enormes ejércitos que participaban en ella. Resulta casi increíble que el autor de este ensayo nunca hubiera visto una trinchera: así de íntimamente penetró en su extraña atmósfera, prefigurando mucho de lo que escritores como Remarque, Zweig, Hasek, Sherriff, Barbusse, Glässer y otros habrían de escribir después de la guerra en novelas y dramas auto-

[26] En una ocasión predijo que, después de la guerra, los jefes militares olvidarían o menospreciarían esta nueva arma que decidiría el resultado de la guerra. Así se acercó mucho a vaticinar la subestimación del tanque en que incurrieron los Estados Mayores británico y francés en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. *Ibid.*, p. 190. En un sarcástico comentario al margen rechazó anticipadamente la ilusión de una Línea Maginot que comenzaba a derivarse de la experiencia francesa en la Primera Guerra Mundial. "El triunfo de los franceses [en la defensa] es tan evidente que no sólo los expertos militares se inclinan ante él, sino también... los pacifistas. Uno de ellos... ha llegado a la feliz conclusión de que la guerra puede erradicarse del todo si las fronteras de los Estados son reforzadas por medio de trincheras continuas y demarcadas por una poderosa corriente eléctrica. ¡Pobre, escrofuloso pacifista que busca un refugio en las trincheras!" *Loc. cit.*

biográficos.

Si la suerte de los escritos de Trotsky, repetimos, y la medida en que son leídos o ignorados no hubiese estado tan inseparablemente ligada al destino político de su autor y a las simpatías y antipatías que su mero nombre suscita, éste habría ganado su lugar en la historia de la literatura gracias a los méritos de estos escritos nada más. Esto es especialmente cierto por lo que se refiere a sus textos descriptivos. En ellos Trotsky habitualmente narra las aventuras de un solo soldado, revelando por medio de ellas algún aspecto significativo de la guerra. En "El Séptimo Regimiento de Infantería en la Epopeya Belga", por ejemplo, que escribió en Calais en febrero de 1915, el autor describe las experiencias de De Baer, un estudiante de derecho de la Universidad de Lovaina en el que centra todo el drama de la Bélgica invadida y ocupada. Trotsky sigue al joven abogado desde el comienzo de la guerra a través de la confusión de la movilización, de las batallas, retiradas, cercos y escapatorias, a través de una secuencia de escenas extrañas y sin embargo muy normales, en las que vemos y sentimos la elemental erupción del patriotismo en el pueblo invadido, sus sufrimientos, su heroísmo impremeditado y a menudo accidental, un heroísmo en el que se entreveran lo trágico y lo cómico, y, sobre todo, el absurdo sin límites de la guerra. El estudiante De Baer sufre espantosos tormentos en las trincheras; después es nombrado defensor de varios compañeros de armas ante un tribunal de guerra; regresa a las trincheras y sin saberlo se distingue en el combate y es condecorado con gran pompa y solemnidad. Después de eso, es casi el único sobreviviente de su compañía cercada por el enemigo, logrando escapar ileso después de perder sus gafas en la lucha. Enviado a un hospital en Francia, se descubre que es demasiado miope para ser soldado y recibe el licenciamiento. Arrojado por el aparato militar en un país extraño, no encuentra empleo; y, cuando el autor lo conoce, está pasando hambre y vistiendo harapos. En virtud de su gran sencillez realista, el relato parece un fragmento modernizado de *La guerra y la paz*. El autor no hace propaganda; su héroe no es un proletario; los sentimientos patrióticos de los belgas invadidos, en aparente contradicción con las convicciones políticas del autor, son descritos con tan cálida simpatía que el relato podría encajar perfectamente en una antología patriótica del martirologio belga; tanto más efectivamente denuncia el autor el absurdo de la guerra.

"Del Cuaderno de Apuntes de un Servio" está escrito en forma similar. Aquí la epopeya de otra pequeña nación, primero lisonjeada, después explotada y finalmente avasallada por las grandes potencias, queda resumida en las aventuras de Todor Todorovich, un campesino servio de la Banat gobernada por los austriacos que ha desertado del ejército austriaco. Todor Todorovich acompaña penosamente al ejército servio en retirada, a través de aldeas incendiadas y montañas cubiertas de hielo. Frecuentemente se encuentra en peligro de ser fusilado como desertor y traidor servio

por los austriacos o como espía austriaco por los servios. En cada ocasión logra escapar en circunstancias tragicómicas y prosigue su marcha para contemplar escenas de horror dantesco, hasta que se convierte casi en un símbolo del hombre, desamparado en medio del salvajismo primitivo que ha irrumpido a través de la delgada corteza de la civilización.[27]

En otros ensayos como "Los Enigmas Psicológicos de la Guerra", Trotsky trató de imaginar el estado de la mentalidad europea al término del holocausto. Conjeturó que el hombre de las trincheras no se adaptaría fácilmente a la sociedad "normal":

> ...el desastre actual emitirá, en el transcurso de años, décadas y centurias, una radiación sangrienta, a cuya luz las generaciones futuras contemplarán su propio destino, del mismo modo que Europa ha sentido hasta ahora la radiación de la gran Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas. Y, sin embargo, cuán pequeños fueron esos acontecimientos... en comparación con lo que estamos haciendo o viviendo ahora, y especialmente con lo que nos espera. La mente humana es propensa a la trivialidad; sólo con lentitud y renuencia asciende hasta la cumbre de estos acontecimientos colosales... se esfuerza sin saberlo por empequeñecer ante sí misma la importancia de éstos, para poder asimilarlos más fácilmente... No es nuestra mente la que domina los grandes acontecimientos; por el contrario, los acontecimientos, surgidos de la combinación, interacción y concatenación de grandes fuerzas históricas objetivas, obligan a nuestra mente indolente y perezosa a adaptarse lenta y torpemente. En relación con este hecho, tan ofensivo para nuestra megalomanía, nuestra segunda naturaleza, el destino actual de las naciones civilizadas clama en el estruendo simultáneo de todos los cañones y las armas.[28]

Hacia fines de 1915 se acentuó la escisión en el movimiento de Zimmerwald. La minoría, encabezada por Lenin, se había ido desligando cada vez más enfáticamente de los socialistas pacifistas y de los "centristas" que trataban de mantenerse en una posición intermedia. La controversia se hizo más enconada a medida que los gobiernos beligerantes, apoyados por los "social-patriotas", procedieron a reprimir el movimiento de Zimmerwald, a encarcelar a sus dirigentes y partidarios o a enviarlos a las trincheras. Entre los emigrados rusos cundió la indignación frente a la conducta

[27] *Ibid.*, pp. 87-112. "¿Dónde está el moderno Swift que coloque a la Europa burguesa frente a su espejo satírico?", preguntó Trotsky en *Nashe Slovo* (16 de mayo de 1916), al describir satíricamente cómo las embajadas, los Estados Mayores y las academias de Alemania y Francia trataban de explotar, cada una en provecho de sus propios fines patrióticos, un aniversario de Cervantes.

[28] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. IX, pp. 244-248. Estas palabras fueron escritas en septiembre de 1915.

de los diputados mencheviques en la Duma (los diputados bolcheviques ya habían sido procesados y deportados a Siberia). El jefe de los diputados mencheviques, el georgiano Chjeidze, había hablado en la Duma acerca de Zimmerwald, defendiendo la conferencia en términos tan ambiguos y timoratos que la defensa equivalía a un repudio. Lenin denunció inmediatamente a Chjeidze e insistió en que todos los miembros rusos del movimiento de Zimmerwald hicieran lo mismo.

La situación se agravó cuando, en Rusia, Vera Zasúlich y Potrésov, al igual que Plejánov, se pronunciaron en favor de la guerra. Para Trotsky, esto fue un nuevo golpe y una nueva desilusión. Primero se había enemistado con Lenin por devoción a los veteranos del Partido, y aunque de entonces acá había dejado atrás a los veteranos y había tenido sus diferencias con ellos, la devoción que le inspiraban se mantenía incólume. Ahora los veía a todos, con excepción de Axelrod, "desertar de la causa". También con Chjeidze había estado vinculado antes de la guerra: fue a él a quien le escribió en 1913 una carta en la que aludía a Lenin como "ese gran pendenciero... ese explotador profesional del atraso del movimiento obrero ruso..."[29] Ahora Trotsky todavía trató de hallarle atenuantes al comportamiento de Chjeidze, pero con Vera Zasúlich rompió con el mismo dolor que le había causado su rompimiento con Parvus.[30] Más de una vez tuvo que preguntarse qué era lo que había llevado a la vieja guardia a abandonar sus principios, y si Lenin no habría tenido siempre la razón al desdeñarlos y seguir su propio camino.

En su autobiografía, Trotsky describe su evolución hacia el bolchevismo como un proceso en el que por su propia voluntad se fue acercando cada vez más a Lenin, y no le hace justicia a la influencia que algunos de los colaboradores de su periódico ejercieron en él. La verdad que emerge de las páginas de *Nashe Slovo* es que Trotsky fue acicateado y empujado por ese camino por los probolcheviques que había en su cuerpo de redacción, quienes, aunque eran hombres de talla muy inferior a la suya, aprehendieron con mayor prontitud la tendencia del realineamiento e instaron a Trotsky a renunciar a sus viejas lealtades y a extraer conclusiones de la nueva situación.[31]

[29] Esta carta a Chjeidze se encontró en los archivos de la policía rusa en 1921. Olminsky, que estaba encargado de los archivos del Partido, le escribió a Trotsky preguntándole si la carta debería ser publicada. Trotsky se mostró contrario a la publicación, diciendo que era impolítico revivir viejas controversias, especialmente en vista de que no consideraba haberse equivocado siempre en lo que había escrito contra los bolcheviques. Véase la carta de Trotsky a Olminsky del 6 de diciembre de 1921 en *The Trotsky Archives*.

[30] *Nashe Slovo*, núm. 58, 9 de marzo de 1916.

[31] Cuando Trotsky escribía su autobiografía, en 1929, la mayoría de los antiguos colaboradores bolcheviques de *Nashe Slovo* habían tomado partido por Stalin contra él.

No se debe y no se tiene que compartir (escribió uno de ellos) la sectaria estrechez de criterio [del grupo de Lenin]... pero no puede negarse que... en Rusia, en lo más reñido de la acción política, el llamado leninismo se está liberando de sus rasgos sectarios... y que los grupos de obreros relacionados con *El Socialdemócrata* (el periódico de Lenin) constituyen actualmente en Rusia la única fuerza activa y consecuentemente internacionalista... Aquellos internacionalistas que no pertenecen a ninguna facción no tienen otra salida que unirse a los leninistas, lo cual significa, en la mayoría de los casos, ingresar en la organización leninista... Existe, por supuesto, el peligro de que a causa de tal fusión tengamos que renunciar a algunos rasgos valiosos... pero el espíritu de la lucha de clases, que no vive en los laboratorios literarios sino en el polvo y la tensión de la contienda política de masas, se vigorizará y desarrollará ampliamente.[32]

Otro escritor, antiguo menchevique, trató de explicar por qué los próceres del socialismo ruso se habían convertido en "social-patriotas oportunistas". Ellos iniciaron sus carreras políticas y literarias con una crítica de las utopías voluntaristas de los *narodniki*, y ello dejó una huella perdurable en su manera de ver las cosas. En su polémica contra los populistas concentraron su atención de manera tan exclusiva en las "condiciones objetivas", en lo que era y lo que no era históricamente posible en Rusia, que se convirtieron en esclavos de su propio determinismo. Los mencheviques habían ganado méritos indudables al analizar las condiciones sociales de Rusia y al intentar europeizar el movimiento (méritos, añadía el escritor, que la *Pravda* de Trotsky compartía con ellos). Pero descuidaron por completo el cultivo de la voluntad revolucionaria, que cambia las condiciones sociales dentro de las que opera. El principio de la voluntad y la acción era tan esencial para la doctrina marxista como su determinismo; y este principio, concluía el escritor, lo encarnaba el grupo de Lenin. Por eso los mencheviques se habían dejado arrastrar por la marea de los acontecimientos a su *débâcle* social-patriótica, en tanto que los bolcheviques poseían la fuerza necesaria para resistir la marea.[33]

Manuilsky y Lozovsky, especialmente el primero, razonaban en forma similar. Aunque negándose aún a aceptar el leninismo como "la forma confeccionada y completa de la nueva ideología internacionalista", criticando todavía su "estrechez de criterio nacional y su angulosa crudeza", Manuilsky, sin embargo, insistía en que el bolchevismo, debido al énfasis que ponía en la voluntad y la acción, habíase convertido legítimamente en el núcleo del movimiento revolucionario ruso. "La historia", escribió, "ha colocado

[32] *Nashe Slovo*, núm. 15, 19 de enero de 1916.

[33] El autor de este artículo fue K. Zalevski, un socialista polaco que antes de la guerra había estado del lado de los liquidadores mencheviques. *Nashe Slovo*, núms. 35, 36, 11 y 12 de febrero de 1916.

a la clase obrera rusa en una posición más favorable para la iniciativa revolucionaria que aquella en que se ha encontrado el proletariado occidental... Nos ha impuesto deberes y obligaciones superiores a los del movimiento obrero europeo". Tanto más urgente era, pues, encontrar un lenguaje común con el grupo de Lenin. Discretamente, Manuilsky criticaba a Trotsky, sin mencionarlo, por sus intentos de disculpar el ambiguo comportamiento de Chjeidze y los otros diputados mencheviques.[34]

Estas influencias obraron en el ánimo de Trotsky de manera bastante perceptible. Si en un hombre como Manuilsky sobrevivía aún cierto disgusto frente al aspecto "sectario" y particularmente ruso del bolchevismo, más fuerte tenía que ser ese mismo disgusto en Trotsky. Pero, él también predicó la cooperación estrecha con "el más activo e influyente grupo de los leninistas", aunque todavía veía con temor una asociación permanente.[35] Cuando hizo del reacercamiento con los bolcheviques un principio de política editorial, Mártov, después de muchos "ultimátums y contraultimátums", acabó por renunciar con mucho resentimiento al *Nashe Slovo*.[36] Así feneció otra vieja amistad, y así dio Trotsky otro paso hacia Lenin y la Tercera Internacional.

Sin embargo, ni Trotsky ni el mismo Lenin se habían decidido todavía a separarse inmediatamente, pasara lo que pasara, de la Segunda Internacional. En la primavera de 1916 los dirigente de ésta, alarmados por la acogida favorable que había encontrado el movimiento de Zimmerwald, convocaron por fin una sesión de su Buró Internacional en La Haya. En *Nashe Slovo*, Lozovsky exhortó a los socialistas rusos a boicotear la conferencia o a asistir a ella sólo para declarar categóricamente que no estaban dispuestos a reingresar en la organización de preguerra. En una réplica que tiene considerable interés para el historiador de la Tercera Internacional, Trotsky abogó en favor de una actitud más cautelosa: "...es posible que nosotros, la izquierda, podamos dejar de asistir a la conferencia de La Haya, si llegamos a contar con el apoyo de las masas. Entonces iríamos sólo para hacer una demostración palmaria... como Lozovsky, prejuzgando la cuestión, nos aconseja unilateralmente que hagamos. Pero también es posible que el alineamiento de fuerzas dentro del movimiento obrero nos obligue a adoptar durante algún tiempo la posición de un ala izquierda en la Internacional de *ellos* [es decir, la Segunda]".[37] Recordó que el movimiento de Zimmerwald no se había producido como un intento explícito de constituir una nueva Internacional. La actitud de Trotsky

[34] *Nashe Slovo*, núms. 75-78, 29 de marzo-1 de abril de 1916. En los mismos números Trotsky continuó defendiendo a Chjeidze en editoriales sin firma.
[35] *Ibid.*, núm. 89, 14 de abril de 1916.
[36] *Ibid.*, núm. 93, 19 de abril de 1916.
[37] *Ibid.*, núm. 97, 23 de abril de 1916. En apoyo de su actitud Trotsky citó *El Comunista*, un periódico bolchevique dirigido por Bujarin que había expresado una opinión similar.

ante este problema era apenas un poco menos definida que la de Lenin. A fines de abril de 1916, Lenin triunfó en la segunda conferencia del movimiento de Zimmerwald, que tuvo lugar en Kienthal, Suiza. Trotsky no asistió: esta vez las autoridades francesas no le permitieron cruzar la frontera. Pero, desafiando a la censura, declaró en *Nashe Slovo* su solidaridad con las resoluciones de Kienthal.[38]

Diferencias sobre cuestiones más generales separaban todavía a Trotsky de Lenin. Existía, en primer lugar, el desacuerdo sobre el derrotismo revolucionario. "La revolución no está interesada en una mayor acumulación de derrotas", escribió Trotsky, en tanto que Lenin expresaba la opinión de que la derrota militar de Rusia favorecería a la revolución. A primera vista, aquí parecen chocar dos concepciones diametralmente opuestas; y así presentan el asunto los historiadores stalinistas. La discrepancia, en realidad, era de énfasis propagandístico y no de línea política. Tanto Lenin como Trotsky instaban a los socialistas a transformar la guerra en una revolución y a difundir sus ideas y concepciones entre los trabajadores y en las fuerzas armadas, aunque ello debilitara militarmente al país. Ambos estaban de acuerdo en que el temor a una derrota nacional no debía desviar a los socialistas del cumplimiento de su deber. Pese a todo el énfasis provocativo que Lenin le imprimía a su derrotismo, no les pedía a sus seguidores que cometieran o incitaran a otros a cometer actos de sabotaje, ni que desertaran o realizaran otras actividades estrictamente derrotistas. Sólo sostenía que, aunque la agitación revolucionaria habría de debilitar la fuerza militar de Rusia, los socialistas rusos tenían el deber de afrontar este riesgo en la esperanza de que los revolucionarios alemanes hicieran lo mismo, de modo que a fin de cuentas todos los gobiernos imperialistas fueran vencidos por los esfuerzos conjuntos de los internacionalistas. La derrota de cualquiera de los países beligerantes vendría a ser, pues, sólo un incidente en el avance de la revolución de un país a otro. Trotsky, y con él muchos de los seguidores del propio Lenin, se negaban a ligar el destino de la revolución con la derrota en forma tan exclusiva.[39] Bastaba, decía Trotsky, con predicar y preparar la revolución, independientemente de cuál fuera la situación militar. Cada actitud tenía, desde el punto de vista de quienes la sostenían, sus ventajas y desventajas. El no-derrotismo de Trotsky no exponía de antemano al internacionalista a la acusación de que ayudaba y favorecía al enemigo. La actitud de Lenin, pese a toda su obvia inconveniencia táctica, estaba mejor calculada para inmunizar al revolucionario contra el patriotismo belicista y para erigir una barrera insalvable entre él y sus adversarios. En 1917 estos dos matices de oposición a la guerra se fundieron sin controversia ni fricción en la política del partido

[38] *Ibid.*, núms. 111, 115, 12 y 17 de mayo de 1916. Véase también el número del 2 de septiembre de 1916.

[39] *Ibid.*, núm. 68, 21 de marzo de 1916; *Sotsial-Demokrat*, núm. 50.

bolchevique.

Otra controversia tenía que ver con los "Estados Unidos de Europa". Aunque esta idea había venido a ser considerada como un rasgo distintivo del trotskismo, Lenin la había incluido ya desde septiembre de 1914 en sus propias tesis sobre la política socialista frente a la guerra.[40] "Los Estados Unidos de Europa" compendiaban la inquebrantable esperanza que abrigaban por igual Lenin y Trotsky de que, al término de la guerra, Europa entera se vería afectada por la revolución proletaria. Lenin, sin embargo, objetaba la forma en que Trotsky presentaba la idea, porque en cierto momento éste pareció implicar que la revolución sólo podría estallar en Rusia simultáneamente con un levantamiento europeo. Tal concepción, señalaba Lenin, podría ser un pretexto para la pasividad y podría llevar a los socialistas de cualquier país a aguardar con los brazos cruzados hasta que "los otros empezaran". O bien podría contener la ilusión pacifista de que los Estados Unidos de Europa podían erigirse sobre una base capitalista y no socialista. La revolución, escribió Lenin, bien podría desarrollarse y triunfar en Rusia antes que en el resto de Europa, porque "la desigualdad del desarrollo económico y político es una ley ineluctable del capitalismo". Trotsky había dado algunos motivos para esta crítica cuando, arrebatado por la grandiosa perspectiva de un continente socialista unificado, sostuvo que la guerra, "al destruir el Estado nacional; destruía también la base nacional para la revolución".[41] Si se tiene presente toda la tendencia del razonamiento de Trotsky, la interpretación que Lenin dio a estas palabras resulta incorrecta, puesto que Trotsky había sostenido en todo momento que la revolución rusa sería la primera en vencer y a continuación estimularía a las revoluciones en otras partes.

A la crítica de Lenin, Trotsky respondió: "El que ningún país debe esperar pasivamente en su lucha a que otros comiencen, es una idea básica que conviene repetir... Sin aguardar por los demás tenemos que comenzar la lucha en nuestro terreno nacional, plenamente confiados en que nuestra iniciativa impulsará... a otros países".[42] A continuación desarrolló un razonamiento que contenía el germen de una controversia, no con Lenin, sino con el sucesor de éste. Era cierto, escribió Trotsky, que el capitalismo se había desarrollado en forma "desigual", y por ello era probable que la revolución triunfara primero en un solo país. Pero "la desigualdad del desarrollo es desigual en sí misma". Algunos países europeos habían avanzado, económica y culturalmente, más que otros; pero Europa en su conjunto había progresado más que Africa o Asia y estaba más madura para la revolución socialista. No era necesario, por lo tanto, contemplar la perspectiva de una revolución aislada permanentemente o

[40] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXI, p. 4.
[41] *Nashe Slovo*, núm. 23, 24 de febrero de 1915.
[42] *Ibid.*, núm. 87, 12 de abril de 1916.

por mucho tiempo en un solo país. No era necesario caer en "esa mesiánica actitud nacional revolucionaria que lo lleva a uno a pensar que su propio Estado nacional está destinado a conducir a la humanidad al socialismo. Si una revolución social victoriosa fuese realmente concebible dentro de las fronteras de una sola... nación, entonces esta actitud mesiánica... tendría una relativa justificación histórica". "Luchar por la conservación de la base nacional para la revolución social con métodos que amenazan cortar los vínculos internacionales del proletariado, significa minar los cimientos de la revolución. *La revolución debe comenzar sobre una base nacional, pero, en vista de la interdependencia económica y político-militar de los Estados europeos, no puede llevarse a su término sobre tal base*". [43]

Lenin no tenía reparo alguno que oponer a esta actitud. Lo que nos llama la atención ahora en las palabras de Trotsky es su presentimiento, negativamente expresado, de la "mesiánica actitud nacional revolucionaria" según el cual el "propio Estado nacional está destinado a conducir a la humanidad al socialismo". El portavoz de esa actitud habría de ser, en años futuros, José Stalin.[44]

El segundo año de la estadía de Trotsky en París se acercaba a su fin cuando, el 15 de septiembre de 1916, la policía francesa clausuró *Nashe Slovo*. Al día siguiente el propio Trotsky recibió órdenes de abandonar el país. Los diputados socialistas protestaron ante el Primer Ministro, Aristide Briand, y obtuvieron una prórroga en el cumplimiento de la orden. Legalmente no había motivos para la expulsión. *Nashe Slovo* no había podido decir más que lo que la censura le había permitido decir, y aunque Trotsky a menudo había disputado, sin escatimar pullas, con el censor, había cumplido escrupulosamente las instrucciones de éste. Al gobierno francés tampoco le preocupaban mayormente los contactos de Trotsky con los grupos antibélicos franceses, todavía débiles. Pero la Embajada zarista conspiraba contra los revolucionarios emigrados, y los franceses complacían, a desgana, los deseos de sus aliados. Un accidente vino a ayudar a la intriga de la Embajada. Un motín, provocado en parte por un agente secreto de la policía rusa, había estallado entre los soldados rusos que desembarcaban en Marsella, y se alegó que los amotinados habían actuado bajo la influencia de *Nashe Slovo*. Trotsky temió que los franceses se propusieran extraditarlo a Rusia. Durante seis semanas trató inútilmente de

[43] *Loc. cit.*

[44] Trotsky daba por sentado, desde luego, que la posibilidad de unos Estados Unidos de Europa capitalistas era utópica. El imperialismo alemán, escribió, se esforzaba por unificar al viejo continente bajo su hegemonía; pero aun cuando lo lograra, ello produciría tan sólo una alianza militar y una unión aduanal obligatorias, "una parodia de los Estados Unidos de Europa, escrita con fuego por la espada del militarismo alemán". Sólo la revolución socialista podría efectuar una unión voluntaria de los pueblos. *Nashe Slovo*, núm. 29, 4 de febrero de 1916.

obtener entrada en Suiza o en Italia o de viajar a Escandinavia pasando por Inglaterra, hasta que, el 30 de octubre, fue detenido por dos agentes de la policía y deportado a la frontera española.

Antes de su expulsión le dirigió una "Carta Abierta" a Jules Guesde, el precursor del marxismo francés que se había convertido en Ministro de la Guerra:

> ¿Puede un socialista honrado dejar de combatirlo a usted? En una época en que la sociedad burguesa —cuyo enemigo mortal fue usted, Jules Guesde, en otro tiempo— ha revelado plenamente su verdadera naturaleza, usted ha transformado al Partido Socialista en un dócil coro que acompaña a los corifeos del bandidaje capitalista... El socialismo de Babeuf, Saint-Simon, Fourier, Blanqui, la Comuna, Jaurès y Jules Guesde —sí, de Jules Guesde también— ha encontrado por fin su Albert Thomas para deliberar con el zar sobre la manera más segura de apoderarse de Constantinopla... Descienda usted, Jules Guesde, de su automóvil militar, salga de la jaula en que lo ha encerrado el Estado capitalista, y mire un poco en torno suyo. Tal vez el destino se apiade, por última vez, de su triste vejez y logre usted escuchar el sordo rumor de los acontecimientos que se avecinan. Nosotros los esperamos; nosotros los convocamos:; nosotros los preparamos.[45]

Trotsky entró en España con la esperanza de pasar de allí a Italia y a Suiza (sus amigos italianos aún trataban de obtener los permisos de entrada). Pero cuando los franceses lo obligaron a cruzar la frontera española, le advirtieron a la policía de España que un "anarquista peligroso" se había introducido en su país. Trotsky se quedó un día en San Sebastián, y con triste ironía contempló un cuadro que colgaba sobre su cama con la leyenda "La Muerte del Pecador". De allí pasó a Madrid y, en espera de noticias de Italia, pasó diez días paseando por la ciudad, mezclándose con multitudes alegres y ruidosas, observando pintorescas ceremonias y tomando apuntes. No sabía español y no conocía a nadie en Madrid, excepto a un socialista francés que trabajaba allí como gerente de la sucursal española de una compañía francesa de seguros. El 7 de noviembre —el mismo día en que, al año siguiente, encabezaría la insurrección bolchevique— lo pasó en el Museo del Prado. Allí anotó en su cuaderno de apuntes sus reflexiones sobre el elemento de lo "eterno" en la pintura clásica española, contrastándolo con el espíritu menos majestuoso, pero más íntimo y sugestivo, del arte impresionista francés.

Dos días más tarde, mientras asistía a un espectáculo deportivo, fue descubierto por un agente de la policía y detenido. Temeroso de que la

[45] Citado por Alfred Rosmer en "Trotsky during World War I" en *The New International*, septiembre-octubre de 1950.

policía española fuera a deportarlo por vía marítima a Rusia, envió telegramas y cartas de protesta a diestro y siniestro. En una carta dirigida al Ministro de Gobernación de España explicó, con el acostumbrado derroche de ironía, que no sabía español, no había tenido contacto con un solo ciudadano español, no había publicado una sola línea en España y sólo había visitado museos e iglesias. El único motivo de su arresto, según el jefe de la policía de Madrid, era que "sus ideas eran un poco demasiado avanzadas para España". La prensa socialista y republicana inició una campaña en favor de su liberación. Al cabo de tres días se le ordenó viajar bajo escolta a Cádiz. Allí quedó en libertad bajo vigilancia policíaca poco estricta y casi cómica, en espera del primer barco que lo sacara del país.[46]

En Cádiz pasó seis semanas, bombardeando al gobierno español con protestas y matando el tiempo en compañía de un agente de la policía en una antigua biblioteca, donde, en medio de un silencio tal que "era posible oír a las polillas carcomiendo los folios", leyó viejos libros ingleses y franceses, tomó apuntes y copió textos sobre las revoluciones y contrarrevoluciones españolas, sobre las consecuencias de éstas para la tauromaquia, sobre los fracasos del liberalismo español y las intrigas de las grandes potencias en la Península.[47] Por fin llegó un barco con destino a Cuba. Se negó a abordarlo y, después de nuevas protestas y algunos momentos de ansiedad, se le permitió aguardar la llegada de un barco que lo llevaría a los Estados Unidos. Sus amigos italianos le escribieron que esperaban obtener pronto las visas italiana y suiza. "Cuando ya estoy en Cádiz", escribió, "toda Europa se vuelve acogedora para mí". El 20 de diciembre le permitieron salir, otra vez bajo escolta policíaca, hacia Barcelona, donde su mujer y sus dos hijos habían llegado desde París. De la capital catalana zarpó en un barco español atestado de desertores de elevada posición social y de "indeseables" indigentes de todos los países de Europa. La bandera neutral del barco ofrecía cierta protección contra los submarinos alemanes. El último día del año el barco pasó frente a Gibraltar.

"Esta es la última vez", le escribió Trotsky a Alfred Rosmer, "que le echo una mirada a esa vieja canalla Europa".

[46] En la cárcel de Madrid hizo largas anotaciones en su diario, describiendo humorísticamente la prisión, su administración, sus reclusos y sus propias disputas con los carceleros. Uno de los reclusos era un "Rey de los Ladrones" que había "operado" en medio mundo y era tratado con reverencia por los presos y los guardias. El "Rey" quiso que Trotsky le informara qué posibilidades le ofrecía el Canadá a un ladrón con iniciativa, cosa de la que seguramente estaría bien enterado un pacifista y anarquista que hablaba varios idiomas. "'¿El Canadá?', le respondí con vacilación. 'Hay muchos agricultores allí, sabe usted, y una joven burguesía que, al igual que la suiza, debe tener un sentido de la propiedad bastante desarrollado' ".

[47] Después de una visita al viejo puerto de Cádiz, donde había observado una reyerta brutal, escribió en su diario: "Harán falta palancas gigantescas para elevar la cultura de las masas".

En una fría y lluviosa mañana de domingo, el 13 de enero de 1917, desembarcó en el puerto de Nueva York. La colonia de socialistas rusos recibió con entusiasmo al autor del Manifiesto de Zimmerwald, y los saludos y las ovaciones parecieron interminables.[48]

Trotsky "se veía demacrado, había envejecido, y su rostro reflejaba la fatiga", dice el comunista ruso-norteamericano M. Olgin, que lo había visitado en Viena cinco años antes. "Su conversación giraba alrededor del colapso del socialismo internacional". Este fue también el tema de las conferencias que, poco después de su llegada, pronunció ante los socialistas rusos, finlandeses, letones, alemanes y judíos en Nueva York, Filadelfia y otras ciudades.

Se estableció con su familia en un apartamiento que rentó (por 18 dólares al mes) en la calle 164 en el Bronx. La modesta vivienda le proporcionó a la familia lujos desacostumbrados: por primera vez en su vida, el futuro dirigente de la revolución tuvo un teléfono en su casa. Varios escritores norteamericanos han publicado versiones sumamente exageradas de la vida de Trotsky en Nueva York: uno de ellos lo recordó como un sastre que pasaba hambre, otro como lavaplatos en un restaurante, y un tercero como actor de cine. Trotsky negó todas esas historias, y las reminiscencias de personas como Ziv y Olgin, que entonces estuvieron cerca de él, no les dan ningún fundamento. Trotsky se ganó la vida en Norteamérica como periodista y conferenciante.[49]

Los emigrados rusos en Nueva York publicaban un diario, *Novy Mir* (*Nuevo Mundo*), dirigido por Bujarin, Kolontai y Volodarsky. Trotsky se convirtió inmediatamente en el puntal de este periódico. Esa fue su primera relación estrecha con un círculo bolchevique. Bujarin había vivido en Viena cuando Trotsky publicaba allí su *Pravda*, pero el encono de las divergencias faccionales los mantuvo apartados. Ahora trabaron una amistad que sólo habría de disolverse, aunque no completamente, ocho años más tarde, después que Bujarin se convirtió en aliado de Stalin. Alexandra Kolontai se había transformado de menchevique en uno de los partidarios más apasionados de Lenin. Volodarsky, un ruso-norteamericano que se describía a sí mismo como "un obrero norteamericano por origen y modo de vida", se sentía también fuertemente atraído por el bolchevismo (y andando el tiempo habría de inyectar en la revolución bolchevique algo de la acometividad y el sentido de organización norteamericanos). Con este grupo, aunque todavía no con el partido bolchevique, se identificó Trotsky.

Durante su permanencia en los Estados Unidos, que duró poco más de

[48] A. Ziv, *op. cit.*, pp. 68-69.

[49] Unos divertidos "recuerdos" publicados en el *New York Herald Tribune* (14 de febrero de 1932) describen a Trotsky desempeñando el papel de jefe de estación en una película llamada "Mi esposa oficial". Como actor, dice el autor, Trotsky fue un "fiasco", sin personalidad ni *sex appeal*, un "hombre tímido y cohibido" que nunca hablaba de política ni de socialismo.

dos meses, sólo tuvo muy escasas oportunidades de familiarizarse con la vida norteamericana, y como dijera él mismo, sólo pudo "echar una ojeada a la fragua en que se está forjando el destino de la humanidad". Quedó fascinado por Nueva York e impresionado por la evidencia estadística de la riqueza norteamericana, que había aumentado rápidamente desde el comienzo de la guerra. Pero su mente y su corazón estaban con aquella "vieja canalla Europa". "El hecho económico de importancia capital", dijo en una conferencia, "consiste en que, mientras Europa está demoliendo las bases de su economía, Norteamérica se enriquece. Y yo, que no he dejado todavía de considerarme europeo, me pregunto, contemplando con envidia esta ciudad de Nueva York: ¿Lo resistirá Europa? ¿No se convertirá en un cementerio? ¿No se desplazará a Norteamérica el centro de gravedad del mundo, en lo económico y lo cultural?"[50] Entonces y durante el resto de su vida soñó con la gran aportación original que los Estados Unidos harían al marxismo y al socialismo, una aportación que sobrepasaría en escala y en proyección a la que habían hecho y seguían haciendo al desarrollo del capitalismo. Por el momento, sin embargo, las sectas socialistas norteamericanas le parecieron estrechas, tímidas, ridículamente provincianas y encabezadas por una singular variante de Babbitt, "que gusta de complementar el 'negocio' con sus indolentes meditaciones dominicales acerca del porvenir de la humanidad". "El más Babbitt de todos aquellos Babbitts" era, en su opinión, Hillquit, el "caudillo socialista ideal de los dentistas florecientes de Norteamérica". La única excepción era Eugene Debs, el precursor y mártir que, aunque deficiente como marxista, llevaba en sí la "llamita interior de idealismo socialista que no se resignaba a extinguirse... Siempre que nos encontrábamos, me abrazaba y me besaba..."[51]

Antes de la segunda quincena de marzo de 1917 llegaron las primeras noticias confusas sobre los "disturbios" en la capital de Rusia. Debido a una interrupción en las comunicaciones, las agencias telegráficas todavía informaban sobre simples "motines de hambrientos". Pero ya el 13 de marzo Trotsky escribía en *Novy Mir*: "Somos testigos del comienzo de la segunda revolución rusa. Esperemos que muchos de nosotros podamos todavía participar en ella". Una excitación febril se apoderó de la colonia rusa, y una serie de mítines tuvo lugar en rápida sucesión. "En todas aquellas reuniones", escribió el doctor Ziv, convertido ya en menchevique y "social-patriota", "el discurso de Trotsky era el acontecimiento principal y el climax natural. Las reuniones se retrasaban a veces varias horas porque Trotsky tomaba parte en muchas asambleas que tenían lugar al mismo tiempo ... pero el público lo esperaba pacientemente, ansioso de escuchar las palabras que arrojarían luz sobre el portentoso acontecimiento que

[50] L. Trotsky, *Mi vida*, tomo I, pp. 457-458.
[51] *Ibid.*, p. 465.

había tenido lugar en Rusia".[52] Desde el primer momento, relata Ziv con resentimiento, Trotsky atacó al Gobierno Provisional del príncipe Lvov, que acababa de constituirse. ¿No era una vergüenza, exclamaba en las reuniones, que el primer Ministro de Relaciones Exteriores de la revolución fuera Miliukov, que había llamado a la Bandera Roja un trapo rojo, y su primer Ministro de la Guerra fuera Guchkov, que había inclinado la cerviz ante Stolypin? Kerensky, el único representante de la izquierda en el gobierno, no era más que un rehén. "¿Qué le ha pasado a Trotsky? ¿Qué es lo que quiere?", se preguntaban con asombro los amigos de Ziv.

Cómo recibió Trotsky a la revolución y qué esperaba de ella puede verse en sus escritos en *Novy Mir*. En el término de la quincena transcurrida entre las primeras noticias de los "motines de hambrientos" en Petrogrado y su salida de Nueva York, Trotsky enunció cabal y claramente las ideas principales que habría de exponer en el transcurso del año. Cuando se conoció la composición del gobierno del príncipe Lvov y cuando ese gobierno llamó a un retorno al orden, él escribió: "El poderoso alud de la revolución se ha desencadenado y no hay fuerza humana capaz de detenerlo". Los liberales temían que el movimiento popular que les había dado el poder los arrollara, y por ello exhortaban a ponerle fin a la revolución, "como si la escoba de hierro de ésta hubiera barrido ya completamente toda la basura que a lo largo de los siglos se había acumulado" alrededor del trono del zar. "La nación se levantará ahora, estrato tras estrato de todos los que han sido oprimidos, expoliados, engañados... A la cabeza de las masas populares de Rusia el proletario revolucionario cumplirá su misión histórica: expulsará a la reacción monárquica de cualquier lugar en que busque refugio y le tenderá su mano al proletariado de Alemania y de toda Europa. Es necesario liquidar no sólo al zarismo, sino a la guerra también".[53]

Trotsky acusó al primer gobierno de la revolución de heredar del zarismo su política imperialista y sus designios en los Balcanes y los Dardanelos, y saludó con actitud esperanzada el surgimiento del Soviet de Petrogrado como el gobierno potencial llamado a imponerse contra el antiguo régimen, encabezado ahora por los demócratas constitucionales (los "cadetes"). Cuando se hizo evidente que el Soviet, orientado por los mencheviques y presidido por Chjeidze, le había dado su apoyo al gobierno del príncipe Lvov y había suscrito la política exterior de éste, Trotsky atacó con vehemencia a Chjeidze, el mismo a quien tan poco tiempo antes había defendido de los bolcheviques, y a Kerensky, el "joven abogado de Saratov... que no pesa nada en la báscula de la revolución". Los mencheviques y los social-revolucionarios aducían el patriotismo del campesinado para justificar su apoyo a la guerra. Pero lo verdaderamente impor-

[52] A. Ziv, *op. cit.*, p. 80.
[53] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, pp. 5-7.

tante, escribió Trotsky, no era el supuesto patriotismo del campesinado, sino su hambre de tierra. El zarismo, los terratenientes y la burguesía habían hecho todo lo posible por desviar al campesinado de la revolución agraria a la guerra imperialista. La tarea del socialismo consistía en sacar a los campesinos del camino de la guerra para devolverlos al de la revolución agraria. "La tierra de los terratenientes y no Constantinopla", debería decirle el proletario soldado al campesino soldado.[54] En un ensayo escrito para *Zukunft,* una revista socialista mensual judía norteamericana, Trotsky hizo todavía más explícito este punto: "Las masas campesinas se levantarán en las aldeas y, sin esperar a una decisión de la Asamblea Constituyente, empezarán a expulsar a los grandes terratenientes de sus propiedades. Todos los esfuerzos por poner fin a la lucha de clases... no conducirán a nada. El filisteo piensa que son los revolucionarios los que hacen una revolución y los que la detienen en cualquier momento según sus deseos".[55]

Así, separado por un océano y un continente del escenario de los acontecimientos, y a través de la bruma de las informaciones confusas y contradictorias, Trotsky percibió claramente el rumbo que iba tomando la situación, formuló los problemas de la revolución y señaló sin vacilación a quienes ahora consideraba enemigos de ésta, aun cuando apenas el día antes hubiesen sido sus amigos personales. La pregunta a la que todavía tenía que responder era: ¿Cuál era el verdadero partido de la revolución, *su* partido?

Habiendo trazado con tanta clarividencia y precisión la imagen de la revolución, echó sobre esa imagen, sin embargo, un velo de sueño y fantasía. Abrigaba amorosamente la esperanza de que se produjera la insurrección del proletariado europeo, y vio el levantamiento de Petrogrado como un mero preludio de aquélla. Esa esperanza se hallaba en la base de todas sus ideas; ella habría de darle alas en su ascenso; y su frustración habría de acarrear su caída y su perdición. En las páginas de *Novy Mir* podemos observar a Trotsky en la primera de sus muchas luchas con la ilusión. En vísperas de su salida de Nueva York, trató de contestar a los críticos que sostenían ardorosamente que Rusia, aun cuando estuviera gobernada por el príncipe Lvov, debía ser defendida contra la invasión de las tropas del Kaiser. Trotsky, aun entonces, persistía en su oposición a la guerra:

> "La revolución rusa (les replicó a los críticos) representa un peligro infinitamente mayor para los Hohenzollerns que los apetitos y los designios de la Rusia imperialista. Mientras más pronto se arranque la revolución la máscara chovinista que los Guchkovs y los Miliukovs le han impuesto, y mientras más pronto revele su verdadera faz proletaria, más poderosa y favorable será la reacción que suscite en Alemania y me-

[54] *Ibid.*, pp. 17-20.
[55] *Ibid.*, pp. 27-28.

nor será el deseo y la capacidad de los Hohenzollern para estrangular a la revolución rusa y mayores serán sus propias dificultades internas.

"Pero, ¿qué sucederá (pregunta el crítico) si el proletariado alemán no se levanta? ¿Qué haréis vosotros entonces?

"¿Suponéis, entonces, que la revolución rusa puede tener lugar sin afectar a Alemania...? Pero es completamente improbable.

"Con todo, ¿qué sucedería si, ello no obstante, fuera éste el caso?

"En realidad, no es necesario que nos devanemos los sesos con una suposición tan poco plausible. La guerra ha transformado a toda Europa en un polvorín de la revolución social. El proletariado ruso está arrojando ahora una antorcha encendida en ese polvorín. Suponer que esa antorcha no causará una explosión es pensar contra las leyes de la lógica y la psicología históricas. Empero, aun cuando sucediese lo improbable, si la organización conservadora, social-patriota, le impidiera a la clase obrera alemana levantarse contra sus clases gobernantes en el futuro inmediato, entonces, por supuesto, la clase obrera rusa defendería la revolución con las armas en la mano... y haría la guerra contra los Hohenzollerns y llamaría al fraterno proletariado alemán a levantarse contra el enemigo común... La tarea consistiría en defender, no a la patria, sino a la revolución, y sin llevarla a otros países".[84]

Así, cada vez que trataba de responder a la pregunta: "¿Qué sucederá si no hay revolución en Alemania?", lo que hacía en realidad era eludirla. Parecía que se alejaba de su sueño sólo para reincidir en él, y parecía renunciar a su esperanza sólo por volver a abrazarla. No veía perspectivas ni esperanza ni vida más allá de la revolución europea.

El 27 de marzo Trotsky, su familia y otros cuantos emigrados que el día anterior habían sido despedidos por una clamorosa y multilingüe asamblea de socialistas, zarparon de Nueva York a bordo del barco noruego *Christianiafjord*. Por primera vez en su vida, Trotsky viajaba "respetablemente", habiendo obtenido sin dificultad todos los documentos necesarios, el permiso de entrada ruso y la visa de tránsito británica; y esperaba un viaje tranquilo. Tanto mayor fue su sorpresa cuando, el 3 de abril, el *Christianiafjord* ancló en Halifax, Nueva Escocia, y la policía naval británica lo sacó por la fuerza del barco en unión de su familia, se lo llevó a un campo para prisioneros de guerra alemanes en Amherst y sometió a su esposa e hijos a estrecha vigilancia policíaca. A los otros emigrados rusos que lo habían acompañado también les impidieron continuar el viaje. Todos se habían rehusado a decirle al oficial británico que los interrogó cuáles eran sus ideas políticas y qué se proponían hacer en Rusia. Tales cosas, sostuvieron, no eran de la incumbencia de la policía naval británica.

[84] *Ibid.*, pp. 17-20.

Desde el campo, Trotsky cablegrafió su protesta al gobierno ruso y al Primer Ministro británico; pero sus mensajes, interceptados de inmediato, nunca llegaron a su destino. Ello no obstante, la reclusión se convirtió en un escándalo político. El Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado exigió la liberación de Trotsky. "La democracia revolucionaria de Rusia", declaró, "aguarda con impaciencia el regreso de sus luchadores por la libertad y convoca bajo sus banderas a todos los que, mediante los esfuerzos de su vida entera, han preparado el derrocamiento del zarismo. Sin embargo, las autoridades inglesas permiten el regreso de algunos emigrados y detienen a otros... El gobierno inglés, al hacer tal cosa, se inmiscuye intolerablemente en los asuntos internos de Rusia e insulta a la revolución rusa al privarla de sus hijos más fieles". Mítines de protesta tuvieron lugar en toda Rusia, y Miliukov, el Ministro de Relaciones Exteriores, solicitó del embajador británico la liberación de Trotsky. Dos días más tarde, sin embargo, canceló la solicitud, sabiendo perfectamente bien que no tenía otra cosa que esperar de Trotsky sino su hostilidad.[57] Mientras tanto, a medida que la reclusión se prolongaba durante casi un mes, Trotsky clamó, protestó y cubrió de insultos a la administración del campo. En Amherst había 800 prisioneros de guerra alemanes, tripulantes de submarinos hundidos. Trotsky se dirigió a ellos, explicándoles las ideas de Zimmerwald y hablándoles de la lucha contra el Kaiser y la guerra que Karl Liebknecht había venido librando en Alemania. El campo resonó con sus discursos, y la vida en él se convirtió en una "asamblea permanente".[58] A petición de los oficiales alemanes, el comandante del campo le prohibió a Trotsky que se dirigiera a los prisioneros. "Así", se mofó Trotsky, "el coronel inglés se identificó inmediatamente con el patriotismo de los Hohenzollerns". Más de 500 marineros firmaron una protesta contra la prohibición. Finalmente, después de muchos manejos torpes y muchas intrigas, Miliukov se vio obligado a reiterar su demanda de que Trotsky fuera liberado. Y el 29 de abril Trotsky salió de Amherst, seguido hasta las puertas del campo por marineros alemanes que lo vitoreaban y por los acordes de *La Internacional* ejecutada por su banda de música.

Después de una travesía marítima de casi tres semanas, el 17 de mayo (4 de mayo según el antiguo calendario ruso) viajó por tren a través de Finlandia hasta Petrogrado. En el mismo tren, y en el mismo compartimiento, iban Vandervelde, el presidente de la Segunda Internacional, y De Man, otro prominente socialista belga que se proponían imbuir a sus camaradas rusos de un espíritu belicista y patriótico. Trotsky y Vandervelde han dado dos versiones diferentes de este encuentro, el primero alegando

[57] Sir George Buchanan, *My Mission to Russia*, vol. II, p. 121; Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 35 sigs.

[58] Trotsky describió sus experiencias en un folleto, *V Plenu u Anglichan*, que publicó inmediatamente después de su regreso a Petrogrado (*Obras*, ed. rusa, vol. III).

que se negó a hablar con los "social-patriotas" y el segundo describiendo su larga y cortés, pero más bien inamistosa, conversación.[89] Sea cual fuere la verdad, el abismo entre la Segunda y la Tercera Internacional se abrió durante unas cuantas horas en aquel compartimiento de ferrocarril.

En la frontera rusa una delegación de internacionalistas de Petrogrado aguardaba para darle la bienvenida a Trotsky. El Comité Central bolchevique también lo saludó, pero no sin reservas: el delegado bolchevique que viajó hasta la frontera no era uno de los dirigentes conocidos del partido. En Petrogrado, una muchedumbre que enarbolaba banderas rojas sacó en hombros a Trotsky del tren, y ante esa muchedumbre hizo él inmediatamente su llamado a una nueva revolución.

[89] Trotsky, *Mi vida*, tomo I, pp. 485-486. E. Vandervelde, *Souvenirs d'un Militant Socialiste*, p. 230.

CAPITULO IX

TROTSKY EN LA REVOLUCION DE OCTUBRE

Trotsky llegó a Petrogrado el 4 de mayo. La revolución tenía entonces diez semanas de edad, y durante esas semanas los acontecimientos se habían desarrollado con tal intensidad y rapidez que la ciudad presentaba un aspecto como de cosa soñada aun para el hombre que había mantenido vivo el recuerdo de sus calles y sus muchedumbres desde 1905.[1] La revolución había comenzado donde se había detenido en 1905; pero ya había dejado bien atrás su reciente punto de partida. El zar y sus ministros eran todavía prisioneros del Estado, pero para la mayoría de sus antiguos súbditos eran como fantasmas de un pasado remoto. Los esplendores, los terrores y los fetiches seculares de la monarquía parecían haber desaparecido con las nieves del último invierno.

Lenin, que había regresado exactamente un mes antes que Trotsky, describió la Rusia que encontró a su llegada como el país más libre del mundo.[2] Su libertad, ciertamente, era sólo de expresión; pero de ella se aprovechaba el pueblo al máximo, como si a través del debate apasionado esperara descubrir un nuevo modo de vida, puesto que el viejo había conducido al borde del abismo. Aquella tensa búsqueda de nuevos principios, nuevas formas y un nuevo contenido de la vida social, una búsqueda en la que la masa de los humillados y ofendidos participaban con impresionante dignidad, caracterizaba el clima moral de Petrogrado en aquella primavera de 1917. Ninguna autoridad y ninguna verdad se daba por sentada. Sólo prevalecía una vaga creencia de que lo bueno era lo que impulsaba a la revolución y ayudaba a corregir los males de que habían sido víctimas los oprimidos. El carácter social de los acontecimientos se reflejaba incluso en el aspecto de la ciudad. Las calles y plazas en el elegante sector del centro estaban constantemente llenas de habitantes de los arrabales suburbanos. Muchedumbres de obreros y soldados asistían a las asambleas que tenían lugar día y noche en calles y plazas y en las fábricas y los cuarteles de las afueras. La bandera roja, que hasta poco antes había sido el estandarte prohibido de la rebelión, dominaba la arquitectura neoclásica de los edificios a la orilla del Neva. El predominio del obrero y el soldado en la revolución podía adivinarse en cualquier escena o incidente casual en la calle. El recién llegado sólo tenía que echarle una ojeada a la capital para advertir cuán incongruente era que el príncipe Lvov fuera aún el primer ministro de la revolución.

[1] Trotsky. *Mi vida*, tomo I, p. 487.
[2] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXIV, p. 4.

Trotsky no hizo más que depositar a su familia y sus escasas pertenencias en una pensión antes de dirigirse al Instituto Smolny, sede del Soviet de Petrogrado.[3] El Comité Ejecutivo de éste, sucesor del organismo cuyo espíritu rector había sido él en 1905, se hallaba en sesión. El hombre que ahora lo presidía era Chjeidze, su antiguo compañero al que recientemente había atacado en *Novy Mir*. Chjeidze se puso de pie para dar la bienvenida a Trotsky, pero ésta fue tibia.[4] A continuación se produjo una situación embarazosa. Los mencheviques y los social-revolucionarios, que estaban en mayoría, no sabían si el recién llegado era su amigo o su enemigo: de amigo de muchos años parecía haberse convertido en enemigo. Los miembros bolcheviques del Ejecutivo señalaron que el jefe del Soviet de 1905 debía ser invitado a ocupar un asiento en el Ejecutivo del Soviet actual. Los mencheviques y los social-revolucionarios se consultaron con cuchicheos cohibidos. Por fin convinieron en admitir a Trotsky como miembro adjunto, sin derecho a voto. El no deseaba más: lo que le interesaba no era el derecho de votar sino la oportunidad de hacerse oír desde la tribuna principal de la revolución.

Con todo, la fría recepción no podía dejar de molestarlo. Anguelina Balabánov, la secretaria del movimiento de Zimmerwald, escribió que Trotsky sospechó incluso que los dirigentes del Partido no habían actuado con suficiente energía para lograr su liberación del campo británico porque no estaban muy deseosos de verlo en el escenario. "Tanto los mencheviques como los bolcheviques lo veían con rencor y desconfianza... en parte por temor a la competencia..."[5] Sea cual fuere la verdad, el hecho era que entre febrero y mayo los alineamientos se habían definido; los partidos y los grupos habían formado sus filas y aclarado sus actitudes, y los dirigentes habían asumido sus papeles y ocupado sus posiciones. En 1905 Trotsky había sido el primero de los emigrados en regresar. Ahora era el último. Y no parecía haber ningún puesto vacante adecuado para un hombre de sus dotes y su ambición.

El momento era tal que todos los partidos, con excepción de los bolcheviques, tenían razones para temer a cualquier influencia nueva e incalculable. Por primera vez, el régimen que había nacido de la insurrección de febrero había perdido su inestable equilibrio; y ahora trataba de recobrarlo por medio de delicadas combinaciones y maniobras. El primer gobierno del príncipe Lvov había dejado de existir. En ese gobierno sólo habían estado representados los terratenientes y la alta clase media, los primeros por los conservadores que seguían a Guchkov y la segunda por los demócratas constitucionales de Miliukov. Los mencheviques y los social-revolucionarios,

[3] De aquí en adelante "el Soviet" (en singular) significa el Soviet de Petrogrado, excepto cuando se especifique lo contrario.

[4] L. Trotsky, *Mi vida*, *loc. cit.*; N. Sujánov, *Zapiski o Revolutsii*, vol. III, pp. 440-441.

[5] A. Balabánov, *My Life as a Rebel*, p. 176.

que dominaban el Soviet, le habían dado su apoyo al gobierno pero no habían participado en él. Con todo, el gobierno no habría podido existir un solo día sin el apoyo del Soviet, que era el poder *de facto* creado por la revolución. Ahora había llegado el momento en que los partidos socialistas moderados en el Soviet no podían seguir apoyando al gobierno sin participar en él.

Los partidos que habían formado el primer gobierno del príncipe Lvov se esforzaron por limitar la revolución al derrocamiento del zar Nicolás II y, de ser posible, salvar a la monarquía, continuar la guerra y restaurar la disciplina social y militar sin la cual era imposible proseguir aquélla.[6] Los obreros soldados que seguían a los Soviet tenían puestas sus esperanzas, por el contrario, en una "profundización" de la revolución y en una pronta "paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones". Los socialistas moderados trataban de reconciliar las líneas políticas y las demandas en conflicto. Inevitablemente incurrieron en contradicciones flagrantes. Trataron de ayudar al gobierno a continuar la guerra y al mismo tiempo de satisfacer el anhelo de paz del pueblo. Les dijeron a sus seguidores que el gobierno había renunciado a los rapaces objetivos de guerra del zar —la dominación rusa de los Balcanes y la conquista de Galizia y Constantinopla— y buscaba la conclusión de una paz justa y democrática.[7] El príncipe Lvov trató de hacer funcionar el antiguo aparato administrativo heredado del zarismo, en tanto que los obreros y soldados consideraban a los Soviets como la verdadera administración. Los mencheviques y los social-revolucionarios abrigaban la esperanza de que el nuevo sistema de gobierno incorporaría tanto a la antigua administración como a los Soviets. El gobierno se esforzaba por restablecer la disciplina en el ejército hastiado de la guerra y en actitud revolucionaria, en el que los soldados se negaban a obedecer a sus oficiales y sólo escuchaban a los comités elegidos por ellos mismos. Los socialistas moderados se comprometieron a ayudar al gobierno a restaurar la disciplina, pero al mismo tiempo exhortaban a los soldados a defender sus derechos recién adquiridos, encarnados en la famosa Orden Número 1 del Soviet contra los generales y oficiales zaristas. El gobierno deseaba crear garantías para la propiedad rural, en tanto que el campesinado clamaba por un reparto de las heredades de la aristocracia terrateniente. Los mencheviques y los social-revolucionarios trataban de posponer la solución de este problema vital hasta que se convocara la Asamblea Constituyente, la cual a su vez fue pospuesta indefinidamente.[8]

[6] P. Miliukov, *Istoria Russkoi Revolutsii*, vol. I, libro 1, pp. 54-76 *et passim*.

[7] "Miliukov... sostuvo que la adquisición de Constantinopla era una cuestión de importancia vital para Rusia", escribió Sir George Buchanan, el embajador británico en Rusia, en *My Mission to Russia*, vol. II, p. 108.

[8] Miliukov, *op. cit.*, vol. I, libro 1, pp. 101-115, 125-138 *et passim*; L. Trotsky, *The History of the Russian Revolution*, vol. I, caps. XI-XIII. (De esta obra de Trotsky, como de muchas otras, no existe una traducción española digna de confianza; de ahí que citemos la edición inglesa usada por Deutscher. N. del T.)

Era inevitable que esta complicada estructura, erigida sobre el equívoco y el engaño, se desmoronara un día sobre las cabezas de sus constructores. La primera conmoción la sacudió en abril. Guchkov, incapaz de restablecer la disciplina militar, renunció al Ministerio de la Guerra. Poco después Miliukov tuvo que renunciar al Ministerio de Relaciones Exteriores. Este último había declarado en una nota a los aliados occidentales de Rusia que el nuevo gobierno mantendría fielmente los objetivos de guerra de su predecesor zarista. Esto provocó tal estallido de indignación popular que el primer gobierno del príncipe Lvov no pudo sostenerse.

La lógica inexorable de la revolución empezó a manifestarse. Al cabo de dos meses la revolución había desprestigiado y gastado a su primer gobierno y a los partidos que lo habían formado. No hacía mucho, en los últimos días del régimen zarista, Doumerge, el Presidente de la República Francesa, en ocasión de una visita oficial a Petrogrado, había instado a los dirigentes demócratas constitucionales a zanjar pacientemente sus diferencias con el zar. "Al escuchar la palabra 'paciencia', Miliukov y Maklakov se pusieron en pie de un salto: '¡Basta de paciencia! ¡Ya hemos agotado toda nuestra paciencia! De todos modos, si no obramos con prontitud las masas dejarán de escucharnos...' "[9] Esas palabras se convirtieron en uno de los estribillos favoritos de la revolución, y ahora rebotaban contra Miliukov. La mayoría socialista moderada del Soviet no tenía intenciones de deponer a Miliukov. Pero cuando éste comprometió abiertamente al gobierno y al país a mantener los objetivos de guerra zaristas, los mencheviques y los social-revolucionarios saltaron: "¡Basta de paciencia! ¡Ya hemos agotado toda nuestra paciencia! De todos modos, si no obramos con prontitud las masas dejarán de escucharnos". Las masas habrían dejado de escucharlos si ellos les hubiesen dejado toda la dirección del gobierno a los líderes de aquellas clases que habían usado a la Revolución de febrero, pero que no la habían hecho.

Así se formó la primera coalición entre los demócratas constitucionales y los socialistas moderados. Cuando Trotsky se presentó en la sesión del Ejecutivo del Soviet, los nuevos coaligados estaban en vías de repartirse los ministerios. Habría "diez ministerios capitalistas y seis socialistas". Los demócratas constitucionales mantenían la posición dominante, de suerte que el programa del nuevo gobierno era, en lo esencial, indistinguible del de su predecesor. Los seis ministerios socialistas sólo podían diluirlo y hacerlo más digerible para el Soviet. Kerensky, que estaba relacionado con el Partido Social-Revolucionario, sucedió a Guchkov como Ministro de la Guerra. Tsereteli, el jefe menchevique más eminente de aquel período, antiguo diputado y presidiario condenado a trabajos forzados, se convirtió en Ministro de Correos y Telégrafos. Chernov, jefe de los social-revolucionarios y participante en la conferencia de Zimmerwald, fue nombrado Minis-

[9] M. Paléologue, *La Russie des Tsars pendant la Grande Guerre*, vol. III, p. 188.

tro de Agricultura. Skóbelev, el antiguo discípulo y ayudante editorial de Trotsky, encabezó el Ministerio de Trabajo.

El 5 de mayo, un día después de la llegada de Trotsky, los ministros socialistas se presentaron ante el Soviet para pedirle que apoyara a la coalición. Cuando Trotsky hizo su aparición fue saludado con una ovación, y Skóbelev se dirigió a él llamándolo "querido y amado maestro". Algunos delegados le pidieron que expresara su opinión sobre el acontecimiento del día. Trotsky "estaba visiblemente nervioso en aquella primera comparecencia. bajo la fija mirada de una masa desconocida y las ojeadas hostiles... de los 'social-traidores' ".[10] Procedió cautelosamente. Empezó exaltando la grandeza de la revolución, y describió en tal forma la impresión que ésta le había causado al mundo que, por implicación, redujo a modestas proporciones el acontecimiento de aquel día. Si los delegados, dijo, pudieran ver y medir, como lo había hecho él en el extranjero, el impacto de la revolución en el mundo, sabrían que Rusia "había inaugurado una nueva época, una época de sangre y hierro, una lucha que ya no era de nación contra nación, sino de las clases sufridas y oprimidas contra sus gobernantes".[11] Estas palabras estallaron en los oídos de los ministros socialistas, que se habían comprometido a continuar la guerra y a calmar los elementos desencadenados de la revolución. "No puedo ocultar", prosiguió Trotsky, "que disiento de mucho de lo que está sucediendo aquí. Considero que esta participación en el gobierno es peligrosa... El gobierno de coalición no nos salvará de la dualidad de poder existente; sólo trasladará esa dualidad al propio gobierno". Esto no era diferente de lo que decían los bolcheviques: éstos también hablaban de la división del poder entre los Soviets y el gobierno. Como si tratara de no herir a sus viejos amigos, Trotsky se expresó a continuación en un tono más conciliador: "La revolución no perecerá a causa de un gobierno de coalición. Pero debemos recordar tres mandamientos: desconfiar de la burguesía, supervisar a nuestros propios dirigentes y depender de nuestra propia fuerza revolucionaria..." Habló en plural de primera persona —"debemos", "nuestra fuerza"— como para identificarse, en esa forma, con sus antiguos camaradas. Pero en la sustancia de su discurso fue irreconciliable: "Creo que nuestro próximo paso será poner todo el poder en manos de los Soviets. Sólo un poder único puede salvar a Rusia". Esto también se asemejaba a la consigna de Lenin. Trotsky concluyó su largo y brillante razonamiento con la exclamación de: "¡Viva la revolución rusa, prólogo de la revolución mundial!", y el auditorio quedó cautivado, si no por sus ideas, cuando menos por la sinceridad y la elocuencia con que las exponía.[12]

Uno tras otro los ministros pidieron la palabra para contestar. Chernov

[10] N. Sujánov, *op. cit.*, vol. III, pp. 440-442.
[11] L. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 15-16
[12] Sujánov, *loc. cit.*

prometió que los socialistas harían sentir su influencia en el gobierno, pero para ello necesitaban el apoyo sin reservas del Soviet. Tsereteli se refirió a los peligros a que quedarían expuestos los Soviets si se negaban a compartir el poder con la burguesía. Skóbelev le advirtió a su "amado maestro" que en medio de una revolución "la razón fría era tan necesaria como un corazón ardiente". El Soviet le dio un voto de confianza al nuevo gobierno. Sólo la minoría de extrema izquierda votó en contra.

El grupo político que acogió a Trotsky como su jefe natural fue la Organización Interdistrital, la *Mezhrayonka*, como se la llamaba brevemente. El había sido el inspirador de este grupo desde el extranjero a partir del momento de su creación en 1913, y había colaborado en sus publicaciones. El grupo no aspiraba a formar un partido. Era una asociación provisional de ni-bolcheviques-ni-mencheviques, que persistían en la oposición a la guerra, al príncipe Lvov y a los "social-patriotas". Su influencia se limitaba solamente a unos cuantos distritos obreros de Petrogrado, y aun en ellos fue ahogada por el rápido ascenso del bolchevismo. A este pequeño grupo pertenecían, sin embargo, hombres que en el pasado habían sido mencheviques o bolcheviques eminentes y que andando el tiempo volverían a escalar posiciones elevadas. La mayoría de ellos, Lunacharsky, Riazánov, Manuilsky, Pokrovsky, Yoffe, Uritsky y Volodarsky, habían escrito para los periódicos de Trotsky. Otros cuantos, como Karaján y Yuréniev, se convirtieron más tarde en diplomáticos soviéticos de fama. Juntos formaban una brillante *élite* política, pero su organización era demasiado débil y estrecha para poder servir de base a una acción independiente. Cuando Trotsky llegó, el grupo discutía su futuro y contemplaba la posibilidad de una fusión con los bolcheviques y otros grupos de izquierda. En las asambleas públicas se les preguntaba a sus agitadores en qué diferían de los bolcheviques y por qué no hacían causa común con ellos. Y esa pregunta, en verdad, no podían contestarla satisfactoriamente. Su separación de los bolcheviques había sido resultado de una larga y complicada disputa en el viejo partido; reflejaba diferencias pasadas y no presentes.[18]

El 7 de mayo los bolcheviques y la Organización Interdistrital prepararon una bienvenida especial a Trotsky; y el 10 de mayo se reunieron para considerar la fusión propuesta. Lenin llegó, acompañado por Zinóviev y Kámenev, y allí Trotsky lo vio por primera vez desde su poco amistoso encuentro en Zimmerwald. Sobre esta reunión sólo disponemos de unas notas privadas de Lenin, fragmentarias pero muy informativas. Trotsky repitió lo que había dicho en la recepción en su honor: que había depuesto su vieja actitud y no favorecía ya la unidad entre los bolcheviques y los mencheviques. Sólo quienes habían roto completamente con el social-patriotismo debían unirse ahora bajo la bandera de una nueva Internacional. En-

[18] Sujánov, *op. cit.*, vol. IV, p. 365; Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 47; véase también el informe de Yuréniev en *6 Syezd RSDRP*.

tonces, aparentemente, preguntó si Lenin aún sostenía que la revolución rusa tenía un carácter meramente burgués y que su resultado sería "una dictadura democrática del proletariado y el campesinado", no una dictadura proletaria.[14] Parece ser que no estaba bien enterado de la radical reorientación que Lenin acababa de imprimirle al partido bolchevique. Lenin había pasado el mes anterior a la llegada de Trotsky en una intensa controversia con el ala derecha de su partido, encabezada por Kámenev, y había persuadido al partido a que abandonara la "vieja concepción" bolchevique sobre las perspectivas de la revolución. Es de suponerse que esto se le explicó a Trotsky inmediatamente. Si no fue otra persona, debe de haber sido su cuñado Kámenev quien le dejó saber que los adversarios bolcheviques de Lenin, el propio Kámenev entre ellos, le habían reprochado a éste haberse apropiado de cabo a rabo la teoría de la "revolución permanente" y haber abandonado el bolchevismo por el trotskismo.

En rigor de verdad, las sendas de Lenin y Trotsky, divergentes durante tanto tiempo, confluían ahora. Cada uno de ellos había llegado a ciertas conclusiones que el otro había formulado mucho antes y que el uno había impugnado larga y enconadamente. Pero ninguno de los dos había adoptado conscientemente el punto de vista del otro. Desde diferentes puntos de partida y a través de diferentes procesos sus mentes habían avanzado hacia su confluencia actual. Ya hemos visto cómo los acontecimientos de la guerra llevaron gradualmente a Trotsky a sostener la opinión de que la escisión en el movimiento obrero era irremediable y que los internacionalistas revolucionarios tenían el deber de fundar nuevos partidos. Mucho antes de la guerra, Lenin había llegado a la misma conclusión, pero sólo en lo tocante al partido ruso. La guerra lo había inducido a generalizar la conclusión y a aplicarla al movimiento obrero internacional. En los razonamientos y las reacciones instintivas de Lenin, el factor primordial era su experiencia rusa, aunque ésta por sí sola no determinaba su actitud. Trotsky por el contrario, había procedido de la generalización internacional a la aplicación del principio a Rusia. Cualesquiera que fueran los procesos por medio de los cuales llegaron a la conclusión común, las implicaciones prácticas eran las mismas.

Una diferencia similar en el enfoque y una identidad también similar en la conclusión pueden advertirse en sus respectivas valoraciones de las perspectivas. En 1905-6 Trotsky había previsto la combinación de las revoluciones antifeudal y anticapitalista en Rusia y había descrito el levantamiento ruso como un preludio de la revolución socialista internacional. Lenin se había negado entonces a ver en Rusia a la precursora del socialismo colectivista. Dedujo el carácter y las perspectivas de la revolución de la etapa histórica de desarrollo de Rusia y de su estructura social, en la que el campesinado individualista era el elemento mayoritario. Durante la guerra, sin

[14] *Léninskii Sbórnik*, vol. IV, pp. 300-303.

embargo, llegó a contar con la revolución socialista en los países europeos avanzados y a colocar a la Revolución Rusa en su perspectiva internacional. Lo que ahora le parecía decisivo no era que Rusia no estuviera madura para el socialismo, sino que ella era parte de Europa, la que a su juicio sí estaba madura para el socialismo. En consecuencia, no veía ya ninguna razón para que la Revolución Rusa se limitara a sus llamados objetivos burgueses. La experiencia del régimen de febrero le demostraba además que sería imposible quebrantar el poder de los terratenientes sin quebrantar y a la larga expropiar a la clase capitalista también, y esto significaba la "dictadura proletaria".[15]

Aunque las antiguas diferencias entre Lenin y Trotsky se habían desvanecido, la posición de los dos hombres era muy diferente. Lenin era el jefe reconocido de un gran partido, que, aunque constituía una minoría en los Soviets, se había convertido ya en el núcleo aglutinador de toda la oposición proletaria al régimen de febrero. Trotsky y sus amigos eran una pléyade de brillantes generales sin un ejército. Como individuo, Trotsky podía hacer oír su voz desde las tribunas de la revolución; pero sólo un partido de masas y bien disciplinado podía transformar ahora las palabras en hechos perdurables. Cada bando necesitaba al otro, aunque en diferente grado. Nada le convenía más a Lenin que poder introducir la pléyade de talentosos propagandistas, agitadores, tácticos y oradores, encabezados por Trotsky, en el "estado mayor" de su partido. Pero se sentía orgulloso del partido que él había forjado y consciente de las ventajas que éste tenía. Estaba resuelto a que Trotsky y los amigos de éste ingresaran en *su* partido. Dentro de él, estaba dispuesto a concederles todos los derechos democráticos, a compartir con ellos su influencia y, como lo demuestra la historia posterior, a permitir que lo derrotaran con una mayoría de votos en ocasiones importantes. Pero no estaba dispuesto a desechar su partido y fundirlo con grupos menores en un nuevo organismo. Para hacer tal cosa habría tenido que incurrir en la simulación o pagarle un tributo innecesario a la vanidad de otros.

En la reunión del 10 de mayo les pidió a Trotsky y a sus amigos que ingresaran inmediatamente en el partido bolchevique. Les ofreció posiciones en los organismos de dirección y en el cuerpo de redacción de *Pravda*.[16] No les puso ninguna condición. No le pidió a Trotsky que renunciara a nada de su pasado; ni siquiera hizo mención a las controversias pasadas. El mismo las había expulsado de su mente y esperaba que Trotsky hiciera lo mismo: tanto así deseaba darse la mano con todos los que pudieran contribuir a la causa común. En aquel entonces abrigaba incluso la esperanza de una reconciliación con Mártov, que se había separado de los men-

[15] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXIV, pp. 214-216, 274-275, 276-279, *et passim*.
[16] Aun antes, Lenin había propuesto al Comité Central bolchevique que se invitara a Trotsky a dirigir el diario popular del Partido, pero la proposición fue rechazada por el Comité. *Krásnaya Létopis*, núm. 3, 1923.

cheviques, había permanecido fiel al programa de Zimmerwald y se oponía al gobierno de coalición.[17]

Trotsky hubiera tenido que ser mucho menos orgulloso de lo que era para aceptar inmediatamente las proposiciones de Lenin. También tenía que considerar las objeciones planteadas por algunos de sus compañeros que hablaban sobre la falta de democracia en el partido de Lenin y de las "prácticas sectarias" de los comités y los conciliábulos bolcheviques. Trotsky, que durante tanto tiempo había criticado al partido de Lenin en los mismos términos, veía ahora pocas razones para esas aprensiones. En su respuesta a Lenin se refirió al reciente cambio en el partido bolchevique, que, según él, "había adquirido una perspectiva internacionalista" y se había "desbolchevizado". Políticamente, por lo tanto, estaba de completo acuerdo con Lenin, y también aceptaba la mayor parte de las proposiciones técnicas de Lenin para la cooperación inmediata. Pero, precisamente porque el partido bolchevique había cambiado de manera tan notable y con tanto provecho, a él y a sus amigos no debía pedírseles que se llamaran bolcheviques. "No puedo describirme como un bolchevique. Es indeseable aferrarse a las viejas etiquetas".[18] La unión debería efectuarse en un nuevo partido, con un nuevo nombre, en un congreso conjunto de sus organizaciones. Trotsky debe de haber estado consciente de que en tal congreso, los bolcheviques de todos modos habrían tenido una preponderancia absoluta, de modo que toda la diferencia se reducía a la "etiqueta". La cuestión era demasiado insignificante para justificar el aferramiento de Trotsky y sus compañeros a su aislamiento político; pero por el momento el asunto de la unificación quedó pospuesto.

Cuando por aquellos días alguien le preguntó a Lenin qué era lo que los mantenía a él y a Trotsky separados a pesar de su completo acuerdo, aquél respondió: "Pero, ¿no lo sabe usted? La ambición, la ambición, la ambición".[19] Para Trotsky, declararse bolchevique equivalía a una rendición tácita, no ante el Lenin del presente, sino ante el Lenin del pasado; y la idea de una rendición le repugnaba. Con todo, la rendición era en parte inevitable, pues el principal arquitecto de lo que resultó ser *el* partido de la revolución había sido el Lenin del pasado, el emigrado. Por otra parte, el programa actual del partido encarnaba lo que había sido el punto de vista de Trotsky más bien que el de Lenin. Y esto no se lo reconocía nadie a Trotsky. Pese a todo lo que ello pudo haber lastimado a Trotsky, es casi seguro que Lenin no pensaba en el asunto; y aun cuando hubiese estado

[17] Lunacharsky (*Revolutsiónnie Siluety*, p. 69) escribe: "En mayo y junio de 1917 Lenin deseaba una alianza con Mártov". El propio Lunacharsky abrigó la esperanza, aun mucho después, de que Mártov pudiera convertirse todavía en el jefe de un ala derecha dentro del partido bolchevique, y expresó esa esperanza en su libro, publicado en 1923. *Ibid.*, p. 70.

[18] *Léninskii Sbórnik*, vol. IV, *loc. cit.*

[19] Balabánov, *op. cit.*, pp. 175-176.

dispuesto a expresar el reconocimiento, no habría podido hacerlo en ninguna forma. Un partido revolucionario, en medio de una revolución, no tiene tiempo para ser puntilloso en cuanto a la paternidad de las ideas políticas. Más tarde aquel mismo año, Lenin no le regateó su homenaje a Trotsky cuando dijo que desde que éste había roto con los mencheviques no había habido mejor bolchevique que él.[20] Trotsky, por su parte, tenía demasiado sentido político para no ver que sería risible insistir en aquel momento en su superior capacidad de predicción. Para él también la política práctica de la revolución era infinitamente más importante que los viejos pronósticos teóricos. Su vacilación no era más que el último aleteo de su oposición a Lenin.

Por el momento siguió siendo un francotirador político. En su búsqueda de contactos visitó la redacción de *Nóvaya Zhizn* (*Nueva Vida*) de Gorki. El y Gorki se habían conocido y admirado durante mucho tiempo. Sus diferencias de edad, temperamento y modo de pensar eran tales que hacían imposible una amistad íntima, pero no les habían impedido colaborar ocasionalmente, sobre todo cuando Gorki se alejó de Lenin. Ahora Gorki ocupaba una posición intermedia entre los bolcheviques y los mencheviques, y en su gran diario los reconvenía a ambos y a ambos les predicaba moral revolucionaria. Abrigó la esperanza de poder atraerse a Trotsky creyendo que éste, al igual que él, trataría de conciliar a los adversarios dentro del campo socialista. Los primeros pronunciamientos de Trotsky en Petrogrado le habían causado aprensión, y los colaboradores de su periódico cuchicheaban que "Trotsky era peor aún que Lenin". Ello no obstante, Gorki organizó una reunión de su cuerpo de redacción con Trotsky. De inmediato se hizo claro que sus propósitos estaban en contradicción. Por otra parte, la influencia de Gorki era estrictamente literaria. Su diario, pese a todos sus méritos periodísticos, no tenía vínculos firmes con las corrientes de opinión y con las organizaciones que contaban en la revolución. En política marxista, el gran novelista era infantilmente ingenuo. Sin embargo, con la falta de modestia característica de un hombre famoso por esfuerzo propio, adoptaba la postura de oráculo político. Nada habría sido más incongruente que la asociación de Trotsky con Gorki, no digamos ya la aceptación de éste por aquél como orientador político. Trotsky buscaba una firme estructura de organización, un sólido asidero en las realidades de la revolución, y eso no podía ofrecérselo Gorki. Su intercambio de opiniones fue más bien agrio, y Trotsky le puso fin diciendo que no le quedaba otra salida que hacer causa común con Lenin.[21]

Entretanto fundó *Vperiod* (*Adelante*), el periódico de la Organización Interdistrital. *Vperiod*, aunque contaba con muchos colaboradores brillan-

[20] Trotsky, *The Stalin School of Falsification*, p. 105.
[21] Sujánov, *op. cit.*, vol. IV, p. 191; Trotsky, *History of the Russian Revolution*, vol. I, pp. 486-487.

tes, no tuvo éxito. En aquel momento sólo alcanzaban gran circulación los periódicos que disponían de un poderoso apoyo económico o de los servicios desinteresados de una organización ampliamente ramificada. *V period* no contaba con ninguna de las dos cosas. Comenzó como semanario, pero salía de las prensas con poca regularidad, y en total se publicaron sólo dieciséis números antes de que la Organización Interdistrital ingresara en el partido bolchevique.

Fue a través de la palabra hablada, más que de la escrita, como Trotsky hizo sentir su influencia en la vida política de la capital. Habló, por lo general en compañía de Lunacharsky, en innumerables asambleas. Al cabo de sólo dos o tres semanas después de su llegada, tanto él como Lunacharsky habían ganado una enorme popularidad como los agitadores más elocuentes de la izquierda soviética.[22] La base naval de Kronstadt, situada a las afueras de la capital, fue su campo de acción favorito, y Kronstadt resultó ser sumamente importante en su posterior destino político. La Marina se hallaba en un estado de completa rebelión. La base formaba una especie de república roja que no acataba a ninguna autoridad. Los marinos resistían violentamente los intentos del gobierno por volver a imponerle la disciplina. El ministerio nombró comisarios, algunos de los cuales se desprestigiaron a causa de su relación con el antiguo régimen e incluso con las pandillas de las Centurias Negras. Los marinos se negaron a admitirlos en los barcos y golpearon a varios de ellos. Trotsky exhortaba a los marinos a no perder la cabeza y a abstenerse de ejercer la venganza, pero también hacía todo lo posible por atizar su ardor revolucionario.

A fines de mayo los ministros socialistas acusaron a los marinos ante el Soviet, y Trotsky salió en defensa de los acusados. No justificó sus excesos, pero sostuvo que éstos podrían haberse evitado si el gobierno no hubiese nombrado comisarios a hombres desprestigiados y odiados. "Nuestros ministros socialistas", exclamó, "se niegan a luchar contra el peligro de las Centurias Negras. En lugar de ello, le declaran la guerra a los marinos y soldados de Kronstadt. Pero si la reacción levantara cabeza y un general contrarrevolucionario tratara de poner una cuerda alrededor del cuello de la revolución, vuestros comisarios de las Centurias Negras enjabonarían la cuerda para todos nosotros, en tanto que los marinos de Kronstadt acudirían a luchar y a morir con nosotros".[23] Esta frase fue muy citada posteriormente, cuando los marinos de Kronstadt defendieron en realidad al gobierno de Kerensky contra el motín del general Kornílov. Trotsky también redactó para los marinos el vibrante manifiesto con el que éstos apelaron ante el país contra el Ministerio de la Guerra (éste fue el primer revés de Kerensky desde que fue nombrado Ministro de la Guerra). A partir de ese momento los marinos siguieron fielmente a Trotsky, lo prote-

[22] Sujánov, *op. cit.*, vol. IV, pp. 164-167.
[23] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 52 sigs.

gieron y casi lo idolatraron, y lo obedecieron en todas las ocasiones en que los llamó a la acción o los exhortó a dominar sus ánimos caldeados.[24]

También por aquellos días estableció su tribuna en el Circo Moderno, donde casi todas las noches se dirigía a enormes multitudes. El anfiteatro se atestaba de tal manera que Trotsky generalmente era transportado sobre las cabezas del auditorio hasta la tribuna, y desde lo alto de ésta podía ver los ojos excitados de las dos hijas de su primer matrimonio, que asistían a las asambleas. Hablaba sobre las cuestiones del momento y los objetivos de la revolución con su acostumbrada lógica penetrante, pero también absorbía el espíritu de la multitud, su severo sentido de justicia, su deseo de ver las cosas en sus contornos marcados y claros, su tensión y sus grandes esperanzas. Posteriormente recordó cómo ante la sola presencia de la muchedumbre, las palabras y argumentos que había preparado de antemano retrocedían y se dispersaban en su mente, y otras palabras y argumentos, inesperados para él mismo pero que satisfacían una necesidad de sus oyentes, acudían a sus labios como si provinieran de su subconsciente. A continuación escuchaba su propia voz como si fuera la de un extraño, tratando de no quedar a la zaga del impetuoso torrente de sus propias ideas y frases para evitar el peligro de que, como los sonámbulos, pudiera despertar súbitamente y sufrir un colapso. Aquí sus concepciones políticas dejaban de ser la destilación de la reflexión individual o de los debates en pequeños círculos de políticos profesionales. Se fundía emocionalmente con la cálida y oscura masa humana que tenía por delante, y se convertía en su vehículo de expresión. Llegó a identificarse en tal forma con el Circo Moderno que, cuando regresaba al Palacio de Táurida o al Instituto Smolny, donde el Soviet celebraba sus sesiones, y atacaba a sus adversarios o discutía con ellos, éstos le gritaban: "¡Eh, que aquí no está usted en el Circo Moderno!" o "¡En el Circo Moderno no habla usted así!".[25]

A comienzos de julio se reunió en Petrogrado el primer Congreso de los Soviets de Toda Rusia, cuyas sesiones duraron tres semanas. Por primera vez los partidos y sus dirigentes se enfrentaron en un foro nacional, el único órgano nacional electivo que entonces existía en Rusia. Los socialistas moderados contaban con cinco sextas partes de los votos aproximadamente. Sus jefes eran intelectuales civiles, pero en sus filas abundaban los uniformes militares y las *rubajas* campesinas. En la extrema izquierda, entre los 120 miembros de la oposición, predominaban los obreros de los grandes centros industriales. El Congreso reflejaba una división entre los elementos militares y rurales de las provincias y los elementos proletarios de

[24] F. F. Raskólnikov, *Kronstadt i Piter v 1917 godú*, p. 77.
[25] Trotsky, *Mi vida*, tomo I, p. 501; John Reed, *Diez días que conmovieron al mundo*, Editorial Grijalbo, México, D. F., 1962, pp. 37-38.

las ciudades. Pocos días antes, unas elecciones municipales en Petrogrado habían revelado un desplazamiento significativo. Los demócratas constitucionales, o "cadetes", dominantes en el gobierno, sufrieron una derrota aplastante en sus distritos más "seguros". Los mencheviques obtuvieron la mitad de los votos. Los barrios obreros votaron sólidamente por los bolcheviques. Los mencheviques se presentaron en el Congreso como los esperanzados vencedores del día. Los bolcheviques trajeron consigo una nueva confianza en su futura victoria.[26]

Los portavoces de la oposición de izquierda esgrimieron contra la mayoría el propio triunfo de ésta. El príncipe Lvov y los "cadetes", dijeron, tenían un apoyo popular insignificante. Los socialistas moderados representaban a la abrumadora mayoría de la nación. ¿Por qué entonces se contentaban con los papeles de mandaderos ministeriales de los "cadetes"? ¿Por qué no constituían su propio gobierno, tal como estaban democráticamente autorizados y moralmente obligados a hacerlo. Este fue el tenor del discurso de Lenin,[27] y también el tema principal del de Trotsky.[28] Aun cuando su argumentación era en algunas partes más tajante que la de Lenin, Trotsky se dirigió a la mayoría en un tono más amistoso, invocando intereses y destinos comunes. Trató de que los mencheviques y los social-revolucionarios cobraran conciencia de su situación humillante y de persuadirlos a que rompieran su alianza con los partidos burgueses. No tenía sentido, dijo, tratar de convertir al gobierno en una cámara de conciliación de las clases sociales. "Una cámara de conciliación no puede ejercer el poder en una época revolucionaria". El príncipe Lvov y los suyos representaban clases acostumbradas a gobernar y dominar; y los ministros socialistas, con su complejo de inferioridad, se dejaban intimidar con excesiva facilidad. Hizo, sin embargo, unas cuantas referencias amistosas a Peshejónov, el menos conocido de los ministros socialistas, que le valieron los aplausos de las bancas de la mayoría. Y argumentó en el sentido de que un gobierno formado sólo por tales Peshejónovs sería "un considerable paso adelante". "Comprendan, camaradas, que en este asunto no veo las cosas desde el punto de vista de ninguna facción o partido, sino desde una perspectiva más amplia..." Convino con los ministros socialistas en que las clases trabajadoras debían ser disciplinadas, pero no por un ministerio capitalista y en beneficio de la política capitalista. Este era el origen de toda la agitación en la extrema izquierda, de la cual se quejaba la mayoría.

"Los llamados agitadores de izquierda", sostuvo, "preparan el futuro de la revolución rusa. Me atrevo a decir que nosotros, con nuestra actividad, no socavamos la autoridad de ustedes, sino que somos un elemento indis-

[26] Sujánov, *op. cit.*, vol. IV, pp. 204-205.
[27] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXV, pp. 3-14.
[28] *Pervyi Vseros. Syezd Sovietov*, vol. I, pp. 142-149. El resumen del discurso de Trotsky se basa en esta fuente. En ediciones posteriores las alusiones amistosas a los mencheviques fueron revisadas.

pensable para la preparación del futuro". "Camaradas, no espero convencerlos a ustedes el día de hoy, pues ésa sería una esperanza demasiado temeraria. Lo que desearía lograr el día de hoy es hacerles ver que si estamos en oposición a ustedes, no es por motivos hostiles... de una facción egoísta, sino porque, junto con ustedes, sufrimos todos los dolores y las agonías de la revolución. Vemos soluciones diferentes de las que ven ustedes, y estamos firmemente convencidos de que, si bien ustedes consolidan el presente de la revolución, nosotros preparamos su futuro para ustedes".[29] A estas alturas, Lenin ya no les concedía a sus adversarios el crédito que Trotsky todavía les daba, aunque convenía con Trotsky en que un "gobierno formado por doce Peshejónovs" representaría un avance respecto a la coalición actual.

Estos debates se vieron exacerbados por el "incidente Grimm". Grimm era un parlamentario suizo, socialista y pacifista, que había participado en la conferencia de Zimmerwald. Allí había mantenido una posición "centrista" y había disentido de las tácticas revolucionarias de Lenin. Posteriormente ayudó a preparar el viaje de Lenin a Rusia, a través de Alemania. En mayo, Grimm llevó a los dirigentes de los partidos gobernantes en Petrogrado un mensaje del gobierno alemán en el que éste sondeaba a Rusia acerca de las posibilidades de paz. El gobierno ruso expulsó a Grimm como agente alemán, aunque sin revelar las razones que tenía para tomar esa medida.

Grimm no era, en rigor, un agente alemán. Como pacifista un tanto ingenuo, le parecía muy natural ser portador de un sondeo de paz. Poco versado en las complicaciones de la política revolucionaria rusa, no podía comprender por qué los socialistas rusos —ya fueran aquellos que, como los bolcheviques y Trotsky, clamaban por la paz, o aquellos que, como los mencheviques, prometían constantemente una paz a corto plazo— se oponían a su acción.[30] Lenin y Trotsky no estaban enterados de la actividad de Grimm. El hecho, sin embargo, de que el gobierno hubiera denunciado a Grimm como agente alemán fue utilizado de inmediato para desacreditar a los participantes rusos en el movimiento de Zimmerwald. Miliukov pronunció un discurso en el que, según los informes disponibles, acusó a Lenin y Trotsky de ser también agentes alemanes. Trotsky salió en defensa de Grimm en el Congreso. Manifestó que, en su opinión, el gobierno no había actuado correctamente al expulsar a Grimm, y vio en el incidente una siniestra intriga de Miliukov. Refiriéndose a las acusaciones de Miliukov contra él y Lenin, dijo, volviéndose hacia la mesa de los periodistas: "Desde esta tribuna de la democracia revolucionaria, me dirijo a la prensa honrada de Rusia con el ruego de que recojan estas palabras mías: ¡Mientras Miliukov no retire esa acusación, sobre su frente quedará impreso el estigma

[29] *Pervyi Vseros. Syezd Sovietov*, vol. I, p. 149.
[30] Balabánov, *op. cit.*, p. 178.

de un vil calumniador!" [31]

"Las palabras de Trotsky", informó el periódico de Gorki, "dichas con gran energía y dignidad, provocaron una ovación clamorosa en toda la sala. El congreso entero, sin distinción de partidos, le aplaudió ruidosamente durante varios minutos." [32] Al día siguiente Miliukov declaró que él no había descrito a Lenin ni a Trotsky como agentes alemanes; sólo había dicho que el gobierno debería encarcelarlos por su actitud subversiva.[33]

Esta fue la última ocasión en que el Congreso aclamó a Trotsky en forma tan unánime. A medida que los debates prosiguieron, el abismo que separaba a los partidos se hizo permanente. Los ánimos se exaltaron durante una controversia acerca de la última Duma. Esa Duma había sido elegida en 1912 sobre la base de un sufragio muy limitado; había funcionado como la asamblea consultiva del zar, no como un verdadero parlamento; y en su gran mayoría había estado formada por incondicionales del zar. Los "cadetes" abogaban por el restablecimiento de la Duma, que ellos esperaban utilizar como una base cuasi-parlamentaria para su gobierno. Los mencheviques y los social-revolucionarios presentaron ante el Congreso una resolución acuñada en términos vagos que Mártov parafraseó ingeniosamente de la siguiente manera: "La Duma ya no existe, pero por la presente os dejamos saber nuestra oposición a cualquier intento de poner fin a su existencia".[34] Lunacharsky presentó una moción en el sentido de que la Duma fuera sepultada como una reliquia de un pasado vergonzoso. Trotsky lo secundó con un discurso virulento. Cuando en una de las siguientes sesiones volvió a tomar la palabra y se dirigió a los delegados llamándolos, como de costumbre, "Camaradas", fue interrumpido por una gritería: "¿Qué clase de camaradas somos usted y nosotros?" y "¡Deje ya de llamarnos camaradas!". Trotsky guardó silencio y se acercó más a los bolcheviques.[35]

El problema principal que ocupaba la atención del Congreso era la situación del ejército. Desde el derrocamiento del zarismo los frentes habían estado inactivos. Presionado por los aliados occidentales, el gobierno y el Estado Mayor preparaban una nueva ofensiva para la cual deseaban obtener la aprobación de los Soviets. El Estado Mayor presionaba también para obtener una revisión de la famosa Orden Número 1, la Carta Magna de la libertad de los soldados. En este debate Trotsky pronunció su discurso principal, en el que advirtió al gobierno que después de las pérdidas tremendas que el ejército había sufrido y después del desbarajuste de sus servicios de aprovisionamiento a causa de la ineficiencia, la especulación y la corrupción, el ejército era incapaz de continuar combatien-

[31] *Pervyi Vserос. Syezd Sovietov*, p. 158.
[32] *Nóvaya Zhizn*, 6 de junio de 1917.
[33] *Rech*, 7 de junio de 1917.
[34] *Pervyi Vserос. Syezd Sovietov*, pp. 295-298.
[35] *Ibid.*, p. 352.

do. La ofensiva terminaría en un desastre y el intento de restablecer la antigua disciplina no conduciría a ninguna parte. "Afortunadamente para toda la historia de Rusia, nuestro ejército revolucionario ha descartado la vieja concepción del ejército ruso, la concepción de la langosta... cuando centenares de miles de hombres solían morir pasivamente... sin conocer siquiera la finalidad de su sacrificio... ¡Maldigamos el período histórico que hemos dejado atrás! Lo que ahora estimamos no es el heroísmo elemental e inconsciente de la masa, sino un heroísmo que se refleje a través de cada toma de conciencia individual".[36] En el momento actual el ejército no tenía ninguna idea por la cual luchar. "Repito que en este mismo ejército, tal como ha surgido de la revolución... existe y existirán ideas, consignas, propósitos capaces de movilizarlo y de impartirle a este ejército nuestra unidad y entusiasmo... El ejército de la gran Revolución Francesa respondió conscientemente a los llamamientos a una ofensiva. ¿Cuál es el meollo del problema? Es éste: en la actualidad no existe ningún propósito semejante que pueda movilizar al ejército... Todo soldado capaz de pensar se pregunta: por cada cinco gotas de sangre que yo derrame hoy, ¿no estaré derramando una gota por la revolución rusa y cuatro por la Bolsa francesa y el imperialismo inglés?"[37] Sólo si Rusia se desligaba de los alineamientos imperialistas, sólo si el poder de las viejas clases gobernantes era destruido y los Soviets establecían un nuevo gobierno, "podremos dirigirnos a todos los pueblos de Europa y decirles que un baluarte de la revolución se ha alzado ahora en el mapa de Europa".[38]

A continuación reanudó su diálogo siempre reiterado con los escépticos que no creían que "la revolución se propagaría y que el ejército revolucionario ruso y la democracia rusa encontrarían aliados en Europa": "Mi respuesta es que la historia no nos ha dado ninguna garantía a nosotros, a la revolución rusa, de que no seremos aplastados, de que nuestra voluntad revolucionaria no será estrangulada por una coalición del capital mundial, de que el imperialismo mundial no nos crucificará". La Revolución Rusa representaba un peligro tan grande para las clases propietarias de todos los países, que ellas tratarían de destruirla y de transformar a Rusia en una colonia del capital europeo o, lo que era más probable, del capital norteamericano. Pero esta prueba de fuerza pertenecía aún al futuro, y los Soviets estaban obligados a prepararse para ella. "Si... la Alemania (revolucionaria) no se alza, o si se alza demasiado débilmente, entonces moveremos nuestros regimientos... no para defendernos, sino para emprender una ofensiva revolucionaria". En este punto la vigorosa alocución fue interrumpida por una voz anónima de entre los delegados: "¡Entonces será demasiado tarde!" Antes de que terminara el año, la voz

[36] *Ibid.*, p. 353.
[37] *Ibid.*, p. 354.
[38] *Ibid.*, pp. 356 sigs.

anónima demostró tener la razón. Pero en el Trotsky que se dirigía al Congreso pueden discernirse claramente los rasgos del hombre que no sólo se enfrentaría, sin ninguna fuerza armada a sus espaldas, a la diplomacia de los Hohenzollern y los Habsburgo, sino que también crearía el Ejército Rojo.

En este Congreso tuvo su último choque con Plejánov. Se dirigían fríamente el uno al otro como "Ciudadanos", no como "Camaradas". Plejánov había llegado al extremo de su actitud belicista, y aun los mencheviques se sentían tan incómodos con sus exabruptos chovinistas que se mantenían alejados de él. Pero el Congreso rindió un cálido homenaje a los méritos pasados de Plejánov, sólo para que éste le endilgara un manoseado sermón patriótico. Trotsky se lo reprochó y Plejánov le contestó con altanería, comparándose a sí mismo ora con Danton, ora con Lasalle, y contrastando a los descorazonados y abatidos ejércitos de la Revolución Rusa con los ejércitos de Cromwell y los jacobinos, cuyos "ánimos se vivificaban cuando bebían la savia de la revolución". Mal podía imaginarse el enfermo veterano que su más joven y muy despreciado adversario sería precisamente el llamado a desempeñar el papel de Danton ruso, el llamado a hacer que los ejércitos rusos "bebieran la savia de la revolución".

Durante la mayor parte de los trabajos del Congreso, la mayoría trató con desdén a los bolcheviques y sus aliados. Cuando Tsereteli, defendiendo al gobierno de coalición, desafió a los delegados a que dijeran si había en Rusia un solo partido dispuesto a hacerse cargo él solo de las responsabilidades del gobierno, Lenin lo interrumpió desde su banca para decirle que su partido estaba dispuesto a ello. La mayoría ahogó las palabras de Lenin con sus carcajadas. Los delegados de las provincias no estaban enterados de que en Petrogrado la influencia de la oposición crecía ya como un alud. Lenin deseaba impresionarlos y mostrarles que Petrogrado exigía el fin de la coalición y la formación de un gobierno socialista, es decir, de un gobierno formado sólo por los socialistas moderados. Pese a su declaración desde la banca, que era una declaración de principio, no de finalidad inmediata, Lenin no se proponía aún el derrocamiento del gobierno. Menos aún abogaba por una coalición entre los socialistas moderados y su propio partido. Mientras los bolcheviques fueron una minoría en los Soviets, instó a sus seguidores a que no jugaran a tomar el poder, sino a que "les explicaran pacientemente su actitud a las masas", hasta que obtuvieran la mayoría. Este era el meollo de su constitucionalismo soviético. Mientras tanto, la consigna de los bolcheviques no era "¡Abajo el gobierno!", sino "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" Pasando por alto las aprensiones que existían en su propio Comité Central, Lenin preparó con gran secreto una gran manifestación de masas bajo esta consigna para el 10 de junio. Trotsky, desechando los temores de sus amigos, indujo a la Organización Interdistrital a unirse a la manifestación. Pero el 9 de junio, cuando *Pravda* hizo un llamamiento público a los obreros y a la guarnición, el Ejecutivo del Congreso prohibió la manifestación.

Ni Lenin ni Trotsky deseaban desafiar la prohibición. Decidieron acatar la decisión de la mayoría, cancelar la manifestación y explicar su actitud en un manifiesto especial. Aquél fue un momento de ansiedad. ¿Le harían caso los obreros al aviso de cancelación? Y, si así lo hicieren, ¿no interpretarían erróneamente la actitud del Partido? ¿No se enfriaría su voluntad de acción? Lenin redactó una declaración explicatoria, pero como ni sus seguidores ni él mismo quedaron satisfechos con ella, adoptó de buen grado otro texto presentado por Trotsky; y éste fue leído en el Congreso en nombre de toda la oposición. Trotsky, que aún no era miembro del Partido, también redactó para el Comité Central bolchevique un manifiesto sobre el mismo asunto.[38]

El 10 de junio Petrogrado permaneció en calma. Pero los dirigentes de la mayoría del Soviet decidieron convocar otra manifestación de masas para el 18 de junio, esperando convertirla en una manifestación de apoyo a su política. El día señalado, medio millón de obreros y soldados desfilaron frente a la tribuna donde el Congreso se había reunido *in corpore*. Para desaliento de los socialistas moderados, todos los estandartes en el desfile tenían inscritas consignas bolcheviques: "¡Abajo los diez ministros capitalistas!", "¡Abajo la guerra!" y "¡Todo el poder a los Soviets!" La manifestación concluyó pacíficamente, sin motines ni choques. Pero por primera vez los partidos antibolcheviques pudieron medir la impresión que la política y las consignas bolcheviques habían causado en las masas.

En este primer período de su actividad —era apenas el segundo mes después de su regreso— la personalidad de Trotsky había adquirido ya un nuevo e inmenso lustre. Lunacharsky escribe que "bajo la influencia del deslumbrante éxito de Trotsky y de la enorme fuerza de su personalidad, muchos de quienes se hallaban cerca de él se inclinaban incluso a ver en Trotsky al primer jefe genuino de la revolución rusa. Uritsky... me dijo en una ocasión, y según parece también a Manuilsky: 'Bueno, la gran revolución ha llegado, y ya ve usted que, aunque Lenin tiene tanta sabiduría empieza a opacarse junto al genio de Trotsky' ". Esta opinión, añade Lunacharsky, era incorrecta, no porque exagerara las dotes y el poder de Trotsky, sino porque el alcance del genio político de Lenin aún no se había revelado. "Es cierto que en este período... Lenin se opacó un poco. No hablaba en público muy a menudo y no escribía mucho. Dirigía principalmente el trabajo de organización en el bando bolchevique, mientras Trotsky tronaba en las asambleas". En 1917, sin embargo, la revolución se hacía tanto en las asambleas como dentro del ámbito más reducido del Partido.[40]

[39] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXV, pp. 60-61; Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 137; y *Lénine*, pp. 66-69.
[40] Lunacharsky, *op. cit.*, pp. 25-28.

A principios de julio los bolcheviques convocaron el sexto congreso nacional de su partido. Sería en esta ocasión cuando la Organización Interdistrital ingresaría en sus filas. Ya no se hablaba más de cambiar la "etiqueta" del Partido. Durante cierto tiempo la mayoría de la Organización Interdistrital se resistió, y en nombre de ella Yuréniev todavía previno a los miembros contra "los malos hábitos organizativos" de los bolcheviques y contra su propensión a trabajar a través de reducidos conciliábulos secretos. Trotsky encabezó a la minoría que abogaba por realizar la fusión cuanto antes. Argumentó que, con su salida de la zona oscura de la clandestinidad y con el despertar del amplio movimiento popular, los bolcheviques se habían despojado en buena medida de sus viejos hábitos, y que lo que quedaba de éstos sería eliminado más fácilmente en un partido común que trabajara abiertamente. Con la ayuda de Lunacharsky, logró convencer a la mayoría.[41] Pero antes de que se efectuara la fusión, el país se vio sacudido por la crisis de los días de julio.

Esta fue una de esas violentas convulsiones que ocurren inesperadamente en toda revolución, trastornan los planes de todos los dirigentes, aceleran el desarrollo de los acontecimientos y llevan la polarización de las fuerzas hostiles a su límite extremo. La paciencia de la guarnición y de la población obrera se había agotado. Las colas para comprar pan crecían interminablemente. El dinero, cuya circulación era diez veces mayor que la de preguerra, se había devaluado. La especulación era desenfrenada. Las masas veían que desde el comienzo de la revolución las condiciones de su vida diaria habían empeorado, y se sentían defraudadas. Encima de todo ello, el gobierno puso en marcha la costosa ofensiva militar. Pero aún existía una discrepancia entre el estado de ánimo de la capital y el de las provincias. Petrogrado clamaba por un cambio inmediato y por la renuncia del segundo gobierno del príncipe Lvov. En las provincias, sin embargo, el régimen de febrero no estaba en modo alguno desprestigiado.

Trotsky y Lenin, al examinar el equilibrio de fuerzas en el conjunto del país, sabían que todavía no era el momento de pasar al ataque. Pero sus seguidores en la capital, hirviendo de impaciencia, empezaron a ver sus tácticas con desconfianza. Los anarquistas denunciaron la actitud de espera y la falsedad de los bolcheviques, del mismo modo que los bolcheviques habían denunciado las vacilaciones y la falsedad de los mencheviques y los social-revolucionarios. Finalmente, varios regimientos colocaron a la dirección bolchevique frente a un hecho consumado y llamaron a una manifestación armada para el 3 de julio. Los marinos de Kronstadt y los obreros civiles de la capital, incitados por los agitadores bolcheviques de base, respondieron ávidamente al llamado. Como sucede en la mayoría de tales situaciones, cuando una iniciativa política arriesgada surge directamente de la ira impulsiva de las masas, el propósito de la iniciativa

[41] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 145-149.

no era claro. Quienes llamaban a la manifestación no sabían si su objetivo era derrocar al gobierno o simplemente manifestar en forma pacífica. La dirección bolchevique hizo un intento de cancelar la manifestación, tal como lo había hecho el 10 de junio. Pero esta vez la pasión popular no pudo ser reprimida.[42]

Lenin trató entonces de colocar a su partido a la cabeza del movimiento a fin de mantenerlo dentro de los límites de una manifestación pacífica, cuyo propósito sería el de exhortar una vez más a los socialistas moderados a que formaran su propio gobierno basado en los Soviets. Para apoyar esta demanda enormes multitudes invadieron el centro de la ciudad, llenando las calles, marchando y celebrando asambleas durante dos días y dos noches. Los oradores bolcheviques, entre ellos el propio Lenin, les dirigieron la palabra, atacando a la coalición gobernante pero pidiendo calma y disciplina al mismo tiempo.

La multitud más numerosa y exaltada sitió el Palacio de Táurida, donde el Comité Central Ejecutivo de los Soviets tenía sus oficinas. La multitud envió delegaciones al Palacio para declarar que no se dispersarían hasta que los socialistas moderados rompieran su coalición con los "cadetes". Algunos mencheviques y social-revolucionarios estaban convencidos de que Lenin había organizado el espectáculo y se proponía convertirlo en una insurrección armada. Cierto era que, para ser los jefes de una insurrección, los bolcheviques se comportaban en forma extraña: arengaban a las masas, refrenándolas y previniéndolas contra la comisión de actos de violencia. Existían, sin embargo, algunas apariencias de acción bolchevique premeditada. Se sabía que militantes bolcheviques habían encabezado la agitación, y los marinos de Kronstadt figuraban de manera prominente en la conmoción.[43] Los socialistas moderados, presas del terror, se vieron aislados en el Palacio sitiado. Pidieron ayuda al cuartel general militar, y como casi toda la guarnición estaba de parte de los bolcheviques fue ne-

[42] Trotsky, *History of the Russian Revolution*, vol. II, caps. I-III; Zinóviev, *Obras* (ed. rusa), vol. XV p. 41; Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXV, pp. 142-143. Stalin, que participó muy activamente en la fase inicial de los acontecimientos de julio, presentó una versión completa de éstos en el VI Congreso del Partido. Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. III, pp. 156-168. (La versión de Stalin aparece resumida en Isaac Deutscher, *Stalin*, Ediciones ERA, pp. 150-151). Raskólnikov, *op. cit.*, pp. 116 sigs.

[43] Treinta y cinco años después de los hechos, R. Abramóvich, el dirigente menchevique, escribió: "El sentimiento antibélico empezó a intensificarse febrilmente después de la malhadada ofensiva de junio. La reacción hostil a este intento de revivir una guerra que ya estaba muerta en la mente de las masas fue tan fuerte que mi propia opinión en aquel momento era que, ya desde los días de junio, los bolcheviques habrían podido tomar el poder por medio de su conato de golpe de estado si Lenin y sus compañeros hubiesen mostrado una mayor determinación". (*Sotsialisticheskii Véstnik*, marzo de 1925: "La Tragedia de una Revolución Tardía"). Durante los acontecimientos, sin embargo, y posteriormente, Abramóvich acusó a los bolcheviques de conspirar abiertamente para tomar el poder. Trotsky *History of the Russian Revolution*, vol. II, p. 39.

cesario traer un destacamento de confianza desde el frente. Mientras los mencheviques y los social-revolucionarios aguardaban a ser rescatados, llegó la noticia de que la multitud en la calle había capturado a Chernov, el Ministro de Agricultura, y estaba a punto de lincharlo. Trotsky, que había pasado toda la noche y la mañana en el Palacio, ora razonando con los manifestantes afuera, ora con el Ejecutivo adentro, acudió apresuradamente al lugar de los hechos.

Lo que sucedió a continuación ha sido descrito muchas veces, pero nunca en forma tan vívida como en los *Apuntes sobre la Revolución* de Sujánov:

> Hasta donde alcanzaba la vista, la multitud se agitaba furiosa. Alrededor de un automóvil, un grupo de marinos con rostros nada tranquilizadores se comportaban en una forma excepcionalmente ruda. En el asiento posterior del coche estaba sentado Chernov, que evidentemente había perdido el dominio de sí. Todo Kronstadt conocía a Trotsky y parecía confiar en él. Pero la multitud no dio muestras de calmarse cuando Trotsky empezó su discurso. Si en aquel momento se hubiera hecho un disparo provocativo en cualquier lugar cercano, el resultado habría sido un terrible baño de sangre: todos habríamos sido despedazados, incluido Trotsky. Excitado, encontrando sus palabras con dificultad,... Trotsky a duras penas logró ganar la atención de quienes se hallaban más cerca de él. [Comenzó exaltando las virtudes revolucionarias de Kronstadt en una forma que a Sujánov le produjo la impresión de una alabanza indigna.] "Vosotros, rojos de Kronstadt, habéis venido aquí tan pronto supisteis del peligro que amenazaba a la revolución... ¡Viva el Kronstadt rojo, gloria y orgullo de la revolución!"
>
> Pero la multitud escuchaba a Trotsky con expresión sombría. Y cuando éste trató de hablarles sobre Chernov, la gente que rodeaba el automóvil volvió a enfurecerse.
>
> "Habéis venido aquí a afirmar vuestra voluntad [continuó Trotsky] y a mostrarle al Soviet que la clase obrera no desea ver a la burguesía en el poder. Pero, ¿por qué perjudicar vuestra propia causa? ¿Por qué oscurecer y empañar vuestro historial con la violencia mezquina contra individuos aislados?... Cada uno de vosotros ha dado pruebas de su devoción a la revolución. Cada uno de vosotros está dispuesto a dar su cabeza por la revolución. Eso me consta... Dame la mano, camarada... Dame tu mano, hermano mío..."

Trotsky le tendió la mano a un marino que protestaba violentamente contra sus palabras. El marino empuñaba un rifle con una mano y rechazó con la otra el ademán de Trotsky. Yo pensé que aquel hombre debía de haber escuchado más de una vez a Trotsky en Kronstadt, y que ahora estaba verdaderamente bajo la impresión de que Trotsky había trai-

cionado la causa.[44]

Trotsky, por último, desafió a la multitud y pidió que quienes desearan ejercer violencia contra Chernov levantaran la mano. Nadie lo hizo. En medio del silencio, Trotsky tomó a Chernov del brazo y lo condujo, medio desmayado, al interior del Palacio. El rostro del propio Trotsky, cuando regresó con su enemigo rescatado, estaba mortalmente pálido y cubierto de sudor frío.

En diversos puntos de la ciudad tuvieron lugar pequeños disturbios y refriegas, que fácilmente pudieron dar origen a un gran derramamiento de sangre si no hubiese sido por la influencia moderadora de los bolcheviques. A la larga, los manifestantes cedieron al cansancio y su energía decayó. Cuando estaban a punto de dispersarse, llegaron las tropas del frente. Una reacción violenta se produjo de inmediato. Las organizaciones derechistas secretas y semisecretas, que hasta entonces se habían mantenido agazapadas, se echaron a la calle. Después de unos cuantos choques, las multitudes probolcheviques, necesitadas de sueño y descanso, se dispersaron. Precisamente entonces los periódicos publicaron la noticia del colapso de la ofensiva en el frente. Esto atizó el fuego de la reacción antibolchevique. Los partidos de derecha, los generales y las ligas de oficiales culparon a los bolcheviques. Era su agitación, dijeron, lo que había destruido la moral del ejército y preparado la derrota.[45]

Esta sola acusación habría sido suficiente para desencadenar una tormenta sobre la cabeza del partido bolchevique. Pero todavía se le añadió otra, más incendiaria aún. Un periódico derechista popular publicó "documentos" según los cuales Lenin había estado a sueldo del Estado Mayor alemán, y el gobierno dictó órdenes de arresto contra Lenin, Zinóviev y Kámenev. Los documentos podían reconocerse a simple vista como una burda falsificación. El testigo que los presentó, un tal Yermolenko, resultó ser un antiguo delator que actualmente trabajaba para el contraespionaje militar.[46] Pero en el primer momento la acusación causó una impre-

[44] Sujánov, *op. cit.*, vol. IV, pp. 423-425. Véase también V. Chernov, *The Great Russian Revolution*, pp. 422-426. Trotsky sostuvo posteriormente que quienes se apoderaron de Chernov fueron agentes provocadores que no tenían nada que ver con los marinos. (*Obras*, ed. rusa, vol. III, libro 1, pp. 193 sigs.) A juzgar por la evidencia interna, la versión de Sujánov, compartida por Raskólnikov, el dirigente de Kronstadt (*op. cit.*, pp. 128-130), parece más digna de crédito.

[45] Una semana antes de estos sucesos, el 28 de junio, Trotsky escribió en *Vperiod*: "Y si después de tres años de guerra y cuatro meses de revolución no todos los soldados son convencidos por la resolución evasivamente cautelosa del Congreso [de los Soviets, que aprobó la ofensiva] o por la vulgar fanfarronada oratoria de los semiministros semisocialistas, entonces la prensa 'leal' siempre puede recurrir a un expediente bien probado: puede llamar a la "sociedad" a una cruzada contra los socialistas revolucionarios en general y los bolcheviques en particular".

[46] Una narración y un análisis detallados de este asunto aparecerá en mi *Vida de Lenin*, actualmente en preparación. La versión de Kerensky figura en su *Cruci-*

sión devastadora. Las apariencias eran contrarias a Lenin, y por el momento las apariencias eran decisivas. El ciudadano apolítico, desconocedor de la historia y los hábitos de los partidos revolucionarios, se preguntaba: ¿No había regresado Lenin efectivamente a través de *Alemania,* con el consentimiento del gobierno alemán? ¿No había agitado contra la guerra? ¿No había fomentado la subversión? Era inútil replicar que Lenin había resuelto viajar a través de Alemania sólo después que todas las otras rutas, a través de Francia e Inglaterra, le fueron vedadas, y que muchos de sus adversarios mencheviques habían regresado junto con él, o un poco más tarde, por la misma ruta.[47] Era inútil señalar que Lenin abrigaba la esperanza de que la revolución destruyera a los Hohenzollerns y a los Habsburgos de la misma manera que había destruido a los Romanovs. En medio del pánico que siguió a las jornadas de julio se pasaban por alto todas esas sutilezas. Las clases altas estaban llenas de temor y odio a la revolución. Las clases medias se sentían ciegas de desesperación. El Estado Mayor necesitaba una explicación satisfactoria del último desastre militar. Y los socialistas moderados sentían que la tierra se abría bajo sus pies. La necesidad de una cabeza de turco y de un sacrificio propiciatorio era abrumadora.

En medio de esta baraúnda Trotsky se entrevistó con Lenin. "Ahora", dijo éste, "nos fusilarán, primero a uno y luego a otro, ya lo verá usted; es el momento que esperaban".[48] Lenin contaba con la probabilidad de una contrarrevolución victoriosa; creía que los Soviets, castrados por los mencheviques y los social-revolucionarios, habían agotado su papel, y preparaba a su partido para un retorno a la clandestinidad. Después de una breve vacilación, decidió que no se dejaría encarcelar y que en lugar de ello se ocultaría en compañía de Zinóviev. Trotsky veía las cosas con menos pesimismo y la decisión de Lenin le pareció desafortunada. Tal conducta era contraria a sus propios hábitos. Pensaba que Lenin no tenía nada que ocultar; que, por el contrario, lo que le convenía era defenderse ante el público; y que de esa manera le serviría a su causa mejor que emprendiendo la huida, lo cual sólo reforzaría las apariencias adversas a base de las cuales el pueblo podría juzgarlo.[49] Kámenev compartía la opinión de Trotsky y decidió afrontar el encarcelamiento. Pero Lenin se aferró a su decisión. No esperaba un proceso imparcial por parte de un gobierno que le imputaba un cúmulo de acusaciones falsas y hacía circu-

fixion of Liberty, pp. 285-294, y su refutación en M. N. Pokrovsky, *Oktiábrskaya Revolutsia*, pp. 115-136. Véase también Trotsky, *History*, vol. II, pp. 96-123.

[47] Durante la investigación oficial de los días de julio se comprobó que alrededor de 500 emigrados rusos habían regresado de Suiza a través de Alemania. De éstos, 450 eran antibolcheviques y "social-patriotas". Pokrovsky, *op. cit.*, p. 123.

[48] Trotsky, *Lénine*, p. 69.

[49] Véase la declaración que Trotsky hizo posteriormente en la prisión. *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 193 *passim; History*, vol. II, pp. 240-241.

lar documentos falsificados en la prensa. La atmósfera estaba cargada de tensión. El partido bolchevique se hallaba virtualmente aislado. *Pravda* había sido clausurada y sus oficinas destrozadas. Los locales bolcheviques en varios distritos habían sido asaltados y destruidos. Nada era más fácil para los matones de la antigua *Ojrana,* que aún se hallaban enquistados en la policía, o para los fanáticos de la contrarrevolución que asesinar a un odiado jefe de la revolución mientras entraba o salía de la cárcel. Lenin estaba demasiado consciente de su importancia para el Partido como para permitirse correr tal riesgo, y, desechando todas las consideraciones convencionales, se ocultó.[50]

En los ataques públicos, el nombre de Trotsky era unido al de Lenin con mucha frecuencia, pero el gobierno no ordenó su detención. Había razones obvias para ello: él no era, nominalmente, miembro del partido bolchevique; las circunstancias de su regreso a Rusia eran tan diferentes de las que habían rodeado el viaje de Lenin que no resultaba fácil ponerle el sambenito de agente alemán; y el incidente con Chernov, el enemigo político al que tan valerosamente había rescatado, estaba todavía en la memoria de todo el mundo. Pero su inmunidad duró poco. *Ryech,* el periódico de Miliukov, publicó una información en el sentido de que, antes de su salida de Nueva York, Trotsky había recibido 10,000 dólares de los alemanes residentes en Norteamérica, suma destinada a fomentar la agitación derrotista en Rusia. En periódicos menos respetables, el Estado Mayor alemán figuraba como el proveedor del dinero. Trotsky replicó inmediatamente con una Carta Abierta que apareció en el periódico de Gorki y desinfló las revelaciones de Miliukov con gran efecto cómico. Trotsky comentó irónicamente que los alemanes de Norteamérica o el Estado Mayor alemán aparentemente consideraban que el derrocamiento de un régimen en un país enemigo era una empresa sumamente barata, con un costo de sólo 10,000 dólares. Atacó las fuentes de la información, diciendo que ésta provenía de Sir George Buchanan, el embajador británico. El embajador negó la acusación, pero ello no impidió que Miliukov alegara haber recibido la información de esa fuente. Entonces Trotsky relató lo que realmente había sucedido antes de su salida de Nueva York: los socialistas rusos, norteamericanos, letones, judíos, finlandeses y germanoamericanos organizaron una asamblea de despedida para él y otros tres emigrados rusos que habrían de partir con él. En la asamblea se hizo una colecta que produjo 310 dólares, de los cuales los asistentes germanoamericanos aportaron 100. La suma le fue entregada a Trotsky, quien la repartió por partes iguales entre los emigrados que regresaban a Rusia. La información

[50] Esta medida incomodó a no pocos seguidores de Lenin. Sólo mucho más tarde, cuando durante la revolución alemana Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados en circunstancias similares, quedó plenamente justificada la conducta de Lenin ante quienes en un principio la vieron con malos ojos.

sobre la asamblea y la colecta fue publicada por periódicos norteamericanos. Trotsky concluyó su réplica con una "confesión" humorística que, según le constaba, lo desprestigiaría más ante el público burgués que la acusación de ser un agente a sueldo del Estado Mayor alemán: nunca en su vida, escribió, había poseído 10,000 dólares juntos, ni siquiera la décima parte de esa suma.[51]

En otra Carta Abierta relató la historia de su amistad y su rompimiento con Parvus, puesto que esa relación también fue esgrimida contra él. Denunció a Alexinsky, el antiguo diputado bolchevique convertido en renegado, como el principal inspirador de la calumnia. Alexinsky, escribió, había sido expulsado por calumniador de todas las organizaciones periodísticas de París, y los mencheviques se habían negado a admitirlo, por razones morales, en el Soviet de Petrogrado. ¡Y éste era el hombre al que ahora erigían en custodio de la moralidad patriótica![52]

Una vez fracasado este intento de involucrar a Trotsky, se iniciaron las intrigas desde el ángulo opuesto. La prensa se llenó de versiones sobre un rompimiento de Trotsky con Lenin, el agente alemán. El 10 de julio, cuatro días después del ocultamiento de Lenin, Trotsky dirigió la siguiente Carta Abierta al Gobierno Provisional:

> Ciudadanos Ministros: Entiendo que ustedes han decretado el arresto... de los camaradas Lenin, Zinóviev y Kámenev, pero que la orden de detención no me incluye a mí. Considero por lo tanto necesario llamar la atención de ustedes sobre los siguientes hechos: 1. Yo comparto en principio la actitud de Lenin, Zinóviev y Kámenev, y la he expresado en el periódico *Vperiod* y en todos mis discursos públicos. 2. Mi actitud frente a los sucesos del 3 al 4 de julio fue idéntica a la de los camaradas antes mencionados.[53]

Ofreció una versión de aquellos sucesos y explicó que el hecho de que él no perteneciera a la organización bolchevique se debía a diferencias superadas que ya carecían de toda significación.

> Ustedes carecen de razones lógicas para eximirme del efecto del decreto en virtud del cual se han expedido órdenes de arresto contra Lenin, Zinóviev y Kámenev... Carecen ustedes de razones para dudar de que yo sea un adversario tan irreconciliable de la política general del Gobierno Provisional como los camaradas antes mencionados. Mi exención sólo subraya mejor el carácter contrarrevolucionario e injustificado de la medida que ustedes han tomado contra ellos.[54]

[51] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 150-154.
[52] *Ibid.*, pp. 155-159.
[53] *Ibid.*, pp. 165-166.
[54] *Loc. cit.* Al mismo tiempo Trotsky le escribió una carta a Gorki. Este, que

Durante dos o tres días, mientras el terror contra los bolcheviques se hallaba en su fase más intensa, Trotsky no se presentó en el Soviet. Pasaba las noches en casa de Larin, el antiguo menchevique que estaba a punto de unirse a los bolcheviques. Pero después de la publicación de la "Carta Abierta al Gobierno Provisional", Trotsky, lleno de ardor combativo y en actitud desafiante, reapareció en público. Defendió a Lenin y al partido bolchevique en el Soviet, en el Comité Ejecutivo de los Soviets y en el Comité Ejecutivo de los Soviets campesinos. En todas partes habló en medio de una continua gritería. "Lenin", exclamó, "ha luchado por la revolución durante treinta años. Yo he luchado contra la opresión de las masas populares durante veinte años. Nosotros no podemos sino odiar al militarismo alemán. Sólo quien ignore lo que es un revolucionario puede decir otra cosa... No dejéis que nadie en esta sala diga que somos mercenarios alemanes, pues esa es la voz... de la villanía".[55] Advirtió a los mencheviques, que se lavaban las manos en el asunto, que ésta sería su propia perdición. Chernov, el "social-patriota", había sido obligado ya a renunciar a su ministerio por su participación en el movimiento de Zimmerwald. La contrarrevolución había escogido a los bolcheviques como su primer blanco, pero los socialistas moderados serían las próximas víctimas.

Aun en aquellos días de histeria y pánico se le escuchaba con atención y respeto. Sus llamamientos, sin embargo, tenían poco o ningún efecto. Los socialistas moderados sabían que era absurdo acusar a Lenin y Zinóviev de ser agentes alemanes; pero estaban convencidos de que la agitación bolchevique contra la guerra había ido demasiado lejos, y sospechaban que en los días de julio Lenin, y tal vez Lenin y Trotsky, habían intentado tomar el poder; y se negaron a levantar un dedo para rehabilitar a Lenin. Sólo Mártov defendió el honor de su viejo adversario.[56]

Trotsky permaneció en libertad durante otra quincena. Su desafío había puesto al gobierno en una situación difícil. Este no tenía razones legales para ordenar su arresto, a menos que declarara ilegales los principios que regían al Soviet en general, incluida su mayoría moderada, pues en aquellos principios había enmarcado Trotsky su propia actividad. El gobierno no podía, por otra parte, permitirle que siguiera en libertad para hacer escarnio de su acción contra los bolcheviques. La noche del 23 de

había sido amigo íntimo de Lenin, se comportó (en contraste con Mártov, que defendió a Lenin) en forma un tanto vaga. Trotsky se proponía instarlo a que saliera enérgicamente en defensa de Lenin y recordarle el papel de Zola en el proceso Dreyfus. La carta, que Trotsky no envió, aparece en sus *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro I, pp. 346-347.

[55] Sujánov, *op. cit.*, vol. V, pp. 52, 59-62.

[56] Entre las muchas versiones de los acontecimientos de julio, una alegaba la existencia de un plan para establecer la dictadura de un triunvirato compuesto por Lenin, Trotsky y Lunacharsky. La amplitud del crédito que se le concedió a esta versión puede colegirse del hecho de que aun Sujánov se inclinó a aceptarla *prima facie*. Sujánov, *op. cit.*, vol. IV, p. 511.

de julio Trotsky y Lunacharsky fueron arrestados y trasladados a la prisión de Krestí. Sujánov describe la impresión que este hecho causó en Petrogrado. Al día siguiente, el propio Sujánov habló en una asamblea menchevique en el Circo Moderno. "Mi anuncio del arresto de Trotsky y Lunacharsky... fue recibido con tal huracán de indignación que durante casi un cuarto de hora fue imposible continuar la reunión. Se escucharon gritos que pedían que toda la multitud, formada por muchos miles de personas, saliera inmediatamente a la calle y expresara su protesta ante las autoridades. Sólo con dificultad pudo Mártov reducir el asunto a una improvisada resolución de protesta".[37]

Así, en medio de una revolución en la que sus antiguos amigos y un antiguo discípulo habían ascendido al poder, Trotsky se encontró en la misma cárcel en que lo había recluido el gobierno zarista en 1905. Las condiciones dentro de la prisión eran peores ahora. Las celdas estaban atestadas de presos: las redadas de sospechosos continuaban y numerosos detenidos ingresaban diariamente en el penal. Los delincuentes comunes y los presos políticos eran encerrados juntos, en contraste con el régimen de separación que el zarismo les había permitido disfrutar a los segundos. Todos estaban sometidos a una dieta de hambre. Los criminales, azuzados contra los "agentes alemanes", les robaban la comida a éstos y los golpeaban. Los fiscales, investigadores y carceleros eran los mismos que bajo el zar. El contraste entre las pretensiones de los nuevos gobernantes y el aspecto interno del aparato judicial era notable; y Trotsky, al sufrirlo en carne propia, reflexionó que Lenin no había estado tan errado cuando decidió ocultarse. Con todo, en medio de este caos brutal, en el que la vida misma del preso se hallaba algunas veces en peligro, aún había, al igual que bajo el antiguo régimen, margen suficiente para la actividad política y literaria de los reclusos. Con polemistas de la talla de Kámenev, Lunacharsky, Antónov-Ovseienko y Krilenko, los debates políticos florecieron. Entre los prisioneros se encontraban también Dibenko y Raskólnikov, los dirigentes de Kronstadt. Allí se encontró reunida casi la mitad de los protagonistas de la insurrección de octubre y casi todo el primer Comisariado de Guerra bolchevique.

El propio Trotsky empuñó la pluma, y una vez más una catarata de artículos y folletos se desbordó sobre el mundo exterior. Algunos de éstos, incluida una minuciosa descripción de la vida en la cárcel, apareció, bajo el seudónimo de P. Tanas, en los periódicos bolcheviques, y otros en el diario de Gorki. En otra de sus "Cartas Abiertas al Gobierno Provisional", Trotsky ridiculizó los procedimientos legales. Reveló que se le acusaba de haber regresado a Rusia, en unión de Lenin, a través de Alemania y de haber sido miembro del Comité Central bolchevique. Estas acusaciones con-

[37] *Ibid.*, vol. V, p. 121.

firmaban la arbitrariedad y la haragana indolencia del Ministerio Público.[58] No fue, por cierto, sino varias semanas después del arresto de Trotsky cuando la Organización Interdistrital ingresó finalmente en el partido bolchevique y Trotsky pasó a ser miembro del Comité Central bolchevique. Su denuncia de los procedimientos judiciales tuvo el efecto de causar la destitución del fiscal encargado de su caso. Pero los trámites continuaron. "El caso Dreyfus y el caso Beyliss no son nada en comparación con este intento deliberado de asesinato moral", protestó Trotsky ante Zarudny, el Ministro de Justicia que, por una extraña coincidencia, había sido abogado defensor en el juicio contra el Soviet en 1906.[59]

Con el transcurso de las semanas, los acontecimientos tomaron inesperadamente un cariz que era al mismo tiempo más prometedor y más amenazante para los acusados y su causa. La reacción contra la "insurrección" de julio iba ampliándose en un impetuoso movimiento contra todas las instituciones y condiciones que se habían originado en la Revolución de febrero: contra los Soviets, los comités de soldados, los comités agrarios, los comités de fábricas y los organismos similares que consciente e inconscientemente impugnaban la autoridad del viejo aparato administrativo. La reacción golpeó ahora a los socialistas moderados. Los jefes de la derecha sostenían, no sin razón, que los bolcheviques no eran sino los partidarios más consecuentes de un estado de cosas con cuya defensa estaban comprometidos también, en diverso grado, los socialistas moderados.[60] La consigna bolchevique de "¡Todo el poder a los Soviets!" no perdería vigencia mientras existieran los Soviets; y los mencheviques y los social-revolucionarios estaban interesados en su existencia. Si los bolcheviques hacían todo lo posible por intensificar la oposición del soldado al oficial, los socialistas moderados, portavoces iniciales de esa oposición, tenían cuando menos el interés de impedir que la oficialidad recuperara su antiguo *status*. Los dirigentes de las clases medias habían abrigado hasta entonces la esperanza de domeñar a la revolución a través de los socialistas moderados; ahora buscaban en torno suyo un dictador militar capaz de sojuzgar o de aplastar a los socialistas moderados al mismo tiempo que a los bolcheviques. Sólo así tenía posibilidad la derecha, que ahora incluía a los antiguos liberales, de poner fin a lo que consideraba el capítulo más vergonzoso de la historia rusa.

Los días de julio habían demostrado que si alguna fuerza quedaba en la Rusia antibolchevique, esa fuerza residía en la oficialidad del ejército. El recuerdo de los dirigentes socialistas moderados, sitiados en el Palacio de Táurida, temblando por sus vidas y suplicando ser rescatados de las

[58] *Nóvaya Zhizn*, 30 de julio de 1917.

[59] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 203; Raskólnikov, *op. cit.*, pp. 170-179.

[60] Miliukov, *op. cit.*, vol. I, libro 2, pp. 58-72; A. I. Denikin, *Ocherki Russkoi Smuty*, vol. I, libro 2, pp. 232-238.

multitudes bolcheviques por las tropas leales, no se había olvidado. Con todo, el mecanismo ilógico del régimen de febrero era tal que la verdadera relación de poder se ocultaba ahora más que nunca tras la fachada del poder político. Inmediatamente después de los días de julio, se formó un segundo gobierno de coalición encabezado por Kerensky como Primer Ministro, en el que los socialistas moderados asumieron la jefatura nominal. En su momento de auge ellos habían sido los socios menores de la coalición, y sólo después que su debilidad quedó tan devastadoramente revelada llegaron a asumir el papel de socios principales, cuando menos en apariencia. Semejante paradoja no podía durar.

Las fuerzas conservadoras y antirrevolucionarias ponían sus esperanzas en el general Kornílov, a quien Kerensky había nombrado Comandante en Jefe. Festejado y aclamado por las clases altas y medias, Kornílov empezó a sentirse y a comportarse como un hombre providencial. Su actitud frente a Kerensky se hizo ambigua y más tarde provocativa. Finalmente, el 24 de agosto, le declaró abiertamente la guerra al gobierno y ordenó a sus tropas que marcharan sobre la capital. Confiado en la victoria, se jactó de antemano de la barrida que iba a darle a la revolución.

Trotsky y sus compañeros en Krestí recibieron las noticias con sentimientos diversos. Kerensky los mantenía tras las rejas, y si Kornílov triunfaba serían entregados como rehenes virtuales a la soldadesca victoriosa. No les cabía duda de que serían asesinados, y eso no era en modo alguno una fantasía de imaginaciones aterrorizadas. Pero la situación ofrecía también nuevas esperanzas. Los socialistas moderados no podían salvarse de Kornílov sin la ayuda de los bolcheviques, del mismo modo que en los días de julio no pudieron salvarse de los bolcheviques sin la ayuda de los generales. El propio gobierno no tardó en empezar a repartir fusiles entre los Guardias Rojos, a los que acababa de desarmar. Suplicó a los agitadores bolcheviques —a cuya influencia destructiva le había atribuido todos los desastres militares— que pusieran en juego esa misma influencia entre las tropas de Kornílov y las indujeran a desobedecer y abandonar a sus comandantes. Y, por último, Kerensky les imploró a los marinos de Kronstadt, los villanos de julio, que acudieran a defenderlo.

Una escena de fantasía casi extravagante tuvo lugar en la celda de Trotsky. Los marinos de Kronstadt enviaron una delegación a preguntarle si debían responder al llamado de Kerensky y defender a éste contra Kornílov o si debían tratar de saldar cuentas tanto con Kornílov como con Kerensky. A los marinos más exaltados les atraía más la segunda disyuntiva. Trotsky razonó con ellos, recordándoles cómo en mayo los había defendido en el Soviet y había dicho que si un general contrarrevolucionario trataba de echarle una soga al cuello a la revolución, "los marinos de Kronstadt vendrían a luchar y a morir con nosotros". Ellos debían hacer buena ahora esa promesa y posponer el ajuste de cuentas con Kerensky, que de todos modos no podía tardar mucho. Los marinos aceptaron su consejo.

Mientras esto sucedía, el Ministerio Público continuó mecánicamente su tarea. El interrogatorio prosiguió y Trotsky tuvo que contestar preguntas sobre sus relaciones con el Estado Mayor alemán y los bolcheviques. Antónov-Ovseienko y Krilenko, a quienes no les habían formulado cargos al cabo de seis semanas de encarcelamiento, amenazaron con iniciar una huelga de hambre, pero Trotsky trató de disuadirlos. Al fin decidió no tomar parte en la farsa de los interrogatorios. Se negó a contestar las preguntas de los investigadores y expuso sus razones en una carta al Comité Central de los Soviets. Tres días más tarde, el 4 de septiembre, fue puesto en libertad bajo fianza.

De la prisión se trasladó directamente al Instituto Smolny para participar en una sesión del Comité de Lucha contra la Contrarrevolución, que había sido formado, con la aprobación de Kerensky, por el Soviet. Este organismo había de ser el prototipo del Comité Militar Revolucionario que encabezó la insurrección de octubre.

Kornílov no fue derrotado por la fuerza de las armas, sino por la agitación bolchevique. Sus tropas desertaron sin disparar un tiro. Con la derrota de Kornílov se desencadenó una nueva serie de acontecimientos que condujeron directamente a la insurección de octubre. Así como la revolución abortada del 3 y el 4 de julio inclinó la balanza a favor de la contrarrevolución, esta contrarrevolución abortada la inclinó mucho más vigorosamente en la dirección opuesta. El segundo gobierno de coalición se vino abajo. Los ministros "cadetes" renunciaron porque no favorecían la acción de Kerensky contra Kornílov. Los ministros socialistas se retiraron porque sospechaban que Kerensky había intrigado previamente con Kornílov contra el Soviet, estimulado las ambiciones de aquél. Durante un mes Kerensky, incapaz de reunificar los fragmentos de la coalición destrozada, gobernó a través de un llamado Directorio, un comité pequeño y muy poco representativo.

En el Soviet, Trotsky y Kámenev pidieron una investigación de los acontecimientos que habían desembocado en la korniloviada y del papel de Kerensky en los hechos preliminares. Con renovada insistencia presionaron a los socialistas moderados para que rompieran finalmente con los "cadetes" muchos de los cuales habían apoyado a Kornílov. Después de la korniloviada, el argumento en favor de un gobierno exclusivamente socialista parecía irrefutable. Cuando los mencheviques y los social-revolucionarios persistieron aún en sus intentos de revivir la coalición, sus seguidores los abandonaron en masa. Al cabo de unos cuantos días la mayoría moderada en el Soviet se desintegró. El 9 de septiembre Trotsky pronunció uno de sus fogosos discursos, exigiendo su propia rehabilitación y la de los jefes bolcheviques. Pidió el informe del gobierno, largamente pospuesto, sobre los sucesos de julio, y presentó una moción en favor de un voto de desconfianza en el Presidium menchevique del Soviet. Para la inmensa sorpresa de todo el mundo, la moción fue aprobada. Por primera vez los bolcheviques

obtenían la mayoría de los votos para una proposición suya en el soviet. La revolución había establecido un nuevo hito.[61]

Al perder terreno en el Soviet, los mencheviques y sus aliados intentaron agruparse fuera de éste. Convocaron para el 14 de septiembre la llamada Conferencia Democrática. Esta no era en ningún sentido una asamblea electiva. Su composición fue concebida para asegurar de antemano una mayoría antibolchevique. Una abigarrada variedad de delegaciones de diversas instituciones no políticas, como cooperativas y *zemstvos* prerrevolucionarios, habrían de pronunciarse acerca de todas las cuestiones políticas del momento. La paradoja de la situación era tal que, independientemente de lo que hubo de suceder más tarde, en esta fase eran los bolcheviques quienes parecían defender firmemente el principio del gobierno representativo y electivo, en tanto que los socialistas moderados trataban de negar ese principio. Los Soviets, elegidos en las fábricas y los cuarteles, nó representaban a la burguesía; pero sí representaban a las clases trabajadoras, al ejército y a sectores importantes del campesinado. Su autoridad y su atractivo popular se debían en parte a la ausencia de cualesquiera instituciones parlamentarias verdaderamente nacionales. Esto podría hacer pensar que los partidos antibolcheviques estaban vitalmente interesados en la creación de tales instituciones. Sin embargo, los gobiernos de coalición posponían una y otra vez las prometidas elecciones a la Asamblea Constituyente, y los bolcheviques clamaban por dichas elecciones. Ellos mismos no tenían aún una idea bien definida de las futuras relaciones entre una Asamblea Constituyente y los Soviets. No preveían que, al investir a los Soviets de todo el poder, harían imposible una Asamblea Constituyente, y que ellos mismos la convocarían sólo para disolverla. Los socialistas moderados, por su parte, acataban las repetidas posposiciones de las elecciones para satisfacer los deseos de los "cadetes", quienes temían que una votación nacional en aquellos momentos produjera una legislatura demasiado radical.[62] Mientras tanto, los socialistas moderados trataron de crear el sustituto de un Parlamento bajo la forma de la Conferencia Democrática y del llamado pre-Parlamento que nació de ella.

La Conferencia ofreció un espectáculo de desbarajuste en los grupos gobernantes. Los socialistas moderados expresaron amargas recriminaciones contra los "cadetes". Los propios partidarios de Kerensky manifestaron abiertamente la desconfianza que este les inspiraba, diciendo que el papel

[61] En la misma sesión, Trotsky propuso la elección de un nuevo Presidium a base de la representación proporcional. Esto movió a Lenin a comentar airadamente que si los mencheviques y los social-revolucionarios no habían adoptado la representación proporcional cuando estaban en mayoría, ¿por qué habrían los bolcheviques de concederles ese privilegio? Sin embargo, el gesto conciliador de Trotsky fue rechazado también por los mencheviques, quienes se negaron a sentarse junto a los bolcheviques en el Presidium.

[62] Miliukov, *op. cit.*, vol. I, libro 2, pp. 91-92.

de Kerensky en la korniloviada había sido ambiguo y que él había tratado de colocarse por encima de los partidos que lo habían instalado en el gobierno, a fin de instaurar su régimen personal. Kerensky intentó refutar esas acusaciones y persuadir a la Conferencia de la necesidad de revivir la coalición gubernamental. Pero su intervención fue tan grotescamente melodramática que desalentó a sus amigos y no alcanzó ninguno de sus objetivos. Fue en esta ocasión cuando Trotsky apareció por primera vez como el principal portavoz bolchevique. El cronista menchevique de la revolución describe con las siguientes palabras la impresión que produjo su discurso:[63]

> Aquél fue sin duda alguna uno de los discursos más brillantes de este asombroso orador, y no puedo reprimir el deseo de adornar las páginas de mi libro con una reproducción casi completa de su magnífica alocución. Si en el futuro mi libro encontrare un lector, como hoy los encuentra el poco imaginativo libro de Lamartine, que ese lector juzgue por esta página el arte oratorio y el pensamiento político de nuestros días. Llegará a la conclusión de que la humanidad no ha vivido en vano este último siglo y medio, y de que los héroes de nuestra revolución dejan muy atrás a los famosos dirigentes de 1789.
> El público reunido en el Teatro Alexandrinsky se sintió electrizado al escuchar el solo nombre de Trotsky... Trotsky se había preparado bien. De pie en el escenario, a unos cuantos pasos detrás de él, alcancé a ver sobre el atril que tenía por delante una hoja de papel llena de renglones apretados con frases subrayadas, notas al calce y flechas dibujadas con lápiz azul... Trotsky habló muy llanamente, sin ningún arte retórico (aunque él puede elevarse a las alturas de ese arte cuando le es necesario), sin ademanes y sin trucos. Esta vez conversó con el auditorio, adelantándose en ocasiones uno o dos pasos y apoyando entonces el codo sobre el atril. La claridad metálica de la enunciación y la tersura de la frase, tan características de Trotsky, estuvieron ausentes en esta oportunidad.

No es necesario resumir este discurso, que reprodujo los lineamientos principales de la política bolchevique. Bastará mencionar unos cuantos puntos que ejemplifican el estilo polémico de Trotsky. "Camaradas y ciudadanos", comenzó éste en tono muy tranquilo, "los ministros socialistas acaban de hablarles a ustedes. Se supone que los ministros comparecen ante organismos representativos para rendir cuentas de su labor. Nuestros ministros han preferido darnos consejos en lugar de rendirnos cuentas. Agradecemos los consejos, pero todavía exigimos la rendición de cuentas. No consejos, sino cuentas, ciudadanos ministros", repitió el orador en

[63] Sujánov, *op. cit.*, vol. V, pp. 125-126. Véase también Chernov, *op. cit.* pp. 306-307.

tono muy sosegado, dando ligeros golpecitos sobre el púlpito. Resumiendo el debate anterior, observó que ni un solo orador había defendido a Kerensky, de suerte que el Primer Ministro quedaba condenado por sus propios compañeros y seguidores. Esto golpeó al bando contrario en su punto más vulnerable, y un colérico tumulto se produjo entre el público. Una de las cuestiones más acaloradamente discutidas era un decreto que restablecía la pena de muerte. "¡Podréis maldecirme si alguna vez firmo una sentencia de muerte!", exclamó Kerensky, deseoso de apaciguar a sus propios partidarios resentidos. A esto replicó Trotsky: "Si la pena de muerte es necesaria, ¿cómo puede Kerensky comprometerse a no hacer uso de ella? Si piensa que puede comprometerse ante toda la opinión democrática y decir que no aplicará la pena de muerte, entonces yo les digo a ustedes que él está convirtiendo el restablecimiento de la pena de muerte en un acto de irresponsabilidad que trasciende los límites de lo criminal".

Los partidarios de la coalición habían dicho que no debía culparse a todo el partido "cadete" por la korniloviada, y que los bolcheviques que protestaron cuando su partido fue denunciado como responsable de los sucesos de julio deberían ser los últimos en culpar a los "cadetes" en masa. "En esa comparación", replicó Trotsky, "hay una pequeña inexactitud. Cuando los bolcheviques fueron acusados de... haber preparado o provocado el movimiento del 3 al 5 de julio, ustedes no los estaban invitando a formar parte del gobierno; donde se les estaba invitando era a la prisión de Krestí. Hay cierta diferencia aquí, camaradas... Nosotros decimos: si en relación con la korniloviada ustedes quieren arrastrar a los "cadetes" a la cárcel, entonces, por favor, no actúen indiscriminadamente. ¡Examinen el caso de cada "cadete" individualmente, examínenlo desde todos los ángulos posibles!" El auditorio hostil rompió en carcajadas, y aun los ministros y los dirigentes más pomposos que se encontraban en el estrado no pudieron reprimir la risa. Pero esta nota jocosa fue silenciada rápidamente por otra de grave seriedad. Trotsky abogó por que los Guardias Rojos fueran armados. "¿Para qué? ¿Para qué?", se oyó gritar desde las bancas mencheviques. "En primer lugar, para que podamos construir un auténtico baluarte contra la contrarrevolución", contestó Trotsky, "contra una nueva y más poderosa korniloviada. En segundo lugar, si la democracia revolucionaria establece un gobierno de genuina dictadura, si ese nuevo gobierno ofrece una paz honrosa y esa oferta es rechazada, entonces, y esto se lo digo a ustedes en nombre de nuestro partido..., los obreros armados de Petrogrado y de toda Rusia defenderán la patria de la revolución contra las tropas del imperialismo con un heroísmo nunca antes visto en la historia de Rusia". Concluyó denunciando el carácter no representativo de la Conferencia, y encabezó a la delegación bolchevique que abandonó el recinto.[64]

Aun después de este éxodo, la Conferencia no logró colmar las esperan-

[64] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, pp. 287-293.

zas de Kerensky. Terminó, como había empezado, en medio de la confusión. Una pequeña mayoría votó en favor de la coalición, pero enseguida una sólida mayoría se pronunció enfáticamente en contra de cualquier entendido con los "cadetes", que eran los únicos elementos disponibles para formar una coalición. Cuando Kerensky, pasando por alto la opinión de su propio seudo-Parlamento, estableció el 21 de septiembre un nuevo gobierno con los "cadetes", éste careció de base popular desde el primer momento. El tiempo de vida que Trotsky y Lenin hubieron de concederle fue un mes.

En los Soviets, los bolcheviques aumentaron su fuerza sin interrupción. A comienzos de septiembre tenían mayoría en Petrogrado, Moscú y otras ciudades industriales, y confiaban en surgir como el Partido dominante en el próximo Congreso nacional de los Soviets. El organismo llamado a convocar el Congreso era el Comité Central Ejecutivo de los Soviets, que había sido elegido en junio y aún estaba controlado por los socialistas moderados. Estos hicieron todo lo posible por posponer lo que para ellos era un salto en el vacío, y los bolcheviques, por supuesto, presionaron en favor de una convocatoria a corto plazo. Trotsky razonó con los dirigentes moderados y los amenazó: "No jueguen con este Congreso. Los Soviets locales, los de Petrogrado y Moscú en primer término, lo exigen; y si ustedes no lo convocan de manera constitucional, será convocado de manera revolucionaria".[65]

El 23 de septiembre el Soviet de Petrogrado eligió a Trotsky como Presidente. Cuando éste subió al estrado, "se desató una ovación tempestuosa... ¡todo cambiaba en el Soviet!" En contraste con la descorazonada asamblea de los días de julio, "éste era ahora una vez más un ejército revolucionario... Esta era ahora la guardia de Trotsky, dispuesta a una sola señal de su parte a tomar por asalto a la coalición, el Palacio de Invierno y todas las fortalezas de la burguesía... Lo único que quedaba por decidir era adónde la conduciría Trotsky".[66] En su alocución presidencial, éste recordó el año de 1905, y expresó la esperanza de que en esta ocasión conduciría al Soviet a un destino diferente. Hizo una promesa solemne y enfática, sobre la que los acontecimientos posteriores habrían de proyectar una sombra melancólica: "Todos nosotros somos hombres de partido, y más de una vez entraremos en conflicto. Pero dirigiremos el trabajo del Soviet de Petrogrado con un espíritu de legalidad y de plena libertad para todos los partidos. La mano del Presidium nunca se prestará a la supresión de una minoría".[67] En nombre del nuevo Soviet hizo el primer llamamiento a la segunda revolución, exigiendo la renuncia de Kerensky y el traspaso del poder gubernamental al Congreso de los Soviets. Rebatió a los menchevi-

[65] *Ibid.*, p. 320.
[66] Sujánov, *op. cit.*, vol. VI, pp. 188 sigs.
[67] *Loc. cit.*

ques y a los social-revolucionarios con la energía de siempre, pero sin rencor, sin asomo del anhelo de venganza que cabía esperar en el dirigente de un partido tan recientemente proscrito.[68]

Pese a las objeciones de Lenin, todos los partidos quedaron representados en el nuevo Presidium del Soviet en proporción a su fuerza.[69] ¿Fue este despliegue de escrupuloso respeto a las derechos de la minoría sólo una estratagema táctica, concebida para distraer la vigilancia de la minoría? No parece haber sido así. Sujánov relata que tres años más tarde, después que los bolcheviques ilegalizaron a todos los partidos de la oposición, él le recordó a Trotsky su promesa de no prestarse a la supresión de ninguna minoría. Trotsky guardó silencio, reflexionó unos momentos y después dijo con nostalgia: "Aquellos fueron buenos tiempos".[70] Lo fueron, en verdad. La revolución todavía tomaba en serio su propia promesa de que se ampliaría y convertiría en realidad las libertades que la democracia burguesa sólo ofrecía o concedía con mezquindad.

Trotsky ahora se refería a sí mismo en público, sin inhibiciones, como bolchevique. Aceptó la etiqueta que durante tanto tiempo había considerado como algo apenas poco mejor que un desdoro. Mientras se hallaba encarcelado había sido elegido miembro del Comité Central del Partido. Durante las siete semanas que transcurrieron entre su liberación y la insurrección de octubre, su nombre no sólo se identificó con el bolchevismo, sino que para el mundo exterior vino a simbolizar las aspiraciones del bolchevismo en forma más vigorosa aún que el de Lenin, quien se había alejado de la atención pública.[71] Esas semanas estuvieron tan cargadas de historia que expulsaron de las mentes de los hombres los sucesos de meses y años anteriores. La contienda de Trotsky con Lenin durante casi quince años parecía insignificante en comparación con las cosas que él hacía ahora en quince minutos para bien del partido bolchevique. Con todo, en los círculos íntimos del Partido había hombres cuyos recuerdos de las disputas pasadas nada podía borrar. Ellos vieron su rápido ascenso en el Partido con resentimiento bien disimulado. Tenían que reconocer el orgulloso coraje con que él había defendido a su Partido en la reciente adversidad, cuando aún no militaba en sus filas. Y no podían negar que en ausencia de Lenin ninguno de ellos podía hablar en nombre del Partido con la firmeza, claridad y autoridad de Trotsky, y que ni siquiera Lenin podía actuar como su portavoz con brillantez comparable.

El ascendiente de Trotsky en el Partido era, por lo tanto, indiscutido. Pe-

[68] *Ibid.*, p. 194.

[69] Incluso a un grupo como el de Gorki, demasiado pequeño para reclamar representación, se le concedieron varias curules en el Presidium.

[70] Sujánov, *op. cit.*, vol. VI, p. 190.

[71] Jacques Sadoul, que más tarde sería un stalinista ardiente, escribió entonces: "Trotsky domina la insurrección, siendo su alma de acero, mientras Lenin queda más bien como su teórico". *Notes sur la Révolution*, p. 76.

ro basta echar una ojeada a las actas del Comité Central para advertir los sentimientos que alentaban bajo la superficie. Anteriormente, aquel mismo año, Lenin había tratado en vano de convencer a sus colegas de la conveniencia de darle a Trotsky un puesto prominente en la dirección de la prensa bolchevique. En fecha tan avanzada como el 4 de agosto el Comité Central eligió una junta de redacción suprema para los periódicos bolcheviques. La junta estaba compuesta por Stalin, Sokólnikov y Miliutin. Una proposición de que Trotsky, una vez excarcelado, ingresara en la junta, fue rechazada por once votos contra diez.[72] El 6 de septiembre, sin embargo, dos días después de su liberación, cuando se presentó por primera vez en el Comité Central, fue nombrado sin objeción como uno de los redactores principales del Partido.[73] El Comité Central estaba formado entonces por veintiún miembros regulares y ocho suplentes. Algunos de ellos habían sido figuras bien conocidas en las colonias de emigrados, y algunos otros procedían de la Organización Interdistrital. Otros, como Miliutin, Noguín, Ríkov, Svérdlov, Stalin y Shaumián, eran hombres de comité del interior del país, que no habían conocido casi ninguna vida fuera de su austero partido clandestino, que se consideraban a sí mismos como los verdaderos topos de la revolución y veían con instintiva desconfianza a los antiguos emigrados, especialmente al más orgulloso, vivaz y elocuente de todos. Pero este antagonismo se mantenía sumido casi en la profundidad del subconsciente.

En el Comité Central, Trotsky se comportó en un principio con la discreción y el tacto de un recién llegado. El día de su primera aparición allí salieron a la luz diferencias entre los viejos bolcheviques que se relacionaban directamente con la actitud fundamental del Partido. Estas fueron las primeras manifestaciones de la gran controversia acerca de la insurrección: desde su refugio, Lenin acababa de plantear el problema ante el Comité Central. Zinóviev, que se hallaba oculto junto con Lenin, ya le había pedido autorización al Comité para actuar públicamente y desligarse de Lenin. El Comité había negado el permiso, pero se sentía preocupado por el prolongado ocultamiento de sus dos dirigentes y autorizó a Kámenev a negociar con los socialistas moderados un arreglo que les permitiera a ambos volver a la actividad pública. Durante este preludio de la controversia sobre la insurrección y durante algún tiempo más, Trotsky dijo poco o nada, aun cuando tenía sus opiniones bien formadas.

Lenin espoleaba ya a su partido a la insurrección. En sus cartas al Comité Central se refería al cambio de actitud de los Soviets, a la creciente oleada de revueltas campesinas y a la impaciencia del ejército, para insistir en que el Partido debía pasar inmediatamente de las declaraciones y promesas revolucionarias a la acción armada. Estaba seguro de que si el

[72] *Protokoly Tsentrálnogo Komiteta*, p. 5.
[73] *Ibid.*, p. 56.

Partido aprovechaba la oportunidad, ganaría el apoyo de una inmensa mayoría del pueblo. Pero la historia sólo ofrecía una oportunidad fugaz: si los bolcheviques la desperdiciaban, otro Kornílov no tardaría en pronunciarse y en aplastar a los Soviets y a la revolución. En vista de ese peligro, escribía Lenin, ningún escrúpulo constitucional ni siquiera los escrúpulos del constitucionalismo soviético, merecían atención. El Partido debía llevar a cabo la insurrección en su propio nombre y bajo su propia responsabilidad. Esta no tendría que iniciarse necesariamente en Petrogrado: podía empezar en Moscú o aun en Finlandia, y desde allí los movimientos insurgentes confluirían más tarde sobre la capital.[74] El 15 de septiembre el Comité Central discutió esas proposiciones por primera vez. Kámenev hizo constar categóricamente su oposición y pidió al Comité que previniera a todas las organizaciones contra cualquier acción de tipo insurreccional. El Comité no aceptó ni el consejo de Kámenev ni las proposiciones de Lenin.[75]

Mientras tanto Trotsky abordaba el problema desde su nueva posición privilegiada de Presidente del Soviet de Petrogrado. Convenía con Lenin en cuanto a las posibilidades y la urgencia de la insurrección, pero difería de él en cuanto al método, especialmente en lo referente a la idea de que el Partido llevara a cabo la insurrección en su propio nombre y bajo su propia responsabilidad. El tomaba menos en serio que Lenin la amenaza de una contrarrevolución inmediata.[76] A diferencia de Lenin, confiaba en que la presión de la mayoría bolchevique en los Soviets no le permitiría al viejo Comité Central Ejecutivo posponer durante mucho tiempo el Congreso nacional de los Soviets. Y razonaba que, puesto que los bolcheviques habían llevado a cabo toda su agitación bajo la consigna de "Todo el poder a los Soviets", deberían llevar a cabo el levantamiento en tal forma que todos lo vieran como la conclusión directa de esa agitación. La fecha del levantamiento debería fijarse para un poco antes o para el mismo momento de la reunión del Congreso, en cuyas manos los insurgentes pondrían entonces el poder conquistado. Deseaba, además, que la insurrección fuera realizada en nombre del Soviet de Petrogrado y a través de su aparato, todos cuyos resortes estaban ahora en manos de los bolcheviques y bajo la dirección personal del propio Trotsky. El levantamiento aparecería entonces ante el mundo no como la obra de un solo partido, sino como una empresa mucho más amplia.[77]

Sería erróneo ver en esta diferencia cualquier conflicto de principios y deducir de ella que, mientras Trotsky deseaba conquistar el poder para los Soviets, Lenin se proponía poner el poder en manos de su partido exclusi-

[74] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, pp. 1-9.
[75] *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 65.
[76] Esta diferencia se remonta a los días de julio. Raskólnikov, *op. cit.*, p. 171; Trotsky, *History*, vol. II, pp. 315-319.
[77] Trotsky, *History*, vol. III, caps. V y VI.

vamente. Ambos eran, en cierto sentido, constitucionalistas soviéticos. Lenin también favorecía la idea de que los insurgentes convocaran un Congreso de los Soviets de Toda Rusia y pusieran el poder en sus manos. Se negaba a esperar a que el Congreso fuera convocado porque estaba convencido de que el Ejecutivo menchevique pospondría el Congreso hasta las calendas griegas, de suerte que la insurrección nunca tuviera lugar y quedara frustrada por una contrarrevolución previa. Pero él también veía al Congreso de los Soviets como la fuente constitucional del poder. Trotsky, por su parte, daba por sentado que los bolcheviques, que constituían una mayoría en el Soviet, serían en realidad el partido gobernante. Ni el uno ni el otro veía en esta fase ningún conflicto entre la constitucionalidad soviética y una dictadura bolchevique, del mismo modo que, *mutatis mutandis*, ningún demócrata británico ve conflicto alguno entre el régimen parlamentario y el sistema ministerial basado en el partido de la mayoría.

La diferencia entre Lenin y Trotsky se centraba en un problema mucho más reducido, a saber, si el levantamiento mismo debía concebirse en términos de la constitucionalidad soviética. El riesgo táctico inherente en la actitud de Trotsky era que ésta le imponía ciertas dilaciones a todo el plan de acción. La desventaja política del enfoque de Lenin consistía en que tendía a reducir la amplitud popular de la insurrección. Lenin concentraba su atención exclusivamente en la meta que se proponía alcanzar. Trotsky le prestaba más atención a su contexto político, a los estados de ánimo de las masas y a la necesidad de ganarse a los elementos vacilantes, que podrían responder al llamado del Soviet pero no al del Partido. El hombre que vivía oculto tenía ante sus ojos las realidades desnudas y alterables del poder. El otro pesaba, además, los imponderables morales y políticos, y lo hacía con la seguridad que infunde el hallarse en el centro de los acontecimientos y dominarlos.

Esta diferencia era incidental respecto a la controversia principal entre los partidarios y los adversarios de la insurrección. Zinóviev y Kámenev sostenían que Lenin y Trotsky estaban lanzando al Partido y a la revolución a una aventura suicida. Esta fue una de las discusiones más grandes y conmovedoras que jamás hayan desgarrado a un partido, y cuyos pros y contras fundamentales habrían de reaparecer, en diferentes combinaciones, en innumerables controversias futuras; una discusión acerca de la cual, independientemente de su conclusión inmediata, la historia tal vez no ha dicho aún su última palabra. Después de los hechos, es fácil y natural decir que los partidarios de la insurrección estaban en lo cierto y que sus adversarios estaban equivocados. En rigor de verdad, cada bando presentó su caso en tal forma que los aciertos y los errores se hallaban extrañamente mezclados y la valoración realista de las perspectivas se veía contrarrestada por errores portentosos. Lenin y Trotsky compulsaban la situación nacional de Rusia y el equilibrio de fuerzas dentro del país con clara y penetrante visión. Percibían la ilusión que había en la apariencia

de fuerza que le confería al régimen de Kerensky el simple hecho de su existencia; y fundaban su optimismo en cuanto al resultado de la insurrección en un análisis casi matemáticamente exacto de las fuerzas que se enfrentaban. Contra este optimismo, Zinóviev y Kámenev hicieron constar esta advertencia: "Ante la historia, ante el proletariado internacional, ante la revolución rusa y la clase obrera rusa, no tenemos derecho a arriesgar todo el futuro jugando la carta de un levantamiento armado... Hay situaciones históricas en que una clase oprimida debe reconocer que es mejor avanzar hacia la derrota que rendirse sin presentar batalla. ¿Se halla la clase obrera rusa actualmente en tal situación? ¡¡¡No y mil veces no!!!"[78]

Zinóviev y Kámenev no veían por delante más que el desastre, y durante el resto de sus trágicas vidas se sintieron arder de vergüenza cada vez que les recordaron esas palabras. Pero los partidarios del levantamiento, en primer término Lenin y Trotsky, no basaban sus argumentos ni exclusiva ni principalmente en su opinión sobre el equilibrio de fuerzas dentro de Rusia. Con más énfasis aún señalaban la inminencia de la revolución europea, de la que la insurrección rusa sería el preludio, como venía sosteniendo Trotsky desde 1905-6. En la moción que Lenin presentó ante el Comité Central el 10 de octubre, concedió el primer lugar entre los motivos de la insurrección a "la posición internacional de la revolución rusa (la rebelión en la Marina alemana, que es una manifestación extrema del incremento en toda Europa de la revolución socialista mundial)".[79] En casi todas sus declaraciones subsiguientes, públicas y privadas, repitió eso. "La maduración e inevitabilidad de la revolución socialista mundial no puede ponerse en duda".[80] "Nos hallamos en el umbral de la revolución proletaria mundial".[81] "Seríamos verdaderos traidores a la Internacional", escribió en una carta a los miembros del Partido, "si, en tal momento, bajo tales condiciones propicias, contestáramos al llamado de los revolucionarios alemanes [es decir, a la rebelión en la Marina alemana] sólo con resoluciones verbales".[82] "La situación internacional", sostuvo en otra ocasión, "nos ofrece una serie de hechos objetivos que demuestran que si actuamos ahora tendremos de nuestro lado a toda la Europa proletaria".[83] Esta creencia regía no sólo toda la apreciación de la situación de Trotsky, sino también la de Lenin, y éste insistía en que un gobierno soviético debería estar preparado para librar una guerra revolucionaria con el fin de ayudar al proletariado alemán en su levantamiento.

Zinóviev y Kámenev, por su parte, decían: "Si llegáramos a la conclu-

[78] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 102-108. La versión inglesa de esta declaración aparece en Lenin, *Collected Works*, vol. XXI, libro 2, pp. 328-332.
[79] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, p. 162.
[80] *Ibid.*, p. 21.
[81] *Ibid.*, p. 55.
[82] *Ibid.*, pp. 154-155.
[83] *Ibid.*, p. 164.

sión... de que es necesario librar una guerra revolucionaria, las masas de soldados huirían de nosotros". Esta fue una prefiguración exacta de los acontecimientos que condujeron a la paz de Brest-Litovsk. "Y así llegamos", continuaban, "a la segunda afirmación: que la mayoría del proletariado internacional está ya, según se dice, con nosotros. Desgraciadamente, eso no es cierto. La rebelión en la Marina alemana tiene una inmensa significación sintomática... Pero hay un gran trecho de eso a cualquier tipo de apoyo activo a la revolución proletaria en Rusia, que es un desafío a todo el mundo burgués. Es sumamente perjudicial sobrestimar [nuestras] fuerzas".

Así, quienes eran realistas consumados cuando resumían la situación rusa, se volvían ilusos cuando contemplaban el más amplio panorama internacional; y quienes sólo veían a Rusia a través de una bruma de tímido escepticismo venían a ser entonces los realistas. Sin duda, los partidarios de la insurrección encarnaban la energía y el valor indomable de la revolución, en tanto que sus adversarios expresaban la apocada desconfianza de la revolución en sus propias fuerzas. Con todo, cabe preguntarnos si Lenin y Trotsky habrían obrado como obraron, o si habrían obrado con la misma determinación, de haber tenido una visión más sobria de la revolución internacional y de haber previsto que durante décadas enteras su ejemplo no sería seguido en ningún otro país. Una pregunta especulativa como ésta no tiene respuesta. El hecho era que toda la dinámica de la historia rusa los impulsaba a ellos, a su partido y a su país, hacia esta revolución, y que ellos necesitaban una esperanza en escala mundial de consumar tal hazaña transformadora del mundo. La historia produjo la gran ilusión y la sembró y cultivó en los cerebros de los dirigentes más sobriamente realistas cuando necesitó la fuerza motivadora de la ilusión para propiciar su propia obra. De la misma manera había inspirado una vez, en los dirigentes de la Revolución Francesa, la certeza de la inminencia de una república universal de los pueblos.

Mientras la controversia no se resolvió en el Comité Central, el Partido quedó naturalmente privado de iniciativa. A fines de septiembre, Kerensky inauguró el pre-Parlamento, el nuevo sustituto de una asamblea electiva. Los bolcheviques tuvieron que decidir si participaban o no. El problema estaba relacionado con el de la insurrección. Los adversarios del levantamiento y los vacilantes se manifestaron en favor de la participación: deseaban que el partido bolchevique actuara en el pre-Parlamento como una oposición ordinaria, pese al hecho de que aquel organismo no podía pretender ser una representación nacional. Los partidarios de la insurrección sostenían que ya había pasado el momento de que su partido actuara como oposición; de lo contrario no habrían contemplado el derrocamiento inmediato del gobierno existente. Alegaban que mientras los bolcheviques fueron una minoría en los Soviets, sólo pudieron exhortar a la mayoría

moderada a traspasar todo el poder a los Soviets, puesto que ellos mismos no podían efectuar el traspaso; pero, habiéndose convertido en mayoría, tenían que efectuarlo para no aparecer como simples habladores. Con su presencia en el pre-Parlamento, no harían más que darle a éste la apariencia de un verdadero Parlamento y desviar su propia energía de la acción directa.

En este debate Trotsky y Stalin, que por primera vez aparecían juntos, hablaron al unísono en favor de un boicot al pre-Parlamento. Kámenev y Ríkov abogaron por la participación. Los delegados bolcheviques, que habían llegado de todas partes del país para asistir a la inauguración del pre-Parlamento, votaron por mayoría en favor de la participación. Lenin presionó para lograr una reconsideración de esa actitud. En una carta al Comité Central, escribió: "Trotsky ha hablado en favor del boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky! El boicot ha sido derrotado dentro del grupo de delegados bolcheviques... Nosotros seguimos favoreciendo el boicot".[84] El incidente vino a demostrar que el Partido no se hallaba todavía mentalmente en condiciones de encabezar una insurrección.

Fue con evidente sensación de alivio que Lenin pergeñó las palabras: "Trotsky ha hablado en favor del boicot. ¡Bravo, camarada Trotsky!" Lenin observaba la actitud de Trotsky en lo tocante a la insurrección con preocupación y aun con suspicacia. Se preguntaba si, al insistir en que el levantamiento estuviera vinculado con el Congreso de los Soviets, Trotsky no estaría dándose tiempo y posponiendo la acción hasta que fuera demasiado tarde. Si ése hubiese sido el caso, entonces Trotsky habría sido, desde el punto de vista de Lenin, un adversario más peligroso aún que Kámenev y Zinóviev, cuya actitud tenía cuando menos el mérito negativo de ser inequívoca y de contradecir claramente toda la tendencia de la política bolchevique. La actitud de Trotsky, por el contrario, parecía derivarse de la política del Partido y en consecuencia era más convincente para los bolcheviques. De hecho, el Comité Central se inclinaba a adoptarla. En sus cartas, Lenin impugnaba algunas veces la concepción de Trotsky en términos casi tan vigorosos como los que usaba para rebatir la de Zinóviev y Kámenev, pero sin mencionar a Trotsky por su nombre. Posponer el levantamiento hasta que se reuniera el Congreso de los Soviets, escribió, era tan desleal como esperar a que Kerensky convocara la Asamblea Constituyente, como proponían Zinóviev y Kámenev.

Mucho tiempo después Trotsky disculpó la conducta de Lenin: "De no haber sido", escribió, "por esa ansiedad leninista, por esa presión, esa crítica y esa tensa y apasionada desconfianza revolucionaria, el Partido tal vez no habría podido consolidar su frente en el momento decisivo, porque la resistencia de arriba era muy fuerte..."[85] Podría añadirse que era na-

[84] *Ibid.*, p. 37.
[85] Véase *Uroki Oktiabriá*, en *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. xlviii-xlix.

tural que "la tensa y apasionada desconfianza revolucionaria" de Lenin incluyera al propio Trotsky, el amante de las palabras y los gestos, la "campana hueca" y el "Balalaikin" de tiempos pasados, el antiguo secuaz de los mencheviques, que tan recientemente se había hecho bolchevique y que ahora, en virtud de la fortuita circunstancia de la ausencia de Lenin, se hallaba a la cabeza del Partido. Cierto era que se había comportado con impresionante valor y dignidad en los días de julio; pero Lenin nunca había dudado del valor personal y de la dignidad de Trotsky, ni siquiera en los días de sus disputas más enconadas. Mártov también había defendido valientemente a Lenin en julio. Pero una cosa era defender a un camarada, incluso a un adversario, calumniado por los contrarrevolucionarios, y otra muy distinta era dirigir una revolución. ¿Estaría Trotsky a la altura de esa tarea? ¿Sabría cuándo pasar de los discursos tonantes a los hechos? Hasta el momento del levantamiento, y aun mientras éste tenía lugar, la duda acosó la mente de Lenin.

Mientras tanto, Trotsky trabajaba en los preparativos de la insurrección. Lo hacía con tanta sutileza psicológica y perspicacia táctica que, aun cuando actuaba en todo momento a plena luz, ni los amigos ni los enemigos podían saber a ciencia cierta qué se proponía. No trató de imponer desde afuera un esquema insurreccional al desarrollo de los acontecimientos. Puso en práctica la insurrección a partir de las situaciones a medida que éstas se presentaban. Así podía justificar cada paso que daba en razón de alguna necesidad urgente, y en cierto sentido real, del momento, que ostensiblemente no tenía nada que ver con la insurrección. Todo lo que hacía tenía aspecto de inocencia, y aunque sus actos estaban relacionados entre sí como parte de un mismo designio, la relación también estaba perfectamente disfrazada. Ni uno solo de los bien adiestrados observadores políticos y militares que seguían los acontecimientos por cuenta del gobierno, el Estado Mayor, las embajadas aliadas y las misiones militares, logró ver lo que había detrás de las apariencias. Y hasta Lenin se confundió en parte.

A comienzos de octubre la crisis había alcanzado un nuevo clímax. El caos económico iba en ascenso. El aprovisionamiento de las ciudades se paralizó. En numerosas regiones del país los campesinos se apoderaban de las propiedades de los terratenientes e incendiaban las mansiones. El ejército sufría nuevas derrotas. La flota alemana se mantenía activa en el Golfo de Finlandia. Por un momento el propio Petrogrado pareció estar expuesto al ataque alemán. Los órganos del gobierno y los círculos militares y comerciales empezaron a pensar en la evacuación de la ciudad y en el traslado del gobierno a Moscú. Tuvo lugar un trastrocamiento de actitudes, al que pueden encontrársele analogías en los anales de la guerra y la revolución. Algunos de quienes anhelaban una contrarrevolución, pero eran demasiado débiles para ponerla en marcha, dieron en contemplar con placer, pese a su habitual profesión de patriotismo, la posibilidad de

que un ejército invasor les hiciera el trabajo. Rodzianko, el ex-Presidente de la Duma, fue lo suficientemente imprudente como para declarar en público que se regocijaría si el ejército alemán restableciera la ley y el orden en Petrogrado. El desaliento cundió en la clase obrera y en el Soviet "derrotista". El 6 de octubre, en presencia de los delegados de todos los regimientos acantonados en la capital, Trotsky se dirigió a la sección de soldados del Soviet y presentó la siguiente resolución: "Si el Gobierno Provisional es incapaz de defender a Petrogrado, debe optar entonces por firmar la paz o por darle paso a otro gobierno. El traslado del gobierno a Moscú sería una deserción de un puesto de combate responsable".[86] La resolución fue aprobada sin un solo voto en contra. La guarnición hizo constar su interés en organizar la defensa de la ciudad, de ser necesario sin el gobierno e incluso en contra de éste.

Al día siguiente Trotsky dio la voz de alarma desde la tribuna del pre-Parlamento: "La idea de entregar la capital revolucionaria a las tropas alemanas", dijo, "es un eslabón natural en una política general concebida para fomentar... la conspiración contrarrevolucionaria".[87] Un alud de insultos se desató sobre el orador, pero ésta fue la última vez que él habló en el pre-Parlamento: por insistencia de Lenin, el Partido había decidido por fin boicotear a la asamblea. Sobreponiéndose al tumulto, Trotsky anunció el éxodo bolchevique: "Con este gobierno de traición al pueblo y con este Consejo de connivencia contrarrevolucionaria, nosotros no tenemos nada en común... Al retirarnos del Consejo, llamamos a los obreros, soldados y campesinos de toda Rusia a que se mantengan en actitud de alerta y sean valientes. ¡Petrogrado está en peligro! ¡La revolución está en peligro! ¡El pueblo está en peligro!" Desde ese momento, casi todos los días, los insurgentes dieron nuevos y largos pasos hacia su meta.

Ambos bandos, Kerensky y su Estado Mayor por una parte, y Trotsky y el Soviet por la otra, se enfrascaron en una serie de maniobras dirigidas a preparar el escenario para la guerra civil; pero ambos alegaban actuar movidos por el interés más amplio de la defensa nacional. Kerensky preparó una redistribución de las tropas, ostensiblemente con la finalidad de reforzar el frente. De lo que se trataba en realidad era de sacar de Petrogrado a los regimientos más revolucionarios, como un preludio al enfrentamiento decisivo con el Soviet. Trotsky tenía que frustar el plan de Kerensky e impedir la partida de los regimientos probolcheviques. Lo hizo esgrimiendo el argumento de que la reducción de la guarnición expondría a la capital al ataque alemán, lo cual no dejaba de ser cierto. El gobierno, entretanto, había negado que tuviera intenciones de evacuar a Petrogrado. Pero la población ya desconfiaba de sus intenciones, y cuando se supo que Kerensky estaba decidido a redistribuir las tropas, las sospechas se vieron

[86] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 1, p. 321.
[87] *Ibid.*, pp. 321-323.

confirmadas y fortalecidas. El 9 de octubre el Soviet se encontró en un estado de agitación extraordinaria. Trotsky exhortó a la sesión plenaria y a sus secciones a que intervinieran en el asunto de la redistribución de las tropas. Puesto que el Soviet había asumido ya la responsabilidad de defender a Petrogrado, no podía contemplar con los brazos cruzados el desmantelamiento de la guarnición. Trotsky todavía no pidió explícitamente que el Soviet vetara el plan de Kerensky: la primera medida que propuso fue que el Soviet investigara cuál era el significado del plan y que se "mantuviera informado" sobre el estado de la guarnición. Implícitamente, sin embargo, planteaba la cuestión de quién habría de tener el mando de la guarnición.[88]

El mismo día, el Comité Militar Revolucionario fue creado en una sesión del Ejecutivo del Soviet. Este comité, que posteriormente habría de ser el órgano supremo de la insurrección, sólo pareció asumir entonces, en nombre del Soviet, la responsabilidad de defender a la ciudad. La proposición de crearlo la presentó un tal Lizimir, muchacho de dieciocho años, social-revolucionario de izquierda que no tenía presentimiento alguno de las consecuencias de su acto. Los miembros mencheviques del Ejecutivo se opusieron a la idea, pero, cuando se les indicó que este Comité sería una réplica de un organismo que ellos mismos habían formado en ocasión de la korniloviada, no pudieron objetar con eficacia. En el período menchevique, el Soviet, efectivamente, había vetado en repetidas ocasiones medidas que el gobierno pensaba tomar —la práctica era inherente a la "dualidad de poder" del régimen de febrero—, y estos precedentes, cuando se citaban ahora, desarmaban a la oposición. Trotsky encabezó, *ex officio*, el Comité Militar Revolucionario. La tarea del Comité consistía en determinar el tamaño de la guarnición que se necesitaba para la defensa de la capital; mantenerse en contacto con los mandos del frente del norte, de la flota del Báltico, de la guarnición finlandesa, etc.; determinar los recursos humanos y las municiones de que se disponía; elaborar un plan de defensa, y mantener la disciplina en la población civil. Entre los miembros del Comité figuraban, además de su juvenil e inocente iniciador, Podvoisky, Antónov-Ovseienko y Lashévich, los futuros comandantes tácticos de la insurrección. El Comité se dividió en siete secciones, que habrían de encargarse de la defensa, los suministros, los enlaces, la información, las milicias obreras, etc. Nuevamente de conformidad con los precedentes, el Comité nombró comisarios para que lo representaran en todos los destacamentos de la guarnición.[89]

Mientras Trotsky, en parte por designio propio y en parte por la presión de grandes acontecimientos y accidentes triviales, forjaba el aparato

[88] *Ibid.*, pp. 324 sigs.

[89] Véanse las memorias de los participantes publicadas en el tercer aniversario de la insurrección en *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 10, 1922.

de la insurrección, el Comité Central del Partido no tomaba aún ninguna decisión. El 3 de octubre escuchó el informe de un emisario de Moscú, Lómov-Appokov, quien habló en favor de la insurrección y exigió que se pusiera fin a la vacilación. "Se resolvió", dice el acta del Comité Central, "no discutir este informe", sino pedirle a Lenin que regresara a Petrogrado y expusiera sus argumentos ante el Comité Central.[90] El 7 de octubre se nombró un Buró encargado de "recoger información sobre la lucha contra la contrarrevolución". Sus miembros eran Trotsky, Svérdlov y Bubnov.[91] No fue sino hasta el 10 de octubre, el día después de la formación del Comité Militar Revolucionario, cuando tuvo lugar la histórica sesión en que Lenin estuvo presente y en la que, después de un serio debate, los dirigentes del Partido decidieron, por diez votos contra dos, llevar a cabo el levantamiento. También en esta sesión se eligió el primer Buró Político —compuesto por Lenin, Zinóviev, Kámenev, Trotsky, Stalin, Sokólnikov y Bubnov— encargado de ofrecer orientación constante al Partido en lo tocante a la insurrección.[92] Pero al día siguiente, Zinóviev y Kámenev apelaron la decisión del Comité Central ante los organismos inferiores del Partido, y éste volvió a caer en la incertidumbre. En todo caso, el Politburó recién elegido era incapaz de ofrecer orientación. Lenin regresó a su refugio en Finlandia. Zinóviev y Kámenev se oponían al levantamiento. Stalin estaba casi completamente absorbido por el trabajo periodístico. Las opiniones de Sokólnikov eran un poco más cautelosas que las de Trotsky. Lenin, sin embargo, desconfiando todavía del plan de Trotsky, exhortó al Partido a asumir él solo la iniciativa de la acción armada. Todos los miembros del Politburó que no se oponían en principio a tal acción preferían que el levantamiento fuera dirigido a través del Soviet.

Durante la semana siguiente, Trotsky, ayudado por los agitadores más eficaces, Lunacharsky, Kolontai y Volodarsky, se dedicó a consolidar las fuerzas de la revolución. El 10 de octubre habló ante una conferencia municipal de comités de fábricas. El 11 y el 12 exhortó a una conferencia de Soviets del norte de Rusia a estar preparados para grandes acontecimientos. "Nuestro gobierno", declaró, "podrá huir de Petrogrado. Pero el pueblo revolucionario no abandonará la ciudad; la defenderá hasta el fin".[93] Al mismo tiempo hacía todo lo posible por obligar al Comité Central Ejecutivo menchevique a que convocara el segundo Congreso de los Soviets. El 13 de octubre, pasando por encima de ese Ejecutivo y en nombre de los Soviets del norte de Rusia, envió un mensaje por radio "A Todos, A Todos, A Todos", llamando a todos los Soviets y al ejército a enviar delegados al Congreso. "En el famoso Circo Moderno", escribe Sujánov, "donde Trotsky, Lunacharsky y Volodarsky ocupaban la tribuna, había colas y muche-

[90] *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 87.
[91] *Ibid.*, p. 94.
[92] *Ibid.*, pp. 98-101.
[93] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 5.

dumbres interminables, que el enorme anfiteatro no podía albergar... Trotsky, escapando a sus labores en el cuartel general revolucionario, corría del Obujovsky al Trubochnyi, del Putilovski al Baltiisky [los establecimientos industriales más importantes], del Manege a los cuarteles; y parecía que hablaba en todas partes al mismo tiempo. Cada obrero y cada soldado de Petrogrado lo conocía y lo escuchaba. Su influencia en las masas y en los dirigentes era abrumadora. El fue la figura central de aquellos días y el héroe principal de este extraordinario capítulo de la historia".[94]

El 16 de octubre los regimientos de la guarnición declararon que desobedecerían las órdenes de Kerensky y permanecerían en Petrogrado. Este fue, como diría Trotsky más tarde, el levantamiento silencioso que decidió de antemano el resultado de la contienda.[95] Hasta entonces Trotsky se había sentido un tanto preocupado por el riesgo en que había incurrido al vincular la insurrección con el Congreso de los Soviets. Ahora se sintió seguro: Kerensky no podría en un término breve, alterar el equilibrio de fuerzas en su favor. El mismo día, Trotsky firmó una orden a los arsenales para que entregaran 5,000 fusiles a los Guardias Rojos. Esta era una manera de probar si la autoridad del Comité Militar Revolucionario era la que regía a la guarnición. La orden fue cumplida.

Durante este "levantamiento silencioso", el Comité Central se reunió una vez más en presencia de importantes dirigentes bolcheviques locales.[96] Lenin, que había llegado muy bien disfrazado, propuso que la conferencia ratificara la decisión sobre la insurrección y que el Comité Central emitiera inmediatamente un llamado a la acción. El representante del Comité de Petrogrado habló sobre la apatía de las masas, pero declaró que el llamado a la insurrección, si provenía del Soviet y no del Partido, movilizaría a las masas y tendría una acogida favorable. Krilenko, jefe de la sección militar del Partido, de la cual dependía enteramente la ejecución del plan de Lenin, declaró que sólo una minoría de la sección estaba en favor de la insurrección, pero que aun esa minoría deseaba que la iniciativa la tomara el Soviet y no el Partido. Volodarsky se expresó en idéntico sentido. Zinóviev y Kámenev reafirmaron enfáticamente sus objeciones a la acción armada en cualquier forma. Stalin les reprochó su falta de fe en la revolución europea y comentó que mientras los dirigentes del Partido se enfrascaban en discusiones confusas, el Soviet estaba ya "en el camino de la insurrección". Miliutin, en nombre de Moscú, habló con ambigüedad. Sokólnikov sostuvo que el levantamiento debía iniciarse sólo después de la apertura del Congreso de los Soviets. De todas partes se dejaron escuchar voces que hablaban de la apatía y la fatiga de las masas. Lenin recapituló sus argumentos, pero les hizo una concesión a los partidarios del plan de Trotsky

[94] Sujánov, *op. cit.*, vol. VII, pp. 44, 76.
[95] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 1.
[96] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 110-125.

al proponer que "el Comité Central y el Soviet señalen oportunamente el momento adecuado y los métodos prácticos de ataque".[97] Tentativamente se fijó el 20 de octubre como el día de la acción.

El Comité Central había fijado esta fecha porque era la víspera de la esperada inauguración del Congreso. Sólo quedaban tres o cuatro días para los preparativos. Sin embargo, no bien había ratificado el Comité Central su decisión acerca de la insurrección, Zinóviev y Kámenev hicieron un vigoroso intento de frustrarla. Denunciaron el plan, esta vez no en el seno de la dirección bolchevique, sino en las páginas del periódico de Gorki. Así, por intermedio de los mismos hombres que debían actuar como miembros del Estado Mayor de la insurrección, el mundo exterior recibió una advertencia de lo que estaba a punto de ocurrir. Lenin, arrebatado por la indignación, exigió la inmediata expulsión del Partido de los dos "esquiroles de la revolución". Su exigencia cayó en oídos sordos. En el periódico bolchevique, Stalin trató de reconciliar a los adversarios, aunque se trataba de un asunto en el que la reconciliación era imposible: una insurrección se hace o no se hace.[98]

Trotsky utilizó incluso la confusión entre los dirigentes bolcheviques para llevar adelante su plan. El 17 de octubre recibió con bien disimulado alivio la noticia de que el Ejecutivo menchevique había pospuesto una vez más el Congreso de los Soviets por unos días. Esto le daba un poco más de tiempo para los últimos preparativos. Pero el otro bando también podía aprovecharse de la posposición; y las revelaciones de Zinóviev y Kámenev amenazaban con intensificar su vigilancia. El 18 de octubre se le hicieron a Trotsky dos preguntas embarazosas en el Soviet: una acerca de los rumores que corrían acerca de la insurrección, y la otra acerca de su orden a los arsenales para entregar fusiles a los Guardias Rojos. Su respuesta fue una obra maestra de evasiva diplomática: "Las decisiones del Soviet de Petrogrado son publicadas", dijo. "El Soviet es una institución electiva y cada diputado es responsable ante los obreros y los soldados que lo eligieron. Este parlamento revolucionario... no puede ocultarles sus decisiones a los obreros. No ocultamos nada. Yo declaro en nombre del Soviet: no hemos tomado ninguna decisión en cuanto a la acción armada". Esto era literalmente cierto: el *Soviet* no había tomado ninguna decisión de ese tipo. Como Presidente del Soviet, a Trotsky sólo se le podía exigir que diera explicaciones sobre la labor del Soviet. No estaba obligado en modo

[97] *Loc. cit.* y Lenin. *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, p. 165. En esta sesión se nombró un "Centro Militar" compuesto por Svérdlov, Stalin, Bubnov, Uritsky y Dzerzhinsky. Este Centro habría de "formar parte del Comité Militar Revolucionario del Soviet", es decir, habría de funcionar bajo la dirección de Trotsky. Basándose en su condición de miembro de este "Centro", que durante todo el levantamiento nunca actuó como organismo independiente, Stalin y los historiadores stalinistas pretendieron más tarde que Stalin fue el verdadero jefe del levantamiento.

[98] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 127-129.

alguno a confesar públicamente una decisión tomada por un organismo privado como era el Comité Central del Partido.

Pero Trotsky no se detuvo en esta negativa, que podía haber confundido tanto a los amigos como a los enemigos. Tampoco se ató las manos. "Si el desarrollo de los acontecimientos", añadió, "obliga al Soviet a tomar una decisión sobre la acción armada, entonces los obreros y los soldados responderán a su llamado como un solo hombre". Admitió que había ordenado la entrega de fusiles a los Guardias Rojos, pero se justificó aduciendo el precedente conocido: el Soviet menchevique había hecho lo mismo. "El Soviet de Petrogrado", añadió en tono de desafío, "continuará organizando y armando a los guardias obreros... Debemos estar preparados. Hemos entrado en un período de lucha agudizada. Debemos estar constantemente preparados para el ataque de la contrarrevolución. Pero al primer intento contrarrevolucionario de destruir el Congreso de los Soviets, al primer intento de ataque contra nosotros, responderemos con un contraataque despiadado que llevaremos hasta sus últimas consecuencias".[99] Así reforzó la militancia de los insurgentes y de sus amigos mientras ofuscaba a sus enemigos. Con meticuloso cuidado colocó en primer plano el aspecto defensivo de la actividad de los insurgentes y mantuvo en segundo plano el aspecto ofensivo. Kámenev declaró en el acto su plena solidaridad con Trotsky, y Zinóviev hizo lo propio en una carta al director de *Rabochi Put*. Los dos adversarios del levantamiento esperaban obligar así a su Partido a mantenerse en una actitud estrictamente defensiva y a hacerlo renunciar, indirectamente, a la insurrección. Pero su expresiva declaración de solidaridad con Trotsky tuvo un efecto muy diferente. Los partidos antibolcheviques, al ver que los adversarios conocidos del golpe armado declaraban su solidaridad con Trotsky, supusieron que éste también estaba de acuerdo con ellos. "Entonces no habrá insurrección", se consolaron los mencheviques y los social-revolucionarios.

Inmediatamente después de este incidente, Trotsky celebró una reunión secreta con Lenin, la única, según parece, que tuvieron en aquellas semanas. Trotsky no estaba seguro de que Lenin no hubiese malinterpretado su declaración y la apariencia de un acuerdo entre él y Zinóviev y Kámenev, y deseaba disipar cualquier aprensión de Lenin.[100] Pero en este punto sus temores eran infundados. Lenin acababa de escribirle al Comité Central: "El ardid de Kámenev en la sesión del Soviet de Petrogrado es algo sencillamente mezquino. Resulta que él está totalmente de acuerdo con Trotsky. Pero, ¿es difícil acaso entender que Trotsky no podía ni debía haber dicho más de lo que dijo frente a los enemigos?"[101] En esta reunión, escribió Trotsky más tarde, Lenin se mostró "más tranquilo y confiado, me-

[99] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 31-32.
[100] Trotsky, *Lénine*, p. 86.
[101] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, p. 192.

nos suspicaz, diría yo... De todos modos, una y otra vez movía la cabeza y preguntaba: '¿Y no se nos adelantarán? ¿No nos cogerán dormidos?' Yo sostuve que de entonces en adelante todo se desarrollaría en forma casi automática".[102]

Lenin no se sentía del todo seguro. El hecho de que su reiterada exigencia de que Zinóviev y Kámenev fueran expulsados inmediatamente no hubiese sido acogida favorablemente por Trotsky y el Comité Central en su conjunto, lo llenaba otra vez de suspicacias. La indiscreción de Zinóviev y Kámenev habría sido considerada como una traición por cualquier partido en circunstancias similares. Lenin, en consecuencia, veía en la mesura con que los trataba el Comité Central una señal de la actitud irresoluta de éste en lo tocante a la insurrección.[103]

Los preliminares del levantamiento tocaron a su fin cuando el Soviet dio instrucciones a la guarnición de que sólo obedeciera las órdenes firmadas por el Comité Militar Revolucionario o sus comisarios. El 21 de octubre Trotsky comunicó este acuerdo a una asamblea general de los comités de regimientos, y llamó a los cosacos, la antigua guardia pretoriana de los zares, a defender la revolución. Los comités de regimientos aprobaron la resolución de Trotsky, que declaraba *inter alia*:

> Al secundar todas las decisiones políticas del Soviet de Petrogrado, la guarnición declara: el momento de las palabras ha pasado. El país se

[102] Trotsky, *Lénine*, *loc. cit.*

[103] Característico de las relaciones dentro del partido bolchevique en aquel momento es el hecho de que ni una sola voz en el Comité Central apoyó la demanda de Lenin. Kámenev había anunciado por decisión propia su renuncia al Comité. Lenin, sin embargo, exigió su expulsión y la de Zinóviev como un castigo ejemplar no a su disensión, sino a la inaudita violación de la disciplina que ambos habían cometido. Las actas de la sesión del Comité Central del 20 de octubre son un documento revelador. Dzerzhinsky expresó la opinión de que convenía aconsejarle a Kámenev que se retirara de la actividad política, pero no abogó por la expulsión. No valía la pena, añadió, preocuparse por Zinóviev, que en todo caso estaba oculto. Stalin y Miliutin aconsejaron posponer el asunto hasta que tuviera lugar una sesión plenaria del Comité Central. Stalin había defendido, en el periódico del Partido, los motivos de Zinóviev y Kámenev, y él mismo fue censurado entonces. Uritsky se manifestó en favor de posponer el asunto. Svérdlov habló duramente contra Kámenev, pero sostuvo que el Comité Central no tenía derecho a expulsar a nadie. Trotsky dijo que se debía aceptar la renuncia de Kámenev, pero sin expulsarlo, y atacó la posición periodística de Stalin, diciendo que la actitud ambigua del periódico del Partido creaba "una situación intolerable". Yoffe se expresó en forma similar. Stalin defendió nuevamente a Zinóviev y Kámenev, diciendo que debían permanecer en el Comité Central: "La expulsión del Partido no remedia nada; la unidad debe preservarse". La renuncia de Kámenev fue aceptada por cinco votos contra tres. Entonces Stalin anunció su renuncia como director del periódico, pero ésta no fue aceptada. Resulta imposible conciliar este episodio y muchos otros con la idea de que la uniformidad monolítica o totalitaria había imperado en el partido bolchevique desde el momento de su creación. *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 127-129.

encuentra al borde del desastre. El ejército exige la paz, los campesinos exigen tierra, los obreros exigen trabajo y pan. El gobierno de coalición está contra el pueblo, es un instrumento en las manos de los enemigos del pueblo. El momento de las palabras ha pasado. El Congreso de los Soviets de Toda Rusia debe tomar el poder en sus manos y conquistar la paz, la tierra y el pan para el pueblo... La guarnición de Petrogrado se compromete solemnemente a poner a la disposición del Congreso de Toda Rusia todas sus fuerzas, hasta el último hombre, para luchar por estas demandas. Contad con nosotros... Estamos en nuestros puestos, resueltos a vencer o morir.[104]

Los acontecimientos demostraron que esta última afirmación era más solemne que verdadera. Los obreros civiles estaban realmente "resueltos a vencer o morir", pero la guarnición apoyaba al Soviet porque confiaba en una victoria fácil sobre Kerensky, victoria que debería acarrear el fin de la guerra. Cualesquiera que hayan sido sus motivos, el hecho fue que la guarnición se puso bajo las órdenes del Soviet.

Esto dio lugar, inevitablemente, a un conflicto entre el mando militar oficial y el Comité Militar Revolucionario. Todavía entonces Trotsky se abstuvo de declarar que el mando militar quedaba supeditado al Comité. Comisarios del Comité fueron agregados al Estado Mayor, con el fin ostensible de coordinar las actividades y eliminar las fricciones; y el mismo día del levantamiento Trotsky hizo circular informes de que las negociaciones se desarrollaban satisfactoriamente.[105] Al mismo tiempo que hacía estos preparativos militares, Trotsky puso en estado de alerta a los Guardias Rojos y a las organizaciones civiles. El 22 de octubre habló ante una concentración de masas en la *Narodni Dom* (*Casa del Pueblo*). "En torno mío", describe la escena el testigo presencial que hemos venido citando, "la multitud se encontraba como en estado de éxtasis". Trotsky le pidió que repitiera con él las palabras de un juramento. "Una muchedumbre innumerable levantó sus manos. Trotsky pronunció con fuerza las palabras: 'Que este voto sea vuestro juramento de que con toda vuestra fuerza y voluntad de sacrificio apoyáis al Soviet, que ha asumido la gran responsabilidad de consumar la victoria de la revolución y de darle al pueblo tierra, pan y paz'. La muchedumbre innumerable mantiene sus manos en alto. Está de acuerdo. Hace el juramento... Trotsky ha concluido. Otra persona ocupa la tribuna. Pero no vale la pena esperar y ver más".[106]

La cualidad teatral de las apariciones de Trotsky y la excelsitud casi poética de sus discursos no eran menos efectivas que sus *ruses de guerre* para confundir a los dirigentes antibolcheviques. Estos estaban demasiado

[104] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 37.
[105] Trotsky, *Lénine*, p. 87.
[106] Sujánov, *op. cit.*, vol. VII, p. 91.

acostumbrados a los brillantes fuegos artificiales de su oratoria para sospechar que esta vez el fuego era real. Trotsky les parecía, y no sólo a ellos, demasiado voluble para ser el comandante de una insurrección triunfante. Sin embargo, en esta revolución las palabras, las grandes palabras idealistas, eran de hecho más eficaces que los regimientos y las divisiones, y las diatribas inspiradas hacían las veces de batallas campales. Hasta cierto momento le ahorraron a la revolución la necesidad de librar cualquier clase de batalla. La revolución laboraba principalmente a través de su titánico poder de persuasión, y parecía haber investido con ese poder a una sola persona.

El 23 de octubre el Comité Militar Revolucionario disponía ya de un plan de operaciones detallado. Este estipulaba la rápida ocupación, por destacamentos escogidos, de todas las posiciones estratégicas en la capital. Los enlaces entre el cuartel general insurgente y la guarnición funcionaban a la perfección. Las unidades escogidas aguardaban la señal. Cuando los miembros del Comité Militar Revolucionario inspeccionaron por última vez la disposición de las fuerzas, tuvieron la certeza de que podían derrocar al gobierno con un leve empujón: tan abrumadora era la superioridad de las fuerzas que apoyaban al Soviet. Una sola posición importante era incierta: la fortaleza de Pedro y Pablo sobre el río Neva, cuya guarnición, según los informes, se mantenía leal a Kerensky o cuando menos vacilaba. Antónov-Ovseienko preparó un plan para asaltar la fortaleza, la única operación importante que se esperaba. Trotsky, sin embargo, decidió asaltarla con palabras. En la tarde del día 23, acompañado por un comandante no bolchevique de la guardia del Soviet, penetró en un camión dentro de lo que se suponía era el campo enemigo. Le habló a la guarnición de la fortaleza y la indujo a repetir con él el juramento de lealtad al Soviet.[107]

Todo lo que Trotsky esperaba ahora era una provocación de Kerensky que le permitiera iniciar la insurrección como una operación defensiva. No le cabía ninguna duda de que Kerensky tendría que ofrecer la provocación: él mismo lo había provocado ya bastante para que lo hiciera.[108] Y efectivamente, el día 23, Kerensky intentó descargar un golpe desde el vacío en que se movían él y su gobierno. Clausuró el *Rabochi Put* (*El camino de los Obreros*), nombre bajo el cual venía publicándose *Pravda* desde los días

[107] *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 10, 1922; Sujánov, *op. cit.*, vol. VII, p. 113.

[108] No cabe duda, sin embargo, de que Kerensky siempre había considerado a los Soviets como una incomodidad de la que había que librarse. Así lo pensó incluso cuando la influencia bolchevique en los Soviets era muy reducida y cuando él mismo le debía su posición enteramente a los Soviets. En fecha tan temprana como el 27 de marzo (9 de abril según el nuevo calendario) Sir George Buchanan anotó en su diario: "Kerensky, con quien tuve una larga conversación ayer, no favorece la idea de tomar medidas enérgicas en el momento presente ni contra el Soviet ni contra la propaganda socialista en el ejército. Al decirle yo que el gobierno nunca sería dueño de la situación mientras permitiera que una organización rival le dictara órdenes, él dijo que el Soviet moriría de muerte natural..." Sir George Buchanan, *My Mission to Russia*, vol. II, p. 11.

de julio, y ordenó el cierre de su redacción y su imprenta. Una obrera y un tipógrafo corrieron al Comité Militar Revolucionario, diciendo que estaban dispuestos a romper los sellos de clausura y a continuar imprimiendo el periódico si el Comité les proporcionaba una escolta militar adecuada. Esta sugestión, hecha por una joven obrera jadeante, fue como un relámpago en la mente de Trotsky. "Un pedazo de lacre oficial", escribió más tarde, "en la puerta de una redacción bolchevique como medida militar, no era gran cosa. ¡Pero qué espléndida señal para iniciar la batalla!"[109] Firmó inmediatamente una orden para enviar una compañía de fusileros y unos cuantos pelotones de zapadores a custodiar la redacción y la imprenta bolchevique. La orden fue ejecutada al instante.

Esta fue una jugada tentativa, efectuada en la madrugada del 24 de octubre. A la mañana siguiente los periódicos estaban llenos de informaciones sobre el plan de Kerensky para suprimir el Soviet y el partido bolchevique. El Comité Militar Revolucionario elaboraba los últimos detalles del levantamiento, que, como ya resultaba obvio, no podía posponerse un solo día. El Instituto Smolny, custodiado hasta entonces con despreocupada dejadez, se transformó rápidamente en una fortaleza erizada de cañones y ametralladoras. En las primeras horas de la mañana el Comité Central del Partido se reunió por última vez antes del acontecimiento decisivo. Todos los miembros que se hallaban en Leningrado hicieron acto de presencia, con excepción de Lenin y Zinóviev, que se mantenían ocultos, y de Stalin, inexplicablemente ausente.[110] Kámenev, que había renunciado a su puesto en el Comité para oponerse a la insurrección, se puso a las órdenes de los insurgentes tan pronto se iniciaron las acciones y desplegó una sorprendente iniciativa. Fue él quien propuso, *inter alia*, que ningún miembro del Comité abandonara Smolny durante el día. Por iniciativa de Trotsky, cada miembro fue encargado de una tarea específica en el trabajo de enlace y organización. Dzerzhinsky se mantenía en contacto con los correos y telégrafos; Bubnov con los ferroviarios; Noguín y Lómov con Moscú. Svérdlov debía observar los pasos del Gobierno Provisional, en tanto que Miliutin estaba a cargo del aprovisionamiento de la ciudad. A Kámenev y Berzin se les encomendó la tarea de ganarse a los social-revolucionarios de izquierda, que se estaban separando de su partido. Finalmente, Trotsky propuso que, en caso de que los bolcheviques fueran derrotados en Smolny, el cuartel general de la insurrección debería trasladarse a la fortaleza de Pedro y Pablo, cuya guarnición él acababa de ganarse para la causa.[111]

Mientras esto sucedía, Kerensky habló ante el pre-Parlamento y profirió amenazas tardías. Anunció que había ordenado el enjuiciamiento de todo

[109] Trotsky, *History*, vol. III, p. 205.
[110] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 141-143.
[111] *Loc. cit.*, Kámenev propuso que se estableciera un cuartel general de reserva a bordo del crucero *Aurora*, con cuya tripulación y estación de radio él se mantenía en contacto.

el Comité Militar Revolucionario, una nueva búsqueda de Lenin, el arresto de Trotsky y los demás dirigentes bolcheviques que gozaban de libertad bajo fianza, y medidas contra los marinos de Kronstadt.[112] Trotsky convocó una sesión extraordinaria del Soviet de Petrogrado e informó sobre las medidas que acababa de tomar el Comité Militar Revolucionario. Todavía siguió absteniéndose de proclamar el levantamiento:

> No tememos asumir la responsabilidad por el mantenimiento del orden revolucionario en la ciudad... Nuestro principio es: Todo el poder a los Soviets... En las próximas sesiones del Congreso de los Soviets de Toda Rusia debe ponerse en vigor este principio. El que esto conduzca a una insurrección o a cualquier otra forma de acción no depende única ni principalmente de los Soviets, sino de quienes, desafiando la voluntad unánime del pueblo, todavía detentan el poder gubernamental. Informó sobre el incidente con el *Rabochi Put* y preguntó: ¿Es esto una insurrección? Tenemos un semigobierno en el que el pueblo no confía y el cual carece de confianza en sí mismo porque está muerto por dentro. Este semigobierno sólo espera a que lo barra la escoba de la historia...

Anunció que había revocado la acción de Kerensky contra los marinos de Kronstadt y le había ordenado al crucero *Aurora* que se mantuviera en alerta en el Neva:

> Mañana se inaugura el Congreso de los Soviets. A la guarnición y el proletariado les corresponde poner a su disposición el poder que han acumulado, un poder que ninguna provocación gubernamental hará zozobrar. A nosotros nos corresponde entregar este poder, íntegro e intacto, al Congreso. Si el gobierno ilusorio hace un intento temerario de revivir su propio cadáver, las masas populares asestarán un contragolpe decisivo. Y el golpe será tanto más poderoso cuanto más fuerte sea el ataque. Si el gobierno trata de usar las veinticuatro o cuarenta y ocho horas que todavía le quedan para agredir a la revolución, nosotros declaramos que la vanguardia de la revolución responderá al ataque con el ataque y al hierro con el acero.[113]

Cuando una delegación del Consejo Municipal se le acercó para preguntarle cuáles eran las intenciones del Soviet, contestó enigmáticamente di-

[112] El día antes, el Mayor General Sir Alfred Knox, agregado militar británico, estaba enterado del plan. "Hoy Bagratuni me dijo", reza una anotación en su cuaderno de apuntes, "que Kerensky había decidido arrestar a Trotsky y a los miembros del Comité Militar Revolucionario... Yo le pregunté si éramos lo suficientemente fuertes para llevar a cabo ese plan, y Bagratuni dijo que sí. Podrielov dijo: 'Podemos correr el riesgo' ". *With the Russian Army*, vol. II, p. 705.

[113] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 51-59.

ciendo que el Soviet estaba preparado para coordinar la defensa del orden revolucionario con el Consejo Municipal, y, lleno de confianza, invitó al Consejo a participar en el Comité Militar Revolucionario.

Avanzada la noche, el Ejecutivo menchevique del Soviet convocó una asamblea de los delegados que se habían reunido para asistir al Congreso. Por última vez Dan habló en nombre de la antigua dirección de los Soviets. Previno a los delegados contra el derramamiento de sangre. "Los contrarrevolucionarios sólo esperan a los bolcheviques para empezar las matanzas... Si los bolcheviques se empecinan en desatar su insurrección, la revolución ha terminado... Las masas están debilitadas y agotadas. Se desinteresan de la revolución... Es inadmisible... que la guarnición de Petrogrado no ejecute las órdenes del Estado Mayor... Todo el poder a los Soviets significa la muerte... No tenemos miedo a las bayonetas... El *Tsik* [antiguo Ejecutivo] defenderá la revolución con su propio cuerpo..."[114] En medio de un gran tumulto y gritos de burla, Dan prometió negociaciones de paz y reforma agraria inmediatas, admitiendo así, sin proponérselo, que los bolcheviques siempre habían tenido razón en sus demandas. ("Rusia", declaró, "no puede permanecer mucho tiempo en guerra".) "¡Demasiado tarde!", le gritaron los delegados.

Trotsky subió entonces a la tribuna, impulsado por una ola de frenéticos aplausos y saludado por toda la sala, que se levantó en medio de un trueno de aclamaciones. Su delgado y puntiagudo rostro, su expresión de maliciosa ironía eran verdaderamente mefistofélicos.

—La táctica de Dan —comenzó diciendo—demuestra claramente que las masas, esas masas pasivas, indiferentes, están a su lado. (*Carcajadas*).

Luego, volviéndose al presidente, con un acento dramático:

—Cuando nosotros hablábamos de dar la tierra a los campesinos, vosotros os oponíais. Hemos dicho a los campesinos: "Si no os la dan, tomadla vosotros mismos". Y los campesinos siguen nuestro consejo. Y ahora venís a proponer lo que nosotros hemos hecho hace seis meses... Llegará tal vez el día en que Dan sostenga que la flor de la revolución tomó parte en el levantamiento de las jornadas del 16 y el 18 de julio... No, la historia de los siete últimos meses demuestra que las masas se han apartado de los mencheviques... Dan os dice que no tenéis derecho a sublevaros. ¡La insurrección es un derecho de todos los revolucionarios! Cuando las masas oprimidas se rebelan, ejercen un derecho... Si os mantenéis completamente firmes, no habrá guerra civil. Nuestros enemigos capitularán inmediatamente y vosotros ocuparéis el puesto que legítimamente os corresponde: el puesto de dueños de la tierra rusa".[115]

[114] John Reed, *op. cit.*, p. 80.
[115] *Loc. cit.*

Dan, engañado por la forma vaga en que Trotsky hablaba todavía acerca del levantamiento, y tal vez abrigando también la esperanza de que los bolcheviques no obtendrían una mayoría en el Congreso, se apresuró a informarle a Kerensky que no habría ningún golpe bolchevique y a implorarle que se abstuviera de la acción represiva.[116]

El levantamiento ya estaba en marcha. Trotsky dictó su famosa Orden Número 1: "El Soviet de Petrogrado se encuentra en peligro inminente. Anoche los conspiradores contrarrevolucionarios trataron de llamar a Petrogrado a los Junkers y a los batallones de asalto. Por la presente les ordeno a ustedes que preparen su regimiento para la acción. Esperen nuevas órdenes. Toda dilación y vacilación será considerada como un acto de traición a la revolución". La firmeza de su tono llenó de confianza a los insurgentes. Durante la noche del 24 al 25 de octubre los Guardias Rojos y los regimientos regulares ocuparon con rapidez de relámpago, y casi sin ruido, el Palacio de Táurida, las oficinas de correos y las estaciones del ferrocarril, el Banco nacional, las centrales telefónicas, las plantas de energía eléctrica y otros puntos estratégicos. Si el movimiento que derrocó al zarismo en febrero duró casi una semana, el derrocamiento del gobierno de Kerensky tardó apenas unas horas. En la mañana del 25 de octubre Kerensky había huido ya de la capital en el automóvil de una embajada extranjera. Sus ministros lo esperaban vanamente en el Palacio de Invierno cuando, a mediodía, se encontraron sitiados allí del mismo modo que el gobierno del zar se encontró sitiado durante la última fase de la Revolución de febrero. Sin derramamiento de sangre, los bolcheviques se habían adueñado de la ciudad.[117] A mediodía Trotsky informó al Soviet, que casi no podía creer lo que escuchaba, sobre los nuevos acontecimientos: algunos ministros habían sido arrestados, el pre-Parlamento había sido disuelto; toda la ciudad estaba dominada. El enemigo sólo se sostenía en el Palacio de Invierno, que Antónov-Ovseienko se preparaba a tomar por asalto.

En las primeras horas de la noche del 24, Lenin, todavía disfrazado, llegó a Smolny. Las informaciones periodísticas sobre negociaciones amistosas entre el Estado Mayor y el Comité Militar Revolucionario habían vuelto a despertar su desconfianza. Todavía sospechaba que el levantamiento estaba mal dirigido. Mientras se dirigía cautelosamente desde el suburbio de Viborg, donde se había ocultado durante los últimos días, hasta Smolny, no sabía que la ciudad que atravesaba estaba ya virtualmente en manos de su partido. Bombardeó a Trotsky y a los otros dirigentes con preguntas: ¿Estaban realmente a punto de llegar a un acuerdo

[116] Kerensky, *Iz Daleka*, pp. 197-198; *Crucifixion of Liberty*, p. 346.

[117] El Mayor General Sir Alfred Knox, un testigo sumamente hostil del triunfo bolchevique, estima el número total de bajas en "unas diez". *With the Russian Army*, vol. II, p. 711.

con el Estado Mayor? ¿Y por qué estaba la ciudad tan tranquila?[118] Pero cuando escuchó las respuestas, cuando observó el tenso trabajo de dirección en la oficina del Comité Militar Revolucionario, los informes que llegaban incesantemente y las instrucciones que se despachaban, cuando vio a los propios jefes del levantamiento, casi agotados, sin rasurar, sucios, con los ojos inflamados por la falta de sueño, y sin embargo, confiados y tranquilos, comprendió que ellos habían cruzado el Rubicón sin él y su suspicacia se desvaneció. Con cierta timidez y un poco en tono de disculpa comentó que el levantamiento, por supuesto, también podía llevarse a cabo según el criterio de ellos: lo importante era que tuviera éxito.

Se comportó como el comandante en jefe que, observando la batalla decisiva desde lejos y sabiendo que el jefe de las operaciones tiene ideas distintas de las suyas, se inclina a exagerar la importancia de la divergencia y teme que sin su intervención las cosas puedan salir mal; que a continuación corre al campo de batalla cuando la batalla se está librando y entonces, sin asomo de vanidad ofendida, se reconcilia con la forma en que se desarrolla la acción y reconoce el acierto de su subordinado. Aunque Trotsky había tenido la operación a su cargo y la había llevado a cabo completamente de acuerdo con su criterio, la influencia de Lenin fue un factor decisivo del éxito. Trotsky, más que ningún otro hombre, había configurado la mentalidad de las amplias masas de obreros y soldados, de cuya actitud dependía el resultado de la lucha. Pero los insurgentes activos habían venido de los cuadros y de las filas del partido bolchevique, y en ellos Lenin, el fundador y jefe indiscutido del partido, había ejercido aun desde su escondite la influencia superior. Sin sus exhortaciones constantes y obstinadas, sin sus advertencias inquietantes, los insurgentes tal vez no habrían obedecido las órdenes y las instrucciones de Trotsky en la forma en que lo hicieron. Lenin había inculcado en ellos la idea del levantamiento antes de que pusieran en práctica el plan insurrecional de Trotsky. Pero fue sólo al ver la insurrección en marcha cuando Lenin reconoció a Trotsky, finalmente y sin reservas, como su compañero monumental en la acción también monumental.

En las primeras horas de la noche del 25 de octubre los dos hombres se encontraban descansando en el piso de una habitación oscura y desocupada contigua al gran salón de Smolny, donde estaba a punto de inaugurarse el Congreso de los Soviets. La noche anterior Trotsky había sufrido un desmayo a causa de la fatiga, y ahora trataba de dormir un poco. Pero le era imposible conciliar el sueño. Las incesantes llamadas telefónicas en el cuarto de al lado lo mantenían despierto. Ayudantes y mensajeros llamaban a la puerta. Un mensaje informó tropiezos en el ataque al Palacio de Invierno, y Trotsky ordenó al crucero *Aurora* que entrara en ac-

[118] *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 10, 1922.

ción, bombardeando el Palacio con salvas sin munición: eso debería ser suficiente para que el gobierno se rindiera. Volvió a acostarse en el piso junto a Lenin. Hubo fugaces momentos de somnolencia, nuevos mensajes, rápidos cuchicheos fuera de la habitación. Pronto los dos tendrían que pasar al gran salón iluminado para presentarse ante el Congreso. Declararían, por supuesto, que el Congreso era el único depositario del poder, que la tierra pertenecía a los campesinos y que ellos ofrecerían inmediatamente la paz a Rusia y al mundo, y al día siguiente presentarían el nuevo gobierno ante el mundo. A Lenin le parecía incongruente la idea de que él o cualquiera de sus camaradas, revolucionarios profesionales, asumieran títulos de Ministros. Jirones de reminiscencias históricas —reminiscencias, como siempre, de la gran Revolución Francesa— pasaron por su mente soñolienta: ¿tal vez deberían llamarse a sí mismos *Commissaires*, Comisarios del Pueblo, un Consejo de Comisarios del Pueblo?[119]

El Congreso se inauguró mientras el *Aurora* bombardeaba el Palacio de Invierno... con salvas sin munición. Los bolcheviques solos contaban con casi dos terceras partes de los delegados; con los social-revolucionarios de izquierda disponían de unas tres cuartas partes de los votos. Catorce bolcheviques, siete social-revolucionarios (de izquierda y de derecha), tres mencheviques y un representante del grupo de Gorki ocuparon sus asientos en la mesa del nuevo "Presidium". Los partidos derrotados clamaron en seguida contra el levantamiento y el ataque al Palacio de Invierno. Hablando en nombre del grupo menchevique más irreconciliable, Jinchuk, futuro embajador de Stalin en Berlín, declaró que él y sus compañeros abandonaban el Congreso. Entre gritos de: "¡Desertores! ¡Váyanse con Kornilov!", el grupo salió del salón. Los mencheviques de centro y de izquierda se quedaron y exigieron la formación de un gobierno de coalición compuesto por bolcheviques, mencheviques y social-revolucionarios. Cuando los bolcheviques rechazaron esta exigencia, estos grupos también declararon un boicot al Congreso y sus decisiones. Mientras Trotsky contemplaba su éxodo, encabezados por Mártov y Abramóvich, es posible que su mente haya recordado la escena en el segundo Congreso del Partido, en 1903, cuando Mártov declaró un boicot al Comité Central bolchevique. El mismo había figurado entonces entre los boicoteadores. ¡Cuán similares, en cierto sentido, parecían estas dos escenas: los protagonistas eran los mismos, los "blandos" y los "duros"; la mayor parte de las recriminaciones de 1903 volvían a resonar como un eco en la declaración que Mártov acababa de hacer; incluso las palabras "conspiración", "usurpación" y "estado de sitio" volvían a ser pronunciadas! ¡Pero cuán diferentes eran la magnitud del espectáculo y la intensidad de la lucha! ¡Y cuán diferente era la posición del propio Trotsky en ella, después de

[119] Trotsky propuso estos títulos en una sesión del Comité Central al día siguiente. *Mi vida*, tomo II, p. 72.

todos los años de apartamiento y descarrío, al cabo de los cuales había vuelto junto a Lenin!

Cuando Trotsky se levantó para contestarle a Mártov, mientras éste se hallaba todavía de pie frente a él en la tribuna, no pudo encontrar en sí ninguna suavidad, ninguna benevolencia, ni siquiera un sentimiento de caridad para el vencido; sólo gravedad, exasperación y colérico desdén. "El levantamiento de las masas populares", comenzó, "no necesita ninguna justificación. Lo que ha ocurrido es una insurrección, no una conspiración. Hemos fortalecido la energía revolucionaria de los obreros y los soldados de Petrogrado. Hemos templado abiertamente la voluntad de las masas para un levantamiento, no para una conspiración..." Políticamente, esto era cierto, aun cuando militarmente la insurrección había sido dirigida en realidad como una conspiración, y no podía haber sido dirigida de otra manera. "Nuestro levantamiento", continuó, "ha triunfado. Ahora se nos dice: Renunciad a vuestra victoria, ceded, transigid. ¿Con quién? ¿Con quién, pregunto, habremos de transigir? ¿Con esos insignificantes grupitos que nos han abandonado o con los que nos hacen estas proposiciones? Pero ya los hemos visto en su verdadero tamaño. Nadie los sigue ya en ningún lugar de Rusia. ¿Y es con ellos con quienes los millones de obreros y campesinos... deben llegar a un acuerdo en pie de igualdad?... Vosotros sois individuos despreciables y aislados. Estáis en quiebra. Habéis agotado vuestro papel. Id adonde debéis estar: ¡al basurero de la historia!"[120] Este *Vae Victis!* estalló en los oídos de Mártov y sus seguidores mientras abandonaban el salón, entre las filas cerradas de soldados y obreros que les recordaban con indignación todas las fechorías del Gobierno Provisional, el hambre y el desamparo del pueblo, las estúpidas y sangrientas ofensivas, los días de julio, la proscripción de los bolcheviques y el anhelo de tierra de los campesinos. La emoción largamente contenida se desató entre los vencedores.

Némesis se soltó por los salones de Smolny. Y apenas comenzaba su trabajo.

Nunca antes había asumido un grupo de hombres, al conquistar el poder, compromisos tan tremendos como los que contrajeron los jefes del bolchevismo cuando leyeron ante el Congreso sus primeros decretos redactados a toda prisa. Prometieron darle al pueblo Paz, Tierra y Pan. La distancia que separaba a la promesa del cumplimiento era imposible de medir. La paz debería ser justa y democrática. No admitiría anexiones ni reparaciones, ninguno de los agravios y los insultos que los vencedores imponen a los vencidos. Lenin y Trotsky habían dicho una y otra vez que una paz así no podía esperarse de los gobiernos absolutistas, ni siquiera de los gobiernos parlamentarios burgueses; sólo podría lograrse por medio de revoluciones proletarias en los países beligerantes. Sin embargo, los ejércitos de los Ho-

[120] Sujánov, *op. cit.*, vol. VII, pp. 202-204. John Reed, *op. cit.*, p. 100

henzollerns y los Habsburgos ocupaban territorios arrebatados al Imperio ruso; y mientras esos ejércitos no repudiaran a sus emperadores y a sus gobernantes y rechazaran sus rapaces ambiciones, los bolcheviques estaban en cierto sentido obligados a seguir librando la guerra, la guerra revolucionaria por una paz justa. Pero también estaban obligados, y más estrictamente aún en la opinión popular, a lograr una paz *inmediata*, que no podría ser ni justa ni democrática. Esta fue su primera disyuntiva. La solución de la misma habrían de dictárselas los fatigados soldados-campesinos, tanto más ansiosos de convertir sus fusiles en arados cuanto que ahora toda la tierra arable estaba por fin en sus manos. Pero la precaria paz negociada bajo su presión no salvaría a Rusia del largo vía crucis de la intervención extranjera y la guerra civil.

Los bolcheviques repartieron la tierra entre los campesinos o más bien legalizaron el reparto realizado por el propio campesinado. Ningún gran país puede pasar por una revolución agraria de semejante magnitud sin que toda su economía se sacuda y debilite, aun cuando sólo sea temporalmente. Los antiguos vínculos entre la ciudad y el campo se aflojaron o se rompieron; los antiguos canales de intercambio se redujeron y congestionaron; la antigua forma de administrar las instituciones políticas, anticuada e inadecuada, y sin embargo, automática y efectiva a su manera, se hizo imposible. En las circunstancias más favorables, aun sin una guerra civil, habría hecho falta tiempo para crear nuevos vínculos, nuevos canales y una nueva forma de dirigir la vida de la nación. Antes de que eso sucediera, un proceso tan elemental como es el acceso de los alimentos del campo a la ciudad —el prerrequisito de la civilización moderna— estaba condenado a paralizarse. Las demandas de tierra y de pan no eran del todo compatibles. Después de la división de las grandes propiedades rurales, el proletariado urbano dispuso de menos pan, en lugar de más. Para los campesinos, la revolución agraria fue al principio como una bendición: no sólo les dio la tierra, sino que los liberó de la servidumbre y las deudas seculares. Pero para la nación en general la perspectiva era menos prometedora. La Rusia rural quedó fragmentada ahora en 25,000,000 de pequeñas propiedades, la mayoría de las cuales eran parvifundios cultivados con aperos antediluvianos. Los dirigentes bolcheviques sabían que, a la larga, esto significaba el estancamiento económico y social. Tenían que estimular y después sancionar el reparto de la tierra, porque ello era preferible al antiguo sistema semifeudal de tenencia, y porque de no haberlo hecho habrían sufrido la misma suerte de sus predecesores en el gobierno. Pero desde el primer momento estaban ampliamente comprometidos a estimular la tenencia colectiva de la tierra, a reagrupar y consolidar los 25,000,000 de pequeñas propiedades en un número relativamente reducido de granjas grandes, modernas y eficientes. No podían decir cuándo, cómo ni por medio de cuáles recursos industriales podrían hacer tal cosa. Sólo sabían que habían acometido una empresa compleja, paradójica y peligro-

sa: habían hecho una revolución agraria con el propósito deliberado de anularla por medio de otra revolución.

"Pan" significa, para el obrero industrial y el habitante de las ciudades en general, el crecimiento y el desarrollo de la industria. Para el obrero ruso en 1917 también implicaba la eliminación de la propiedad y la dirección privada de la industria. Según la concepción teórica del socialismo, que los jefes de la revolución habían sustentado desde su juventud, la propiedad nacional y en última instancia internacional, y la planificación central de la producción y la distribución, ocupaban un lugar determinante. La industria de Rusia, tal como la encontraron los bolcheviques, aun cuando no hubiese habido una mayor destrucción a causa de la guerra civil, era demasiado pequeña y pobre para servir de base al socialismo. Sólo representaba un punto de partida para la evolución hacia el socialismo. Los bolcheviques, pese a que habían proclamado el propósito socialista de su revolución, difícilmente podían intentar poner inmediatamente a la industria rusa bajo propiedad o dirección pública. No disponían de los recursos, los administradores, los técnicos y la tecnología necesarios. Confiaban en poder buscar sin prisa una solución del problema a través de los aciertos y los errores. En un principio se sintieron tan renuentes a expropiar a los industriales y a los comerciantes como ansiosos se habían sentido de expropiar a los terratenientes.

Pero en el transcurso de 1917 había llegado a prevalecer espontáneamente un estado de cosas bajo el cual los propietarios de las fábricas ya habían sido expropiados más que a medias. Así como en los cuarteles los comités elegidos por los soldados habían privado a los oficiales de toda autoridad y función aun antes de que éstos se arrancaran sus charreteras, también en las fábricas y las minas los comités elegidos por los obreros se habían apropiado la mayor parte de los derechos y privilegios de los propietarios y administradores, aun antes de que éstos fueran expropiados o destituidos. La dualidad de poder que desde febrero hasta octubre había caracterizado el sistema de gobierno de Rusia, caracterizaba también a la industria rusa, aun después de octubre. El instinto popular era una mezcla de anarquismo y socialismo. En parte de manera natural, y en parte debido al caos prevaleciente, este instinto tendía a destruir la coherencia nacional de la industria, sin la cual no podía haber evolución hacia el socialismo. Cada comité de fábrica tendía a convertirse en una comunidad cerrada cuyos actos eran su propia ley. No sólo los capitalistas, sino la misma nación estaba en peligro de perder por expropiación sus recursos industriales.

Tal estado de cosas obligó a actuar a los bolcheviques. El gobierno revolucionario, que había tomado el poder en nombre de la clase obrera, no podía restablecer la autoridad de los antiguos propietarios industriales, aun cuando por razones económicas hubiese deseado hacerlo. Estaba obligado a poner fin a la dualidad de poder en la industria del mismo modo que lo había hecho en las demás esferas: destruyendo el antiguo poder.

Sólo después de eso podría esforzarse por superar las tendencias centrífugas en la economía de la nación. La burguesía semiexpropiada, sabiendo que no podía esperar nada bueno de la revolución, no podía dejar de defenderse con los únicos recursos que tenía a su alcance: la resistencia económica y el sabotaje. Esto a su vez impulsó a los bolcheviques a llevar la expropiación a sus últimas consecuencias. Cuando la lucha económica y política culminó en la guerra civil, todas estas tendencias convergieron en la súbita y prematura nacionalización de toda la industria, decretada en junio de 1918. La revolución era permanente, de acuerdo con la predicción del protagonista de este libro. Con más firmeza que otros bolcheviques, Trotsky había previsto este desarrollo de los acontecimientos. Pero su realización significaba que la Revolución Rusa tendría que construir, desde el principio, sobre cimientos económicos sumamente vacilantes. El resultado fue que, en el transcurso de los años, ora esta parte de la estructura, ora aquella, estaba destinada a derrumbarse sobre la cabeza del pueblo ruso o a ser derribada con la premura que engendra el pánico.

Los bolcheviques, sin embargo, se consideraban capaces de cumplir las tres grandes y sencillas promesas —Paz, Tierra y Pan— a las que debían su victoria. Creían firmemente que los sangrantes y mutilados pueblos de Europa no tardarían en seguir el ejemplo ruso y en ayudar a la revolución rusa a resolver sus tremendos problemas. Rusia ingresaría entonces en la comunidad socialista internacional, dentro de la cual la riqueza y la civilización de Europa occidental contrarrestarían la pobreza y el atraso rusos, del mismo modo que millones de esclarecidos proletarios alemanes, franceses y tal vez británicos también contrarrestarían, si bien no superarían en número, a los millones de *muzhiks* atrasados. Rusia le había abierto al Occidente el camino de la revolución socialista, y ahora el Occidente remolcaría a Rusia por ese camino, ayudándola a alcanzar las bendiciones de la verdadera civilización. En cada frase pronunciada por los bolcheviques alentaba esta creencia apasionada, casi mesiánica. El deslumbrante resplandor de esta gran visión iluminaba ante sus ojos hasta los aspectos más oscuros del legado que iban tomando en sus manos.

Una esperanza similar alumbraba sus ideas sobre el sistema de gobierno que se proponían establecer. El suyo sería un Estado sin ejército permanente, sin policía y sin burocracia. Por primera vez en la historia, la gestión gubernamental dejaría de ser el secreto y el privilegio profesionales de pequeños grupos de personas colocadas por encima de la sociedad, para convertirse en la preocupación cotidiana del ciudadano ordinario. Después de los días de julio, mientras era perseguido como espía alemán y esperaba ser asesinado en cualquier momento, Lenin escribió *El Estado y la Revolución*, especie de testamento político en el que revivió la semiolvidada idea marxista de la extinción gradual del Estado, la idea de un gobierno que en una sociedad sin clases dejaría de ser gobierno porque "administraría cosas" en lugar de "gobernar hombres", y en consecuencia

no tendría que seguir utilizando los instrumentos de coerción (cárceles, tribunales, etc.). Este era, en verdad, el Estado ideal del futuro, no el Estado ruso de 1917. Pero la república soviética, tal como nació de la revolución, habría de estar directamente relacionada con este ideal. La concepción del Estado de Trotsky estaba menos cristalizada que la de Lenin, aunque ello no le impidió aceptar la idea de Lenin una vez que se familiarizó con ella. En sus ideas sobre la república soviética, que tenían una importancia más inmediata, no existía diferencia entre ellos.

En los Soviets las clases propietarias no estarían representadas: serían privadas del sufragio, como se hace con las antiguas clases gobernantes en cualquier revolución. (Esto no implicaba necesariamente que también deberían ser privadas de la libertad de expresión.) Los Soviets combinarían los poderes legislativo y ejecutivo, y el gobierno sería responsable ante ellos. Los electores tendrían el derecho de revocar y cambiar a sus diputados en cualquier momento, no sólo durante las elecciones periódicas; y los Soviets podían deponer al gobierno en cualquier momento, mediante un voto de desconfianza. La existencia de la oposición y de la ininterrumpida contienda de los partidos dentro de los Soviets se daba por sentada. La idea de que sólo el partido gobernante tuviera derecho a formar opinión pública no entraba todavía en la mente de nadie. La república soviética sería, por supuesto, una "dictadura proletaria". Esto significaba la preponderancia social y política de la clase obrera; pero los medios a través de los cuales habría de establecerse esta preponderancia no se formularon de antemano. Los bolcheviques, así como los socialistas de otras escuelas, eran propensos a describir las democracias parlamentarias del Occidente como "dictaduras burguesas", en el sentido de que ellas encarnaban la preponderancia social de la burguesía y no de que fueran gobernadas realmente en forma dictatorial. Los bolcheviques, en un principio, describieron su propio sistema de gobierno como una dictadura en ese sentido amplio, confiando con toda sinceridad en que, en comparación con las democracias burguesas, la república de los Soviets daría a la vasta mayoría de la nación más, y no menos, libertad; más, y no menos, libertad de expresión y asociación.

La democracia plebeya de los Soviets no se consideró a sí misma en un principio como un Estado monolítico o totalitario, porque sus jefes estaban convencidos de que la masa del pueblo ruso compartía sus aspiraciones. No se les ocurrió, de momento, considerar qué harían en caso de que esta suposición optimista resultara incorrecta. Dieron por sentado que si ellos entraban en conflicto con la mayoría de la nación, entonces ellos, su partido y su revolución, estarían condenados y todo lo que podrían hacer sería sucumbir con honor. Pero en 1917 este peligro no les parecía más real que la amenaza de una catástrofe cósmica.

¿Cómo veía el pueblo ruso a los bolcheviques y sus objetivos? Apenas un puñado de la población participó directamente en la insurrección de

octubre: "apenas más de 25,000 o 30,000, a lo sumo", dice Trotsky.[121] En este sentido, la revolución fue obra de una pequeña minoría, a diferencia de la revolución de febrero, durante la cual la gran energía desbordante y sin dirección de las masas barrió a la monarquía. Pero en la última quincena antes del levantamiento de octubre, en Petrogrado solamente "centenares de miles de obreros y soldados entraron directamente en acción, defensiva en su forma pero agresiva en su esencia.[122] Muchos más facilitaron la victoria bolchevique por medio de su actitud favorable, ya fuera activa o pasiva; y muchos otros hicieron lo mismo adoptando todos los matices posibles de la neutralidad. El segundo Congreso de los Soviets representó a unos 20,000,000 de electores, tal vez un poco menos. De éstos, la gran mayoría votó por los bolcheviques. Incluso en las elecciones a la Asamblea Constituyente, que tuvieron lugar después de la revolución, se emitieron alrededor de 10,000,000 de votos para los bolcheviques solamente sin contar los que obtuvieron sus aliados los social-revolucionarios de izquierda. Estos 10,000,000 incluían el grueso de la clase obrera urbana, elementos proletarizados del campesinado y un sector muy numeroso del ejército, que en todo caso constituían los elementos más enérgicos de la nación, de cuyo apoyo constante y activo dependía la supervivencia de la revolución. Pero el electorado representado por la Asamblea Constituyente era casi dos veces mayor que el representado en los Soviets, y en las elecciones para la Asamblea los bolcheviques sólo obtuvieron una numerosa minoría de los votos.

La Rusia rural, vasta, analfabeta, agitada por la rebelión y sedienta de venganza, no comprendía bien las intrincadas disputas de los partidos urbanos. Sería vano tratar de describir la actitud de esa Rusia en una fórmula exacta: era confusa, cambiante, contradictoria. Nada caracteriza mejor esa actitud que el siguiente episodio descrito por los historiadores: En cierta zona rural un nutrido grupo de campesinos concluyó una asamblea con un juramento religioso en el sentido de que no seguirían esperando por ninguna reforma agraria, que se apoderarían inmediatamente de la tierra y expulsarían a los terratenientes, y que considerarían su enemigo mortal a cualquiera que tratara de disuadirlos. No descansarían, añadieron en su juramento los campesinos, hasta que el gobierno concluyera una paz inmediata y licenciara a sus hijos del ejército y hasta que "ese criminal y espía alemán" llamado Lenin hubiera recibido un castigo ejemplar. En las elecciones a la Asamblea Constituyente, los campesinos como éstos indudablemente votaron en favor de un candidato social-revolucionario. Pero lo hicieron porque atribuían a los social-revolucionarios, el partido que tenía sus raíces en el campo, la firme intención de llevar a cabo el programa que sólo los bolcheviques estaban resueltos a poner en práctica. A ello se debe que cada uno de estos dos partidos, los únicos

[121] Trotsky, *History of the Russian Revolution*, vol. III, p. 290.
[122] *Loc. cit.*

movimientos amplios que quedaron después de la *débâcle* de los "cadetes" y los mencheviques. pudiera alegar, con cierta razón tanto el uno como el otro, que gozaba del apoyo del campesinado. "¿No aborrecen los campesinos a Lenin, el espía alemán?", decía con seguridad el social-revolucionario. Pero, ¿no tienen por enemigos mortales a quienes, como ustedes, retardan la expropiación de los terratenientes y prolongan la guerra?", replicaba en son de triunfo el bolchevique.

El aborrecimiento que muchos campesinos sentían por los bolcheviques se debía al hecho de que éstos eran los enemigos declarados de la propiedad. Este sentimiento, sin embargo, desapareció en buena medida tan pronto como los bolcheviques aparecieron en el campo en calidad de partido gobernante y proclamaron el fin de la guerra y legalizaron o regularizaron el reparto de la tierra. En la guerra civil, los campesinos descubrieron además que, a fin de cuentas, sólo el Ejército Rojo se interponía entre ellos y el regreso de los terratenientes. Como únicos adversarios efectivos de la restauración y como defensores de la revolución agraria, los bolcheviques gozaban en realidad del apoyo de la mayoría abrumadora de la nación. Pero en el campo este apoyo era a menudo renuente, y se transformó en oposición cuando la figura del terrateniente que amenazaba regresar dejó de proyectar su sombra y cuando los escuadrones bolcheviques continuaron recorriendo las aldeas en busca de alimentos. Aun en el momento de mayor popularidad del bolchevismo, sólo la minoría proletaria de las ciudades se identificó plenamente con la causa de la revolución. En esa minoría se apoyaron los bolcheviques en cada situación difícil. A ella le predicaron sus ideales trascendentes. De sus filas sacaron los nuevos administradores, jefes militares y dirigentes políticos.

La clase obrera rusa de 1917 fue una de las maravillas de la historia. Numéricamente reducida, joven, inexperta e inculta, era sin embargo, rica en pasión política, generosidad, idealismo y raras cualidades heroicas. Tenía el don de concebir grandes sueños sobre el futuro y de morir con estoicismo en el combate. Con sus pensamientos semianalfabetos abrazó la idea de la república de los filósofos: no su versión platónica en la que una oligarquía de sabios gobierna al rebaño, sino la idea de una república lo suficientemente rica y sabia para hacer de cada ciudadano un filósofo y un obrero. Desde el abismo de su miseria, la clase obrera rusa se propuso construir esa república, que llevaba los estigmas de su pasado. Los jefes de la revolución se dirigían al soñador y al héroe, pero el escalvo les recordaba rudamente su presencia. Durante la guerra civil, y más aún después de ésta, Trotsky se quejó repetidamente en sus discursos militares de que el comunista ruso y el soldado del Ejército Rojo preferían sacrificar su vida antes que limpiar su fusil o lustrar sus botas. Esta paradoja reflejaba la ausencia, en el pueblo ruso, de los innumerables hábitos menores de la vida disciplinada y civilizada en que el socialismo había esperado fundarse. Tal era el material humano con que los bolcheviques se

propusieron construir su nuevo Estado, la democracia proletaria en la que "cada cocinero" debería ser capaz de gobernar. Y ésta fue tal vez la más grave de todas las graves contradicciones a que tuvo que enfrentarse la revolución.

La historia les hizo a los jefes bolcheviques una primera advertencia sobre este problema casi inmediatamente después de haberles obsequiado su mejor sonrisa; y lo hizo con esa malévola afición al anticlimax que exhibe tan a menudo. La grotesca secuela de la insurrección de octubre, una secuela a la que los historiadores rara vez prestan atención, fue una orgía prodigiosa y verdaderamente elemental de borrachera colectiva con la que el oprimido recién liberado celebró su victoria. La orgía duró varias semanas y en cierto momento amenazó con paralizar la revolución. La borrachera alcanzó su punto culminante precisamente cuando el nuevo gobierno se enfrentaba al boicot de todos los empleados públicos y a los primeros amagos de la guerra civil, cuando el gobierno carecía de órganos administrativos propios y cuando su suerte dependía completamente de la vigilancia, la disciplina y la energía de sus partidarios. La orgía tuvo también cierta importancia en los acontecimientos que determinaron la paz de Brest-Litovsk, pues durante su transcurso una gran parte del antiguo ejército ruso se disolvió como azúcar en el agua. Los documentos contemporáneos abundan en descripciones de esta extraña saturnalia. Una de las más vívidas se encuentra en las memorias de Antónov-Ovseienko, que en aquel momento era uno de los dos principales Comisarios del Ejército y comandante de la guarnición de Petrogrado:

> La guarnición, que empezó a desintegrarse completamente, me causó en lo personal muchas más dificultades que los partidarios de la Asamblea Constituyente... Una orgía desenfrenada y sin precedentes se extendió por Petrogrado, y hasta ahora no se ha explicado satisfactoriamente si se debió o no a alguna provocación subrepticia. Ora en un lugar, ora en otro aparecían multitudes de rufianes, soldados en su mayoría, que irrumpían en las bodegas de vinos y a veces saqueaban las vinaterías. Los pocos soldados que habían mantenido la disciplina y los Guardias Rojos quedaban exhaustos tras las largas horas de vigilancia. Las exhortaciones caían en oídos sordos.
>
> Los sótanos del Palacio de Invierno [la antigua residencia del zar] constituían el problema más embarazoso... El regimiento Preobrazhensky, que había mantenido su disciplina hasta entonces, se emborrachó completamente mientras montaba la guardia en el Palacio. El regimiento Pavlovsky, nuestro baluarte revolucionario, tampoco pudo resistir la tentación. Guardias mixtas, escogidas entre diferentes destacamentos, fueron enviadas entonces al Palacio. También se emborracharon. Miembros de los comités de regimientos [es decir, los jefes revolucionarios de la guarnición] fueron encargados de montar la guardia. Ellos también su-

cumbieron. Los hombres de las brigadas blindadas que recibían órdenes de dispersar a las multitudes se movían durante un rato de un lugar a otro y después empezaban a bambolearse sospechosamente.

Al caer la tarde, las locas bacanales proliferaban. "¡Acabemos con estos remanentes del zarismo!", fue la alegre consigna que se apoderó de la multitud. Tratamos de detenerla tapiando las entradas. La multitud penetró por las ventanas, forzó los barrotes y se echó sobre el vino. Hicimos el intento de inundar los sótanos con agua. Las brigadas de bomberos encargadas de hacerlo también se emborracharon.

Sólo los marinos de Helsingfors lograron hacer inofensivos los sótanos del Palacio de Invierno. Esta fue, a su manera, una lucha titánica. Los marinos se mantuvieron firmes porque se habían juramentado como camaradas: "Muerte al que viole su juramento"; y, aunque ellos mismos eran en otras circunstancias magníficos bebedores, salieron airosos de esta prueba...

Este no fue todavía el fin de la lucha. La ciudad entera había sido infectada por la locura de la borrachera. Por fin el Consejo de Comisarios del Pueblo nombró un comisario especial, le confirió poderes de emergencia y le proporcionó una fuerte escolta. Pero el comisario también resultó poco seguro... Una enconada lucha se libraba entonces en la isla de Vasilevsky. El regimiento finlandés, mandado por hombres de inclinaciones anarcosindicalistas, declaró el estado de sitio en la isla y anunció que dinamitaría las bodegas y fusilaría sin interrogar a los saqueadores. Sólo después de un intenso esfuerzo fue vencida esta demencia alcohólica...[123]

Trotsky habló repetidamente sobre este asunto en el Soviet, la primera vez el 29 de octubre, cuatro días después del levantamiento, y la última el 2 de diciembre. "El vodka es un factor político en igual medida que la palabra", dijo. "La palabra revolucionaria despierta al pueblo y lo mueve a luchar contra sus opresores; el vodka... adormece nuevamente al pueblo..."[124] Trotsky, más que nadie, había apelado al soñador y al héroe que vivía en el obrero y había desplegado ante sus ojos la grandiosa visión del socialismo. Ahora esta visión parecía empañada por los vapores del alcohol. Por último, el Consejo de Comisarios del Pueblo ordenó que las existencias de vino fueran vaciadas en las aguas del Neva.

En el transcurso de la orgía, la gran guarnición de Petrogrado, que había desempeñado un papel tan importante en las revoluciones de febrero y octubre, acabó por desintegrarse y dejar de existir. Después de Petrogrado tocó el turno a las provincias. "El camarada Berzin [un conocido miembro del Comité Central] informa sobre sus grandes dificultades", añade Antónov-Ovseienko en sus memorias. "El también alude a grandes remesas de

[123] Antónov-Ovseienko, *Zapiski o Grazhdánskoi Voiné*, vol. I, pp. 19-20.
[124] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 139-140.

licores y vinos en los trenes... Escuadrones de soldados asaltan los vagones y se emborrachan. Los destacamentos se desintegran. El saqueo continúa..."[125]

Bajo este grotesco augurio, que parecía hacer mofa de sus elevadas y nobles aspiraciones, inició su primer año la república soviética.

[125] Antónov-Ovseienko, *op. cit.*, vol. I, p. 31. Una vívida descripción de la orgía y sus consecuencias tragicómicas por un testigo presencial extranjero y probolchevique se encuentra en Bessie Beatty, *The Red Heart of Russia*, pp. 329-334.

CAPITULO X

EL COMISARIO DEL PUEBLO

El primer gobierno soviético fue puramente bolchevique en su composición. La participación en el gobierno de los partidos que se habían negado a reconocer al Congreso de los Soviets como la única fuente constitucional del poder y después le habían declarado un boicot, quedó descartada. Sólo un grupo no bolchevique, los social-revolucionarios de izquierda, que se habían separado de su partido, se inclinaba a compartir con los bolcheviques las responsabilidades del gobierno. Lenin les ofreció posiciones en el Consejo de Comisarios del Pueblo. Pero los social-revolucionarios de izquierda todavía abrigaban la esperanza de mediar entre los bolcheviques y sus adversarios y, para no perjudicar esta posibilidad, prefirieron mantenerse fuera del gobierno.[1]

Trotsky relata que, cuando se discutió por primera vez la composición del gobierno, Lenin propuso que Trotsky lo encabezara, puesto que había dirigido la insurrección de la cual nació el gobierno. Por la deferencia al derecho de antigüedad política de Lenin, Trotsky no aceptó la proposición.[2] Esta versión nunca ha sido negada por nadie, y fue confirmada indirectamente por lo que Lunacharsky, miembro de ese gobierno le contó a Sujánov, su amigo íntimo. Lenin, dijo Lunacharsky, era renuente a presidir el Consejo de Comisarios del Pueblo e incluso a participar en él; prefería dedicar toda su atención al manejo de los asuntos del Partido. Pero los dirigentes bolcheviques que se habían opuesto a la insurrección y los que habían vacilado, entre ellos el propio Lunacharsky, vieron en esta actitud de Lenin un intento de evadir sus responsabilidades e insistieron en que él presidiera el gobierno. Lenin habría sido el último hombre en rehuir las consecuencias de sus actos, y aceptó encabezar el *Sovnarkom*.[3]

A continuación propuso que Trotsky fuera nombrado Comisario de Asuntos Interiores.[4] Este Comisariado debía dirigir la lucha contra la contrarrevolución, y en él hacía falta una mano firme. Trotsky se opuso a este nombramiento también, en parte porque se sentía extenuado a causa de los esfuerzos de los últimos meses y en parte porque temía que, en aquel puesto, su origen judío pudiera ser utilizado por la contrarrevolución para agitar los sentimientos antisemitas contra los bolcheviques. Lenin desechó

[1] John Reed, *op. cit.*, p. 137.
[2] Trotsky, *Mi vida*, tomo II.
[3] Sujánov, *op. cit.*, vol. VII, p. 266. *Sovnarkom*, abreviatura del Consejo de Comisarios del Pueblo.
[4] Trotsky, *Mi vida*, tomo II, p. 76.

el argumento, pero Svérdlov, otro judío entre los dirigentes bolcheviques, compartía la aprensión de Trotsky, y Lenin cedió.

Este fue un episodio curioso. En los partidos socialistas y en los Soviets el prejuicio racial nunca se había dejado sentir; en todo caso, no habría sido tolerado. Los judíos, polacos y georgianos se habían destacado en todos los movimientos radicales y revolucionarios por la sencilla razón de que pertenecían a minorías oprimidas. Entre los mencheviques y los social-revolucionarios había más judíos aún que entre los bolcheviques. Pese a su origen, Trotsky había sido el jefe de la insurrección. Pero, hasta entonces, la revolución había sido un movimiento urbano y la ciudad más avanzada de Rusia su escenario principal. Ahora los bolcheviques tenían que adaptarse al desempeño de nuevos papeles: los de gobernantes de la Rusia rural, saturada todavía de ortodoxia griega, desconfianza de las ciudades y prejuicio racial. En unos cuantos meses Trotsky habría de llamar a los hijos de esa Rusia a defender la revolución en una docena de frentes, y su origen no habría de estorbarlo. Pero en esos pocos meses el régimen llegó a adquirir cierta sensación de estabilidad que le permitía desafiar al prejuicio inveterado. Al día siguiente de la insurrección, es probable que Trotsky juzgara imprudente que los vencedores ofrecieran una provocación excesiva.

Es posible, sin embargo, que tuviera otros motivos menos confesables. La tarea de gendarme principal de la revolución puede haber sido poco grata para sus gustos e inclinaciones. Es cierto que andando el tiempo él sería uno de los partidarios más firmes de las medidas represivas contra la contrarrevolución incipiente y no rehuiría el Terror Rojo cuando llegó el momento de implantarlo. Pero una cosa era justificar e incluso dirigir el terror rojo en una guerra civil, en una atmósfera de intenso drama, y otra muy distinta era aceptar el puesto de gendarme principal el mismo día de la revolución. Es posible que ello le haya parecido una secuela demasiado insípida. El internacionalista puede haberse sentido poco atraído por un puesto en el que habría tenido que concentrar su atención primordialmente en problemas nacionales.

Sea cual fuere la verdad, Trotsky aceptó de buen grado su nombramiento como primer Comisario de Relaciones Exteriores de la revolución. Fue por iniciativa de Svérdlov que se le invitó a asumir esa cartera. Después de la dirección del gobierno, éste era el nombramiento más importante. El propio Trotsky rebajó su importancia. La revolución, dijo, no necesitaba de la diplomacia: "Publicaré unas cuantas proclamas revolucionarias y después cerraré el taller". Había un poco de afectación en la relegación de su propia persona a un segundo plano. Svérdlov propuso su nombramiento sobre la base de que Trotsky era el hombre indicado "para enfrentarse a Europa" en nombre de la revolución; y esta tarea era tan importante como agradable para Trotsky. Es cierto, sin embargo, que no se proponía "enfrentarse a Europa" a la manera del diplomático conven-

cional.[5]

El gobierno estaba constituido, pero pocos creían que duraría. Para los antibolcheviques, y para muchos bolcheviques también, la insurrección y su resultado tenían un aspecto bastante irreal. Unos y otros esperaban, en su mayoría, una represión sangrienta. El día siguiente a la formación del gobierno, la capital se llenó de rumores de que Lenin y Trotsky habían huido.[6] Desde Gatchina, a menos de 32 kilómetros al sudeste de Petrogrado, Kerensky anunció lleno de confianza su inminente regreso a la cabeza de los leales cosacos del general Krasnov. El Comisario de Relaciones Exteriores, reasumiendo sus funciones como jefe del Comité Militar Revolucionario, tuvo que reunir una fuerza armada para detener el avance de las tropas de Kerensky. Esto resultó más difícil, en ciertos aspectos, que hacer la insurrección. La guarnición carecía de espíritu combativo. Había ayudado de buena gana a Trotsky a derrocar a Kerensky cuando éste amenazó con enviar a los regimientos rebeldes al frente; pero cuando Trotsky les ordenó a esos mismos regimientos que abandonaran sus cuarteles y ocuparan posiciones en las alturas a las afueras de la capital, cumplieron la orden a regañadientes y con descontento. No esperaban tener que combatir, y cuando súbitamente se encontraron bajo fuego el desaliento hizo presa en ellos. Las Guardias Rojas de los obreros civiles constituían la única fuerza militante de que se podía echar mano. Pero, al igual que cualquier milicia de ese género, si bien actuaban con confianza en sí mismos y con audacia mientras se movían dentro de los muros de su ciudad —donde conocían cada calle, cada pasaje y cada rincón—, estaban poco preparados para enfrentarse a un enemigo en campo abierto.[7]

En aquel momento Kerensky pudo haber regresado a Petrogrado si hubiese podido movilizar unos cuantos destacamentos disciplinados y dignos de confianza, aunque cabe dudar que hubiera logrado restablecer su autoridad. Pero, al igual que las tropas que Trotsky despachó contra él, sus cosacos tampoco estaban dispuestos en modo alguno a derramar su sangre. Se les había dicho que su tarea consistía en reprimir una revuelta organizada por un puñado de espías alemanes, y se sintieron sorprendidos al ver a los regimientos de la capital y a los Guardias Rojos desplegados frente a ellos. Por un momento el destino de un gran país, y sin duda el destino del mundo, dependió del encuentro de unas cuantas brigadas desanimadas. El bando que lograra encender una chispa de aliento en sus tropas y obrar con más determinación y rapidez, estaba destinado a vencer. La victoria residía en un estrechísimo margen de superioridad, como sucede a veces incluso cuando ejércitos numerosos, bien equipados y tenazmente combativos, pero igualmente fuertes, se enfrentan en una batalla.

Trotsky confiaba en que las palabras de persuasión, más que las balas,

[5] Trotsky, *loc. cit.*; *Proletárskaya Revolutsia*, núm. 10, 1922.
[6] Sadoul, *Notes sur la Révolution*, p. 63.
[7] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 86-90.

dispersarían a los cosacos de Krasnov.[8] Pero antes de que los propagandistas bolcheviques pudieran acercarse a los cosacos, era preciso debilitar con las balas su confianza en sí mismos. Ya en esta etapa Trotsky tuvo que buscar comandantes experimentados y capaces. El día después de la insurrección, él y Lenin se habían vuelto en solicitud de ayuda a los oficiales regulares que hasta entonces habían sido blanco de los ataques bolcheviques. Pero los oficiales a los que se pudo llevar por las buenas a Smolny se negaron cautelosamente a cooperar. Sólo unos cuantos desesperados y oportunistas estaban dispuestos a servir bajo el gobierno "ilegítimo". Uno de ellos. el coronel Muraviov, fue nombrado comandante de las fuerzas revolucionarias en la batalla por las colinas de Púlkovo, y subsiguientemente desempeñó un papel destacado en la primera fase de la guerra civil. Hombre jactancioso que se hacía pasar por social-revolucionario de izquierda, Muraviov parece haber actuado más por resentimiento contra Kerensky que por simpatías por los bolcheviques. Trotsky lo recibió en un principio con suspicacia. Pero el coronel era fogoso, competente y ansiaba conquistar un triunfo en una empresa que parecía imposible, y Trotsky quedó cautivado por su iniciativa y su coraje. El coronel Valden, otro oficial de este pequeño grupo, mandó la artillería que decidió el resultado de la batalla de Púlkovo en favor de los bolcheviques.

El nombramiento de estos oficiales suscitó mucha indignación en el Soviet. Los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda se horrorizaron al ver, como pensaban ellos, la suerte de la revolución puesta en manos de arribistas desprestigiados (de Muraviov se decía que había actuado con celo especial en la represión de los bolcheviques en los días de julio). Boicoteados por toda la oficialidad, los bolcheviques no podían, sin embargo, darse el lujo de escrutar demasiado las credenciales de quienes estaban dispuestos a servirles. En la sección militar del Partido había pocos hombres duchos en el arte de la insurrección, pero casi ninguno competente en el de la guerra ordinaria. La guarnición estaba sumida en el caos total, y Trotsky ni siquiera podía localizar sus depósitos de municiones y alimentos. En aquel momento estaba dispuesto a utilizar al mismo diablo, siempre y cuando pudiera mantener una pistola apuntada a la cabeza del diablo y observar lo que éste hacía. En estas improvisaciones se pueden discernir, en miniatura. los elementos principales de la política militar de Trotsky en la guerra civil.

El 28 de octubre Trotsky llegó a la cabeza de los Guardias Rojos a Gátchina, donde se libraba una batalla por las cercanías de la ciudad. En Gátchina las tropas de Kerensky sufrieron su primer revés, y Trotsky tuvo la esperanza de regresar con el antiguo Primer Ministro como prisionero del Soviet. Pero Kerensky se le escapó.[9]

[8] Sadoul, *op. cit.*, pp. 68-69.
[9] Sujánov, *op. cit.*, vol. VII. p. 305. La atmósfera que prevalecía en el Soviet

Mientras los combates en las afueras de Petrogrado continuaban, dentro de la ciudad los cadetes de la escuela de oficiales se sublevaron. Tuvieron cierto éxito inicial, y entre los prisioneros que tomaron se encontraba Antónov-Ovseienko, el Comisario de la Guerra. Hablando ante el Soviet sobre las medidas tomadas para reprimir esta revuelta, Trotsky declaró entre otras cosas:

> Los prisioneros que hemos tomado son rehenes en nuestras manos. Si nuestros enemigos tomaren prisioneros entre nosotros, sepan que canjearemos cada obrero y campesino por cinco cadetes militares... Hoy les hemos demostrado que nuestras vacilaciones han tocado a su fin. No bromeamos cuando están en juego los intereses fundamentales de los obreros y los campesinos. Sabemos cómo han combatido los terratenientes y los capitalistas..., cómo han tratado a los soldados insurrectos, obreros y campesinos, cuánta sangre han derramado, cuántas vidas han destruido...[10]

Estas palabras, que podían tomarse como una señal para llevar a cabo ejecuciones a discreción, provocaron airadas protestas.[11] Durante una sesión ulterior, Trotsky aprovechó una pregunta de un delegado para explicar lo que había querido decir. Sobraba decir, declaró, que la vida de los prisioneros era inviolable "por razones humanitarias y porque los vivos valen más para nosotros que los muertos". Antes se había referido al "canje", no al fusilamiento, de prisioneros.[12] El incidente, sin embargo, fue una anticipación de la ferocidad de la guerra civil. En la misma sesión, al informar sobre las dificultades para aprovisionar a los Guardias Rojos, Trotsky anunció que el Soviet no respetaría la santidad de la propiedad privada: "Las organizaciones de obreros y soldados pueden obtener del Comité Militar Revolucionario autorización para efectuar requisiciones". También informó que el gobierno estaba preparando un decreto que le daría poder para clausurar periódicos que respaldaran al bando enemigo en la guerra civil.

está bien caracterizada en una escena descrita por John Reed (*op. cit.*, pp. 192-193): "Trotsky estaba hablando [sobre el desarrollo de los combates]:

"—Los cruceros *Oleg*, *Aurora* y *República* han anclado en el Neva, y sus cañones apuntan hacia los accesos a la ciudad.

"—¿Por qué no estás tú en el frente con los guardias rojos? —le espetó una voz ruda.

"—Ahora mismo me voy —replicó Trotsky, y abandonó la tribuna".

La brusca ira plebeya de las masas no respetaba ni siquiera a los jefes de la revolución, y a menudo les dictaba lo que tenían que hacer.

[10] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 71.

[11] Lozovsky, por ejemplo, le reprochó a Trotsky "imitar los métodos de Hindenburg".

[12] *Loc. cit.*

El 31 de octubre los cosacos de Kerensky se rindieron en Púlkovo. Su comandante, el general Krasnov, fue hecho prisionero, pero Kerensky volvió a escapar. Trotsky anunció la victoria desde el campo de batalla en un elocuente mensaje al Soviet. Dejó a Krasnov en libertad bajo palabra, lo cual no impidió que el general volviera a empuñar las armas contra los Soviets poco más tarde. Al mismo tiempo, después de prolongados y sangrientos combates, los bolcheviques lograron dominar a Moscú. La mayoría de las demás ciudades informaron también el establecimiento de la autoridad de los Soviets. El gobierno de Lenin dejó de estar aislado en Petrogrado, y aún transcurriría algún tiempo antes de que la guerra civil se desatara definitivamente.

La primera amenaza armada al gobierno de Lenin apenas había sido rechazada cuando el gobierno se encontró en peligro de caer debido a los escrúpulos y las rectificaciones de sus propios miembros. Los bolcheviques moderados deseaban ansiosamente reconciliarse con los mencheviques y los social-revolucionarios e invitarlos a participar en el gobierno. Los dirigentes del sindicato de ferroviarios amenazaron con paralizar los trenes si no se formaba un gobierno de coalición de todos los partidos socialistas. El 29 de octubre el Comité Central bolchevique, en ausencia de Lenin, Trotsky y Stalin, resolvió iniciar las negociaciones.[13] Los mencheviques y los social-revolucionarios plantearon entonces las siguientes condiciones para su ingreso en la coalición: el nuevo gobierno no sería responsable ante los Soviets, sino ante "los amplios círculos de la democracia revolucionaria", debería desarmar a los destacamentos bolcheviques, y Lenin y Trotsky deberían salir del gobierno.[14] Estas condiciones equivalían a exigir que los bolcheviques declararan nula e inválida la Revolución de Octubre, que se desarmaran frente a sus enemigos y que aislaran ellos mismos al inspirador y jefe de la insurrección. Propuestas por los partidos derrotados en una revolución a los vencedores que buscaban una reconciliación, eran exigencias audaces. Los negociadores bolcheviques, Kámenev, Riazánov y Sokólnikov, especialmente los dos primeros, pertenecían al ala derecha del Partido y no había cosa que desearan más que poder volver a su partido con una transacción practicable que Lenin y Trotsky no pudieran rechazar fácilmente. Tan deseosos estaban los negociadores bolcheviques de llegar a un acuerdo con los mencheviques y los social-revolucionarios a base de concesiones mutuas, que mientras la batalla de Púlkovo todavía no se decidía, firmaron un llamamiento conjunto en favor de un cese de las hostilidades, llamamiento dirigido implícitamente contra su propio Partido y el gobierno. Con todo, ni siquiera los bolcheviques más moderados podían aceptar las condiciones de los mencheviques. No podían volver a su partido para aconsejarle que cometiera suicidio.

Directamente desde la batalla de Púlkovo, Trotsky se dirigió a una con-

[13] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 144-147.
[14] *Ibid.*, p. 156.

ferencia que el Comité Central efectuó con el comité de Petrogrado y con los dirigentes de la sección militar para tomar una decisión sobre las negociaciones. El fue el primero en atacar a Kámenev y Riazánov. "No teníamos necesidad de hacer el levantamiento", dijo, "si no nos hubiéramos propuesto obtener una mayoría en el gobierno... Debemos obtener tres cuartas partes de todos los puestos". Añadió que Lenin debía, bajo cualesquiera circunstancias, seguir presidiendo el gobierno.[15] Lenin fue aún más lejos y pidió el cese de las negociaciones. En el otro extremo, Riazánov (y Lunacharsky) se inclinaba a conceder la exclusión de Lenin y Trotsky del gobierno, diciendo que el Partido debería insistir en los principios, no en las personas. La conferencia decidió continuar las negociaciones, pero sólo bajo condiciones que garantizaran la preponderancia del Partido en la coalición que se proponía.

Esta controversia fue una prolongación de la que había precedido a la insurrección. En principio, todos los bolcheviques convenían en que los Soviets debían formar la base y la estructura constitucional del gobierno. Todos parecían convenir también en que era aconsejable formar una coalición con cualquier partido o grupo dispuesto a aceptar este principio. El 2 de noviembre el Comité Central reiteró solemnemente que los bolcheviques seguían dispuestos a formar un gobierno con los partidos que le habían declarado un boicot a los Soviets, siempre y cuando que esos partidos rectificaran y aceptaran la constitucionalidad soviética. Los mencheviques y los social-revolucionarios no podían aceptar esto sin repudiar todo lo que habían hecho desde febrero. Si las condiciones que los mencheviques habían planteado eran una exigencia implícita de que los bolcheviques cometieran suicidio, el partido de Lenin, a su vez, invitaba a sus posibles aliados a cometer un acto de autoeliminación moral. Lenin no tenía duda de que éstos no harían tal cosa, y consideraba que la continuación de las negociaciones no tenía sentido. A lo sumo, decía, sólo podía servir como una estratagema de guerra dirigida a confundir a los partidarios de Kerensky mientras durara la lucha contra éste.

Ni Lenin ni Trotsky veían razón alguna para que su partido no formaran un gobierno compuesto exclusivamente por sus propios miembros. No había nada, sostenían, que le impidiera a la mayoría del Soviet asumir la responsabilidad exclusiva. En ningún sistema democrático la minoría tiene derecho a exigir la participación en el gobierno. Lo que es vital para la minoría es que no se le impida actuar como oposición, en la inteligencia de que esa actuación debe tener lugar dentro de una estructura constitucional aceptada tanto por el gobierno como por la oposición. Después de la revolución de octubre no existía ninguna estructura de ese tipo. Un partido había proclamado un nuevo principio constitucional, que casi todos los demás partidos consideraban inherentemente inconstitucional. Al negar

[15] *Ibid.*, p. 149.

enfáticamente la soberanía de los Soviets, los mencheviques y sus aliados no podían ni siquiera actuar como una oposición leal dentro de los Soviets (aunque algunos grupos de ellos trataron ocasionalmente de hacerlo). Menos aún podían ser aliados de los bolcheviques. Los partidos que así se enfrentaban eran todos socialistas de nombre; sin embargo, todo lo que los relacionaba ahora eran reminiscencias de un pasado común que se iban esfumando.

El numeroso e influyente grupo de dirigentes bolcheviques que todavía trataban de tender un puente entre los adversarios, actuaban en parte movidos por esas reminiscencias. Muchos de los conciliadores bolcheviques consideraban también que su partido se había metido en un callejón sin salida y que, para salir de él, debía aceptar la mano que le tendían sus adversarios. Kámenev, Ríkov, Zinóviev y otros argumentaban, alarmados, que Petrogrado carecía de alimentos, que los bolcheviques no podrían gobernar el país si los ferrocarriles se paralizaban y que no tenían posibilidades de sobrevivir a una guerra civil prolongada. Lenin y Trotsky, apoyados ardientemente por Svérdlov y Dzerzhinsky, no negaban los riesgos y los peligros, pero creían que podían sostenerse si actuaban con determinación. Buscar la coalición era mostrar debilidad; y, en todo caso, los posibles aliados no habían tendido sus manos para ayudar, sino para estrangular.

El 2 de noviembre el Comité Central Ejecutivo de los Soviets discutió el problema, y los "conciliadores" bolcheviques, junto con los miembros antibolcheviques, votaron contra su propio partido. Esta escisión abierta era sumamente embarazosa, tanto más cuanto que los "conciliadores" estaban encabezados por Kámenev, quien, pese a su reciente disputa con el Partido, había sido elegido Presidente del Comité Central Ejecutivo de los Soviets, un puesto que equivalía al de Presidente de la República. Sucintamente, el Presidente bolchevique pidió en forma franca la disolución del gobierno bolchevique y su reemplazo por una coalición. Kámenev tenía tras de sí a los miembros más importantes del propio gobierno: Ríkov, Comisario de Asuntos Interiores; Miliutin, Comisario de Agricultura; Noguín, Comisario de Industria y Comercio; Lunacharsky, Comisario de Educación; Teodorovich, Comisario de Suministros; y, fuera del gobierno, a Zinóviev, Lozovsky, Riazánov y Yuréniev, para mencionar sólo a los más influyentes.

La crisis no podía ser más grave tanto en el gobierno como en el Partido. La regla de que los miembros de un partido deben actuar en sus puestos gubernamentales siguiendo las instrucciones del partido era aceptada generalmente no sólo por los bolcheviques, sino por la mayoría de los partidos rusos y ciertamente por los europeos, aunque la regla operaba más frecuentemente en su violación que en su cumplimiento. Lenin y Trotsky se propusieron hacerla cumplir. Convencieron al Comité Central de que reafirmara su posición: "Ceder a los ultimátums y a las amenazas de una

minoría en los Soviets equivaldría a una completa renuncia [por nuestra parte] no sólo al gobierno basado en los Soviets, sino también a la actitud democrática. Ceder sería prueba del temor de la mayoría a utilizar su mayoría; equivaldría a someterse a la anarquía; y estimularía a cualquier minoría a presentarnos un ultimátum detrás de otro".[16] El 3 de noviembre la mayoría del Comité Central les presentó a los "conciliadores" su propio "ultimátum", que exigía un comportamiento disciplinado y amenazaba con convocar un Congreso extraordinario del Partido que tendría que elegir entre apoyar la política de los "conciliadores" o expulsarlos.[17] Los "conciliadores" respondieron con su renuncia colectiva al Comité Central y al gobierno. Justificaron su acción con protestas enérgicamente formuladas contra la insistencia del Partido en un gobierno puramente bolchevique. Tal gobierno, declaró Noguín en nombre de los renunciantes, "sólo puede mantenerse en el poder por medio del terror político". Conduciría a un "régimen irresponsable" y "excluiría a las organizaciones de masas del proletariado de la dirección de la vida política".[18]

Al igual que en la controversia de Trotsky con Lenin en 1904 y en los recientes debates sobre la insurrección, también aquí los errores y los aciertos en la discusión se confundían inexplicablemente. Desde el punto de vista bolchevique, las consideraciones que Lenin y Trotsky aducían para justificar su política eran irrefutables. Las negociaciones encaminadas a formar una coalición amplia eran fútiles. Los mencheviques y los socialrevolucionarios de derecha estaban tratando, en forma indirecta, de arrebatar el poder a los bolcheviques, no de compartirlo con ellos. Pese a toda su ansiedad por llegar a un acuerdo con los mencheviques, Kámenev no podía aceptar sus condiciones. En la misma sesión del Comité Central Ejecutivo de los Soviets en que virtualmente exigió la renuncia del gobierno de Lenin, declaró también que sin Lenin y Trotsky el Partido sería "decapitado".[19] El otro bando insistía en la "decapitación" porque no podía eliminar a los bolcheviques del poder sin quebrantar primero su confianza en sí mismos. No podía concebirse nada mejor para lograr tal cosa que la exigencia de que el partido bolchevique permitiera que otros le dictaran quién habría de ser su representante en el gobierno y la insistencia en que el Partido repudiara a sus dos jefes.

Al igual que en octubre, Lenin no impugnaba ahora el derecho de Kámenev y sus compañeros a disentir. Pero sí les negaba el derecho a actuar contra la política declarada del Partido fuera de éste. Cuando abandonaron sus puestos en el gobierno, para expresar su protesta, Lenin los tachó inmediatamente de "desertores". Kámenev y sus compañeros acabaron por capitular, tal como lo habían hecho en octubre. Sus gestiones quedaron

[16] *Ibid.*, p. 161.
[17] *Ibid.*, pp. 162-164.
[18] *Ibid.*, pp. 169-170.
[19] *Ibid.*, p. 166.

agotadas cuando se hizo claro que ninguno de los partidos opuestos estaba en actitud de conciliación. Zinóviev fue el primero en rectificar su posición y en declarar que los mencheviques habían hecho imposible una transacción.[20] En palabras que prefiguraban sus futuras y más trágicas capitulaciones, apeló a sus compañeros: "Permanecemos en el Partido; preferimos equivocarnos con los millones de trabajadores y morir con ellos a mantenernos al margen en este momento histórico decisivo". Al cabo de unos cuantos días los "conciliadores" quedaron completamente derrotados. Kámenev fue destituido de su alto puesto en el Ejecutivo de los Soviets, y en una sesión de este organismo Trotsky propuso a Svérdlov como sucesor de Kámenev. El único resultado positivo de las negociaciones fue que los social-revolucionarios de izquierda, resentidos por la actitud de los partidos antibolcheviques, ingresaron en el gobierno de Lenin.

Sin embargo, los adversarios de Lenin y Trotsky en el Partido no estaban tan equivocados como ellos mismos habían llegado a admitir. La predicción de que "un gobierno puramente bolchevique sólo podría sostenerse por medio del terror político" y conduciría a un "régimen irresponsable", habría de cumplirse a la larga. Por el momento, Lenin y Trotsky rechazaron esa predicción con sincera indignación, reiterando las seguridades de que los Soviets podrían derrocar al gobierno por una simple mayoría de votos.[21] Pero la historia habría de justificar la advertencia, aunque cuando ésta se hizo no había razón aparente para darle crédito. Lenin, Trotsky y los demás dirigentes bolcheviques tenían indudablemente las mejores intenciones de gobernar el país en un espíritu de auténtica responsabilidad ante el electorado soviético. Pero el hecho de que sólo su partido abrazara la constitucionalidad soviética de todo corazón no podía llevarlos sino a identificar la política de su partido con la constitucionalidad soviética, después a sustituir los principios de esa constitucionalidad por los deseos del Partido, y finalmente a abandonar del todo esos principios. En términos más amplios, la circunstancia de que los bolcheviques fueran *el* partido de la revolución los impulsó en un principio a identificarse a sí mismos con la revolución, y posteriormente a reducir la revolución a un asunto exclusivo de su partido. Once años más tarde Bujarin, al examinar la secuencia de los acontecimientos que condujeron a la perversión de la democracia soviética y al ascenso de Stalin, situó, el origen de esos "desastres" en un "solo error": la identificación del Partido con el Estado.[22] La fuerza de las circunstancias empezó a empujar al Partido por este camino en la primera semana de la revolución; y los bolcheviques moderados expresaron un instintivo temor al camino. Nadie se imaginó la longitud, la dirección ni el carácter trágico del recorrido.

[20] *Ibid.*, p. 177.
[21] *Ibid.*, pp. 171-175.
[22] La cita está tomada de la conversación de Bujarin con Kámenev en 1928, cuyo resumen más completo se encuentra en *The Trotsky Archives.*

Después de Lenin, Trotsky era el partidario más franco y tenaz de un gobierno exclusiva o predominantemente bolchevique. El había enviado orgullosamente a los mencheviques y a los social-revolucionarios al "basurero de la historia", y no se sentía inclinado a pedirles que regresaran como aliados. Con todo, ni él ni ninguno de sus colegas se proponía suprimir esos partidos. Cuando, el día después de que los mencheviques abandonaron el Congreso de los Soviets, Mártov regresó para interceder ante los bolcheviques en favor de los ministros socialistas arrestados —del mismo modo que en julio había intercedido ante esos ministros en favor de los bolcheviques arrestados— aquéllos se ablandaron. Trotsky sacó a los ministros de la cárcel, poniéndolos primero bajo arresto domiciliario y después en completa libertad. Esto fue, en todo caso, más generoso que el tratamiento que los ministros les habían dado tan recientemente a él mismo y a Lenin.[23] En los Soviets, los bolcheviques mantuvieron las puertas abiertas para el regreso de los mencheviques y los social-revolucionarios; y en el Comité Ejecutivo Central mantuvieron un número de vacantes proporcional a la fuerza de sus adversarios en el Congreso. Tanto Lenin como Trotsky, aun cuando no tenían deseos de compartir el gobierno con los mencheviques y los social-revolucionarios, deseaban verlos representados en el "Parlamento proletario" y sus organismos.

Trotsky se opuso a los "conciliadores" bolcheviques sin señal alguna de vacilación. Con todo, existen testimonios dignos de confianza acerca de sus aprensiones íntimas. Sadoul relata que, tres días después de la insurrección, Trotsky le dejó conocer su preocupación por los mencheviques, quienes debido a sus pretensiones y a su actitud entorpecedora podrían llevar a los bolcheviques a tratarlos con dureza y a profundizar, en consecuencia, el cisma que existía entre los partidos. Esto, dijo Trotsky, le causaba más inquietud que el avance de los cosacos de Krasnov, y los informes sobre la formación de las Guardias Blancas.[24] Algún tiempo después le expresó a Sadoul su esperanza de que, después que los bolcheviques hubiesen cumplido los puntos más esenciales de su programa, invitarían a los mencheviques a participar en el gobierno.

Las conversaciones sobre la coalición terminaron abruptamente el 3 de noviembre, cuando Mártov y Abramóvich declararon que no entrarían en negociaciones mientras continuaran los arrestos que entonces se estaban efectuando y mientras no se permitiera la reaparición de los periódicos que acababan de ser clausurados.[25] Los bolcheviques habían arrestado a unos cuantos políticos derechistas y clausurado algunos periódicos que habían llamado abiertamente a la resistencia armada. En el Soviet, Trotsky justificó estas medidas con las siguientes palabras: "La demanda de que se ponga fin a toda represión en el momento de la guerra civil equivale

[23] Sujánov, *op. cit.*, vol. VII, p. 243.
[24] Sadoul, *op. cit.*, pp. 68-69.
[25] *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 174.

a una demanda de que pongamos fin a la guerra civil... Nuestros adversarios no nos han propuesto la paz... En una situación de guerra civil es legítimo clausurar periódicos hostiles".[26] Le aseguró enfáticamente al Soviet que el gobierno no tenía intenciones de establecer su propio monopolio de prensa. Estaba, sin embargo, obligado a destruir el monopolio de prensa de las clases propietarias, como habían prometido hacerlo todos los partidos socialistas. Las imprentas y las fábricas de papel serían nacionalizadas, y después el gobierno les asignaría facilidades de impresión y papel a todos los partidos y grupos, en proporción a su fuerza demostrada en las elecciones. Así se establecería, por primera vez en la historia, la auténtica libertad de prensa. La capacidad de difundir opiniones dependería de la influencia real en la vida social y política, no de los recursos económicos.[27]

Un mes después de la revolución, las primeras Guardias Blancas, al mando de Kornílov, Kaledin, Alexéiev y Denikin, entraron en acción en el Don; y los cosacos de Orenburgo se levantaron en armas encabezados por su *atamán* Dútov. Los generales blancos no simularon siquiera que luchaban por la restauración del gobierno de Kerensky. Se proponían francamente la restauración del zarismo o su propia dictadura. Simultáneamente con esta iniciación de la guerra civil en provincias remotas, los "cadetes" y algunos social-revolucionarios de derecha llevaron a cabo una seminsurrección en la capital. El 28 de noviembre Trotsky anunció la ilegalización del partido "cadete". El Comité Central de ese partido, dijo, era el cuartel general político de las Guardias Blancas y dirigía el reclutamiento de oficiales para Kornílov y Kaledin.[28] Los "cadetes", por consiguiente, serían excluidos de la Asamblea Constituyente que el gobierno se preparaba a convocar. "Hemos comenzado", añadió Trotsky, "en forma modesta. Hemos arrestado a los jefes de las 'cadetes' y hemos ordenado que sus partidarios en las provincias sean mantenidos bajo vigilancia. En la época de la Revolución Francesa, los jacobinos guillotinaron hombres más honrados que éstos por obstruir la voluntad del pueblo. No

[26] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 104-105.

[27] Algún tiempo después Trotsky habló sobre el mismo asunto ante el Regimiento de Granaderos. "¿Qué entienden los corifeos de la burguesía por libertad de prensa? Lo mismo que entienden por libertad de comercio. Todo el que posee algún capital tiene el derecho, porque tiene los recursos, de abrir una fábrica, una tienda, un burdel o un periódico, según sus gustos personales... Pero, ¿gozan de la libertad de prensa los millones de campesinos obreros y soldados? Estos no poseen la condición esencial de la libertad, los recursos, los recursos reales y genuinos para publicar un periódico". En esta ocasión también defendió el principio de la distribución proporcional de papel y otras facilidades a los partidos políticos. *Ibid.*, pp. 125-127.

[28] Que esto era literalmente cierto lo confirma una fuente tan autorizada como Denikin, quien describe en forma muy detallada las relaciones entre las Guardias Blancas y el cuartel general de los "cadetes". *Ocherki Russkoi Smuty*, vol. II, pp 35, 186-194.

hemos ejecutado a nadie ni tenemos intenciones de hacerlo. Pero hay momentos de ira popular, y los 'cadetes' se han buscado dificultades ellos mismos".[29]

Las palabras "Hemos comenzado en forma modesta" sonaban ominosamente. Después de hacer triunfar una revolución, los bolcheviques no podían repudiar el terror revolucionario; y el terror tiene su propio impulso. Todo partido revolucionario se imagina en un principio que su tarea es sencilla: suprimir a un "puñado" de tiranos o explotadores. Es cierto que generalmente los tiranos y los explotadores constituyen una minoría insignificante. Pero la vieja clase gobernante no ha vivido aislada del resto de la sociedad. Durante su larga dominación se ha rodeado de una red de instituciones que abarcan grupos e individuos de muchas clases, y ha dado vida a muchas adhesiones y lealtades que ni siquiera una revolución logra destruir del todo. La anatomía de la sociedad nunca es tan simple como para que sea posible separar quirúrgicamente uno de los miembros del resto del cuerpo. Toda clase social está ligada a su vecina inmediata por muchas gradaciones casi imperceptibles. La aristocracia se difumina en la alta clase media, ésta en las capas inferiores de la burguesía, la baja clase media se bifurca en la clase obrera, y el proletariado, especialmente en Rusia, está vinculado por numerosas filiaciones con el campesinado. Los partidos políticos están interrelacionados en forma similar. La revolución no puede asestarle un golpe al partido que le es más hostil y peligroso sin obligar no sólo a ese partido, sino a su vecino inmediato, a replicar con un contragolpe. La revolución, por lo tanto, trata como su enemigo al vecino inmediato de su enemigo. Cuando golpea a este enemigo secundario, el vecino de éste también siente el golpe y entra en la lucha. El proceso se desarrolla como una reacción en cadena hasta que el partido de la revolución alza contra sí y suprime a todos los partidos que hasta poco tiempo antes llenaban el escenario político.

Los generales que mandaban a las Guardias Blancas eran monárquicos a secas. Habían sido educados para ser los servidores del absolutismo zarista, y veían a la revolución en todas sus fases, bolchevique y prebolchevique, con profundo odio y anhelos de venganza. Los "cadetes" habían sido monárquicos constitucionales. Bajo el zar, el grupo principal de los defensores del absolutismo y el grupo principal de los monárquicos constitucionales se habían enfrentado con hostilidad y mutuo desprecio. Pero los dos partidos también habían coincidido parcialmente. Desde la caída de la monarquía sus desavenencias habían perdido mucha razón de ser; todos se proponían el derrocamiento de la "república socialista". Después de la Revolución de Octubre, acabaron por liquidar sus diferencias y por luchar bajo la misma bandera. Pero un numeroso sector de los monárquicos constitucionales estaban estrechamente relacionados con los repu-

[29] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, p. 138.

blicanos semisocialistas que habían sido los pilares del régimen de febrero. Dentro de los partidos menchevique y social-revolucionario podían hallarse todos los matices de opinión, desde el republicanismo burgués hasta el socialismo cuasi-revolucionario; y en sus alas extremas estos dos partidos coincidían parcialmente con los bolcheviques. Si los bolcheviques hubiesen podido aislar a las Guardias Blancas, sus enemigos más activos y peligrosos, como el único blanco de ataque, la revolución y la guerra civil tal vez se habrían desarrollado de manera diferente. La alianza natural entre los monárquicos constitucionales y las Guardias Blancas hizo esto imposible. Para privar a las Guardias Blancas de su servicio de suministros políticos, los bolcheviques tuvieron que ilegalizar a los "cadetes". El sector principal de los mencheviques y los social-revolucionarios nunca habría soñado con defender a Kornílov, Denikin o Kolchak. Pero no podían permanecer indiferentes cuando los "cadetes" fueron declarados "enemigos del pueblo", aunque sólo fuera porque su propia ala derecha había convivido con los "cadetes" en una especie de simbiosis política, incubando planes y conjuras políticas comunes. Un menchevique de izquierda como Mártov difícilmente habría defendido a los "cadetes" solos, pero estaba muy consciente de que, después de los "cadetes", el látigo de la revolución caería sobre el ala derecha de los social-revolucionarios y de su propio partido. Y eso deseaba evitarlo Mártov.

Las seguridades dadas por Trotsky de que los bolcheviques no tenían la intención de instalar la guillotina eran buena prueba de que él tenía conciencia del peligro que el terror representaba para la revolución. El deseo de resistir a ese peligro alentaba en muchos bolcheviques. El día siguiente al levantamiento los bolcheviques abolieron la pena capital, y Lenin fue el único que protestó contra la medida.[30] Pero aun el propio Lenin, cuando argumentó contra los bolcheviques moderados, dijo: "En París, ellos [los jacobinos] usaron la guillotina, en tanto que nosotros sólo privamos de las tarjetas de racionamiento a quienes no las obtienen por medio de los sindicatos".[31] El Partido en general trató, en parte por instinto y en parte por conciencia, de eludir la pendiente, resbalosa de sangre, por la que se habían precipitado los jacobinos. Habiendo puesto un pie, por necesidad, en la cima de la pendiente, el Partido resistió con energía y durante largo tiempo la atracción hacia abajo. El gobierno ilegalizó a los "cadetes", pero no al ala derecha de los social-revolucionarios, que había participado en la seminsurrección del 28 de noviembre. Decretó las elecciones a la Asamblea Constituyente, sin tener aún plena conciencia del inevitable conflicto entre el gobierno a través de los Soviets y una Asamblea Constituyente. A fines de noviembre, Bujarin todavía instó al Comité Central a que pospusiera el ajuste de cuentas con los "cadetes" hasta la

[30] Trotsky, *Lénine*, pp. 116-117.
[31] Trotsky, *The Stalin School of Falsification*, p. 110.

apertura de la Asamblea Constituyente. Aduciendo precedentes de la historia francesa e inglesa, propuso que los "cadetes" fueran expulsados de la Constituyente y que ésta se declarara a continuación Convención revolucionaria. Bujarin contaba con que los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda tuvieran una mayoría abrumadora en la Asamblea, y que ello le diera a la revolución la ventaja de la legitimidad formal. Trotsky apoyó ampliamente el plan de acción de Bujarin. Sólo Stalin parece haber tenido en aquel momento una idea más clara de la tendencia de los acontecimientos, probablemente porque no creía que los bolcheviques y los social-revolucionarios tuvieran una mayoría en el país. La proposición de Bujarin, declaró Stalin, era demasiado tardía: la supresión de los "cadetes" había empezado ya y no podía ser pospuesta. El contaba con una división en la Asamblea y una lucha entre dos asambleas rivales. Nadie pensaba todavía en la disolución de la Constituyente. En las actas de las discusiones, aun de las más confidenciales, no se halla una sola sugestión para suprimir a otros partidos.[32]

Hacía poco más de dos meses que Trotsky había ingresado en el partido bolchevique y ya su posición destacada en los altos círculos de éste estaba firmemente establecida. El primer Politburó, elegido antes de la insurrección, nunca tuvo vida. Fue reemplazado por un organismo más reducido, "el Buró del Comité Central", un Comité Ejecutivo que se hallaba en sesión permanente y estaba compuesto por cuatro hombres: Lenin, Trotsky, Stalin y Svérdlov.[33] Cuando se consumó la coalición con los social-revolucionarios de izquierda, el Consejo de Comisarios del Pueblo eligió un gabinete interno en el que los bolcheviques estaban representados por los mismos hombres, con excepción de Svérdlov, que no ocupaba ningún puesto en el gobierno. Lenin y Trotsky eran reconocidos generalmente como los principales creadores de línea política y autoridades supremas en cuestiones de doctrina. Stalin y Svérdlov eran los organizadores principales.

La relación entre Lenin y Trotsky era una relación de mutua confianza, cordialidad y respeto, aunque no de intimidad personal. Su lucha común contra los bolcheviques moderados, antes y especialmente después de la insurreción, el odio que los enemigos les profesaban a los dos al exigir la exclusión de ambos de cualquier gobierno de coalición, su coincidencia en todas las cuestiones importantes: todo ello ligaba a los dos hombres con el más fuerte de los vínculos. La actitud de Lenin era modesta y casi impersonal, aun en el ejercicio del poder; desconfiaba del ademán y la palabra dramáticos. Durante dos décadas había estado rodeado de muchos partidarios devotos, a los que había dirigido mediante el puro vigor

[32] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 180-191.
[33] *Ibid.*, p. 189.

de su intelecto y su carácter. Había adquirido verdadera maestría para juzgar los méritos y los defectos de sus colegas y subordinados y para manejarlos de la manera más provechosa para el Partido. Duro y aun despiadado en las controversias serias, era por otra parte reservado, lleno de tacto y de cuidado para no herir las susceptibilidades y debilidades de sus seguidores, y atento a sus ideas y sugestiones.

La volcánica pasión de Trotsky y su poderoso lenguaje agitaban el alma de la gente en una forma que la incisiva prosa didáctica de Lenin nunca igualaba. Ahora, unidos nuevamente en una causa común, Lenin escuchaba las desbordadas diatribas de Trotsky con aprobación e incluso con admiración, pero también con algo de aquella desazón con que el *muzhik* escuchaba la grandilocuencia urbana. El contraste entre sus temperamentos se extendía también a otras cualidades. Los muchos años de actividad como francotirador político habían dejado su huella en Trotsky. Este no poseía los hábitos del trabajo de equipo fácil y libre que constituyen la fuerza de un verdadero dirigente de hombres. Lunacharsky, aun cuando todavía veía a Trotsky con intensa admiración, se refirió enfáticamente a este rasgo, diciendo que Trotsky nunca había logrado organizar ningún grupo estable de seguidores.[34] Era imperioso y reconcentrado en sí mismo. Por ello resulta tanto más notable que en los años inmediatamente posteriores demostrara ser un administrador tan extraordinario y brillante. El mérito de su ejecutoria administrativa, sin embargo, no se debió a su manejo de los hombres, sino a la claridad y precisión de sus planes, a su energía y fuerza de voluntad y a su sistemático método de trabajo. La capacidad para el trabajo sistemático, en el que superaba a Lenin, era rara en un país donde la gente le atribuía poco valor al tiempo y al esfuerzo sostenido. Su actual asociación estrecha con Lenin, se fundaba en ciertos ajustes personales así como en la comunidad de propósitos. Trotsky reconocía con indudable sinceridad la jefatura de Lenin. Lo hacía sin el menor asomo de adulación y sin renunciar a su propia independencia, pero con evidente remordimiento por su pasada equivocación al subestimar a Lenin como revolucionario y como dirigente. Lenin, por su parte, hacía todo lo posible por que Trotsky se sintiera en el Partido como si siempre hubiera pertenecido a él. En el transcurso de los seis años de su asociación, años que acarrearon una serie de nuevas disputas, Lenin no hizo una sola alusión a sus controversias pasadas, excepto cuando dijo en privado que en ciertos aspectos Trotsky había tenido la razón y cuando previno al Partido, en su testamento, que no esgrimiera contra Trotsky su pasado no bolchevique.

Los otros dos miembros del "Buró del Comité Central" estaban hechos de una pasta muy diferente. Svérdlov fue el verdadero predecesor de Stalin como Secretario General del Partido: nominalmente, el puesto todavía

[34] Lunacharsky, *Politicheskie Siluety*, pp. 25-30.

no se había creado. Al igual que Stalin, Svérdlov había pasado toda su vida política en la clandestinidad. Tenía el mismo talento organizativo, la misma capacidad para manejar a los hombres, la misma mentalidad empírica y la misma firmeza de carácter.[35] Más conforme que Stalin con su papel de organizador, exento de la ambición de brillar como autoridad en cuestiones de doctrina, Svérdlov poseía, sin embargo, si hemos de juzgar a base de sus pocos escritos y discursos, un intelecto más amplio, más cultivado y flexible que el de Stalin, y era mucho más coherente.[36] Fue él quien, en ausencia de Lenin, introdujo a Trotsky en la vida interna del Partido, lo puso al tanto de su organización militar y facilitó su cooperación con los diversos niveles del *caucus* bolchevique. Svérdlov, como sabemos, fue también quien propuso el nombramiento de Trotsky como Comisario de Relaciones Exteriores. En tanto que las relaciones de Trotsky con Svérdlov eran de una franca camaradería, sus primeros contactos directos con Stalin fueron muy diferentes. El mismo escribió más tarde que apenas se enteró de la existencia de Stalin hasta después de la Revolución de Octubre.[37] Sin embargo, Stalin había sido el director del periódico del Partido y uno de los miembros más importantes del Comité Central. Si es cierto que Trotsky lo pasó por alto, por decirlo así, ello no indicaría tanto la insignificancia del papel de Stalin, que Trotsky deseaba probar, cuanto la falta de interés del propio Trotsky en las influencias personales que operaban en el partido al que había ingresado. Stalin no era una personalidad espectacular. Reservado, poco coherente, en ocasiones vulgar, no atrajo la atención de Trotsky porque éste se inclinaba a buscar en los demás las cualidades que lo distinguían a él mismo. De manera más excusable, repitió un error que había cometido una vez en relación con Lenin: la "falta de brillo" de Stalin le ocultaba la fuerza de éste. Siguió tratando a su futuro rival con una altivez inintencionada y sin embargo, tanto más ofensiva, aun después de que Stalin se convirtió en su colega en el más reducido de los grupos que manejaban los asuntos del Partido y del gobierno. No cabe sorprenderse de que Stalin se haya sentido herido en su orgullo.

Los sentimientos personales y los celos apenas incipientes todavía carecían de importancia. Entre el tumulto y el arrobamiento de aquellos meses, los dirigentes bolcheviques vivían como en un sueño extasiado que podía desvanecerse súbita y trágicamente. Se aferraban y trataban de consolidar posiciones de poder en las que por el momento no parecía haber poder alguno; pero concebían a medias la posibilidad de que en el desarrollo del proceso ellos mismos llegaran a sucumbir y de que la revolución

[35] Sadoul cuenta que los bolcheviques apodaban a Svérdlov *"la ferme gueule"* ("el hocico duro"), *op. cit.*, p. 266.

[36] Esto se desprende claramente de la correspondencia privada de Svérdlov, publicada en *Pechat i Revolutsia*, vol. II, 1924.

[37] Trotsky, *Stalin*, pp. 305 sigs.

continuara avanzando sobre sus cadáveres hasta el triunfo final. "¿Y qué pasará", le preguntó en una ocasión Lenin a Trotsky, "si las Guardias Blancas nos quitan de en medio a usted y a mí? ¿Cree usted que Svérdlov y Bujarin sabrán salir del paso?"[38] Mientras tanto, emitían proclamas, decretos y leyes, más para constancia histórica que para ejecución inmediata. Si sucediera lo peor, pensaban y decían, cuando menos legarían a sus sucesores un conjunto de ideas, una re-enunciación de política revolucionaria que inspiraría, a otros, del mismo modo que el mensaje de la Comuna de París había inspirado a dos generaciones de socialistas. En esta forma aparentemente impráctica, los jefes bolcheviques fueron poniendo en realidad los cimientos de la república soviética.

Las circunstancias externas en que cumplían esta tarea correspondían al propósito idealista. Sería un eufemismo decir que los fundadores del nuevo Estado no tenían a su alrededor nada del aparato y de la pompa del poder. No disponían siquiera de las sencillas facilidades para el trabajo que pueden hallarse en las más modestas oficinas comerciales. En Smolny una máquina de escribir era una rareza, las taquígrafas un mito y el teléfono una deliciosa comodidad técnica. Los nuevos gobernantes escribían sus trascendentales proclamas y decretos de puño y letra. Corrían de sus oficinas a las de sus colegas a través de un laberinto de corredores. Comían y cenaban una rala sopa de coles y pan negro en el comedor colectivo de Smolny. Y los más de ellos vivían y dormían en sus pequeñas oficinas, en medio del tumulto incesante, el ir y venir de los mensajeros y agitadores, el ruido de las botas de los soldados, la algazara, los pánicos y los entusiasmos, el *Tohuwabohu* de mundos que agonizaban y nacían. Sus oficinas estaban custodiadas ya por voluntarios de las Guardias Rojas, pero a ellas siempre tenía acceso el más humilde de los obreros, los campesinos y los periodistas. A esta circunstancia debemos innumerables descripciones del Trotsky del período de Smolny. He aquí una impresión típica, escrita por una periodista norteamericana:

> Durante los primeros días de la rebelión bolchevique, yo solía ir todas las mañanas a Smolny para enterarme de las últimas noticias. Trotsky y su bonita y menuda esposa, que casi nunca decían nada sino en francés [a los periodistas extranjeros], vivían en una habitación del último piso. La pieza estaba dividida como el estudio de un artista pobre en una buhardilla. En un extremo había dos catres y un pequeño ropero barato, y en el otro un escritorio y dos o tres sillas de madera barata... Trotsky ocupó esa oficina durante todo el tiempo que fue Ministro de Relaciones Exteriores y muchos dignatarios tuvieron que visitarlo allí... no había problema, por insignificante que fuese, que no se le planteara a Trotsky. Trabajaba intensamente y a menudo se encontraba al borde

[38] Trotsky, *Mi vida*, tomo II, p. 72.

de un colapso nervioso: se volvía irritable y tenía estallidos de cólera.[39]

Antes de la insurrección, Trotsky había vivido como subarrendatario en un edificio de apartamientos de clase media, donde él y su familia estaban rodeados de odio intenso. "Trotsky parece cansado y nervioso...", escribe Sadoul. "Desde el 20 de octubre no ha estado en su casa. Su esposa, simpática, menuda, militante, fresca, vivaz y encantadora, dice que sus vecinos amenazaron con matar a su esposo... ¿No es divertido pensar que este dictador despiadado, este amo de todas las Rusias, no se atreve a dormir en su casa por temor a la escoba de su conserje?"[40]

[39] Louise Bryant, *Six Red Months in Russia*, p. 145.
[40] Sadoul, *op. cit.*, p. 94.

CAPITULO XI

EL DRAMA DE BREST-LITOVSK

"Este gobierno consideraría como el peor crimen contra la humanidad la continuación de la guerra con el único fin de decidir cuáles de las naciones poderosas y ricas deberán dominar a las débiles... Este gobierno declara solemnemente su determinación de concluir inmediatamente una paz... igualmente justa para todas las naciones y nacionalidades, sin excepción".[1] Con estas palabras formulaba el decreto de paz de Lenin, aprobado el 26 de octubre por el Congreso de los Soviets, la esencia de la política exterior bolchevique. Sólo sería justa una paz que permitiera a todos los pueblos ocupados y sometidos, lo mismo en Europa que en otros continentes, determinar su propio destino en elecciones libres efectuadas después del retiro de todos los ejércitos de ocupación. Después de plantear este audaz objetivo de paz, que sólo podía alcanzarse mediante el derrocamiento de todos los imperios coloniales, Lenin añadió cautelosamente que los Soviets estaban dispuestos a iniciar negociaciones de paz aun cuando no se aceptara su programa, es decir, que estaban dispuestos a considerar condiciones alternas. Por lo que tocaba al gobierno bolchevique, este favorecía acuerdos suscritos abiertamente, y por lo tanto publicaría y anularía los tratados secretos imperialistas firmados por los anteriores gobiernos rusos. Este mensaje, como le explicó Lenin al Congreso, estaba dirigido tanto a los gobiernos como a los pueblos de los países beligerantes. Implícitamente, exhortaba a los pueblos a levantarse contra los gobiernos existentes, y expresamente instaba a esos gobiernos a disponer inmediatamente un armisticio. La disyuntiva central de la política exterior bolchevique y el germen de la tragedia de Brest-Litovsk estaban contenidos en este doble llamamiento.

La Rusia fatigada por la guerra recibió el decreto con un suspiro de alivio. Los gobiernos y la opinión patriótica de Francia y la Gran Bretaña respondieron con un clamor de indignación. Los embajadores y los jefes de misiones militares aliadas en Rusia habían estado más o menos conscientes de la incapacidad de Rusia para continuar la guerra.[2] La propa-

[1] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, p. 218.

[2] M. Paléologue, *La Russie des Tsars*, vol. III, pp. 265, 280 *et passim*. Sir George Buchanan, *My Mission to Russia*, vol. II, p. 228 *et passim*. En fecha tan temprana como el 1º de abril de 1917, es decir, antes de la llegada de Lenin a Rusia, Paléologue contempló un desfile en el que sólo participaron las tropas menos revolucionarias, y anotó en su diario que aun aquellos destacamentos, de los más leales que quedaban, eran completamente renuentes a combatir. Todavía antes, en marzo de 1917, Paléologue le envió un informe a Ribot, el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, que terminaba con la siguiente oración significativa: "En la fase

ganda de paz bolchevique, como dijo un observador norteamericano, "era ciertamente urgente y activa, pero... era muy parecida al caso del hombre que sopla con su aliento en la misma dirección en que sopla un huracán natural".[3] Sin embargo, en su deseo de impedir la "defección" de Rusia, los emisarios aliados casi se convencieron de que el huracán perdería su fuerza tan pronto los bolcheviques dejaran de soplar. Casi desde el comienzo de la Revolución de Febrero los embajadores británico y francés instaron al príncipe Lvov, a Miliukov y a Kerensky a que reprimieran el partido de Lenin.[4] Los jefes de sus misiones militares estimularon con grandes esperanzas el golpe de Kornílov contra Kerensky y los Soviets mencheviques.[5] Dos días antes de la insurrección de octubre, el embajador británico, en lenguaje muy poco diplomático, hizo presión sobre los ministros rusos para que Trotsky fuera arrestado inmediatamente.[6] Ahora que los bolcheviques estaban en el poder, sus llamamientos revolucionarios, su desdén por las formas diplomáticas, y su amenaza de publicar y anular los tratados secretos y de retirar a Rusia de la guerra, intensificaron al máximo la hostilidad de los aliados. Sus emisarios estaban tan desconcertados por la transformación que habían presenciado y eran tan incapaces de explicarla, que se inclinaban a aceptar cualquier historieta policiaca que pretendiera ofrecer una explicación. Estaban semiconvencidos de que Lenin y Trotsky eran en realidad agentes a sueldo de Alemania, y de que eran oficiales alemanes quienes habían dirigido tan eficaz y astutamente la insurrección de octubre.[7] Un consuelo les quedaba: que los bolcheviques no tardarían en ser derrocados, y que las potencias aliadas tenían el deber de apresurar ese momento.[8]

No obstante sus llamamientos revolucionarios, los bolcheviques estaban ansiosos por establecer contactos diplomáticos con los aliados. No bien acababan de derrotar a las tropas de Kerensky, cuando Trotsky sugirió a los

actual de la revolución, Rusia no puede hacer ni la paz ni la guerra". De esa suerte el embajador francés expresó la fórmula de Trotsky con casi un año de anticipación.

[3] W. Hard. *Raymond Robins' Own Story*, p. 29. Más tarde, cuando estaban en el exilio, la mayoría de los jefes de los partidos antibolcheviques coincidieron con esta opinión.

[4] Paléologue, *op. cit.*, vol. III, pp. 245-247, *et passim*. Buchanan, *op. cit.*, vol. II, pp. 11, 119 *et passim*.

[5] Mayor General Sir Alfred Knox, *With the Russian Army 1914-1917*, vol. II, p. 692; A. Kerensky, *The Crucifixion of Liberty*, pp. 295-319.

[6] Buchanan, *op. cit.*, vol. II, p. 203.

[7] Sir George Buchanan escribió en su diario: "Ahora he recibido una información, cuya exactitud sin embargo no puedo garantizar, en el sentido de que hay seis de sus oficiales [es decir, oficiales alemanes] agregados al cuerpo de ayudantes de Lenin en el Instituto Smolny". *Ibid.*, p. 232; Knox, *op cit.*, vol. II, p. 718.

[8] Sadoul sostiene que fue por inspiración de los círculos diplomáticos aliados que los mencheviques plantearon la exclusión de Lenin y Trotsky como condición para participar en un gobierno de coalición, *op. cit.*, p. 74.

británicos y a los franceses la reanudación de relaciones normales.[9] Los bolcheviques, y Trotsky más que ninguno, contaban con la posibilidad de que los alemanes, al dictar condiciones de paz inaceptables, obligaran a Rusia a continuar la guerra al lado de la Entente. La sugestión de Trotsky cayó en oídos sordos. Las embajadas aliadas lo ignoraron. Sólo el ministro belga le hizo una visita exploratoria en la pequeña habitación de Smolny. La actitud de Trotsky, al explicarle los objetivos de paz de su gobierno al incrédulo emisario, fue "un poco firme, un poco soberbia", pero cortés. El ministro belga quedó impresionado por la personalidad y la sinceridad de Trotsky, pero convencido también de que el Ministro de Relaciones Exteriores de la revolución era un ideólogo y un soñador al que no había que tomar en serio; y así se lo describió a sus colegas.[10]

No sólo las embajadas extranjeras, sino también el personal del Ministerio de Relaciones Exteriores ruso enfrentó a Trotsky con un boicot. Fue sólo una semana después de su nombramiento, la semana que duró la lucha contra las tropas de Kerensky, cuando Trotsky se presentó por primera vez en el Ministerio, acompañado por Markin, un marino de Kronstadt. Le interesaba sobre todo apoderarse de los tratados secretos y de la correspondencia diplomática de sus predecesores. Pero las oficinas y los corredores del Ministerio estaban desiertos: no había un alma que pudiera contestar a sus preguntas. Finalmente Markin encontró al jefe permanente del Ministerio, el conde Tatíschev, descendiente de una antigua familia de diplomáticos. El conde declaró que los empleados del Ministerio no se habían presentado a trabajar. Trotsky le ordenó, en tono de amenaza, que reuniera inmediatamente a todo el personal, y en unos instantes compareció una multitud de funcionarios. Trotsky se presentó brevemente como su nuevo jefe, les dijo que no existía sobre la tierra fuerza capaz de derrotar a la revolución y que aquellos que desearan honradamente servir al nuevo gobierno podían hacerlo. Pero los funcionarios se negaron a entregar los documentos secretos y las llaves de las cajas fuertes que los contenían. Trotsky salió del Ministerio. Poco después Markin regresó y les ordenó a Tatíschev y a los jefes de departamento que lo acompañaran a Smolny, donde los puso bajo arresto. Dos días más tarde el conde condujo a Trotsky por todo el Ministerio, abrió todas las cajas y le entregó los tratados secretos y la correspondencia diplomática. Para consternación de las cancillerías, los tratados pronto empezaron a aparecer publicados. Ellos confirmaban con claridad más que meridiana las acusaciones bolcheviques: Rusia había estado librando la guerra para conquistar a Galitzia y Constantinopla y para dominar los Balcanes.[11]

El 7 de noviembre Lenin, Stalin y Krilenko ordenaron al general Dujonin, el último Jefe de Estado Mayor de Kerensky, que le propusiera un

[9] Sadoul, *op. cit.*, p. 77.
[10] *Ibid.*, pp. 77-80.
[11] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 97-99.

cese inmediato de las hostilidades al alto mando alemán. Trotsky dirigió su primer mensaje formal a los embajadores aliados, pidiéndoles que consideraran el decreto sobre la paz, que les enviaba adjunto, como una proposición formal para la iniciación inmediata de negociaciones de paz. "Acepte usted, señor Embajador", concluía, "las seguridades del profundo respeto del Gobierno Soviético por el pueblo de su país, que sólo puede anhelar la paz, como todos los demás pueblos, agotados y desangrados por la matanza sin precedentes".[12] El mismo día analizó por primera vez el panorama diplomático en el Comité Central Ejecutivo de los Soviets. "La mente plagada de rutina de la Europa burguesa", desconcertada por el decreto sobre la paz, consideró el mensaje como una declaración de política partidista más que como un acto propio de un estadista. La primera reacción de los alemanes fue ambivalente: como alemanes, se regocijaron por la oferta de paz; como conservadores, temían a la revolución que hacía la oferta. La Gran Bretaña oficial se mostró inequívocamente hostil. Los franceses estaban cansados de la guerra, pero "la pequeña burguesía de Francia nos considera como un gobierno aliado al Kaiser alemán". Italia respondió con entusiasmo; los Estados Unidos con tolerancia. Lejos de confundir todos los matices de la opinión extranjera, Trotsky estableció cuidadosas y precisas distinciones entre ellos. A continuación anunció la publicación de los tratados secretos. Admitió que las potencias centrales tratarían de aprovecharse de las revelaciones, pero los Soviets tenían que darles el ejemplo, especialmente a la clase obrera alemana, en cuanto a la manera de tratar los convenios y los pactos secretos de sus clases gobernantes. Abrigaba la esperanza de que cuando los socialdemócratas alemanes lograran acceso a las cajas fuertes de sus gobiernos y publicaran sus tratados secretos, el mundo vería que "el imperialismo alemán, en su cinismo y bandidaje, no era inferior al bandidaje de los aliados".[13] "Los pueblos de Europa", dijo al inaugurar la publicación de los tratados secretos al día siguiente, "han pagado con innumerables sacrificios y con el empobrecimiento universal el derecho a conocer esta verdad. La eliminación de la diplomacia secreta es la primerísima condición para una política exterior honrada, popular y verdaderamente democrática".[14]

Los embajadores aliados sostuvieron una conferencia en la que decidieron ignorar el mensaje de Trotsky y aconsejar a sus gobiernos que lo dejaran sin contestar en razón de que el régimen soviético era ilegítimo. Los gobiernos aliados aceptaron el consejo y decidieron establecer relaciones formales sólo con el Mando Supremo del ejército ruso, es decir, con el general Dujonin, que tenía su cuartel general en Moguiliov. Por medio de este acto elevaron, por decirlo así, el Cuartel General del ejército a la condición de un gobierno rival. También previnieron a Dujonin contra cual-

[12] *Ibid.*, p. 157.
[13] *Ibid.*, p. 161.
[14] *Ibid.*, pp. 164-165.

quier negociación encaminada a un cese de las hostilidades; y sugirieron claramente que si Rusia se retiraba de la guerra, ellos tomarían represalia mediante un ataque japonés contra Siberia.[15] Trotsky protestó inmediatamente contra estas medidas y amenazó con arrestar a cualquier diplomático aliado que intentara salir de Petrogrado para unirse a las fuerzas antibolcheviques en las provincias; y exhortó a los diplomáticos neutrales a que usaran su influencia en favor de la paz. El mismo día, el general Dujonin, que de todas maneras se había negado a obedecer la orden de cese el fuego, fue destituido (más tarde brutalmente asesinado por sus propios soldados cuando se supo que estaba empeñado en continuar la guerra). El bolchevique Krilenko, que había sido alférez en el ejército zarista y uno de los jefes de la sección militar del Partido, fue nombrado Comandante en Jefe.

Las relaciones entre Rusia y la Entente adquirieron en seguida el carácter enconado que preludió las guerras de intervención. No pudo haber sido de otra manera. Dada la determinación de las potencias aliadas a continuar la guerra, sus embajadores no podían menos que usar su influencia contra un gobierno que amenazaba con sacar a Rusia de la guerra. Esta sola circunstancia condujo inevitablemente a su intervención en los asuntos internos de Rusia. La hostilidad fundamental de la vieja escuela de diplomáticos y militares a la revolución le dio a esa intervención una apariencia de inescrupulosidad y despecho. En las circunstancias existentes, las embajadas y misiones militares aliadas tendieron desde el principio a convertirse en participantes en la guerra civil rusa.[16] Trotsky trató de contrarrestar esa tendencia y de impedir que los británicos, los franceses y los norteamericanos se comprometieran irrevocablemente. Con el consentimiento de Lenin hizo todo lo posible por hacerles ver la conveniencia, para sus propios intereses, de que Rusia no se sintiera completamente abandonada y obligada a firmar cualquier clase de paz con Alemania, sin considerar las condiciones. A este razonamiento la Entente prestó poca o ninguna atención. Sus embajadores mantuvieron contactos extraoficiales con Trotsky a través de los miembros secundarios de sus misiones, el capitán Sadoul de la misión militar francesa y Bruce Lockhart de la embajada británica. Fue a estos funcionarios, y al coronel Robbins de la Cruz Roja Norteamericana, a quienes Trotsky presentó sus proposiciones y protestas, y a tra-

[15] J. Noulens, *Mon Ambassade en Russie Soviétique*, vol. I, p. 145 John W. Wheeler-Bennett, *The Forgotten Peace*, p. 71.

[16] En la Segunda Guerra Mundial, las potencias occidentales, enfrentadas a la defección de Francia, también intervinieron en los asuntos internos franceses. En tanto que el retiro de Rusia de la guerra en 1917-18 fue inspirado por elementos revolucionarios, Francia se retiró en 1940 bajo una dirección conservadora derechista. Un estudio comparativo de política aliada en estos dos casos revelaría notables similitudes y diferencias. También mostraría más claramente hasta qué punto la política antibolchevique de la Entente fue una reacción contra la defección de un aliado y hasta qué punto fue motivada por antagonismos de clase.

vés de ellos mantuvo a los aliados informados sobre las conversaciones preliminares del armisticio. Cada uno de los funcionarios que se hallaban en contacto con Trotsky se convenció de lo correcto de los puntos de vista de éste y trató de convencer a sus superiores, sin lograrlo. "Insistimos en negar que la tierra gira", le escribió Sadoul, todavía "social-patriota" impenitente, a Albert Thomas, uno de los principales exponentes del "social-patriotismo" francés, "seguimos sosteniendo que el gobierno bolchevique no existe". Bruce Lockhart fue reprendido desde Londres por tratar a Trotsky tan seriamente como si se tratara de "otro Talleyrand".[17]

El 14 de noviembre el Alto Mando alemán convino en negociar un armisticio. Krilenko ordenó el cese el fuego y la "fraternización en los frentes", abrigando la esperanza de que, a través del contacto con las tropas rusas, el ejército alemán sufriría el contagio revolucionario. El mismo día Trotsky notificó a las potencias occidentales:

> El alférez Krilenko, Comandante Supremo de los ejércitos de la república, ha propuesto posponer la inauguración de las conversaciones sobre el armisticio durante cinco días, hasta el 18 de noviembre/1o. de diciembre, de modo que se le pueda volver a pedir a los gobiernos aliados que definan su actitud... Nosotros, el Consejo de Comisarios del Pueblo, hacemos esta pregunta a los gobiernos de nuestros aliados... les preguntamos frente a sus propios pueblos, frente al mundo entero: ¿aceptan unirse a nosotros en las conversaciones de paz el 1o. de diciembre? Apelamos a los pueblos aliados y sobre todo a sus masas trabajadoras: ¿están de acuerdo en prolongar esta matanza sin sentido y sin objeto y en precipitarse ciegamente a la ruina de la civilización europea?... La respuesta debe darse ahora, con hechos y no con palabras. El ejército ruso y el pueblo ruso no pueden esperar ni esperarán más... Si los pueblos aliados no envían a sus representantes, negociaremos solos con los alemanes. Deseamos una paz universal, pero si la burguesía de los países aliados nos obliga a concluir una paz por separado, la responsabilidad será totalmente de la burguesía. Finalmente, exhortamos a los soldados de los países aliados a que actúen y no pierdan una sola hora: ¡Abajo la campaña de invierno! ¡Abajo la guerra![18]

En un informe al Soviet de Petrogrado, Trotsky añadió: "En ningún caso permitiremos que los principios de la paz universal, proclamados por la revolución rusa, sean tergiversados... Bajo presión popular, los gobiernos de Alemania y Austria han aceptado ya sentarse en el banquillo de los acusados. Pueden ustedes estar seguros de que el fiscal, en la persona de la delegación de paz revolucionaria rusa, estará a la altura de su res-

[17] Sadoul, *op. cit.*, p. 127; Lockhart, *Memoirs of a British Agent*, pp. 197, 226-231.

[18] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 173-175.

ponsabilidad y pronunciará a su debido tiempo la tonante acusación contra la diplomacia de todos los imperialistas".[19]

Tal fue el estilo sin precedentes que Trotsky introdujo en la diplomacia. Aun como Ministro de Relaciones Exteriores seguía siendo el principal agitador de la revolución. Lo jugaba todo al antagonismo potencial o real entre los gobernantes y los gobernados, y se dirigía a los primeros para que los segundos pudieran escucharlo. Pero, puesto que no excluía la posibilidad de un entendido con los gobiernos existentes, combinaba sus llamamientos revolucionarios con una diplomacia sumamente flexible y sutil. Irreconciliable y mordazmente agresivo cuando se enfrentaba con la hostilidad, respondía a cualquier gesto conciliador con tacto y cortesía. Cuando el general Judson, jefe de la misión militar norteamericana, rompiendo el boicot aliado, lo visitó y expresó la esperanza de que los aliados no usarían más amenazas contra los Soviets, Trotsky contestó que no tenía ningún deseo de reñir por cosas pasadas y que le satisfacía la declaración del general; y repitió las seguridades de que conduciría las negociaciones de paz abierta y públicamente, de modo que los aliados pudieran observarlas de cerca y participar en ellas después, si así lo deseaban.[20] Pero cuando el general Niessel, jefe de la misión militar francesa, que se había acostumbrado a levantar la voz frente a los ministros y generales rusos en sus oficinas palaciegas —Francia había sido el principal acreedor e inspirador político de Rusia—, se presentó en la "buhardilla de artista pobre" en Smolny con la creencia de que allí podría hablar con más soberbia aún, Trotsky lo puso en la puerta sin contemplaciones. Le ordenó a la embajada francesa cerrar su oficina de prensa, que publicaba boletines ofensivos para el gobierno soviético.[21] Cuando Noulens, el embajador francés, fue a Smolny a zanjar el conflicto, Trotsky fue todo cortesía y cooperación. Su primera gestión con los británicos fue exigir la inmediata liberación de Chicherin, el antiguo corresponsal de *Nashe Slovo*, y de otros revolucionarios rusos encarcelados en Inglaterra por hacer propaganda antibélica. Cuando los británicos mantuvieron a Chicherin en la cárcel, Trotsky les notificó que mientras su exigencia no fuera satisfecha ningún ciudadano británico recibiría autorización para salir de Rusia.[22] Con firmeza y dignidad muy poco conocidas por los gobiernos rusos recientes, Trotsky insistió en la igualdad de Rusia con otras potencias y respondió al insulto con el insulto, incluso cuando sus insultos tomaban la forma de argumentos razo-

[19] *Ibid.*, p. 179.
[20] *Ibid.*, p. 185.
[21] Noulens, *op. cit.*, vol. II, p. 27.
[22] "A Trotsky, después de todo", anotó en su diario el embajador británico, "no le falta cierta razón cuando dice que, si nosotros reclamamos el derecho de arrestar a los rusos por hacer propaganda pacifista en un país resuelto a continuar la guerra, él tiene igual derecho a arrestar súbditos británicos que lleven a cabo propaganda de guerra en un país resuelto a obtener la paz". Buchanan, *op. cit.*, vol. II, p. 228.

nados y persuasivos.

El 19 de noviembre las delegaciones encargadas de negociar el armisticio se reunieron, y los alemanes propusieron en seguida una tregua preliminar de un mes. La delegación soviética rechazó la proposición y pidió a su vez la prolongación del cese de las hostilidades durante una semana, sólo para dar a las potencias occidentales tiempo para considerar la situación. Una vez más Trotsky se dirigió a las embajadas aliadas, y una vez más se encontró con un silencio gélido. Con todo, les ordenó a los negociadores soviéticos que no firmaran ninguna tregua a menos que las potencias centrales se comprometieran a no trasladar tropas del frente ruso a los frentes occidentales, y —ésta era una condición muy extraordinaria— a menos que les permitieran a los Soviets hacer agitación revolucionaria entre las tropas alemanas y austriacas. El general Hoffmann, Comandante Supremo alemán en el frente ruso, rechazó ambas exigencias. Por un momento pareció que las negociaciones fracasaban y que Rusia volvía a la guerra. Hablando una vez más ante su viejo auditorio en el Circo Moderno, Trotsky declaró que los Soviets continuarían exigiendo un armisticio en todos los frentes. "Pero si nos vemos obligados a firmar solos el armisticio, entonces le diremos a Alemania que el traslado de tropas del frente ruso a otros frentes es impermisible, porque nosotros proponemos un armisticio honrado y porque Inglaterra y Francia no deben ser aplastadas... Y si debido a estas declaraciones abiertas, directas y honradas, el Kaiser se niega a firmar la paz... los pueblos verán quién tiene la razón, y... nosotros nos consideraremos vencedores y no vencidos, pues hay otras victorias que no son las militares... Si Francia y Alemania... no se unen a nosotros en las conversaciones de paz, sus pueblos obligarán a sus gobiernos a unirse a nosotros, los obligarán a palos".[23]

El mismo día, 3 de diciembre, le informó al Congreso de Soviets Campesinos de Toda Rusia: "Hay otro punto que da lugar a un grave conflicto: la condición de que no deben trasladarse tropas al frente occidental. El general Hoffmann declaró que esta condición era inaceptable. El problema de la paz pendía de un hilo. En el transcurso de la noche les ordenamos a nuestros delegados que no hicieran ninguna concesión. ¡Oh, yo nunca olvidaré esa noche! Entonces Alemania hizo la concesión y se comprometió a no trasladar tropas, excepto aquellas que ya estaban en camino... Nosotros tenemos nuestros representantes ante el mando del ejército alemán, y ellos observarán si estas condiciones son cumplidas". Desplegando un mapa que mostraba los movimientos de tropas alemanas durante los dos meses anteriores a la revolución, continuó: "Mientras Kerensky estaba todavía en el poder, el Estado Mayor alemán podía darse el lujo de trasladar tropas... Ahora, gracias a nosotros, los aliados están en una posición más ventajosa".[24] El mando alemán, sin duda alguna, consideró

[23] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 185-189.
[24] *Ibid.*, p. 199.

esta condición como un fingimiento y no se propuso cumplirla; pero los acontecimientos habrían de demostrar que las palabras de Trotsky no eran una simple baladronada.[25]

Hasta entonces todas las grandes cuestiones suscitadas por el armisticio habían quedado abiertas a discusión. Los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda se habían decidido en favor de las conversaciones de paz por separado. E incluso aquellos que, como Lenin, se inclinaban ya a una paz por separado, no estaban dispuestos a comprarla a cualquier precio. El principal objetivo del gobierno soviético era ganar tiempo, proclamar ruidosamente sus objetivos de paz en medio del súbito silencio del frente, medir la intensidad del fermento revolucionario en Europa y poner a prueba la actitud de los gobiernos aliados y enemigos.

Los bolcheviques no abrigaban dudas acerca de la proximidad de los acontecimientos revolucionarios en Europa. Pero empezaban a preguntarse si el camino hacia la paz pasaría por la revolución o si, por el contrario, el camino hacia la revolución no pasaría por la paz. En el primer caso, la guerra sería llevada a su término por gobiernos revolucionarios. En el segundo, la Revolución Rusa tendría que llegar a un acuerdo provisional con los gobernantes capitalistas. Sólo el tiempo podría mostrar en qué dirección se movían los acontecimientos y en qué medida el impulso procedente de Rusia determinaba o dejaba de determinar su dirección. Hasta entonces los sondeos no habían producido resultados claros. Las clases obreras alemana y austriaca se hallaban inequívocamente inquietas, pero no podía decirse si esto señalaba al colapso inmediato del enemigo o a una crisis en un futuro más remoto. Las delegaciones de paz de las potencias centrales habían mostrado una sorprendente disposición a hacer concesiones. Su actitud tal vez reflejaba la desesperada situación de las potencias centrales, pero también podía ocultar una trampa. Por otra parte, la hostilidad de la Entente pareció suavizarse por un momento. Si bien todavía se negaban a reconocer a los Soviets, las potencias aliadas consintieron, a comienzos de diciembre, en intercambiar ciertos privilegios diplomáticos que habitualmente se les conceden a los gobiernos reconocidos. Se permitió el tránsito de correos diplomáticos soviéticos entre Rusia y Europa occidental; se reconocieron mutuamente los pasaportes diplomáticos; Chicherin fue liberado por fin y devuelto a Rusia; y Trotsky intercambió visitas diplomáticas con algunos emisarios occidentales. ¿Estaba tal vez la Entente cambiando de opinión acerca de la paz? En *Pravda,* Trotsky se refirió en tono optimista a estos acontecimientos como "síntomas que

[25] Mr. Wheeler-Bennett, en su excelente historia de la paz de Brest-Litovsk, escrita desde el punto de vista de la Entente, resume así sus resultados: "Pero la paz de un vencedor tiene que hacerse cumplir. Un millón de tropas inmovilizadas en el Este fue el precio de la expansión de Alemania, y la mitad de ese número bien podría haber inclinado la balanza en las primeras fases de la batalla de gigantes que se libraba en el Oeste". *Op. cit.,* p. 327.

indican la posibilidad de un armisticio general y la paz universal".[26]

El hecho de que Trotsky haya extraído conclusiones tan exageradas de lo que al fin y al cabo no eran más que detalles del juego diplomático, debe explicarse en razón de un error básico en su estimación de las perspectivas estratégicas. A comienzos de la guerra, cuando los gobiernos y los Estados Mayores daban por descontada una rápida terminación de las hostilidades, él había pronosticado correctamente el prolongado estancamiento de la guerra de trincheras.[27] Se había inclinado a creer que ninguno de los dos bandos podría romper el estancamiento producido por el equilibrio de las fuerzas opuestas. Los acontecimientos de más de tres años habían confirmado tan claramente ese pronóstico, que su autor seguía aferrándose al mismo aun cuando su premisa estaba a punto de desaparecer. Los Estados Unidos habían entrado en la guerra. Pero esto no llevó a Trotsky a modificar su concepción; y después de la revolución, como antes, reiteró que ninguno de los bandos hostiles podía abrigar esperanzas de vencer. Partiendo de este rígido supuesto, parecía lógico concluir que a la larga los gobiernos beligerantes podrían llegar a comprender la futilidad de continuar la lucha, reconocer el *impasse* y convenir en iniciar negociaciones. Este fue el razonamiento que lo hizo llegar a una conclusión precipitada acerca de la posibilidad de "un armisticio general y una paz universal" inminentes.

Al mismo tiempo, sin embargo, los bolcheviques temían que la Entente pudiera firmar una paz por separado con Alemania y Austria y atacar conjuntamente a la Revolución Rusa. Lenin, más que nadie, expresaba esta aprensión en público y en privado. La historia íntima de la guerra, cuando fue revelada, mostró que este temor no era del todo infundado. Alemania y Austria habían hecho sondeos de paz, repetidos y secretos, conjuntos e independientes, entre sus enemigos occidentales.[28] En las clases gobernantes de Francia y la Gran Bretaña el temor a la revolución iba en aumento, y la posibilidad de un entendimiento entre la Entente y las potencias centrales, entendimiento propiciado por ese temor, no podía descartarse de antemano. Esta era sólo una amenaza potencial, pero suficiente para llevar a Lenin a la conclusión de que sólo la paz por separado en el Este podría precaver la paz por separado en el Oeste.

En resumen, los bolcheviques estaban enzarzados en las siguientes disyuntivas estrechamente vinculadas entre sí: Tenían que resolver si podían esperar por la paz hasta que la revolución se hubiese propagado, o si deberían de propagar la revolución firmando la paz. Si el camino a la revolución europea hubiera de pasar por la paz, ¿sería una paz universal o una paz por separado? Y si las condiciones de una paz por separado re-

[26] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 210-211.
[27] Véase el Capítulo VIII, pp. 215-216 del presente libro.
[28] D. Lloyd George, *War Memoirs*, vol. II, capítulo LXX; Richard von Kühlmann, *Erinnerungen*, pp. 475-487.

sultaran tan onerosas y humillantes que fueran inaceptables, ¿podrían ellos librar una guerra revolucionaria contra Alemania? Si se vieran empujados a la guerra, ¿podrían ellos, como cuestión de principio, aceptar la ayuda de la Entente? ¿Y estaría la Entente dispuesta a ayudarlos? Si no lo estuviera, ¿deberían ellos buscar la paz por separado a cualquier precio? ¿O había tal vez alguna manera de eludir estas alternativas?

El 8 de diciembre, víspera de la inauguración de las conversaciones de paz propiamente dichas en Brest-Litovsk, Trotsky habló en una sesión conjunta del gobierno, el Comité Central Ejecutivo de los Soviets, el Soviet y el ayuntamiento de Petrogrado y los dirigentes sindicales. Este fue uno de sus discursos más notables, no sólo en virtud de su excelencia retórica y su elevado *ethos* revolucionario y humanitario, sino también porque en él vibraban sus propias luchas mentales:

> Esta guerra ha demostrado en verdad el poder y la capacidad de resistencia del hombre, que le permiten soportar sufrimientos inauditos. Pero también ha demostrado cuánta barbarie sobrevive todavía en el hombre contemporáneo... El, rey de la naturaleza, ha descendido a la caverna de la trinchera, y allí, atisbando a través de angostas rendijas, como desde una celda, acecha a su prójimo, su presa futura... Así de bajo ha caído la humanidad... Uno se siente oprimido por un sentimiento de vergüenza por el hombre, por su carne, su espíritu y su sangre, cuando piensa que los seres humanos que han pasado por tantas etapas de la civilización —el cristianismo, el absolutismo y la democracia parlamentaria—, los seres humanos que han asimilado las ideas del socialismo, se matan entre sí como esclavos miserables bajo el látigo de las clases gobernantes. Si la guerra tuviera como único resultado que los seres humanos volvieran a sus pesebres, a recoger las míseras migajas que caen de las mesas de las clases adineradas, si esta guerra terminara con el triunfo del imperialismo, entonces la humanidad demostraría ser indigna de sus propios sufrimientos y de su propio prodigioso esfuerzo mental sostenido durante miles de años. Pero esto no sucederá; no puede suceder.
>
> Habiéndose alzado en la tierra del antiguo gendarme de Europa, el pueblo ruso declara que desea hablarles a sus hermanos que hoy se hallan sobre las armas... no en el lenguaje de los cañones, sino en el de la solidaridad internacional de los trabajadores... Este hecho no puede eliminarse de la mente de las masas populares... de todos los países. Tarde o temprano ellas escucharán nuestra voz, se acercarán a nosotros y nos tenderán una mano solidaria. Pero aun si... los enemigos del pueblo nos vencieran y nosotros hubiéramos de sucumbir... nuestro recuerdo pasaría de generación en generación y despertaría a la posteridad a una nueva lucha. Nuestra posición, sin duda alguna, habría sido mucho más fácil si los pueblos de Europa se hubiesen alzado junto con nosotros,

si no tuviéramos que negociar con el general Hoffmann y el conde Czernin, sino con Karl Liebknecht, Klara Zetkin y Rosa Luxemburgo. No ha sido así. Y no se nos puede culpar por ello. Nuestros hermanos en Alemania no pueden acusarnos de haber comulgado con el Kaiser, su enemigo jurado, a sus espaldas. A él le estamos hablando como a un enemigo: no mitigamos nuestra hostilidad irreconciliable al tirano.

La tregua ha producido un receso en las hostilidades. El tronar de los cañones se ha acallado. y todo el mundo espera con ansiedad saber con qué voz les hablará el gobierno soviético a los Hohenzollerns y a los Habsburgos. Vosotros debéis apoyarnos para que podamos hablar con ellos como con los enemigos de la libertad... y de que no se sacrifique un solo átomo de libertad al imperialismo. Sólo entonces penetrará profundamente el auténtico significado de nuestros empeños en la conciencia de los pueblos de Alemania y Austria.

Esta exhortación fue seguida por un curioso pasaje en el que Trotsky pensó en voz alta frente a su numeroso auditorio y dio rienda suelta a su vacilación e indecisión. "Si la voz de la clase obrera alemana... no ejerce una influencia poderosa y decisiva... la paz será imposible", declaró abruptamente. A continuación reconsideró: "Pero si resultara que hemos estado equivocados, si este silencio de muerte hubiera de reinar en Europa mucho más tiempo, si este silencio hubiera de dar al Kaiser la oportunidad de atacarnos y de dictarnos condiciones insultantes a la dignidad revolucionaria de nuestro país, entonces yo no sé si, con esta economía trastornada y este caos universal producido por la guerra y las convulsiones internas, podríamos seguir luchando". Y como si sintiera que su auditorio quedaba anonadado por su grito de desesperación, se volvió abruptamente y exclamó: "Sí, sí podríamos". Estas palabras fueron acogidas con una ovación. Espoleado por la reacción favorable, Trotsky añadió: "Por nuestra vida, por nuestro honor revolucionario, lucharíamos hasta la última gota de nuestra sangre". La versión taquigráfica registra aquí "una nueva ovación". El auditorio, compuesto por los grupos directivos de los dos partidos gobernantes, demostraba así su oposición emotiva a la paz por separado.

"Los cansados y los viejos", continuó Trotsky, "se echarían a un lado... y nosotros crearíamos un poderoso ejército de soldados y Guardias Rojos, fuerte por su entusiasmo revolucionario... No hemos derrocado al zar y a la burguesía para arrodillarnos ante el Kaiser alemán". Si los alemanes ofrecieran una paz injusta y antidemocrática, entonces "le presentaríamos esas condiciones a la Asamblea Constituyente y le diríamos: tomad una decisión. Si la Asamblea Constituyente acepta tales condiciones, el partido bolchevique se hará a un lado y dirá: Buscad otro partido dispuesto a firmar tales condiciones. Nosotros, los bolcheviques, y espero que los socialrevolucionarios de izquierda también, llamaremos a todos los pueblos a una

guerra santa contra los militaristas de todos los países". Difícilmente podía ocurrírsele que un día los social-revolucionarios de izquierda se alzarían contra los bolcheviques con la exigencia de esa "guerra santa" y que él mismo los reprimiría entonces. "Si en vista del caos económico", concluyó, "no pudiéramos combatir... la lucha no habría terminado: sólo quedaría pospuesta, como sucedió en 1905, cuando el zarismo nos aplastó pero nosotros seguimos viviendo para luchar otro día. Por eso hemos iniciado las negociaciones de paz sin pesimismo y sin pensamientos sombríos..."[29] Su discurso puso a su auditorio en un estado de exaltación similar a aquél en que, antes de la insurrección, las multitudes de Petrogrado repitieron con él las palabras del juramento revolucionario.

Las negociaciones en Brest-Litovsk comenzaron el 9 de diciembre. Los representantes de las potencias centrales hicieron saber que ellos "convenían en concluir inmediatamente una paz general, sin anexiones ni reparaciones".[30] Yoffe, que encabezaba la delegación soviética, pidió otro receso de diez días a fin de darle tiempo una vez más a las potencias occidentales para que rectificaran su actitud. Durante el receso, sólo las comisiones de la conferencia de paz se mantuvieron en sesión, y su trabajo se desenvolvió con extraña suavidad. Las verdaderas negociaciones no comenzaron sino el 27 de diciembre, cuando Trotsky llegó a Brest-Litovsk. Mientras tanto, el Consejo de Comisarios del Pueblo tomó una serie de medidas significativas. Intensificó su propaganda contra el imperialismo alemán, y Trotsky, con la colaboración de Karl Rádek, que acababa de llegar a Rusia, publicó *Die Fackel* (*La Antorcha*), que era distribuido en las trincheras alemanas. El 13 de diciembre el gobierno erogó dos millones de rublos para la propaganda revolucionaria en el extranjero, dándole publicidad al hecho. El 19 inició la desmovilización del ejército ruso. También eximió a los prisioneros de guerra alemanes y austriacos de los trabajos forzados, permitiéndoles salir de los campamentos y organizarse y trabajar como ciudadanos libres. Declaró nulo el tratado ruso-británico de 1907, bajo cuyos términos Persia había sido repartida entre las dos potencias; y el 23 de diciembre ordenó a las tropas rusas que evacuaran el norte de Persia. Por último, Trotsky le ordenó a Yoffe que exigiera el traslado de las negociaciones de paz de Brest-Litovsk a Estocolmo o a cualquier otro lugar en un país neutral.

Exactamente dos meses después de la insurrección, el 24 o el 25 de diciembre, Trotsky salió hacia Brest-Litovsk. En el trayecto, especialmente en la zona del frente, fue saludado por delegaciones de los Soviets y los sindicatos locales que lo instaron a acelerar las negociaciones y a regresar con un tratado de paz. Descubrió con asombro que las trincheras en el lado ruso del frente estaban casi vacías: los soldados que las ocupaban

[29] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. III, libro 2, pp. 211-217.
[30] *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske*, p. 9.

se habían dispersado. Un oficial de enlace alemán que lo condujo a través del frente observó el hecho e informó a sus superiores que Trotsky "se mostró cada vez más deprimido".[31] Este comprendió, en efecto, aguda y dolorosamente, que tendría que enfrentarse al enemigo sin el apoyo de ninguna fuerza armada a sus espaldas. Tanto más se decidió entonces a blandir sus "armas de la crítica". Con él viajaba Karl Rádek, cuyas maletas iban repletas de folletos y volantes revolucionarios, y tan pronto como su tren se detuvo en Brest-Litovsk, Rádek, a la vista de los diplomáticos y oficiales reunidos en la plataforma para recibirlos, empezó a distribuir los folletos entre los soldados alemanes. Judío polaco y nominalmente súbdito austrohúngaro, Rádek había ganado fama como panfletista radical y sagaz en el Partido Socialdemócrata alemán. Su aparición en Brest, como miembro de la delegación rusa, no podía sino escandalizar a los diplomáticos alemanes y austriacos. La presencia de Rádek tenía por objeto demostrar que la revolución defendía la causa de una clase, no de una nación, y que la sola idea de un "enemigo nacional" le era ajena. Trotsky le había pedido a Rádek que lo acompañara porque según le dijo a Sadoul, "tenía confianza en su vivísima inteligencia y en su lealtad política y porque estaba convencido de que la intransigencia y el *élan* de este hombre enérgico y apasionado sería como un tónico para los Yoffes, Kámenevs y otros delegados rusos más blandos".[32]

El escenario de la reunión era desolado y sombrío. La ciudad de Brest-Litovsk había sido incendiada y arrasada, en una fase anterior de la guerra, por las tropas rusas en retirada. Sólo la antigua fortaleza militar estaba intacta, y servía como cuartel general de los ejércitos alemanes del frente oriental. Las delegaciones de paz fueron alojadas en incómodos apartamientos y cabañas dentro de la fortaleza. El comedor de los oficiales hacía las veces de sala de conferencias. El recinto tenía el aire de un cuartel prusiano trasladado a la llanura polaco-ucraniana. Cercados por alambradas y rodeados de centinelas, entre el ajetreo rutinario de un establecimiento militar, los delegados rusos deben de haberse sentido como reclusos de un campo de concentración. Los alemanes habían insistido en que las negociaciones tuvieran lugar allí, en parte por su propia conveniencia y en parte para humillar a los emisarios soviéticos. Pero también habían envuelto el puño en mucha seda. Antes de la llegada de Trotsky, las delegaciones habían comido y cenado juntas, habían sido recibidas por el príncipe Leopoldo de Baviera, Comandante en Jefe nominal, y habían intercambiado otros varios cumplidos. Resultaba irónico que quienes intercambiaban los cumplidos eran, por una parte, miembros de las aristocracias alemana y austriaca que ostentaban títulos de nobleza, y por la otra, agitadores profesionales, convictos recientes, entre ellos una terro-

[31] Conde Ottokar Czernin, *In the World War*, p. 232.
[32] Sadoul, *op. cit.*, p. 176.

rista social-revolucionaria de izquierda, Bitsenka, que había asesinado a un Ministro de la Guerra del zar y había cumplido una condena de trabajos forzados. La insinuante sociabilidad de los alemanes y los austriacos no dejó de desconcertar incluso a los principales delegados bolcheviques. Yoffe, Kámenev, Pokrovsky y Karaján, revolucionarios experimentados y cultos, mostraron en la mesa de conferencias cierta torpeza natural en los diplomáticos novatos. Durante la primera fase de las negociaciones, cuando Yoffe actuaba como jefe de la delegación soviética, la conferencia estuvo totalmente dominada por Kühlmann, el Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania.

Trotsky llegó disgustado con ese estado de cosas. Por insistencia de Lenin, había aceptado su misión para darle un aspecto diferente a la conferencia. Desde el principio rechazó fríamente una invitación para visitar al príncipe Leopoldo y puso fin a todas las intimidades. "Con la aparición de Trotsky aquí", comentó el general Hoffmann, "ha cesado el ameno trato social fuera de la sala de conferencias. Trotsky ha pedido que las comidas de las delegaciones sean servidas en sus alojamientos y ha prohibido en general todo contacto y diversión privados".[33] "El viento parece soplar en dirección muy distinta de la anterior", anotó en su diario el conde Czernin, Ministro de Relaciones Exteriores de Austria.[34] Un diplomático del otro bando sólo tenía que acercarse a Trotsky con zalemas o o con un gesto de familiaridad para que éste se erizara. Las apariencias tenían que corresponder a la realidad: él había venido a negociar con enemigos, no con amigos.

La primera sesión, en la que reemplazó a Yoffe como jefe de la delegación rusa, tuvo lugar el 27 de diciembre. Kühlmann la abrió con una declaración de que el principio que habían aceptado las potencias centrales —"la paz sin anexiones y sin reparaciones"— sólo era aplicable a una paz general. Puesto que las potencias occidentales se habían negado a participar en las negociaciones y en el temario sólo figuraba una paz por separado, Alemania y sus aliados no estaban obligados ya por ese principio.[35] Rechazó la demanda soviética de que las negociaciones tuvieran lugar en un país neutral, y atacó la propaganda soviética contra el imperialismo alemán, la cual, según él, ponía en tela de juicio la sinceridad del deseo de paz de los soviéticos; pero concluyó en un tono conciliatorio. A continuación el general Hoffmann, con un montón de proclamas soviéticas a los soldados alemanes por delante, repitió la protesta en nombre del Supremo Comando alemán. Los diplomáticos austriacos, turcos y búlgaros se expresaron en el mismo sentido. Trotsky, tomándoles la medida a sus adversarios escuchó con una leve sonrisa de ironía, y, sin contestar a las acusaciones, pidió un receso de un día.

[33] *Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann*, vol. II, pp. 206-207.
[34] Czernin, *op. cit.*, p. 232.
[35] *Mirnie Peregovori*, p. 45.

Entre sus adversarios destacaban tres figuras. Kühlmann, católico y tradicionalista bávaro, uno de los diplomáticos más sagaces de la Alemania imperial, no carecía de atractivo personal, cierta amplitud de criterio y valor personal. Antes que los demás servidores del Kaiser, había previsto la derrota de Alemania en una guerra en dos frentes, y ansiaba obtener en el Este una paz provechosa para su gobierno, pero no demasiado obviamente impuesta a Rusia. Era tal vez el único entre los gobernantes de Alemania que comprendía que una paz dictada equivaldría a una derrota para Alemania: serviría como una advertencia para otras naciones sobre lo que les depararía una victoria alemana, y vigorizaría su resistencia. El Supremo Comando se oponía enconadamente a la política de Kühlmann. Hindenburg y Ludendorff lo consideraban poco menos que un traidor y hacían todo lo posible por desprestigiarlo. Kühlmann se veía obligado, por lo tanto, a defenderse de los militares tras bastidores, mientras sostenía su duelo público con Trotsky. Tanto él como los militares apelaban al Kaiser como árbitro supremo. El Kaiser apoyaba ora a su diplomático, ora a sus generales, pero en el fondo de su corazón estaba de parte de los segundos, a quienes les permitía actuar por encima de su gobierno civil. Kühlmann tenía suficiente carácter no sólo para desafiar a Ludendorff, sino hasta para desacatar, en una ocasión, la orden terminante del Kaiser de poner fin a las negociaciones. Sus diferencias con los militares, sin embargo, tenían que ver más con la forma que con el contenido: estaba de acuerdo con ellos en su deseo de asegurar para Alemania los territorios polacos y bálticos arrebatados a Rusia. Pero le interesaba obtener la apariencia de un consentimiento ruso; y la debilidad de su posición, tal como se reveló más tarde, consistía en que no podía obtenerla. También deseaba disfrazar de liberación la anexión alemana de esos territorios. Los generales no tenían ni el tiempo ni la paciencia para tales sutilezas.

El general Hoffmann era supuestamente el ojo, el oído y el brazo fuerte del Supremo Comando en la mesa de conferencias. Su tarea consistía en llevar las conversaciones a una rápida conclusión y en liberar a los ejércitos orientales de las potencias centrales para la última ofensiva general en el Occidente. Una y otra vez expresó su irritación e impaciencia frente al método de Kühlmann. Pero, más refinado que sus superiores y más en contacto con los efectos de la revolución, no podía dejar de reconocer que el método de Kühlmann tenía sus méritos. Algunas veces cedía ante éste y atraía sobre sí los truenos de Ludendorff.[36]

El conde Czernin, Ministro de Relaciones Exteriores de Austria, actuaba como el brillante auxiliar de Kühlmann. En forma más aguda aún que su colega alemán, estaba consciente de la catástrofe que amenazaba a las potencias centrales. Por los tratados secretos que Trotsky había publicado,

[36] Trotsky consideró erróneamente a Hoffman como la voz auténtica del Alto Mando alemán, y esto puede haber contribuido a su posterior subestimación de la disposición alemana a reanudar las hostilidades contra Rusia.

sabía que los aliados habían decidido el desmembramiento del Imperio austrohúngaro. Con Viena sufriendo hambre y las naciones sometidas en rebelión, el Imperio había empezado ya a desmoronarse; y sólo extrayendo fuerzas de Alemania prolongaba sus días. Czernin, por lo tanto, sentía verdadero pánico cuando le parecía que las rudas intervenciones de Hoffmann menguaban las posibilidades de lograr la paz. En un principio amenazó a sus colegas alemanes con negociaciones por separado, pero, dado que su gobierno dependía cada día más de la ayuda alemana, renunció a la amenaza. Todavía intentó hacer el papel de mediador amable, aunque se sentía algo más que temeroso del "astuto y muy peligroso adversario [como describió a Trotsky]... excepcionalmente talentoso, con una rapidez y destreza para replicar como pocas veces he visto".[37] En sus horas libres, Czernin leía memorias sobre la Revolución Francesa, tratando de encontrar un paralelo histórico para medir a su "peligroso adversario"; y se preguntaba si ya no habría una Charlotte Corday acechando a Trotsky.

Czernin, parece ser, era el único que se entregaba a tales meditaciones y a la búsqueda de paralelos históricos. Sus colegas en un principio consideraron a Trotsky y a los demás delegados rusos como pequeños aventureros, oscuros advenedizos o, a lo sumo, como quijotes a los que un capricho del destino había lanzado al escenario para representar un breve y grotesco episodio en el que ellos, los grandes servidores de dos dinastías ilustres, figuraban entre los protagonistas. Estaban seguros de que podrían comprar a los delegados rusos con pequeños favores, pero primero querían ponerlos en su lugar. Esto último trataron de hacerlo en su primera reunión con Trotsky, y en la siguiente sesión adoptaron la misma táctica. Enfrentaron a la delegación soviética a la oposición de los ucranianos, quienes pretendían representar a la Ucrania independiente y le negaban a Petrogrado el derecho de hablar en nombre de todas las Rusias.

Tal era el rejuego de intereses, personalidades y ambiciones en el que Trotsky entró cuando, el 28 de diciembre, habló por primera vez en la conferencia. Echó a un lado la intriga ucraniana. Los Soviets, declaró, no se oponían a la participación de Ucrania en las conversaciones; ellos habían proclamado el derecho de todas las nacionalidades a la autodeterminación y se proponían respetar ese derecho. Tampoco impugnó las credenciales de los delegados ucranianos, que representaban a la *Rada* —una réplica, o más bien una parodia, provinciana del régimen de Kerensky. Kühlmann trató una vez más de provocar una disputa abierta entre los rusos y los ucranianos, lo cual le hubiera permitido convertirse en el *tertius gaudens*, pero una vez más Trotsky eludió la trampa. Refiriéndose a las acusaciones y protestas del día anterior, se negó a ofrecer disculpas por la propaganda revolucionaria que los soviéticos llevaban a cabo entre

[37] Czernin, *op. cit.*, pp. 234-235.

las tropas alemanas. El había venido a discutir condiciones de paz, dijo, no a coartar la libertad de su gobierno para expresar sus opiniones. Los soviéticos no tenían ninguna objeción que hacer a la propaganda contrarrevolucionaria que los alemanes difundían entre los ciudadanos rusos. La revolución estaba tan segura de su razón y del atractivo de sus ideales que acogía con beneplácito una polémica abierta. Esto no les daba a los alemanes ninguna razón para poner en duda el deseo de paz de Rusia. De lo que podía dudarse era de la sinceridad de Alemania, especialmente cuando la delegación alemana declaraba que ya no estaba obligada por el principio de una paz sin anexiones y sin reparaciones. "Nosotros, por nuestra parte, consideramos necesario declarar que los principios de una paz democrática que hemos proclamado no han quedado anulados al cabo de diez días... Para nosotros, esos principios son la única base concebible de la coexistencia y la cooperación entre los pueblos".

Trotsky reiteró su protesta contra la celebración de la conferencia en el aislamiento artificial de la fortaleza de Brest. El Canciller alemán le había dicho al Reichstag que en un país neutral la conferencia estaría expuesta a las intrigas aliadas. "La responsabilidad de proteger al gobierno ruso contra intrigas hostiles", afirmó Trotsky, "corresponde exclusivamente al gobierno ruso". "Nos enfrentamos a un ultimátum: o negociamos en Brest-Litovsk o no negociamos nada", un ultimátum inspirado por la conciencia que tenían los alemanes de su propio poderío y de la debilidad de Rusia. "No es nuestra intención, ni aunque lo fuese podríamos hacerlo, poner en duda el hecho de que nuestro país se encuentra debilitado por la política que hubieron de seguir hasta hace poco las clases que lo gobernaban. Pero la situación de un país y lo que éste representa para el mundo, no se mide solamente mirando al estado en que actualmente se halla su aparato técnico, sino también por las posibilidades todas que en él se encierran, del mismo modo que no podría valorarse hoy el poder económico de Alemania atendiendo exclusivamente al estado en que se encuentran al presente sus subsistencias". Las potencias centrales tendían a basar la paz "no en el acuerdo entre los pueblos, sino en el llamado mapa de la guerra. Esta tendencia es igualmente perniciosa para los pueblos de Alemania y de Rusia, porque el mapa de la guerra cambia y los pueblos permanecen". Con todo, "nosotros nos quedamos aquí en Brest-Litovsk para no dejar inexplorada una sola posibilidad de paz... para saber, aquí en el cuartel general del frente oriental, clara y precisamente, si es posible ahora lograr una paz... que no ejerza violencia sobre los polacos, los lituanos, los letones, los estonios, los armenios y otros pueblos a los que la revolución rusa ha garantizado el pleno derecho a la autodeterminación". Pero la conferencia sólo podía continuar bajo una condición: que las negociaciones fueran públicas en todo momento; y Trotsky se negó a sostener conversaciones privadas, que Kühlmann pidió

creyendo que la desafiante declaración de Trotsky sólo tenía por objeto evitar la pérdida de prestigio.[38]

Dos días más tarde las delegaciones discutieron un proyecto de tratado de paz presentado por Alemania. Al comenzar la discusión, un pequeño incidente pareció trasladar a los serenos diplomáticos de las potencias centrales a la atmósfera de una comedia de Shaw. Un preámbulo al tratado contenía el respetable lugar común de que las partes contratantes deseaban vivir en paz y amistad. Los autores del proyecto no podían imaginarse que esto daría lugar a objeciones. Pero se equivocaron. "Me tomo la libertad", dijo Trotsky, "de proponer que la segunda frase [relativa a la amistad entre las potencias contratantes] sea eliminada. Su estilo totalmente convencional y ornamental no corresponde, según parece, al seco sentido práctico del documento".[39] Entre divertidos y escandalizados, los diplomáticos profesionales no alcanzaban a entender: ¿Hablaba Trotsky en serio? ¿Cómo podía calificar de convencional y ornamental una declaración tan elevada? "Tales declaraciones", continuó Trotsky con desenvoltura, "copiadas de un documento diplomático por otro, nunca han caracterizado las verdaderas relaciones entre los Estados"; él sólo podía esperar que factores más serios dieran forma a esas relaciones en el futuro. Durante un momento los diplomáticos se sintieron como si les hubiesen dicho que sus emperadores y ellos mismos estaban desnudos. ¿Cuáles eran esos "factores más serios"? ¿Y qué fórmula propondría Trotsky? El podría presentar su fórmula, dijo Trotsky, pero ellos de todos modos no la aceptarían. La cómica disputa duró un rato, al cabo del cual las palabras sobre la amistad desaparecieron del texto.

A continuación tuvo lugar un dramático debate sobre el principio de autodeterminación y el destino de las naciones situadas entre Rusia y Alemania. El debate, sostenido principalmente entre Trotsky y Kühlmann, ocupó muchas sesiones y adquirió la forma de un conflicto entre dos interpretaciones de la autodeterminación. Ambos bandos argumentaron en el tono de un debate aparentemente desapasionado y académico sobre temas legales, sociológicos e históricos; pero detrás de esos temas asomaban las realidades de la guerra y la revolución, la ocupación y la anexión. Convencido de que Trotsky sólo buscaba dorar la píldora amarga de la rendición de Rusia, Kühlmann se mostró deseoso de ofrecerle, y más aún de ofrecerse a sí mismo, fórmulas decorosas y de presentar la anexión alemana de Polonia y los Estados del Báltico como el reconocimiento de la autodeterminación de éstos. Para su perplejidad, Trotsky prescindió de todos los intentos de salvar prestigio e insistió en los hechos de la anexión. Kühlmann hizo sus planteamientos con una lógica sistemática, inexorable y sin embargo sutil, cuyo único defecto era que resumía la sabiduría de un estadista conservador frente al ingobernable fenómeno de la revolución.

[38] *Mirnie Peregovori*, pp. 52-60.
[39] *Ibid.*, p. 66.

Trotsky había aparecido en la conferencia como la encarnación de ese fenómeno, dotado de una lógica todavía más inexorable y sutil y con un ingenio ágil y mortal del que no había escapatoria. El mismo se deleitaba obviamente con su propio humor agrio y sardónico que hacía gruñir y enfadarse al general Hoffmnan, mientras los demás delegados reprimían a duras penas la risa. Trotsky le suplicó en una ocasión al general que recordara que las diferencias entre sus opiniones se debían a diferencias más profundas en sus concepciones: sobre él, jefe de la delegación rusa, todavía pesaba la sentencia que un tribunal alemán había dictado en su contra por hacer propaganda antibélica. El general súbitamente se vio a sí mismo en el papel de colega de un presidiario, y, como si sintiera que le arrancaban todas las medallas del pecho, puso fin al duelo verbal. Cuando Kühlmann le preguntó si quería añadir algo, Hoffmann replicó de mal humor: "¡No, basta ya de esto!"

Casi todos los párrafos del proyecto de tratado contenían la declaración de un noble principio, y también su negación. Una de las primeras cláusulas estipulaba la evacuación de los territorios ocupados. Esto no le impidió a Kühlmann declarar que Alemania se proponía ocupar los territorios arrebatados a Rusia hasta que se firmara una paz general, e indefinidamente aun después de eso. Kühlmann también argumentó que Polonia y los demás países ocupados por los alemanes habían alcanzado la autodeterminacion porque los alemanes habían instalado gobiernos nativos en todas partes. Ningún país, replicó Trotsky, puede determinar su destino mientras esté ocupado por tropas extranjeras: "Como condición preliminar, las tropas extranjeras deben salir de los territorios en cuestión." Con buenos modales, y sin insultar personalmente a nadie, pero inequívocamente, hizo claro que lo que los alemanes habían instaurado eran regímenes peleles.

A medida que la discusión se complicaba y se hacía aparentemente abstracta, Trotsky dejó de expresarse en ruso para hacerlo en alemán. Kühlmann se sintió en su elemento entre las fórmulas jurídico-diplomáticas y cometió la imprudencia de provocar la continuación del debate. "¿Cuándo, a juicio del presidente de la delegación rusa", preguntó, "cobra existencia una nación como entidad individual?" Si no puede cobrar existencia bajo la ocupación extranjera, entonces ¿cuándo y cómo se produce el momento del nacimiento? Agradecido por la nueva oportunidad de volver a exponer su razonamiento, Trotsky empezó a contestar la difícil pregunta mediante el método de eliminación. Lo que es cierto es que ninguna nación es independiente mientras esté ocupada y sólo posee un régimen cuyo derecho a gobernar se basa en la presencia de tropas extranjeras. El criterio último es la voluntad del pueblo, expresada libre y democráticamente en un referéndum. Finlandia, evacuada por las tropas rusas, era un buen ejemplo. En Ucrania, "el proceso de autodeterminación estaba todavía en vías de desarrollo". Pero un gobierno así creado, señaló Kühlmann, representaba un quebranto en la continuidad; y, según el modo de pensar conservador,

la continuidad legal es alfa y omega. Trotsky le recordó al ministro alemán que cualquier poder ocupante quebranta la continuidad legal, y lo hace sin la justificación con que lo hace una revolución. Kühlmann replicó hábilmente que, si la revolución no reclama para sí ningún fundamento legal, entonces se basa únicamente en la fuerza y en el hecho consumado. Esto parecía dejar en el aire el razonamiento de Trotsky: si éste concedía el punto, no tenía razones para protestar contra los hechos consumados de la anexión alemana. El meollo de la respuesta de Trotsky radicaba en la distinción que él establecía entre una fuerza que surge del interior de una nación para determinar su destino y una fuerza externa que impone su voluntad.

La controversia se convirtió así en un choque de *Weltanschaungen*, en una contienda de filosofías moral e histórica opuestas. Cada una de las fases de esta contienda fue dada a conocer y tergiversada en todo el mundo. Las naciones ocupadas, cuyo futuro estaba en juego, escucharon con el ánimo en suspenso. En cierto momento, Kámenev instó a Trotsky a que explicara que, al negar con tanto vigor el derecho de Alemania a mantener sometidas a esas naciones, él no reclamaba ese derecho para Rusia, como lo habría hecho cualquier diplomático ruso tradicionalista. "Nosotros nos comprometemos", declaró Trotsky, "a no ejercer coacción, ni directa ni indirecta, sobre esos países para que acepten tal o cual forma de gobierno, a no violar su independencia mediante ninguna costumbre o convención militar... Y quisiéramos saber si las delegaciones alemana y austrohúngara están dispuestas a hacer una declaración en el mismo sentido..."

Esto llevó nuevamente el debate a las cuestiones candentes. Kühlmann respondió que los gobiernos de los países ocupados por los alemanes tenían el derecho de suscribir cualquier acuerdo que desearan; podían incluso ceder territorio a las potencias ocupantes. Por parte de Kühlmann, esto era una revelación de sus propios designios, en la que Trotsky lo hizo incurrir hábilmente. "La aseveración del presidente de la delegación alemana", dijo Trotsky, remachando el argumento, "de que esa gente [los gobiernos peleles] tienen el derecho de suscribir pactos y acuerdos y a ceder territorios, es una negación plena y categórica del principio de autodeterminación". Las potencias centrales no habían invitado a Brest a los gobiernos de los países ocupados, y ello de por sí revelaba que los habían tratado como dependencias carentes de voluntad propia. "En el lenguaje convencional que nosotros utilizamos en estos casos, esto no se describe como autodeterminación de los pueblos, sino con una expresión muy diferente... anexión..."[40]

Trotsky indudablemente había superado a su adversario en el debate. El resultado de la discusión, sin embargo, no fue del todo inconcluyente,

[40] *Ibid.*, pp. 84-85; Kühlmann, *op. cit.*, pp. 524-532.

y precisamente debido a su sutileza el efecto que tuvo en la opinión pública alemana fue inferior al que Trotsky se inclinaba a atribuirle. No pudo, en todo caso, alcanzar la mentalidad de los obreros y soldados alemanes a los que él se proponía imbuir de espíritu revolucionario, y en ello residió la debilidad de esta parte de su actuación. Sólo cuando el general Hoffmann, ansioso de ataviarse con las galas de Aquiles, intervino en el debate, se hizo éste más popular y al mismo tiempo, desde el punto de vista bolchevique, políticamente fructífero. "La delegación rusa", declaró intempestivamente el general sin prestar atención a los esfuerzos de Kühlmann por moderarlo, "ha hablado como si representara a un invasor victorioso de nuestro país. Deseo recordarles a sus miembros que los hechos indican lo contrario: las tropas alemanas victoriosas se encuentran en suelo ruso. Me gustaría decir, además, que la delegación rusa exige que nosotros reconozcamos el derecho a la autodeterminación en una forma y en una escala que su propio gobierno no reconoce... El Alto Mando alemán considera necesario repudiar su intervención [del gobierno ruso] en los asuntos de las regiones ocupadas". Hoffmann se negó a participar en cualquier discusión sobre la evacuación.

Aquí Trotsky se despachó a gusto. Irónicamente le preguntó a Hoffman si representaba al Alto Mando solamente o al gobierno alemán, y la alusión fue acogida con gran regocijo por Kühlmann y Czernin. Si, como sostenía el general, lo más importante era dónde se encontraban las tropas de quién, entonces los rusos, que ocupaban territorio austriaco y turco, deberían hablar con los austriacos y los turcos en un tono diferente del que usaban con los alemanes; pero no harían tal cosa. Trotsky acogió con beneplácito las brutales observaciones de Hoffmann sobre la política interna bolchevique, pues él mismo había invitado a sus adversarios a hablar sobre este asunto sin inhibiciones. "El General tiene toda la razón cuando dice que nuestro gobierno se basa en la fuerza. En una sociedad clasista todos los gobiernos se basan en la fuerza... Sin embargo, debo protestar de manera categórica contra la afirmación enteramente falsa de que hemos ilegalizado a todos los que no piensan como nosotros. Me alegraría muchísimo saber que la prensa socialdemócrata en Alemania disfruta de la libertad que nuestros adversarios y la prensa contrarrevolucionaria disfrutan en nuestro país". (En esta etapa la comparación todavía era favorable para los soviéticos). "Lo que en nuestros actos sorprende y repugna a los gobiernos de otros países es, sencillamente, el que nosotros no encarcelemos a los huelguistas, sino a los capitalistas que dejan a los obreros sin trabajo; el que nosotros no contestemos con descargas cerradas a los campesinos que reclaman tierra, sino que detengamos a los terratenientes y a los oficiales que intentan disparar sobre los campesinos".[41] Trotsky señaló una contradicción entre las declaraciones de Kühlmann y las de

[41] *Mirnie Peregovori*, p. 102.

Hoffmann. El primero había sostenido que los territorios ocupados por los alemanes tenían ya gobiernos más o menos independientes, en tanto que el segundo trataba de justificar la ocupación alemana indefinida sosteniendo que esos territorios no tenían gobiernos propios. Con todo, tanto el general como el *Staatssekretar* sacaban la misma conclusión de sus argumentos diferentes, lo cual demostraba que "la filosofía legal ocupaba un lugar muy secundario en sus decisiones sobre el destino de los pueblos."[42]

El efecto de este desenmascaramiento fue devastador. Hoffmann anotó en su diario: "Mi discurso causó en realidad una impresión menor de la que yo esperaba".[43] Kühlmann montó en cólera y lamentó haberse dejado llevar al terreno de la diplomacia abierta.[44] Más tarde trató de borrar el mal sabor que había dejado la intervención de Hoffmann y de excusar la "franqueza militar" de éste. La excusa, observó Trotsky, confirmaba que las diferencias entre los militares y los civiles en el bando enemigo eran cuestión de forma, no de sustancia. "Nosotros, los miembros de la delegación rusa, no pertenecemos a la escuela diplomática; más bien se nos puede considerar como soldados de la revolución, y ésa es, probablemente, la razón por la que preferimos el lenguaje rudo del soldado".[45]

El 5 de enero, Trotsky solicitó una interrupción de la conferencia para poner a su gobierno al tanto de las exigencias alemanas. La conferencia había durado ya casi un mes. Se había ganado mucho tiempo, y ahora el Partido y el gobierno tenían que tomar una decisión. Mientras viajaba de regreso a Petrogrado, Trotsky contempló una vez más las trincheras rusas que, vacías como estaban, parecían clamar por la paz. Pero ahora él sabía mejor que nunca que el precio de la paz era la postración y el desprestigio completos de Rusia y de la revolución. En Brest, leyendo los periódicos socialistas alemanes y austriacos, había descubierto con asombro que algunos de ellos trataban la conferencia de paz como un espectáculo organizado de antemano y cuyo resultado no estaba en duda. Algunos socialistas alemanes creían que los bolcheviques eran en realidad agentes del Kaiser, y aun aquellos que no dudaban de la integridad de Lenin y Trotsky veían su política como un "enigma psicológico". El deseo de mantener al Partido libre del estigma fue uno de los motivos más importantes que orientaron la conducta de Trotsky en la mesa de conferencias.[46] Ahora parecía que sus esfuerzos no habían sido del todo infructuosos. Las manifestaciones en favor de la paz y las huelgas habían comenzado por fin en

[42] En un aparte, Trotsky se volvió hacia Kühlmann, quien había citado en apoyo de su argumento una decisión de la Corte Suprema de los Estados Unidos después de la Guerra de Independencia. *Herr Staatssekretar,* dijo Trotsky, habría sido más consecuente consigo mismo si se hubiese inspirado en la jurisprudencia de Jorge III más bien que en la de George Washington.

[43] Hoffmann, *op. cit.*, vol. II, p. 209.

[44] *Mirnie Peregovori*, pp. 100-104.

[45] *Ibid.*, pp. 133-134.

[46] Véase el prefacio de Trotsky a *Mirnie Peregovori v Brest-Litovske.*

los países enemigos, y desde Berlín y Viena se dejaban escuchar fuertes protestas contra el intento de Hoffmann de imponer condiciones. Los Soviets, concluyó Trotsky, no debían aceptar esas condiciones. Debían seguir ganando tiempo y tratar de establecer entre ellos y las potencias centrales un estado que no fuera ni de guerra ni de paz. Con esta conclusión llegó a Smolny, donde se le aguardaba con ansiedad y tensión.

Su regreso coincidió con el conflicto entre el gobierno soviético y la Asamblea Constituyente, que por fin había sido convocada. Contrariamente a lo que esperaban los bolcheviques y sus partidarios, los social-revolucionarios de derecha obtuvieron una mayoría. Los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda decidieron disolver la Asamblea, y lo hicieron después que ésta se negó a ratificar los decretos de Lenin sobre la tierra, la paz y el traspaso del poder a los Soviets. La disolución fue justificada en un principio mediante el argumento especioso de que las elecciones habían tenido lugar bajo una ley obsoleta formulada bajo Kerensky con el objeto de darle una representación exagerada a la minoría acaudalada del campesinado. En un capítulo anterior examinamos la paradoja que hizo posible que los bolcheviques constituyeran una mayoría en los Soviets y siguieran siendo una minoría en la Asamblea. La verdadera razón de la disolución fue que el gobierno por medio de la Asamblea era incompatible con el gobierno por medio de los Soviets. O la Asamblea o la Revolución de Octubre tenía que sucumbir. Trotsky apoyó sin reservas la disolución y en repetidas ocasiones defendió la medida en discursos y escritos, aceptando plenamente la responsabilidad moral que le correspondía.[47] Desde 1905-6 había abogado por la dictadura proletaria en su forma soviética, y cuando tuvo que elegir entre esa dictadura y el parlamentarismo, no vaciló un instante. En los sucesos mismos, sin embargo, no desempeñó ningún papel. La Asamblea fue disuelta el 6 de enero, antes de su regreso a Petrogrado. Cuando él llegó, el día 7, compartió con Lenin un momento de ansiedad porque los partidarios de la Asamblea parecían estar a punto de organizar una fuerte protesta popular contra la disolución. Pero la protesta se desinfló sin consecuencias: sólo mucho más tarde, durante la guerra civil, se inició en el Volga un "movimiento pro Constituyente".[48]

El 8 de enero, dos días después de la disolución de la Asamblea, el Co-

[47] Véase el capítulo sobre la Asamblea Constituyente en *The Defence of Terrorism*, pp. 41-45. También *Tretii Vseross. Syezd Soviétov*, pp. 17, 69-70.

[48] Antónov-Ovseienko describe este incidente en tono casi humorístico. Lenin había recibido un informe de que los social-revolucionarios de derecha encabezaban una manifestación de 100,000 personas que se dirigía al Palacio de Táurida. La esposa de Trotsky había visto a los manifestantes y calculó que eran 20,000. Lenin y Trotsky le ordenaron nerviosamente a Antónov-Ovseienko que dispersara la manifestación en caso necesario. Antónov llevó un regimiento al Palacio de Táurida, pero no encontró a nadie a quien dispersar. "Los partidarios de la Asamblea habían llegado, habían hecho un tremendo alboroto y habían desaparecido como sombras chinas. No había habido más de 5,000 manifestantes en total". Antónov-Ovseienko, *Zapiski o Grazhdánskoi Voiné*, vol. I, pp. 18-19.

mité Central se entregó de lleno al debate sobre la guerra y la paz; y a fin de sondear el estado de ánimo del Partido llevó a cabo el debate en presencia de los delegados bolcheviques que habían llegado de las provincias para asistir al tercer Congreso de los Soviets. Trotsky rindió un informe sobre su misión y presentó su conclusión: ni la guerra ni la paz. Lenin abogó por la aceptación de las condiciones alemanas. Bujarin habló en favor de la "guerra revolucionaria" contra los Hohenzollerns y los Habsburgos. La votación produjo una señalada victoria para los partidarios de la guerra revolucionaria, los llamados comunistas de izquierda. La moción de Lenin en favor de la paz inmediata recibió sólo quince votos. La resolución de Trotsky obtuvo dieciséis. La posición de Bujarin en defensa de la guerra revolucionaria fue apoyada por treinta y dos votos.[49] Pero, dado que en la votación participaron personas que no eran miembros del Comité Central, éste no estaba obligado a acatarla.

Todo el partido bolchevique se vio rápidamente dividido entre quienes abogaban por la paz y quienes defendían la guerra. Los segundos tenían tras de sí una numerosa pero confusa mayoría y contaban con el fuerte apoyo de los social-revolucionarios de izquierda, ninguno de los cuales favorecía la paz. Pero la facción partidaria de la guerra no estaba segura de sus argumentos. Era más vigorosa al expresar su oposición a la paz que al demandar la reanudación de las hostilidades.

En la siguiente sesión del Comité Central, el 11 de enero, la facción guerrerista atacó enconadamente a Lenin. Dzerzhinsky lo acusó de renunciar con pusilanimidad a todo el programa de la revolución, del mismo modo que Zinóviev y Kámenev lo habían hecho en octubre. Aceptar el *Diktat* del Kaiser, sostuvo Bujarin, sería apuñalear por la espalda al proletariado alemán y austriaco: en Viena tenía lugar en aquellos momentos una huelga general contra la guerra. En opinión de Uritsky, Lenin enfocaba el problema "desde un estrecho punto de vista ruso, no internacional", error éste que ya había cometido en el pasado. En nombre de la organización de Petrogrado, Kossior repudió la actitud de Lenin. Los partidarios más resueltos de la paz eran Zinóviev, Stalin y Sokólnikov. Al igual que en octubre, tampoco ahora Zinóviev veía razones para contar con la revolución en Occidente; sostuvo que Trotsky había desperdiciado el tiempo en Brest: y advirtió al Comité Central que Alemania dictaría posteriormente condiciones más onerosas aún. Con más cautela, Stalin expresó la misma opinión. Sokólnikov, argumentando que la salvación de la Revolución Rusa era la consideración suprema, pronosticó en un curioso epigrama un distante cambio futuro en la orientación del Partido. "La historia demuestra claramente", dijo, "que la sal de la tierra se va desplazando gradualmente hacia el Este. En el siglo XVIII, Francia fue la sal de la tierra; en el XIX lo fue Alemania. Ahora es Rusia".[50]

[49] *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 200.
[50] *Ibid.*, p. 206.

Lenin se mostró escéptico acerca del resultado de la huelga general en Austria, a la que Trotsky y la facción guerrerista atribuían tanta importancia, y trazó un cuadro gráfico de la impotencia militar de Rusia. Admitió que lo que él propugnaba era una paz "vergonzosa" que implicaba la traición a Polonia. Pero estaba convencido de que si su gobierno rechazaba esa paz y trataba de continuar la guerra, sería barrido y otro gobierno aceptaría condiciones todavía peores. Rechazó, sin embargo, los argumentos más torpes de Stalin y Zinóviev acerca del sagrado egoísmo de la Revolución Rusa. No ignoraba las potencialidades revolucionarias del Occidente, pero creía que la paz aceleraría su desarrollo. El Occidente estaba meramente preñado de revolución, mientras que la Revolución Rusa era ya "una criatura saludable y gritona" cuya vida era preciso salvaguardar.

Por el momento, la fórmula de Trotsky proporcionó un punto de contacto para las facciones opuestas, aunque cada una de ellas aceptaba sólo aquella parte de la fórmula que se avenía a su propósito. La facción guerrerista la adoptaba porque hacía imposible la paz, en tanto que Lenin y su grupo veían en ella un medio de mantener a raya a la facción guerrerista. Lenin estaba dispuesto a dejar que Trotsky hiciera un nuevo intento y tratara de ganar tiempo, especialmente porque Trotsky estaba haciendo todo lo posible porque los comunistas de izquierda comprendieran la irrealidad de la guerra revolucionaria. A propuesta de Lenin, y con el único voto de Zinóviev en contra, el Comité Central autorizó a Trotsky a demorar por todos los medios posibles la firma de la paz. Trotsky presentó a continuación su propia resolución: "Interrumpimos la guerra y no firmamos la paz: desmovilizamos el ejército". Nueve miembros votaron a favor y siete en contra. Así el Partido autorizó formalmente a Trotsky a proseguir su política en Brest.[51]

Durante este intervalo Trotsky presentó también su informe ante el tercer Congreso de los Soviets. La actitud del Congreso era tan abrumadoramente favorable a la guerra, que Lenin se mantuvo en un segundo plano. El propio Trotsky habló con mayor énfasis sobre su oposición a la paz que sobre su oposición a la guerra. "El gran discurso de la noche", escribe un testigo presencial inglés, "lo hizo Trotsky, cuyo informe... fue escuchado con embelesada atención. Todas las miradas estaban fijas en él, que se encontraba en el cenit de su influencia... el hombre que encarnaba la voluntad revolucionaria de Rusia, hablándole al mundo exterior... Cuando Trotsky terminó su gran discurso, la inmensa asamblea de obreros, soldados y campesinos rusos se puso de pie y... entonó solemnemente *La Internacional*. El espectáculo [fue] tan espontáneo como conmovedor para quienes, como el autor de estas líneas, lo presenciaron..."[52] El Con-

[51] *Ibid.*, pp. 199-207

[52] M. Philips Price, *My Reminiscences of the Russian Revolution*, pp. 224-225.

greso aprobó por unanimidad el informe de Trotsky, pero no tomó ninguna decisión y dejó al gobierno en libertad de actuar.

Antes de partir de regreso a Brest, Trotsky llegó a un acuerdo privado con Lenin que, en un punto, modificaba esencialmente las decisiones del Comité Central y del gobierno. Trotsky prometió que, bajo ciertas circunstancias, abandonaría su propia política en favor de la de Lenin. Su táctica tenía sentido mientras los alemanes le permitieran evadir la elección entre la guerra y la paz. ¿Qué sucedería, preguntó Lenin con ansiedad, si los alemanes decidían reanudar las hostilidades? Lenin estaba correctamente convencido de que esto habría de suceder. Trotsky veía este peligro con poca aprensión, pero convino en firmar la paz si los temores de Lenin resultaban justificados. El hecho de que él y Lenin hayan juzgado permisible desviarse así de la decisión formal del Comité Central y del gobierno se debió a la ambigüedad de esa decisión: el voto en favor de "ni la guerra ni la paz" no había previsto la contingencia que más preocupaba a Lenin. Pero el acuerdo privado también era ambiguo, como se demostró más tarde. Lenin estaba bajo la impresión de que Trotsky había prometido firmar la paz tan pronto como se viera enfrentado a un ultimátum o a una amenaza de reanudación de la ofensiva alemana. Trotsky sostuvo que él se había comprometido a aceptar las condiciones de paz sólo después que los alemanes hubiesen lanzado realmente una nueva ofensiva, y que aun entonces se había obligado a aceptar sólo las condiciones que las potencias centrales habían presentado hasta entonces, no las condiciones todavía peores que posteriormente dictaron.

A mediados de enero Trotsky volvió a la mesa de conferencias en Brest. Mientras tanto las huelgas y las manifestaciones en favor de la paz en Austria y Alemania habían sido reprimadas o se hallaban estancadas, y sus adversarios se le enfrentaron con renovada confianza en sí mismos. En vano pidió él, descartando la formalidad, que los socialistas alemanes y austriacos fueran invitados a Brest.[53] En vano solicitó permiso para ir él mismo a Viena y ponerse en contacto con Víctor Adler, que había protestado en el Parlamento austriaco contra la conducta del general Hoffmann en Brest. Se le permitió, sin embargo, hacer una breve visita a Varsovia, donde fue aclamado calurosamente por su defensa de la independencia de Polonia.

Ucrania y Polonia pasaron al primer plano en esta parte de las discusiones. Kühlmann y Czernin preparaban, tras bastidores, una paz por separado con la *Rada* ucraniana. Al mismo tiempo, los bolcheviques fomentaban enérgicamente una revolución soviética en Ucrania: el poder de la *Rada* todavía era efectivo en Kiev, pero en Járkov funcionaba ya un gobierno soviético; y un representante de este último acompañó a Trotsky en su re-

[53] El gobierno alemán acababa de negarles permiso a los dirigentes socialdemócratas para ir a Estocolmo, donde se proponían ponerse en contacto con los jefes de la Revolución Rusa.

greso a Brest. Entre los partidos ucranianos tuvo lugar un curioso cambio de actitudes. Quienes bajo el zar y Kerensky habían favorecido la unión o la federación con Rusia, se hallaban empeñados ahora en la separación. Y los bolcheviques, que habían estimulado el separatismo, abogaban ahora por la federación. Los separatistas se hicieron federalistas y viceversa, no por razones de patriotismo ucraniano o ruso, sino porque deseaban la separación o la federación respecto del sistema prevaleciente en Rusia. De este cambio de actitudes esperaban beneficiarse las potencias centrales. Presentándose como protectores del separatismo ucraniano, esperaban poner bajo su control los alimentos y las materias primas de Ucrania, que necesitaban desesperadamente, y también volver contra Rusia el argumento en favor de la autodeterminación. La *Rada*, débil, sin confianza en sí misma, al borde del colapso, trataba de apoyarse en las potencias centrales, pese al juramento de lealtad que le había hecho a la Entente. La delegación de la *Rada* estaba compuesta por políticos muy jóvenes y poco experimentados —*Bürshchen*, los llamaba Kühlmann[54]— que acababan de salir de su ambiente provinciano y se sentían embriagados por los papeles que les había tocado desempeñar en el gran juego diplomático.

Todavía en esta etapa Trotsky no se opuso a la participación de la *Rada*, pero hizo saber que Rusia no reconocería ningún acuerdo separado entre ella y las potencias centrales. También advirtió a Kühlmann y a Czernin que estaban sobrestimando la fuerza del separatismo ucraniano. Entonces Lubinsky, el delegado de la *Rada*, lanzó un violento ataque contra Trotsky y el gobierno soviético, acusándolos de pisotear los derechos de Ucrania y de establecer por la fuerza su propio gobierno en Járkov y Kíev. "Trotsky se sintió tan contrariado que daba pena verlo", anotó Czernin en su diario. "Inusitadamente pálido, miraba con fijeza hacia adelante... Grandes gotas de sudor corrían por su frente. Evidentemente sentía con intensidad la afrenta de que sus conciudadanos lo agraviaran en presencia del enemigo".[55] Trotsky negó más tarde que su situación hubiese sido tan embarazosa, pero la versión de Czernin parece digna de crédito. Trotsky comprendía ciertamente que sus adversarios habían logrado, hasta cierto punto, crear confusión en cuanto al problema de la autodeterminación. Es posible que en su fuero interno se haya preguntado si el portavoz de la *Rada* no estaba en lo justo cuando sostenía que los Soviets ucranianos no representaban al pueblo de Ucrania.[56] No es que el propio Trotsky hubiera sentido grandes escrúpulos para imponer el régimen soviético en Ucrania: la revolución no podía consolidarse en Rusia sin que se extendiera a

[54] *Erinnerungen*, p. 531.

[55] Czernin, *op. cit.*, p. 246.

[56] Esto se deduce de un mensaje privado de Trotsky a Lenin, hallado en *The Trotsky Archives* en Harvard y escrito a fines de la guerra civil. En ese mensaje Trotsky afirmaba categóricamente que el régimen soviético en Ucrania se había basado desde el principio en personas enviadas desde Rusia y no en elementos locales. A continuación pedía la supresión radical de tal método de gobierno.

Ucrania, que formaba una profunda cuña entre el norte y el sur de Rusia. Pero aquí, por primera vez, el interés de la revolución chocaba con el principio de la autodeterminación, y Trotsky ya no podía invocar ese principio con la misma tranquilidad de conciencia con que lo había hecho hasta entonces.

Volvió al ataque con el problema de Polonia, y preguntó por qué Polonia no estaba representada todavía en Brest. Kühlmann declaró que la presencia de una delegación polaca dependía de que Rusia reconociera previamente al gobierno polaco existente. "Se nos ha vuelto a preguntar", dijo Trotsky, "si nosotros reconocemos o no la independencia de Polonia... Planteada así, la pregunta es ambigua. ¿Reconocemos nosotros la independencia de Irlanda? Nuestro gobierno la reconoce... pero por el momento Irlanda sigue ocupada por los británicos. Reconocemos que todo ser humano tiene derecho a alimentarse... lo cual no es lo mismo que reconocer al hombre hambriento como saciado".[57] El reconocimiento del derecho de Polonia a la independencia no implicaba la admisión de que ella era independiente bajo la tutela germano-austriaca. Entonces Rádek hizo una elocuente condenación de la dominación de Alemania y Austria sobre su país. Habló sobre la deportación forzosa de centenares de miles de trabajadores polacos a Alemania, sobre las espantosas condiciones bajo las que se había hecho tal cosa y sobre el encarcelamiento o reclusión en campamentos de los dirigentes políticos polacos de todos los partidos, incluido el viejo adversario de Rádek, Pilsudski, comandante entonces de una legión polaca que había combatido del lado alemán y austriaco y futuro dictador de Polonia.

Mientras tenían lugar estas discusiones, el 21 de enero, Trotsky recibió un mensaje de Lenin informándole la caída de la *Rada* y la proclamación de un gobierno soviético en toda Ucrania.[58] El mismo se puso en contacto con Kiev, confirmó la información y notificó a las potencias centrales que ya no reconocía el derecho de la *Rada* a estar representada en la conferencia.

Estos fueron sus últimos días en Brest. Las acusaciones y recriminaciones mutuas habían llegado a un punto en que las negociaciones resultaban estériles y no podían prolongarse mucho. En los intervalos entre las sesiones se solazaba escribiendo *De febrero a Brest-Litovsk*, uno de sus clásicos menores, boceto preliminar de la monumental *Historia de la Revolución Rusa* que habría de producir quince años después, durante su exilio en la isla de Prinkipo. Por último le envió a Lenin una carta en la que le decía: "Declararemos que damos por terminadas [las negociaciones], pero que no firmamos la paz. Ellos no podrán lanzar una ofensiva contra nosotros. Si nos atacan, nuestra posición no será peor que ahora... Necesitamos la decisión de usted. Todavía podemos prolongar las negociaciones

[57] *Mirnie Peregovori*, p. 162.
[58] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXVI, p. 464.

uno, dos o tres días más. Después habrá que romperlas".[59] Los acontecimientos no le permitieron esperar ninguna nueva decisión de Petrogrado, y la votación efectuada antes de su partida le había dado, en todo caso, margen de acción suficiente para la acción que contemplaba. El conde Czernin todavía ofreció sus servicios de mediador e incluso visitó a Trotsky en su alojamiento, advirtiéndole la inminencia de una nueva ofensiva alemana y suplicándole que enunciara sus condiciones finales. Trotsky replicó que estaba dispuesto a inclinarse ante la fuerza, pero que no daría a los alemanes un certificado de buena conducta moral. Que se anexaran, si así lo deseaban, países extranjeros, pero que no contaran con que la Revolución Rusa exonerara o disfrazara sus actos de violencia.

El último día antes del rompimiento, las potencias centrales presentaron un hecho consumado: firmaron una paz por separado con la *Rada*. "Hemos enterado oficialmente al bando contrario de la caída de la *Rada*", protestó Trotsky, "y sin embargo, las negociaciones con un gobierno inexistente continuaron. Entonces le propusimos a la delegación austrohúngara —en una conversación privada, pero de manera muy formal— que enviara a Ucrania un representante que viera por sí mismo el colapso de la *Rada*... pero se nos ha dicho que la firma del tratado no podía demorarse".[60] El general Hoffmann anotó en su diario la afirmación de Trotsky de que las potencias centrales habían firmado la paz con un gobierno cuyo territorio no se extendía más allá de sus habitaciones en Brest-Litovsk. Kühlmann declaró hipócritamente que informes alemanes "de cuya veracidad no cabía dudar contradecían radicalmente esta comunicación".[61] Esto no impidió que Hoffman comentara en su diario que, "según los informes de que dispongo... había, lamentablemente, razones para considerar bien fundada la declaración de Trotsky".[62] La paz por separado con Ucrania les servía a las potencias centrales tan sólo como un pretexto para extender su control a Ucrania, de modo que para ellos las credenciales de los delegados ucranianos carecían de importancia. Por eso precisamente Trotsky consideró que no podía llevar adelante las negociaciones, puesto que hacerlo habría significado coludirse con la maniobra y todo lo que ésta entrañaba: el derrocamiento de los Soviets ucranianos y la separación de Ucrania.

Al día siguiente, en una subcomisión, tuvo lugar el famoso incidente en el que el general Hoffmann desplegó un gran mapa que mostraba en toda su extensión las anexiones que los alemanes se proponían realizar. Como Trotsky había dicho que estaba "dispuesto a inclinarse ante la fuerza", pero que no ayudaría a los alemanes a salvar las apariencias, el general evidentemente pensó que una declaración tajante de las pretensiones ale-

[59] Trotsky le confirmó a Wheeler-Bennett la autenticidad de esta carta. Véase *The Forgotten Peace*, pp. 185-186.
[60] *Mirnie Peregovori*, pp. 178-181.
[61] *Ibid.*, p. 182.
[62] Hoffmann, *op. cit.*, vol. II, p. 213.

manas podría ser el camino más corto a la paz. Cuando ese mismo día, 28 de enero/10 de febrero, se volvió a reunir la comisión política, Trotsky se levantó para hacer su declaración final:

> La tarea de la subcomisión... era precisar en qué medida la frontera propuesta por la parte contraria era capaz de garantizar, aunque fuera en grado mínimo, la autodeterminación del pueblo ruso. Hemos escuchado los informes de nuestros representantes y... el momento de la decisión ha llegado. Los pueblos aguardan con impaciencia los resultados de las conversaciones de paz en Brest-Litovsk. Se preguntan cuándo habrá de tocar a su fin esta incomparable autoaniquilación de la humanidad provocada por el egoísmo y la sed de poder de las clases gobernantes. Si alguno de los dos bandos libró alguna vez esta guerra en defensa propia, ya hace mucho que eso dejó de ser verdad. Cuando Gran Bretaña se apodera de colonias en el Africa, de Bagdad y Jerusalén, no está librando una guerra defensiva. Cuando Alemania ocupa a Servia, Bélgica, Polonia, Lituania y Rumania y se apodera de las Islas Monzón, ésta tampoco es una guerra defensiva. Es una lucha por el reparto del mundo. Ahora esto es claro, más claro que nunca.
>
> Nosotros no queremos participar más en esta guerra puramente imperialista, en que las pretensiones de las clases poseedoras se pagan abiertamente con sangre humana...
>
> En espera de la hora cercana en que las clases trabajadoras de todos los países tomen el poder... nosotros retiramos de la guerra a nuestro ejército y a nuestro pueblo. Nuestro soldado, el labrador de la tierra, debe volver a su tierra para labrarla esta primavera, la tierra que la revolución le ha quitado al terrateniente y entregado al campesino. Nuestro soldado, el obrero, debe volver a la fábrica para producir herramientas de construcción y no de destrucción y para construir, junto con el labrador de la tierra, una nueva economía socialista.

Mientras escuchaban estas apasionadas palabras, los delegados de las potencias centrales estaban dispuestos todavía a aplaudir a Trotsky con un: "¡Buen rugido, león!" Aún entonces contaban con que éste sería el último rugido de Trotsky, tras el cual vendría el gemido de la rendición. Sólo gradualmente cobraron conciencia de la significación de sus palabras, y se dieron cuenta, con el ánimo en suspenso, de que estaban presenciando un acto que, en su trágico patetismo, era único en la historia.[63]

> Nos retiramos de la guerra [continuó Trotsky]. Lo anunciamos a todos los pueblos y gobiernos. Estamos ordenando la completa desmovilización de nuestro ejército... Al mismo tiempo declaramos que las condiciones

[63] Al día siguiente, Krüge, el experto legal alemán, le dijo a Yoffe que había buscado precedentes históricos y sólo había encontrado uno: en la remota antigüedad de las guerras entre Persia y Grecia. Véase la memoria de Yoffe que figura como apéndice de *Mirnie Peregovori*, p. 262.

que nos han propuesto los gobiernos de Alemania y Austria-Hungría están en fundamental conflicto con el interés de todos los pueblos. Son repudiadas por las masas laboriosas de todos los países, incluidos el pueblo alemán y el austrohúngaro. Los pueblos de Polonia, Ucrania, Lituania, Kurlandia y Estonia sienten en carne propia la violencia ejercida contra sus aspiraciones. Para el pueblo ruso, estas condiciones son una amenaza permanente. Las masas populares del mundo entero, guiadas por la conciencia política o el instinto moral, las repudian... Nos negamos a suscribir las condiciones que el imperialismo alemán y austrohúngaro escribe con la espada en la carne de naciones vivas. No podemos estampar la firma de la revolución rusa en un tratado de paz que acarrea opresión, aflicción y desgracia a millones de seres humanos.[64]

"Cuando los ecos de la poderosa voz de Trotsky se apagaron", escribe el historiador de Brest-Litovsk, "nadie habló. La conferencia entera permaneció muda, anonadada por la audacia de aquel *coup de théatre*. El asombrado silencio fue roto por una exclamación de Hoffmann: *'¡Unerhört!'*, exclamó éste, escandalizado. El ensalmo se deshizo. Kühlmann dijo algo sobre la necesidad de convocar una sesión plenaria de la conferencia, pero Trotsky se negó diciendo que no quedaba nada por discutir. A continuación los bolcheviques abandonaron la sala, y en lúgubre silencio, casi sin dar crédito a lo que acababan de escuchar y sin saber cómo interpretarlo, los delegados de las Potencias Centrales se dispersaron".[65]

Sin embargo, antes de que las delegaciones se dispersaran sucedió algo cuya cabal significación Trotsky pasó por alto, algo que venía a confirmar las peores aprensiones de Lenin. Kühlmann declaró que, en vista de lo que había ocurrido, las hostilidades serían reanudadas porque la desmovilización de Rusia no tenía valor legal; lo único que importaba era su rechazo de la paz. Trotsky consideró esto como una amenaza vana. No creía, replicó, que los pueblos de Alemania y Austria les permitirían a sus gobiernos continuar una guerra tan desprovista de todo pretexto defensivo. El propio Kühlmann le dio a Trotsky cierta razón para desechar la amenaza cuando inquirió si el gobierno soviético estaba cuando menos dispuesto a establecer relaciones legales y comerciales con las potencias centrales y en qué forma podrían éstas mantenerse en contacto con Rusia. En lugar de contestar a la pregunta, como por su propia conveniencia debía haberlo hecho, ya que esto hubiera entrañado un compromiso por parte de las potencias centrales de respetar el estado de "ni guerra ni paz", Trotsky se negó altivamente a discutir el asunto.

Permaneció en Brest otro día y se enteró de una disputa entre Hoffmann, que insistía en la reanudación de las hostilidades, y los diplomáticos civiles, que preferían aceptar el estado de ni guerra ni paz. Localmente, los

[64] *Mirnie Peregovori*, pp. 207-208.
[65] Wheeler-Bennett, *op. cit.*, pp. 227-228.

civiles parecieron imponer su criterio. Trotsky, por lo tanto, regresó a Petrogrado seguro de sí y orgulloso por el éxito logrado. En este momento, el hombre aparece ante nosotros en toda su fuerza y su debilidad. "Solo, con nada tras de sí excepto un país sumido en el caos y un régimen apenas establecido, [él]. . ., que un año antes había sido un modesto periodista exiliado en Nueva York [había combatido] con éxito al talento diplomático unido de media Europa".[66] Le había dado a la humanidad su primera lección de diplomacia genuinamente abierta. Pero al mismo tiempo se dejó arrastrar por su optimismo. Subestimó a su enemigo e incluso se negó a escuchar su advertencia. Gran artista como era, estaba tan inmerso en sí mismo y en su ideal, y tan fascinado por el formidable atractivo de su propia obra, que ignoró con ligereza sus deficiencias. Mientras Trotsky aún viajaba hacia Petrogrado, el general Hoffmann, respaldado por Ludendorff, Hindenburg y el Kaiser, daba ya las órdenes de marcha a sus tropas.

La ofensiva alemana comenzó el 17 de febrero, y no encontró resistencia.[67] "Esta es la guerra más cómica que jamás he visto", escribió Hoffmann. "Se libra casi exclusivamente en trenes y carros. Ponemos un puñado de soldados de infantería en un tren, con ametralladoras y un cañón, y avanzamos hasta la próxima estación. Capturamos la estación, arrestamos a los bolcheviques, ponemos otro destacamento en el tren y continuamos avanzando".[68] Cuando las noticias de la ofensiva llegaron a Smolny, el Comité Central del Partido, después de ocho votaciones, no logró ponerse de acuerdo para encontrarle una salida a la situación. El Comité estaba dividido por partes iguales entre los partidarios de la paz y los de la guerra. El voto de Trotsky podía resolver el empate. Durante el 17 y el 18 de febrero, él y sólo él podía tomar la tremenda decisión. Pero se negó a tomar partido por una u otra facción.

Su posición era extraordinariamente compleja. Había actuado y hablado de tal manera que muchos lo identificaban con la facción guerrerista; y política y moralmente estaba en realidad más cerca de ésta que de la de Lenin. Pero también le había hecho su promesa privada a Lenin de que apoyaría la paz si los alemanes reanudaban las operaciones militares. Todavía se negaba a creer que ese momento hubiera llegado. El 17 de febrero votó con los partidarios de la guerra contra la proposición de Lenin de que se pidieran inmediatamente nuevas negociaciones de paz. Y finalmente presentó su propia moción, aconsejándole al gobierno que pospusiera las nuevas negociaciones hasta que los resultados militares y políticos de la ofensiva alemana fuera claros. Como la facción guerrerista votó por su moción, ésta fue aprobada por una mayoría de un voto, el suyo propio. Lenin planteó entonces la cuestión de si debería firmarse la paz en caso de que la ofen-

[66] *Ibid.*, p. 16.

[67] De ahora en adelante todas las fechas mencionadas corresponderán al calendario europeo, adoptado en Rusia el 14 de febrero de 1918.

[68] Hoffmann, *op. cit.*, vol. I, p. 187.

siva alemana resultara ser un hecho y no se desarrollara una oposición revolucionaria contra ella en Alemania y Austria. El Comité Central votó afirmativamente.[69]

En las primeras horas de la mañana siguiente Trotsky abrió una sesión del Comité Central con un examen de los últimos acontecimientos. El príncipe Leopoldo de Baviera acababa de informar al mundo, por medio de una alocución radial, que Alemania estaba defendiendo a todas las naciones, incluidos sus enemigos occidentales, contra la infección del bolchevismo. Se informó que divisiones alemanas procedentes del frente occidental habían aparecido en Rusia. La aviación alemana entró en acción sobre Dvinsk. Se esperaba un ataque contra Revel. Todo esto hacía pensar en una ofensiva en escala total, pero los hechos todavía no estaban confirmados. La alocución del príncipe Leopoldo indicaba la posibilidad de una colusión entre Alemania y la Entente, pero nada más que la posibilidad. Lenin renovó con urgencia su proposición de que se hiciera inmediatamente una gestión ante Alemania. "Debemos actuar", dijo. "No tenemos tiempo que perder. O la guerra, la guerra revolucionaria, o la paz". Trotsky, preguntándose si "la ofensiva no produciría una grave explosión en Alemania", sostuvo todavía que era demasiado temprano para pedir la paz. Una vez más la proposición de Lenin fue derrotada por un voto.

Entre la mañana y la noche de ese día, 18 de febrero, ocurrió un cambio dramático. Cuando Trotsky abrió la sesión nocturna del Comité Central, informó que los alemanes ya habían tomado a Dvinsk y que había amplios rumores de una ofensiva inminente en Ucrania. Dudando todavía, propuso sondear a las potencias centrales acerca de sus demandas, pero no solicitar negociaciones de paz. "El pueblo no entenderá esto", contestó Lenin. "Si hay guerra no debimos desmovilizar". Esto era "bromear con la guerra" y podía llevar al colapso de la revolución. "Estamos escribiendo papeles y mientras tanto ellos [los alemanes] están capturando material rodante... La historia dirá que ustedes entregaron la revolución [al enemigo]. Pudimos haber firmado una paz que no encerrara peligro alguno para la revolución". Svérdlov y Stalin hablaron en el mismo sentido. "Si ellos sostienen un cañoneo continuo durante cinco minutos", dijo Stalin, "nos quedaremos sin un solo soldado en el frente... Disiento de Trotsky. Plantear el problema como él lo hace está bien en literatura". Sin embargo, Zinóviev, que era el partidario más resuelto de la paz, tuvo ahora sus escrúpulos. Lenin estaba en favor de la paz aun cuando ésta entrañara la pérdida de Ucrania, pero Zinóviev no estaba dispuesto a ir tan lejos.[70]

[69] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 226-229.

[70] Existen dos actas de esta sesión. Según una de ellas, Zinóviev argumentó en favor de la paz, diciendo que la tradición bismarckiana de cooperación con Rusia todavía no estaba muerta en Alemania y que los alemanes tenían un interés tan vital en la paz como los rusos. Resultaba curioso advertir cuántos de los futuros *leitmotifs* de la política exterior soviética aparecen esbozados fugazmente en estos apresurados debates. *Ibid.*, p. 242.

Trotsky habló tres veces para oponerse a que se pidiera la paz, y tres veces propuso que sólo se hicieran sondeos tentativos. Pero cuando Lenin presentó nuevamente su moción, Trotsky, para sorpresa de todos, no votó por su propia proposición, sino por la de Lenin. La facción de la paz ganó por un voto de mayoría. La nueva mayoría pidió a Trotsky y a Lenin que redactaran el mensaje a los gobiernos enemigos. Más tarde esa misma noche los Comités Centrales de los dos partidos de gobierno, el bolchevique y el social-revolucionario de izquierda, se reunieron. En esta reunión la facción guerrerista volvió a imponerse. Pero en el gobierno los bolcheviques derrotaron a sus aliados en la votación, y al día siguiente, 19 de febrero, el gobierno pidió formalmente la paz.

Transcurrieron cuatro días de incertidumbre y pánico antes de que la respuesta alemana llegara a Petrogrado. Mientras tanto, nadie podía decir si las potencias centrales accederían a reanudar las negociaciones o bajo qué condiciones lo harían. Sus ejércitos estaban avanzando. Petrogrado se encontraba en peligro. Un comité de defensa revolucionaria se formó en la ciudad, y Trotsky lo encabezó. Aun mientras pedían la paz, los Soviets tenían que prepararse para la guerra. Trotsky se dirigió a las embajadas y misiones militares aliadas para preguntar si, en caso de que los Soviets volvieran a entrar en la guerra, los gobiernos occidentales los ayudarían. Anteriormente había hecho sondeos similares, pero sin resultado.[71] Pero esta vez los británicos y los franceses parecieron más dispuestos a responder. Tres días después de haber enviado la solicitud de paz, Trotsky puso en conocimiento del Comité Central (en ausencia de Lenin) una sugestión anglo-francesa de ayuda militar. Para su mortificación, el Comité Central la rechazó de plano, repudiando así su acción. Ambas facciones se volvieron contra él: los partidarios de la paz porque temían que la aceptación de la ayuda aliada pudiera perjudicar las posibilidades de una paz por separado, y los partidarios de la guerra porque los mismos motivos de moral revolucionaria que los hacían oponerse a un arreglo con Alemania les vedaba la cooperación con "los imperialistas anglo-franceses". Trotsky declaró entonces que renunciaba al Comisariado de Relaciones Exteriores. No podía seguir ocupando el cargo si el Partido no comprendía que un gobierno socialista tenía derecho a aceptar ayuda de las potencias burguesas, siempre y cuando que mantuviera su completa independencia.[72] A la lar-

[71] El coronel Robins relata que, en enero, Trotsky propuso que oficiales norteamericanos fueran al frente y ayudaran a contener la filtración de productos rusos hacia Alemania y a trasladar las existencias de materias primas al interior del país. Trotsky dijo entonces que, aun cuando los Soviets firmaran una paz por separado, no tenían interés en fortalecer a Alemania. Hard, *Raymond Robins' Own Story*, pp. 64-65. "Los gobiernos aliados y el norteamericano", fue el comentario de Robins, "antes que admitir la existencia de Trotsky, permitieron que los alemanes se apoderaran a placer de las materias primas rusas en la frontera de Rusia". *Ibid.*, pp. 70-71.

[72] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 243-246.

ga logró convencer al Comité Central y Lenin lo apoyó firmemente.

La respuesta alemana, cuando por fin se recibió, fue un rudo golpe. Les concedía a los soviéticos sólo cuarenta y ocho horas para contestar y sólo tres días para las negociaciones. Las condiciones eran mucho peores que las ofrecidas en Brest: Rusia debería efectuar la desmovilización total, ceder Letonia y Estonia y evacuar Ucrania y Finlandia. Cuando el Comité Central se reunió el 23 de febrero, disponía de menos de un día para tomar una decisión. El resultado volvió a depender del voto de Trotsky. Este había cedido ante Lenin en lo tocante a una nueva petición de paz, pero no estaba obligado a aceptar las nuevas condiciones, mucho más severas. No estaba de acuerdo con Lenin en cuanto a que los Soviets eran completamente incapaces de defenderse. Por el contrario, más claramente que hasta entonces, ahora se inclinó hacia la facción guerrerista. "Los argumentos de Lenin", dijo, "distan de ser convincentes. Si tuviéramos unidad entre nosotros podríamos acometer la empresa de organizar la defensa, podríamos hacerle frente a esto. No haríamos un mal papel aun cuando tuviéramos que ceder a Petrogrado y Moscú. Mantendríamos al mundo entero en tensión. Si firmamos hoy este ultimátum alemán, quizá mañana tengamos que enfrentarnos a otro... Tal vez ganemos la paz, pero perderemos el apoyo de los elementos avanzados del proletariado. En todo caso, llevaríamos al proletariado a la desintegración".[73]

Y sin embargo, pese a sus aprensiones sobre la paz, pese a su confianza en la capacidad de defensa de los Soviets, hizo posible una vez más, con su voto, el triunfo de la facción de la paz.

Su conducta desconcertante no puede explicarse sin un examen más detenido del alineamiento de los grupos, sus argumentos y sus motivos. Lenin se esforzaba por obtener un "respiro" para los Soviets, que les permitiera poner cierto orden en sus asuntos y organizar un nuevo ejército. Estaba dispuesto a pagar casi cualquier precio por el respiro, a retirarse de Ucrania y los territorios bálticos y a abonar cualquier indemnización. No aceptaba su paz "vergonzosa" como definitiva. El también sostenía que la guerra revolucionaria era inevitable, y más de una vez recordó la paz de Tilsit que Napoleón le impuso a Prusia en 1807 y que los estadistas prusianos progresistas, von Stein y Gneisenau, habían utilizado para modernizar su país y su ejército y para preparar el desquite. El estaba siguiendo su ejemplo, y también abrigaba la esperanza de que durante el respiro la revolución madurara en Alemania y repudiara y anulara las conquistas del Kaiser.

En refutación de esto, la facción guerrerista sostenía que las potencias centrales no le permitirían a Lenin usar el respiro: aislarían a Rusia del trigo y el carbón de Ucrania y del petróleo del Cáucaso; pondrían bajo su control la mitad de la población de Rusia; y auspiciarían y apoyarían

[73] *Ibid.*, p. 248.

a los movimientos contrarrevolucionarios y estrangularían a la revolución. Los Soviets tampoco podrían organizar un nuevo ejército durante un respiro. Tenían que crear su fuerza armada en el proceso mismo de la lucha, y sólo así podrían hacerlo. Cierto era que los Soviets podrían verse obligados a evacuar Petrogrado y aun Moscú, pero disponían de suficiente espacio para replegarse y ganar fuerza. Aun si el pueblo se mostrara tan reacio a combatir por la revolución como se había mostrado a hacerlo por el antiguo régimen — y los jefes de la facción guerreristas se negaban a dar tal cosa por descontada—, entonces todo avance alemán, con el consecuente terror y pillaje, arrancaría al pueblo de su fatiga y su letargo, lo obligaría a resistir y finalmente generaría un entusiasmo amplio y verdaderamente popular por la guerra revolucionaria. De la marea de ese entusiasmo surgiría un ejército nuevo y formidable. La revolución, libre de la vergüenza de una capitulación sórdida, lograría su renacimiento, conmovería las almas de las clases trabajadoras en el extranjero y acabaría por destruir la pesadilla del imperialismo.

Cada facción estaba convencida de que la política propuesta por la otra era perniciosa, y los debates estaban cargados de tensión emocional. Trotsky, según parece, era el único que sostenía que era posible decir mucho, desde un punto de vista realista, en favor y en contra de cada una de las líneas de acción propuestas y de que ninguna era inadmisible de acuerdo con los principios y la moral revolucionaria.

De entonces acá ha sido un lugar común entre los historiadores —lugar común que después de los hechos el propio Trotsky fomentó en gran medida— decir que la política de Lenin tenía todos los méritos del realismo y que la facción guerrerista representaba un aspecto completamente quijotesco del bolchevismo. Esta concepción no les hace plena justicia a los jefes de la facción guerrerista. Es cierto que la originalidad y el coraje políticos de Lenin se elevaron en aquellos días a las alturas del genio y que los acontecimientos —el derrumbe de las dinastías de los Hohenzollerns y los Habsburgos y la anulación del tratado de Brest antes de terminar el año— le dieron la razón. También es cierto que la facción guerrerista obró a menudo movida por confusos impulsos emotivos y no presentó una política consecuente. Pero en sus mejores momentos sus jefes razonaron de manera muy vigorosa y realista, y muchos de sus argumentos fueron confirmados también por los acontecimientos. El "respiro" que Lenin obtuvo fue, en verdad, medio ilusorio. Después de la firma de la paz, el gobierno del Kaiser hizo todo lo posible por estrangular a los Soviets. No pudo, sin embargo, hacer más de lo que le permitía su gigantesca lucha en el frente occidental. Sin una paz por separado en el Occidente, no podría hacer mucho más aun cuando los Soviets no hubiesen aceptado el *Diktat* de Brest. Bujarin y Rádek, al argumentar en contra de la rendición de Rusia, señalaron que esta circunstancia limitaba considerablemente la libertad de acción de Alemania. En lo que a esto se refiere, la historia íntima de la

guerra, una vez revelada, demostró que su juicio había sido más correcto que el de Lenin. La ocupación de Ucrania y de algunas partes del sur de Rusia mantuvo atareado, por sí sola, a un millón de soldados alemanes y austriacos. Si Rusia se hubiese negado a firmar la paz, los alemanes habrían tratado, a lo sumo, de tomar a Petrogrado. Difícilmente se habrían arriesgado a marchar sobre Moscú.[74] Si hubiesen tomado tanto a Petrogrado como a Moscú, los Soviets, cuya fuerza principal residía en las dos capitales, hubieran sufrido una crisis sumamente peligrosa, tal vez fatal. Pero éste no era el punto en discusión entre Lenin y la facción guerrerista, pues Lenin también afirmó repetidamente, con curiosa seguridad, que la pérdida de una capital o de ambas no sería un golpe mortal para la revolución.[75]

El otro argumento esgrimido por los jefes de la facción guerreristas, o sea que los Soviets tendrían que organizar un nuevo ejército en los campos de batalla, en el proceso de la lucha, y no en los cuarteles durante el sosiego de un respiro, era, paradójicamente, realista. Así fue como se organizó, andando el tiempo, el Ejército Rojo; y los discursos de Bujarin y Rádek en el séptimo Congreso del Partido prefiguraron en este punto la política militar que Trotsky y Lenin habrían de adoptar y aplicar en los años siguientes.[76] Precisamente porque Rusia estaba tan fatigada de la guerra, no podía crear un nuevo ejército en tiempos relativamente tranquilos. Sólo duros golpes y la ineluctable necesidad de combatir, y de combatir inmediatamente, podía estimular las energías ocultas en el régimen soviético y ponerlas en acción. Sólo así pudo suceder que una nación que bajo el zar, el príncipe Lvov y Kerensky había estado demasiado fatigada para combatir, siguió luchando bajo Lenin y Trotsky en guerras civiles y de intervención durante casi tres años.

La debilidad de la facción guerrerista no residía tanto en sus argumentos cuanto en su falta de jefes. Estos eran Bujarin, Dzerzhinsky, Rádek, Yoffe, Uritsky, Kolontai, Lómov-Oppokov, Bubnov, Piatakov, Smirnov y Riazánov. Todos eran miembros eminentes del Partido. Algunos de ellos tenían grandes dotes intelectuales y eran brillantes portavoces y panfletistas. Otros eran valerosos hombres de acción. Sin embargo, ninguno poseía la indomable voluntad, la autoridad moral, el talento político y estratégico, la flexibilidad táctica y la capacidad administrativa que se requiere de un dirigente en una guerra revolucionaria. Mientras la facción guerrerista no tuvo tal dirigente, representó tan sólo un estado de ánimo, un fermento moral, un grito de desesperación literario, no una política,

[74] Ludendorff afirma que una ofensiva alemana profunda estaba "descartada". Sólo se había planeado "un avance breve y enérgico". *Meine Kriegserinnerungen*, p. 447.

[75] Sólo Stalin sostuvo que la rendición de cualquier capital significaría la decadencia, la "pudrición" de la revolución; y en esto, como partidario de la paz, era en cierto sentido más consecuente que Lenin. *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 248.

[76] *Sedmoi Syezd RKP*, pp. 32-50, 69-73 *et passim*.

aun cuando en un principio una mayoría del Partido fue ganada por el fermento y se hizo eco del grito de desesperación. La jefatura de la facción guerrerista estaba vacante, y la facción le echó miradas invitadoras a Trotsky. En sus filas, incidentalmente, había muchos de sus viejos amigos que habían ingresado en el partido bolchevique junto con él. A primera vista, había pocas razones que le impidieran a Trotsky responder a las esperanzas de la facción. Aunque sostenía que la política de Lenin, al igual que la de los partidarios de la guerra, tenía su justificación, Trotsky no ocultaba la repugnancia íntima que le inspiraba. Tanto más asombroso fue, por consiguiente, que en los momentos más críticos hiciera pesar su influencia en favor de Lenin.

Trotsky se abstuvo de asumir la jefatura de la facción guerrerista porque comprendió que ello hubiera transformado, de golpe, la división entre los bolcheviques en una escisión irremediable y, probablemente, en un conflicto sangriento. El y Lenin se habían enfrentado como los jefes de partidos hostiles, divididos no por diferencias ordinarias sino por una cuestión de vida o muerte. Lenin le había advertido ya al Comité Central que, si volvía a ser derrotado en una votación sobre la cuestión de la paz, renunciaría al Comité y al gobierno y apelaría a la base del Partido contra la decisión de la mayoría.[77] En aquel momento Trotsky era el único posible sucesor de Lenin como jefe del gobierno. Pero como jefe de un gobierno comprometido a librar una guerra peligrosísima en condiciones desesperadas, habría tenido que suprimir a los adversarios de la guerra y tomar casi seguramente, medidas represivas contra Lenin. Ambas facciones, consciente de esas implicaciones, se abstuvieron de proferir amenazas abiertas. Pero las amenazas inexpresadas estaban presentes, en las insinuaciones del debate. Fue para evitar que el Partido fuera víctima de una guerra civil en sus propias filas que Trotsky votó en favor de Lenin.[78]

[77] *Protokoly Tsen. Kom.*, pp. 247-248.

[78] Veinte años más tarde, durante los procesos de las purgas, Bujarin fue acusado de haber intentado, en el momento de la crisis de Brest, dar un golpe contra Lenin y arrestar a éste. Esta versión, cuyo objeto era hacer creíble la acusación de que Bujarin conspiraba contra Stalin, debe ser desechada. Pero los jefes de la facción guerrerista deben de haber pensado en algún momento qué harían en caso de obtener la mayoría en el Comité Central. En tal caso habrían tenido que formar un gobierno sin Lenin, y si éste persistía en su oposición a la guerra, se habrían visto obligados a arrestarlo. En 1923 Zinóviev alegó que Bujarin y Rádek discutieron esto seriamente con los social-revolucionarios de izquierda. Rádek negó la imputación, diciendo que ellos sólo habían bromeado sobre el arresto de Lenin. El coronel Robins, un testigo completamente desinteresado que se mantenía en estrecho contacto con los dirigentes bolcheviques, describió, en fecha tan temprana como 1920, una escena ente Rádek y Lenin, en la que se alega que Rádek dijo que si en Petrogrado hubiera 500 hombres valientes, encarcelarían a Lenin y harían posible una guerra revolucionaria. Lenin replicó que él encarcelaría primero a su interlocutor (Hard, *Raymond Robins' Own Story*, p. 94). Si hubiese existido realmente una conspiración en serio contra Lenin, Rádek difícilmente se hubiera apresurado a ponerla en

Cierta analogía con la situación que probablemente se habría producido si Trotsky hubiese obrado de otra suerte puede hallarse en la lucha trilateral que se desarrolló entre la Comuna de París, Danton y Robespierre durante la Revolución Francesa. En 1793 la Comuna (y Anacharsis Cloots) favorecía, al igual que Bujarin y los comunistas de izquierda en 1918, la guerra contra todos los gobiernos antirrevolucionarios de Europa. Danton abogaba por la guerra contra Prusia y el entendimiento con Inglaterra, donde él esperaba que Fox reemplazara a Pitt en el gobierno. Robiespierre instaba a la Convención a hacerle la guerra a Inglaterra y se esforzaba por llegar a un acuerdo con Prusia. Danton y Robespierre hicieron causa común contra la Comuna, pero, después de haberla suprimido, lucharon entre sí. La guillotina resolvió la controversia.

Trotsky, que con tanta frecuencia contemplaba la Revolución Rusa a través del prisma de la Francesa, debe de haber tenido en mente esta analogía. Es posible que haya recordado la famosa carta de Engels a Víctor Adler, en la que aquél explicaba todas las "pulsaciones" de la Revolución Francesa en razón de los azares de la guerra y los desacuerdos engendrados por ella.[79] Debe de haberse imaginado a sí mismo representando un papel similar al de Danton, en tanto que el de Lenin se asemejaría al de Robespierre. Fue como si la sombra de la guillotina se hubiese interpuesto por un momento entre él y Lenin. Esto no quiere decir que, si se hubiese desarrollado el conflicto, Trotsky, al igual que Danton, hubiese sido necesariamente el perdedor, ni que Lenin, al igual que Robespierre, se habría inclinado a resolver una controversia interna del Partido por medio de la guillotina. En este punto la analogía deja de ser válida. Era evidente que si el partido de la guerra ganaba, se vería obligado a suprimir a sus adversarios, pues de lo contrario no podría cumplir su tarea. Una solución pacífica de la crisis en el Partido sólo era posible bajo el mando de los partidarios de la paz, que estaban en mejores condiciones de tolerar una oposición. Esta consideración era decisiva en opinión de Trotsky. A fin de desterrar la sombra de la guillotina, hizo un extraordinario sacrificio de principios y de ambición personal.

A la amenaza de renuncia de Lenin contestó, dirigiéndose más a los partidarios de la guerra que al propio Lenin: "No podemos librar la guerra revolucionaria con una escisión en el Partido... Bajo estas condiciones nuestro Partido no puede librar la guerra, especialmente en vista de que quienes abogan por la guerra no quieren aceptar los recursos materiales necesarios para hacer tal cosa [es decir, la ayuda de las potencias occidentales]".[80] "Yo no asumiré la responsabilidad de votar por la guerra". Más tarde añadió: "En la actitud de Lenin hay mucho subjetivismo. Yo no

conocimiento de Lenin. Pero aunque este diálogo se sostuvo en realidad en forma de broma, la lógica de la situación le dio una connotación de seriedad.

[79] K. Marx y F. Engels, *Selected Correspondence*, pp. 457-458.

[80] *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 248.

estoy seguro de que él tenga la razón, pero no deseo hacer nada que pueda perjudicar la unidad del Partido. Al contrario, ayudaré en todo lo que pueda. Pero es imposible seguir desempeñando mi puesto en el gobierno y aceptar una responsabilidad personal por la dirección de las relaciones exteriores".[81]

Los jefes de la facción guerrerista no compartían los temores de Trotsky. Dzerzhinsky, que ya era jefe de la *Cheka*,[82] sostenía que el Partido era lo bastante fuerte para resistir la escisión y la renuncia de Lenin. Lómov-Oppokov, dirigente de los bolcheviques de Moscú, instó a Trotsky a que no se dejara "intimidar" por los ultimátums de Lenin, declarando que ellos podían tomar el poder sin Lenin.[83] En el transcurso del debate, sin embargo, la gravedad y la urgencia del razonamiento de Trotsky impresionaron de tal forma a algunos de los partidarios de la guerra, Dzerzhinsky y Yoffe, que éstos rectificaron su posición. Lenin obtuvo siete votos en favor de la paz. Esto era aún una minoría del Comité Central. Pero, como Trotsky y tres jefes de la facción guerrerista se abstuvieron y sólo cuatro votaron contra Lenin, las condiciones de paz fueron aceptadas. Los tres jefes de la facción guerrerista que se abstuvieron, Yoffe, Dzerzhinsky y Krestinsky, emitieron una solemne declaración diciendo que ellos no podían contemplar "una guerra que se libraría simultáneamente contra el imperialismo alemán, la burguesía rusa y un sector del proletariado encabezados por Lenin", y que una escisión sería un desastre tan absoluto que la peor paz era preferible.[84] Pero los partidarios irreconciliables de la guerra, Bujarin, Uritsky, Lómov, Bubnov (y Piatakov y Smirnov, que se hallaban presentes en la sesión) denunciaron la decisión en favor de la paz como una opinión de minoría, y en protesta contra ella renunciaron a todos los puestos de responsabilidad en el Partido y el gobierno. Lenin trató en vano de disuadirlos de su actitud. Trotsky, después de haber hecho posible la derrota de los comunistas de izquierda, les mostró su simpatía y su afecto, y comentó en tono reflexivo que habría votado de otra manera si hubiese sabido que ellos iban a renunciar.[85]

La facción de la paz había ganado, pero su conciencia estaba intranquila. No bien acababa de decidir el Comité Central la aceptación de las condiciones alemanas, el 23 de febrero, votó unánimamente en favor de iniciar

[81] *Ibid.*, p. 251.

[82] *Cheka*: Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución, predecesora de la G. P. U.

[83] *Protokoly Tsen. Kom.*, p. 250.

[84] *Ibid.*, p. 253.

[85] En la misma sesión tuvo lugar un incidente curioso. Lenin les aseguró a sus adversarios derrotados que tenían pleno derecho a llevar a cabo su agitación contra la paz. En oposición a esto, Stalin comentó que, puesto que los jefes de la facción guerrerista habían sido tan indisciplinados como para renunciar a sus puestos, se habían colocado automáticamente fuera del Partido. Tanto Lenin como Trotsky protestaron enérgicamente contra la declaración de Stalin, y éste tuvo que retractarse. *Ibid.*, pp. 254-255.

preparativos inmediatos para una guerra futura. Cuando se discutió el nombramiento de una nueva delegación a Brest-Litovsk, tuvo lugar una escena tragicómica: cada uno de los miembros del Comité rehuyó el dudoso honor; ninguno, ni siquiera el más ardiente defensor de la paz, se sentía deseoso de estampar su firma al pie del tratado. Sokólnikov, quien a la larga encabezó la nueva delegación, amenazó con renunciar al Comité Central cuando se propuso su candidatura, y sólo la jovial persuación de Lenin lo indujo a ceder.[86] Resuelto este problema, Trotsky solicitó —entre las mofas de Stalin, por las que después ofreció disculpas— que el Comité tomara nota de su renuncia al Comisariado de Relaciones Exteriores, que ya se encontraba virtualmente bajo la dirección de Chicherin. El Comité Central le pidió a Trotsky que permaneciera en su puesto hasta que se firmara la paz. El sólo convino en que su renuncia no se hiciera pública hasta entonces y declaró que no figuraría más en ninguna institución gubernamental. A instancias de Lenin, el Comité lo obligó a asistir cuando menos a aquellas sesiones del gobierno en las que no se discutieran las relaciones exteriores.[87]

Después de todos los esfuerzos, triunfos y frustraciones recientes, los nervios de Trotsky estaban agotados. Parecía que su ejecutoria en Brest había sido totalmente ineficaz, y eso era en efecto lo que muchos pensaban y decían. No sin razón, se le culpaba por haber adormecido al Partido dándole una falsa sensación de seguridad en virtud de sus reiteradas seguridades de que los alemanes no se atreverían a atacar. De la noche a la mañana el ídolo se convirtió casi en reo. "La noche del 27 de febrero", escribe M. Philips Price, "el Ejecutivo Central del Soviet se reunió en el Palacio de Táurida y Trotsky hizo uso de la palabra... Este había desaparecido durante varios días y nadie parecía saber qué le había sucedido. Esa noche, sin embargo, se presentó en el Palacio... lanzó los dardos de su escarnio elocuente contra los imperialismos de las potencias centrales y de los aliados, en cuyo altar se estaba sacrificando a la Revolución Rusa. Cuando terminó, volvió a retirarse. Corrió el rumor de que su mortificación era tanta que tuvo un colapso nervioso y lloró".[88]

El 3 de marzo, Sokólnikov, dejando clara constancia de que los Soviets actuaban bajo coacción, firmó el tratado de Brest-Litovsk. En menos de dos semanas, los alemanes tomaron a Kíev y vastas regiones de Ucrania, los austriacos entraron en Odesa y los turcos en Trebizonda. En Ucrania las potencias ocupantes aplastaron a los Soviets y reinstalaron la *Rada*, sólo para derrocarla poco después y colocar al *hetman* Skoropadsky a la ca-

[86] *Ibid.*, pp. 259-266.
[87] *Ibid.*, p. 268.
[88] M. Philips Price, *op. cit.*, p. 251. Véase también I. Steinberg, *Als ich Volkskommissar war*, pp. 208-213.

beza de su régimen pelele. Los vencedores momentáneos abrumaron al gobierno de Lenin con exigencias y ultimátums, cada uno de ellos más humillante que el anterior. El más descarado de los ultimátums fue el que exigía que los Soviets firmaran una paz inmediata con la "Ucrania independiente". En Ucrania, el pueblo, especialmente los campesinos, oponían una resistencia desesperada a los acupantes y a sus cómplices ucranianos. Al firmar un tratado por separado con estos últimos, los Soviets no podían sino dar la impresión de que repudiaban toda la resistencia ucraniana. En el Comité Central, Trotsky exigió el rechazo del ultimátum alemán. Lenin, siempre con la idea del futuro desquite en la mente, estaba resuelto a apurar las heces de la humillación. Pero a cada provocación alemana, la oposición a la paz se alzaba nuevamente en el Partido y en los Soviets. El tratado de Brest-Litovsk todavía no había sido ratificado, y la ratificación aún era incierta.

El 6 de marzo tuvo lugar un Congreso de emergencia del Partido en el Palacio de Táurida para decidir si se le recomendaba la ratificación al próximo Congreso de los Soviets. Las sesiones se celebraron en estricto secreto, y las actas sólo fueron publicadas en 1925. El ambiente estaba saturado de abatimiento. Los delegados de las provincias descubrieron que, en espera de un ataque alemán, las oficinas gubernamentales se preparaban a evacuar a Petrogrado, una medida de la que el gobierno de Kerensky se había abstenido. Los Comisarios estaban ya "sentados en sus maletas"; sólo Trotsky habría de quedarse para organizar la defensa. Los delegados informaron sobre una disminución general de la popularidad del Partido.[89] Hacía poco que el clamor de paz había sido tan poderoso como para destruir al régimen de febrero y llevar a los bolcheviques al poder. Pero ahora, cuando la paz había llegado, el partido responsable por ella era el primero en ser culpado.

En el Congreso, la actividad de Trotsky fue inevitablemente el eje alrededor del cual giró el debate. En un discurso sumamente incisivo, Lenin demandó la ratificación del tratado. El peso principal de su razonamiento iba dirigido contra la facción guerrerista, pero también castigó el "gran error" de Trotsky y la creencia infundada de que los alemanes no atacarían, la creencia que había dado pie a la consigna de "ni paz ni guerra".[90] La facción guerrerista saltó a la defensa de Trotsky. "Hasta la prensa chovinista alemana", dijo Rádek, "tuvo que admitir que el proletariado de Alemania estaba contra Hindenburg y en favor de Trotsky. Nuestra política en Brest-Litovsk no ha fracasado; no ha sido una ilusión, sino una política de realismo revolucionario".[91] Fue mucho mejor que los Soviets firma-

[89] "Las organizaciones locales", dice el acta oficial, "eran débiles y desorganizadas, y el Congreso reflejó la condición de todo nuestro partido, de toda la clase obrera y de toda Rusia". *Sedmoi Syezd RKP*, pp. 4-5.

[90] *Ibid.*, p. 22.

[91] *Ibid.*, p. 71.

ran la paz después de la ofensiva alemana, porque así nadie podía dudar de que habían actuado bajo coacción externa. Pero, a continuación, Rádek expresó la desilusión de la facción guerrerista con Trotsky: "Lo único que se le puede reprochar a Trotsky es que, después de haber logrado tanto en Brest, se uniera al otro bando... Eso tenemos derecho a reprochárselo, y así lo hacemos".[92]

De nueva cuenta, y más explícitamente, Trotsky justificó su conducta. Bujarin, Rádek y sus amigos, dijo, veían en la guerra la única salvación y por eso se vieron "obligados, infringiendo consideraciones partidarias formales, a plantear la cuestión sobre el filo de una navaja... Con un país débil a nuestras espaldas, con un campesinado pasivo, con el proletariado en un estado de ánimo sombrío, nos vimos amenazados además por una escisión en nuestras propias filas... Era mucho lo que dependía de mi voto... Yo no podía asumir la responsabilidad por la escisión. Yo había pensado que debíamos replegarnos [ante el ejército alemán] en lugar de firmar la paz en busca de un respiro ilusorio. Pero no podía hacerme responsable de la dirección del Partido..."[93]

Esta, hasta donde lo revelan las actas, fue la única ocasión en que Trotsky declaró abiertamente haberse abstenido de reemplazar a Lenin como jefe del Partido. "El peligro de la escisión", añadió, "no habrá desaparecido ni habrá menguado si la revolución europea se sigue demorando".[94] Admitió que había juzgado erróneamente las intenciones alemanas, pero le recordó a Lenin que ambos habían convenido en romper las negociaciones. Sentía, dijo, un profundo respeto por la política de Lenin, pero no por la forma en que la facción de Lenin defendía su posición ante el país. Esta fomentaba la apatía y el derrotismo, que estaban desmoralizando a la clase obrera y en medio de los cuales era sumamente difícil organizar el nuevo ejército que todos querían. No instó al Congreso a que negara la ratificación, pero señaló que debía ponerse un límite a las concesiones: no se debía ceder ante Lenin y firmar un tratado con los peleles ucranianos de Alemania.[95] Y entonces hizo una observación que aludía a una contingencia ominosísima. Si el Partido, dijo, era tan importante que tenía que abandonar a sus obreros y campesinos ucranianos, entonces estaba en el deber de declarar: "*...hemos llegado antes de tiempo,* nos retiramos a la clandestinidad y dejamos que Chernov, Guchkov y Miliukov ajusten cuentas con... Ucrania... Pero creo que, aun cuando nos viéramos obligados a retirarnos así, todavía deberíamos actuar como un partido revolucionario y luchar por cada posición hasta la última gota de

[92] *Ibid.*, p. 72.
[93] *Ibid.*, p. 83.
[94] *Ibid.*, p. 84.
[95] "Lenin no conoce límites para la rendición y la retirada, aun cuando Trotsky trata de agarrarlo por la levita y detenerlo", dijo Riazánov en el debate. *Sedmoi Syezd RKP*, p. 9.

nuestra sangre".[96] Esta fue, hasta entonces, su más vigorosa insinuación de que la Revolución Rusa había sido prematura, y sus palabras tenían la más sombría connotación para los oídos marxistas: Marx y Engels habían escrito repetidamente sobre el trágico destino que aguarda a los revolucionarios que "llegan antes de tiempo".[97] Por último, recordando el "gran acto de abstención" de Dzerzhinsky, Yoffe, Krestinsky y él mismo, y su "sacrificio del Ego" en aras de la unidad bolchevique, le dijo a Lenin que en su política había tantos peligros como posibilidades, y que la facción de la paz tal vez estaba "sacrificando la única finalidad de la vida sólo para seguir viviendo".[98]

Lenin esgrimió una vez más la amenaza de su renuncia si el congreso limitaba su libertad de acción en relación con Ucrania. No hay nada de traición, argumentó, en la conducta de los soldados que se niegan a acudir al rescate de sus camaradas sitiados cuando saben que son demasiado débiles para rescatar a los sitiados y que ellos mismos perecerán en el intento. Tal era la posición de los Soviets en relación con Ucrania. Esta vez una gran mayoría estuvo de acuerdo con Lenin.

Trotsky, sin embargo, presentó una enmienda a la moción de Lenin, afirmando que la paz era "necesaria", en lugar de "permisible", como decía el texto original. Desde la tribuna del Congreso, sin que él mismo pudiera explicar cabalmente por qué, después de todo lo que había hecho para apoyar la política de Lenin, vaciló una vez más. Tras bastidores él y Lenin, de perfecto acuerdo, sondeaban nuevamente a la Entente acerca de la posibilidad de recibir ayuda en caso de que se negaran a ratificar la paz. En espera de la respuesta, Lenin llegó incluso a posponer el Congreso de los Soviets que habría de votar sobre la ratificación. Casi llegó a comprometerse con el Presidente Wilson a denunciar el tratado de Brest si el Presidente se obligaba mediante una promesa a dar ayuda.[99] En el Congreso del Partido, Lenin comentó enigmáticamente que la situación estaba cambiando con tanta rapidez que tal vez al cabo de dos días él mismo hablaría contra la ratificación.[100] Trotsky, en consecuencia, deseaba que el Congreso no formulara su resolución en términos que pudieran

[96] *Ibid.*, p. 85.

[97] "Lo peor que puede acontecerle al jefe de un partido extremista es verse obligado a hacerse cargo de un gobierno en una época en que el movimiento todavía no está maduro para la dominación de la clase que él representa y para la implantación de las medidas que esa dominación implicaría... el jefe se encuentra necesariamente en un dilema. Lo que él *puede* hacer contrasta con todas sus acciones anteriores, con todos sus principios y con los intereses actuales de su partido; lo que *debe* hacer no es realizable... Quienquiera que se coloque en esta difícil situación está irrevocablemente perdido". Engels, *The Peasant War in Germany*, pp. 135-136.

[98] *Sedmoi Syezd RKP*, p. 86.

[99] Hard, *Raymond Robins' Own Story*, pp. 135-139; Wheeler-Bennett, *The Forgotten Peace*, pp. 290-301.

[100] *Sedmoi Syezd RKP*, p. 140.

resultar demasiado rígidos. Lenin, sin embargo, no esperaba sinceramente una respuesta favorable de la Entente; y una vez más tuvo razón. Había convenido, a instancias de Trotsky, en hacer los sondeos para tener la conciencia tranquila al respecto. Pero, mientras tanto, deseaba que el Congreso aprobara la paz sin reservas. El Congreso así lo hizo.

En el debate, Trotsky había aludido a su "gran acto de abstención" y su "sacrificio del Ego". Esas palabras hacen recordar la observación de un amigo de su primera juventud: "Toda la conducta de Trotsky está dominada por su Ego, pero su Ego está dominado por la revolución".[101] Este rasgo del muchacho de dieciocho años estaba presente todavía en el hombre grande y famoso de treinta y ocho. Su comportamiento durante este drama comprobó su disposición a subordinar la ambición y la inclinación personales a los intereses del Partido. Pero ahora, cuando el triunfo de Lenin era completo, el Ego de Trotsky se encabritó y desde la tribuna de aquel lúgubre Congreso clamó por una recompensa. El gran debate sobre la paz fue seguido por una disputa grotesca sobre los defectos y los méritos de Trotsky. Sus amigos y seguidores, Krestinsky, Yoffe y Riazánov, presentaron una moción formal que justificaba su política en Brest. Era absurdo, desde cualquier punto de vista, tratar de hacer aprobar semejante moción en aquel momento. El Congreso acababa de decidir que la paz era una necesidad absoluta, y no debía esperarse que le impartiera ahora su bendición retrospectiva a la política de "ni guerra ni paz". La circunstancia de que los defensores de Trotsky provinieran de la facción guerrerista, hizo que esta demostración pareciera el último pataleo de una minoría derrotada. El Congreso no había tenido la intención de repudiar a Trotsky por lo que éste había hecho en Brest-Litovsk; prefería echar al olvido lo pasado. Pero, una vez que se le pidió expresamente que declarara su opinión, no podía menos que expresar su repudio. Rechazó la moción, hiriendo el orgullo y la ambición de Trotsky. Este, en consecuencia, renunció a todos los cargos de confianza que el Partido le había encomendado.

Ya para entonces, el nombramiento de Trotsky como Comisario de la Guerra había sido discutido o decidido en los altos círculos del Partido, y el Congreso estaba deseoso de darle cuando menos una satisfacción parcial. Entre mucho ruido y confusión se presentaron varias resoluciones y se efectuaron muchas votaciones cuyo resultado no fue claro. Durante esta porfía poco decorosa, Lenin se mantuvo callado. En nombre de la facción de Lenin, Zinóviev le aseguró a Trotsky que todo el Partido apreciaba cordialmente sus brillantes esfuerzos desde Brest para despertar a la clase obrera alemana y consideraba "plenamente correcta" esa parte de su labor. Pero Trotsky debía reconocer que el Partido había cambiado de actitud y que no tenía sentido discutir sobre la fórmula de "ni paz ni guerra". El

[101] Véase el Capítulo II, p. 45 del presente libro.

Congreso aprobó primero la resolución de Zinóviev. Después votó en favor de la moción de Rádek, que contradecía a aquélla. Y por último aprobó otro texto que contradecía el de Rádek. "Es un acontecimiento inaudito en la historia", se quejó Trotsky, "que frente al enemigo un partido repudie la política de sus representantes". Herido en su amor propio, presentó una irónica resolución que condenaba de plano su propia política. El Congreso, por supuesto, la rechazó, y él se retiró de la contienda. Cuando se procedió a elegir al Comité Central, él y Lenin obtuvieron el mayor número de votos. Al mismo tiempo que abandonaba su política, el Partido le expresaba su confianza sin reservas.

Cuatro meses llenos de acontecimientos habían transcurrido desde que los Soviets ratificaron la paz. El Consejo de Comisarios del Pueblo había salido de Petrogrado y se había instalado en el Kremlin en Moscú. Las misiones diplomáticas aliadas también habían salido de Petrogrado, pero en señal de protesta contra la paz se radicaron en Vólogda, una pequeña ciudad de provincia. Trotsky había sido nombrado Comisario de la Guerra y había empezado a "armar a la revolución". Los japoneses habían atacado a Siberia y ocupado a Vladivostok. Los alemanes habían reprimido la revolución finlandesa y obligado a la flota rusa a retirarse del Golfo de Finlandia. También habían ocupado toda Ucrania, Crimea y las costas del Mar Negro y el de Azov. Los británicos y los franceses habían desembarcado en Murmansk. La Legión Checa se había alzado contra los Soviets. Estimuladas por las intervenciones extranjeras, las fuerzas antirevolucionarias rusas habían reanudado la lucha a muerte, supeditando a ella todos los principios y escrúpulos. Muchos de quienes hacía poco habían acusado a los bolcheviques de ser agentes alemanes, Miliukov y sus seguidores en primer término, habían llegado a depender de la ayuda alemana en su lucha contra los bolcheviques.[102] El hambre se había dejado sentir en Moscú y las ciudades del norte de Rusia, aisladas de sus graneros. Lenin había decretado la nacionalización en masa de la industria y llamado a los Comités de Campesinos Pobres a confiscar las reservas de alimentos de los agricultores acomodados a fin de alimentar a los obreros urbanos. Varios levantamientos reales y varias conspiraciones imaginarias habían sido reprimidas.

Nunca hasta entonces paz alguna había acarreado tantos sufrimientos y tanta humillación como los que la "paz" de Brest-Litovsk le acarreó a Rusia. Pero Lenin amamantó a su "criatura" —la revolución— a lo largo de todas estas pruebas y decepciones. No denunció el tratado de Brest, aunque en más de un aspecto, pasó por alto sus estipulaciones. No dejó de exhortar a los obreros alemanes y austriacos a rebelarse. Autorizó, pese a la cláusula relativa al desarme de Rusia, la formación del Ejército

[102] Denikin, *Ocherki Russkoi Smuty*, vol. III, pp. 72-90.

Rojo. Pero bajo ninguna circunstancia les permitió a sus seguidores alzarse en armas contra Alemania. Llamó a Moscú a los bolcheviques que habían encabezado los Soviets ucranianos y que habían sentido la tentación de golpear a la potencia ocupante desde la clandestinidad.[103] Por toda Ucrania la máquina de guerra alemana aplastaba a las guerrillas antialemanas. Las Guardias Rojas rusas contemplaban su agonía desde el otro lado de la frontera y ardían en deseos de acudir a su rescate, pero Lenin las contuvo inexorablemente.

Trotsky había abandonado hacía tiempo su oposición a la paz. Había aceptado la decisión final del Partido y sus consecuencias. Tanto la solidaridad gubernamental como la disciplina de partido lo obligaban a apoyar la política de Lenin. Lo hizo con absoluta lealtad y devoción, aunque debió de pagar esa lealtad con muchos conflictos internos y muchos momentos de intensa angustia. La facción guerrerista bolchevique, carente de jefes y confundida, se había refugiado en el silencio. Con tanto mayor vigor e impaciencia, en cambio, expresaron los social-revolucionarios de izquierda su oposición a la paz. En marzo, inmediatamente después de la ratificación, se retiraron del Consejo de Comisarios del Pueblo. Todavía ocupaban puestos en casi todos los departamentos del gobierno, incluida la *Cheka,* y en los órganos ejecutivos de los Soviets. Pero, exasperados por todo lo que había sucedido, no podían seguir por mucho tiempo en semioposición al gobierno y al mismo tiempo compartiendo la responsabilidad por las medidas de éste.

Tal era la siuación cuando el quinto Congreso de los Soviets se reunió en Moscú a principios de julio de 1918. Los socialrevolucionarios de izquierda decidieron llevar las cosas hasta sus últimas consecuencias y romper con los bolcheviques. El clamor contra la paz se elevó una vez más. Los delegados de Ucrania subieron a la tribuna para describir la lucha desesperada de las guerrillas ucranianas y para suplicar ayuda. Los jefes de los social-revolucionarios de izquierda, Kamkov y Spiridovna, denunciaron la "traición bolchevique" y clamaron por una guerra de liberación.

Tanto Kamkov como Spiridovna eran grandes revolucionarios del viejo tipo populista. Habían luchado bomba en mano contra el zarismo y habían pagado por su valor con muchos años de reclusión solitaria y trabajos forzados. Hablaban con la autoridad de los héroes y los mártires más bien que con la de los dirigentes y políticos. Se negaban a pesar los pros y los contras. Exigían de la revolución victoriosa el heroísmo y la disposición al martirio que ellos mismos habían demostrado. Los bolcheviques, en su conjunto, estaban muy lejos de tal ardor irrazonado. Con todo, las exhortaciones de Spiridovna y Kamkov todavía tocaban una fibra en muchos bolcheviques, y ciertamente en Trotsky. Cuando en el Congreso Kamkov cruzó el proscenio en dirección al palco diplomático donde el embajador

[103] Antónov-Ovseienko. *Zapiski o Grazhdánskoi Voiné,* vol. I, pp. 294-295.

alemán, conde Mirbach, escuchaba los debates y, señalándolo, volcó sobre él todo el odio que sentía por el Kaiser y el imperialismo alemán, el Congreso aplaudió su coraje. En el fondo de su corazón, Trotsky debe de haber hecho lo mismo. Kamkov, al fin y al cabo, no hacía más que repetir lo que él mismo había hecho en Brest; y de los labios de Kamkov y Spiridovna los ecos de su propia voz parecían volver a él. No habían pasado más que unos cuantos meses desde que él expresara pública, solemne y confiadamente que los bolcheviques defenderían el honor de la revolución "hasta la última gota de sangre", y manifestara la esperanza de que los social-revolucionarios de izquierda harían lo mismo. Menos tiempo aún había transcurrido desde que él les pidiera a sus camaradas que mejor declararan haber llegado antes de tiempo y sucumbieran en lucha desigual antes que lavarse las manos por la suerte de Ucrania. Entretanto había seguido a Lenin, abrigando la esperanza de que ésa fuera la forma de salvar a la revolución. Pero en el fondo de su corazón no podía condenar a quienes no seguían su ejemplo.

Desempeñó, por lo tanto, un papel paradójico cuando el 4 de julio le pidió al Congreso que autorizara una orden de emergencia que se proponía dictar.[104] La orden tenía por objeto imponer una estricta disciplina a los destacamentos de guerrilleros rusos que amenazaban destruir la paz con sus ataques espontáneos contra las tropas alemanas. El texto rezaba así: "He aquí mis órdenes: todos los agitadores que, después de la publicación de esta orden, continúen instando a la insubordinación contra el gobierno soviético serán arrestados, traídos a Moscú y juzgados por el Tribunal Extraordinario. Todos los agentes del imperialismo extranjero que aboguen por una acción ofensiva [contra Alemania] y opongan resistencia armada a las autoridades soviéticas, serán fusilados".

Sostuvo la necesidad de esta orden con una lógica perfecta. No se proponía discutir, dijo, cuál era la política correcta, si la paz o la guerra. Sobre ese asunto el anterior Congreso de los Soviets, que constitucionalmente era la autoridad suprema en el Estado, había pronunciado la última palabra. Lo que él sostenía era que nadie tenía derecho a arrogarse las funciones del gobierno y a hacer la guerra por su cuenta. La agitación contra la paz, efectuada entre las Guardias Rojas y los guerrilleros, había asumido formas peligrosas. Comisarios que habían defendido la paz habían sido asesinados; comisiones de investigación enviadas desde Moscú habían sido tiroteadas; su amigo Rakovsky, que en una ocasión encabezó la delegación que negociaba con la *Rada,* había sido amenazado con bombas. "Ustedes comprenderán, camaradas, que en relación con estas cosas no se puede bromear. Como la persona que tiene a su cargo actualmente la dirección del Ejército Rojo..."

En ese momento Kamkov lo interrumpió con el grito de: "¡Kerensky!"

[104] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia,* vol. I, pp. 266-274.

Otro social-revolucionario de izquierda le gritó: "¡Usted se cree un nuevo Napoleón!" "Kerensky", replicó Trotsky. "Kerensky obedecía a las clases burguesas, y yo soy aquí responsable ante ustedes, representantes de los obreros y los campesinos rusos. Si ustedes aprueban un voto de censura contra mí y adoptan una decisión diferente, yo, como soldado de la revolución, me someteré a la decisión de ustedes y la cumpliré". Así hizo claro que actuaba por solidaridad con el gobierno del cual era miembro más bien que por una discrepancia fundamental con la oposición. Pero también advirtió a la oposición que en aquel momento el quebrantamiento de la paz sólo podría beneficiar a la Entente o a los ultramilitaristas alemanes que no estaban satisfechos ni siquiera con el *Diktat* de Brest. Pese a los enconados ataques de que lo hacían objeto los social-revolucionarios de izquierda, todavía se dirigió a ellos con persuasiva benevolencia, sin acusarlos aún de ser responsables de la incitación a la guerra.[103] Cuando Spiridovna le reprochó su "estilo militarista bonapartista", replicó en tono de semidisculpa: "Yo, camaradas, no soy en modo alguno afecto al estilo militar. Estoy acostumbrado a usar el lenguaje del periodista, que prefiero a cualquier otro estilo. Pero todo género de actividad tiene sus consecuencias, aun estilísticas. Como Comisario de la Guerra que tiene que contener a los malhechores que tirotean a nuestros representantes, no soy periodista y no puedo expresarme en el tono lírico en que la camarada Spiridovna ha hablado aquí".

Para entonces, Spiridovna también había abandonado el "tono lírico". La pequeña y frágil mujer subió a la tribuna para acusar a Lenin y a Trotsky de traición y para amenazarlos. "Empuñaré el revólver y la bomba, como antaño", exclamó. Este fue el aviso de una insurrección que estallaría sólo dos días más tarde. Sadoul ha dejado una descripción gráfica de la escena y de las diferentes formas en que Lenin y Trotsky reaccionaron ante la amenaza:

> Lenin se pone de pie. Su extraño rostro de fauno tiene, como siempre, una expresión de serenidad y burla. No ha dejado y no dejará de reír bajo los insultos, ataques y amenazas directas que llueven sobre él. En estas trágicas circunstancias, cuando él sabe lo que está en juego, su labor, su idea, su vida, esta enorme risa, ancha y sincera, que algunos consideran fuera de lugar, me da la impresión de una fuerza extraordinaria. De cuando en cuando... una afrenta más hiriente logra congelar por un segundo esta risa, tan insultante y exasperante para el adversario...
>
> Al lado de Lenin, Trotsky también trata de reír. Pero la cólera, la

[103] Sólo cuando el debate se aproximaba a su término Trotsky acusó a los social-revolucionarios de izquierda, pero aun entonces hizo claro que sus acusaciones iban dirigidas contra ciertos individuos, no contra el partido en general. En rigor de verdad, el partido en general estaba empeñado en un intento desesperado de destruir la paz. *Ibid.*, p. 275.

emoción y la agitación transforman su risa en una mueca dolorosa. Entonces su expresión animada y vivaz se desvanece... y desaparece bajo una máscara mefistofélica y aterradora. El no tiene la voluntad soberana del maestro, su serenidad, su absoluto dominio de sí. Con todo, es... menos implacable.[106]

Era más fácil para Lenin, por supuesto, enfrentarse con tanta seguridad a sus adversarios: él había estado convencido en todo momento de que la paz era la única salvación de la revolución. La contorsión del rostro de Trotsky reflejaba el conflicto que torturaba su mente.

Estos tumultuosos debates fueron interrumpidos el 6 de julio por el asesinato del conde Mirbach, el embajador alemán. Los asesinos, dos social-revolucionarios de izquierda, altos funcionarios de la *Cheka,* Blumkin y Andréiev, actuaron por órdenes de Spiridovna, con la esperanza de provocar la guerra entre Alemania y Rusia.[107] Inmediatamente después los social-revolucionarios de izquierda llevaron a cabo su insurrección contra los bolcheviques. Lograron arrestar a Dzerzhinsky y a otros jefes de la *Cheka,* que habían ido sin escolta al cuartel general de los insurgentes; y ocuparon los correos y telégrafos y anunciaron al país el derrocamiento del gobierno de Lenin. Pero no tenían dirección ni plan de acción, y al cabo de dos días de escaramuzas se rindieron.

El 9 de julio el Congreso de los Soviets se reunió y Trotsky informó sobre la represión del levantamiento. Dijo que el ataque había tomado al gobierno por sorpresa, pues éste había sacado de la capital los pocos destacamentos dignos de confianza que poseía para enviarlos a luchar en el este contra la Legión Checoslovaca. El gobierno había confiado su propia seguridad a la misma Guardia Roja, compuesta por social-revolucionarios de izquierda, que habían efectuado el levantamiento. Todo lo que Trotsky pudo oponer a los insurgentes fue un regimiento de fusileros letvios mandado por Vatzetis, antiguo coronel del Estado Mayor que andando el tiempo llegaría a ser Comandante en Jefe del Ejército Rojo; y un destacamento de prisioneros de guerra austrohúngaros convertidos en revolucionarios y encabezados por Bela Kun, el futuro fundador del Partido Comunista de Hungría. Pero el levantamiento tuvo un carácter casi de farsa, desde el punto de vista militar si no desde el político. Los insurgentes eran una banda de guerrilleros valientes, pero indisciplinados. No pudieron coordinar sus ataques y a la larga cedieron más a la persuasión

[106] Sadoul, *Notes sur la Révolution Russe,* p. 396.

[107] Blumkin se arrepintió más tarde de su acto, ingresó en el partido bolchevique, se distinguió en la guerra civil y se reintegró a la *Checa.* En los años veintes simpatizó con la oposición trotskista, pero, por consejo de Trotsky, continuó prestando servicios en la G. P. U. Cuando Trotsky se hallaba exiliado en la isla de Prinkipo, Blumkin lo visitó secretamente y regresó a Moscú con un mensaje de Trotsky para la oposición. Antes de que pudiera entregar el mensaje, sin embargo, fue arrestado y ejecutado, (*The Trotsky Archives,* Harvard).

bolchevique que a la fuerza. Trotsky, que precisamente entonces estaba disciplinando a las Guardias Rojas y a las guerrillas para convertirlas en un Ejército Rojo centralizado, usó el levantamiento como una lección objetiva que demostraba lo correcto de su política militar. Aún entonces habló de los insurgentes en tono semicompasivo, diciendo que él y otros los habían defendido en el gobierno como "niños que habían perdido la cabeza"; pero añadió que ya "no había lugar para tales niños".[108] Los jefes del levantamiento fueron arrestados, pero unos meses más tarde se les concedió la amnistía. Sólo aquellos que habían abusado de sus posiciones de confianza dentro de la *Cheka* fueron ejecutados.

Así, con Trotsky rechazando el obstinado eco de sus propias protestas apasionadas contra la paz, terminó la gran controversia sobre Brest-Litovsk.

[108] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia,* vol. I, pp. 276 sigs.

CAPITULO XII

ARMANDO A LA REPUBLICA

"La Guerra es un instrumento de la Política; debe poseer necesariamente su carácter, debe medir con su escala: la dirección de la Guerra, en sus grandes rasgos, es por lo tanto la Política misma, que esgrime la espada en lugar de la pluma, pero no por ello deja de pensar de acuerdo con sus propias leyes". Esta frase clausewitziana describía la guerra entre las naciones, en la que la identificación de la estrategia con la política se ve a menudo oscurecida y dista de ser obvia. En la guerra civil, la identificación es directa y carece de disfraz. Son las leyes de la política las que dominan cada frase, las que dictan a los beligerantes nueve décimas partes de sus actos y producen el veredicto final en los campos de batalla. Cuando a mediados de marzo de 1918 Trotsky fue nombrado Comisario de la Guerra y Presidente del Supremo Consejo de Guerra, ni siquiera soltó la pluma para empuñar la espada: usó ambas.

Emprendió la tarea de crear un ejército partiendo de un aparente vacío. Las fuerzas armadas del antiguo régimen se habían desvanecido. Sobre el Don y en el norte del Cáucaso unos cuantos destacamentos probolcheviques del antiguo ejército se enfrentaban todavía a las primeras Guardias Blancas. Pero ellos también eran tan poco valiosos militarmente, que el gobierno prefirió desbandarlos antes que tratar de conservarlos para el nuevo ejército: tanto era su temor de que los residuos del antiguo ejército pudieran contagiarle sus vicios anárquicos al nuevo. Así, el que antaño fuera gigantesco poder militar fue completamente desechado; lo único que sobrevivió de él y seguía teniendo valor como fuerza de combate fue una sola división de fusileros latvios bajo el mando del coronel Vatzetis. Aparte de esto, estaban las Guardias Rojas formadas por obreros y bandas de guerrilleros inspirados por el entusiasmo y no siempre carentes de autodisciplina, pero con poco o ningún adiestramiento u organización. Su cantidad distaba de ser impresionante. En octubre de 1917, las Guardias Rojas de Petrogrado no sumaban más de 4,000 y las de Moscú no más de 3,000 miembros bien adiestrados y armados.[1] Desde octubre su fuerza numérica no había aumentado apreciablemente. De tan modestos comienzos surgió el Ejército Rojo, que al cabo de dos años y medio tendría cinco millones de hombres sobre las armas.

Los números sólo dan una ligera idea de las dificultades. Los mayores obstáculos eran morales y políticos. Cuando Trotsky emprendió la creación del Ejército Rojo, pareció quemar todo lo que había adorado y adorar

[1] *Piat Let Vlasti Soviétov*, pp. 154-155.

todo lo que había quemado. Los bolcheviques habían denunciado el militarismo y alentado al soldado a rebelarse contra la disciplina y a ver en el oficial a su enemigo. No lo habían hecho por enemistad hacia el ejército en cuanto tal, sino porque veían en aquel ejército el instrumento de intereses hostiles. Su agitación tuvo un éxito tan abrumador que rebotó contra ellos mismos. Se vieron obligados, en consecuencia, a destruir la mentalidad que ellos mismos habían formado antes de poder crear el ejército que era un requisito de su propia preservación. El estado de ánimo popular estaba compuesto de varias nociones: el aborrecimiento pacifista de la guerra; la convicción de que la revolución podía apoyarse en las Guardias Rojas y los guerrilleros y no necesitaba un ejército regular; y la creencia de que los soldados tenían el derecho inalienable de elegir a sus comandantes y comités de soldados. Cuando Trotsky dijo por primera vez que los comités de soldados no podían mandar a los regimientos en el combate y que un ejército necesitaba centralización y disciplina formal, sus palabras sonaron como la profanación de un tabú revolucionario.

Más aún, todo el aparato gubernamental se había derrumbado tan completamente que el intento de crear un nuevo ejército parecía irremediablemente irreal. Trotsky se hizo cargo de un comisariado que hasta entonces había estado dirigido por un ineficaz Colegio de tres Comisarios: Podvoisky, Antónov-Ovseienko y Dibenko. Desde noviembre había encabezado nominalmente el "Colegio de Toda Rusia para la Administración de los Asuntos del Departamento de la Guerra", pero la crisis de Brest le había impedido prestarle mucha atención a ese puesto. El citado Colegio preparó el decreto del 15 de enero de 1918 acerca de la creación de un ejército de voluntarios. Al igual que la mayoría de las leyes y ordenanzas de aquel período, el decreto fue también una declaración de principio que el gobierno todavía no estaba en capacidad de llevar a la práctica. No había agencias administrativas para reclutar a los hombres, alojarlos en los cuarteles, vestirlos y alimentarlos. No había oficiales ni sargentos para adiestrar a los reclutas. No fue sino en abril, un mes después de haber asumido su nuevo puesto, cuando Trotsky empezó a formar oficinas regionales y locales de su Comisariado, es decir, centros de reclutamiento; pero aún mediaba un abismo entre el decreto y la ejecución. Todo lo que se había logrado cinco meses después de la insurrección de octubre era que en unas cuantas ciudades varios centenares de miembros de las Guardias Rojas empezaran a adiestrarse para ocupar puestos de mando.

Los primeros pronunciamientos que Trotsky hizo en su nuevo cargo contenían los principales elementos de su política militar.[2] Recurrió sobre todo a los miembros del Partido y de los Soviets: sólo con su apoyo podía abrigar esperanzas de cumplir su tarea. Les hizo ver la necesidad que tenía

[2] Véase su discurso del 19 de marzo ante el Soviet de Moscú, su declaración del 21 de marzo y su discurso del 28 de marzo ante la Conferencia del Partido. *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I

la revolución de pasar de su primera fase destructiva a la segunda, constructiva; y su texto fue: "Trabajo, Disciplina y Orden salvarán a la República Soviética". Era en el campo militar donde primero tenía que efectuarse la transición, pues de él dependía la supervivencia de la revolución. Trotsky no detractó en forma oportunista la primera fase destructiva, que había producido "el gran despertar de la personalidad en Rusia". En eso consistían la significación y la grandeza históricas de la primera fase de la revolución. Pero la "personalidad despertada", al reaccionar contra su anterior opresión, revelaba sus rasgos egoístas y antisociales: "Ayer el hombre de la masa era todavía un nadie, esclavo del zar, de la aristocracia, de la burocracia, un apéndice de la... máquina... una bestia de carga... Habiéndose liberado, tiene ahora una agudísima conciencia de su propia identidad y empieza a considerarse a sí mismo... el centro del mundo".[3] El Partido tenía el deber de habituar la personalidad despertada a una nueva y consciente disciplina social. Para ello, el Partido mismo debía superar su propio prejuicio antimilitarista: demasiados de sus miembros veían aún al ejército como un instrumento de la contrarrevolución La tarea inmediata no era todavía la de crear un ejército hecho y derecho; era más bien la de formarle un núcleo. El gobierno decretó el adiestramiento militar obligatorio universal, pero sólo los voluntarios serían reclutados y ádiestrados inmediatamente. El Partido debía superar también el burdo prejuicio en favor de los comandantes y comités de soldados elegidos, pues éstos eran ajenos a la esencia de la democracia revolucionaria. El principio democrático exigía que el gobierno fuera elegido y fiscalizado por las masas, no que las masas se arrogaran sus funciones y lo privaran de la facultad de nombramiento. El Ejército Rojo debía utilizar los servicios de los antiguos oficiales zaristas. En las cuestiones de la defensa, el valor, el entusiasmo revolucionario y la disposición al sacrificio no eran suficientes. "Del mismo modo que la industria necesita ingenieros y la agricultura agrónomos preparados, también los especialistas militares son indispensables para la defensa".[4]

Así como quienes habían hecho la revolución eran completamente reacios a recibir órdenes de los generales y los coroneles del antiguo régimen, los generales los coroneles no eran menos renuentes a poner su capacidad y su experiencia al servicio de los bolcheviques. Sólo había unas cuantas excepciones. El primer militar de talla que ofreció sus servicios como voluntario fue el general Bonch-Bruévich, antiguo comandante del frente del norte, ganado para la revolución por su hermano, un conocido escritor bolchevique. Trotsky le confió al general la organización del Estado Mayor, tarea que había sido muy superior a las fuerzas del alférez Krilenko, el Comandante en Jefe nombrado en los primeros días de la revolución. Pero muy pocos oficiales siguieron a Bonch-Bruévich. Quienes lo hicieron

[3] *Ibid.*, p. 39.
[4] *Ibid.*, p. 29.

se enfrentaron a su tarea con todos los hábitos mentales del soldado regular, acostumbrado a trabajar dentro de la rígida y bien ordenada estructura de un ejército normal y mal adaptado al clima revolucionario. Rádek describe las primeras conferencias de Trotsky con estos oficiales en abril de 1918. En el transcurso de muchos días, los oficiales presentaron y discutieron sus ideas, mientras Trotsky escuchaba en silencio. Se ofreció todo género de planes para galvanizar al antiguo ejército, ninguno de los cuales tomaba en cuenta las recientes transformaciones psicológicas. A continuación Trotsky esbozó su plan para reclutar voluntarios. La única respuesta que obtuvo fue un silencio embarazoso y un encogimiento de hombros. Los oficiales atribuían el colapso del antiguo ejército a la falta de disciplina, y estaban seguros de que en un ejército de voluntarios no habría disciplina. El proyecto de Trotsky les pareció la fantasía de un *dilettante* revolucionario.[5]

Pero en el plan de Trotsky, la política dictaba la línea de acción militar. El tenía que enrolar primero a los entusiastas de la revolución, pues sólo ellos podrían servir con completa autodisciplina y sólo con ellos podría contarse para que después les impusieran la disciplina a los demás. Incluso el reclutamiento de voluntarios no era asunto fácil. Los aventureros y los arribistas inundaron los centros de reclutamiento, y fue necesario eliminarlos cuidadosamente. Sólo a fines del otoño de 1918 empezó Trotsky a experimentar con el reclutamiento obligatorio, llamando a filas a un pequeño número de obreros industriales de Petrogrado y Moscú. Cuando los primeros 10,000 obreros quedaron sobre las armas, el hecho se consideró una hazaña. Gradualmente se reclutaron más, aunque, a medida que la conscripción se extendía, la renuencia de los obreros a enrolarse empezó a dejarse sentir. Pero la persuasión y los llamados a la solidaridad de clase eran generalmente efectivos. Sólo cuando el núcleo proletario del ejército quedó firmemente establecido, empezó Trotsky a reclutar a los campesinos, primero a los pobres y después a los *serednyaks* (campesinos medianos). Estos frecuentemente desertaban en masa y su moral fluctuaba violentamente con los altibajos de la guerra civil.[6]

Como los ejércitos se perdían y se formaban periódicamente con la frecuente y súbita contracción y expansión del territorio bajo control soviético, fue necesario repetir el proceso en diversas provincias en diferentes momentos. Hasta muy avanzada la guerra civil, el Ejército Rojo tuvo por lo tanto un aspecto poco uniforme. Diversas etapas de su organización coincidían entre sí constantemente. Las divisiones fogueadas y bien disciplinadas combatían junto a unidades que eran poco mejores que una chusma mal armada. Esto aumentaba la inestabilidad y la nerviosidad peculiares

[5] K. Rádek, *Portrety i Pamflety*, pp. 31-32.

[6] Los *kulaks*, al igual que la burguesía urbana, sólo eran reclutados para servicios auxiliares y destacamentos de trabajo. Los ciudadanos que se negaban a prestar servicio militar por razones religiosas, eran eximidos .

de un ejército revolucionario, formado en medio de la incertidumbre general. Si a pesar de esto y de una crónica escasez de municiones, uniformes y botas, y también a pesar del hambre y las epidemias, el Ejército Rojo salió airoso de su prueba, ello se debió al hecho de que fue organizado en una serie de anillos concéntricos que se ampliaban gradualmente, cada uno proveniente de un estrato social diferente y cada uno representativo de un diferente grado de lealtad a la revolución. En cada división y regimiento, el núcleo central de bolcheviques arrastraba consigo a los elementos proletarios, y a través de ellos también a la masa campesina dudosa y vacilante.

El 22 de abril de 1918, Trotsky presentó su plan ante el Ejecutivo Central de los Soviets.[7] Cuando tocó el punto relativo al empleo de oficiales, los mencheviques elevaron un clamor de protesta. "¡Así hacen su aparición los Napoleones!", exclamó Dan. Mártov acusó a Trotsky de allanarle el camino a un nuevo Kornílov. Estas acusaciones eran poco convincentes cuando provenían de un partido que había estado punto menos que dispuesto a entregarle la revolución a Kornílov.[8] Más serias fueron las objeciones de los social-revolucionarios de izquierda, para quienes esto no era un simple tema de debate. Pero la oposición más persistente e influyente surgió dentro del propio partido bolchevique. Esta oposición fue suscitada por los más diversos motivos. La mayoría de los comunistas de izquierda, que se habían opuesto a la paz de Brest, repudiaron la política de Trotsky en nombre del espíritu libertario de la revolución. Se negaron a tolerar un

[7] El decreto que Trotsky sometió al Ejecutivo comenzaba así: "El socialismo se fija como una de sus tareas básicas liberar a la humanidad del militarismo y de la barbarie de las contiendas sangrientas entre los pueblos. La meta del socialismo es el desarme general, la paz permanente y la cooperación fraternal entre todos los pueblos que habitan la Tierra". *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, pp. 123-124. En esta ocasión el Ejecutivo aprobó también el texto del juramento del Ejército Rojo, escrito por Trotsky:

"Yo, hijo del pueblo trabajador y ciudadano de la República Soviética, asumo el título de soldado del Ejército de Obreros y Campesinos.

"Ante las clases obreras de Rusia y de todo el mundo me comprometo a llevar este título con honor, a aprender concienzudamente a manejar las armas...

"Me comprometo a observar la disciplina revolucionaria estricta e infatigablemente...

"Me comprometo a abstenerme y a hacer que otros camaradas se abstengan de cometer actos que puedan perjudicar y rebajar la dignidad de un ciudadano de la República Soviética, y a dirigir todas mis acciones y pensamientos hacia el gran objetivo de la emancipación de todo el pueblo trabajador.

"Me comprometo a acudir a la primera llamada del Gobierno de Obreros y Campesinos para defender a la República Soviética... en la lucha por la República Soviética y por la causa del socialismo y de la hermandad de los pueblos no escatimaré ni mis propias fuerzas ni mi propia vida.

"Si con mala intención me apartare de esta mi solemne promesa, que el desprecio general sea mi suerte y que la severa mano de la ley revolucionaria me castigue". *Ibid.*, p. 125.

[8] *Ibid.*, p. 117.

ejército permanente centralizado, no digamos ya mandado por generales y coroneles zaristas. Encabezados por I. N. Smirnov, Bujarin, Piatakov y Bubnov, los comunistas de izquierda combatieron a Trotsky con la misma franqueza y el mismo encono con que habían combatido a Lenin en la controversia sobre Brest. Veían en su actual oposición una continuación de su lucha anterior: se negaban a aceptar cualquier transacción con las fuerzas del antiguo régimen, ya fuera en política exterior o interior.

El otro elemento de la oposición lo formaban hombres que pertenecían a la jerarquía bolchevique interna. Por regla general, estos hombres defendían la autoridad centralizada y la disciplina estricta, y veían a los comunistas de izquierda como perturbadores irresponsables... No se oponían en lo fundamental a la idea que tenía Trotsky del nuevo ejército, pero veían con suspicacia su disposición a solicitar los servicios de la antigua oficialidad. Sospechaban, no sin cierta razón, que los oficiales se enrolarían para traicionar al Ejército Rojo desde adentro, y algunos de ellos defendían celosamente las posiciones de poder recién adquiridas, que ahora tendrían que compartir en el ejército con sus enemigos de antaño. Los celos y la suspicacia se fundieron en un fuerte sentimiento que halló expresión en el Comité Central del Partido. Aun aquellos bolcheviques que aceptaban el empleo de los oficiales, lo hacían con fuertes reservas mentales; y de cuando en cuando dejaban manifestar sus sentimientos reprimidos. Se oponían sinuosamente a la política de Trotsky, no atacándola en principio sino en sus detalles y su ejecución.

Estas dos corrientes de oposición coincidían parcialmente y formaban una alianza ambigua. Se ganaron el apoyo de los comisarios y comandantes de las Guardias Rojas y los grupos guerrilleros, los obreros ordinarios y los suboficiales, que se habían distinguido en las primeras semanas de la lucha, estaban rodeados por una aureola de heroísmo y resentían amargamente la subordinación a los generales zaristas o a cualquier otra autoridad militar.

Implicado en la cuestión inmediata había un problema más amplio relativo a la actitud del nuevo Estado frente a los valores positivos de la civilización prerrevolucionaria y frente a la intelectualidad que representaba la suma total de ideas, conocimientos y capacidad superiores legadas por el antiguo orden. En el campo militar, este problema era agudísimo; pero tenía una significación vital en todos los aspectos de la vida soviética. Entre los bolcheviques y los obreros ordinarios prevalecía un intenso disgusto por los profesionales que habían gozado de libertad y privilegios mientras los revolucionarios pasaban sus mejores años en el destierro y la cárcel. Se sintieron anonadados cuando se les dijo que la revolución debía restaurar la respetabilidad y la influencia de los "lacayos" del zar y los "filisteos burgueses". Y, sin embargo, eso era lo que la revolución empezaba a hacer, porque no podía tomar represalias contra la intelectualidad sin destruir la base de su propio futuro. Sin sus médicos, hombres de ciencia,

investigadores y técnicos, de los que no disponía en exceso, y sin sus escritores y artistas, la nación habría acabado por descender al nivel de la barbarie primitiva, del que en todo caso se hallaba peligrosamente cerca. Las disputas sobre los "especialistas" eran implícitamente, por lo tanto, una lucha acerca del nivel de civilización a partir del cual habría de comenzar la "construcción del socialismo". Trotsky planteó repetidamente la cuestión en su contexto más abarcador, y no como un mero trámite de organización militar. Sostuvo que el "legado cultural" del que la revolución había tomado posesión debía salvarse, cultivarse y desarrollarse; y, mientras la revolución tuviera que defenderse, la capacidad y los conocimientos militares debían considerarse como parte de ese legado. Sus exhortaciones en este sentido llenan muchas páginas en los volúmenes de sus escritos militares y pertenecen tanto a la historia cultural cuanto a la militar del régimen soviético.

La combinación de los grupos contrarios a la política de Trotsky fue tanto más formidable cuanto que Lenin se reservó durante largo tiempo su opinión sobre el empleo de los oficiales, aunque él mismo insistió con sumo énfasis en que los "especialistas" civiles debían ser tratados con consideración y tacto. La sección militar del Partido, de cuya cooperación dependían tantas cosas, era firmemente contraria a la política de Trotsky. El conflicto se hizo abierto cuando Lashévich, el jefe de la sección, miembro del Comité Central e íntimo amigo de Zinóviev, se jactó públicamente de que el Partido usaría a los viejos generales sólo para "exprimirlos como limones y tirarlos después". Zinóviev habló en la misma forma, como si se propusiera herir el amor propio de los oficiales y obstruir los intentos de Trotsky por ganárselos.[9] Cierto general Novitsky, que había declarado voluntariamente su disposición a servir bajo los bolcheviques, le escribió una carta abierta a Trotsky negando su cooperación y diciendo que no tenía ningún deseo de "dejarse exprimir y tirar como un limón". Trotsky replicó con un enfático repudio de los ataques contra los oficiales: "Los antiguos generales", escribió, "que trabajan conscientemente en las actuales condiciones difíciles, merecen, aun cuando sustenten ideas conservadoras, un respeto por parte de la clase obrera infinitamente mayor que el que merecen los seudosocialistas dedicados a intrigar..."[10]

Trotsky no sólo deseaba tranquilizar a los oficiales. Se sentía sinceramente indignado por el lenguaje burdo y ofensivo de Zinóviev y Lashévich. Aun después de la guerra civil, cuando la necesidad de emplear a los antiguos oficiales se hizo menos urgente, siguió exigiendo que se les tratase con consideración. Sostuvo que debían ser empleados aun después de que se hu-

[9] A. F. Ilín-Zhenevskii, *Bolsheviki u Vlasti*, pp. 87-89.

[10] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, p. 135; Ilín-Zhenevskii, *op. cit.*, pp. 89-90. Las palabras de Trotsky iban dirigidas ostensiblemente contra la oposición no bolchevique, pero realmente apuntaban a Zinóviev y Lashévich. Repudió explícitamente lo de "exprimir a los oficiales como un limón".

biese creado una nueva oficialidad, porque ninguna sociedad gobernada en forma civilizada y racional puede dilapidar a los hombres de capacidad, conocimientos y méritos. También habló movido por su fe en la grandeza moral de la revolución, que debía impresionar incluso a los hombres de formación conservadora; y acusó enconadamente de pusilanimidad a aquellos bolcheviques que pensaban que un hombre, por haber sido una vez oficial zarista, tenía que seguir siendo indiferente hasta el fin al atractivo del socialismo.

El mismo se esforzó por hacer ver a los oficiales la grandeza moral de la revolución, oscurecida por sus miserias. Algunos de sus alegatos razonados ante los oficiales figuran, por tanto, entre las más conmovedoras apologías de la revolución. El siguiente, por ejemplo, es un fragmento de un discurso inaugural que pronunció en la Academia Militar en 1918. El discurso estuvo dedicado, en buena parte, al *curriculum* de la Academia, pero también contenía palabras que difícilmente se habrían escuchado antes en el recinto de una Academia Militar:

> La gente desacostumbrada a la revolución y su psicología... puede, por supuesto, ver con cierto horror... esa anarquía amotinada, voluntariosa y violenta que apareció en la superficie de los acontecimientos revolucionarios. Y, sin embargo, en esa anarquía, aun en sus manifestaciones más negativas, cuando el soldado, el esclavo de ayer, súbitamente se encontró en un vagón ferroviario de primera clase y arrancó el terciopelo que cubría los asientos para hacerse unas polainas, aun en un acto tan destructivo se manifestaba el despertar de la personalidad. El maltratado y pisoteado campesino ruso, acostumbrado a recibir bofetadas y los peores insultos, se encontró de repente, quizá por primera vez en su vida, en un vagón de primera clase; vio las vestiduras de terciopelo; en sus propias botas tenía harapos malolientes; y arrancó el terciopelo, diciéndose que él también tenía derecho a algo mejor. Al cabo de dos o tres días, de un mes, de un año... no, al cabo de un mes, comprendió lo incorrecto de su comportamiento. Pero su personalidad despertada... la personalidad humana seguirá viva en él para siempre. Nuestra tarea consiste en adaptar esa personalidad a la comunidad, en inducirla a sentirse no como un número, no como un esclavo, como antes se sintió, y no sólo como un Ivanov o un Petrov, sino como Ivanov la Personalidad.[11]

Supremamente seguro de su propio poder intelectual, Trotsky censuró a menudo a los oficiales que él mismo había enrolado, por su apego a la rutina, su estrechez y algunas veces su ignorancia. Pese a toda su insistencia en la necesidad de emplear a los antiguos oficiales, dio muestras del mayor vigor e iniciativa en la tarea de educar a los antiguos suboficiales y obreros ordinarios para formar una nueva oficialidad. Se dirigió a los subofi-

[11] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, p. 165.

ciales como a los futuros "cuadros inquebrantables de la oficialidad de la República Soviética", diciéndoles que en la Revolución Rusa, como en la Francesa, eran ellos quienes llevaban los bastones de mariscal en sus mochilas.[12] Hacia el fin de la guerra civil, los oficiales "zaristas" formaban solamente una tercera parte del personal de mando: dos terceras partes habían ascendido desde las filas; y entre los así ascendidos figuraban muchos de los futuros mariscales de la Segunda Guerra Mundial. Pero en 1918 más de las tres cuartas partes del personal de mando y administración del Ejército Rojo se componía de oficiales del antiguo régimen; y en los mandos superiores la proporción era todavía mayor.[13]

Entre los oficiales había, por supuesto, traidores y traidores en potencia. Algunos esperaban una oportunidad para unirse a las Guardias Blancas; otros desplegaban sus tropas de suerte que quedaran expuestas a las pérdidas y a la derrota; otros más pasaban secretos importantes al cuartel general del enemigo. Poco después de ser nombrado Comisario de la Guerra, Trotsky compareció como testigo principal en el proceso contra el almirante Schastny, al que acusó de sabotaje. El almirante fue condenado a muerte en virtud de la declaración de Trotsky. El proceso tuvo por objeto inculcar en la mente del ejército naciente la idea —que cualquier ejército establecido da por sentada— de que ciertos actos deben considerarse y castigarse como traición; y sirvió para intimidar a los oficiales que simpatizaban con las Guardias Blancas. En una guerra civil, cualquier castigo menos severo que la muerte rara vez tiene efecto disuasivo. El temor a la prisión no detiene al traidor en potencia, porque éste en todo caso confía en la victoria del otro bando, que lo liberará, lo honrará y lo recompensará; o tal vez puede esperar cuando menos una amnistía al término de la guerra civil. Las órdenes del día de Trotsky estaban erizadas de terribles amenazas a los agentes de las Guardias Blancas. Pero incluso la amenaza de la pena capital no constituía un disuasivo poderoso para los oficiales en las líneas del frente. Trotsky ordenó entonces que se estableciera un registro de sus familias, de suerte que el traidor en potencia supiera que si se pasaba al enemigo su esposa y sus hijos quedarían como rehenes. Esta fue una medida cruel, y Trotsky utilizó toda su dramática elocuencia para que la amenaza inspirara el máximo sobrecogimiento. La justificó a base de que, sin ella, la revolución sería derrotada y las clases que la defendían quedarían expuestas a la venganza de las Guardias Blancas. En medio del pánico, la intensa suspicacia y las violentas pasiones de la guerra civil, hubo muchas víctimas inocentes; y con suma frecuencia Trotsky tuvo que recordarles a sus subordinados excesivamente celosos de su deber que el propósito del terror no era destruir enemigos potenciales, sino obligarlos a servir al Estado revolucionario.

[12] *Ibid.*, pp. 174-185.

[13] Trotsky, *Stalin*, p. 352. Véase también *Voprosy Istorii*, núm. 2, 1952; Yu. P. Petrov, "*Voénnie Komissary*".

Colocó al comisario al lado del oficial. Esta institución, como muchas otras, tenía precedentes en la Revolución Francesa, y Kerensky había nombrado ya comisarios en el ejército. Pero hasta entonces los comisarios habían sido agregados únicamente a los mandos superiores, y su papel había sido poco preciso. Trotsky los situó en todos los niveles del escalafón militar, desde los jefes de compañía hasta el Comandante en Jefe. También trató de definir claramente los deberes y las responsabilidades del comandante y del comisario. El primero era responsable del adiestramiento y la dirección de las operaciones, y el segundo del comportamiento leal del comandante y de la moral de las tropas.[14] Ninguna orden militar era válida a menos que estuviera firmada por ambos. Pero a pesar de la claridad con que las responsabilidades fueron separadas en teoría, la autoridad militar quedó escindida. La rivalidad y los celos fueron inevitables. El oficial resentía la supervisión del comisario; el comisario se negaba a reconciliarse con un sistema que colocaba a un coronel o a un general políticamente por debajo de él, pero militarmente por encima. Trotsky trató de mantener el equilibrio entre las dos jerarquías. Algunas veces aparecía ante los comisarios como el protector de los oficiales y ante los oficiales como el principal instigador de los comisarios; y como actuaba sin hacer distingos personales, se ganó muchos enemigos. Pero al mismo tiempo ganó muchos partidarios devotos entre los oficiales, agradecidos por su rehabilitación, y también entre los comisarios, quienes sostenían que el Ejército Rojo le debía su cohesión política y su fuerza al plan de Trotsky. En general el sistema funcionó bien, aunque no sin fricciones; y no fue posible encontrarle alternativa. Bajo el mando sin supervisión de los antiguos oficiales, el ejército se habría desintegrado políticamente. Bajo el mando de los *dilettantes* bolcheviques, habría estado condenado a la derrota en los campos de batalla. Y nadie le rindió a la eficacia de este sistema un homenaje más pleno, aunque más renuente, que Denikin, su víctima: "El gobierno soviético puede estar orgulloso de la habilidad con que ha esclavizado la voluntad y el cerebro de los generales y oficiales rusos, haciendo de ellos su instrumento involuntario pero obediente..."[15]

La tarea que aún quedaba por cumplir era la centralización del Ejército Rojo y el establecimiento de un mando unificado. Trotsky procedió a desbandar las Guardias Rojas y los destacamentos de guerrilleros. La incorporación de estos últimos resultó un fracaso porque infectaba a los destacamentos regulares con el "espíritu guerrillero". A fin de cuentas Trotsky exigió la completa disolución de las unidades guerrilleras y amenazó con severos castigos a los comandantes y comisarios que deseaban incorporarlas. Insistió en la organización de todo el ejército en divisiones y regimien-

[14] Véase el discurso que Trotsky pronunció en el primer Congreso de Comisarios celebrado en Moscú, en junio de 1918. *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, pp. 130 sigs.

[15] Denikin, *Ocherki Russkoi Smuty*, vol. III, p. 146.

tos uniformemente constituidos. Esto produjo innumerables conflictos con las guerrillas, especialmente con el ejército guerrillero anarquista encabezado por Majnó.[16] Pero aun en las divisiones bajo mando bolchevique la centralización y la organización uniforme sólo eran aceptadas de dientes afuera. Para muchos bolcheviques, la centralización era especialmente odiosa cuando entrañaba la subordinación a un general "zarista". Los comunistas de izquierda continuaron expresando francamente su oposición. Un foco de oposición menos abierta, pero tanto más efectiva, existía en el Décimo Ejército, que, bajo el mando de Voroshílov, operaba en Tsaritsin, la futura Stalingrado.

A mediados de 1918, la república soviética virtualmente carecía aún de un ejército. Si la intervención extranjera hubiese tenido lugar entonces en la escala que alcanzó más tarde, o si las Guardias Blancas hubiesen estado listas, la situación de los Soviets habría sido desesperada. Pero el desarrollo de los acontecimientos favoreció en cierto modo a los bolcheviques: impartió aproximadamente el mismo ritmo y el mismo paso a los esfuerzos de ambos bandos para reunir y movilizar su fuerza armada. Al igual que el Ejército Rojo, las Guardias Blancas apenas empezaban a formarse. El avance alemán se limitó al sector meridional del frente, y las tropas de la Entente desembarcaron sólo en las remotas avanzadas de Múrmansk, Arcángel y Vladivostok. En la Rusia central los bolcheviques consolidaron su poder en forma comparativamente segura. Esta circunstancia explica en parte el progreso relativamente lento que habían logrado hasta entonces en el campo militar. Hacía falta una amenaza inminente y mortal para acelerar ese proceso. La amenaza provino repentinamente de la Legión Checoslovaca, formada en una fase anterior de la guerra por prisioneros enemigos deseosos de luchar contra Austria-Hungría.

Bajo los términos del tratado de Brest, el gobierno soviético estaba obligado a desarmar a la Legión. El desarme fue efectuado con tanta renuencia y descuido que la Legión conservó la mayor parte de sus armas. Los británicos y los franceses propusieron en un principio que la Legión fuese evacuada por un puerto ruso, y el gobierno soviético aceptó la proposición. Posteriormente, sin embargo, la Entente se abstuvo de enviar los barcos y resolvió dejar la Legión en Rusia, donde podría ser utilizada contra los bolcheviques o los alemanes, o contra ambos. Trotsky garantizó plena se-

[16] Varios intentos inútiles fueron hechos para lograr la reconciliación con los guerrilleros de Majnó. En ocasión de uno de esos intentos, Trotsky declaró públicamente que la acusación de que Majnó había colaborado con las Guardias Blancas era falsa, pero denunció enérgicamente la conducta de los guerrilleros de Majnó por razones militares y políticas. Por fin la caballería de Budiony dispersó y destruyó a los destacamentos de Majnó. Véase *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. II, libro 2, pp. 210-212, 216-217; y P. Arschinoff, *Geschichte der Machno-Bewegung*.

guridad a la Legión y ofreció a sus miembros el derecho de establecerse y trabajar en Rusia si así lo deseaban. Mientras la Legión se desplazaba sin rumbo preciso por los Urales y Siberia, circuló entre sus hombres el rumor de que los bolcheviques se proponían entregarlos a los alemanes por vía de extradición. La Legión se alzó en armas. En el vacío militar de la Rusia asiática, ocupó rápidamente un vasto territorio, derrocó a los Soviets e hizo causa común con las Guardias Blancas de Kolchak.[17]

Cuando los checos tomaron la ciudad de Samara sobre el Volga, Trotsky ordenó el primer reclutamiento obligatorio de obreros. Desde Moscú despachó apresuradamente a los conscriptos contra los checos. La mayor parte de aquéllos no habían recibido casi ningún adiestramiento preliminar y fueron armados sobre la marcha. Durante el avance checo, los social-revolucionarios de izquierda se levantaron contra los bolcheviques. Estos, como ya hemos visto, sólo tenían a su disposición en Moscú las tropas letonas encabezadas por Vatzetis y un destacamento de prisioneros de guerra ganados para la revolución bajo el mando de Bela Kun. Después de la represión del levantamiento en Moscú, las tropas letonas también fueron enviadas a combatir a los checos. La situación en el Volga se vio agravada por la supuesta traición de Muraviov, el coronel que había frustrado el intento de Kerensky de recapturar a Petrogrado, se había distinguido combatiendo en el sur y había sido nombrado comandante del frente oriental. Muraviov simpatizaba, o así se alegó cuando menos, con los social-revolucionarios de izquierda; y los bolcheviques lo acusaron de colusión con los checos y Kolchak. Según una versión, cometió suicidio después de ser desenmascarado; según otra, fue ejecutado. Entretanto, los checos ocuparon Ufá, Simbirsk y Ekaterimburg.

En Ekaterimburg los bolcheviques habían mantenido prisioneros al zar y su familia. Se proponían hacer comparecer al zar ante un tribunal revolucionario, tal como se había hecho con Carlos I y Luis XVI, y Trotsky había escogido para sí el papel de primer fiscal en el proceso. Pero el avance de los checos y de Kolchak sorprendió de tal manera a los bolcheviques locales, que éstos, según su propia versión, no tuvieron tiempo para disponer la evacuación segura del zar y su familia. Temieron que el zar fuera rescatado por los blancos y agrupara en torno suyo a todas las fuerzas de la contrarrevolución, divididas hasta entonces por la falta de una autoridad unificadora. Tal vez recordando el *dictum* de Marat: "¡Ay de la revolución que no tenga suficiente valor para decapitar al símbolo del antiguo régimen!", los bolcheviques, antes de su presurosa retirada, ejecutaron al zar y toda su familia. La versión bolchevique oficial pretende que la ejecución fue decidida por los bolcheviques locales pero aprobada por Moscú después de su cumplimiento. Existen razones para dudar de

[17] "...logré ganarme la buena voluntad de Trotsky, y a no ser por la insensatez de los franceses, estoy convencido de que los checos habrían sido evacuados en forma segura y sin incidentes", escribe R. H. Bruce Lockhart, *op. cit.*, pp. 272-285.

la veracidad de esta versión. Parece ser que los bolcheviques de Ekaterimburg primero le pidieron una decisión al Politburó, que Trotsky todavía aconsejó la evacuación a fin de que se pudiera llevar al zar al banquillo de los acusados, pero que el Politburó se negó a correr ningún riesgo y ordenó la ejecución. Así el mundo se vio privado del espectáculo de un proceso sumamente dramático, en el que Trotsky y el zar se habrían enfrentado.

El avance de los checos y Guardias Blancas continuó. El 6 de agosto el Ejército Rojo se retiró en desorden de Kazán, la última ciudad importante sobre la margen oriental del Volga superior. Si los checos lograban cruzar el río en aquel punto, podían desbordarse sobre la llanura abierta hacia Moscú; y no habrían encontrado ningún obstáculo en su camino.

El Ejecutivo Central de los Soviets declaró que la República estaba en peligro. Trotsky ordenó el primer reclutamiento obligatorio de oficiales y suboficiales y dictó rigurosas medidas contra los comunistas tibios u oportunistas en el ejército.[18] Dos días después de la caída de Kazán, él mismo salió para el frente en el tren que habría de servirle de vivienda y cuartel general móvil durante dos años y medio. En una orden del día publicada antes de su salida, escribió:

> Al salir hacia el frente checoslovaco, envío mis saludos a todos... los que honrada y valerosamente defienden la libertad y la independencia de la clase obrera...
>
> ¡Honor y gloria a los valerosos combatientes!
>
> Al mismo tiempo hago esta advertencia: no se les dará cuartel a los enemigos del pueblo, a los agentes del imperialismo extranjero, a los mercenarios de la burguesía. En el tren del Comisario de la Guerra, donde se escribe esta orden, se mantiene en sesión un Tribunal Militar Revolucionario... [que] tiene poderes irrestrictos dentro de la zona de esta línea ferroviaria. El estado de sitio ha sido proclamado en esta zona. El camarada Kámenschikov, a quien he encomendado la defensa de la línea Moscú-Kazán, ha ordenado el establecimiento de campos de concentración en Múrom, Arzamás y Sviask... Advierto a los funcionarios soviéticos responsables en todas las regiones de la operación militar que seremos doblemente exigentes con ellos. La República Soviética castigará a sus servidores negligentes y criminales con la misma severidad que a sus enemigos... ¡La República está en peligro! ¡Ay de aquellos que agraven directa o indirectamente ese peligro![19]

Trotsky llegó a Sviask, una pequeña ciudad sobre la margen occidental del Volga frente a Kazán. Esta era la posición más avanzada de los rojos después de su retirada a través del río. Trotsky encontró el frente en un

[18] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia,* vol. I, pp. 174-185.
[19] *Ibid.,* p. 233.

estado de colapso virtual: deserción en masa de las filas, postración entre los comandantes y comisarios. De su tren, que estaba al alcance del fuego enemigo, descendió entre las multitudes de soldados víctimas del pánico, dejó caer sobre ellos torrentes de apasionada elocuencia, los agrupó y, en ocasiones, encabezó personalmente su regreso a las líneas del frente. En un momento especialmente crítico, su propia escolta entró en la batalla, dejándolo casi solo en su tren. Los comisarios locales propusieron que él se trasladara a un lugar más seguro, a bordo de un barco de vapor en el Volga; pero, temiéndole al efecto que tal medida podría tener en las tropas, se negó. En una destartalada torpedera acompañó a un destacamento de marinos de Kronstadt, que habían traído una pequeña flotilla al Volga, en una arriesgada incursión nocturna contra Kazán. La mayor parte de la flotilla fue destruida, pero logró silenciar las baterías enemigas en las márgenes del río; y Trotsky regresó sano y salvo a su base.

Las fuerzas empeñadas en esta lucha eran sumamente pequeñas.[20] Como en el momento inicial de toda guerra civil, también aquí la suerte de una gran revolución oscilaba en una diminuta balanza. En una batalla de este tipo, el jefe se encuentra constantemente ante los ojos de los hombres: su fe, su presencia de ánimo y su valor pueden hacer maravillas. Tiene que establecer su autoridad militar también por medio del ejemplo personal, que rara vez se espera del jefe de un ejército normal. En una batalla así, por otra parte, los comandantes locales están constantemente ante los ojos del jefe, y la reputación que ganan con sus actos los ayuda a conseguir ascensos y fama no soñados. En Sviask nació la amistad de Trotsky con Vatzetis, al que más adelante ascendería a Comandante en Jefe del Ejército Rojo. Allí también llamó su atención el joven Tujachevsky. Allí se estrecharon los vínculos de camaradería con Raskólnikov, el comandante de los marinos de Kronstadt, y con los comisarios I. N. Smirnov y Arkadi Rosengoltz. En Sviask también tuvo su origen la alta estima de Trotsky por la capacidad organizadora de V. Mezhlauk, y durante la guerra civil ascendió a éste, que más tarde se convirtió en su enemigo y llegó a ser vice-Primer Ministro bajo Stalin. Estos hombres —los veteranos del Quinto Ejército— se mantuvieron cerca de Trotsky durante la guerra civil, y formaron una especie de contrapeso respecto al grupo de Tsaritsin que Stalin se ganó para sí.

Generoso en el elogio de quienes se distinguían por su valor y su talento, Trotsky era implacable con quienes fracasaban en el cumplimiento de sus deberes. Hizo comparecer ante un tribunal de guerra al comandante y al comisario de un regimiento —el nombre del comisario era Panteléiev— que en lo más duro de una batalla abandonaron el frente y obligaron a sus hombres a hacer lo mismo. Ambos, el comandante y el comisario, fue-

[20] Aun después de su victoria, cuando sus filas engrosaron considerablemente, los rojos sumaban sólo 25,000 hombres. A la llegada de Trotsky, su fuerza debe de haber sido mucho más reducida.

ron fusilados. "Los soldados del Ejército Rojo...", dijo Trotsky comentando el hecho, "no son ni cobardes ni bribones. Desean luchar por la libertad de la clase obrera. Si se retiran o combaten mal, los comandantes y los comisarios son culpables. Hago esta advertencia: si cualquier destacamento se retira sin órdenes, el primer fusilado será el comisario y el segundo el comandante... Los cobardes, los bribones y los traidores no escaparán a las balas. Esto se lo garantizo a todo el Ejército Rojo".[21]

La correspondencia inédita de Trotsky con Lenin revela cuán meticulosa era la atención que el primero le prestaba a los detalles de la lucha armada. En un mensaje exije refuerzos de manera insistente, en otro pide que se envíen al Volga comunistas "dispuestos a morir", explicando que "aquí no hacen falta agitadores de poco peso". En otro mensaje más pide una remesa de pistolas y una buena banda de música militar. Ansioso de apelar a la imaginación y al orgullo de los soldados, pidió que el popular poeta satírico Demián Bednyi fuera enviado al frente y que el gobierno creara medallas para premiar el valor. La renuencia con que los bolcheviques consideraron esta última proposición, después de haber abolido todas las medallas, puede inferirse del hecho de que Trotsky la repitió tres veces con creciente impaciencia. La correspondencia revela también un curioso ejemplo de la inexorabilidad de Trotsky. El 17 de agosto, Lenin le comunicó que la Cruz Roja, apoyada por los cónsules francés y norteamericano, había pedido permiso para llevar alimentos desde Nizhnyi Nóvgorod, ocupado por los bolcheviques, a Samara, ocupada por los blancos. Lenin no tenía objeción que hacer a la expedición. Pero Trotsky se negó a permitir que la Cruz Roja atravesara las líneas de combate. "Los necios y los charlatanes", le contestó a Lenin, empezarían a hablar de la posibilidad de conciliación con los blancos. No deseaba, añadió, que la Cruz Roja presenciara el bombardeo "el incendio y el arrasamiento" de los "barrios burgueses" de Kazán. Antes del bombardeo, sin embargo, dirigió una advertencia a los trabajadores de Kazán: "Nuestros artilleros... harán todo lo posible para no causar daño a las viviendas y los barrios de los pobres. Pero en una batalla feroz pueden ocurrir accidentes. Los prevenimos a ustedes contra el peligro inminente... Saquen a sus hijos de la ciudad... busquen refugio en territorio soviético: ofrecemos hospitalidad personal a todas las personas trabajadoras y necesitadas".[22]

El 10 de septiembre los rojos asaltaron y tomaron a Kazán. Dos días más tarde, Tujachevsky ocupó Simbirsk y anunció el hecho en un lacónico mensaje a Trotsky: "Orden cumplida. Simbirsk tomada". A comienzos de octubre toda la región del Volga estaba nuevamente bajo dominio soviético.

[21] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, p. 235.

[22] *Ibid.*, p. 244: El mensaje de Lenin acerca de la Cruz Roja fue publicado en *Léninskii Sbórnik*, vol. XVIII, p. 186; la respuesta de Trotsky figura en *The Archives*.

Esta victoria tuvo un efecto electrizante, especialmente porque coincidió con una grave crisis política. En Moscú, una social-revolucionaria, Fanny Kaplán, acababa de realizar un atentado contra la vida de Lenin. Otro social-revolucionario asesinó a Uritsky en Petrogrado. En represalia, los bolcheviques proclamaron el Terror Rojo y ordenaron el fusilamiento de rehenes. Durante estos acontecimientos Trotsky fue llamado a Moscú. Encontró a Lenin recuperándose de su herida, y, después de darles seguridades a él y al Ejecutivo de los Soviets acerca de las perspectivas de la campaña, regresó al frente. Aproximadamente al mismo tiempo, los social-revolucionarios de derecha trataron de volver a reunir la disuelta Asamblea Constituyente y de formar un gobierno rival en Samara, bajo la protección de los checos y de Kolchak. Los social-revolucionarios gozaban de considerable influencia entre los campesinos del Volga, y aun una mera restauración simbólica de la Asamblea Constituyente amenazaba con poner en una situación incómoda a los bolcheviques. Al recapturar la región del Volga, el Ejército Rojo eliminó esa amenaza. El movimiento en favor de la Constituyente, aislado de su apoyo campesino, quedó reducido a la impotencia. Los social-revolucionarios se encontraron a merced de Kolchak, quien a continuación se proclamó dictador ("Gobernante Supremo"), disolvió la Asamblea de membrete, ejecutó a algunos de sus jefes y obligó a otros a buscar refugio en territorio soviético. Así los partidarios de la Asamblea fueron triturados entre las ruedas de molino de los Soviets y de las Guardias Blancas.[23]

Por último, la victoria en el Volga fue un poderoso estímulo para el crecimiento del Ejército Rojo. El peligro había arrancado a los Soviets de su complaciente indolencia, y la victoria les inspiró confianza en su propia fuerza. El trabajo de organización preliminar llevado a cabo en el Comisariado de la Guerra empezó a dar frutos: los órganos de mando habían sido creados, los centros de reclutamiento funcionaban, y la estructura básica para un ejército estaba lista.

A fines de septiembre Trotsky regresó a Moscú y reorganizó el Supremo Consejo de Guerra, transformándolo en el Consejo de Guerra Revolucionario de la República. El organismo tenía a su cargo las decisiones sobre asuntos de política militar.[24] Subordinados a él se encontraban los Consejos de Guerra Revolucionarios de catorce ejércitos, cada uno de los cuales estaba compuesto por el comandante del ejército y dos o tres comisarios. El propio Trotsky presidía el Consejo de Guerra de la República. Su suplente, que dirigía el trabajo diario del Consejo mientras Trotsky inspeccionaba los frentes, era E. M. Skliansky. El propio Trotsky rindió generoso tributó al talento, la energía y la capacidad de trabajo de su suplente, descri-

[23] V. Tchernov, *Mes Tribulations en Russie.*

[24] El Consejo de Guerra Revolucionario no debe confundirse con el Consejo de Defensa de Obreros y Campesinos (presidido por Lenin con Trotsky como delegado), que coordinaba la política militar y la civil

biéndolo como el Carnot de la Revolución Rusa. Las historias de la guerra civil escritas durante la era de Stalin casi nunca mencionan a Skliansky, aun cuando éste no se vio envuelto en la lucha entre Trotsky y Stalin y falleció en 1925. Pero la correspondencia publicada de Lenin y, más aún, los documentos inéditos no dejan duda acerca del papel decisivo de Skliansky en la dirección de los asuntos militares. La suya fue una de las carreras extraordinarias de la época. Como joven egresado de la escuela de medicina de Kíev, fue reclutado antes de la revolución como médico militar y pronto alcanzó prominencia en la organización militar clandestina de los bolcheviques. Trotsky vino a conocerlo en el otoño de 1917, y quedó tan impresionado por "el gran impulso creador [de Skliansky] combinado con su concentrada atención a los detalles", que lo nombró su suplente.[25]

Los otros miembros del Consejo eran Vatzetis, que acababa de ser nombrado Comandante en Jefe; I. N. Smirnov y A. Rosengoltz, los comisarios que habían servido al mando de Vatzetis en el Volga; Raskólnikov, que mandó la flotilla roja en Kazán; y Murálov y Yuréniev. De esta suerte, los vencedores de Kazán quedaron en la dirección de los asuntos militares.

Con su ayuda, Trotsky se propuso reorganizar y centralizar el frente del sur. Era allí donde las Guardias Blancas tenían entonces sus baluartes principales. La fuerza bolchevique más poderosa en el sur era el Décimo Ejército de Voroshílov. Pero Voroshílov se negaba a reorganizar a sus tropas de acuerdo con el patrón uniforme de Trotsky. El conflicto se había venido incubando hacía algún tiempo. Stalin había pasado la mayor parte del verano en el cuartel general de Voroshílov en Tsaritsin y le había dado su apoyo a éste. Un poco más tarde, en septiembre, Stalin trabajó como comisario político en jefe de todo el frente del sur, y hubo una constante fricción entre el frente y el cuartel general en Moscú. Trotsky estaba resuelto a ponerle fin a la situación. A comienzos de octubre nombró a Sytin, un general del antiguo ejército, comandante del frente del sur, y exigió la subordinación de Voroshílov. También nombró un nuevo Consejo de Guerra Revolucionario para el frente sur, en el que Shliápnikov, bolchevique prominente, sustituyó a Stalin como comisario en jefe. Trotsky hizo estos nombramientos acompañándolos de una amenaza: "Los comandantes y comisarios que osen infringir las reglas de la disciplina serán sometidos inmediatamente a proceso, sin tomar en cuenta sus méritos pasados, ante el Tribunal Revolucionario Militar del frente del sur."[26] Al mismo tiempo, Trotsky propuso el nombramiento de Stalin como miembro del Consejo de Guerra de la República, esperando apaciguarlo o atarle las manos: Stalin había protestado repetidamente ante Lenin contra la dirección del frente del sur por parte de Trotsky.

Stalin regresó a Moscú, donde tuvo lugar una reconciliación superficial

[25] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. VIII, pp. 272-281.
[26] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, pp. 347-348.

entre los adversarios. Pero Voroshílov, confiado en la protección de Stalin, siguió desafiando a la autoridad superior y no acató las órdenes del nuevo comandante. Poco después Stalin regresó a Tsaritsin. Pero como el conflicto iba agravándose, Lenin lo llamó diplomáticamente a Moscú, y Trotsky viajó a inspeccionar el frente. La visita de Trotsky a Tsaritsin ha sido descrita muchas veces por él mismo y por otras personas. Amenazó con llevar a Voroshílov ante un tribunal de guerra. En una orden del día pública censuró el desempeño de su mando por colocar sus propias ambiciones por encima de los intereses de todo el frente.[27] Enfrentado a la amenaza, Voroshílov prometió obediencia y Trotsky no tomó medidas ulteriores, excepto la de colocar a un hombre en quien confiaba, Okulov, al mando del Décimo Ejército para mantener a Voroshílov a raya.[28] Volvió a dar publicidad al conflicto cuando, en ocasión del primer aniversario de la revolución, informó sobre la situación militar ante un Congreso de los Soviets y no escatimó tintes sombríos para describir la situación del Décimo Ejército. El grupo de Tsaritsin no le perdonó a Trotsky esta humillación.[29]

Trotsky pasó el resto del otoño y los comienzos del invierno en el frente del sur. Mientras tanto, sus adversarios en Moscú, especialmente Stalin y Zinóviev, trabajaron contra él y trataron, no sin cierto éxito, de influir en Lenin. Trotsky contó más tarde que, mientras él se encontraba en el frente, Menzhinsky, el futuro jefe de la G. P. U., lo previno contra la "intriga". Menzhinsky dijo que Stalin trataba de persuadir a Lenin de que Trotsky estaba agrupando en torno suyo elementos hostiles a Lenin. Trotsky le planteó el asunto con franqueza a Lenin, y relata que éste, colocado en una situación embarazosa, no negó el hecho de la intriga, pero le aseguró a Trotsky que tenía completa confianza en su lealtad. De todos modos, Lenin se negó a tomar parte en la disputa y se esforzó por lograr un acuerdo. Algún tiempo después sugirió que Okulov, el hombre que Trotsky había dejado en Tsaritsin para vigilar a Voroshílov, fuera retirado de su posición. Trotsky se negó y esta vez resolvió cortar por lo sano: solicitó que Voroshílov fuera destituido del mando y trasladado a Ucrania, y que se nombraran nuevos comisarios para el Décimo Ejército. Lenin cedió y Voroshílov tuvo que salir.

El grupo de Tsaritsin buscó el desquite. Hizo circular el rumor de que Trotsky era amigo de los generales zaristas y perseguía a los bolcheviques

[27] Véase la orden del día de Trotsky fechada en Tsaritsin el 5 de noviembre de 1918. *Ibid.*, pp. 250-251.

[28] El mensaje de Trotsky a Lenin del 14 de diciembre de 1918 en *The Trotsky Archives.*

[29] En el informe de aniversario, dedicado principalmente a refutar las críticas contra la centralización, Trotsky ofreció un cálculo deliberadamente exagerado de la fuerza del Ejército Rojo, diciendo que el *Times* de Londres, al atribuirle medio millón de hombres, lo subestimaba en gran medida. En rigor de verdad, el Ejército Rojo sólo contaba entonces con 350,000 hombres. *Kak Vooruzhalas Revolutsia,* vol. I, pp. 332-341; *Piat Let Vlasti Soviétov,* p. 156.

en el ejército. La acusación llegó hasta las columnas de *Pravda*, que dirigía Bujarin. El 25 de diciembre de 1918 *Pravda* publicó un virulento ataque contra Trotsky escrito por un miembro del cuerpo de oficiales de Voroshílov.[30] Esto coincidió con un nuevo intento de los comunistas de izquierda para lograr una revisión de la política militar. Habiendo fracasado en su oposición al empleo de oficiales del antiguo ejército, los comunistas de izquierda se desplazaron a otro terreno y exigieron que los comisarios ocuparan todos los puestos de mando y que los oficiales quedaran bajo sus órdenes como simples asesores. La campaña de rumores contra Trotsky se hizo más insidiosa aún: se dijo que estaba enviando comunistas y comisarios al pelotón de fusilamiento. La acusación fue presentada ante el Politburó y el Comité Central por Smilgá y Lashévich, dos miembros del Comité que tenían puestos políticos de importancia en el ejército. (Lashevich, como se recordará había chocado con Trotsky cuando afirmó que "los oficiales serían exprimidos como limones"). Los casos del comisario Panteléiev, que había sido juzgado por un tribunal de guerra y fusilado en Sviask, y de otros dos comisarios, Zalutsky y Bakáiev, que según se decía habían escapado por un pelo a la ejecución, fueron puestos en conocimiento del Comité Central.

Trotsky contestó a las acusaciones en una carta confidencial al Comité.[31] No se disculpó por el fusilamiento de Panteléiev, que había sido juzgado por simple deserción; pero añadió que, hasta donde a él le constaba, aquél era el único caso de ese tipo que había ocurrido. En fecha posterior hubo una mala interpretación en relación con su orden de que los comisarios mantuvieran un registro de las familias de los oficiales a fin de que éstos supieran que, en caso de cometer traición, sus parientes serían victimados. En una ocasión varios oficiales se pasaron a las Guardias Blancas, y resultó que los comisarios no se habían tomado la molestia de preparar el registro de sus familias. Trotsky escribió entonces que los comunistas culpables de tales actos de negligencia merecían ser fusilados. Smilgá y Lashévich aparentemente pensaron que la amenaza de Trotsky iba dirigida contra ellos. Trotsky explicó que eso era absurdo. Smilgá y Lashévich sabían que él los estimaba como los mejores comisarios del ejército. El había proferido la amenaza "como una observación general", no dirigida a nadie en particular.

A juzgar por la evidencia de los hechos, la explicación de Trotsky parece verdadera. Sus adversarios no basaron sus acusaciones en ningún caso específico, excepto el de Panteléiev. Ello no obstante, las órdenes de Trotsky estaban llenas de amenazas sobrecogedoras, y aunque es posible que las haya proferido sólo para disciplinar a sus subordinados, llegaron a empañar su reputación; y las acusaciones relacionadas con ellas fueron presen-

[30] El artículo se intitulaba: "¡Ya es tiempo!" y lo firmaba Kamensky.

[31] La carta no tiene fecha, pero a juzgar por otros datos relacionados es obvio que fue escrita a fines de diciembre de 1918. Permanece inédita. *The Trotsky Archives.*

tadas por los partidarios de Stalin mucho después de la guerra civil.

Trotsky pidió al Comité Central que definiera su actitud frente a su política militar y reconviniera a *Pravda* por haber publicado la acusación sin investigación previa. El mismo replicó en *Pravda* con un ataque contra los "engreídos y semiletrados charlatanes del Partido", que difundían desconfianza y hostilidad contra los oficiales. "El público general conoce casi todos los casos de traición... pero aun en los círculos más reducidos del Partido se sabe demasiado poco acerca de aquellos oficiales profesionales que han dado sus vidas honrada y gustosamente por la causa de la Rusia de los obreros y campesinos".[32] El público, por supuesto, debía ser informado de los casos de traición, pero también debería saber cuán a menudo regimientos enteros perecían porque estaban al mando de aficionados incapaces de entender una orden o de leer un mapa. Rechazó firmemente las nuevas proposiciones de que los oficiales fueran simples asesores de los comisarios. La idea era militarmente inservible y estaba "concebida para satisfacer anhelos de venganza". El propósito del Terror Rojo no era exterminar o degradar a la intelectualidad, sino a lo sumo intimidarla e inducirla así a servirle al Estado obrero.

Trotsky volvió sobre este asunto en una "Carta a un Amigo", publicada en *Voénnoe Delo* (*Asuntos Militares*) en febrero de 1919.[33] La carta revela el encono de la controversia. Trotsky escribió en tono de mofa sobre el "nuevo burócrata soviético" que "tiembla por su empleo", que ve con envidia y odio a todo el que es superior a él en educación y capacidad. Reacio a aprender, nunca veía la causa de sus faltas en su propia persona, sino que siempre andaba en busca de un chivo expiatorio y siempre estaba dispuesto a gritar: "¡Traición!" Conservador, negligente y susceptible ante cualquier recordatorio de que debía aprender, este burócrata era ya un lastre pernicioso en el nuevo Estado. "Esta es la verdadera amenaza a la causa de la revolución comunista. Estos son los verdaderos cómplices de la contrarrevolución, aun cuando no sean culpables de ninguna conspiración". La revolución sería un absurdo si su único resultado fuera que unos cuantos millares de obreros obtuvieran puestos en el gobierno y se convirtieran en gobernantes. "Nuestra revolución se justificará plenamente sólo cuando cada trabajador y trabajadora sienta que su vida se ha hecho más fácil, más libre, más limpia y más digna. Esto no se ha logrado todavía. Un camino difícil se extiende entre nosotros y esta nuestra única meta esencial".

Este es, en su mínima expresión, el *leitmotif* de la lucha posterior de Trotsky contra Stalin; y aparece por primera vez apenas un año después de la insurrección de octubre.

[32] *Pravda*. 31 de diciembre de 1918; Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, pp. 154-161.

[33] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, pp. 170-172.

En noviembre de 1918 los imperios alemán y austrohúngaro se derrumbaron bajo el impacto de la derrota y la revolución. El tratado de Brest fue anulado. Los ejércitos de las potencias centrales se retiraron de Rusia y Ucrania, dejando un vacío militar. Trotsky estaba ansioso de llenar ese vacío con el Ejército Rojo. Pero el grueso de éste estaba inmovilizado por Kolchak en los Urales y por Denikin y Krasnov en el sur de Rusia y en el Don. En los frentes occidental y sudoccidental la situación era sumamente similar a la que había existido en otros frentes poco después de la revolución: los bolcheviques sólo podían contar allí con Guardias Rojas y unidades guerrilleras. Aun éstas sufrían una desesperante escasez de municiones; sus armas se oxidaban por falta de lubricantes y sus caballos morían por falta de forraje. Los ferrocarriles movían transportes militares a kilómetro y medio por hora solamente. Los rigores de la política rural bolchevique —la requisición de alimentos— afectaba adversamente el estado de ánimo de las tropas.[34]

En tales circunstancias, Lenin no se mostró muy deseoso de llevar adelante la ocupación de Ucrania. Le atribuía más importancia a la tarea de limpiar el Don y el norte del Cáucaso de fuerzas contrarrevolucionarias. Trotsky se inclinaba a darle prioridad a la ocupación de Ucrania. Esperaba el desembarco de fuerzas expedicionarias aliadas en la costa del Mar Negro; y, mediante el establecimiento del régimen soviético en Ucrania, deseaba mantener a los intervencionistas tan lejos de Moscú como fuese posible. Mientras tanto, las Guardias de Kolchak habían pasado nuevamente a la ofensiva y habían tomado a Ufá y Perm. Temiendo que Kolchak, Denikin y Krasnov pudieran efectuar una convergencia sobre el Volga, Lenin le advirtió a Trotsky que "no se dejara arrastrar" por sus planes ucranianos en perjuicio de otros frentes. El avance de Kolchak, sin embargo, pronto fue detenido, y el peligro que más preocupaba a Lenin no se materializó. En cambio, los franceses desembarcaron en Odesa y Nikoláiev, tal como lo había temido Trotsky. Las guerrillas bolcheviques en Ucrania demostraron ser, después de todo, lo suficientemente fuertes para derrotar a Petlura, tomar a Járkov y llevar la revolución a la mayor parte del país. Pero, entre tanto, Denikin reunía fuerzas en la estepa del norte del Cáucaso.

Con el comienzo del invierno se inició un período de calma en la lucha, y por un momento pareció que la calma podría concluir con un armisticio formal. La intervención francesa estaba en vías de fracasar. Instigada por la agitación bolchevique, la guarnición francesa de Odesa se rebeló, y algún tiempo después toda la fuerza expedicionaria francesa fue retirada de Rusia con el consiguiente desencanto de las Guardias Blancas. Pero

[34] Esta descripción se basa en los mensajes cruzados entre Lenin y Trotsky en noviembre, diciembre y enero. Durante todo este tiempo Trotsky alarmó a Moscú acerca de las condiciones prevalecientes en Ucrania y pidió que se suavizara la política del Partido frente a los campesinos. *The Trotsky Archives.*

Clemenceau y Foch no renunciaron a la política de intervención. En oposición a ellos, el Presidente Wilson propuso un armisticio entre los partidos y los gobiernos rusos en guerra y una conferencia en la isla de Prinkipo. El gobierno soviético aceptó la proposición. El 24 de enero de 1919 Lenin le telegrafió a Trotsky: "Lo lamento, pero tendrá usted que arreglárselas con Wilson".[35] Instó a Trotsky a que capturara unas cuantas ciudades más para reforzar su posición de regateo en la conferencia de Prinkipo. lo cual indica que contemplaba seriamente la posibilidad de un armisticio. Trotsky convino en acelerar las operaciones militares, pero declinó la misión diplomática, tal vez debido al reciente y amargo recuerdo de Brest, y propuso que se enviara a Chicherin y Rakovsky. El incidente no tuvo consecuencias. Los jefes de las Guardias Blancas alentados por los franceses, se negaron a reunirse con los bocheviques, y así fracasó el intento de mediación de Wilson.

La nueva temporada de acción militar se aproximaba, pero aun entonces, un año después del nombramiento de Trotsky como Comisario de la Guerra, su política militar no recibía aún la aprobación del Partido: él la aplicaba como algo de su propia responsabilidad. Sus adversarios se preparaban febrilmente para impugnar su política en el octavo Congreso del Partido, convocado para marzo. Lenin defendía, cuando menos con igual firmeza que Trotsky, la centralización y la disciplina estricta, pero todavía no definía su posición respecto al empleo de los antiguos oficiales. Los actos de traición ocurrían con demasiada frecuencia, y la oposición los explotaba al máximo. Poco antes del Congreso, Lenin le sugirió a Trotsky el licenciamiento en masa de los oficiales y el nombramiento de Lashévich, que había sido sargento en el ejército zarista, como Comandante en Jefe; y experimentó una gran sorpresa cuando Trotsky le dijo que más de 30,000 oficiales servían ya en el Ejército Rojo. Sólo entonces comprendió Lenin la magnitud del problema y admitió que, en comparación con el número de oficiales empleados, los casos de traición eran pocos. Convino por fin en que era imposible licenciar a los oficiales, y habló públicamente con admiración sobre la originalidad con que Trotsky estaba "construyendo el comunismo" con los ladrillos del derrumbado edificio del antiguo régimen.[36]

[35] *Ibid.*

[36] Lenin, *Sobranie Sochinenii* (*Obras Completas*, primera edición rusa, 1920-1926), vol. XVI, p. 73. El hecho de que un año después de iniciada la controversia Lenin no estuviera enterado del número de oficiales reclutados, demuestra que, absorbido en la dirección de los asuntos políticos y económicos, sólo tenía un interés remoto y general en la dirección de los asuntos militares. Bajo la reciente impresión de lo que Trotsky le había revelado, razonó con Gorki, a quien trataba de atraer nuevamente al bolchevismo: "Muéstreme usted otro hombre capaz de organizar en el término de un año un ejército que es casi un modelo y de ganarse el respeto de los especialistas militares. Nosotros tenemos ese hombre. Lo tenemos todo. Y haremos maravillas". M. Gorki, *Lénine et le Paysan Russe*, pp. 95-96. Gorki escribió esto después de la muerte de Lenin, cuando la campaña contra el trotskismo estaba ya en su apogeo. En una edición posterior, publicada después de la expulsión de

Seguro del apoyo de Lenin, Trotsky se aprestó con confianza para el debate. La oposición movilizó a sus partidarios en el ejército y llevó al Congreso a todos los que pudo elegir. Sin embargo, antes de que se inaugurara el Congreso, Kolchak lanzó una nueva ofensiva en gran escala. Una vez más el frente oriental entró en intensa actividad. Parecía absurdo que en tal momento el jefe del Comisariado de la Guerra desperdiciara el tiempo defendiendo su política en prolongados debates y que legiones de comisarios abandonaran el frente para asistir al Congreso. El Comité Central decidió, por tanto, que Trotsky partiera inmediatamente hacia el frente oriental y que los delegados militares regresaran a sus puestos. La oposición protestó, diciendo que Trotsky se aprovechaba de la situación para silenciar a sus impugnadores y para eludir un examen crítico de su política. El Comité Central rectificó entonces su decisión y permitió que los delegados militares de la oposición permanecieran en Moscú. Pero el propio Trotsky y sus partidarios en el ejército salieron inmediatamente hacia el frente. Trotsky dejó tras de sí varias "Tesis" que explicaban los principales aspectos de su política, y Sokólnikov las presentó en su nombre en el Congreso.

El principal debate sobre las cuestiones militares tuvo lugar en sesiones secretas de la sección militar del Congreso. No hay actas disponibles, pero los lineamientos generales del debate y su resultado se desprenden claramente de los documentos del Politburó y de los mensajes intercambiados entre Trotsky, Zinóviev y Stalin.[37] Los comunistas de izquierda y Voroshílov sometieron a Trotsky a una severa crítica, y aun las acusaciones de haber fusilado comisarios volvieron a ser presentadas. Lenin hizo un vigoroso alegato en defensa de Trotsky y se ausentó para atender otros asuntos. El debate fue dirigido entonces por Zinóviev y Stalin. La derrota de la oposición era un hecho seguro después de la intervención de Lenin. Tanto Zinóviev como Stalin se cuidaron de dar la impresión de que sus opiniones eran idénticas a las de Lenin, pero apoyaron la política de Trotsky en forma más bien tibia e hicieron unas cuantas concesiones menores a la oposición, las bastantes para empañar el triunfo de Trotsky. La oposición sumaba alrededor de una tercera parte de los votos, y es posible que las concesiones ayudaran a reducir su fuerza, como le informó Zinóviev posteriormente al Politburó. En una votación pública el Congreso aprobó plenamente la actividad de Trotsky y adoptó sus "Tesis". Pero la aprobación fue condicionada por una instrucción, decidida en secreto por la sección militar, que le exigía a Trotsky que prestara mayor atención a la opinión comunista en el ejército, efectuara reuniones mensuales con los

Trotsky, Gorki moderó las palabras elogiosas acerca de Trotsky en una forma que sólo confirma la autenticidad de su primera versión. Véase Gorki, *Days With Lenin*, pp. 56-57. El elogio de Lenin a Trotsky fue omitido en las ediciones posteriores de las obras de Lenin.

[37] *The Trotsky Archives.* También *Vosmoi Syezd RKP*, pp. 337-338.

comisarios importantes, etc. Así, mientras el público general se enteraba de que el Partido había respaldado plenamente la política de Trotsky, sus adversarios en la jerarquía bolchevique tenían la satisfacción de que no todas las acusaciones contra él habían sido desechadas inequívocamente. Una parte cuando menos de la acusación de que él era el enemigo del militante partidario en uniforme, había quedado efectivamente adscrita a su persona.[38]

Trotsky se enteró por primera vez de que el Congreso había aprobado plenamente su política por un telegrama, firmado por Stalin, que le llegó al frente el 22 o el 23 de marzo. Poco después recibió un mensaje del Comité Central, redactado por Zinóviev, quien le informaba sobre las concesiones que se le habían hecho a la oposición y lo instaba a considerarlas como una "advertencia". Trotsky se negó a aceptar la "advertencia". Replicó por escrito que no podía retirar a los comisarios del frente una vez al mes para tener conferencias con ellos. La "advertencia", en todo caso, estaba dictada por "un vergonzoso, burdo y plebeyo prejuicio" que saturaba todos los ataques de Voroshílov. Se reprochó por haber tratado a Voroshílov con excesiva benevolencia, pues "todo descontento en el ejército es descontento armado". Aun en la organización civil bolchevique, escribió, el margen de controversia permisible era reducido, desde el momento en que el Partido había pasado del debate a la acción. El margen debía ser más reducido aún en el ejército, y él debía exigir la disciplina formal. Con mucho calor relató algunos de sus conflictos con los comandantes y comisarios, a los que había tenido que arrestar y castigar por violaciones a la disciplina, pero quienes acabarían por comprender (así lo esperaba él) la necesidad de sus medidas y lo verían sin rencor en el futuro. Por último, exigió una investigación sobre el fusilamiento de los comisarios.[39] Implicó que Lenin y Zinóviev no estaban cabalmente enterados de la terrible situación que prevalecía en el frente. La actitud de la oposición era resultado de la fatiga y el agotamiento nervioso, y él temía que la jefatura del Partido pudiera sucumbir también a ese estado de ánimo.

Por el momento el asunto quedó concluido. Los comunistas de izquierda, derrotados en el Congreso, no pudieron repetir su impugnación. Su resentimiento todavía se mantuvo vivo, pero en las siguientes crisis de la guerra civil la necesidad de disciplina, centralización y dirección militar experta se aceptó generalmente como cuestión de rutina. Sin embargo, la oposición en la jerarquía del Partido, encabezada por Stalin y Zinóviev, siguió siendo tan fuerte como siempre. No hizo más que desplazarse de las cuestiones discutidas hasta entonces al terreno de la estrategia y los planes de

[38] En las controversias posteriores, Trotsky se refirió al voto público del Congreso, en tanto que las fuentes stalinistas se refirieron a la repulsa que el Congreso pronunció en secreto. Ambas versiones son verdaderas, pero cada una ofrece una parte diferente de la verdad.

[39] El Comité Central designó una comisión investigadora, pero aparte del notorio caso de Panteléiev, no aparecieron pruebas en apoyo de las acusaciones. Parece ser que el veredicto de la comisión se publicó, pero no me ha sido posible localizarlo.

operaciones.
La estrategia de la guerra civil estaba determinada por el hecho de que el Ejército Rojo combatía en frentes con una circunferencia de más de 8,000 kilómetros. Ni siquiera un ejército numeroso, bien equipado y espléndidamente adiestrado, podía sostener esos frentes simultáneamente. La guerra consistía en una serie de profundas embestidas de las Guardias Blancas, ora desde una parte, ora desde otra del borde exterior hacia el interior, y de las correspondientes y todavía más profundas contraembestidas rojas. Después de la derrota de la Legión Checoslovaca, tres campañas principales constituyeron los momentos culminantes de la guerra civil en 1919: la ofensiva de Kolchak, lanzada desde bases siberianas, hacia el Volga y Moscú, en la primavera; el avance de Denikin desde el sur, dirigido también a Moscú, en el verano; y el intento de Yudénich de tomar a Petrogrado, en el otoño. Si todas estas ofensivas hubiesen convergido simultáneamente en los centros del poder soviético, la contrarrevolución podría haber vencido. Pero las Guardias Blancas operaban sobre "líneas externas", y estaban separadas entre sí por millares de kilómetros. Cada Ejército Blanco se desarrolló en forma autónoma y a un ritmo diferente, y el comandante de cada uno ansiaba ganar laureles exclusivamente para sí. El Ejército Rojo, por el contrario, se benefició del hecho de que operaba sobre "líneas internas". Desplazaba su fuerza de un frente a otro para asegurarse la superioridad local. Sus operaciones llegaron a ser planificadas y sus recursos controlados desde un solo centro. Pero era natural que la determinación de prioridades estratégicas diera lugar a fricciones y controversias, especialmente debido a que casi cada decisión implicaba una elección entre alternativas políticas tanto como estratégicas.

En marzo y abril las tropas de Kolchak avanzaron nuevamente sobre un amplio frente hacia el Volga y renovaron la amenaza contra Moscú que por tan escaso margen había sido rechazada el verano anterior. El Ejército Rojo en el frente oriental se hallaba agotado: sus mejores tropas habían sido enviadas a combatir contra Denikin en el sur. Trotsky pasó dos meses en el frente oriental, durante los cuales templó la capacidad combativa del ejército en retirada y preparó el contraataque. Esta vez pudo contemplar las perspectivas con mayor confianza que durante la campaña contra los checos. Ya tenía más de medio millón de hombres sobre las armas, y como los sindicatos enviaron a las filas el 50 por ciento de sus miembros, el ejército aumentó a millón y medio de hombres antes del término de la campaña.[10] A fines de abril el comandante del frente oriental, S. Kámenev, antiguo coronel del Estado Mayor zarista, efectuó una audaz maniobra contra el flanco sur de Kolchak y se lanzó sobre las líneas excesivamente extendidas de éste. Las tropas blancas pronto empezaron a retirarse en desorden hacia los Urales.

[10] *Piat Let Soviétov*, pp. 156-157.

En este momento se produjo una controversia entre Vatzetis, el Comandante en Jefe, y Kámenev, el comandante del frente. Este último ansiaba explotar su victoria y perseguir a Kolchak hasta Siberia. Estaba seguro de poder infligirle una derrota final a Kolchak, aunque fuera con sólo una parte de sus fuerzas, que habrían de ser reducidas nuevamente para reforzar el frente del sur. Vatzetis, sin embargo, vetó el plan de Kámenev. Suponía que Kolchak contaba con poderosas reservas en Siberia y, considerando que el riesgo de una persecución profunda era demasiado grande, le ordenó a Kámenev que se detuviera en los Urales. Trotsky apoyó al Comandante en Jefe. El también temía que los ejércitos orientales pudieran caer en una trampa tendida por Kolchak.[41] En aquel momento Trotsky estaba también más deseoso de limpiar de Guardias Blancas a la Rusia europea que de extender el poder soviético a Siberia. Por otra parte, se presentaron nuevos compromisos: Hungría y Bavaria acababan de proclamarse repúblicas soviéticas, y Lenin exhortó al Ejército Rojo a establecer enlaces con la Hungría soviética, aun cuando las tropas polacas en el este de Galitzia vedaban el acceso a Hungría.[42] Por todas estas razones, Trotsky deseaba reducir los compromisos en el frente oriental. Como Kámenev se negó a abandonar su plan de perseguir a Kolchak, Trotsky lo distituyó del mando. Pero entonces los comisarios del frente oriental, Lashévich, Smilgá y Gúsev, declararon su solidaridad con el comandante destituido y pidieron que se le rehabilitara y se le diera mano libre. Los comisarios fueron escuchados por Stalin y después por Lenin, y lograron la revocación de la decisión de Trotsky y Vatzetis. Kámenev continuó la persecución más allá de los Urales y aplastó a Kolchak, quien, como quedó demostrado entonces, carecía de reservas estratégicas en Siberia. Así los adversarios de Trotsky ganaron una ventaja considerable.

Trotsky, mientras tanto, se había trasladado al frente del sur y allí pasó la mayor parte del verano. Justamente cuando Kolchak empezaba a retirarse, Denikin avanzó en Ucrania, encontrando sólo una resistencia insignificante. Ucrania, que sólo reciente y superficialmente había quedado bajo control soviético, no tenía un ejército regular. Las Guardias Rojas y los grupos guerrilleros recorrían el país, saqueando y difundiendo la anarquía. Los destacamentos anarquistas de Majnó mantenían una parte del país bajo su dominio. Los comunistas de izquierda, derrotados en Rusia, habían hallado refugio en el frente ucraniano, que, por hallarse en una fase temprana del fermento revolucionario, era terreno propicio para ellos. El propio Trotsky había encomendado a Antónov-Ovseienko, Podvoisky y Bubnov la dirección de los asuntos militares en Ucrania. Pero Bubnov era uno de los jefes de los comunistas de izquierda, y Antónov-Ovseienko también se inclinaba a conceder libertad de acción a las Guardias Rojas y a los

[41] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, p. 587.

[42] Véanse los mensajes cruzados entre Vatzetis y Lenin el 21 y el 22 de abril de 1919. *The Trotsky Archives.*

guerrilleros. En un principio Trotsky propuso actuar con firmeza y le sugirió a Moscú que los tres comisarios fueran retirados de Ucrania y sustituidos por partidarios convencidos de la disciplina. Se quejó incluso de la "blandura" de su amigo Rakovsky, quien encabezaba el gobierno soviético ucraniano; y pidió que S. Kámenev o Voroshílov fuera nombrado comandante del frente ucraniano, con instrucciones categóricas de someter a las guerrillas.[43]

En un principio, Moscú no contestó. Mientras más tiempo permanecía Trotsky en Ucrania, sin embargo, más abrumado se sentía por el caos prevaleciente. Llegó a pensar que el desorden militar no podría superarse antes de que la situación económica y política del país se normalizara. Informó a Moscú que no podía centralizar y disciplinar tropas a las que no era capaz de alimentar, vestir y armar. "Ni la agitación ni la represión pueden darle capacidad combativa a un ejército descalzo, desnudo, hambriento y plagado de piojos".[44] Pidió suministros a Rusia, pero en vano. Además, el campesinado ucraniano se mostraba sumamente hostil a los Soviets, y los dirigentes bolcheviques locales estaban medio resignados a la derrota. La sustitución de comandantes que él mismo había propuesto no podía remediar aquellas condiciones. Mientras tanto, Lenin empezaba a instarlo con creciente impaciencia a que llevara a cabo el cambio propuesto en el mando militar ucraniano.

A comienzos de julio Trotsky regresó a Moscú. Aquél fue su momento más desafortunado durante la guerra civil. Admitió que había juzgado erróneamente la situación en el frente oriental cuando se opuso a la persecución de Kolchak. A continuación tuvo que responder a las censuras contra su dirección del frente ucraniano. Más aún, el Comandante en Jefe que él había ascendido y apoyado se había convertido en blanco de ataques virulentos. Stalin exigía la destitución de Vatzetis e incluso lo acusaba de traición. Propuso que Kámenev, el vencedor de Kolchak, a quien Trotsky había separado del mando hacía tan poco tiempo, fuera designado Comandante en Jefe. El propio Stalin, por cierto, acababa de dirigir con éxito la defensa de Petrogrado contra Yudénich y aparecía iluminado por la aureola de su reciente victoria. El 3 de julio, el Comité Central resolvió seguir el consejo de Stalin: Vatzetis fue relevado con honores y Kámenev nombrado Comandante en Jefe. Trotsky se resistió al cambio y expresó su descontento, pero "el éxito [de Kámenev] en el frente oriental", como él mismo escribio más tarde, "persuadió a Lenin y venció mi resis-

[43] Trotsky creía que Voroshílov se había convertido, mientras tanto, en un partidario convencido de su política (telegrama del 17 de mayo enviado desde Járkov al Comité Central. *The Trotsky Archives*). Ahora era Lenin quien denunciaba a Voroshílov de "despilfarrar" los recursos del ejército, etc. (telegrama de Lenin a Trotsky del 2 de junio).

[44] Mensaje del 1º de julio de 1919.

tencia".[45] Este revés fue bastante amargo, pero aún faltaba otro. El Comité Central resolvió también reorganizar el Consejo de Guerra Revolucionario de la República. Trotsky siguió presidiéndolo, pero sus amigos (Smirnov, Rosengoltz y Raskólnikov) fueron separados del organismo y sus lugares los ocuparon Smilgá y Gúsev, los comisarios que habían defendido al nuevo Comandante en Jefe contra Trotsky y cuyas candidaturas Stalin favorecía.

La doble reprobación hirió tanto a Trotsky que inmediatamente renunció al Politburó, al Comisariado de la Guerra y al Consejo de Guerra. Pero el Politburó no podía permitir que el conflicto se hiciera público. Independientemente de lo que se hubiera achacado a Trotsky en los círculos íntimos del Kremlin, para el país él seguía siendo el jefe de la insurrección de octubre, el fundador del ejército, el artífice de sus victorias. Su renuncia en medio de una nueva situación crítica habría desalentado al ejército y al Partido. Y Lenin, en todo caso, estaba verdaderamente deseoso de que su gobierno no prescindiera de los servicios de Trotsky. A proposición de Lenin, el Politburó rechazó la renuncia de Trotsky y adoptó por unanimidad una resolución en que le manifestaba a éste su profundo respeto y plena confianza y lo instaba a proseguir su labor "sumamente difícil, peligrosa e importante" en el frente del sur. Fue también en esta ocasión cuando Lenin, obviamente conturbado por el incidente, le entregó, como prueba de su confianza, una aprobación en blanco de cualquier orden que Trotsky pudiera dictar.[46] Bajo estas condiciones Trotsky siguió en su puesto.

Inmediatamente después tuvo lugar otra disputa sobre la campaña contra Denikin; y en este caso también los adversarios de Trotsky lo vencieron. Por aquel entonces, Denikin había tomado a Tsaritsin, la cuenca carbonífera del Donetz, y Járkov. El frente antibolchevique se extendía desde el Volga y el Don hasta la estepa occidental de Ucrania. El sector oriental entre el Volga y el Don lo ocupaban los cosacos del Don, en tanto que las Guardias Blancas propiamente dichas avanzaban sobre los sectores central y occidental. El problema que debía resolverse era en qué sector debería contraatacar el Ejército Rojo. El nuevo Comandante en Jefe propuso efectuar la operación en el sector oriental, a lo largo del valle del Don, hacia Tsaritsin y las bases de Denikin en el Cáucaso del norte. Desde el punto de vista estrictamente militar, el plan era sensato. Estaba concebido para flanquear a las fuerzas de Denikin y aislarlas de sus bases principales. También estaba calculado para separar al ejército de Denikin

[45] Trotsky, *Stalin*, p. 397.

[46] La aprobación, que llevaba el sello oficial de Lenin, dice lo siguiente: "Conociendo el carácter riguroso de las órdenes del camarada Trotsky, estoy tan convencido, tan absolutamente convencido, de que la orden del camarada Trotsky es correcta, conveniente y necesaria para el éxito de la causa, que la suscribo sin reservas". *The Trotsky Archives.*

del de Kolchak, de suerte que si Kolchak recobraba la iniciativa y avanzaba una vez más, no pudiera unirse con Denikin. La ofensiva deberían llevarla a cabo los ejércitos rojos sacados de los Urales, y era más fácil lanzar esos ejércitos contra el flanco oriental de Denikin que desplazarlos más hacia el occidente.

Trotsky se opuso a este plan. Denikin, argumentó, estaba debilitado por una disensión entre las Guardias Blancas propiamente dichas y los cosacos del Don. Las Guardias Blancas estaban formadas principalmente por oficiales rusos impacientes por derrocar a los bolcheviques en Moscú y Petrogrado. Los cosacos, movidos por el particularismo, no deseaban más que mantener a los bolcheviques fuera de sus *stanitsas* y eran reacios a sacar la cabeza más allá del valle del Don. Veían con poco entusiasmo los planes de Denikin para una ofensiva contra Moscú. Trotsky sostenía que si el Ejército Rojo lanzaba su fuerza principal sobre el valle del Don, provocaría a los cosacos, los obligaría a librar una lucha enconada y contribuiría así involuntariamente a resolver la escisión en el campo enemigo. Aun después de un éxito inicial, el Ejército Rojo tendría que avanzar por un territorio con malas comunicaciones y entre una población hostil. Mientras tanto, Denikin atacaría en el débil sector central, pues allí se encontraba la ruta más corta a Moscú. Trotsky propuso que la fuerza principal del Ejército Rojo fuera desplazada al sector central, con Járkov y la cuenca del Donetz como sus objetivos más importantes. En un avance a lo largo de esta línea los rojos podrían dividir el ejército de Denikin, separar a los cosacos de las Guardias Blancas y neutralizarlos. Los atacantes gozarían de la ventaja de operar en una región sumante industrializada cuya población favorecía a los Soviets, y también dispondrían de una densa red de carreteras y ferrocarriles. La condición social y política del territorio debía determinar, por lo tanto, la dirección de la ofensiva. El plan de Kámenev, aunque correcto desde un punto de vista estratégico abstracto, no tomaba en cuenta la estrecha interrelación de la política y la estrategia en la guerra civil.

Cuando la controversia entre el Comisario de la Guerra y el Comandante en Jefe le fue planteada al Politburó, los argumentos del segundo prevalecieron. El Politburó autorizó la ofensiva principal en el sector oriental.

Esta continua sucesión de reveses personales para Trotsky tuvo una extraña secuela. Trotsky regresó al frente del sur en un estado de ánimo más bien sombrío. Apenas acababa de llegar a su cuartel general de campo en Kozlov cuando recibió un enigmático mensaje firmado por Dzerzhinsky, Krestinsky, Lenin y Skliansky en el que se le informaba que el ex-Comandante en Jefe (es decir, Vatzetis) había sido acusado de traición y encarcelado. El mensaje no especificaba las acusaciones; sólo dejaba saber que éstas se basaban en las declaraciones hechas por otro oficial arrestado. El golpe era mortal. Tenía su origen en Stalin, quien ya había acusado a Vatzetis de traidor, e iba dirigido inequívocamente contra Trotsky. No

sabemos exactamente cómo reaccionó Trotsky. Es casi seguro que haya defendido enérgicamente a Vatzetis y que haya garantizado personalmente su integridad, puesto que así lo hizo en otros casos similares, cuando se trataba de hombres menos importantes.[47] Baste saber que al cabo de unos cuantos días Vatzetis fue puesto en libertad y rehabilitado. El propio Trotsky dio posteriormente dos versiones de las acusaciones: según una de ellas, Vatzetis no había mostrado suficiente vigilancia en el trato con los oficiales contrarrevolucionarios de su séquito; según la otra, abrigaba ambiciones de una futura carrera napoleónica.[48] Ni la falta de vigilancia ni una ambición acariciada en lo privado constituían traición ni justificaban el encarcelamiento; y, después de su liberación, Vatzetis siguió desempeñando altos puestos en el ejército hasta bien entrada la era de Stalin. Su arresto en 1919 tuvo la finalidad, por consiguiente, de añadir una nueva humillación a los reveses que Trotsky ya había sufrido.

Aquéllas fueron semanas de excepcional tensión entre Trotsky y Lenin, como lo atestigua su correspondencia. Ello se debió en parte al desacuerdo respecto a la estrategia y en parte al hecho, relacionado con dicho desacuerdo, de que la tarea de Trotsky de sostener el frente ucraniano contra Denikin era una labor de Sísifo. Lenin sospechaba también que Trotsky trataba de desacreditar al nuevo Comandante en Jefe ante los oficiales del frente del sur. Trotsky informó desde el sur que Yegórov, el comandante del frente, veía con actitud sumamente crítica el plan de Kámenev para la ofensiva y que cumplía las órdenes de éste sin convicción. Independientemente de quién tuviera la razón, escribió Trotsky, el estado de cosas era anormal; y propuso el nombramiento de un nuevo comandante del frente que compartiera las opiniones del Comandante en Jefe. Esta proposición, que en realidad era una demostración de la lealtad de Trotsky, despertó sospechas en el Kremlin. El Politburó cambió el comandante del frente, pero también envió a Ucrania a Smilgá y Lashévich, que eran adversarios de Trotsky; y, más aún, le recordó significativamente a éste que debía hacer todo lo posible para reforzar la autoridad del nuevo Comandante en Jefe. Trotsky protestó vigorosamente contra la insinuación. Se quejó repetidamente ante Lenin y el Politburó por las contestaciones "poco precisas" a sus mensajes. Lenin, a su vez, le hizo numerosas reprensiones y reproches: ¿Por qué tenía tan pocos logros que informar? ¿Dónde estaban las ofensivas que debían lanzarse en Ucrania?

En rigor de verdad, la inestabilidad prevaleciente en Ucrania le daba a

[47] Anteriormente ese mismo año, por ejemplo, Trotsky protestó categóricamente contra el arresto del general Zaguin. Este, escribió, había hecho más para ayudar a los Soviets que quienes lo habían encarcelado. El tratamiento arbitrario de tales hombres tenía un efecto desastroso sobre la moral de los oficiales, escribió Trotsky, y pidió la excarcelación del general bajo su garantía personal hasta que un tribunal lo condenara. *The Trotsky Archives* (correspondencia de enero de 1919).

[48] Trotsky, *Stalin*, pp. 399 sigs.

Trotsky poca o ninguna posibilidad de acción militar. El Ejército Rojo había comprometido su fuerza principal en el sector oriental del frente, y Ucrania, que formaba los sectores central y occidental, fue abandonada a sus propios recursos. Trotsky alarmó incesantemente a Moscú acerca de la insuficiencia de las fuerzas ucranianas, todavía completamente desorganizadas, y exigió refuerzos y suministros. Es casi seguro que el Politburó haya sospechado que los pedidos de Trotsky tenían por objeto lograr, por vía indirecta, una revisión del plan de operaciones de Kámenev y una diferente distribución de las tropas.

Un mensaje coléricamente agresivo que Trotsky dirigió al Politburó el 11 de agosto nos permite vislumbrar la índole de la situación local. Los hombres del Ejército Rojo en Ucrania, escribió Trotsky, estaban sufriendo hambre. La mitad de ellos carecía de botas y de ropa interior, y muy pocos tenían abrigos. Con los rifles y las municiones sucedía lo mismo. Todo el mundo estaba armado, menos los soldados. Los *kulaks* tenían grandes existencias de armas compradas a los desertores. Hambriento y desarmado, el combatiente del Ejército Rojo se sentía desvalido cuando se enfrentaba con el bien alimentado usurero de las aldeas. Los *kulaks* deberían ser tratados con mano dura y desarmados. Dos o tres mil comunistas bien equipados y dignos de confianza podrían rehacer el frente, pero Moscú se negaba a enviarlos. Los bolcheviques ucranianos estaban en actitud derrotista. Sostenían que no sería una mala idea dejar que Ucrania conociera el gobierno de los blancos durante algún tiempo: así el pueblo se curaría de sus ilusiones y volvería a los bolcheviques. Trotsky le aseguró al Politburó que él combatía esa actitud, pero las divisiones ucranianas necesitaban un respiro, una oportunidad de "lavarse, vestirse y prepararse para la ofensiva".[49]

Denikin, sin embargo, no les concedió el respiro. Dos semanas más tarde tomó a Kíev y casi toda Ucrania; y presionó sobre el débil centro del Ejército Rojo, hacia Voronezh y Kursk, sobre la ruta más corta hacia Moscú.

En ese momento Trotsky exigió una revisión del plan de operaciones. Pidió que las reservas del Mando Supremo fueran desplazadas del sector oriental hacia Voronezh y Kursk. Una y otra vez repitió la demanda, y una y otra vez el Politburó y el Estado Mayor la rechazaron. Mientras tanto, el Ejército Rojo no logró realizar ningún avance decisivo en el Don, y Denikin tomó a Kursk, Voronezh y Orel. Sólo cuando la amenaza a Moscú se hizo inminente, el Comandante en Jefe cambió de opinión y empezó a acumular reservas en el sector central. Pero para entonces las fuerzas de Denikin se habían abierto paso hacia Tula, la última ciudad importante delante de Moscú. Y simultáneamente, Yudénich, armado por los británicos y apoyado por la flota británica, avanzó rápidamente desde Estonia

[49] *The Trotsky Archives.*

hacia Petrogrado y alcanzó los suburbios de la ciudad.

De no haber sido por la suma gravedad de la situación, Trotsky se habría regocijado por la forma cabal en que los acontecimientos le habían dado la razón y habían obligado a sus adversarios a declararse de acuerdo con él. Entonces el propio Stalin abogó porque se desechara finalmente el plan de operaciones de Kámenev y, sin escatimar insultos para éste, repitió palabra por palabra los argumentos de Trotsky.[50]

En aquel momento de depresión general, el optimismo y la energía de Trotsky no conocieron límites. Estaba convencido de que el reagrupamiento de fuerzas que al fin se había puesto en práctica no tardaría en dar resultados. El frente fue reorganizado, se acumularon reservas y, con las líneas de comunicación radicalmente acortadas, las tropas recibieron abundantes suministros. El enemigo se había extendido con exceso, y el poderío del Ejército Rojo era como un resorte comprimido listo para soltarse. Trotsky calculó con ánimo confiado los recursos materiales y morales que los Soviets todavía podían movilizar. El, más que ningún otro miembro del Politburó, había contemplado constantemente el infierno de la guerra civil. Lo asediaba la imagen de los soldados semidesnudos tiritando bajo las heladas y de los heridos que morían en masa por falta de atención médica. También había medido cabalmente la inestabilidad psicológica del ejército. Pero en los momentos de peligro mortal, tenía fe en la capacidad del ejército para producir súbitos brotes de entusiasmo, en su disposición al sacrificio y en la vigorosa iniciativa de sus comandante y soldados, que se imponían sobre el caos en que la revolución parecía disolverse periódicamente.

Trotsky se alzó ahora en toda su estatura, no sólo como el principal administrador y organizador del ejército, sino también como su inspirador, como el profeta de una idea. Desató audazmente los recursos morales ocultos de la revolución. La calidad de sus exhortaciones puede medirse, por ejemplo, por un discurso que pronunció en un Congreso de la Komsomol, la Liga de la Juventud Comunista, reunido precisamente cuando Moscú y Petrogrado se hallaban al alcance de las Guardias Blancas. Les habló a los jóvenes sobre los deberes que éstos tenían que cumplir "dentro del área cada vez más reducida que le quedaba al Ejército Rojo". Ellos debían ayudar a la movilización y a mantener los enlaces entre las unidades combatientes; debían filtrarse tras las líneas enemigas para explorar sus disposiciones, etc. Pero antes de enfrentarse a sus peligrosas tareas, debían

[50] Basándose en esto, los historiadores soviéticos de la época posterior le atribuyen a Stalin la paternidad del plan de Trotsky para la ofensiva. Pero la carta de Stalin a Lenin en la que recomendaba una concentración del poder de ataque en el sector central está fechada el 15 de octubre de 1919 (véase Stalin, *Obras*, vol. 4, pp. 290-293), en tanto que Trotsky escribió su memorándum sobre este asunto en septiembre. Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, pp. 556-559; Voroshílov, *Stalin i Krásnaya Armia*, pp. 21-22.

saber el lugar que ocupaban en los asuntos del mundo. Lúcida y sencillamente, sin trazas de condescendencia, Trotsky hizo el examen de la situación internacional. Los jóvenes también debían considerar su papel dentro del contexto de la historia mundial, en la amplia perspectiva del progreso lento, dolorosamente lento, y sin embargo inspirador, de la humanidad "desde el oscuro reino animal" hasta las cumbres no soñadas de la civilización a que los iba conduciendo el socialismo. Hizo que las mentes de sus oyentes se volvieran hacia el hombre primitivo que "tropezando y cojeando erraba por las selvas dormidas y que, presa de la superstición, se creó pequeños dioses y zares y príncipes". Después el hombre "reemplazó a los muchos diosos por un Dios y los muchos pequeños zares y príncipes por un Zar". "Pero no se detuvo ahí. Rechazó los zares y los dioses e hizo el intento de convertirse en el dueño soberano de su propia vida... Nosotros somos participantes en ese intento histórico que no tiene precedentes". "Estos centenares de miles de años de desarrollo y lucha del hombre serían una burla si no lográramos crear... una nueva sociedad en la que todas las relaciones humanas se basen en... la cooperación y en la que el hombre sea el hermano del hombre y no su enemigo". A continuación habló sobre "el enorme crisol de la historia", en el que el carácter nacional ruso había sido refundido y liberado de su desidia y su indolencia. "Este crisol es cruel... las llamas nos lamen y nos abrasan, pero [también]... templan nuestro carácter nacional". "¡Feliz aquél", exclamó Trotsky, "que siente en su mente y en su corazón la corriente eléctrica de nuestra gran época!"[51]

Fue en el más lúgubre estado de ánimo como se reunió el Politburó el 15 de octubre. En Orel la batalla aún no concluía, y de su resultado dependía la suerte de Moscú. La defensa de Petrogrado parecía ofrecer pocas esperanzas. Tan sombría se le presentaba la situación a Lenin que propuso abandonar a Petrogrado y reunir todas las fuerzas disponibles alrededor de Moscú. Contó incluso con la posibilidad de la caída de Moscú y una retirada bolchevique a los Urales.

Trotsky protestó vigorosamente contra esa proposición: Petrogrado, la cuna de la revolución, no debía ser abandonada a las Guardias Blancas. La rendición de la ciudad podría tener un efecto desastroso sobre el resto del país. Propuso ir él mismo a Petrogrado y encargarse de su defensa. Sometió a la aprobación del Politburó una serie de decretos que tenían por objeto la movilización total: la disolución de los múltiples y ahora inútiles departamentos y agencias gubernamentales en Moscú y el llamado general a las armas. El llevaría refuerzos a Petrogrado desde todos los extremos inactivos del frente, desde la costa del Mar Blanco y las regiones polacas.

Esta vez su adversario habitual lo respaldó. Stalin también exigió la de-

[51] Trotsky, *Pokolénie Oktiabriá*, pp. 157-167.

fensa de ambas capitales.[52] En la actitud de ambos hubo la concordia que puede unir a los enemigos a bordo de una embarcación que se hunde cuando los dos están empeñados en salvarla. Cuando Trotsky se ofreció para acudir a Petrogrado, Stalin lo reemplazó en el frente del sur. El Politburó aprobó los decretos presentados por Trotsky y eligió una comisión de cuatro miembros (Lenin, Trotsky, Kámenev y Krestinsky) para ponerlos en vigor. También autorizó a Trotsky a trasladarse a Petrogrado, pero se reservó su decisión sobre el plan de éste para defender la ciudad.

El 16 de octubre, a bordo de su tren en camino a Petrogrado, Trotsky dictó sus reflexiones sobre la situación. Se burló de la reciente proclamación, por parte de Churchill, de la cruzada antisoviética de catorce naciones. Estas, escribió, no eran más que "catorce nociones geográficas": Kolchak y Denikin habrían agradecido más el socorro de catorce divisiones anglo-francesas. El ruidoso regocijo del Occidente burgués por la inminente caída de los Soviets era prematuro. Aun cuando el Ejército Rojo no lograra detener a Yudénich en las afueras de Petrogrado, lo destruiría dentro de la ciudad. Esbozó una especie de plan de batalla en el interior de Petrogrado que se asemeja curiosamente a las tácticas de la batalla de Stalingrado en la Segunda Guerra Mundial:

> Después de penetrar en esta gigantesca ciudad, las Guardias Blancas se perderán en este laberinto de piedra, donde cada casa les presentará un enigma, una amenaza o un peligro mortal. ¿De dónde esperarán un golpe? ¿De una ventana? ¿De un desván? ¿De un sótano? ¿De la vuelta de una esquina? ¡De todas partes!... Nosotros podemos rodear calles con alambradas, dejar otras abiertas y transformarlas en trampas. Todo lo que se necesita es que unos cuantos millares de ciudadanos estén firmemente resueltos a no rendirse... Dos o tres días de tal género de lucha de calles convertiría a los invasores en un asustado y aterrorizado rebaño de cobardes que se rendirían en grupos o individualmente ante los transeúntes desarmados o las mujeres... Pero la lucha de calles produce bajas accidentales y la destrucción de valores culturales. Esta es una de las razones por las que el mando de campo está obligado a tomar todas las medidas necesarias para impedir que el enemigo se acerque a Petrogrado.[53]

En Petrogrado lo esperaban malas noticias: Yudénich había tomado a Krasnoie Selo, en las afueras de la ciudad. Las defensas habían sido debilitadas por un traslado de tropas al frente del sur y desorganizadas por

[52] Esto se basa en la propia afirmación de Trotsky. A juzgar por las actas, no parece ser que Stalin haya estado presente en esta sesión del Politburó. El 15 de octubre le envió una carta a Lenin desde el frente del sur. Probablemente comunicó su opinión antes de su partida.

[53] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, pp. 266-267.

la traición entre los oficiales del alto mando. Zinóviev, jefe de la "Comuna del Norte", se hallaba en estado de postración; y su indecisión contagiaba a sus subordinados. Pero desde Moscú llegó la notificación de Lenin de que el Politburó había aprobado el plan de Trotsky y lo autorizaba a librar la batalla, si fuere necesario, dentro de la ciudad. Lenin aún insistía prudentemente en que Trotsky debería prepararse para una retirada, evacuar documentos oficiales y disponer la voladura de plantas eléctricas y el hundimiento de la flota del Báltico. Trotsky contestó con un informe lleno de confianza; y, como para imprimirle a su confianza un matiz peculiarmente desafiante, inquirió si se le permitiría perseguir a Yudénich hasta Estonia, su base de operaciones.[54]

Una vez más habló ante el Soviet de Petrogrado que había presidido en 1905 y 1917. Describió francamente el desastre que los amenazaba y, pidiendo un esfuerzo supremo, dio expresión a los sentimientos que le inspiraba la ciudad:

> En estos oscuros, fríos, hambrientos y malos días de otoño, Petrogrado nos presenta una vez más la grandiosa imagen de la confianza, el entusiasmo y el heroísmo reconfortantes. La ciudad que tanto ha sufrido, que ha ardido con una llama interior tan intensa y ha sorteado tantos peligros, la ciudad que nunca ha tenido compasión de sí misma, que se ha infligido tanta devastación, este hermoso Petrogrado Rojo sigue siendo lo que siempre ha sido: la antorcha de la revolución...[55]

Sobre el efecto de la intervención de Trotsky tenemos muchas descripciones de testigos presenciales. La que transcribimos a continuación pertenece a Lashévich, quien entonces, como ya sabemos, no era nada amigo de Trotsky y desempeñó él mismo un papel sobresaliente en los acontecimientos:

> Al igual que nuevos refuerzos que llegaran... la presencia de Trotsky se hizo sentir en seguida: se restableció la disciplina adecuada y los

[54] Esta petición tuvo como resultado una prolongada discusión entre Lenin, Trotsky y Chicherin. El Comisario de Relaciones Exteriores, temiendo complicaciones internacionales, protestó vigorosamente contra la persecución en territorio de Estonia.

Trotsky se conformó entonces con una simple amenaza de que el Ejército Rojo cruzaría la frontera si el gobierno de Estonia no desarmaba a las Guardias Blancas que se retiraran a su territorio. La actitud de los Estados bálticos causó cierta preocupación al Politburó y a Trotsky. Este amenazó públicamente al gobierno finlandés con lanzar varias divisiones bashkires sobre Helsinki si los finlandeses hacían cualquier movimiento contra Petrogrado. Los gobiernos de la Entente instaron secretamente a los gobiernos bálticos a unirse a la ofensiva de Yudénich; pero, impresionados por las amenazas de Trotsky, dichos gobiernos se mantuvieron a la expectativa.

[55] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, p. 287.

organismos militares y administrativos se pusieron a la altura de su tarea. Todo el que demostraba ser ineficiente era destituido. El personal de mando superior y medio fue cambiado. Las órdenes de Trotsky, claras y precisas, que no hacían distingos personales y exigían de todos el máximo esfuerzo y la ejecución exacta y rápida de las órdenes de combate, hicieron ver en seguida que la dirección estaba en manos firmes... La movilización interna había empezado. Los órganos de mando comenzaron a operar eficazmente. Los enlaces, hasta entonces defectuosos, se hicieron satisfactorios. Las secciones de suministros empezaron a funcionar sin fallas. Las deserciones del frente se redujeron radicalmente. En todos los destacamentos sesionaban los tribunales de campo... Todo el mundo empezó a comprender que sólo quedaba un camino abierto: hacia adelante. Todas las vías de retirada habían sido cortadas. Trotsky penetró en cada detalle, aplicando a cada asunto su hirviente e infatigable energía y su asombrosa perseverancia.[56]

El avance de Yudénich continuó durante varios días. La aparición de tanques británicos en las afueras de la ciudad causó pánico. A caballo, Trotsky reunió a los hombres que se retiraban aterrorizados y los hizo regresar a las líneas de combate. En un esfuerzo de improvisación, algunas fábricas que se hallaban al alcance de la artillería de Yudénich empezaron a producir vehículos semejante a tanques, y el pánico cesó. Tropas regulares, Guardias Rojas formadas a toda prisa y hasta destacamentos de mujeres combatieron a los atacantes, como dijo el propio Yudénich, con "heroica locura". Una semana después de la llegada de Trotsky, los defensores pasaron a la ofensiva. En el segundo aniversario de la revolución, que era también su cuadragésimo cumpleaños, Trotsky se encontró de regreso en Moscú para informar de la victoria del Ejército Central de los Soviets.

El último acto de la guerra civil se había iniciado. En el frente del sur también, las Guardias Blancas retrocedían y se desintegraban.[57] El Ejér-

[56] *Borbá za Petrograd*, pp. 52-53.

[57] Las razones del colapso de los ejércitos blancos no las ha enunciado nadie con más franqueza y verdad que el propio Denikin: "La liberación por parte de nosotros de vastas regiones debió haber producido... un levantamiento de todos los elementos hostiles al poder soviético... La interrogante era si las masas populares se habían cansado ya del bolchevismo... si el pueblo se pondría de nuestra parte... La vida ha dado una respuesta que en un principio fue indefinida y después negativa". Denikin, *Ocherki Russkoi Smuty*. vol. V, p. 118. "Las tropas del ejército del sur no evitaron el mal general y empeñaron su reputación haciendo pogromos de judíos... Las llagas internas se enconaron en la atmósfera de odio. Los pogromos infligieron sufrimientos a la población judía, pero también afectaron el espíritu de las tropas, deformaron su mentalidad y destruyeron la disciplina...", *Ibid.*, p. 146. Wrangel, por su parte, hizo el siguiente balance moral de la campaña: "El Ejército Voluntario se ha desprestigiado mediante el pillaje y la violencia. Aquí lo hemos perdido todo. Ni siquiera podemos tratar de marchar una vez más por los mismos

cito Rojo avanzó sobre Járkov, Kíev y Poltava. En Siberia, Kolchak fue derrotado en toda la línea. Tan rápidamente cambió la marea que sólo tres semanas después de aquella crítica sesión en la que el Politburó había contemplado la derrota cara a cara, el Moscú rojo saboreaba las mieles del triunfo. En la solemne sesión de aniversario del Ejecutivo de los Soviets, Trotsky fue aclamado como padre de la victoria y condecorado con la Orden de la Bandera Roja.[58]

Este fue el momento supremo de su triunfo político y militar. Había encabezado una revolución, había fundado un gran ejército y lo había conducido a la victoria. Suya era la adoración de la gran masa de partidarios de la revolución, como suyos eran también la renuente admiración y el odio eterno de sus enemigos. Al igual que otros dirigentes bolcheviques, confiaba en que los horrores y terrores de la guerra civil fueran ya cosa del pasado y en que la era de la reconstrucción socialista pacífica estuviera a punto de iniciarse. En ella esperaba desempeñar un papel tan preeminente como el que había desempeñado en los asuntos militares. En diciembre de 1919, en el séptimo Congreso de los Soviets, hizo el balance de la guerra civil, pues aunque los combates todavía continuaban, el resultado ya no estaba en duda.[59] Rindió un generoso homenaje a quienes habían soportado la abrumadora carga de los últimos años. Hizo el elogio de los comisarios, de quienes se le había tenido por enemigo: "En nuestros comisarios. . . tenemos una nueva orden comunista de samurais, cuyos miembros no gozaron de privilegios de casta y supieron morir y enseñar a otros a morir por la causa de la clase obrera". Alabó con largueza a los comandantes de los ejércitos victoriosos, a los que habían sido generales zaristas y a los que se habían elevado desde las filas después de haber sido obreros metalúrgicos o peluqueros en la vida civil. Con especial calor habló de los logros de tres comandantes de ejércitos: Frunze, el obrero, Tujachevsky, el oficial de la Guardia, y Sokólnikov el periodista revolucionario. A continuación esbozó la posibilidad de abolir el ejército permanente y de transformarlo en una milicia democrática inspirada en el

caminos, bajo la misma bandera". *Ibid.*, p. 263. Escribiendo sobre la corrupción en su ejército, Denikin añade: "Esta fiesta, en una época de pestilencia, suscitó la cólera y el disgusto en los observadores del exterior. . ." Y finalmente: "Las municiones inglesas y el pan del Kubán nos seguían llegando desde nuestras bases de suministros, pero las bases morales ya habían sido destruidas". *Ibid.*, p. 314.

[58] La misma Orden le fue concedida a la ciudad de Petrogrado y a Stalin, que ni siquiera asistió a la ceremonia. Trotsky contó más tarde que los presentes se sorprendieron por el honor otorgado a Stalin y que nadie lo aplaudió. Sea como fuere, Trotsky indudablemente se sintió molesto, pues poco después escribió: "Petrogrado ha recibido la Orden de la Bandera Roja. Y es Petrogrado quien verdadera y honradamente la merece. Cuando se conceden recompensas a los individuos, los errores y los privilegios accidentales siempre son posibles. Pero cuando Petrogrado recibe la distinción no hay error ni prejuicio". *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, p. 310.

[59] *Ibid.*, pp. 325-355.

ideal socialista, la milicia con que había soñado Jaurès.[60] Tuvo unas cuantas palabras amistosas hasta para los mencheviques que, en el último momento crítico, acudieron a la defensa de los Soviets y estaban presentes en el Congreso. "Apreciamos grandemente", dijo, "el hecho de que otros partidos también, partidos que pertenecen a la oposición... hayan movilizado cierto número de sus militantes para el ejército. Ellos han sido recibidos allí como hermanos". Pocos meses antes había amenazado a los mencheviques con que serían "pulverizados" si le creaban obstáculos a la defensa. Pero ahora se dirigió a Mártov, quien había felicitado a los bolcheviques por sus éxitos militares y diplomáticos. Expresó "verdadero regocijo... sin ninguna reserva mental y sin la menor ironía" porque "Mártov ha hablado de *nuestro* ejército y de *nuestra* lucha internacional; ha usado la palabra 'nosotros', y al hacerlo ha añadido fuerza política y moral a nuestra causa".

Al igual que otros bolcheviques, Trotsky contaba con el apaciguamiento en la política interna, que permitiría a los partidos de la oposición socialista, cuando menos, reanudar su actividad legal. La limitación de los poderes de la *Cheka* y la abolición de la pena de muerte en enero de 1920 tuvieron por objeto dar los primeros pasos en esa dirección. Pero esas esperanzas optimistas no habrían de materializarse.

Los horrores de la guerra no eran todavía cosa del pasado.[61]

[60] Véase la "Nota sobre los escritos militares de Trotsky", pp. 435 sigs.

[61] Los materiales para este capítulo y el siguiente han sido tomados, *inter alia*, de Bubnov, Kámenev, Eideman, *Grazhdánskaya Voiná*, vols. I-III; Kakurin, *Kak Srazhalas Revolutsia*, vols. I-II; y Frunze, *Sobranie Sochinenii*, vols. I-III.

CAPITULO XIII

REVOLUCION Y CONQUISTA

Durante todos estos años los jefes del bolchevismo aguardaron ansiosamente los presagios de la revolución en Europa. Cada fase de las luchas sociales y políticas de Europa afectó directamente el desarrollo de la guerra civil. La caída de los Hohenzollerns y los Habsburgos les permitió a los Soviets recuperar territorios que habían perdido bajo la Paz de Brest-Litovsk. Pero poco después la Entente victoriosa proclamó el bloqueo de Rusia, que se vio seguido por la "cruzada de catorce naciones". La sola amenaza de intervención aliada afectó profundamente la situación en Rusia. Desde la revolución, las antiguas clases gobernantes se habían hallado en un estado de suma depresión, aterrorizadas por el abismo que las separaba de la masa del pueblo. Carecían de organización y de fe en su propia causa, estaban divididas entre sí y eran incapaces de producir ningún plan de acción.[1] La promesa de intervención infundió valor en sus corazones. No fue sino después de haberse hecho la promesa —después que los oficiales de enlace británicos, franceses y norteamericanos aparecieron en los cuarteles generales de los generales blancos y las primeras remesas extranjeras de armas y municiones llegaron a las costas rusas— cuando las filas de las Guardias Blancas empezaron a crecer y la guerra civil se desencadenó en serio. Los bolcheviques pensaron que sólo un intenso fermento revolucionario en el extranjero podría paralizar la intervención. Se vieron obligados a llevar la lucha al campo del enemigo; y estaban tanto más obligados a hacerlo cuanto que habían pronosticado que las clases gobernantes de Europa no se resignarían jamás a aceptar la Revolución Rusa y ésta, por su propia conservación, tendría que atacar al régimen capitalista europeo, que de todos modos estaba a punto de derrumbarse bajo los golpes de las clases obreras europeas. La mitad del pronóstico se había cumplido: las clases gobernantes de la Entente le habían declarado la guerra al bolchevismo: y hubo momentos en que la otra mitad, que vaticinaba el levantamiento del proletariado europeo, también pareció estar a punto de cumplirse.

Desde noviembre de 1918, Alemania y la mayor parte de Europa central fueron presa de grandes convulsiones sociales. En Berlín, Viena y Varsovia los consejos de diputados obreros existían paralelamente a los gobiernos socialdemócratas. Los bolcheviques, que contemplaban las cosas a través

[1] Uno de los primeros jefes de las Guardias Blancas, el general Kaledin, dijo antes de suicidarse a principios de 1918: "Nuestra situación no ofrece esperanzas. La población no sólo no nos apoya, sino que es decididamente hostil. No tenemos fuerza y la resistencia es inútil". Denikin, *op. cit.*, vol. II, p. 220.

del prisma de su propia experiencia reciente, vieron en esa situación una reproducción exacta de aquel "régimen dualista" al que la Revolución de febrero había dado origen en Rusia. Hablaron del "Febrero alemán" y esperaron una rápida desintegración del régimen dualista, un auge de los Consejos de Diputados Obreros y un "Octubre alemán".

La noción de que la historia podría repetirse tan precisa y rápidamente en un país tras otro era extremadamente simplista. Pero la mecánica de todas las revoluciones populares clásicas tiene muchos rasgos en común. Cada una de ellas se inicia con un colapso parcial del sistema de gobierno establecido; cada una atraviesa la fase transitoria de un régimen dualista; y en cada una los partidos conservadores, moderados y conciliadores, opuestos entre sí, se agotan y se desprestigian sucesivamente. Era esta amplia sucesión de fases la que los bolcheviques esperaban ver repetirse en otros países. Lo que había de erróneo en sus espectativas no era tan sólo el calendario de los acontecimientos revolucionarios, sino el supuesto fundamental de que el capitalismo europeo vivía sus últimos días. Los bolcheviques subestimaron en forma muy crasa la capacidad de resistencia del capitalismo, su adaptabilidad y el grado de lealtad que inspiraba en las clases trabajadoras. El fermento revolucionario en Europa era lo bastante intenso para que una minoría de la clase obrera estuviera dispuesta a seguir los pasos del bolchevismo. La mayoría se esforzaba por arrancar reformas a sus gobiernos y a sus clases poseedoras. Pero aun en los momentos en que manifestaban simpatías por la Revolución Rusa, no estaban en disposición de lanzarse por el camino de la revolución y la guerra civil en sus países, sacrificando en ese proceso los niveles de vida, la seguridad personal, las reformas que ya habían obtenido y las que esperaban obtener.

La tragedia histórica del bolchevismo en su período heroico fue su negativa no sólo a aceptar este hecho, sino aun a admitir su posibilidad. Los jefes bolcheviques vieron el relativo conservadurismo del movimiento obrero europeo como una engañosa superficie política, bajo la cual latían todos los instintos revolucionarios del proletariado. Lo que hacía falta era quebrar la delgada corteza y liberar las energías anticapitalistas ocultas. Esta imagen del mundo era el resultado de algo más que un error de juicio político. Reflejaba la incapacidad psicológica del bolchevismo de los primeros tiempos para reconocer su propio aislamiento en el mundo, incapacidad que era común a todos los jefes de la revolución, pero que en ninguno de ellos era tan marcada y completa como en Trotsky. Un instintivo horror al aislamiento de la revolución dominaba todo su ser, su cerebro y su corazón. Ninguno de los dirigentes bolcheviques tenía aún la más leve premonición del "socialismo en un solo país". Pero para Trotsky el aislamiento del bolchevismo era ya una pesadilla demasiado terrible de contemplar, pues significaba que el primero y hasta entonces único intento de construir el socialismo tendría que emprenderse en las peores condiciones posibles, sin las ventajas de una intensiva distribución inter-

nacional del trabajo, sin la influencia fecundante de antiguas y complejas tradiciones culturales, en un medio ambiente de tan abrumadora pobreza material y cultural, primitivismo y tosquedad, que tendería a frustrar o deformar el impulso mismo hacia el socialismo. Tarde o temprano, este horror al aislamiento estaba destinado a chocar con la realidad; y el choque habría de obligar al bolchevismo a luchar convulsivamente con su propia imagen mental del mundo.

Después de Brest, cuando este conflicto había sacudido por primera vez su propia confianza, Trotsky encontró un escape en los hercúleos esfuerzos de la guerra civil. Por el momento, su horror al aislamiento halló expresión invertida en violentos estallidos de confianza en la inminente expansión de la revolución. En enero de 1919, cuando las calles de Berlín estaban llenas de barricadas, escribió: "Ya no es el fantasma del comunismo el que recorre a Europa... es el comunismo de carne y hueso el que se mueve por el continente".[2] Eran las ideas y las esperanzas de la burguesía las que habían cobrado un aspecto de total irrealidad ante sus ojos. Vio algo de fantasmal en la aparición en Europa del Presidente Wilson, "ese Tartufo criado con una dieta cuáquera, que vaga por la Europo desangrada como el supremo representante de la moralidad, el Mesías del dólar norteamericano, y castiga y perdona a las naciones y decide su suerte". Europa no podía dejar de ver que su única salvación residía en una federación continental de repúblicas soviéticas; y una vez que Alemania hubiera ingresado en esa federación, "la Italia soviética y la Francia soviética se afiliarán un mes antes o un mes después".[3]

En la primera semana de marzo de 1919 ocurrió un acontecimiento significativo dentro del Kremlin. En una antigua corte imperial de justicia, Lenin inauguró una reunión de una veintena de delegados de diversos grupos socialistas de izquierda extranjeros. La llegada de los delegados fue, en cierto sentido, la primera brecha abierta en el bloqueo. La mayor parte llegó atravesando fronteras clandestinamente: algunos de los delegados que se esperaban no pudieron salir de sus países por prohibición de sus gobiernos; otros fueron arrestados durante el viaje. Los bolcheviques, aislados completamente durante largo tiempo del mundo occidental, escucharon con avidez los informes de los delegados sobre la situación en el extranjero. Los informes fueron confusos y contradictorios; pero, una vez hecho el balance de los aspectos positivos y negativos, parecieron justificar las expectativas de una revolución a corto plazo.

El propósito de la conferencia no era del todo claro. Se trataba de proclamar la fundación de la Tercera Internacional o de tomar medidas preliminares a tal fin. Los bolcheviques se inclinaban a formar la nueva Internacional sin pérdida de tiempo, pero aguardaron a escuchar la opinión de los delegados extranjeros. Los más importantes de éstos, los alemanes,

[2] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XIII, pp. 6-14.
[3] *Loc. cit.*

sostuvieron que, con excepción del partido ruso, los grupos representados en la conferencia eran demasiado débiles para constituirse en una Internacional hecha y derecha. Sin embargo, un delegado austriaco que llegó a mitad del debate después de un accidentado viaje, ofreció una estremecedora descripción de una Europa en pleno hervor revolucionario, y exhortó apasionadamente a la conferencia a enarbolar de inmediato la bandera de la nueva Internacional. Así, engendrada por el deseo, concebida por la ilusión y parteada por el accidente, nació la gran institución.

Su nacimiento coincidió con el reflujo de la revolución en Europa. El levantamiento de enero en Berlín había sido aplastado, y sus jefes renuentes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, habían sido asesinados. Esto marcó un viraje en la historia europea, pues ninguna de las marejadas revolucionarias que se produjeron en los años siguientes igualaron en ímpetu e impacto a la de 1918. Los jefes bolcheviques no reconocieron que se trataba de un viraje. La derrota del levantamiento de enero en Berlín les pareció un revés episódico, muy parecido a su propio percance en julio de 1917, que sería seguido por un agravamiento de la lucha social. Al saludar a los delegados extranjeros en el Kremlin, Lenin les dijo: "No sólo en Rusia, sino también en los países capitalistas más avanzados de Europa, como por ejemplo Alemania, la guerra civil se ha convertido en una realidad... La revolución ha comenzado y gana fuerzas en todos los países... El sistema soviético no sólo ha vencido en la Rusia atrasada, sino incluso en Alemania, el país más desarrollado de Europa y también en Inglaterra, el país capitalista más antiguo".[4] Lenin no se entregaba a esta ilusión en menor medida que Trotsky, aunque la afición de Trotsky a hacer predicciones sobrecogedoras hizo que el error pareciera más egregio aún.

Cabe dudar que Lenin y Trotsky hubiesen fundado la Internacional en esta etapa si hubiesen tenido una percepción más clara de la situación en Europa. Habrían continuado, en todo caso, defendiendo la idea de la nueva Internacional, como lo habían hecho desde 1914; pero entre proponer una idea e imaginarse que ésta se ha convertido en realidad, hay un largo trecho. En el período de Zimmerwald y Kienthal, tanto Trotsky como Lenin habían contemplado la nueva Internacional no como un organismo que representara una minoría revolucionaria y compitiera con la antigua Internacional "social-patriota", sino como una organización que encabezara a la mayoría de los obreros y reemplazara a la antigua Internacional. Trotsky había sostenido explícitamente que si los marxistas revolucionarios quedaban en minoría, tal vez tendrían que regresar a la antigua Internacional y actuar como su ala izquierda.[5] Nada había estado más lejos de sus pensamientos o de los de Lenin que la intención de darle a una agru-

[4] Lenin, *Obras*, vol. XXVIII, pp. 433-434.
[5] Véase la p. 222 del presente libro.

pación de pequeñas sectas políticas la altisonante denominación de la Internacional.

Y, sin embargo, eso fue lo que hicieron en marzo de 1919. La mayoría de los delegados que se constituyeron en fundadores de la Comintern representaban pequeñas sectas marxistas o pacifistas anidadas en los rincones y las rendijas de los movimientos obreros europeos. Esto no habría tenido importancia en una situación verdaderamente revolucionaria, pues, en tal situación, la "secta" extremista por regla general asciende rápidamente a las posiciones de influencia y de mando. Los bolcheviques no estaban del todo conscientes de la debilidad de sus correligionarios extranjeros, pero aun si lo hubieran estado habrían abrigado todavía la esperanza de que, con el avance de la revolución internacional, esos correligionarios ganarían fuerzas de la misma manera que las habían ganado los bolcheviques, que a principios de 1917 habían sido ellos mismos poco más que una "secta". La esperanza parecía tanto más justificada cuanto que la Segunda Internacional había sufrido tal desprestigio que parecía estar muerta sin posibilidad de resurrección. Sin embargo, la generalizada oposición de los trabajadores a la antigua Internacional no se derivaba de ninguna actitud revolucionaria positiva, sino de una repugnancia a la guerra y al social-patriotismo. Los bolcheviques, naturalmente, confundieron los móviles. Aun así, sus esperanzas no eran del todo infundadas: al cabo de un año la nueva Internacional conquistó, en efecto, una base formidable en el movimiento obrero europeo.

Trotsky sólo hizo una breve aparición en el congreso constituyente. La ofensiva de primavera de Kolchak acababa de iniciarse y Trotsky, interrumpiendo una jira de inspección de los campos de batalla, se trasladó a la sala de conferencias directamente desde su tren, en uniforme y trayendo consigo un hálito de la guerra civil. Los delegados que lo habían conocido como el portavoz del movimiento de Zimmerwald, vieron con excitada curiosidad al apasionado antimilitarista transfigurado en el jefe de un ejército.[6] Trotsky ofreció a la conferencia una apresurada explicación de los lineamientos principales de su política militar y a continuación sometió un manifiesto que había escrito para presentar la nueva Internacional ante el mundo. El manifiesto comenzaba con un rápido e incisivo examen de los cambios que el capitalismo había sufrido recientemente. La guerra había producido el ocaso del *laissez faire*. El Estado tendía ahora a dominar la vida económica. ¿Cuál Estado habría de dominarla en definitiva, el burgués, o el proletario? Esa era la cuestión. Los reformistas y los social-patriotas eludían el problema y predicaban la conciliación. "Si estas prédicas encontraran aceptación entre las clases trabajadoras, el desarrollo capitalista en nuevas formas, mucho más concentradas y monstruosas, sería restaurado sobre los huesos de varias generaciones, con la inevitable perspectiva de una nueva guerra mundial. Afortunadamente para

[6] Arthur Ransome, *Six Weeks in Russia*, p. 143.

la humanidad, esto es imposible".[7] El socialismo, si triunfaba en Europa, liberaría también a las naciones coloniales y las ayudaría con su tecnología, organización e influencia espiritual para acelerar su transición a una economía socialista organizada. "¡Esclavos coloniales de Africa y Asia! La hora de la dictadura proletaria en Europa sonará para vosotros como la hora de vuestra propia emancipación". El manifiesto difería principalmente de las enunciaciones anteriores de política marxista en el énfasis que ponía en la dictadura proletaria, en el papel de un partido revolucionario y en su agresiva oposición a la democracia burguesa. Pero si éstas eran diferencias de énfasis más bien que de principio, la idea de una alianza entre la revolución socialista en el Occidente y los pueblos coloniales del Oriente era del todo nueva: era el sello de fábrica de la Tercera Internacional. Con todo, el manifiesto iba dirigido primordialmente a Europa:

> Todo el mundo burgués acusa a los comunistas de la destrucción de la libertad y la democracia política. La acusación es falsa. Al asumir el poder, el proletariado sólo descubre la total imposibilidad de aplicar... la democracia burguesa, y crea las condiciones y las formas de una nueva y superior democracia obrera... Los aullidos del mundo burgués contra la guerra civil y el Terror Rojo constituyen la más prodigiosa hipocresía conocida en la historia... No habría habido ninguna guerra civil si las camarillas de explotadores, que llevaron a la humanidad al borde de la perdición, no hubiesen opuesto resistencia a cada paso de avance dado por los trabajadores, si no hubiesen organizado conspiraciones y asesinatos y pedido ayuda armada al extranjero... Sin provocar jamás artificialmente la guerra civil, los Partidos Comunistas se esfuerzan por acortar hasta donde sea posible la duración de tal guerra..., por disminuir el número de sus víctimas y, sobre todo, por asegurarle la victoria a la clase obrera.

Lejos de formar un grupo de conspiradores o de renunciar al patrimonio del socialismo europeo, la Internacional se enorgullecía de heredar "los heroicos esfuerzos y el martirio de una larga sucesión de generaciones revolucionarias que van desde Babeuf hasta Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo".[8]

No había transcurrido un mes después de la publicación de este manifiesto cuando la revolución ganó importantes puntos de apoyo en Europa central: Hungría y Baviera fueron proclamadas repúblicas soviéticas. Las esperanzas bolcheviques se elevaron: desde Munich y Budapest la revolución se extendería seguramente a Berlín y Viena. Trotsky recibió las noticias mientras preparaba una ofensiva al pie de los Urales; y allí, en el

[7] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XIII, pp. 38-49.
[8] *Ibid.*

umbral del Asia, saludó la promesa de salvación para la revolución que venía del Occidente. En "Reflexiones sobre el Curso de la Revolución Proletaria", escritas bajo la reciente impresión producida por aquellos acontecimientos, comentó: "Antaño la Iglesia solía decir: *Ex Oriente Lux*... En nuestra época, en efecto, la revolución ha comenzado en el Oriente"; pero "la revolución que estamos viviendo es una revolución proletaria, y el proletariado es más fuerte, más organizado y más esclarecido en los viejos países capitalistas". No obstante, tuvo un presentimiento sobre el extraño desarrollo de los acontecimientos. Hungría había sido la nación más atrasada del Imperio austrohúngaro. Baviera era la provincia más retrógrada de Alemania. En ambos países predominaban los campesinos, no los obreros; y ambos habían sido considerados tradicionalmente como baluartes de la reacción. ¿Por qué arraigaba allí la revolución y no en los centros del socialismo proletario?

Trotsky se respondió a sí mismo diciendo que, aunque el proletariado era débil en los países atrasados, las clases gobernantes eran más débiles aún: "La historia ha seguido la línea de menor resistencia. La época revolucionaria ha hecho su entrada por las puertas menos fortificadas". La sugestiva metáfora sugería más de lo que Trotsky tenía en mente. Este no tenía dudas de que la revolución avanzaría hacia el corazón de la fortaleza: "Hoy Moscú es el centro de la Tercera Internacional. Mañana —tal es nuestra profunda convicción— el centro se desplazará hacia el Occidente, hacia Berlín, París, Londres. El proletariado ruso ha acogido con júbilo a los emisarios de las clases trabajadoras del mundo entre los muros del Kremlin. Con mayor júbilo aún enviará a sus propios emisarios al segundo Congreso de la Internacional Comunista en una de las capitales de Europa occidental. Un Congreso internacional en Berlín o en París significará el triunfo completo de la revolución proletaria en Europa y, consecuentemente, en todo el mundo... ¡Qué dicha es vivir y luchar en tales tiempos!"[9]

Apenas tres meses después, el viento había barrido las grandes perspectivas y esperanzas. La Baviera soviética sucumbió a las tropas del general Hoffmann, el adversario de Trotsky en Brest. El Terror Blanco se desató sobre las ruinas de la Hungría soviética. Los obreros de Berlín y Viena vieron con apatía la represión de las dos Comunas. Alemania y Austria, y toda Europa en verdad, parecían ir encontrando un nuevo equilibrio conservador bajo la recién firmada Paz de Versalles. Estos acontecimientos coincidieron con el peor período de la guerra civil: la intervención británica y francesa llegó a su punto culminante, y Denikin se apoderó de Ucrania y avanzó sobre Moscú.

Este fue un extraño momento en la historia del bolchevismo. No sólo la intervención antisoviética ganó ímpetu sin encontrar momentáneamente

[9] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XIII, pp. 14-30.

oposición de parte de las clases obreras occidentales. No sólo había perdido la revolución sus puntos de apoyo en Europa central, sino que aun en Rusia se encontraba en gravísimo peligro de perder las provincias centrales y occidentales relativamente ricas y civilizadas y tener que replegarse a las estepas orientales, pues sólo allí el desarrollo de la guerra favorecía al Ejército Rojo. Pero mientras la fortuna les volvía la espalda a los bolcheviques desde el Occidente, los halagaba con nuevas posibilidades en el Oriente. No sólo las agrestes cordilleras de los Urales ofrecían hospitalidad y seguridad a los Soviets, sino que más allá de los Urales y de Siberia, Asia se alzaba en rebelión contra el Occidente burgués. En la India aquéllos fueron los días de Amritsar, cuando la campaña de desobediencia civil de Gandhi casi llegó a transformarse en un levantamiento antibritánico en escala nacional. Esta concatenación de acontecimientos encendió la imaginación política de Trotsky y la impulsó en una curiosa dirección.

El 5 de agosto de 1919, Trotsky envió desde el frente un memorándum secreto al Comité Central, abogando por una "reorientación" radical en el plano internacional. Argumentaba que la revolución había sido rechazada hacia el Oriente... y al Oriente debía volver su mirada. Aún suponía que la demora de la revolución europea duraría sólo de uno a cinco años, y no creía que Denikin pudiera consolidar sus ganancias en Ucrania. Sin embargo, por el momento, escribió, el Ejército Rojo sólo podía desempeñar un papel secundario en Europa, ya fuera como fuerza ofensiva o defensiva. ¡Pero las puertas del Asia estaban abiertas frente a él! Allí el Ejército Rojo sólo tendría que enfrentarse con fuerzas japonesas que eran demasiado pequeñas para los espacios siberianos y se verían inhibidas por la celosa actitud norteamericana frente a la expansión japonesa.[10] El peso del régimen soviético en el Asia era tal que los bolcheviques estaban en posición no sólo de aguardar allí nuevos acontecimientos en Europa, sino de emprender una intensa actividad en el Oriente.

En tono de desilusión con la Internacional recientemente formada, Trotsky sugirió que un organismo que dirigiera la revolución en el Asia sería en poco tiempo mucho más importante que el Ejecutivo de la Comintern. El camino hacia la India podría resultar mucho más corto y fácil para el Ejército Rojo que el camino hacia la Hungría soviética. Un "militar serio" le había sugerido un plan para la formación de un cuerpo expedicionario de caballería para ser utilizado en la India. Trotsky repitió que el camino de la revolución hacia París y Londres podría pasar por Kabul, Calcuta y Bombay. Con la mayor urgencia hizo las siguientes proposicio-

[10] Trotsky comentó que los Estados Unidos se sentían tan temerosos de la dominación japonesa en Siberia que los "miserables de Washington" (aunque todavía usaban a Kolchak como su agente) podrían decidirse sin embargo a apoyar a los Soviets contra el Japón. Algún tiempo después, Lenin puso esperanzas, de manera similar, en la rivalidad entre los EE.UU. y el Japón. Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXI, pp. 433-440.

nes: debería crearse una base industrial en los Urales para independizar a los Soviets de la cuenca del Donetz, estratégicamente vulnerable; debería instituirse una academia revolucionaria en los Urales o en Turquestán; deberían organizarse órganos políticos y militares para dirigir la lucha en el Asia; y deberían movilizarse para este trabajo técnicos, planificadores, lingüistas y otros especialistas, particularmente comunistas ucranianos que, habiendo perdido a Ucrania, deberían ayudar ahora a la revolución a establecerse en Siberia.[11]

Esas proposiciones tenían poco que ver con lo que podía y debía hacerse para impedir un desastre militar. Junto con este memorándum, Trotsky remitió otros dos mensajes con proposiciones detalladas para la reorganización del frente del sur. Cabe suponer que el Politburó prestó mayor atención inmediata a estos dos mensajes que a la sugerida "reorientación asiática",[12] que por otra parte tampoco estaba muy arraigada en la mente del propio Trotsky. Se trataba más bien de un impetuoso reflejo de su cerebro en respuesta a un excepcional conjunto de circunstancias; y el reflejo iba en dirección contraria al rumbo principal, europeo, de su pensamiento. Sin embargo, es ilustrativo como indicador del futuro. En forma más atenuada, las circunstancias que dieron origen a esas proposiciones —el alejamiento de Rusia respecto del Occidente y el estancamiento de la revolución en Europa— persistirían después del fin de la intervención y la guerra civil, y la reacción que ellas suscitarían seguiría en términos generales los lineamientos sugeridos por Trotsky. Los centros del poder soviético se desplazarían hacia el este, a los Urales y más allá. Sólo que Stalin, y no Trotsky, habría de ser el principal agente y ejecutor de este gran desplazamiento, que no podía dejar de acarrear una "orientalización" del clima mental y político de la revolución, orientalización a la que Trotsky no era asimilable. El camino de la revolución a Pekín y Shangai, si no a Calcuta y Bombay, habría de resultar más corto que el camino a París y Londres, y ciertamente más fácil que el de Berlín e incluso el de Budapest. Es un tributo a la fecundidad de la mente de Trotsky el que ésta, en un solo atisbo marginal, abriera un panorama del futuro que sobrepasó con mucho la comprensión de la mayoría de los contemporáneos.

Antes de que terminara 1919, los bolcheviques se volvieron esperanzados una vez más hacia el Occidente. Ucrania y las provincias del sur de la Rusia europea estaban nuevamente en sus manos. Los ejércitos blancos aguardaban el golpe de gracia. La oposición del movimiento obrero de Europa occidental entorpecía seriamente por fin la intervención británica

[11] *The Trotsky Archives.*

[12] La influencia de las ideas de Trotsky puede rastrearse, por supuesto, en los trabajos del segundo Congreso de la Comintern y en el Congreso de los Pueblos Orientales que tuvo lugar en Bakú un año más tarde.

y francesa. Sólo las relaciones con Polonia estaban en suspenso. Francia azuzaba a Polonia para que sirviera como punta de lanza de la cruzada antisoviética. Pero Pilsudski, que ya gobernaba a Polonia aunque todavía no como dictador, adoptó una actitud ambigua. Acariciaba la ambición de conquistar a Ucrania, donde la aristocracia terrateniente polaca había poseído vastos dominios, y de establecer una federación polaco-ucraniana bajo la égida de Polonia. Pero se abstuvo de entrar en acción mientras las fuerzas bolcheviques luchaban contra las Guardias Blancas, porque sabía que la victoria de Denikin o de Yudénich significaría el fin de la independencia de Polonia. Sin enterar a los franceses, que estaban armando y equipando su ejército, negoció un cese el fuego informal con los bolcheviques. Por un momento pareció que el cese el fuego conduciría a un armisticio y a la paz. En noviembre de 1919, el Politburó deliberó sobre los términos de un arreglo propuesto por los polacos. Los encontró aceptables y comisionó a Trotsky y Chicherin para que elaboraran los detalles.[13]

Tan confiados estaban los dirigentes bolcheviques en la inminencia de la paz, que pusieron en pie de paz a sus ejércitos que no estaban empeñados en combate y los transformaron en ejércitos de trabajo. El 16 de enero de 1920, la Entente levantó el bloqueo contra Rusia e inmediatamente después el Ejecutivo Central de los Soviets decretó las reformas antes mencionadas: la abolición de la pena de muerte y la limitación de los poderes de la *Cheka*. Unos cuantos días más tarde, sin embargo, el 22 de enero, Trotsky expresó ante el Politburó su temor de que Pilsudski se estuviera preparando para la guerra.[14] Con el estímulo de Lenin, procedió a reforzar los ejércitos rojos en el frente polaco.[15]

A principios de marzo los polacos atacaron. Desde los Urales, donde había estado inspeccionando los ejércitos de trabajo, Trotsky se trasladó apresuradamente a Moscú. Las reformas de paz fueron suspendidas o anuladas. El país se puso una vez más en pie de guerra.

En vista de lo que sucedió posteriormente, debe subrayarse que en esta coyuntura Trotsky se manifestó en favor de una política de mano dura con Polonia. Durante muchos meses Chicherin le había hecho, en vano, ofertas de paz a Varsovia, insistiendo en un arreglo de las disputas fronterizas sumamente favorable para Polonia. Pilsudski hizo caso omiso de las ofertas y no las puso en conocimiento de la opinión pública polaca. Chicherin continuó haciendo proposiciones conciliatorias aun después del comienzo de la ofensiva polaca. Su política, sin embargo, suscitó oposición en el seno del Comisariado de Relaciones Exteriores, especialmente de parte de Litvínov, el vice-Comisario. Trotsky intervino y apoyó firmemente a Litvínov. Instó al Politburó a que pusiera fin a las proposiciones.

[13] Véanse los extractos de las actas del Politburó, sesión del 14 de noviembre de 1919, en *The Trotsky Archives*.
[14] Mensajes de Trotsky a Zinóviev, Lenin y Krestinsky en *The Trotsky Archives*.
[15] Mensajes de la segunda mitad de febrero en *The Trotsky Archives*.

Pilsudski no veía en ellas más que señales de debilidad soviética; y, como habían sido hechas en secreto, no podían movilizar a la opinión pública polaca en favor de la paz. Trotsky exigió un retorno a la diplomacia abierta que le permitiría al pueblo polaco enterarse de quién era el responsable del comienzo de las hostilidades. Pilsudski resolvió esta controversia cuando poco después encontró un pretexto para cancelar las negociaciones, invadió Ucrania y se apoderó de Kíev. El 1o. de mayo de 1920, Trotsky exhortó al Ejército Rojo a asestarle al invasor un golpe "que resonara en las calles de Varsovia y en el mundo entero".

La invasión polaca conmovió profundamente a Rusia. Por primera vez los bolcheviques llamaron al pueblo a luchar en una guerra nacional, no civil. Para ellos, es cierto, ésta era una lucha contra "los terratenientes y capitalistas polacos", una guerra civil disfrazada de guerra nacional. Pero, cualesquiera que fueran sus motivos, el conflicto desencadenó los instintos patrióticos y las emociones chovinistas en un grado que los bolcheviques no podían controlar. Para los elementos conservadores en Rusia, ésta era una guerra contra un enemigo hereditario, con cuyo resurgimiento como nación independiente ellos no podían reconciliarse: una guerra verdaderamente rusa, aun cuando fuera librada por internacionalistas bolcheviques. Para los ortodoxos griegos, ésta era una lucha contra un pueblo incorregible en su lealtad al catolicismo romano, una cruzada cristiana aun cuando estuviera dirigida por comunistas ateos. Algunos de esos elementos conservadores habían simpatizado, en el fondo, con las Guardias Blancas. Pero ahora que las Guardias Blancas habían sucumbido, andaban en busca de un pretexto que les permitiera pasarse a los Soviets sin pérdida de prestigio patriótico y religioso. La invasión polaca les brindó el pretexto. El general Brusílov, Comandante en Jefe bajo el antiguo régimen, encabezó el movimiento de conversión. Se puso a las órdenes de Trotsky y llamó a todos los buenos rusos a seguir su ejemplo. Así, además de su contenido revolucionario expreso, la guerra adquirió sus implicaciones nacionalistas. Las tropas de Pilsudski contribuyeron en buena medida a exacerbar el sentimiento antipolaco. Su comportamiento en la Ucrania ocupada fue despótico: empezaron a establecer a los terratenientes polacos en sus antiguos dominios y celebraron sus victorias fusilando a los prisioneros de guerra y haciendo pogromos.

Para los bolcheviques, el verse arrastrados por una oleada de unidad nacional fue una experiencia nueva y embarazosa. Trotsky se esforzó por recalcar la actitud internacionalista del Partido. Acogió la demostración de solidaridad de Brusílov con el Ejército Rojo, pero repudió el tono chovinista y anticatólico de éste.[16] Cuando corrió el rumor de que Brusílov encabezaría a los ejércitos rojos contra los polacos, Trotsky lo negó y subrayó que el frente polaco estaba bajo el mando de Tujachevsky y Yegórov,

[16] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, pp. 407-408.

cuya lealtad a la idea internacionalista de la revolución había sido probada en la guerra civil. En pleno clímax de las hostilidades, ordenó públicamente la clausura de *Voénnoe Delo* (*Asuntos Militares*), la revista del Estado Mayor, porque en un artículo sobre Pilsudski había usado un lenguaje "insultante para la dignidad nacional del pueblo polaco". Ordenó también una investigación del asunto, de modo que "a los culpables no se les encomendara nunca más ningún trabajo que les permitiera influir en la mentalidad del Ejército Rojo".[17] (El incidente ha quedado como una noble curiosidad en una época en que, durante la guerra, los estadistas y hombres de letras "civilizados" califican sin escrúpulos el carácter nacional de un enemigo como propio de los hunos, bestial o infrahumano.) En sus visitas al frente, frenó la colérica pasión suscitada en el ejército por las noticias sobre los fusilamientos de prisioneros de guerra. Ni siquiera un enemigo debía ser calumniado, sostuvo en las asambleas de los soldados del frente. Prohibió enfáticamente las represalias contra los prisioneros polacos: "Córtesele la mano a cualquier soldado del Ejército Rojo que levante su cuchillo contra un prisionero de guerra, contra los desarmados, los enfermos y los heridos", escribió en una orden del día. Inexorable en el combate, el soldado rojo debía mostrar magnanimidad frente al enemigo cautivo e inerme.[18]

La victoria de Pilsudski en Ucrania duró poco. Unas cuantas semanas de ocupación polaca fueron suficientes para hacer levantarse al campesinado ucraniano contra los invasores. Los ejércitos de Tujachevsky en el sector norte del frente y los de Yegórov en el sector sur fueron reforzados por divisiones sacadas de las fuerzas que combatían contra Denikin y Kolchak. El Ejército Rojo, aunque deficientemente equipado, estaba entonces en su momento de mayor poderío: antes del término de la campaña tenía cinco millones de hombres sobre las armas. El 12 de junio los bolcheviques recapturaron a Kiev, y poco después las tropas de Pilsudski se retiraron presas del pánico hacia las fronteras de la Polonia etnográfica.

En ese momento, importantes cuestiones políticas intervinieron para complicar la dirección de la guerra. Algunas de esas cuestiones tenían que ver con las relaciones de Rusia con la Gran Bretaña; otras se referían a la actitud de Rusia frente a Polonia; y los dos grupos de problemas se entrelazaban en algunos puntos.

La oposición del movimiento obrero británico a la intervención y la derrota de las Guardias Blancas había debilitado al bando intervencionista, encabezado por Winston Churchill. El gobierno se dividió, con la circunstancia de que el Primer Ministro (Lloyd George) se inclinaba a retirarse de la intervención y a reanudar el comercio con Rusia. A fines de mayo de 1920 una misión comercial soviética, encabezada por Krasin, salió de Moscú hacia Londres. Mientras tanto, sin embargo, el bando intervencio-

[17] *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. II, libro 2. p. 153.
[18] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), Vol. XVII, libro 2, pp. 403-405.

nista se vio fortalecido momentáneamente por las victorias de Pilsudski. El Politburó estaba bajo la impresión de que el gobierno británico, al igual que el francés, apoyaba de todo corazón a Pilsudski. El Comisariado de Relaciones Exteriores y la Comintern trataron de responder golpeando las posiciones británicas en el Asia, especialmente en Persia y Afganistán, tal como lo había sugerido Trotsky el año anterior. Pero la política oficial británica no tardó en oscilar nuevamente: la oposición del movimiento obrero a la intervención se había intensificado, y la derrota de los polacos por el Ejército Rojo había revelado de todos modos la futilidad de la intervención. El 11 de julio, Lord Curzon, Ministro de Relaciones Exteriores británico, ofreció la mediación de su gobierno entre los Soviets y Polonia y también entre los Soviets y lo que quedaba del ejército de Denikin que, bajo el mando del barón Wrangel, se había atrincherado en Crimea.

Durante junio y julio el Politburó y el Comisariado de Relaciones Exteriores trataron de descifrar la tendencia de la política británica. Trotsky intervino repetidamente en el debate y se encontró en oposición a la opinión de la mayoría. Una vívida relación de esta controversia se encuentra en los mensajes confidenciales de Trotsky a Chicherin, Lenin y otros miembros del Politburó, y en las lacónicas observaciones de Lenin, escritas de su puño y letra, que figuran en los *Trotsky Archives* de Harvard. En un memorándum fechado el 4 de junio, Trotsky pidió con insistencia que se adoptara una actitud conciliadora frente a la Gran Bretaña. Argumentaba que la política británica no seguía en modo alguno una sola línea aferrada a la intervención, y que a los Soviets les convenía mantenerla en fluctuación. Los intentos soviéticos de fomentar rebeliones antibritánicas en el Cercano Oriente, y más aún una expedición soviética en aquella zona, tenderían a consolidar la política británica en una extrema hostilidad frente a los Soviets. En agosto del año anterior, él mismo había puesto grandes esperanzas en los movimientos revolucionarios del Asia; pero ahora, a la luz de informaciones recientes, sostuvo que en el Cercano Oriente, en todo caso, esos movimientos carecían de fuerza inherente.[19] Los bolcheviques debían fomentar la propaganda revolucionaria y la organización clandestina, pero al mismo tiempo evitar cualesquiera acciones que pudieran comprometerlos en obligaciones militares arriesgadas. A lo sumo podían usar la amenaza de la revolución en el Cercano Oriente como un instrumento de regateo en los tratos diplomáticos con la Gran Bretaña. Pero debían aprovechar toda oportunidad para hacer ver a los británicos su deseo de llegar a un acuerdo sobre el Oriente.

Lenin comentó con cierta ironía al margen de este documento, que Trotsky, al igual que Krasin, estaba equivocado en lo tocante a la política

[19] Trotsky añadió que aun en el Azerbaiján soviético, en el Cáucaso, que tenía una clase obrera industrial numerosa y viejos vínculos con Rusia, el régimen soviético no se sostenía sobre sus propios pies.

británica: la línea de ésta estaba firmemente establecida, y era "absolutamente claro" que Inglaterra ayudaba y seguiría ayudando tanto a los polacos como a Wrangel.[20]

En julio, después de la oferta de mediación de Lord Curzon, el problema fue sometido una vez más a discusión. Lenin le comunicó la oferta a Trotsky, que se encontraba en el frente. El mismo día, 13 de julio, Trotsky contestó en dos mensajes, instando al Politburó y a Chicherin a aceptar la mediación británica entre Rusia y Polonia, proponiéndose como meta un armisticio que tuviera como resultado la paz tanto con la Entente como con Polonia.[21] Nuevamente aconsejó al Politburó que le prestara una atención más cuidadosa a las tendencias divergentes en la opinión pública y la política británicas.[22]

El Politburó rechazó las proposiciones de Trotsky y, por supuesto, la oferta británica. Curiosamente, le pidió a Trotsky que se encargara de comunicar el rechazo a Lord Curzon. Y él, movido por el principio de la solidaridad gubernamental, así lo hizo. En un manifiesto chispeante y sarcástico, en el que nadie podía adivinar ni siquiera remotamente sus reservas mentales, explicó que el gobierno británico, con su historial intervencionista, representaba una parte en el conflicto y no podía aspirar a actuar como conciliador imparcial.[23]

Esta diferencia, después de todo, sólo se refería a tácticas diplomáticas. Pero estaba relacionada con otra controversia fundamental. Al rechazar la proposición de Curzon, Lenin exigió "una furiosa aceleración de la ofensiva contra Polonia". A esto también se opuso Trotsky. El Ejército Rojo ya había reconquistado todos los territorios ucranianos y bielorrusos y ocupaba aproximadamente una línea que Lord Curzon, cuando aún contaba con la victoria de Denikin, había propuesto como frontera entre Rusia y Polonia. Trotsky se proponía detener al Ejército Rojo en esa línea y hacer una oferta de paz pública. Lenin y la mayoría del Politburó estaban empeñados en continuar la persecución de los polacos hasta Varsovia y más allá.

Una vez más la interacción de la política y la estrategia dominó la disputa. La proposición de Trotsky encerraba un riesgo militar. No era probable que Pilsudski aceptara la "línea Curzon" como frontera, y podía utilizar el respiro de un armisticio para preparar un desquite. Trotsky estaba dispuesto a correr ese riesgo. Su opinión se fundaba en las ventajas políticas y morales de la línea de acción que propugnaba y en los peligros que encerraba la política de Lenin. Sostenía que una oferta de paz pú-

[20] Una resolución del Politburó, fechada también el 4 de junio, revela que el Politburó creía que Pilsudski obraba en colusión con el gobierno alemán también.

[21] Trotsky, sin embargo, se oponía a cualquier mediación en el conflicto entre los Soviets y Wrangel, que era un asunto interno de Rusia.

[22] *Inter alia* Trotsky pidió que se consultara a Theodore Rothstein, el eminente marxista ruso-británico, acerca del estado de la opinión pública británica.

[23] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, pp. 426 sigs.

blica y clara, que hiciera evidente que los Soviets no abrigaban designios contra la independencia de Polonia ni ambicionaban ningún territorio verdaderamente polaco, impresionaría favorablemente al pueblo polaco. Si Pilsudski aceptaba la oferta, santo y bueno. Si la rechazaba, el pueblo polaco y el mundo sabrían a quién culpar por la continuación de la guerra. Trotsky argumentó que el avance del Ejército Rojo hacia Varsovia, sin una oferta de paz preliminar, destruiría el prestigio de la Revolución Rusa ante el pueblo polaco y le haría el juego a Pilsudski. Durante casi siglo y medio, la mayor parte de Polonia había sido subyugada por los zares. Hacía menos de dos años que los polacos habían recobrado la independencia, solemnemente garantizada por la Revolución Rusa. Un ejército ruso invadiendo el suelo polaco, aun cuando fuera por provocación de Pilsudski y aun cuando marchara bajo la Bandera Roja, les parecería a los polacos el sucesor directo de aquellos ejércitos zaristas que los habían mantenido a ellos, a sus padres y a sus abuelos en el cautiverio. Los polacos defenderían entonces su suelo natal con uñas y dientes.[24]

Lenin no compartía esos escrúpulos y aprensiones. Era Pilsudski quien había desempeñado, premeditada y conspicuamente, el papel del agresor, mientras que Lenin había hecho todo lo posible por evitar la guerra. Ahora, cuando las vicisitudes de la lucha favorecían al Ejército Rojo, éste tenía, en opinión de Lenin, el derecho y el deber de cosechar los frutos de la victoria: ningún ejército victorioso y con un mando eficiente se detiene a mitad del camino en la persecución de un enemigo derrotado casi totalmente; y ningún principio moral, político o estratégico le prohibe a un ejército que invada el territorio del agresor mientras va persiguiéndolo.

Pero eso no era todo. Lenin creía que los obreros y campesinos de Polonia acogerían a los invasores como sus libertadores. Todos los dirigentes bolcheviques, incluido Trotsky, sólo tenían una vaga idea de las realidades de la situación: como resultado del bloqueo, habían perdido contacto con Polonia tan completamente como si ese país se hubiese hallado a millares de kilómetros de distancia. Sabían que había habido Soviets en Polonia, en los cuales los comunistas habían ejercido una gran influencia; y creían que esos Soviets aún existían. Su información tenía más de un año de atraso. Mientras tanto, en Polonia, al igual que en el resto de Europa central, la marea había descendido: Pilsudski había disuelto los Soviets y reprimido rigurosamente al Partido Comunista.[25] Un grupo de socialistas polacos eminentes, que se habían unido a los bolcheviques, vivían en Moscú; y el Politburó se volvió hacia ellos en solicitud de consejo. Los polacos

[24] Los sentimientos de las pequeñas naciones bálticas eran similares. Durante todo el año Trotsky instó al Politburó a que firmara la paz con todas ellas. Esto se hizo. (*The Trotsky Archives.*)

[25] En 1920, el propio Trotsky todavía hablaba sobre la importancia de los Soviets polacos, suponiendo que aún existían. Véanse sus *Obras* (ed. rusa), vol. XV, p. 301.

estaban extrañamente divididos: Rádek, Marjlevsky y (según parece) Dzerzhinsky, que habían pertenecido al ala internacionalista del socialismo polaco y no habían creído en la resurrección de Polonia como Estado nacional, le advirtieron entonces al Politburó que la invasión del Ejército Rojo sería frustrada por un poderoso auge del sentimiento patriótico polaco. Fue en parte debido a esta advertencia que Trotsky adoptó su actitud. A Lenin parece haberlo impresionado más un informe de Lapinsky, quien procedía del ala más patriótica del socialismo polaco y exageraba grandemente la fuerza del comunismo polaco. Arrastrado por el optimismo y creyendo que el avance del Ejército Rojo sería una señal para el estallido de la revolución en Polonia, Lenin se ganó al Politburó. Aun Stalin, que había descartado con actitud realista la idea de una marcha sobre Varsovia, cambió de opinión; y Trotsky quedó solo en la oposición.

Lenin apuntaba más alto. Polonia era el puente entre Rusia y Alemania, y a través de él Lenin esperaba establecer contacto con Alemania. Se imaginaba que en ésta, también, existía un intenso fermento revolucionario. La ilusión no era del todo infundada. En marzo de 1920 un sector del ejército alemán llevó a cabo un golpe de estado en Berlín, con la intención de aplastar al régimen parlamentario y establecer una dictadura militar. En un término de dos días, el golpe, llamado el *Putsch* de Kapp, fue desbaratado por una huelga general de los obreros alemanes. Esta fue una señal significativa de la fuerza del movimiento obrero alemán. La iniciativa de la huelga había provenido de los sindicatos, no de los comunistas; pero poco después el comunismo alemán empezó a ganar terreno vigorosamente, aunque todavía no lograba arrastrar al grueso de la clase obrera. El hecho es que Lenin concibió la idea de que la aparición del Ejército Rojo en la frontera de Alemania podría estimular e intensificar el proceso revolucionario. Se propuso "hurgar a Europa con la bayoneta del Ejército Rojo". En una sesión del Consejo de Guerra Revolucionario, que tuvo lugar durante el clímax de la ofensiva, le pasó a Sklansky una nota que decía: "Varsovia debe ser tomada dentro de tres a cinco días, cueste lo que cueste". Inquirió con insistencia si el Ejército Rojo, que ya había entrado en el "corredor" de Pomerania, podía cortar ese corredor para vedar el acceso de los polacos a Danzig. Danzig era el puerto por el cual Polonia recibía municiones del Occidente; pero también era un punto de contacto con Alemania.[26]

Pese a sus presentimientos de un desastre, Trotsky acató la decisión de la mayoría. Permaneció en su puesto, dictó las órdenes de avance y siguió desempeñando sus funciones rutinarias. Sólo sus visitas al frente parecen haber cesado entonces. Mientras las ofensivas progresaban, se nombró un Consejo de Guerra Revolucionario de Polonia, que era virtualmente un Gobierno Provisional, encabezado por aquellos bolcheviques polacos que se

[26] La nota figura en *The Trotsky Archives.*

habían opuesto a la empresa. Mientras más avanzaba el Ejército Rojo, más aprensivos se hacían los informes del Consejo a Moscú. Los obreros y campesinos polacos recibían a los invasores como conquistadores, no como libertadores. Pero ahora el Ejército Rojo era impulsado irremediablemente hacia adelante por su propio ímpetu, extendiendo sus líneas de comunicaciones y agotándose. También se creó una peligrosa brecha entre los ejércitos del norte, que, bajo el mando de Tujachevsky, se aproximaban a Varsovia, y los del sur, que, bajo Yegórov y Budiony, habían virado hacia el sudoeste en dirección de Lvov. El comisario político en jefe de los ejércitos del sur, nombrado a insistencia de Trotsky,[27] era Stalin, quien ansiaba emular a Tujachevsky y tomar a Lvov como su premio mientras Tujachevsky entraba en Varsovia. Sobre esa brecha habría de lanzarse Pilsudski dentro de poco para golpear el flanco y la retaguardia de Tujachevsky. La brecha preocupó a Lenin durante un momento;[28] y el Estado Mayor comenzó, un tanto tardíamente, a instar a los comandantes de los ejércitos del sur a que la cerraran. Pero el Ejército Rojo seguía avanzando, y Moscú era todo optimismo.

En esa fase de la campaña, desde mediados de julio hasta el 7 de agosto, el segundo Congreso de la Internacional Comunista sesionó en Petrogrado y Moscú. Durante el año anterior los movimientos obreros europeos se habían vuelto hacia la Internacional: jefes de grandes y viejos partidos socialistas ahora tocaban casi humildemente a sus puertas. El Congreso discutió los requisitos de afiliación, los famosos "21 Puntos" formulados por Lenin y Zinóviev, las tareas de los Partidos Comunistas, el destino de las naciones coloniales, etc. Pero los debates fueron dominados por la emocionante espera del desenlace militar en Polonia, que le daría un nuevo y poderoso impulso a la revolución europea. Frente a un gran mapa de guerra, Lenin ofrecía diariamente a los delegados extranjeros sus comentarios optimistas sobre el avance de Tujachevsky.

Al comenzar el Congreso, Trotsky hizo una breve aparición para respaldar los "21 Puntos" en el debate. Regresó justamente antes de la clausura del Congreso —el Ejército Rojo se encontraba entonces a las puertas de Varsovia— para presentar el Manifiesto que había escrito en nombre de la Internacional. Los delegados lo saludaron con una ovación estruendosa. En un *crescendo* de frases e imágenes resonantes hizo la reseña del panorama internacional durante el primer año de la Paz de Versalles. Denunció airadamente la "Babilonia" del capitalismo decadente y le arrancó su "máscara de democracia". "La democracia parlamentaria alemana", declaró, "no es sino un vacío entre dos dictaduras".[29] Los delegados lo escucharon con el ánimo en suspenso, y la magia de sus palabras e imá-

[27] Mensaje de Trotsky al Comité Central el 11 de mayo de 1920. *The Archives.*
[28] *The Trotsky Archives* contienen una nota sin fecha de Lenin a Skliansky, en la que aquél expresa sus apresiones.
[29] Trotsky, *Piat Let Kominterna,* p. 89.

genes fue realzada por el hecho de que la batalla, que los delegados suponían inspirada por Trotsky, se acercaba a su clímax. Sin embargo, Trotsky se abstuvo de todo alarde, y en el manifiesto no hizo ninguna alusión a las victorias del Ejército Rojo. Los delegados ni siquiera notaron su reticencia. No podían adivinar la tensa aprensión que se ocultaba tras su confiada apariencia y su resonante lenguaje. En aquella asamblea, donde aun los hombres más prudentes se dejaban arrastrar por la jubilosa excitación, sólo él se negó a celebrar la victoria como arquitecto de la cual se le aclamaba.[30]

Una semana más tarde comenzó la batalla del Vístula. Duró sólo tres días y, a pesar de lo que creyeron sus contemporáneos, no alteró el curso de la historia; sólo lo demoró un cuarto de siglo. Pero al concluir la batalla, el Ejército Rojo se encontraba en plena retirada. Mientras la batalla estaba en su apogeo, el Politburó le pidió a Trotsky que se trasladara al frente y tratara de remediar la situación. El se negó, replicando que no se engañaba pensando que podría evitar la derrota por medio de una intervención personal audaz en el lugar de los hechos.[31]

De momento, la *débâcle* pareció todavía peor de lo que era, porque las Guardias de Wrangel, viendo al Ejército Rojo inmovilizado por los polacos, salieron de Crimea e invadieron el Cáucaso. Dos días después de la batalla del Vístula, el 19 de agosto, Trotsky y Stalin informaron conjuntamente al Politburó sobre la situación militar; y el Politburó, aparentemente reconociendo la derrota en Polonia, resolvió dar prioridad a la campaña contra Wrangel. Tanto Stalin como Trotsky fueron encargados de una nueva movilización de miembros del Partido. La mayor parte de los movilizados debían ser enviados a Crimea, y el grueso de la caballería de Budiony debía ser sacado del frente polaco. Stalin también recibió instrucciones de formular las medidas que se tomarían en caso de que el avance de Wrangel continuara. Sin embargo, las tropas de Wrangel, aunque excelentemente equipadas, eran demasiado poco numerosas y estaban demasiado descorazonadas para que pudieran crear una seria amenaza. Pronto se retiraron a Crimea, con la esperanza de poder resistir tras el estrecho cuello fortificado del Istmo de Perekop. Después de una batalla épica y feroz, dirigida por Frunze y Stalin, el Ejército Rojo irrumpió en el Istmo y arrojó a Wrangel al mar. Ese fue el epílogo de la guerra civil.[32]

El 12 de octubre los Soviets firmaron una paz provisional con Polonia.

[30] Hablando ante las células del Partido en la Academia Militar y otras escuelas, Trotsky dijo poco después de la guerra que él no había creído por un solo momento que el Ejército Rojo pudiera tomar a Varsovia; ni siquiera contó con que avanzara hasta donde lo hizo. En esta y otras ocasiones habló con bastante franqueza acerca de los desacuerdos sobre la marcha a Varsovia, y nadie refutó su versión. *Kak Vooruzhalas Revolutsia,* vol. III, libro 1, p. 91.

[31] Mensaje de Trotsky al Politburó el 17 de agosto. *The Trotsky Archive.* La batalla duró del 14 al 17 de agosto.

[32] *The Trotsky Archives.*

Pero durante algún tiempo la guerra sobrevivió en las actitudes. En Polonia, los partidos gobernantes estaban divididos. El Partido Campesino —cuyo jefe, Witos, encabezaba el gobierno— hacía presión en favor de la paz, mientras que el partido militar de Pilsudski se esforzaba por hacer fracasar las negociaciones con Rusia.[33] También en Moscú había división de opiniones. La mayoría del Politburó favorecía la reanudación de las hostilidades. Algunos de quienes así pensaban creían que Pilsudski de todos modos no mantendría la paz; otros anhelaban el desquite. El Estado Mayor consideró una nueva ofensiva. Tujachevsky tenía la certeza de que la próxima vez celebraría su desfile de la victoria en Varsovia. Trotsky relata que Lenin, en un principio, se inclinó en favor de la guerra, pero sólo a medias. En todo caso, Trotsky insistió en la paz y en la observancia leal del tratado provisional con Polonia; y una vez más se encontró en peligro de verse derrotado en la votación y reducido al papel de ejecutor obediente de una política que aborrecía. Finalmente se rebeló contra esto. Declaró que las diferencias eran tan profundas que en esta ocasión no se sentiría obligado por ninguna decisión de la mayoría ni por la solidaridad con el Politburó, y que si lo derrotaban en la votación, apelaría al Partido contra sus dirigentes. Usó una amenaza similar a la que Lenin había usado, con efecto abrumador, en la controversia sobre Brest; y también logró su propósito. En comparación con aquella controversia, los papeles se vieron curiosamente invertidos. Pero la secuela fue en cierto sentido similar, pues ahora Lenin abandonó a la facción guerrerista y desplazó su influencia para respaldar a Trotsky. La paz se salvó.[34]

Las diferencias se habían hecho profundas. Con todo, cabe dudar que cualquier dirigente bolchevique, incluso Trotsky, haya estado o pudiera haber estado consciente de la plena significación histórica de las tales diferencias. Sobre esa significación sólo los acontecimientos de mediados de este siglo han arrojado una luz esclarecedora.

Uno de los cánones de la política marxista había sido el de que la revolución no puede llevarse en la punta de las bayonetas a países extranjeros. El canon se basaba en la experiencia de la Revolución Francesa, que había encontrado su realización y también su ruina en las conquistas napoleónicas. El canon también se derivaba de la actitud fundamental del marxismo, que veía a las clases obreras de todas las naciones como los agentes soberanos del socialismo y no esperaba ciertamente que el socialismo les fuera impuesto a los pueblos desde el exterior. Los bolcheviques, y Trotsky, habían dicho a menudo que el Ejército Rojo podría intervenir en un país vecino, pero sólo como el aliado y auxiliar de una verdadera revolución popular, no como un agente independiente y decisivo. En ese papel de auxiliar había deseado Lenin que el Ejército Rojo ayudara a la revolución

[33] Una descripción autorizada de esta pugna aparece en las memorias de J. Dabski, el jefe de la delegación de paz polaca en Riga,

[34] Trotsky, *Mi vida*, tomo II, pp. 280-281.

soviética en Hungría, por ejemplo. También en ese papel habían intervenido esporádicamente el Ejército Rojo o las Guardias Rojas en Finlandia y en Letonia para prestar ayuda a verdaderas revoluciones soviéticas que gozaban de apoyo popular y que fueron derrotadas principalmente por la intervención extranjera, mayormente alemana. En ninguno de esos casos el Ejército Rojo llevó la revolución al extranjero. En la guerra polaca los bolcheviques fueron un paso más allá. Aun entonces, Lenin no se había convertido en partidario decidido de la revolución por la conquista. Veía a las clases trabajadoras de Polonia en un estado de rebelión potencial, y esperaba que el avance del Ejército Rojo obrara como agente catalítico. Pero eso no era lo mismo que ayudar a una revolución real. Cualesquiera que hayan sido las creencias y los móviles de Lenin, la guerra polaca fue el primer ensayo importante de la revolución por la conquista que hizo el bolchevismo. Cierto es que el Politburó tomó ese camino en el calor de la guerra, bajo provocaciones abundantes, sin aprehender todas las implicaciones de su propia decisión. Pero así es como ocurren todos los virajes trascendentales en la historia: quienes los inician no tienen a menudo conciencia de lo que están iniciando. Esta, sobre todo, es la manera como los partidos revolucionarios empiezan a echar por la borda sus principios consagrados y a transformar su propio carácter. Si el Ejército Rojo hubiese tomado a Varsovia, habría procedido a actuar como el agente principal de la transformación social, como un sustituto, por decirlo así, de la clase obrera polaca. El lector recordará que Trotsky, en sus escritos juveniles, había atacado a Lenin por su "sustitutismo", es decir, por una propensión a ver en el Partido un *locum tenens* de la clase obrera.[35] Y aquí se daba, en efecto, un caso de ese sustitutismo, proyectado en el escenario internacional, con la salvedad de que era un ejército y no un partido el que se proponía actuar como apoderado de un proletariado extranjero.

Esto resultaba tanto más extraño cuanto que durante dos décadas Lenin les había inculcado fervorosamente a sus discípulos y seguidores un respeto casi dogmático por el derecho de toda nación, pero más especialmente de Polonia, a la plena autodeterminación. Había llegado a romper con camaradas y amigos que se mostraban menos dogmáticos al respecto. Había llenado numerosas cuartillas con argumentos incisivos contra aquellos polacos —Rosa Luxemburgo, Rádek y Dzerzhinsky— que, como internacionalistas, se habían negado a favorecer la idea de un Estado nacional polaco, cuando Polonia todavía estaba repartida entre varias potencias. Ahora el propio Lenin parecía repudiar sus propios esfuerzos y justificar la violación de la independencia de cualquier nación, con tal de que se cometiera en nombre de la revolución.

Lenin comprendió la incongruencia de su posición. Reconoció su error.[36]

[35] Véanse las pp. 93-100 del presente libro.
[36] Klara Zetkin, *Reminiscences of Lenin*, pp. 19-21.

Habló contra la tentativa de llevar la revolución al extranjero en la punta de las bayonetas. Hizo causa común con Trotsky en los esfuerzos en favor de la paz. El gran revolucionario prevaleció en él sobre el revolucionario aventurero.

Sin embargo, el "error" no fue fortuito ni careció de consecuencias. Había tenido su origen en el horror de los bolcheviques a verse aislados en el mundo, horror que compartían todos los jefes del Partido pero que afectaba sus acciones de diferente manera. La marcha sobre Varsovia había sido un intento desesperado de romper ese aislamiento. Aun cuando fracasó, hubo de tener una profunda influencia en la actitud del Partido. La idea de la revolución por la conquista fue inyectada en la mentalidad bolchevique, y allí continuó fermentando y enconándose. Algunos bolcheviques, al reflexionar sobre la experiencia llegaron naturalmente a la conclusión de que lo deplorable no había sido el intento mismo de llevar la revolución al extranjero por la fuerza de las armas, sino su fracaso. Si el Ejército Rojo hubiese tomado a Varsovia, podría haber establecido allí una dictadura proletaria, gustárales o no a los obreros polacos. La idea de que sólo una revolución que correspondiera a los deseos y aspiraciones del pueblo podía ser una revolución con bases sólidas, era un prejuicio pequeñoburgués. Lo más importante ahora era armarse y prepararse mejor para la próxima empresa de ese tipo.[37]

En el siguiente capítulo examinaremos las experiencias internas de los bolcheviques que alimentaron y reforzaron esa corriente de pensamiento. Aquí basta decir que la corriente se manifestó en la actitud de aquellos miembros del Politburó que favorecían la reanudación de las hostilidades contra Polonia. Empero, los viejos bolcheviques sólo podían sostener tales opiniones en forma privada y tentativa. No estaban en condiciones de enunciarlas de una manera más formal o de elevarlas a la categoría de principios. Era parte de la naturaleza de tales opiniones el que no se prestaran a la enunciación pública; y la tradición marxista no podía desecharse abiertamente. Esa tradición estaba tan viva en todos los dirigentes bolcheviques, que inhibía el funcionamiento de sus propias mentes y les impedía llevar la nueva línea de pensamiento a su conclusión. Todavía tres décadas más tarde Stalin, nunca llegó a admitir que favorecía la revolución por la conquista, aun cuando ya la había practicado en una escala enorme. ¡Cuánto más difícil les resultaba a los bolcheviques admitir el hecho, aun ante sí mismos, en 1920!

[37] El historiador del Partido, N. Popov, escribe: "Trotsky se oponía al avance sobre Varsovia, no porque considerara que nuestras fuerzas eran insuficientes... sino por un prejuicio socialdemócrata de que era incorrecto llevar la revolución a un país desde el exterior. Por esas mismas razones, Trotsky se opuso a que el Ejército Rojo ayudara a los rebeldes de Georgia en febrero de 1921. El razonamiento antibolchevique, kautskista, de Trotsky fue rechazado de plano por el Comité Central, tanto en julio de 1920 en el caso de Polonia, como en febrero de 1921 en el caso de... Georgia". *Outline History of the C.P.S.U.*, vol. II, p. 101.

Sin embargo, una idea que se encuentra en el ambiente no tarda en encontrar un portavoz. Poco después de la guerra polaca, Tujachevsky se presentó como el partidario de la revolución por la conquista. Aún no se había resignado a aceptar su derrota en el Vístula, el único revés —¡y qué revés!— que había sufrido desde su meteórico ascenso. Tujachevsky había llegado al bolchevismo apenas en 1918, como un oficial joven, y ahora, a la edad de veintiséis años, era el general más brillante y famoso del Ejército Rojo. Era indudablemente leal a los Soviets, pero era el soldado de la revolución, no un revolucionario. No lo inhibían las tradiciones del Partido, y derivaba su inspiración más de Napoleón que de Marx. No entendía por qué los bolcheviques debían seguir lanzando anatemas contra la idea de exportar la revolución en la punta de las bayonetas. Expuso sus opiniones en ensayos y conferencias en la Academia Militar y argumentó que era tan legítimo como posible que el Ejército Rojo impusiera la revolución en un país capitalista "desde el exterior".[38] Algún tiempo después propuso incluso la formación de un Estado Mayor internacional del Ejército Rojo, que dirigiría las actividades militares revolucionarias en todos los países. Intelectualmente impulsivo, original y valiente, atacó abiertamente al tabú del Partido. Pero presentó su alegato en una forma tan extrema que no ganó mucho apoyo. Otros jefes de la guerra civil se inclinaban a aceptar sus argumentos, adecuadamente diluidos. Había, en todo caso, un vínculo lógico entre la opinión de Tujachevsky y su propia insistencia en que el Ejército Rojo debería adoptar una doctrina militar expresamente ofensiva.[39]

Trotsky luchó contra esta nueva actitud. Inmediatamente después de la guerra polaca, advirtió contra la tentación de llevar la revolución al extranjero por la fuerza de las armas. La advertencia se hace presente, en efecto, como un hilo rojo que corre a través de sus escritos y discursos de este período.[40] Su oposición racional a la revolución por la conquista era tan sólo, en cierto sentido, el reverso de su creencia casi irracional en el anhelo de revolución de las clases obreras occidentales y en su capacidad para hacerla. Se sentía tan inconmoviblemente seguro de que los proletarios de Europa y Norteamérica estaban siendo impulsados ya por sus propias circunstancias a seguir el ejemplo del bolchevismo, que estaba firmemente convencido del perjuicio absoluto que encerraba cualquier intento de hacerles su revolución o de empujarlos o incitarlos con las bayonetas. Veía al mundo preñado de socialismo; creía que la preñez no podía durar mucho; y temía que el tratamiento impaciente de ésta causara un aborto. La solidaridad que la Revolución Rusa debía a las clases obreras de otros países,

[38] M. Tujachevky, *Voiná Klásov*. Véase, en particular, su ensayo "La revolución desde el exterior", pp. 50-60.

[39] Véase la "Nota sobre los Escritos Militares de Trotsky", pp. 435 sigs.

[40] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. III, libro 2, pp. 114, 124, 142-143, 206, 225-227 *et passim*.

sostenía él, debía expresarse principalmente en los esfuerzos por ayudarlas a entender e interpretar sus propias experiencias sociales y políticas y sus propias tareas, no en los intentos de resolverles esas tareas. En una polémica comentó coléricamente, refiriéndose a todo el que pensara reemplazar la revolución en el extranjero por las operaciones del Ejército Rojo que "más valdría que le colgaran al cuello una rueda de molino y lo echaran al mar".[41]

Sin embargo, era tal la fuerza de la nueva proclividad bolchevique, que no pudo ser reprimida del todo. Pronto volvió a manifestarse en la invasión de Georgia por el Ejército Rojo.

Hasta febrero de 1921, Georgia había sido gobernada por un régimen menchevique, con el que los Soviets habían firmado un tratado durante la guerra polaca. Casi todo el Cáucaso estaba ya bajo dominio soviético, y la Georgia menchevique era una espina en su costado. La aspiración de los mencheviques georgianos a constituir una nación independiente era más bien espuria: antes de la Revolución de Octubre ellos mismos habían abogado ardientemente por la unidad de Georgia con Rusia y sólo habían pedido cierto grado de autonomía local. Su separatismo actual era un pretexto conveniente. La mera existencia de la Georgia menchevique les hacía más difícil a los bolcheviques consolidar su régimen en el resto del Cáucaso; y los bolcheviques no habían olvidado que los mencheviques georgianos se habían sometido dócilmente a la sucesiva ocupación de su país por los alemanes y después por los británicos, y habían reprimido severamente a los bolcheviques georgianos. Ello no obstante, el gobierno soviético se había comprometido solemnemente a respetar la independencia de Georgia y había reconocido al gobierno menchevique. El Politburó abrigaba la esperanza de que la atracción ejercida por el Cáucaso soviético sería a la larga irresistible para Georgia, que sus gobernantes mencheviques no podrían gobernar al país en oposición a todos sus vecinos, y que el escenario quedaría así listo para su derrocamiento por las fuerzas revolucionarias locales. Por consiguiente, el Politburó se inclinaba a aguardar pacientemente a que el experimento llegara a su término natural.

Trotsky, en consecuencia, se sintió sumamente sorprendido cuando, a mediados de febrero de 1921, durante una gira de inspección en los Urales, se enteró de que el Ejército Rojo había invadido a Georgia. Estaba a punto de salir hacia Moscú para asistir a una sesión del Comité Central, y antes de su salida se puso en contacto con Skliansky para inquirir quién había dado la orden de avanzar y por qué. Así supo que también para el Comandante en Jefe la invasión había sido tan inesperada como un trueno en cielo despejado. Trotsky sospechó que la aventura había sido planeada irresponsablemente a espaldas del Estado Mayor y del Politburó, y se propuso "plantear el asunto en plena sesión del Comité Central y

[41] *Ibid.*, p. 225.

llamar a capítulo al presunto aventurero".[42] Pero la orden de marcha había sido dictada, con la aprobación del Politburó, por el Consejo de Guerra Revolucionario del Cáucaso, en el que Ordzhonikidze, amigo de Stalin y georgiano él mismo, actuaba como comisario en jefe. El Politburó había considerado el asunto en ausencia de Trotsky. Stalin y Ordzhonikidze habían informado sobre el estallido de una insurrección bolchevique, con fuerte apoyo popular, en Georgia, diciendo que no cabía duda sobre el resultado de la lucha y que el Ejército Rojo sólo ayudaría a hacerla más breve. El Politburó, que naturalmente consideraba a Stalin y Ordzhonikidze como expertos en los asuntos georgianos, aceptó su consejo.

El levantamiento en Georgia, sin embargo, no gozaba del apoyo popular que se le atribuía, y el Ejército Rojo tuvo que combatir enconadamente durante dos semanas antes de entrar en Tiflis, la capital de Georgia. Al igual que las demás pequeñas naciones fronterizas, los georgianos tenían viejos recuerdos de la opresión zarista. La reanexión forzosa suscitó un intenso resentimiento, que duró mucho tiempo y se reflejó en la oposición de los bolcheviques georgianos a la política centralizadora de Moscú. Este habría de ser uno de los principales puntos de divergencia entre Stalin y Trotsky durante el último año de la dirección de Lenin. Por el momento, sin embargo, Trotsky aceptó el hecho consumado. La invasión no podía revocarse. Sólo era posible mitigar su impacto moral, y Lenin lo hizo por propia decisión. Ordenó a Ordzhonikidze y a los demás comisarios caucasianos que se "comportaran con especial respeto frente a los órganos soberanos de Georgia y mostraran especial miramiento y cautela al tratar con la población georgiana". Pidió que se le informara sobre cualquier violación de sus instrucciones y sobre los casos más leves de fricción con los georgianos. Instó además a Ordzhonikidze a que se esforzara por lograr una reconciliación con los mencheviques, incluso con Jordania, el jefe del gobierno menchevique, quien no había sido absolutamente hostil frente al régimen soviético.[43] Fuera de esto, era muy poco lo que el propio Trotsky podía hacer o desear que se hiciera en aquel momento. Las órdenes de Lenin, sin embargo, tuvieron poco efecto, porque los invasores, habiendo violado la soberanía de Georgia en lo fundamental, no se inclinaban a respetarla en los detalles. Pero transcurrió algún tiempo antes de que esto se hiciera claro.

Trotsky continuó repudiando y denunciando en general la idea de la revolución por la conquista. Pero no encontró justificación para discutir públicamente las diferencias específicas sobre Georgia y negarse a asumir la responsabilidad colectiva del Politburó. Más aún, cuando los dirigentes socialdemócratas del Occidente —Kautsky, MacDo-

[42] *The Trotsky Archives.*
[43] Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXII, p. 137.

nald, Henderson y otros— clamaron exigiendo la evacuación de Georgia por el Ejército Rojo, Trotsky les resplicó con un *tu quoque*: escribió un folleto en el que sólo dedicó un breve pasaje a la invasión. Reafirmó el derecho del Ejército Rojo a prestar ayuda a una revolución real en el extranjero, pero eludió la cuestión de si tal revolución había ocurrido en Georgia. En lugar de ello, concentró su respuesta en una aguda denuncia de las inconsecuencias en la actitud de los críticos socialdemócratas de la Revolución Rusa, el destino de los pueblos coloniales, etc.[44] Defendió con todo su ardiente temperamento a los Soviets, con razón o sin ella, contra sus enemigos y sus amigos tibios. Ante el mundo, por lo tanto, cargó con una porción capital de la responsabilidad por la invasión de Georgia.

En la conducta del Politburó en relación con Polonia y Georgia, Trotsky vio errores en los que el Partido había incurrido como si estuviese sufriendo un ataque de amnesia. Advirtió claramente ambos "errores", pero no vio en ellos ninguna conexión interna ni ninguna significación más profuda. Hasta cierto punto tenía razón, porque el Partido en su conjunto no había tomado el camino de la conquista revolucionaria en forma consciente ni premeditada. La invasión de Georgia fue su único paso con éxito por ese camino, y no faltaron las circunstancias atenuantes. Georgia, después de todo, había sido parte de Rusia: no podía sobrevivir como una pequeña "isla burguesa" en el Cáucaso soviético. Con todo, había una relación interna entre la empresa polaca y la georgiana, pues ambas señalaron el nacimiento de una nueva corriente en el bolchevismo.

El ciclo revolucionario, que la Primera Guerra Mundial había desencadenado, se acercaba a su término. Al principio de ese ciclo el bolchevismo se había elevado sobre la ola de una revolución genuina; a su término empezó a propagar la revolución por la conquista. Un largo intervalo, que duró casi un cuarto de siglo, separó este ciclo revolucionario del siguiente desencadenado por la Segunda Guerra Mundial. Durante ese intervalo, el bolchevismo no se propagó. Cuando el segundo ciclo se inició, partió de donde había terminado el primero, con la revolución por la conquista. Es un lugar común en la historia militar que, entre la fase final de una guerra y la inicial de la siguiente, existe una continuidad: las armas y las ideas sobre la técnica de la guerra inventadas o formadas a fines de un conflicto armado dominan la primera etapa del siguiente. La existencia de una continuidad similar puede advertirse entre los dos ciclos revolucionarios. En 1945-46, y parcialmente aun en 1939-40, Stalin partió de donde él, y en cierto sentido él y Lenin, se habían detenido en 1920-21. Trotsky no vivió para presenciar el importantísimo capítulo que la conquista revolucionaria de Stalin ha escrito desde entonces en la historia moderna. Su actitud frente a los primeros síntomas de la tendencia no fue

[44] Trotsky, *Between Red and White.*

concluyente. Favorecía la revolución y se oponía a la conquista; pero cuando la revolución llevó a la conquista y la conquista fomentó la revolución, se vio enfrentado a un conflicto que, desde su punto de vista, no admitía solución satisfactoria. Trotsky no llevó su oposición a la conquista revolucionaria hasta el punto de un rompimiento abierto. Por otra parte, dejó tras de sí esta sugestiva semiadvertencia y semiamenaza: "A quien deseara llevar la revolución al extranjero en la punta de las bayonetas, más le valdría que le colgaran al cuello una rueda de molino...

NOTA

Un resumen de las actividades militares de Trotsky no puede concluir sin una referencia a sus escritos militares. Como fundador y jefe de un ejército, Trotsky siguió siendo un hombre de letras deseoso de dar forma y expresión a sus experiencias e ideas, aun entre el humo de la batalla. Los numerosos volúmenes de sus ensayos, discursos y órdenes militares se distinguen porque exhiben cualidades tan diferentes entre sí como son el impulso romántico y el realismo práctico, y en ocasiones por una profundidad casi filosófica.

Rádek relata que Trotsky, cuando fue nombrado Comisario de la Guerra, sólo había leído unos pocos libros sobre asuntos militares: *L'Armée Nouvelle*, de Jaurès, una extensa *Historia de la Guerra* de Schulz, un socialista alemán, y los escritos de Franz Mehring sobre Federico el Grande. Rádek indudablemente empequeñece la preparación teórica de Trotsky a fin de subrayar con mayor fuerza sus éxitos en este terreno. Durante las guerras balcánicas y en los primeros años de la Guerra Mundial, Trotsky estudió la literatura militar contemporánea. Seguramente estaba familiarizado, al igual que Lenin, con la obra de Clausewitz, a quien citó y con cuya actitud abordó a menudo sus propios problemas. Pero Rádek tiene razón cuando sostiene que el texto que más impresionó a Trotsky fue *L'Armée Nouvelle* de Jaurès, la obra de un gran historiador y socialista democrático, y no un experto militar.

Jaurès trató de reconciliar dos aspectos de su propia política: su lucha contra la oficialidad reaccionaria francesa, cuya influencia en la política nacional se había manifestado en el proceso contra Dreyfuss, y su deseo patriótico de ver a la República Francesa armada y preparada para defenderse. Concibió una reforma del ejército que coincidiría (tal era su esperanza) con las reformas económicas y políticas que transformarían a la Francia burguesa en una "república social". Postuló la sustitución del ejército permanente por milicias. El ejército permanente, confinado y adiestrado dentro de la rígida estructura de los cuarteles, en aislamiento artificial de la sociedad civil y en oposición latente a ésta, había sido la principal fuente de fuerza política de la oficialidad. Las

milicias habrían de establecerse sobre la base de unidades de producción, fábricas y comunidades de aldea; los milicianos recibirían su adiestramiento localmente y seguirían viviendo y trabajando como ciudadanos normales, dedicando parte de su tiempo, ya fuera continua o intermitentemente, al arte y la técnica de la guerra. Las milicias, por lo tanto, estarían de tal suerte orgánicamente integradas en la comunidad civil que ningún general ambicioso o camarilla militar podría usarlas como instrumento político.[1]

Trotsky tomó prestada la idea de Jaurès, pero la insertó en un contexto diferente. Jaurès creía posible democratizar el ejército convirtiéndolo en un sistema de milicias aun bajo el sistema capitalista. Para Trotsky, tal creencia era una ilusión reformista. La oposición virtual o real de un ejército permanente a la sociedad civil reflejaba, en su opinión, el conflicto entre los intereses de las clases propietarias, que ese ejército defendía en última instancia, y los de las clases trabajadoras. Sólo después que los intereses de las clases trabajadoras hubiesen ganado preminencia, sostenía Trotsky, podría el ejército sumergirse en el pueblo e identificarse con él. La abolición del ejército permanente se avenia con el Estado que habría de extinguirse gradualmente, como se esperaba que sucediera con el Estado proletario.

Ello no obstante, Trotsky organizó el Ejército Rojo como un ejército permanente. El sistema de milicias, argumentó, sólo podía ser eficiente teniendo como trasfondo una sociedad altamente industrializada, organizada y civilizada. El medio ambiente ruso le dictó al Ejército Rojo los principios de su organización, que fueron muy semejantes a los que habían servido de base a la estructura del ejército zarista. La diferencia entre los dos ejércitos residía en su actitud política y social, no en sus rasgos estrictamente militares.

Trotsky justificó esto como una necesidad provisional e insistió en que el Partido y el gobierno debían proponerse el sistema de milicias como su objetivo último. Defendió esta posición en las "Tesis" que sometió al octavo Congreso del Partido en marzo de 1919 y que Sokólnikov defendió en ausencia de Trotsky ante el Congreso.[2] Este contemplaba el día en que los hombres recibirían su adiestramiento militar, no en los cuarteles, sino en condiciones muy semejantes a las de la vida cotidiana de los obreros y campesinos. La transición no podía iniciarse en serio antes de que se lograra un resurgimiento de la industria; pero aun ahora, insistió Trotsky, un cuartel debía asemejarse a una escuela militar y general, y no a un simple campo de ejercicios castrenses. En el

[1] Diametralmente opuesta a la concepción de Jaurès es la idea de un ejército enteramente profesional que se utilizaría como un arma decisiva en la guerra civil, expuesta por el general De Gaulle en *Vers l'Armée de Metier* antes de 1939.

[2] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. I, pp. 185-195.

Ejército Rojo los mandos eran nombrados, no elegidos; pero Trotsky contempló un retorno al principio electivo en el futuro. El octavo Congreso aprobó las "Tesis" de Trotsky y el noveno las confirmó.

El programa suscitó críticas considerables a fines de la guerra civil, cuando Trotsky hizo el primer intento de ponerlo en práctica. Los viejos oficiales profesionales se sorprendieron de que él, que había centralizado tan rigurosamente al ejército y había extirpado el espíritu guerrillero, abogara por una organización militar que, en opinión de ellos, se asemejaba sospechosamente a las antiguas Guardias Rojas. Los oficiales no podían aceptar seriamente la idea de que un ejército pudiera ser adiestrado, disciplinado y acostumbrado a la acción colectiva en otro lugar que no fuera los cuarteles. Uno de los críticos de Trotsky fue el general Svechin, autor de una obra clásica sobre estrategia y profesor en la Academia Militar. Trotsky defendió al "soñador Jaurès" contra este crítico:

> Si el profesor Svechin piensa que el Partido Comunista ha tomado el poder para reemplazar al cuartel tricolor [zarista] por uno rojo, está gravemente equivocado... La objeción de que bajo un sistema de milicias el mando no gozaría de suficiente autoridad, sorprende por su ceguera política. ¿Ha sido establecida acaso en los cuarteles la autoridad del mando actual del Ejército Rojo?... Esa autoridad no se basa en la hipnosis benéfica de los cuarteles, sino en el atractivo del régimen soviético y del Partido Comunista. El profesor Svechin simplemente ha pasado por alto a la revolución y a la enorme transformación espiritual que ésta ha producido... Para él, el mercenario ignorante y borracho, enfermo de sífilis y embrutecido por el catolicismo, que militó en el Wallenstein, el aprendiz de artesano de París, que, encabezado por periodistas y abogados, destruyó la Bastilla, el obrero sajón miembro del Partido Socialdemócrata de 1914-8, y el proletariado ruso que por primera vez en la historia del mundo tomó el poder, todos ellos son, para el profesor Svechin, aproximadamente la misma carne de cañón que debe elaborarse delicadamente en los cuarteles. ¿No es esto una burla de la historia?
>
> El desarrollo del orden comunista será paralelo al crecimiento de la estatura espiritual de las más amplias masas populares. Lo que el Partido ha dado hasta ahora principalmente a los obreros avanzados, se lo dará en grado cada vez mayor la nueva sociedad al pueblo en general... Para sus miembros, el Partido hasta ahora ha "reemplazado", en cierto sentido, al cuartel: les ha dado la necesaria solidaridad interna, los ha hecho capaces del sacrificio y de la lucha colectiva. La sociedad comunista será capaz de hacer esto en una escala incomparablemente más vasta... El espíritu de cooperación, en el sentido más amplio, es el espíritu del colectivismo. Es posible fomen-

tarlo no sólo en el cuartel, sino en una escuela bien organizada, especialmente una escuela que combine la educación con el trabajo físico; es posible fomentarlo por medio del principio cooperativo del trabajo; es posible fomentarlo por medio de las actividades deportivas amplias y dirigidas a un propósito. Si las milicias se basan en los agrupamientos naturales, de índole ocupacional y productiva, de la nueva sociedad, las comunas de aldeas, los colectivos municipales, las asociaciones industriales... unificadas internamente por la escuela, la asociación deportiva y las circunstancias del trabajo, entonces la milicia será mucho más rica en espíritu "corporativo", en un espíritu de calidad muy superior, que los regimientos formados en los cuarteles.[3]

La idea de las milicias fue criticada también en el Partido, donde se planteó la demanda de que se revisaran las resoluciones adoptadas en favor de tal idea. En un Congreso de comisarios del ejército celebrado a fines de 1920, Smilgá presentó un alegato convincente contra las milicias. Sostuvo que, bajo este sistema, la mayor parte de los regimientos y las divisiones estarían compuestas casi exclusivamente por *muzhiks;* las unidades proletarias, industriales, serían muy pocas y estarían aisladas del resto del ejército. Esto podría ser peligroso para la dictadura proletaria. Para los bolcheviques era vital distribuir los elementos proletarios en todo el ejército, pero eso era incompatible con el principio de organización territorial-productiva. Por razones militares, argumentó Smilgá, las milicias también serían inadecuadas. Con ferrocarriles defectuosos y dispersos, Rusia no podría, al estallar una guerra, movilizar a tiempo y concentrar las milicias en los puntos estratégicos. Bajo este sistema, Rusia no sería capaz de combatir antes de que un invasor hubiese llegado al Volga. Las milicias tenían un carácter defensivo. Jaurès había estado predispuesto en su favor porque había partido de una distinción poco realista entre la guerra defensiva y la ofensiva. Para tener éxito, las milicias requerían: un alto grado de industrialización; una clase obrera numerosa, técnicamente avanzada y relativamente educada; y una densa red de líneas de comunicaciones. De ello se desprendía que Rusia no podía prescindir de un ejército permanente.[4]

Trotsky reconoció la validez de muchas de estas críticas, pero continuó considerando a las milicias como el objetivo último de la política militar. En 1921 organizó tres divisiones de milicias —en Petrogrado, Moscú y los Urales— a modo de experimento. Pero él mismo aconsejó cautela. Aquél era un momento de muchas dificultades y descontento popular. "Si los obreros de los Urales fueran víctimas del hambre", dijo,

[3] *Ibid.*, vol. II, libro 1, pp. 115-121.
[4] I. Smilgá, *Ocherednie Voprosi Stroitelstva Krasnoi Armii*, pp. 8-12.

"el experimento fracasaría". "No se puede decir en abstracto cuál sistema es preferible, no se debe tratar de resolver esto como un problema matemático. Es necesario resolverlo como una tarea política y social, de acuerdo con las circunstancias prevalecientes".[5] En años posteriores, sin embargo, casi tres cuartas partes del Ejército Rojo fueron reorganizadas como unidades territoriales, y sólo una cuarta parte mantuvo su condición de ejército permanente. El experimento fue más lejos de lo que Rusia podía permitirse. A mediados de la década de los treintas, bajo la amenaza de la Segunda Guerra Mundial, todo el Ejército Rojo fue reorganizado y restaurado como ejército permanente. Las razones de esta contrarreforma, efectuada por Stalin y Tujachevsky, fueron las que Smilgá había enunciado en 1920. La contrarreforma también armonizó con la tendencia autoritaria general del período.

El problema de la doctrina militar ocupa un lugar importante en los escritos de Trotsky. El mismo no reclamó ninguna originalidad en este terreno. Pero llevó a la discusión de las cuestiones una amplia concepción de la historia y una novedad de enfoque que, si bien no bastaron para crear una nueva filosofía de la guerra, contribuyeron en mucho a proteger al Ejército Rojo de los peligros de las doctrinas unilaterales. Trotsky tuvo que luchar contra los viejos generales por una parte, y contra los jóvenes oficiales revolucionarios por la otra. A los primeros les habló como un innovador, atacando sus hábitos de pensamiento conservadores. Ante los segundos se presentó casi como un partidario de la ortodoxia militar.

Trotsky era el espíritu rector de la Academia Militar de Moscú, donde los viejos generales eran profesores y conferenciantes. Se esforzó por modernizar el *curriculum* de la Academia, liberándolo de la pedantería y acercándolo a las experiencias recientes de la guerra. En una ocasión, por ejemplo, reprochó a los escritores de la Academia su estilo seudohistórico y exangüe, y los exhortó a emular a los autores militares franceses, que, según dijo, sabían cómo combinar la investigación histórica con un interés en la técnica de la guerra contemporánea y su trasfondo sociológico. Los académicos veían la guerra civil con cierto desdén, como un vástago bastardo de la gran estrategia. Trotsky replicó con irritación:

> Se dice entre ustedes que en la presente guerra civil o pequeña... la ciencia militar no tiene, en todo caso, ningún papel que desempeñar. Yo les digo a ustedes, señores especialistas militares, que ésa es una afirmación completamente ignorante... La guerra civil, con sus frentes sumamente móviles y elásticos, ofrece un amplio campo de acción a la iniciativa y al arte militar genuinos. La tarea es exac-

[5] Trotsky, *Kak Vooruzhalas Revolutsia*, vol. III, libro 1, p. 12.

tamente la misma aquí que en cualquier otra parte: obtener un resultado máximo a través de un mínimo empleo de fuerzas... Fue precisamente la última guerra [mundial] la que ofreció un campo de acción relativamente reducido al arte estratégico. Después que el gigantesco frente que se extendía desde la costa belga hasta Suiza quedó fijado, la guerra se hizo automática. El arte estratégico se redujo a un mínimo; todo quedó confiado a un agotamiento mutuo. Nuestra guerra, por el contrario, ha estado llena de movilidad y maniobras que hicieron posible la revelación de los mejores talentos...[6]

Mientras los viejos generales se negaban a aprender las lecciones de la guerra civil, los jóvenes a menudo se mostraban renuentes a aprender algo distinto. Ambicionaban construir una flamante "doctrina militar proletaria". Esa doctrina, sostenían, debería satisfacer las necesidades de la clase revolucionaria y adecuarse a su mentalidad: debería desdeñar la guerra defensiva y estática y favorecer la movilidad y la ofensiva. Sólo las clases decadentes, que se replegaban en todos los campos, favorecían la actitud defensiva. El "estilo de guerra proletario" atraía a los jefes que habían surgido de las filas. Sus expositores más talentosos eran Tujachevsky y Frunze, en tanto que Voroshílov y Budiony figuraban también entre sus partidarios. En el caso de Tujachevsky, la doctrina ofensiva complementaba a la "revolución desde el exterior", y al propugnar ambas permanecía dentro de la tradición napoleónica. Pero, como tenía una perspectiva más moderna que sus colegas, concebía la futura guerra ofensiva como una guerra librada por medio de formaciones de masas de tanques y vehículos blindados en cooperación con la aviación. (Tujachevsky fue también el creador de los cuerpos de paracaidistas, que se proponía usar bien atrás de las líneas enemigas, en áreas afectadas por la guerra civil.)

La polémica de Trotsky contra esta escuela de pensamiento es tal vez la parte más instructiva de sus escritos militares. Rechazó la "estrategia proletaria" del mismo modo que en otro campo repudió la "cultura proletaria" y la "literatura proletaria". "La guerra se basa en muchas ciencias", escribió, "pero la guerra misma no es ninguna ciencia: es un arte práctico, una habilidad... un arte salvaje y sangriento... Tratar de formular una nueva doctrina militar con la ayuda del marxismo es igual que tratar de crear con la ayuda del marxismo una nueva teoría arquitectónica o un nuevo manual de veterinaria".[7] Protestó, a menudo en un tono de burla mordaz, contra la actitud que veía a la dialéctica marxista como una especie de piedra filosofal; y exigió respeto para una cierta continuidad de la experiencia y la tradición cultural. Veía

[6] *Ibid.*, p. 156.

[7] De un discurso a los delegados militares al undécimo Congreso del Partido. *Ibid.*, vol. III, libro 2, p. 244.

en las innovaciones "proletarias" un disfraz para la tosquedad y el engreimiento intelectual. Constantemente llamaba la atención de sus auditorios militares sobre la bárbara pobreza, bastedad y suciedad del Ejército Rojo, que sólo podrían mitigarse por medio del trabajo intenso y la atención a los detalles, de los que Rusia trataba de escapar con excesiva frecuencia para refugiarse en las esferas de la doctrina abstracta.

Los partidarios de la "doctrina proletaria de la ofensiva" teorizaban a partir de su propia experiencia en la guerra civil, en la que predominaban las maniobras rápidas. Trotsky replicaba que el Ejército Rojo había aprendido la técnica de la maniobra —que según se alegaba era la virtud exclusiva de una clase social ascendente— de las Guardias Blancas, del mismo modo que éstas se habían apropiado los métodos de propaganda del Ejército Rojo. Los blancos y los rojos habían llegado a asimilarse mutuamente en cuestiones militares: "Al combatir entre sí durante mucho tiempo, los enemigos llegan a aprender los unos de los otros".[8] El propio Trotsky había dictado su famosa orden de "¡Proletarios al caballo!", que fue la señal para la formación de la caballería de Budiony, sólo en el momento culminante de la ofensiva de Denikin, cuando la caballería blanca, al mando de Mámontov, amenazaba desorganizar el interior blochevique por medio de sus profundas y raudas incursiones tras las líneas bolcheviques.[9]

Pero la gran movilidad propia de la guerra civil reflejaba (según Trotsky) las condiciones primitivas en que se libraba la guerra sobre vastas regiones escasamente pobladas. Estableció una analogía entre la guerra civil norteamericana y la rusa. En ambas, las fuerzas opuestas operaban en continentes con escasa población, con líneas de comunicaciones y medios de transportes sumamente pobres. En ambas, la caballería tenía un campo de acción excepcionalmente amplio. En ambas, los blancos eran los jinetes tradicionales; y los ejércitos de los estados norteños y de los Soviets tuvieron que arrebatar la iniciativa al enemigo y formar sus propias caballerías. De ello no se desprendía que la gran movilidad fuera el "estilo" de la guerra civil en general. En el Scheldte,

[8] *Ibid.*, vol. II, libro 1, pp. 61-62.

[9] Trotsky en un principio vio con poca simpatía el plan de Budiony para crear un cuerpo de caballería, en parte porque el típico soldado de caballería era el cosaco reaccionario, y en parte porque, pensando característicamente en términos de la técnica occidental, Trotsky se inclinaba a suponer que la época del jinete ya había pasado. Cuando finalmente cambió de opinión, escribió en septiembre de 1919: "Esta arma tan conservadora, que en gran medida se va extinguiendo, ha resucitado súbitamente, por decirlo así. Se ha convertido en el medio defensivo y ofensivo más importante en manos de las clases más conservadoras y decadentes. Debemos arrebatarles esta arma y apropiárnosla". *Op. cit.*, vol. II, libro 1, pp. 287-288. Budiony expresó una queja justificada contra Trotsky por el desdeñoso rechazo inicial de su idea.

el Sena o el Támesis, la guerra se libraría en una forma mucho más estática que en las estepas o las llanuras.[10]

La guerra civil se había librado en Rusia en un estilo cuasi-napoleónico debido al bajo nivel de civilización del país. Pero era tonto y antihistórico, argumentaba Trotsky, tratar de adoptar la doctrina ofensiva napoleónica para el Ejército Rojo, como trataba de hacerlo Tujachevsky. Trotsky contrastó marcadamente la posición de la Francia revolucionaria en Europa con la de la Rusia revolucionaria. A principios del siglo XIX, Francia era la nación más civilizada y técnicamente avanzada del continente europeo. Ello le permitió a Napoleón poner en práctica la estrategia ofensiva. Rusia era, técnicamente, una de las naciones más atrasadas de Europa; la estrategia napoleónica no guardaba ninguna relación con sus potencialidades sociales y militares. Trotsky indicó que el Estado Mayor francés, especialmente Foch, había cultivado en vano la estrategia napoleónica: la posición de Francia en Europa no podía permitir ni permitió su aplicación en 1914-18. Y se mofó de la flamante "doctrina proletaria" que, vista más detenidamente, no era más que un plagio de los libros de texto franceses anteriores a 1914.

Los intentos de definir la "esencia" de la técnica de la guerra en general y de la proletaria en particular eran, según Trotsky, simples escarceos doctrinarios metafísicos. [11] El mismo sostuvo la necesidad de cierto eclecticismo en la teoría militar. "En las artes prácticas", citó con aprobación a Clausewitz, "no se deben elevar demasiado las flores y el follaje de la teoría; más bien deben mantenerse cerca del suelo de la experiencia". Habló con respeto condicionado sobre los métodos empíricos de los imperialistas ingleses, "quienes piensan en términos de siglos y continentes", y con desdén, sobre los epígonos alemanes de Clausewitz. Ninguna de las doctrinas de guerra "nacionales" ofrecía ni podía ofrecer ninguna "verdad última" acerca de la guerra. Cada escuela de pensamiento reflejaba tan sólo las condiciones temporales de la existencia

[10] Para ilustrar su razonamiento, Trotsky examinó el hipotético problema de defensa que una "Inglaterra proletaria" tendría que resolver si se viera enfrentada a una amenaza de invasión. Esbozó una descripción imaginativa de esa defensa: costas fortificadas, defensa de las playas, trincheras, casamatas, alambradas y obstáculos en las carreteras que conducen al interior de la isla, etc.: una descripción que se hizo extrañamente real en Inglaterra en 1940-41. *Ibid.*, vol. III, libro 2, p. 268.

[11] "Si revisamos el inventario de las 'verdades eternas' de la ciencia militar, no obtenemos más que unos cuantos axiomas lógicos y postulados euclideanos. Defender los flancos, asegurar las líneas de comunicaciones y de retirada, atacar el punto menos defendido del enemigo, etc. Tales principios... bien podrían aplicarse a cuestiones muy desligadas del arte de la guerra. El burro que se roba la avena por el agujero de un costal roto ("el punto menos defendido por el enemigo") y en actitud vigilante vuelve su grupa en dirección contraria a aquella por donde amenaza el peligro, ciertamente se comporta de acuerdo con los principios eternos de la ciencia militar". *Ibid.*, vol. III, libro 2, ensayo sobre "La Doctrina Militar y el Doctrinarismo Seudomilitar".

nacional. La doctrina inglesa del equilibrio de poder y la supremacía naval; el cauteloso pensamiento militar de la Alemania de Bismarck, que iba de la mano con la agresividad diplomática; la doctrina exclusivamente ofensiva del imperialismo alemán más reciente que, arrastrado por su propio ímpetu, prescindía de toda cautela; la doctrina ofensiva bonapartista de la Francia anterior a 1914 (y, podríamos añadir nosotros, la reacción contraria que tuvo su expresión en la línea Maginot antes de 1940); todas estas doctrinas no hacen más que aislar y exagerar ciertos momentos y aspectos de la experiencia militar. El modo de pensar marxista es adverso al doctrinarismo militar de cualquier género. "Sólo el traidor renuncia al ataque; sólo el ingenuo reduce toda la estrategia al ataque".[12]

Dispersas en estos ensayos y discursos se encuentran sugestiones y anticipaciones dignas de mención, producidas en el transcurso de las discusiones, de las cuales sólo es posible presentar unas cuantas aquí. Así, por ejemplo, al discutir la estrategia de una segunda guerra mundial, casi veinte años antes de que ocurriera, Trotsky comentó que sería muy diferente de la primera tanto en Europa occidental como en Rusia. En Europa occidental, la guerra de trincheras tendría menos importancia o desaparecería del todo. En Rusia, por el contrario, habría más lucha de posiciones que la que hubo en la guerra civil.[13] En una polémica contra Frunze y Voroshílov, argumentó que si Rusia fuera atacada desde el oeste por una potencia capitalista técnicamente más poderosa, la tarea del Ejército Rojo en la primera fase de las hostilidades no sería la de atacar, sino la de actuar defensivamente, porque Rusia efectuaría su movilización con más lentitud y las operaciones defensivas le darían tiempo para completarla. Era, por lo tanto, absolutamente erróneo inculcarle al ejército la noción de la invariable superioridad moral del atacante. "Contando con el espacio y con los números en nuestro favor, podemos trazar con calma y confianza la línea en que la movilización, asegurada por nuestra defensa obstinada, nos permitirá acumular el suficiente poder de ataque para pasar a la contraofensiva".[14] El Ejército Rojo podría ser obligado a retroceder, pero la profundidad de la retirada sería dictada únicamente por las necesidades de la movilización.

> Si yo [sin embargo] soy el primero en atacar y mi ataque no está suficientemente apoyado por la movilización y me veo obligado a retirarme, entonces pierdo el *tempo* y tal vez lo pierda irremediablemente. Si, por el contrario, mi plan estipula una retirada preliminar, si el plan es claro para los mandos superiores, si éstos tienen confianza en el futuro próximo y transmiten esa confianza a sus subordina-

[12] *Ibid.*, p. 222.
[13] *Ibid.*, p. 268.
[14] *Ibid.*, p. 256.

dos, si su confianza nó sucumbe ante el prejuicio de que uno debe ser invariablemente el primero en atacar, entonces tengo todas las posibilidades de recobrar el *tempo* y de vencer.[15]

Trotsky, por supuesto, no le veía ningún sentido al Estado Mayor Internacional propuesto por Tujachevsky. Sostenía que el momento de establecer tal organismo llegaría sólo cuando, en el proceso de desarrollo de auténticas revoluciones en el extranjero, se crearan nuevos ejércitos rojos. Pero él mismo insistió en la necesidad de formular reglas y reglamentos de la guerra civil, en los que se utilizaran y valoraran las experiencias de las revoluciones y los levantamientos en diversos países; y redactó un compendio de tales reglas y reglamentos.

A raíz de la guerra civil, los problemas educativos del ejército, las complicaciones tecnológicas de la guerra y su relación cada vez más íntima con la política, mantuvieron ocupado a Trotsky. "En la educación de nuestros oficiales rojos", dijo, "el desarrollo de su capacidad para la valoración sintética de la cooperación y la interacción mutua de todos los tipos de armas modernas debe ir acompañado de la adquisición de una orientación social y política correcta..." [16] En la Academia Militar instó a los miembros del personal de mando a que aprendieran idiomas extranjeros, se salieran de su caparazón nacional, ampliaran sus horizontes y "participaran en la experiencia mundial de la humanidad".

[15] *Loc. cit.*
[16] *Ibid.*, vol. I, p. xi.

CAPITULO XIV

DERROTA EN LA VICTORIA

En la cúspide misma del poder, Trotsky. al igual que el protagonista de una tragedia clásica, dio un traspié. Obró contra sus propios principios y pasando por alto un solemnísimo compromiso moral. Las circunstancias, las exigencias de la revolución y su propio orgullo lo colocaron en este trance. En la situación en que se hallaba, difícilmente podía evitarlo. Sus pasos fueron el resultado casi inevitable de todo lo que había hecho antes, y sólo un paso separaba ahora lo sublime de lo siniestro: aun su negación de los principios era dictada por los principios. Y, sin embargo, al obrar como lo hizo destruyó el terreno que pisaba.

A fines de la guerra civil inició acciones que él y el partido bolchevique sólo podían sostener contra la resistencia de las clases sociales que habían hecho o apoyado a la revolución. Los bolcheviques habían denunciado la democracia burguesa como un fraude que ocultaba la desigualdad de las clases sociales y el predominio de la burguesía. Pero se habían comprometido a mantener la democracia proletaria, garantizando la libertad de expresión y de organización para la clase obrera y el campesinado pobre. Ningún dirigente bolchevique había repetido ese compromiso tan a menudo y con tanto ardor como Trotsky. Ninguno lo repudió ahora tan categóricamente. La paradoja resulta tanto más notable cuanto que, al mismo tiempo, Trotsky se oponía sin afectación a llevar la revolución al extranjero en la punta de las bayonetas. Tal oposición era consecuente con el principio de la democracia proletaria. Si la clase obrera de cualquier país había de ser dueña de su propio destino, entonces era absurdo y aun criminal tratar de imponerle cualquier orden social "desde el exterior". Pero este razonamiento era aplicable *a fortiori* a la clase obrera rusa: ésta también debería haber sido dueña de su propio destino en su propio país. Sin embargo, las líneas políticas que Trotsky ahora formulaba eran incompatibles con aquella *samodeyatelnost,* aquella autodeterminación política de la clase obrera, que él había predicado infatigablemente durante veinte años y habría de volver a predicar durante los diecisiete años de su lucha abierta contra Stalin.

Trotsky, en un principio, promovió las nuevas directivas políticas con el consentimiento de Lenin. Pero, a medida que avanzó, tropezó con la oposición de Lenin y de la mayoría de los bolcheviques, que invocaban el principio de la democracia proletaria. Sus propias ideas exhibían ahora claramente la marca de aquel sustitutismo que él mismo había denunciado antaño como el vicio principal del bolchevismo y como el vicio hereditario, en verdad, de la política revolucionaria rusa. Pues, en opinión de Trotsky,

el Partido, iluminado por la comprensión adecuada de las "tareas de la época" y de su propia "misión histórica", debía sustituir con esa comprensión y esa misión los deseos y los esfuerzos de las amplias fuerzas sociales que él mismo había dirigido en la revolución. Así empezó Trotsky ahora a parecerse a aquella caricatura de Lenin que él mismo había dibujado una vez.[1]

¿Cuál fue la causa de esta extraordinaria transformación? ¿Qué fue lo que hizo que el profeta armado y victorioso de la revolución contradijera la esencia de su propia profecía? Antes de intentar una respuesta, es preciso examinar brevemente la condición económica y social de Rusia, pues a ese plano se había desplazado ahora el drama.

Desde fines de 1919, Trotsky dedicaba sólo una parte secundaria de su atención a los asuntos militares. El resultado de la guerra civil ya no estaba en duda; y durante la última parte de 1920 él se mantuvo un tanto alejado de la dirección de la política militar debido a sus diferencias con el Politburó en relación con la guerra contra Polonia. Pero aun desde antes se había dedicado en cuerpo y alma a los problemas de la reconstrucción económica. Entró en este nuevo campo con la impetuosa confianza en sí mismo que le había dado el éxito obtenido al frente del Comisariado de la Guerra; y propendió a aplicar allí los métodos y las soluciones que había elaborado y comprobado en el terreno militar. El 16 de diciembre de 1919 sometió al Comité Central un conjunto de proposiciones ("Tesis") sobre la transición económica de la guerra a la paz. Entre las medidas que propuso, la más esencial era la militarización del trabajo. Trotsky escribió este documento sólo para los miembros del Comité Central, con la esperanza de iniciar una discusión en el círculo cerrado de éstos. Por un error, Bujarin publicó inmediatamente el documento en *Pravda*. La indiscreción dio lugar a una apasionada controversia pública que duró hasta la primavera de 1921.[2]

Los años de guerra mundial, revolución, guerra civil e intervención habían producido la ruina de la economía de Rusia y la desintegración de su organización social. De esa economía arruinada tuvieron que extraer los bolcheviques los recursos para librar la guerra civil. En 1919, el Ejército Rojo había agotado ya todas las existencias de municiones y otros suministros. Las industrias bajo control soviético no podían reemplazar esas existencias sino en poco más de una fracción. Normalmente el sur de Rusia suministraba combustibles, hierro, acero y materias primas para las industrias del centro y el norte del país. Pero el sur de Rusia, ocupado primero por los alemanes y después por Denikin, estuvo bajo control soviético sólo

[1] Véanse pp. 93-100 del presente libro.
[2] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XV, pp. 10-14, 36.

intermitentemente y durante períodos breves. Cuando por último, a fines de 1919, los bolcheviques regresaron allí para quedarse, se encontraron con que las minas de carbón del valle del Donetz estaban inundadas y las otras industrias destruidas. Privados de combustibles y materias primas, los centros industriales del resto del país quedaron paralizados. Aun a fines de 1920, las minas de carbón producían menos de una décima parte y las fábricas de hierro y acero menos de una vigésima parte de su volumen de preguerra. La producción de bienes de consumo era una cuarta parte de la normal. El desastre todavía se agravó a causa de la destrucción de los transportes. En todo el país las vías férreas y los puentes habían sido volados. El material rodante no había sido renovado, y sólo raramente se le habían hecho reparaciones adecuadas desde 1914. Los transportes, inexorablemente, se iban paralizando. (Esta, dicho sea de paso, fue una de las razones que contribuyeron a la derrota del Ejército Rojo en Polonia. Los Soviets habían reclutado cinco millones de hombres, pero de éstos, menos de 300,000 participaron activamente en las últimas fases de la campaña polaca. A medida que los ejércitos avanzaban, los ferrocarriles eran menos y menos capaces de transportar refuerzos y suministros a regiones cada vez más distantes.) La agricultura también estaba arruinada. Durante seis años los campesinos no habían podido renovar sus equipos. Los ejércitos que se retiraban y avanzaban habían hollado sus campos y requisado sus caballos. Sin embargo, debido a su carácter técnicamente primitivo, la agricultura poseía una mayor capacidad de resistencia que la industria. El *muzhik* trabajaba con la *soja* de madera, que él mismo podía fabricar o reparar.

Los bolcheviques se esforzaron por ejercer el control más estricto sobre los escasos recursos, y de esos esfuerzos nació su Comunismo de Guerra. Nacionalizaron toda la industria. Prohibieron el comercio privado. Enviaron destacamentos de obreros al campo a fin de requisar alimentos para el ejército y los habitantes de las ciudades. El gobierno era incapaz de cobrar impuestos normales, pues carecía de un aparato administrativo para hacerlo. Para sufragar los gastos gubernamentales, las imprentas producían billetes de banco día y noche. La moneda se devaluó a tal punto que los jornales y salarios tenían que ser pagados en especie. La mezquina ración alimenticia constituía el jornal básico. Al obrero también se le pagaba con parte de su propia producción —un par de zapatos o unas pocas piezas de tela—, que él habitualmente cambiaba por alimentos.

Esta serie de medidas desesperadas tuvo para el Partido la apariencia de una realización inesperadamente rápida de su programa. La socialización de la industria se habría llevado a cabo más lenta y cautelosamente si no hubiese habido una guerra civil; pero era, en todo caso, uno de los propósitos principales de la revolución. La requisición de alimentos, la prohibición del comercio privado, el pago de jornales en especie, la falta de valor de la moneda, la aspiración del gobierno a controlar los recursos

económicos de la nación, todo ello parecía, superficialmente, la abolición de aquella economía de mercado libre que era el caldo de cultivo del capitalismo. La economía comunista plenamente desarrollada sobre la que habían especulado los textos marxistas, debería haber sido una economía natural, en la que la producción y la distribución socialmente planificadas tomaran el lugar de la producción para el mercado y de la distribución por medio del dinero. El bolchevique, por lo tanto, se inclinaba a ver los rasgos esenciales del comunismo pleno encarnados en la economía de guerra de 1919-20. Esa inclinación la reafirmaba el austero igualitarismo que su Partido predicaba y practicaba y que le impartía al comunismo de guerra un aspecto romántico y heroico.

En rigor de verdad, el comunismo de guerra era un trágica tergiversación de la visión marxista de la sociedad del futuro. Esa sociedad debía tener como trasfondo recursos productivos altamente desarrollados y organizados y una superabundancia de bienes y servicios. Debía organizar y desarrollar la riqueza social que el capitalismo en sus mejores momentos sólo producía espasmódicamente y no podía controlar, distribuir y fomentar de manera racional. El comunismo debía abolir la desigualdad económica de una vez por todas mediante la uniformación de los niveles de vida. El comunismo de guerra, por el contrario, había sido el resultado de la desintegración social, de la destrucción y desorganización de los recursos productivos y de una escasez de bienes y servicios que no tenía paralelo. Trató, es cierto, de abolir la desigualdad, pero necesariamente tuvo que hacerlo uniformando hacia abajo los niveles de vida y universalizando la pobreza.[3]

El sistema no podía funcionar por mucho tiempo. Las requisiciones de alimentos y la prohibición del comercio privado ayudaron por el momento al gobierno a capear las dificultades más extremas. Pero, a la larga, esa política agravó y aceleró la contracción y desintegración de la economía. El campesino empezó a cultivar sólo la porción de su tierra que bastaba para mantener viva a su familia. Se negó a producir el excedente que los escuadrones de requisidores andaban buscando. Cuando el campo se niega a producir alimentos para la ciudad, aun los rudimentos de la civilización urbana se vienen abajo. Las ciudades de Rusia se despoblaron. Los obreros se fueron al campo para escapar al hambre. Los que permanecieron en las ciudades se desmayaban sobre sus herramientas, producían muy poco y a menudo se robaban lo que producían para cambiarlo por comida. El antiguo mercado normal había sido abolido, en efecto. Pero su vástago bastardo, el mercado negro, despojaba al país, pervirtiendo y degradando vengativamente las relaciones humanas. Esto podía durar un año o algo más, pero el fin sería inevitablemente el colapso de toda forma de gobierno

[3] El lector hallará una descripción detallada e instructiva del comunismo de guerra en E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution*, vol. II.

y la disolución de la sociedad.

Tal era la situación en la que Trotsky concentró su atención a fines de 1919. Para encararla con posibilidades de éxito, había que optar por una de dos líneas de acción. El gobierno podía poner fin a la requisición de alimentos de los campesinos y establecer un impuesto agrícola, en especie o en dinero. Después que el campesino hubiese pagado sus impuestos, podría permitírsele disponer de su cosecha como le viniera en ganas: consumiéndola, vendiéndola o canjeándola. Esto lo habría inducido a producir los excedentes para el consumo de las ciudades. Restaurado el flujo de alimentos del campo a las ciudades, podía esperarse el resurgimiento de las industrias controladas por el Estado. Esta, en verdad, habría sido la única solución real. Pero una reforma de ese tipo implicaba el renacimiento del comercio privado y no podía sino destruir todo el edificio del comunismo de guerra, cuya erección tanto enorgullecía a los bolcheviques.

La alternativa consistía en buscar una solución dentro del círculo vicioso del comunismo de guerra. Si el gobierno había de seguir requisando alimentos y prohibiendo el comercio privado, tenía que aumentar la presión sobre el campesinado, primero para hacerlo producir más alimentos y después para requisar éstos. También podía ofrecer recompensas especiales a los productores de alimentos: ropa, calzado, implementos agrícolas. No podía hacer tal cosa, sin embargo, antes de que los obreros hambreados hubiesen reparado y puesto en marcha las plantas industriales destruidas y arruinadas y empezaran a producir los bienes de consumo que el campesinado anhelaba. El gobierno, por consiguiente, se vio obligado a ejercer presión para lograr una mayor producción industrial. Puesto que no tenía incentivos que ofrecer a los obreros, tuvo que aplicar más coacción tanto a ellos como a los campesinos. El hecho de que el gobierno continuara ignorando las realidades hasta meterse en un callejón sin salida y de que sólo pudiera sostenerse mediante dosis cada vez mayores de violencia, fue una señal segura del carácter utópico del comunismo de guerra.

Trotsky, en un principio no rebasó los límites de la política aceptada. Le preocupaban los medios a través de los cuales se podría reagrupar y devolver a la industria a la clase obrera dispersa. Estaban los obreros que habían huido al campo; estaban los que, en busca de alimentos, habían abandonado sus trabajos especializados por otros no especializados; y estaban aquellos desclasados completamente entregados al mercado negro y perdidos para la industria. ¿Cómo podría lograrse que todos regresaran a un ambiente normal y se reintegraran al aparato productivo de la nación? Puesto que no se les podía atraer prometiéndoles una vida mejor, concluyó Trotsky, era preciso reclutarlos para las fábricas tal como se hacía con los soldados. Así, empíricamente, llegó a concebir la idea de la militarización del trabajo. La revolución había proclamado el deber que todo ciudadano tenía de trabajar y había declarado que "el que no trabaja no

come". Ahora, sostuvo Trotsky, había llegado el momento de hacer cumplir ese deber. La revolución había enviado centenares de miles de hombres a morir en los campos de batalla. Seguramente tenía el derecho moral de enviar a la gente a los talleres y a las minas, donde debía librarse la nueva batalla por la supervivencia.

En las "Tesis" que *Pravda* publicó prematuramente el 17 de diciembre de 1919, Trotsky vinculaba característicamente este esquema con la reforma militar que tenía en mente: la transición del ejército al sistema de milicias. Propuso que la maquinaria de la movilización militar fuera utilizada para la movilización de la mano de obra civil. Resulta extraño cómo su aspiración a llevar a cabo una reforma sumamente democrática en el ejército iba acompañada por su intento de introducir esta forma extrema de compulsión del trabajo. Por una parte, el ejército debería quedar saturado de civilismo. Sus destacamentos se organizarían sobre la base de unidades de producción. Por otra parte, la fuerza obrera civil debería quedar sujeta a la disciplina militar; y la administración militar debería suministrar mano de obra a las unidades industriales. El Comisariado de la Guerra asumiría las funciones del Comisariado del Trabajo.[4]

Lenin apoyó de todo corazón la política de Trotsky, puesto que el comunismo de guerra, al cual se aferraba, sólo podía funcionar a condición de que las medidas propuestas por Trotsky tuvieran éxito. Lenin tampoco se opuso a que el Comisariado de la Guerra se hiciera cargo de suministrar la mano de obra industrial. El mismo había tenido que organizar las secciones civiles de su administración a partir de cero; y, después de los años de guerra civil, la mayor parte de ellas se hallaba aún en una etapa rudimentaria. El Comisariado de la Guerra había absorbido a los mejores hombres, había tenido prioridad en el aprovechamiento de los recursos del gobierno y estaba dirigido por el administrador más lúcido. Su maquinaria, formidable y sumamente eficiente, era la parte más sólida de la administración de Lenin, su verdadero eje. Desplazar la actividad del Comisariado al terreno civil parecía una cuestión de conveniencia administrativa.

Apenas se dieron a conocer, estas proposiciones desencadenaron un alud de protestas. En las conferencias de miembros del Partido, administradores y sindicalistas, Trotsky fue abucheado como el "nuevo Arakchéiev", como el imitador de aquel general y Ministro de la Guerra de triste recuerdo, que, bajo Alejandro I y Nicolás I, había establecido colonias agrícolas militares y las había gobernado con puño de hierro. *Arakcheievshchina* había sido desde entonces el nombre aplicado a los grotescos caprichos de la fantasía burocrático-militar en el campo de la política económica y social. El clamor de protesta se elevó en los periódicos bolcheviques por boca de

[4] El 27 de diciembre de 1919 se anunció que el gobierno había creado una Comisión sobre los Deberes del Trabajo, presidida por Trotsky.

los antiguos compañeros de Trotsky, Riazánov y Larin, de los eminentes bolcheviques Rikov, Miliutin, Noguín, Goltzmann y otros. La fatiga de la guerra civil y la impaciencia frente al arquitecto de la victoria se mezclaron en estas protestas. Como sucede habitualmente en una época de reacción originada por las tensiones y los sacrificios de la guerra, la gente estaba dispuesta a cubrir de laureles al hombre que había hecho posible la victoria. Pero estaba más ansiosa aún de librarse de los rigores de la disciplina de tiempos de guerra, y se volvía en busca de orientación a los hombres de temperamento menos fogoso y talento menos espléndido, pero dispuestos a seguir cursos de acción más benignos. Viejos bolcheviques curtidos en las batallas declararon sin tapujos que ya habían sufrido bastantes imposiciones del ejército, que el Comisariado de la Guerra había mantenido al país bajo el terror y había succionado su sangre durante mucho tiempo, y que ellos no estaban dispuestos a tolerar las nuevas ambiciones de Trotsky.

La situación hizo crisis el 12 de enero de 1920, cuando Lenin y Trotsky comparecieron ante los dirigentes bolcheviques de los sindicatos y los instaron a aceptar la militarización. Trotsky hizo la defensa de su ejecutoria pasada. Si su Comisariado, dijo, había "saqueado" al país e impuesto una disciplina rigurosa, lo había hecho para ganar la guerra. Era un afrenta y un "pecado contra el espíritu de la revolución" echarle eso en cara ahora e incitar a la clase obrera contra el ejército. Sus adversarios asumían una actitud de complacencia frente a la situación económica del país. Los periódicos ocultaban el verdadero estado de cosas. "Es necesario declarar abierta y francamente, para que todo el país lo escuche, que nuestra situación económica es cien veces peor de lo que fue jamás nuestra situación militar... Así como una vez dictamos la orden de '¡Proletarios al caballo!', ahora debemos dar el grito de '¡Proletarios, volved a los talleres! ¡Proletarios, volved a la producción!' ".[3] La fuerza obrera de la nación seguía reduciéndose y degenerando. No era posible salvarla, reconstituirla y rehabilitarla sin la aplicación de medidas coercitivas. Lenin habló en el mismo tono. Empero, la conferencia rechazó casi por unanimidad la resolución que él y Trotsky sometieron conjuntamente. De más de sesenta dirigentes bolcheviques, sólo dos votaron a favor. Nunca antes habían sufrido Trotsky ni Lenin un rechazo tan contundente.

Las censuras de Lenin a la complacencia de sus críticos no eran injustificadas. Los críticos no proponían ni podían proponer ninguna alternativa práctica. Ellos también se aferraban al comunismo de guerra y sólo desaprobaban la conclusión que Trotsky había derivado de éste. A Trotsky, por consiguiente, le resultó fácil demostrar la inconsecuencia de aquéllos. Con todo, en esa misma falta de consecuencia había cierto realismo y cierto escrúpulo estimables. Los adversarios de Trotsky se negaban a creer que

[3] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XV, pp. 27-52.

el mecanismo de la economía pudiera ponerse en marcha por medio de órdenes militares, y estaban convencidos de que era incorrecto que un Estado obrero actuara como un capataz con su propia clase obrera.[6]

Mientras tanto, el primer ejército del trabajo quedó organizado, no por medio de la militarización de los obreros civiles, sino de la transformación de un ejército regular en una fuerza de trabajo. La iniciativa provino del Consejo de Guerra Revolucionario del Tercer Ejército, destacado en los Urales. Después de su victoria sobre Kolchak, ese ejército desperdició en el ocio su tiempo y sus energías. No podía licenciar y despachar a sus hombres de regreso a sus hogares, debido principalmente a la falta de transportes. Su Consejo de Guerra Revolucionario propuso que, en el ínterin, el ejército fuera empleado en los trabajos de desmonte, el cultivo de la tierra y otras labores. Lenin y Trotsky acogieron favorablemente la sugestión, que les daba una oportunidad de llevar su política a la práctica virtualmente sin oposición, puesto que los sindicatos no se oponían a la utilización productiva de los regimientos ociosos.[7]

Trotsky abrigaba la esperanza de usar este experimento como un punto de partida para la conscripción y dirección de la mano de obra civil. Nada era más sencillo que el ejército, antes de licenciar a sus hombres, hiciera un censo de sus capacidades productivas, anotara el oficio de cada soldado en su hoja de servicios y luego lo enviara directamente desde el punto de desmovilización al lugar de trabajo donde se le necesitaba. Trotsky planeó combinar la hoja de servicios del soldado con la libreta de trabajo del obrero, recurso éste que también facilitaría la formación de milicias sobre la base de las unidades de producción. Esta era una idea brillante. Su falla consistía en que el soldado licenciado, ansioso de reunirse con su familia o de buscar una vida mejor, probablemente abandonaría el lugar de trabajo al que había sido enviado. Trotsky elaboró planes para la organización de centros de alimentación comunales para atraer a los obreros, pero tales planes eran irrealizables en medio del hambre y los desórdenes de la época. Desplegó originalidad e inventiva en grado asombroso, pero su imaginación operaba febrilmente en un vacío y sus ideas no coincidían con la realidad.

Después del ejército de los Urales, los ejércitos del Cáucaso y de Ucrania fueron puestos a trabajar en minas, bosques y campos. Trotsky encabezó toda la organización. El general Bonch-Bruévich era su Jefe de Estado Mayor, Piatakov era su representante en los Urales, y Stalin era comisario en jefe del ejército del trabajo en Ucrania. La organización mantenía la disciplina militar, y cada ejército del trabajo informaba regularmente sobre sus éxitos y fracasos en los "frentes". (Trotsky fue el primero que

[6] Esta controversia llenó las páginas de *Ekonomicheskaya Zhizn* y *Pravda* durante enero de 1920.

[7] *The Trotsky Archives.*

aplicó sistemáticamente términos, símbolos y metáforas militares a las cuestiones económicas civiles, introduciendo así un estilo fresco y vívido en el idioma ruso, estilo que más tarde se fosilizó en una jerga burocrática y se propagó a otros idiomas.) Las opiniones sobre la eficiencia económica de los ejércitos del trabajo estaban divididas: en todo caso, no pudo haber sido inferior a la de la mano de obra civil en la misma época. Los bolcheviques aclamaron a los ejércitos del trabajo, especialmente después que Trotsky hizo todo lo posible por apaciguar a los sindicatos y exhortó a los ejércitos del trabajo a que colaboraran amistosamente con éstos.

Trotsky puso en este trabajo su pasión moral y su *élan* teatral, que lo llevó, sin embargo, a exagerar la significación de lo que hacía y a idealizar falsamente lo que en el mejor de los casos no eran sino tristes imposiciones de la necesidad. Así, por ejemplo, escribió en una de sus órdenes a los Ejércitos del Trabajo:

> Desplegad una incansable energía en vuestro trabajo, como si estuviérais en marcha o en combate... Los comandantes y los comisarios son responsables de sus destacamentos lo mismo en el trabajo que en el combate... Las secciones políticas deben cultivar el espíritu del trabajador en el soldado y preservar al soldado en el trabajador... Un desertor del trabajo es tan despreciable y tan indigno como un desertor del campo de batalla. ¡Severo castigo para ambos!... Comenzad y completad vuestro trabajo, dondequiera que sea posible, al son de himnos y canciones socialistas. Vuestro trabajo no es trabajo de esclavos, sino un elevado servicio a la Patria socialista.[8]

El 8 de febrero salió con sus ayudantes hacia los Urales, en el primer viaje de inspección de los ejércitos del trabajo. En *En Ruta,* el periódico publicado a bordo de su tren, se dirigió así a su personal:

> La antigua organización capitalista del trabajo ha sido destruida irrevocablemente y para siempre. La nueva organización socialista apenas empieza a cobrar forma. Debemos convertirnos en constructores conscientes y abnegados de la economía socialista. Sólo en este sendero hallaremos salida, salvación, cordialidad y contento. Debemos empezar desde los cimientos... Nuestro tren avanza hacia los Urales del norte, donde dedicaremos toda nuestra fuerza a la organización del trabajo en el que los obreros y los campesinos de los Urales y los hombres del Ejército Rojo... participarán hombro con hombro. ¡Pan para los hambrientos! ¡Combustible para los que padecen frío! Esta es la consigna de nuestro equipo en esta ocasión.[9]

[8] *Pravda,* 16 de enero de 1920.
[9] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XV, pp. 324-325.

Acababa de escribir estas palabras cuando, en mitad de la noche, fue sacudido por una violenta conmoción. El tren había descarrilado bajo una gran nevada. Durante el resto de la noche y todo el día siguiente el tren permaneció atascado en la nieve, casi a la vista de una pequeña estación. Ni un alma se presentó a preguntar qué había sucedido. Los jefes de estaciones habían dejado de señalar el paso de los trenes; incluso el tren del Presidente del Supremo Consejo de Guerra había pasado inadvertido. Pese a la amenaza de una corte marcial, nadie se molestó en despejar la nieve que cubría los rieles. El accidente le reveló a Trotsky, inesperadamente, el vacío cada vez mayor que rodeaba las líneas políticas y los planes gubernamentales. Una apatía insondable se había apoderado de la gente. Trotsky se indignó, llevó a cabo una investigación en el lugar de los hechos y puso en acción a un tribunal militar. Pero no pudo dejar de reflexionar que la represión no podría remediar por sí sola la aturdida insensibilidad de la gente. Sus aprensiones se intensificaron durante su estadía en los campos de los Urales. Allí cobró conciencia, agudamente, de que la energía y la vitalidad de la nación se estaban secando en su fuente misma: en la granja rural.

Entonces empezó a buscar remedios fuera del marco del comunismo de guerra. Regresó a Moscú con la conclusión de que era necesario devolverle al campesinado cierto grado de libertad económica. En términos claros y precisos esbozó la única reforma que podría sacar a la nación de su estancamiento. Había que poner fin a la requisición de alimentos. Había que estimular al campesino a cosechar y vender excedentes con una ganancia. El gobierno y el Partido no estaban conscientes de la magnitud del desastre porque la última recolección forzosa había producido más alimentos que la anterior. Esto, sostuvo, se debía a que después de la retirada de las Guardias Blancas las requisiciones se habían efectuado en un área mucho más extensa que antes. "En general, sin embargo, las reservas de alimentos se encuentran en peligro de agotarse, y contra esto no sirve ningún perfeccionamiento del aparato de requisición". Por ese camino se iba a una desorganización mayor, a una reducción mayor de la fuerza de trabajo y a la degradación económica y política final.[10]

En el Comité Central sus argumentos no resultaron convincentes. Lenin no estaba dispuesto a suspender las requisiciones. La reforma que Trotsky

[10] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, pp. 543-544. No es seguro, sin embargo, que Trotsky haya estado consciente de que sus proposiciones, de ser aceptadas, habrían conducido inevitablemente a la liquidación de las prácticas del comunismo de guerra incluidas las que él mismo defendía. En años posteriores sostuvo que él había abogado por la militarización del trabajo sólo en el contexto del comunismo de guerra. En el décimo Congreso del Partido, sin embargo, cuando se introdujo la NEP, él insistió en que su política laboral conservaba validez y no estaba necesariamente vinculada con el comunismo de guerra. Véase *Desiati Syezd RKP*, p. 191, y *Mi vida*, tomo II, cap. "Transición a la política económica y mis relaciones con Lenin".

proponía le parecía como un salto en la oscuridad. El gobierno, sostuvo, había demostrado ya demasiado apresuramiento en la preparación de la transición a la paz: el propio Trotsky acababa de advertirle al Comité Central que Polonia se disponía a atacar. Parecía más seguro perseverar en una política establecida que ponerse a chapucear con los suministros de alimentos del ejército, que, después de todo, se habían obtenido por medio de las requisiciones. Pero eso no era todo. Lenin y el Comité Central todavía no renunciaban a las ilusiones del comunismo de guerra. Todavía confiaban en que el sistema, habiendo rendido valiosos servicios en la guerra, sería más útil aún en la paz. Trotsky proponía que se pusiera nuevamente a la economía a merced de los traicioneros vaivenes de un mercado libre. Eso era lo que exigían los mencheviques. A Trotsky se le preguntó si estaba de acuerdo con ellos, si se había convertido en partidario del comercio libre.[11] Se le dijo que el Partido había avanzado hacia una economía organizada y controlada y no se dejaría arrastrar hacia atrás.

El Comité Central rechazó sus proposiciones. No fue sino un año más tarde, después que el fracaso del comunismo de guerra quedó demostrado de manera trágicamente categórica, cuando Lenin hizo las mismas proposiciones y las puso en práctica bajo el nombre de Nueva Política Económica (NEP). Esto fue aclamado entonces, y lo es todavía, como una hazaña del genio de Lenin, como una extraordinaria proeza de estadista valeroso y antidogmático. A la luz de los hechos, parece que la hazaña fue, cuando menos, elogiada en exceso; y que cuando Trotsky les reprochó más tarde a Lenin y al Comité Central haber iniciado los cambios más importantes en la política económica con un retraso de un año o dos, la censura no fue del todo inmerecida.[12] El incidente demuestra también cuán irreal es la yuxtaposición, según las versiones stalinistas, de Lenin el amigo y Trotsky el enemigo del campesinado: la reputación de Lenin como benefactor del *muzhik* descansa principalmente en la Nueva Política Económica.

Yoffe, a quien conocemos como amigo íntimo de Trotsky, comentó en la carta que le escribió a éste antes de suicidarse en 1927, que la mayor debilidad de Trotsky consistía en no persistir en su sabiduría, especialmente cuando ser sabio era estar solo.[13] Podría añadirse que en esta ocasión, Trotsky, repudiado por su sabiduría, se sumió nuevamente en la tontería imperante y persistió en ella con un ardor que aun los tontos consideraron demasiado tonto. Después que el Comité Central rechazó sus proposiciones, Trotsky le volvió la espalda al asunto. No lo planteó nuevamente, ni siquiera mediante una alusión, en el noveno Congreso del Partido que tuvo lugar un mes más tarde, a fines de marzo de 1920. En lugar de ello, se presentó como el principal formulador de la política económica del go-

[11] *Desiati Syezd RKP, loc. cit.*

[12] Véanse los mensajes de Trotsky al Comité Central y al Politburó del 7 de agosto de 1921 y el 22 de agosto de 1922. *The Trotsky Archives.*

[13] *Ibid.*

bierno y expuso un plan maestro para la siguiente fase del comunismo de guerra. ¿Llegó a convencerse tal vez de que la revisión de la política económica que él había sugerido era inoportuna? ¿Consideró impolítico abogar por una reforma que los mencheviques también propugnaban? ¿Temió que el Partido en general no estuviera en actitud favorable? Probablemente todos estos motivos contribuyeron a determinar su actuación.

La economía de la nación continuó decayendo. La necesidad de una acción radical se hizo más urgente. Como el Partido se había negado a atenuar los rigores del comunismo de guerra, tuvo que agravarlos. Trotsky consintió en echar sobre sus hombros la responsabilidad y el oprobio de la tarea. El Politburó le pidió urgentemente que se hiciera cargo del arruinado sistema de transportes y le ofreció apoyarlo sin reservas en cualquier curso de acción que él tomara, no importaba cuán riguroso fuese. Trotsky alegó su incompetencia en el ramo, pero convino en hacerse cargo provisionalmente del departamento de transportes además del de la guerra.[14] Con renovada confianza volvió sobre el tema de la militarización del trabajo. Esta, dijo en el Congreso, era indispensable para la integración y el desarrollo de los recursos de la nación bajo un solo plan económico. La economía planificada todavía estaba lejos, pero el Partido y la nación no podían esperar acercarse a ella con pasos cautelosos y bien medidos. En el pasado, Rusia siempre había avanzado a saltos violentos, y así seguiría haciéndolo. La compulsión del trabajo era, por supuesto, inconcebible bajo el socialismo plenamente desarrollado, pero *"alcanzaría el más alto grado de intensidad durante la transición del capitalismo al socialismo"*. Trotsky instó al Congreso a que aprobara medidas disciplinarias "cuya severidad debe corresponder al trágico carácter de nuestra situación económica": los "desertores del trabajo" deberían ser formados en batallones punitivos o enviados a campos de concentración.[15] También abogó por los incentivos salariales y la "emulación socialista", y habló de la necesidad de adoptar la esencia progresista del "taylorismo", la concepción norteamericana de la administración y organización eficientes del trabajo, de la que el capitalismo había abusado y los trabajadores odiaban con razón, pero que el socialismo podía y debía utilizar racionalmente. Estas eran, entonces, ideas sorprendentes. Una minoría del Congreso las atacó y se resistió con indignación a la tendencia disciplinaria de la política de Trotsky. Esa minoría estaba formada por los "libertarios", los "ultraizquierdistas" y los "centralistas democráticos", encabezados por Osinsky, Saprónov y Preobrazhensky, hombres con los que Trotsky haría causa común en el futuro contra Stalin. Ahora fue su principal adversario, y se ganó a la mayoría del Congreso.[16]

[14] Véase la correspondencia entre Lenin y Trotsky (1o. de febrero y 9 de marzo de 1920), *ibid.*

[15] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XV, p. 126.

[16] *Desiati Syezd RKP*, pp. 81-84, 123-136.

Poco después expuso y elaboró nuevamente su política en el Congreso de los sindicatos. Exigió que éstos disciplinaran a los trabajadores y los enseñaran a colocar los intereses de la producción por encima de sus propias necesidades y exigencias. El Consejo Central de los sindicatos estaba dividido ya en dos grupos: uno apoyaba la actitud "produccionista" de Trotsky, y el otro, encabezado por Tomsky, consideraba que los sindicatos no podían dejar de defender las exigencias "consumistas" de los trabajadores. Trotsky argumentó que los trabajadores debían producir primero los recursos con los cuales podrían satisfacerse sus exigencias, y debían recordar que estaban trabajando para un Estado obrero, no para las antiguas clases poseedoras. La mayoría de los sindicalistas bolcheviques sabía por experiencia que tales exhortaciones no impresionaban a los hombres hambrientos. Pero, puesto que el Partido había apoyado la política de Trotsky, ellos no podían combatirla en público. En el Congreso, los mencheviques se convirtieron en los portavoces del descontento. Atacaron a los ejércitos del trabajo. Le negaron al gobierno el derecho de reclutar a los obreros y de privarlos de la libertad de defender sus intereses. Argumentaron que el trabajo compulsorio era ineficiente. "No se puede construir una economía planificada", exclamó Abramóvich, el menchevique, "de la misma manera que los faraones construyeron sus pirámides".[17] Abramóvich acuñó así la frase que Trotsky habría de repetir años más tarde contra Stalin. Los mencheviques pisaban terreno firme, y el hecho de que su ejecutoria en la revolución hubiese sido deficiente e incluso odiosa no podía disminuir la lógica y la verdad de sus argumentos. El propio Trotsky no podía contradecirlos sinceramente cuando sostenían que el despilfarro de la fuerza obrera industrial no podría cesar mientras a los campesinos no se les permitiera vender sus cosechas libremente.[18]

La respuesta de Trotsky a las críticas no iba mucho más allá de un brillante despliegue de sofismas. Su interés histórico reside en el hecho de que éste ha sido tal vez el único intento franco que se ha hecho en los tiempos modernos para justificar lógicamente el trabajo forzado: los verdaderos capataces y jefes de cuadrillas no se toman la molestia de producir tales justificaciones. El meollo del razonamiento de Trotsky era que, bajo cualquier orden social, "el hombre debe trabajar a fin de no morir": que el trabajo, por consiguiente, siempre era compulsorio; y que los comunistas debían abordar el problema sin hipocresía, porque eran los primeros que organizaban el trabajo para beneficio de la sociedad en general. Así negó por implicación, la importancia de las diferencias de forma y grado en que la compulsión natural del trabajo se manifestaba bajo diferentes sistemas sociales. El hombre había trabajado como esclavo, siervo, artesano libre,

[17] *Tretii Vserossiskii Syezd Profsoyúzov*, p. 97.

[18] El alegato en favor de un cambio de política que prefiguró la NEP lo hizo en el Congreso el menchevique Dallin. *Ibid.*, p. 8.

campesino independiente y asalariado libre. La compulsión natural del trabajo había sido agravada o atenuada por las relaciones sociales. El hombre había luchado contra la esclavitud, la servidumbre y el capitalismo a fin de atenuar esa compulsión. La Revolución Rusa había prometido atenuarla radicalmente por medio de la organización económica racional. No era culpa de la revolución que, debido a la pobreza heredada y a la devastación de varias guerras y del bloqueo, no pudiera cumplir su promesa. Pero los bolcheviques no tenían que haber repudiado expresamente esa promesa. Esto era lo que Trotsky parecía hacer cuando les decía a los sindicatos que la coerción, la regimentación y la militarización del trabajo no eran simples medidas de emergencia y que el Estado obrero tenía normalmente el derecho de obligar a cualquier ciudadano a realizar cualquier trabajo en cualquier lugar escogido por el Estado.

> Ahora nos encaminamos al tipo de trabajo [declaró Trotsky] que está socialmente reglamentado sobre la base de un plan económico, obligatorio para todo el país, compulsivo para cada trabajador. Esta es la base del socialismo... La militarización del trabajo, en este sentido fundamental de que he hablado, es el método básico indispensable para la organización de nuestras fuerzas laborales... ¿Es cierto que el trabajo compulsivo es siempre improductivo?... Este es el más mezquino y miserable prejuicio liberal: la esclavitud también fue productiva... El trabajo compulsivo de los siervos no nació de la mala voluntad de los señores feudales. Fue [en su tiempo] un fenómeno progresista.[19]

Arrastrado por su deseo de justificar las medidas que auspiciaba, Trotsky, el rebelde por excelencia, el defensor de la revolución permanente, se acercó considerablemente a la posición del apologista de los sistemas de coerción y explotación del pasado.

Durante algún tiempo la guerra con Polonia embotó el filo de esta controversia. El peligro desde el exterior indujo una vez más al pueblo a aceptar sin protestas las prácticas que anteriormente habían suscitado su intenso resentimiento. En el período culminante de la guerra, Trotsky, rodeado por un equipo de técnicos, hizo un resuelto esfuerzo por poner a funcionar los ferrocarriles. Para entonces las existencias de locomotoras estaban agotadas casi totalmente. Los ingenieros predijeron la fecha exacta —sólo unos cuantos meses más tarde— en que ni un solo ferrocarril quedaría funcionando en Rusia. Trotsky puso a los ferroviarios y al personal de los talleres de reparación bajo la ley marcial, y organizó la rehabilitación sistemática y rápida del equipo rodante. Visitó los talleres de reparación para decirles a los obreros que el país estaba pagando su indolencia con sangre porque la paralización de los transportes había estimulado

[19] *Ibid.*, pp. 87-96.

a los polacos a atacar. "La situación del obrero", declaró, "es penosa en todo sentido... es peor que nunca. Yo los engañaría a ustedes si les dijera que mañana será mejor. No; tenemos por delante meses de dura lucha hasta que podamos sacar a nuestro país de esta terrible miseria y postración, hasta que podamos dejar de pesar nuestra ración de pan en la báscula del farmacéutico".[20] Cuando el sindicato de ferroviarios planteó objeciones a su acción, él destituyó a sus dirigentes y nombró otros que estaban dispuestos a acatar sus órdenes. Repitió este procedimiento en otros sindicatos de los transportes. A principios de septiembre constituyó la *Tsektran*, la Comisión Central de Transportes, a través de la cual puso todo el sector de los transportes bajo su control. El Politburó lo apoyó sin reservas tal como se lo había prometido. La observancia de los derechos electorales y de los procedimientos de votación parecían en aquel momento tan poco pertinentes como lo habrían parecido en una ciudad asolada por la peste. Trotsky obtuvo resultados y sobrepasó las expectativas: los ferrocarriles quedaron rehabilitados en menos tiempo del que se había calculado —"la circulación sanguínea del organismo económico fue restablecida"— y él fue aclamado por la hazaña.[21]

Pero no bien hubo concluido la guerra con Polonia las quejas y las disensiones estallaron nuevamente y con mayor fuerza que antes. El propio Trotsky provocó el estallido. Arrebatado por el éxito, amenazó con "sacudir" a varios sindicatos en la misma forma en que había "sacudido" a los de los obreros de los transportes, es decir, destituyendo a los dirigentes electos de los sindicatos y reemplazándolos por dirigentes nombrados que estaban dispuestos a colocar los intereses económicos de la nación por encima de los intereses particulares de los obreros. Esta vez se le pasó la mano. Lenin le retiró su apoyo en forma tajante y persuadió al Comité Central a que hiciera lo mismo. El Comité exhortó abiertamente al Partido a resistir con energía "las formas de trabajo militarizadas y burocráticas" y censuró el "centralismo degenerado" que pasaba sin contemplaciones por encima de los representantes electos de los trabajadores. Llamó al Partido a reestablecer la democracia proletaria en los sindicatos y a subordinar a esta tarea todas las demás consideraciones.[22] Una comisión especial fue creada para velar por el cumplimiento de estas decisiones. Zinóviev la presidía y, aunque Trotsky era uno de sus miembros, casi

[20] Véase su discurso en los talleres de Muromsk el 21 de junio de 1920, en *Obras* (ed. rusa), vol. XV, p. 368.

[21] Sobre la famosa Orden núm. 1042 relativa a los ferrocarriles, véase *ibid.*, pp. 345-347. Más tarde ese mismo año Trotsky fue nombrado jefe de las comisiones especiales que tomaron medidas de emergencia para rehabilitar las industrias del valle del Donetz y los Urales.

[22] Véanse el informe del Comité Central en *Izvestia Tsentrálnogo Komiteta RKP*, núm. 26, 1920, y G. Zinóviev, *Obras* (ed. rusa), vol. VI, pp. 600 sigs.

todos los demás eran sus adversarios.[23] Como golpe final, el Comité Central le prohibió a Trotsky hablar en público sobre las relaciones entre los sindicatos y el Estado.

Trotsky, que no se sentía arrepentido, se consideró agraviado. A principios de diciembre, en una sesión cerrada de la *Tsektran,* volvió a atacar a los sindicalistas, quienes, según dijo, habían sido buenos para hacer huelgas en los viejos tiempos pero mostraban poca comprensión de las necesidades de una economía socialista. Defendió su práctica de pasar por encima de las decisiones de aquéllos, rechazó con desdén la demanda de elecciones en los sindicatos y atacó a quienes alegaban que una nueva burocracia estaba resucitando los métodos zaristas de gobierno. "La burocracia. . .", replicó, "no fue un descubrimiento del zarismo. Ha representado toda una época en el desarrollo de la humanidad", una época que de ninguna manera había concluido. Una administración civil competente y jerárquicamente organizada tenía sus méritos, y Rusia no sufría por el exceso sino por la falta de una burocracia eficiente. Subrayó este punto repetidamente, argumentando que en bien de la eficiencia era necesario conceder ciertos privilegios limitados a la burocracia. Así se convirtió en el portavoz de los grupos administrativos, y esto le permitió más tarde a Stalin acusarlo en forma convincente de ser el "patriarca de los burócratas".[24] Trotsky manifestó estar seguro de que podría ganar apoyo popular para su política, pero el colapso económico y social no dejaba tiempo para la aplicación del proceso democrático, que funcionaba con insoportable lentitud debido al bajo nivel cultural y político de las masas rusas. "Lo que ustedes llaman despotismo y dirección a través de dirigentes nombrados existe en proporción inversa al esclarecimiento de las masas, a sus niveles culturales, a su conciencia política y a la fuerza de nuestra maquinaria administrativa".[25]

El Comité Central lo repudió una vez más. Trotsky, enojado, les recordó a Lenin y a los demás miembros las numerosas ocasiones en que lo habían instado privadamente a él, el "resolvedor de dificultades", a que obrara inflexiblemente y sin miramientos democráticos. Era desleal por parte de ellos, observó, pretender en público que defendían el principio democrático en oposición a él.[26]

El mal más profundo que afectaba a todo el sistema de gobierno, y del

[23] La Comisión estaba formada por Zinóviev, Tomsky, Rudzutak, Ríkov y Trotsky. Más tarde fueron cooptados Shliápnikov, Lutovínov, Lozovsky y Andréiev. De éstos, sólo Andréiev, que treinta años más tarde todavía era miembro del último Politburó de Stalin, compartía la opinión de Trotsky.

[24] Stalin, *Obras* (ed. rusa), vol. VI, p. 29.

[25] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XV, p. 422.

[26] *Desiati Syezd RKP,* p. 215.

cual esta pugna no era más que un síntoma, residía en la frustración de las esperanzas populares que la revolución había despertado. Por primera vez desde 1917, el grueso de la clase obrera, por no mencionar al campesinado, se volvió inequívocamente contra los bolcheviques. Una sensación de aislamiento empezó a apoderarse del grupo gobernante. La clase obrera, ciertamente, no estaba arrepentida de haber hecho la revolución. Seguía identificándose con ella y recibía con intensa hostilidad cualquier agitación abiertamente contrarrevolucionaria. "Octubre" se había grabado tan profundamente en la mente popular que los mencheviques y los social-revolucionarios estaban obligados ahora a prologar sus críticas al gobierno con una aceptación explícita de las "conquistas de Octubre". Ello no obstante, la oposición a las directivas bolcheviques del momento era igualmente intensa y generalizada. Los mencheviques y los social-revolucionarios, que durante tres años habían estado completamente eclipsados y apenas se habían atrevido a alzar la cabeza, empezaron a reconquistar cierto favor popular. La gente escuchaba con simpatía cada vez mayor a los agitadores anarquistas que denunciaban violentamente al régimen bolchevique. Si los bolcheviques hubiesen permitido unas elecciones libres a los Soviets en aquel momento, es casi seguro que habrían sido barridos del poder.[27]

Los bolcheviques estaban firmemente resueltos a no permitir tal cosa. Sería erróneo sostener que se aferraban al poder por el poder mismo. El Partido en general estaba animado aún por aquel idealismo revolucionario de que había dado pruebas tan abundantes en su lucha clandestina y en la guerra civil. Se aferraba al poder porque identificaba el destino de la república con el suyo propio y veía en sí mismo la única fuerza capaz de salvaguardar la revolución. Fue una suerte para la revolución —y también su desgracia— que esta creencia de los bolcheviques estuviese profundamente justificada. La revolución difícilmente habría sobrevivido sin un partido que le fuera tan fanáticamente devoto como el de los bolcheviques. Pero si hubiese existido otro partido igualmente devoto de la revolución e igualmente vigoroso en la acción, ese partido podría haber desplazado, como consecuencia de unas elecciones, al gobierno de Lenin sin poner en peligro al joven Estado. Semejante partido no existía. El triunfo de los mencheviques y los social-revolucionarios habría acarreado la destrucción de la Revolución de Octubre. Cuando menos, habría alentado a las Guardias Blancas a probar fortuna una vez más y a levantarse en armas. Por puro instinto de conservación, así como por otros motivos más complejos, los bolcheviques no podían contemplar siquiera tal posibilidad. No podían aceptar, como exigencia de la democracia, retirarse del poder y lanzar al

[27] Muchos dirigentes bolcheviques admitieron esto explícita o implícitamente. Véanse Lenin, *Obras* (ed. rusa), vol. XXXII, pp. 160, 176, 230 *et passim*; y Zinóviev en *Desiati Syezd RKP*, p. 190. En una carta privada a Lunacharsky (del 14 de abril de 1926), Trotsky describe el "amenazante descontento" de la clase obrera como el trasfondo de la controversia de 1920-21. *The Trotsky Archives.*

país a una nueva serie de guerras civiles precisamente después que una serie había concluido.

Tampoco era en modo alguno probable que unas elecciones libres de delegados a los Soviets hubiesen producido una clara mayoría. Quienes habían apoyado a Kerensky en 1917 no habían salido realmente de su eclipse. Los anarquistas y anarcosindicalistas que predicaban una "Tercera Revolución" parecían ser mucho más populares entre la clase obrera. Pero no constituían ningún foco efectivo de oposición, y no eran en ningún sentido aspirantes al poder. Fuertes en la crítica, no poseían un programa político positivo, ni una organización seria, nacional o local, ni un verdadero deseo de gobernar a un país enorme. En sus filas los revolucionarios honrados se codeaban con chiflados y simples bandidos. Al régimen bolchevique sólo podía reemplazarlo la confusión total seguida por la contrarrevolución abierta. El partido de Lenin se negó a permitir que el país hambreado y emocionalmente descentrado lo sacara del poder y se lanzara a un caos sangriento mediante unas elecciones.

Los bolcheviques se hallaban mentalmente muy poco preparados para esta secuela de su victoria. Siempre habían supuesto tácitamente que la mayoría de la clase obrera, habiéndolos apoyado en la revolución, continuaría apoyándolos inquebrantablemente hasta que ellos hubieran realizado en forma cabal el programa del socialismo. Con todo lo ingenua que era, esta suposición se derivaba de la noción de que el socialismo era la idea proletaria por excelencia y que el proletariado, una vez adherido a ella, no la abandonaría. En esa noción se había fundado el razonamiento de todas las escuelas europeas de pensamiento socialista. En la vasta literatura política producida por esas escuelas no se había considerado casi nunca el problema de qué deberían hacer los socialistas en el poder si llegaban a perder la confianza de los trabajadores. A los marxistas jamás se les había ocurrido reflexionar si era posible o admisible tratar de establecer el socialismo independientemente de la voluntad de la clase obrera. Sencillamente daban por sentada esa voluntad. Por esa misma razón, a los bolcheviques les había parecido tan claro como la luz del día que la dictadura proletaria y la democracia proletaria (o soviética) eran sólo dos aspectos complementarios e inseparables de una misma cosa: la dictadura existía para reprimir la resistencia de las clases propietarias, y derivaba su fuerza de la opinión libre y democráticamente expresada de las clases trabajadoras. Ahora se presentaba un conflicto entre los dos aspectos del sistema soviético. Si se permitía que las clases trabajadoras se expresaran y votaran libremente, ellas destruirían la dictadura. Si la dictadura, en cambio, abolía francamente la democracia proletaria, se privaría a sí misma de legitimidad histórica, aun ante sus propios ojos. Dejaría de ser una dictadura proletaria en el sentido estricto. Su uso de ese título se basaría desde entonces en la pretensión de que seguía una política con la que la clase obrera, por su propio interés, debería y a la larga tendría que identificarse,

pero con la que todavía no se identificaba. La dictadura representaría entonces, a lo sumo, la idea de la clase, no la clase misma.

La revolución había llegado ahora a esa encrucijada, bien conocida por Maquiavelo, en que se le hacía difícil o imposible arraigar al pueblo en su convencimiento revolucionario y se veía obligada "a tomar tales medidas que, cuando el pueblo ya no creyera, fuera posible hacerlo creer por la fuerza". Para el partido bolchevique esto implicaba un conflicto de lealtades, que en ciertos aspectos era más profundo que cualquier otro conflicto conocido por ellos hasta entonces, un conflicto que llevaba en sí los gérmenes de todas las turbulentas controversias y sombrías purgas de las décadas siguientes.

En esta encrucijada, el bolchevismo sufrió una agonía moral que no tiene antecedentes en la historia de otros movimientos menos intensos y apasionados. Más tarde Lenin hubo de recordar la "fiebre" y la "enfermedad mortal" que consumió al Partido en el invierno de 1920-21, durante el tumultuoso debate sobre el lugar de los sindicatos en el Estado. Esta era una cuestión importante y, sin embargo, secundaria. Era imposible resolverla antes de dar solución a la cuestión fundamental de la naturaleza misma del Estado. El Partido se entregó totalmente a la controversia sobre el problema secundario porque no tenía plena conciencia del primario y temía formulárselo francamente a sí mismo. Pero a medida que los protagonistas adelantaron en sus discusiones, tocaron una y otra vez el problema básico y se vieron obligados a definir sus actitudes.

No es necesario detenernos aquí en las diferencias complejas y un tanto técnicas sobre los sindicatos, aunque el hecho de que el drama de la revolución se revelara en una discusión económica aparentemente árida correspondía de manera significativa al espíritu de la época.[28] Baste decir que, en términos generales, cristalizaron tres actitudes. La facción encabezada por Trotsky (y más tarde por Trotsky y Bujarin) deseaba que los sindicatos fueran privados de su autonomía y absorbidos por la maquinaria del gobierno. Esta fue la conclusión final que Trotsky extrajo de sus conflictos con los sindicatos. Bajo la nueva concepción, los dirigentes de los sindicatos, como servidores del Estado, se dirigirían a los trabajadores en nombre del Estado y no al Estado en nombre de los trabajadores. Elevarían la productividad y mantendrían la disciplina del trabajo, adiestrarían obreros para la administración de las empresas industriales y participarían en la dirección de la economía del país.

En el otro extremo, la Oposición Obrera, encabezada por Shliápnikov y Kolontai, protestaba contra la tutela del gobierno y del Partido sobre los sindicatos. Denunciaban a Trotsky y a Lenin como militarizadores del trabajo y fomentadores de la desigualdad. En una actitud semejante en cierta forma a la de los sindicalistas occidentales, exigían que los sindicatos, los

[28] Una explicación detallada del debate se encuentra en Deutscher, *Soviet Trade Unions* (*Their place in Soviet labour policy*), pp. 42-59.

comités de fábrica y un Congreso Nacional de Productores asumieran el control de toda la economía. Mientras Trotsky argumentaba que los sindicatos no podían, en buena lógica, defender a los obreros contra el Estado obrero, Shliápnikov y Kolontai acusaban ya al Estado soviético de ser el bastión de una nueva burocracia privilegiada.

Entre estos dos extremos, Lenin, Zinóviev y Kámenev hablaban en nombre del sector principal de la opinión bolchevique y trataban de lograr un equilibrio. Ellos también insistían en que los sindicatos tenían el deber de moldear a los obreros y de cultivar en ellos un sentido de responsabilidad ante el Estado y la economía nacionalizada. Recalcaban el derecho del Partido a controlar a los sindicatos. Pero también deseaban preservarlos como organizaciones autónomas de masas, capaces de ejercer presión sobre el gobierno y la administración industrial.

Implicadas en estas actitudes se hallaban diferentes concepciones del Estado y la sociedad. La Oposición Obrera y los llamados *decemistas* (el grupo del Centralismo Democrático) eran los defensores acérrimos de la "democracia proletaria" en oposición a la dictadura. Fueron los primeros disidentes bolcheviques que protestaron contra el método de gobierno concebido para "hacer creer al pueblo por la fuerza". Le imploraban al Partido que "confiara su suerte" a la clase obrera que lo había llevado al poder. Hablaban el lenguaje que el Partido entero había hablado en 1917. Eran los verdaderos *Levellers* [los Igualitarios de la Revolución inglesa] de esta revolución, sus soñadores sublimes y utópicos. El Partido no podía escucharlos a menos que estuviese dispuesto a cometer un noble pero imperdonable suicidio. No podía confiar su suerte y la de la república a una clase obrera diezmada, agotada y desmoralizada por la guerra civil, el hambre y el mercado negro. El espíritu quijotesco de la Oposición Obrera se hacía evidente en sus demandas económicas. La Oposición clamaba por la inmediata satisfacción de las necesidades de los trabajadores, por iguales jornales y remuneración para todos, por el suministro gratuito de alimentos, ropa y alojamiento para los trabajadores, por atención médica, facilidades de viaje y educación también gratuitas.[29] Querían ver cumplido nada menos que el programa del comunismo pleno, que había sido concebido teóricamente para una economía de gran abundancia. Ni siquiera hicieron el intento de explicar cómo podría satisfacer sus demandas el gobierno existente. Instaron al Partido a colocar una vez más a la industria, o lo que quedaba de ella, bajo el control de aquellos comités de fábrica que, poco después de la Revolución de Octubre, habían demostrado que sólo eran capaces de derrochar y malgastar la riqueza de la nación. Era un triste augurio el que quienes abrigaban tales fantasías fueran casi los únicos que abogaban por un resurgimiento cabal de la democracia proletaria.

[29] *Desiati Syezd RKP*, p. 363; A. M. Kolontai, *The Workers' Opposition in Russia*.

Contra ellos, Trotsky exhortó al Partido a que dejara, por el momento, de postular y practicar la democracia proletaria y en lugar de ello se concentrara en la construcción de una Democracia de Productores. El Partido, para decirlo en palabras más sencillas, debía negarles a los trabajadores sus derechos políticos y darles, en compensación, una mayor participación y responsabilidad administrativa en la reconstrucción económica. En el décimo Congreso (marzo de 1921), cuando esta controversia llegó a su fase culminante, Trotsky argumentó:

> La Oposición Obrera se ha presentado esgrimiendo consignas peligrosas. Ha hecho un fetiche de los principios democráticos. Ha colocado el derecho de los trabajadores a elegir representantes por encima del Partido, por decirlo así, como si el Partido no tuviera el derecho de imponer su dictadura aun cuando esa dictadura chocara temporalmente con las actitudes pasajeras de la democracia obrera... Es necesario crear entre nosotros la conciencia del derecho revolucionario histórico del Partido. El Partido está obligado a mantener su dictadura, independientemente de los vaivenes temporales en las actitudes espontáneas de las masas, independientemente de las vacilaciones temporales de la clase obrera misma. Esta conciencia es para nosotros el elemento unificador indispensable. La dictadura no se basa en todo momento en el principio formal de una democracia obrera, aunque la democracia obrera es, por supuesto, el único método por el cual puede lograrse que las masas participen cada vez más en la vida política.[30]

Muy lejanos eran ya los día en que Trotsky argumentaba que el sistema soviético de gobierno era superior al parlamentarismo burgués porque, bajo el primero, los electores disfrutaban, entre otras cosas, del derecho de reelegir a sus representantes en cualquier momento y no sólo a intervalos regulares; y esto les permitía a los Soviets reflejar cualquier cambio en el estado de ánimo popular de manera fiel e instantánea, como ningún Parlamento podía hacerlo. Sus profesiones generales de fe en la democracia proletaria sonaban ahora como meras cláusulas de reserva. Lo esencial era "el derecho histórico del Partido" y la conciencia de este derecho por parte del Partido como el "elemento unificador indispensable". En forma eufemística, y sin embargo, elocuente, Trotsky exaltaba ahora la solidaridad colectiva del grupo gobernante frente a una nación hostil o apática.

Lenin se negó a proclamar el divorcio entre la dictadura y la democracia proletaria. El también estaba consciente de que el gobierno y el Partido se hallaban en conflicto con el pueblo, pero temía que la política de Trotsky perpetuara el conflicto. El Partido había tenido que pasar por encima de los sindicatos, destituir a sus dirigentes recalcitrantes, quebrantar u ob-

[30] *Desiati Syezd RKP*, p. 192. Véase también p. 215.

viar la resistencia popular e impedir la libre formación de corrientes de opinión en el seno de los Soviets. Sólo así, sostenía Lenin, podía salvarse la revolución. Pero él abrigaba la esperanza de que esas prácticas le darían a su gobierno un respiro —toda su política se había convertido en una sola lucha por obtener respiros— durante el cual podría modificar sus directivas, avanzar en la rehabilitación del país, mitigar la difícil situación de los trabajadores y volver a ganarlos para el bolchevismo. Entonces la dictadura podría retransformarse gradualmente en democracia proletaria. Si éste era el objetivo, como lo aceptaba Trotsky, entonces el Partido debía reafirmar la idea de esa democracia inmediatamente y abstenerse de iniciar medidas drásticas que sugirieran su abandono. Aun cuando el Partido había recurrido con tanta frecuencia a la coerción, insistía Lenin, la coerción debía ser su último recurso y la persuasión el primero.[31] Los sindicatos, por consiguiente, no debían convertirse en apéndices del Estado. Debían conservar cierto grado de autonomía; debían hablar en nombre de los obreros, si fuere necesario contra el gobierno; y debían convertirse en las escuelas, no en los cuarteles, del comunismo. El administrador —y era desde este ángulo que Trotsky veía el problema— podría sentirse molesto e irritado por las demandas de los sindicatos; podría tener razón contra ellos en casos específicos; pero, bien vistas las cosas, era conveniente que se sintiera irritado y expuesto a auténticas presiones e influencias sociales. No tenía sentido decirles a los obreros que no debían oponerse al Estado obrero. Ese Estado era una abstracción. En realidad, señaló Lenin, el régimen que él mismo encabezaba tenía que considerar los intereses de los campesinos tanto como de los obreros, y su funcionamiento era obstruido por la incompetencia, por graves "deformaciones burocráticas" y por el ejercicio arbitrario del poder. La clase obrera debía, por lo tanto, defenderse, aunque con moderación voluntaria, y presentar sus demandas al régimen. El Estado, tal como lo veía Lenin, tenía que tomar en cuenta una pluralidad de intereses e influencias. El Estado de Trotsky era implícitamente monolítico.

El décimo Congreso aprobó por abrumadora mayoría las resoluciones de Lenin. El bolchevismo se había desviado ya de la democracia proletaria, pero aún no estaba dispuesto a abrazar su alternativa, el Estado monolítico.

Mientras el Congreso se hallaba en sesión, la más extraña de todas las insurrecciones rusas estalló en la fortaleza naval de Kronstadt, una insurrección que, según las palabras de Lenin, iluminó la realidad como un relámpago.

[31] *Ibid.*, pp. 208 sigs.

Los insurrectos, marinos de la Flota Roja, estaban encabezados por anarquistas. Desde fines de febrero había reinado entre ellos una gran inquietud. En el cercano Petrogrado se habían producido huelgas; se esperaba una huelga general; y Kronstadt estaba lleno de rumores sobre supuestos choques entre los obreros de Petrogrado y las tropas. Las tripulaciones de los buques dé guerra eran presa de una fiebre política que recordaba la excitación de 1917. En las asambleas que celebraron aprobaron resoluciones que exigían libertad para los trabajadores, un nuevo trato para los campesinos y elecciones libres a los Soviets. El llamado a la Tercera Revolución, la revolución que habría de derrocar a los bolcheviques e implantar la democracia soviética, empezó a dominar las asambleas. Kalinin, Presidente de la República Soviética, hizo una torpe aparición en la base naval, acusó a los marinos de "desleales e irresponsables" y exigió obediencia. Una delegación de marinos enviada a Petrogrado fue arrestada allí.

Pronto el grito de "¡Abajo la tiranía bolchevique!" resonó en todo Kronstadt. Los comisarios bolcheviques locales fueron destituidos y encarcelados. Un comité anarquista asumió el mando, y entre el entusiasmo de los marinos se izó la bandera de la rebelión. "El heroico y generoso Kronstadt", escribe el historiador anarquista de la insurrección, "soñaba con la liberación de Rusia... No se formuló ningún programa preciso. Las consignas eran la libertad y la hermandad de los pueblos del mundo. La Tercera Revolución se veía como una transición gradual hacia la emancipación final, y las elecciones libres a los Soviets independientes como el primer paso en esa dirección. Los Soviets, desde luego, habrían de ser independientes de todo partido político: una expresión libre de la voluntad y los intereses del pueblo".[32]

Los bolcheviques denunciaron a los hombres de Kronstadt como amotinados contrarrevolucionarios encabezados por un general blanco. La denuncia parece haber sido infundada. Habiendo luchado durante tanto tiempo contra un motín tras otro, cada uno de ellos auspiciado o estimulado por las Guardias Blancas, los bolcheviques no podían convencerse de que las Guardias Blancas, fueran ajenas a esta revuelta. Algún tiempo antes de los sucesos, la prensa blanca en el exilio había aludido oscuramente, en efecto, a las dificultades que se incubaban en Kronstadt, y esto le confería cierta verosimilitud a la sospecha. El Politburó, que en un principio se inclinó a iniciar negociaciones, se decidió por último a aplastar la revuelta. No podía tolerar el desafío de la Flota, y temía que la revuelta, aunque no tenía posibilidades de convertirse en una revolución, agravara el caos prevaleciente. Aun después de la derrota de las Guardias Blancas, numerosas bandas de rebeldes y merodeadores recorrían el país desde las costas del norte hasta el Mar Caspio, incursionando y saqueando pobla-

[32] Alexander Berkman, *Der Aufstand von Kronstadt*, pp. 10-11.

ciones y asesinando a los agentes del gobierno. Al grito de una nueva revolución, bandas de hambrientos campesinos del Volga habían tomado por asalto la *gubernia* de Sarátov, y más adelante ese mismo año Tujachevsky tuvo que emplear veintisiete divisiones de fusileros para someterlos.[33] La agitación era tal, que una actitud de tolerancia frente a los insurrectos de Kronstadt sería juzgada seguramente como una señal de debilidad y empeoraría la situación.

El 5 de mayo Trotsky llegó a Petrogrado y ordenó a los rebeldes que se rindieran incondicionalmente. "Sólo quienes así lo hagan", declaró, "podrán contar con la clemencia de la República soviética. Simultáneamente con esta advertencia estoy impartiendo órdenes de hacer todos los preparativos para la supresión del amotinamiento por medio de la fuerza armada... Esta es la última advertencia".[34] El hecho de que fuera Trotsky quien tuviera que dirigirse en esos términos a los marinos fue otra de las ironías de la historia. Este había sido su Kronstadt, el Kronstadt que él había llamado "el orgullo y la gloria de la revolución". ¡Cuántas veces había recorrido él la base naval como agitador durante los días febriles de 1917! ¡Cuán devotamente lo habían seguido los marinos al Palacio de Táurida, a su celda en la prisión de Krestí, a los muros de Kazán junto al Volga, siempre escuchando sus consejos, siempre obedeciendo casi ciegamente sus órdenes! ¡Cuántas ansiedades habían compartido, cuántos peligros habían sorteado juntos! Cierto es que pocos de los veteranos habían sobrevivido, y menos aún se encontraban todavía en Kronstadt. Las tripulaciones del *Aurora*, del *Petropavlovsk* y otros famosos buques de guerra estaban formados por nuevos reclutas provenientes del campesinado ucraniano. Estos carecían (así dijo Trotsky) del abnegado espíritu revolucionario de las clases más viejas. Con todo, aun esto era en cierto modo simbólico de la situación en que se hallaba la revolución. Los hombres y mujeres ordinarios que la habían hecho ya no eran lo que habían sido ni estaban donde habían estado. Los mejores de ellos habían perecido; otros habían sido absorbidos por la administración; otros más se habían dispersado, descorazonados y amargados. Y lo que los rebeldes de Kronstadt demandaban no era más que lo que Trotsky les había prometido a sus hermanos mayores y lo que él y el Partido habían sido in-

[33] Véase la correspondencia entre S. Kámenev, Shaposhnikov y Smidóvich con el comandante del área de Sarátov, y el informe de Tujachevsky a Lenin del 16 de julio de 1921, en *The Trotsky Archives*. Y he aquí un mensaje característico enviado a Lenin por los comunistas en la región sub-polar el 25 de marzo de 1921: "Los comunistas de la región de Tobolsk en el norte se desangran y envían su ardiente saludo de despedida al invencible Partido Comunista Ruso, a nuestros queridos camaradas y a nuestro jefe Lenin. Al parecer aquí, cumplimos nuestro deber con el Partido y con la República, firmemente convencidos de nuestro triunfo final". *Ibid.*

[34] Trotsky, *Obras* (ed. rusa), vol. XVII, libro 2, p. 518.

capaces de darles. Una vez más, como después de Brest, un eco amargo y hostil de su propia voz le llegó desde los labios de otros hombres; y una vez más él tuvo qué ahogar ese eco.

Los rebeldes hicieron caso omiso de su advertencia y trataron de ganar tiempo. Era a mediados de marzo. El Golfo de Finlandia estaba todavía cubierto de hielo. En unos cuantos días, sin embargo, podría comenzar el deshielo; y entonces la fortaleza, erizada de cañones, defendida por toda la Flota Roja del Báltico, avituallada desde Finlandia u otros países bálticos, se haría inaccesible, casi invencible. Entretanto, los propios comunistas se unían a la revuelta, anunciando que habían abandonado "el partido del verdugo Trotsky". La fortaleza, resolvió Trotsky (¿o fue tal vez Tujachevsky?), debía ser tomada antes de que los témpanos cerraran sus accesos. Regimientos escogidos y tropas de asalto fueron enviados a toda prisa a reforzar la guarnición de Petrogrado. Cuando las noticias del amotinamiento llegaron al décimo Congreso, suscitaron tal alarma e indignación que la mayoría de los delegados físicamente aptos salieron directamente del salón de conferencias del Kremlin para ponerse a la cabeza de las tropas de asalto que habrían de atacar la fortaleza a través del Golfo de Finlandia. Incluso los dirigentes de la Oposición Obrera y de los *decemistas,* que en el Congreso acababan de plantear demandas no muy diferentes de las que hacían los rebeldes, marcharon al combate. Ellos también sostenían que los marinos no tenían el derecho de dictar, con el dedo en el gatillo, ni siquiera las demandas más justas.

Con sábanas blancas sobre sus uniformes, las tropas bolcheviques bajo el mando de Tujachevsky avanzaron a través del Golfo. Los bastiones de Kronstadt los recibieron con fuego graneado. El hielo cedió bajo sus pies, y oleada tras oleada de atacantes amortajados de blanco se hundieron en el glacial Valhalla. El avance mortal continuó. Desde tres direcciones distintas nuevas columnas se lanzaron al ataque, tropezando, resbalando y arrastrándose sobre la vidriosa superficie hasta desaparecer también entre el fuego, el hielo y el agua. A medida que los sucesivos enjambres y líneas de atacantes se ahogaban, a los hombres de Kronstadt les parecía que la pervertida revolución bolchevique se ahogaba con ellos y que el triunfo de su propia revolución, pura e inmaculada, se aproximaba. Tal fue el destino de aquellos rebeldes, que habían denunciado a los bolcheviques por su severidad y cuya única finalidad era amamantar a la revolución con la leche de la bondad humana, que luchando por su supervivencia libraron una batalla cuya crueldad no tuvo paralelo en toda la guerra civil. El furor y la rabia de los atacantes aumentaron en igual medida. El 17 de marzo, después de un avance que duró toda una noche en medio de una tormenta de nieve, los bolcheviques por fin consiguieron escalar las murallas. Cuando irrumpieron en la fortaleza, se lanzaron sobre sus defensores como furias vengativas.

El 3 de abril Trotsky pasó revista a un desfile de los vencedores. "Esperamos cuanto nos fue posible", dijo "a que nuestros enceguecidos camaradas marinos vieran con sus propios ojos adónde los llevaba el amotinamiento. Pero nos amenazaba el peligro de que el hielo se derritiera y nos vimos obligados a llevar a cabo... el ataque".[35] Al describir a los rebeldes aplastados como "camaradas", insinuaba inconscientemente que lo que estaba celebrando era moralmente una victoria pírrica. Los comunistas extranjeros que visitaron a Moscú unos meses más tarde, creyendo que Kronstadt había sido uno de los incidentes ordinarios de la guerra civil, se sintieron "asombrados y consternados" al descubrir que los bolcheviques más destacados hablaban de los rebeldes sin el menor asomo del encono y el odio que sentían por las Guardias Blancas y los intervencionistas. Sus alusiones a aquéllos estaban llenas de "reticencias solidarias" y alusiones tristes y enigmáticas, que delataban ante el extraño la conciencia conturbada del Partido.[36]

El levantamiento todavía no había sido derrotado cuando, el 15 de marzo, Lenin sometió la Nueva Política Económica a la consideración del décimo Congreso. Este la aceptó casi sin debate. Silenciosamente, con el corazón apesadumbrado, el bolchevismo abandonó su sueño del comunismo de guerra. Retrocedió, como dijo Lenin, a fin de colocarse en una mejor posición para avanzar. La controversia sobre los sindicatos y el problema que la había originado perdieron vigencia inmediatamente. El cañoneo en el Golfo de Finlandia y las huelgas en Petrogrado y otros lugares habían demostrado sin lugar a dudas la irrealidad de las ideas de Trotsky; y en las prácticas más benignas, basadas en la economía mixta, que se implantaron en los años subsiguientes no hubo lugar, en todo caso, para la militarización del trabajo.

La controversia, sin embargo, no había sido un simple ruido. Su significación para el futuro era mayor que la que los propios protagonistas podían suponer. Una década más tarde, Stalin, que en 1920-21 había apoyado la política "liberal" de Lenin, habría de adoptar las ideas de Trotsky en todo menos en su nombre. Ni Stalin ni Trotsky, ni los partidarios de uno u otro, admitieron entonces el hecho: Stalin, porque no podía reconocer que abandonaba la actitud de Lenin en favor de la de Trotsky; y Trotsky, porque retrocedió horrorizado ante sus propias ideas cuando las vio puestas en práctica sin remordimiento por su enemigo. Apenas hay

[35] *Ibid.*, p. 523.

[36] André Morizet, *Chez Lénine et Trotski*, pp. 78-84 y V. Serge, *Mémories d'un Révolutionnaire*, capítulo IV, describen el período de Kronstadt desde el punto de vista de los comunistas extranjeros en Rusia. Ambos autores aceptaron la versión del Partido, aunque ambos simpatizaban con los rebeldes.

un solo punto del programa de Trotsky de 1920 que Stalin no utilizara durante la revolución industrial de los años treintas. Introdujo la conscripción y dirección del trabajo; insistió en que los sindicatos debían adoptar una política "produccionista" en lugar de defender los intereses de los obreros como consumidores; y privó a los sindicatos del último vestigio de autonomía y los transformó en instrumentos del Estado. Se erigió en protector de los grupos administrativos, a los que concedió privilegios que Trotsky ni siquiera había soñado. Ordenó la "emulación socialista" en las fábricas y minas, y lo hizo con palabras tomadas descarada y literalmente de Trotsky.[37] Puso en práctica su propia versión despiadada de aquel "taylorismo soviético" que Trotsky había propugnado. Y, finalmente, pasó de los argumentos intelectuales e históricos de Trotsky, que justificaban ambiguamente el trabajo forzado, a su aplicación en masa.

En el capítulo anterior seguimos el hilo de la inconsciente continuidad histórica que va desde los vacilantes y tímidos ensayos de Lenin sobre la revolución por la conquista hasta las revoluciones fabricadas por Stalin el conquistador. Un similar hilo sutil conecta la política interior de Trotsky de estos años con las prácticas posteriores de su antagonista. Tanto Trotsky como Lenin aparecen, cada uno en un terreno diferente, como los inspiradores e incitadores inconscientes de Stalin. Ambos fueron impulsados, por circunstancias ajenas a su voluntad y por sus propias ilusiones, a asumir ciertas actitudes en las que las circunstancias y sus propios escrúpulos no les permitieron perseverar: actitudes que se adelantaban a su tiempo, que no coincidían con la mentalidad bolchevique del momento y que contradecían los objetivos principales de sus propias vidas.

Fue sólo bajo la amenaza de la descomposición total de la revolución y del organismo político de Rusia que Trotsky propuso la idea del control estatal completo sobre las clases trabajadoras. Su mente alerta, inquieta y experimentadora buscó audazmente una salida en direcciones contradictorias. En cada dirección se movió hasta el último límite, mientras el grueso de la opinión bolchevique se mantenía a la expectativa. Propuso la Nueva Política Económica cuando el Partido estaba rígidamente comprometido con el comunismo de guerra. Entonces su pensamiento se desplazó en la dirección opuesta, la exploró hasta el fin y llegó a la conclusión alternativa: que el único remedio para los males del comunismo de guerra era la disciplina férrea del trabajo. Ahora la corriente principal de la opinión bolchevique se había desplazado lentamente hacia la Nueva Política Económica, que anteriormente había obligado a Trotsky a abandonar. Fue su lógica clara, consecuente y ágil —la lógica del gran

[37] A comienzos de 1929, unas cuantas semanas después de la expulsión de Trotsky de Rusia, la décimosexta Conferencia del Partido proclamó la "emulación socialista", citando *in extenso* la resolución redactada por Trotsky y adoptada por el Partido en 1920. El nombre del autor no fue mencionado, por supuesto.

administrador impaciente frente a la confusión y la chapucería— la que derrotó a Trotsky. Con su mente fija en su objetivo, se lanzaba de cabeza a la controversia, producía impetuosamente argumentos y generalizaciones y dejaba pasar inadvertidos los movimientos de opinión hasta que se excedía y creaba enconados resentimientos. El administrador seguro de sí que había en él prevalecía sobre el pensador político sensitivo y lo cegaba frente a las implicaciones de sus proyectos. Lo que sólo fue una de muchas facetas en el pensamiento experimental de Trotsky habría de convertirse en el alfa y el omega de Stalin.[38]

En su aberración, Trotsky siguió siendo intelectualmente honrado: honrado hasta la futilidad. No hizo ningún intento de disimular su política. Llamaba a las cosas por su nombre, por difíciles de tragar que fueran. Acostumbrado a arrastrar a la gente por la fuerza del razonamiento y de sus apelaciones a la razón, continuó apelando a la razón en favor de una causa irrazonable en grado sumo. Abogó públicamente en favor del gobierno por coerción, ese gobierno por el que nunca puede abogarse en público y que sólo se practica *sub silentio*. Confió en *persuadir* al pueblo de que no necesitaba un gobierno por persuasión. Le dijo que el Estado obrero tenía derecho de imponer el trabajo forzado, y se sintió sinceramente desilusionado cuando la gente no corrió a enrolarse en los campos de trabajo.[39] Se comportó de manera tan absurda porque su mente no pensaba en una fría maquinaria de coerción que triturara lenta y despiadadamente a su material humano, sino en los monumentales y efímeros contornos de una "Esparta Proletaria", cuyos austeros rigores eran parte de la precursora aventura socialista. El absurdo mismo de su comportamiento contenía su propio antídoto. En su candor, Trotsky le hizo ver al pueblo, con abundante claridad, el peligro que lo amenazaba. Indicó los límites hasta los que estaba dispuesto a llegar. Sometió sus planteamientos a la crítica pública. El mismo hizo todo lo que estaba en su poder para provocar la resistencia que lo frustró. Para mantenerse políticamente vivo, necesitaba la brillante luz del día. Para poner en ejecución las ideas de Trotsky hacía falta el carácter de murciélago de Stalin.

[38] Fue probablemente pensando en estos incidentes que Lenin en su último testamento comentó sobre "la excesiva confianza [de Trotsky] en sí mismo y cierta inclinación a dejarse atraer demasiado por el aspecto puramente administrativo de las cosas".

[39] Es discutible hasta qué punto Trotsky se descarrió a causa de su hábito de aplicarle normas europeas a Rusia. Una cosa era que un gobierno dirigiera la fuerza obrera en un país industrializado y desplazara a los obreros, pongamos por caso, de Manchester a Birmingham o de Stuttgart a Essen, y otra muy distinta era enviar campesinos ucranianos u obreros de Petrogrado a las fábricas y minas de los Urales y Siberia o el Extremo Norte. La dirección de la fuerza obrera en un medio ambiente industrial más o menos uniforme puede implicar un mínimo de compulsión. En Rusia requería un máximo.

El partido bolchevique todavía defendió el principio de la democracia proletaria contra Trotsky, pero continuó desviándose de ese principio en la práctica.

No fue sino en 1921 cuando el gobierno de Lenin decidió prohibir toda oposición organizada dentro de los Soviets. Durante toda la guerra civil los bolcheviques habían acosado a los mencheviques y a los socialrevolucionarios, ora ilegalizándolos, ora no permitiéndoles expresarse públicamente, y ora reprimiéndolos de nueva cuenta. El rigor y la tolerancia fueron dictados por las circunstancias y por las vacilaciones de aquellos partidos en los que algunos grupos se inclinaban hacia los bolcheviques y otros hacia las Guardias Blancas. La idea, sin embargo, de que aquellos partidos debían ser suprimidos como cuestión de principio no había arraigado antes del término de la guerra civil. Aun durante los períodos de represión, los grupos de oposición que no llamaron abiertamente a la resistencia armada contra los bolcheviques todavía llevaron a cabo toda clase de actividades, abiertas y clandestinas. Los bolcheviques a menudo los eliminaban de los Soviets o reducían su representación por la fuerza o por la astucia. Fue a través del aparato de los Soviets como el gobierno de Lenin organizó la guerra civil, y dentro de ese aparato no estaba dispuesto a tolerar elementos hostiles o neutrales. Pero el gobierno todavía pensaba que el fin de las hostilidades le permitiría respetar las reglas de la constitucionalidad soviética y volver a admitir la oposición regular. Ahora, los bolcheviques se consideraron imposibilitados de hacer tal cosa. Todos los partidos de oposición habían aclamado el levantamiento de Kronstadt, de modo que los bolcheviques sabían qué podían esperar de ellos. Mientras más aislados se encontraban los bolcheviques en la nación, más terror les inspiraban sus adversarios. Los habían reprimido a medias a fin de ganar la guerra civil; una vez ganada ésta, actuaron para suprimirlos definitivamente.

Paradójicamente, los bolcheviques se vieron obligados a establecer su propio monopolio político por el hecho mismo de haber liberalizado su política económica. La Nueva Política Económica dio rienda suelta a los intereses del campesinado individualista y a los de la burguesía urbana. Era de esperarse que, a medida que esos intereses entraran en acción, tratarían de crear sus propios medios de expresión política o de utilizar las organizaciones antibolcheviques ya existentes. Los bolcheviques estaban resueltos a que todas esas organizaciones dejaran de existir. "Podríamos tener un sistema bipartidista, pero uno de los dos partidos estaría en el poder y el otro en la cárcel": esta afirmación, atribuida a Bujarin, expresaba una opinión muy difundida en el Partido. Algunos bolcheviques se sentían preocupados a causa de su propio monopolio político, pero la alternativa los asustaba más aún. Trotsky escribió posteriormente que él y Lenin se proponían revocar la prohibición de los partidos de oposición tan pronto

como la situación económica y social del país se hiciera más estable. Es posible que sea cierto. Entretanto, sin embargo, los bolcheviques se reafirmaron en la convicción —que habría de desempeñar un papel tan importante en las luchas de la era stalinista— de que cualquier oposición tenía que convertirse inevitablemente en el vehículo de la contrarrevolución. Los acosaba el temor de que la nueva burguesía urbana (que pronto floreció bajo la NEP), la intelectualidad y el campesinado pudieran hacer causa común contra ellos en una coalición de fuerza abrumadora; y no se abstuvieron de tomar cualquier medida que pudiera impedir tal coalición. Así, después de su victoria en la guerra civil, la revolución empezó a escapar de su debilidad acogiéndose al totalitarismo.

Casi inmediatamente se hizo necesario suprimir a la oposición en las propias filas bolcheviques. La Oposición Obrera (y hasta cierto punto los *decemistas* también) expresaba una buena parte de la frustración y el descontento que habían culminado en el levantamiento de Kronstadt. Las divergencias tendieron a hacerse permanentes, y los grupos opuestos se inclinaron a comportarse como otros tantos partidos dentro del Partido. Habría sido absurdo establecer el gobierno de un solo partido y luego permitir que ese partido se escindiera en fragmentos. Si el bolchevismo llegaba a dividirse en dos o más movimientos hostiles, como había sucedido con el antiguo partido socialdemócrata, ¿no se convertiría uno de ellos en el vehículo de la contrarrevolución?

En la actitud del Congreso del Partido en 1921 hubo, sin duda, algo semejante a aquella tensión aparentemente irracional que había caracterizado al Congreso de 1903. Una escisión proyectó su sombra sobre el futuro en forma parecida, sólo que las divisiones reales eran más imprecisas y confusas que en 1903. Ahora como antes, Trotsky no tomó partido en la controversia por el bando al que después habría de pertenecer. Y ahora como entonces, lo animó el deseo de impedir la escisión. No planteó objeciones, por consiguiente, cuando Lenin propuso que el Congreso prohibiera los grupos o facciones organizados dentro del Partido; y él mismo disolvió la facción que había formado durante la reciente controversia.[40] Esta no fue todavía una prohibición estricta de la oposición interna en el Partido. Lenin estimuló a los disidentes a que expresaran su disensión. Los invitó liberalmente a que dieran a conocer sus opiniones en los periódicos bolcheviques, en páginas especiales y en boletines dedicados a la discusión. Pidió al Partido que eligiera a los jefes de todos los matices de oposición al nuevo Comité Central. Pero insistió en que la oposición debía permanecer difusa y en que los disidentes no debían consti-

[40] Entre los jefes de la facción figuraban, además de Trotsky y Bujarin, Dzerzhinsky, Andréiev, Krestinsky, Preobrazhensky, Rakovsky, Serebriakov, Piatakov y Sokólnikov.

tuirse en ligas sólidas. Presentó una resolución, una de cuyas cláusulas (que se mantuvo en secreto) autorizaba al Comité Central a expulsar a quienes violaran la prohibición, no importaba cuán elevada fuera su posición en el Partido. Trotsky apoyó la cláusula, o cuando menos no la objetó, y el Congreso la aprobó. La cláusula iba dirigida por el momento contra Shliápnikov, el adversario más irreconciliable de Trotsky, y contra él fue esgrimida al cabo de poco tiempo. A Trotsky no se le ocurrió que un día sería esgrimida contra él.

El sistema bajo el cual se permitía la oposición siempre y cuando permaneciera dispersa, podía operar mientras los miembros del Partido disintieran sobre cuestiones secundarias o transitorias. Pero cuando las diferencias eran serias y prolongadas, resultaba inevitable que los miembros de una misma opinión se agruparan. Aquellos que, como la Oposición Obrera, acusaban al grupo dominante de abrigar sentimientos de "hostilidad burocrática y burguesa contra las masas" difícilmente podían abstenerse de concertar sus esfuerzos contra lo que ellos consideraban una influencia siniestra y formidablemente organizada dentro del Partido. Así, la prohibición de las facciones podía demorar en un principio una escisión sólo para precipitarla más tarde.

Apenas dos años habrían de transcurrir antes de que Trotsky recogiera y le diera una poderosa resonancia a muchas de las críticas y demandas planteadas por los jefes menos coherentes de la Oposición Obrera y los *decemistas*, a los que ahora ayudó a derrotar, y antes de que él también clamara por un retorno a la democracia proletaria.

Sólo habían pasado unos cuantos años desde que Trotsky, exiliado en Viena, trazó aquel impresionante panorama del pasado de Rusia, en el que mostró cómo la historia había arrojado al pueblo ruso a un "medio ambiente riguroso", exponiéndolo a las presiones de la Europa rica y poderosa y a las invasiones por todas partes y haciendo que un Estado leviatánico determinara autocráticamente sus destinos. Para alimentarse, escribió Trotsky entonces, el Leviatán hambreaba a la nación, retardaba o aceleraba el desarrollo de sus clases sociales y atrofiaba su civilización.[41] La revolución fue, en uno de sus aspectos, el triunfo del pueblo sobre el Leviatán. El triunfo pareció completo porque el viejo Estado había sido reducido a polvo y cenizas.

Empero, la revolución también tenía que extraer su alimentación y su vitalidad de aquel mismo "medio ambiente riguroso". Y de él absorbió todo su rigor. Rica en ideas y aspiraciones de alcance mundial, la nueva república era "pobre con la pobreza acumulada durante más de mil años".

[41] Véase el capítulo VII del presente libro.

Odiaba mortalmente esa pobreza, pero ésta formaba su propia carne, su propia sangre y su propio aliento.

Trotsky había contrastado "las agujas y los arcos ojivales y la labor de encaje góticos" del feudalismo europeo occidental con la tosca y bárbara vulgaridad del feudalismo ruso, que sólo podía tapar con musgo las rendijas de su cabaña de leños. Había comparado el rico y complejo desarrollo del Tercer Estado en Europa con las artesanías auspiciadas por la policía en Rusia; la libre y cultivada "personalidad burguesa" del Occidente con el "hocico que cualquier policía podía patear y golpear". Y, ello no obstante, desde esa misma cabaña de leños, destrozada por la revolución y la guerra, partió él con el partido bolchevique para abrirle el camino al socialismo. Contra todas las expectativas, el Occidente "avanzado y civilizado" le había vuelto la espalda a la revolución; y durante décadas el bolchevismo tuvo que abroquelarse en su medio ambiente nativo a fin de transformarlo. El tipo de socialismo que entonces produjo no podía dejar de mostrar las marcas de su legado histórico. Ese socialismo, también, hubo de desarrollarse tosco y rudo, sin los arcos ojivales, las agujas y la labor de encaje con que los socialistas habían soñado. Acosado por fuerzas hostiles superiores, no tardó en entregarse al nuevo Estado leviatánico, como si surgiera de las cenizas del antiguo. El nuevo Estado, al igual que el antiguo, habría de proteger y de hambrear a la nación, de retardar y acelerar su desarrollo, y de borrar la personalidad humana, la personalidad proletaria revolucionaria. Fue otra de las ironías de la historia el que Trotsky, el aborrecedor del Leviatán, se convirtiera en el primer heraldo de su resurrección.

Cuando todavía se hallaba en el umbral de su carrera, Trotsky escribió: "Una clase obrera capaz de ejercer su dictadura sobre la sociedad no tolerará a ningún dictador sobre sí misma".[12] Hacia 1921 la clase obrera rusa había demostrado ser incapaz de ejercer su propia dictadura. Ni siquiera podía ejercer control sobre quienes gobernaban en su nombre. Habiéndose agotado en la revolución y en la guerra civil, casi había dejado de existir como factor político. Trotsky proclamó entonces el "derecho histórico" del Partido a establecer una austera tutoría sobre el proletariado tanto como sobre el resto de la sociedad. Esta era la vieja idea "jacobina" de que una minoría pequeña y esclarecida podía "sustituir" justificadamente a un pueblo inmaduro e impartirle razón y justicia, la idea que Trotsky había repudiado como la obsesión hereditaria de los decembristas, los populistas y los bolcheviques. Esta "obsesión", había argumentado, reflejaba la atrofia o la apatía de todas las clases sociales de Rusia. Había abrigado la convicción de que con la aparición de una clase obrera moderna y socialista, esa atrofia había quedado superada. La revolución

[12] Véase p. 99 del presente libro.

le dio la razón. Pero después de sus paroxismos de energía y de sus titánicas luchas de 1917 a 1921, todas las clases de la sociedad rusa parecieron recaer en una profunda postración. El escenario político, tan poblado en los años recientes, quedó desierto y un solo grupo permaneció en él para hablar ruidosamente en nombre del pueblo. Y aun ese círculo habría de hacerse cada vez más reducido.

Cuando Trotsky instó ahora al partido bolchevique a "sustituir" a las clases trabajadoras, no pensó, en medio de la precipitación del trabajo y las controversias, en las siguientes fases del proceso, aun cuando él mismo las había pronosticado hacía mucho tiempo con extraña clarividencia. "La organización partidaria sustituiría entonces al partido en su conjunto; entonces el Comité Central sustituiría a la organización; y finalmente un solo dictador sustituiría al Comité Central".

El dictador aguardaba ya tras bastidores.

BIBLIOGRAFIA

[Esta lista incluye solamente aquellas fuentes que el autor ha citado o a las cuales ha hecho referencia directamente.]

AKIMOV, V. L., *Materiali dlia Jarakteristiki Razvitia RSDRP*, Ginebra, 1905.

ANTONOV-OVSEIENKO, V. A., *Zapiski o Grazhdánskoi Voiné*, vol. I, Moscú, 1924.

ARSCHINOFF, P., *Geschichte der Machno-Bewegung* (1918-1921), Berlín, sin fecha.

AVDEIEV, N. y otros, *Revolutsia 1917 (Jrónika Sobuitii)*, vols. I-V, Moscú, 1923-1926.

AXELROD, P. B., *Pisma P. B. Axelroda i Yu. O. Mártova*, Berlín, 1924.

— *Perepiska G. V. Plejánova i P. B. Axelroda*, Moscú, 1925.

BADAIEV, A. E., *Bolsheviki v Gosudárstvennoi Dume*, Moscú, 1930.

BALABANOFF, A., *My Life as a Rebel*, Londres, 1938.

BEATTY, BESSIE, *The Red Heart of Russia*, Nueva York, 1918.

BEER, M., *Fifty Years of International Socialism*, Londres, 1937.

BERKMAN, A., *Der Aufstand von Kronstadt*, reproducción, *Der Monat*, Berlín, sin fecha.

— *The Bolshevik Myth*, Londres, 1925.

Bolsheviki, Dokumenty Ojránnovo Otdelenia (Dokumenty po Istorii Bolshevisma s 1903 po 1916 g. buivshego Moskóvskovo Ojránnogo Otdelenia), ed. M. A. Tsiavlovskii, Moscú, 1918.

Borbá za Petrograd, 15 Oktiabriá-6 Noyabriá, 1919, prologado por G. Zinóviev, Petrogrado, 1920.

BRUPBACHER, F., *60 Jahre Ketzer*, Zurich, 1935.

BRYANT, LOUISE, *Six Red Months in Russia*, Londres, 1919.

BUBNOV, A. y otros, *Grazhdánskaya Voiná, 1918-1921*, vols. I-III, Moscú, 1928.

BUCHANAN, SIR GEORGE, *My Mission to Russia*, Londres, 1923.

CHEREVANIN, N., *Organisatsionnyi Vopros*, con prefacio de Mártov, Ginebra, 1904.

CHERNOV, V., *The Great Russian Revolution*, New Haven, 1936.

— (Tchernov) *Mes Tribulations en Russie Soviétique*, París, 1921.

CZERNIN, COUNT OTTOKAR, *In the World War*, Londres, 1919.

DAN, F., *Proisjozdenie Bolshevisma*, Nueva York, 1946. (Publicado en inglés bajo el título de *Origins of Bolshevism*, Nueva York, 1964. N. del T.)

DABSKI, JAN, *Pokój Ryski*, Varsovia, 1931. (La segunda edición de las memorias de Dabski, publicada en Varsovia en fecha posterior, contiene mucha más información sobre los antecedentes del tratado de paz ruso-polaco de 1921. No pudimos obtenerla mientras escribíamos este libro.)

DENIKIN, A. I., GENERAL, *Ocherki Russkoi Smuty*, vols. I-V, París-Berlín, 1921-1926.
Doklad Russkij Sotsial-Demokrátov Vtoromu Internatsionalu, Ginebra, 1896.
DUBNOV, S. M., *History of the Jews in Russia and Poland*, Filadelfia, 1918.
EASTMAN, M., *Leon Trotsky: The Portrait of a Youth*, Nueva York, 1925.
EGOROV, A., *Lvov-Varshava*, Moscú, 1929.
ENGELS, F., *The Peasant War in Germany*, Londres, 1927.
FRUNZE, M. V., *Sobranie Sochinenii*, vols. I-III, con prefacio de Bubnov, Moscú, 1929.
GARVI, P. A., *Vospominania Sotsial-Demokrata*, Nueva York, 1946.
GORKI, M., *Lénine et le Paysan Russe*, París, 1924.
— *Days with Lenin*, Londres, 1931.
HARD, WILLIAM, *Raymond Robins' Own Story*, Nueva York, 1920.
History of the Communist Party of the Soviet Union (Bolshevik); Compendio, Moscú, 1943.
HOFFMANN, MAX, *Die Aufzeichnungen des Generalmajors Max Hoffmann*, Berlín, 1929.
ILIN-ZHENEVSKII, A. F., *Bolsheviki u Vlasti*, Leningrado, 1929.
JAURES, J., *L'Armée Nouvelle*, París, 1911.
KAKURIN, N., *Kak Srazhalas Revolutsia*, vols. I-II, Moscú, 1925.
KERENSKY, ALEXANDER, *Izdaleká, Sbórnik Statei*, París, 1922.
— *The Crucifixion of Liberty*, Londres, 1934.
KNOX, SIR ALFRED, Major General *With the Russian Army* 1914-1917, Londres, 1921.
KOLONTAI, A. M., *The Workers' Opposition in Russia*, Londres, 1923.
KRUPSKAYA, N. K., *Memories of Lenin*, Londres, 1942.
KÜHLMANN, RICHARD VON, *Erinnerungen*, Heidelberg, 1948.
LATSIS, (Sudbars), *Chrezvuicháinie Komissi po Borbé Kontrrevolutsiei*, Moscú, 1921.
LENIN, V. I., *Sochinenia*, vols. I-XXXV, Moscú, 1941-1950. Todas las citas de las Obras de Lenin están tomadas de esta cuarta edición, a menos que se especifique lo contrario.
— *Sobranie Sochinenii*. Esta es la primera edición de las Obras de Lenin publicada entre 1920 y 1926 y la cual hemos utilizado ocasionalmente para citar pasajes omitidos en ediciones posteriores.
— *Letters of Lenin*, Londres, 1937.
— La correspondencia de Lenin con Trotsky y otros dirigentes del Partido y jefes militares, parcialmente inédita hasta ahora, ha sido citada de *The Trotsky Archives*, Universidad de Harvard.
Léninskii Sbornik, vols. IV-XX, Moscú, 1925-1932.
LLOYD GEORGE, D., *War Memoirs*, Londres, 1938.
LOCKHART BRUCE, R. H., *Memoirs of a British Agent*, Londres, 1932.

LUDENDORFF, E., *Meine Kriegserinnerungen 1914-1918,* Berlín, 1919.
LUNACHARSKY, A., *Revolutsiónnie Silueti,* Moscú, 1923.
LYADOV, M. N., *Kak Náchala Skládivatsia R. K. P.,* Moscú, 1925.
— *Iz Zhizni Partii,* Moscú, 1926.
— (M. LYDIN), *Material zur Erläuterung der Parteikrise in der S. D. Arbeitpartei Russlands,* Ginebra, 1904.
MARTOV, L., MASLOV, P., POTRESOV, A., *Obschéstvennoe Dvizhenie v Rossii v Nachale XX-Veka,* vols. I-II, Petersburgo, 1909-1910.
MARTOV, L., (YU.) *Pisma Axelroda i Mártova,* Berlín, 1924.
— *Istoria Rossiiskoi Sotsial-Demokratii,* Moscú, 1923.
— *Spasíteli ili Uprazdníteli,* París, 1911.
MARX, K. y ENGELS, F., *Selected Correspondence,* Londres, 1941.
— *Perepiska Marxa i Engelsa s Rússkimi Politícheskimi Déyateliami,* Moscú, 1947.
MEDEM, VLADIMIR, *Von Mein Leben,* vols. I-II (en yidish), Nueva York, 1923.
MILIUKOV, P. N., *Istoria Vtoroi Russkoi Revolutsii,* Sofía, 1921.
— *Kak Proshli Vuibori vo Vtoruyu Gos. Dumu,* Petersburgo, 1907.
MILL JOHN, *Pioneers and Builders,* vols. I-II (en yidish), Nueva York, 1946.
Mírnie Peregovori v Brest-Litovske, Actas taquigráficas de la conferencia de paz de Brest-Litovsk. Editor A. A. Yoffe (V. Krymsky), con prólogo de Trotsky, Moscú, 1920.
MORIZET, A., *Chez Lénine et Trotski,* París, 1922.
NOULENS, JOSEPH, *Mon Ambassade en Russie Soviétique,* vols. I-II, París, 1932.
OLGIN, M. J., "Biographical Notes" en la edición norteamericana de *Our Revolution,* de Trotsky, Nueva York, 1918.
PALEOLOGUE, MAURICE, *La Russie des Tsars pendant la Grande Guerre,* vols. I-III, París, 1922.
PARVUS (HELPHAND, A. L.), *Rossia i Revolutsia,* Petersburgo, 1906.
PAVLOVICH, *Pismó k Továrischam o Vtorom Syezde RSDRP,* Ginebra, 1904.
PLEJANOV, G. V., *God na Ródine,* vols. I-II, París, 1921.
— *Perepiska Plejánova i Axelroda,* Moscú, 1925.
POKROVSKY, M. N., *Oktiábrskaya Revolutsia,* Moscú, 1929.
— *Ocherki po Istorii Oktiábrskoi Revolutsii,* vols. I-II, Moscú, 1927.
POPOV, N., *Outline History of the C.P.S.U. (b),* vols. I-II (traducción inglesa de la 16ª edición rusa), Londres, sin fecha. (Hay traducción española de las Ediciones en Lenguas Extranjeras, de Moscú. N. del T.)
POTRESOV, A. N., *Posmertni Sbórnik Proizvedenii,* París, 1937.
PRICE PHILLIPS, M., *My Reminiscences of the Russian Revolution,* Londres, 1921.
Piat Let Vlasti Soviétov, Moscú, 1922.

RADEK, K., *Portrety i Pamfletv*, Moscú, 1927.
— *Piat Let Kominterna*, Moscú, 1924.
RANSOME, ARTHUR, *Six Weeks in Russia in 1919*, Londres, 1919.
Raskol no Vtorom Syezde RSDRP i Vtoroi Internatsional (Sbórnik Dokuméntov), Moscú, 1933.
RASKOLNIKOV, F. F., *Kronshtadt i Piter v 1917 g.*, Moscú, 1925.
REED, JOHN, *Ten Days that Shook the World*, Londres, 1934. (Hay traducción española: *Diez días que estremecieron al mundo*, Editorial Grijalbo, México, 1962. N. del T.)
ROSMER, A., *Le Mouvement Ouvrier pendant la Guerre*, París, 1936.
SADOUL, JACQUES, *Notes sur la Révolution Bolchevique*, París, 1919.
SERGE, V., *Mémoires d'un Révolutionnaire*, París, 1951.
SIBIRIAK, *Studéncheskoye Dvizhenie v Rossii*, Ginebra, 1899.
SLEPKOV, A., *Kronshtadtskii Miatezh*, Moscú, 1928.
SMILGA, I., *Ocherednie Voprosy Stroitelstva Krasnoi Armii*, Moscú, 1921.
STALIN, J. V., *Sochinenia*, vols. I-XIII, Moscú, 1946-1951. (Hay traducción española, publicada por Ediciones en Lenguas Extranjeras, de Moscú, 1953. N. del T.)
— La correspondencia de Stalin con Lenin, Trotsky y otros miembros del Politburó, parcialmente inédita, está tomada de *The Trotsky Archives*, Universidad de Harvard.
STEINBERG, I., *Als ich Volkskomissar war*, Munich, 1929.
SUJANOV, N., *Zapiski o Revolutsii*, vols. I-VII, Moscú, 1922.
SVERCHKOV, D., *Na Zarié Revolutsii*, Leningrado, 1925.
TROTSKY, L. D.
— *The Trotsky Archives* (Biblioteca Houghton, Universidad de Harvard). El primer documento de esta colección está fechado en Brest-Litovsk el 31 de enero de 1918; el último lleva fecha del 17 de agosto de 1940, tres días antes del asesinato de Trotsky. Los Archivos constan de cuatro partes:

Sección A: contiene alrededor de 800 cartas y mensajes cruzados entre Trotsky, Lenin y otros dirigentes soviéticos (1918-1922), y varios otros documentos inéditos;

Sección B: contiene, en veinticinco legajos, manuscritos y correspondencia de Trotsky hasta 1929;

Sección C: contiene, también en veinticinco legajos, cartas y memorándums de Zinóviev, Yoffe, Lunacharsky, Rádek, Rakovsky, Preobrazhensky, Sosnovsky y muchos otros. La mayor parte de esta correspondencia pertenece al período del exilio de Trotsky en Alma Ata. Esta sección incluye también muchos documentos relativos a la actividad de la oposición trotskista dentro de la Unión Soviética;

Sección D: contiene la correspondencia de Trotsky con grupos y miembros de la Cuarta Internacional en varios países. Esta sección está sellada y no será objeto de investigación antes de 1980.

Las referencias a *The Trotsky Archives* en el presente volumen pertenecen principalmente a la Sección A. Sólo en unos cuantos casos se hace referencia a documentos pertenecientes a las Secciones B y C. El autor del presente libro utilizó ampliamente las Secciones B y C en *El profeta desarmado,* el siguiente volumen de esta serie biográfica.

— *Sochinenia.* (Esta edición en ruso de las *Obras* de Trotsky fue suspendida en 1927, cuando Trotsky fue expulsado del Partido.) Los siguientes volúmenes, publicados entre 1925 y 1927, fueron utilizados por el autor del presente libro:

Vol. II (partes 1 y 2) *Nasha Pérvaya Revolutsia*;
Vol. III (parte 1) *Ot Fevraliá do Oktiabriá*; (parte 2) *Ot Oktiabriá do Bresta*;
Vol. IV: *Politícheskaya Jrónika*;
Vol. VI: *Balkany i Balkánskaya Voiná*;
Vol. VIII: *Politícheskie Siluety*;
Vol. IX: *Evropa v Voiné*;
Vol. XII: *Osnovnie Voprosy Proletárskoi Revolutsii*;
Vol. XIII: *Kommunistícheskii Internatsional*;
Vol. XV: *Jozaistvennoe Stroítelstvo v Soviétskoi Rossii;*
Vol. XVII: (parte 2) *Soviétskaya Respúblika i Kapitalistícheskii Mir*;
Vol. XX: *Kultura Stárogo Mira*;
Vol. XXI: *Kultura Perejodnogo Vremeni.*

— *Kak Vooruzhalas Revolutsia,* vols. I-III, Moscú, 1923-1925. (La colección de los escritos, órdenes del día y discursos militares de Trotsky.)
— *Vtoroi Syezd RSDRP (Otchot Sibírskoi Delegatsii),* Ginebra, 1903. (En la firma de este trabajo y el siguiente, Trotsky usó la inicial N. en lugar de L.)
— *Nashi Politícheskie Zadachi,* Ginebra, 1904.
— *Istoria Revolutsii 1905-1906,* Petrogrado, 1917.
— *Our Revolution,* Nueva York, 1918.
— *Itogi i Perspektivi,* Moscú, 1919.
— *Terrorism i Kommunism,* Petersburgo, 1920.
— *Between Red and White,* Londres, 1922.
— *Die Russische Revolution 1905,* Berlín, 1923.
— *Piat Let Kominterna,* Moscú, 1924.
— *Lénine,* París, 1924.
— *Pokolenie Oktiabriá,* Moscú, 1924.
— *Moya Zhizn,* vols. I-II, Berlín, 1930. (En la traducción del presente volumen hemos utilizado la versión española publicada en dos tomos bajo el título de *Mi Vida, ensayo autobiográfico,* por Editorial Colón, México, 1946. N. del T.)
— *Permanéntnaya Revolutsia,* Berlín, 1930.

— *History of the Russian Revolution,* vols. I-III, Londres, 1932-1933.
— *Vie de Lénine, Jeunesse,* París, 1936.
— *The Stalin School of Falsification,* Nueva York, 1937.
— *Stalin,* Nueva York, 1946. (Hay traducción española, publicada con el mismo título por Plaza & Janés, S. A., Barcelona, 1960. N. del T.)

(Además de las fuentes mencionadas, el autor del presente libro ha citado extensamente los discursos de Trotsky contenidos en numerosas actas taquigráficas publicadas de los Congresos del Partido y los Soviets y de las sesiones del Comité Central. Por lo que toca a los primeros escritos de Trotsky, el autor se ha valido, *inter alia,* de los archivos de *Iskra, Nachalo,* la *Pravda* "vienesa", *Golos, Nashe Slovo,* etc., fuentes utilizadas raras veces, si es que no ignoradas del todo, por quienes escribieron anteriormente sobre la historia de los movimientos revolucionarios rusos. Estos periódicos se encuentran en la Biblioteca Hoover de la Universidad de Stanford, en California.)

TUJACHEVSKY, M., *Voiná Klassov,* Moscú, 1921.
VANDERVELDE, E., *Souvenirs d'un Militant Socialiste,* París, 1939.
VOTINSKY, V., *Godi Pobied i Porazhenii,* Berlín, 1923.
VOROSHILOV, K., *Stalin i Krásnaya Armia,* Moscú, 1929.
WHEELER-BENNETT, JOHN W., *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace,* Londres, 1938.
WITTE S. YU., *Vospominánia,* vols. I-III, Petrogrado, 1923-1924.
ZELIKSON-BOBROVSKAYA, TS., *Pérvaya Rússkaya Revolútsia v Peterburgue 1905,* vols. I-II, Moscú, 1925.
ZETKIN, KLARA, *Reminiscenses of Lenin,* Londres, 1929.
ZINOVIEV, G., *Sochinenia,* vols. I-XVI, Moscú, 1924-1929.
ZIV, G. A., *Trotsky. Jarakteristika po Lichnim Vospominániam,* Nueva York, 1921.

Ediciones de protocolos e informes verbales citadas:

Protokoly Tsentrálnogo Komiteta RSDRP (Agosto de 1917-febrero de 1918), Moscú, 1929.
2 Syezd RSDRP, Moscú, 1932.
5 Syezd RSDRP, Moscú.
6 Syezd RSDRP, Moscú, 1934.
7 Syezd RKP (b), Moscú, 1923.
8 Syezd RKP (b), Moscú, 1933.
9 Syezd RKP (b), Moscú, 1934.
10 Syezd RKP (b), Moscú, 1921.
1 Vserosiiskii Syezd Soviétov, Moscú, 1930.
3 Vserosiiskii Syezd Soviétov, Petersburgo, 1918.
5 Vserosiiskii Syezd Soviétov, Moscú, 1918.
3 Vserosiiskii Syezd Profsoyúzov, Moscú, 1920.
2 Kongress Kommunistícheskogo Internatsionala, Petrogrado, 1921.

Periódicos y revistas:

Ekonomícheskaya Zhizn, Forward-Vorwärts (Nueva York), *Golos,* (París), *Iskra* (la "vieja" y la "nueva"), *Izvestia, Izvestia Tsentrálnogo Komiteta RKP (b), Krásnaya Létopis, Luch, Nachalo, The New International, Nashe Slovo* (París), *Nasha Zariá, Nóvaya Zhizn, Neue Zeit, Pechat i Revolutsia, Pravda* ("vienesa"), *Pravda, Proletárskaya Revolutsia, Przeglad Socjal-Demokratyczny, Rabócheye Delo* (Ginebra, 1899), *Rússkaya Gazeta, Rabochi Put, Ryech, Sotsial-Demokrat, Sotsialísticheskii Véstnik, The Times, Véstnik Russkoi Revolutsii, Voprosi Istorii.*

Abramóvich, R. 253, 290, 311, 457
Adler, Alfred 183
Adler, Friedrich 177, 202
Adler, Victor 65, 117, 137, 177, 178, 202, 346, 359
Akímov, V. L. 45n, 81, 82n
Alejandro I, 19, 52n, 450
Alejandro II, 15, 16, 18, 31
Alejandro III, 31
Alexéiev, General 71n, 75n, 312
Alexinsky, G. A. 205, 208n, 258
Altenberg, Peter 176
Andréiev, A. 370, 460n, 474n
D'Annunzio, G. 57
Antónov-Ovseienko, V. A. 209, 260, 263, 277, 284, 288, 298, 299, 300n, 305, 343n, 373, 397
Arakchéiev, General 450
Arschinoff, P. 382n
Avkséntiev 130, 143
Axelrod, P.B. 65, 67, 70, 71, 80, 83, 84, 86, 87, 89, 90, 92, 94, 96, 108, 137, 186, 187, 188, 190, 206, 207n, 213, 219
Azev 109n

Babeuf, G. 225, 415
Bagratuni 286n
Bagrov 188
Bakáiev 390
Bakunin, M. 17
Balabánov, A. 170n, 209, 210, 235, 242n, 247n
Balmashov 75
Barbusse, H. 216
Bauer, Otto 177
Bebel 137, 174, 188
Beer, M. 208n
Bentham, J. 37
Bednyi 386
Berkman, A. 467n
Bernstein, E. 50
Berzin 285, 299
Beyliss 379
Bielinsky, V.G. 57, 61
Bismarck 46, 174, 193, 196, 200
Bitsenka 334
Blanqui 225
Blumkin, J. 370
Bogdánov, A. 125, 137, 185
Bogolépov 54
Bonch-Bruévich, General 374, 452
Bourderon, 214
Briand, Aristide 224
Bronstein, Ana 20, 47, 162, 195
Bronstein, David Leóntievich 18, 21, 22, 23, 24, 29, 30, 40, 162
Brupbacher, F. 202n
Brusílov, General 420
Bryant, L. 319n
Bubanov, A.S. 278, 280n. 357, 360, 377, 397, 409n
Buchanan, Sir George 232n, 236n, 257, 284n, 320n, 321n, 326n
Budiony 382n, 426, 427, 440, 441
Bujarin, N. 145, 169, 182, 202, 221, 227, 310, 314, 315, 318, 344, 356, 357, 358n, 359, 360, 363, 377, 390, 446, 463, 473, 474n
Bulygin 120, 126

Carlos I, 383
Carr, E.H. 448n
Clausewitz, K. 215, 435, 442
Clemenceau, 393
Cloots, A. 359
Cromwell, O. 83, 250
Curzon, Lord 422, 423
Czernin, O. 178, 331, 333n, 334, 335, 336, 341, 346, 347, 349

Chernichevsky, 37
Chernov 237, 238, 254, 255, 257, 259, 363
Chicherin 210, 326, 328, 361, 393, 406n 419, 422, 423
Chjeidze 219, 221, 229, 235
Churchill, Winston 421

Dabski 428n
Dan, F. 71n, 190n
Dan, T. 89, 92, 108, 190, 287, 288, 376
Danton 250, 359
Darwin, Ch. 48, 49, 59
De Gaulle 436n
Debs, E. 228
Denikin, General 261n, 312, 314, 366n, 381, 392, 396, 397, 399, 400, 401, 402, 405, 407n, 408n. 410, 416, 417, 419, 421, 422, 423, 441, 446

Deutsch, Leon 71, 77, 80, 142n
Deutscher, I. 151n, 187n, 198n, 199n, 253n, 463n
Dibenko, F. 260, 373
Dickens 25
Dobroliúbov 57, 61, 96
Dostoyevsky 43
Doroshévich, V. M. 28, 29
Doumerge, Presidente 237
Drenteln 18
Dreyfus 259n, 435
Dubnov, S. M. 19n
Dujonin, General 322, 323, 324
Durnovo 35, 163
Dútov, Atamán 312
Dzerzhinsky, F. 280n, 282n, 285, 308, 344, 357, 360, 364, 370, 400, 425, 429, 474n

Eastman, Max 25, 27n, 28, 37n, 39n, 41n, 45n, 46n, 48n, 63n, 64n, 77n
Ebert F. 103n
Eideman 409n
Engels, Friedrich 18n, 30, 49, 69, 359, 364

Figner, Vera 17
Foch 393, 442
Fourier 225
Fox 359
Freud, S. 177, 183
Frunze, M. 408, 427, 440, 443

Gapón, Pope 113, 116, 152
Garvi, P. A. 32n, 76n, 141n
Glaser 216
Gneisenau 355
Goethe 25
Gogol 57, 58
Goltzmann, E. 451
Gorki, M. 57, 75, 137, 172n, 191, 243, 248, 257, 260, 268n, 280, 290, 393n,
Grebien, I. V. 22, 23
Grimm 247
Guchkov 229, 235, 237, 363
Guerea, Dobrodjanu 197
Guesde, Jules 76, 178, 196, 225
Guillermo II (Kaiser) 230, 232, 352, 355
Gumplowitz 45
Gúsev 397, 399

Haase, H. 174, 188
Hard, W. 321n
Hardie, Keir 178
Hasek, J. 216
Hauptmann, G. 57, 60n
Henderson, A. 434
Hervé, G. 214
Herzen, A. 32, 57, 61
Herzl, T. 81n
Hilferding R. 177
Hillquit, M. 228
Hindenburg 335, 352, 362
Hitler 81, 183
Hoffmann, General 327, 331, 334, 335, 336, 339, 341, 342, 343, 346, 349, 351, 352, 416

Ibsen, H. 57, 59, 60
Isáievich, T. 22
Ivanov 144, 163

Jaurès, J. 76, 174, 178, 179, 197, 201, 225, 409, 435, 436, 437, 438
Jinchuk 290
Jordania, N. 433
Jrustaliov-Nosar 130, 137, 143
Judson, General 326

Kakurin 409n
Kaledin, General 312, 410
Kalinin, M. 467
Kámenev, B. 169, 184, 185, 187, 239, 240, 255, 256, 258, 260, 263, 269, 270, 271, 272, 274, 278, 279, 280, 281, 282, 285, 306, 307, 308, 309, 310, 340, 344, 405, 409n, 464
Kámenev, S. General 396, 397, 398, 399, 401, 402, 403, 468n
Kámenschikov 384
Kamensky 390n
Kamkov, B. 367, 368
Kant, I. 48
Kaplán, F. 387
Karaján 239
Karpóvich 54
Kautsky, K. 97n, 98, 102, 137, 154, 173, 174, 175, 177, 185, 188, 433
Kerensky, A. 92, 130, 209, 237, 244, 255n, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 272, 273, 274, 276, 277, 279, 283, 284, 285, 286, 288, 303, 304, 306, 307, 312, 321, 322, 327, 336, 343, 357, 381, 383, 462
Kibálchich 17
Kliuchevsky 36
Knox, Sir Alfred 286n, 288n, 321n

Kolárov, V. 191, 213
Knuniants-Radin 125, 130
Kolchak 314, 383, 387, 392, 394, 396, 397, 398, 400, 405, 408, 414, 417n, 421, 452
Kolontai, Alexandra 191n, 210, 227, 278, 357, 463, 464
Kopp, V. 183
Kornílov, General 244, 262, 263, 270, 290, 312, 314, 321, 376
Kossior 344
Kovalevsky 36
Krasin 118, 119, 122, 124, 125, 126, 421, 422
Krasinski 132
Krasnov, General 303, 306, 311, 392
Krauss, Karl 176
Krestinsky 360, 364, 365, 400, 405, 419n, 474n
Krilenko, N. 260, 263, 279, 322, 324, 325, 374
Kropotkin, Príncipe 18
Krüge 350n
Krúpskaya, N. 65, 70n, 72, 77, 81n
Krzhizhanovsky-Clair 64
Kühlmann, Richard von 329n, 334, 335, 336, 337, 338, 339, 340, 341, 342, 346, 347, 348, 349, 351
Kun, Bela 370, 383
Kuniánts 143

Labriola, A. 49
Lamartine 265
Lapinsky 425
Larin, Y. 207n, 259, 451
Lashévich 277, 378, 390, 393, 397, 401, 406
Lassalle, F. 46, 159, 250
Lavrov 17, 42
Ledebour, G. 174
Lenin, V. I. 11, 31, 36, 37, 50, 54, 55, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 75, 76, 77, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 104n, 108, 114, 115, 118, 119, 120, 122, 125, 129n, 134n, 135, 137, 145, 151, 152, 155, 156, 157, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174n, 177, 181, 182, 183, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 202, 203, 204, 205, 206, 208n, 209, 210, 211, 212, 213, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 227, 234, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 246, 247, 248, 250, 251, 252, 253, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 264n, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 278, 279, 280, 281, 282, 285, 286, 288, 289, 290, 291, 294, 295, 296, 297, 301, 302, 303, 304, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 314, 315, 316, 317, 318, 320, 321, 322, 324, 328, 329, 334, 342, 343, 344, 345, 346, 348, 351, 352, 353, 354, 355, 356, 357, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 365, 366, 367, 368, 369, 370, 377, 378, 386, 387, 388, 389, 392, 393, 394, 395, 397, 398, 399, 400, 401, 403, 404, 405, 406, 412, 413, 417n, 419, 422, 423, 424, 425, 426, 428, 429, 433, 434, 435, 445, 446, 450, 451, 452, 454, 455, 459, 460, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 468n, 470, 471, 472n, 473, 474
Leopoldo de Baviera 333, 334, 353
Lérmontov 25
Liadov, M. N. 42n, 45n, 134n
Liebknecht, Karl 174, 175, 207, 213, 214, 232, 257n, 331, 413, 415
Littkens 124
Litvínov 419
Lizimir 277
Lockhart, Bruce 324, 325, 383n
Lómov-Oppokov, G. 278, 285, 357, 360
Lopujin 163
Lozovsky 184, 209, 211, 220, 221, 305n, 308, 460n
Lubomirski 132
Lubinsky 347
Ludendorff, E. 335, 352, 357n
Luis XV 18
Luis XVI 383
Lunacharsky, A. 69, 71n, 111, 135, 137, 158, 185, 187, 191, 209, 211, 239, 242, 244, 248, 251, 252, 259n, 260, 278, 301, 307, 309, 316, 461n
Lutovínov, Y. 460n
Luxemburgo, Rosa 97n, 137, 142n, 170, 171n, 174, 175, 188, 196, 207, 331, 413, 415, 429
Lvov, Príncipe 229, 230, 234, 235, 236, 237, 239, 246, 252, 321, 357
Lloyd George, D. 329n, 421

MacDonald, R. 178, 433
Maisky, I. 210
Majnó, Atamán 382, 397
Maklakov 237

Mámontov 441
Manuilsky, D. 209, 211, 212, 213, 220, 221, 239, 251
Maquiavelo 9, 13, 463
Marat 383
Marjlevsky, J. 425
Markin, N. 322
Martínov 81
Mártov, Y. 36, 54, 55n, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 75, 79, 80, 82n, 83, 84, 85, 86, 88, 89, 90, 91, 92, 96, 104n, 108, 110n, 119, 120, 121n, 130n, 135, 137, 143, 152, 168, 170, 171, 172, 184, 186, 187, 188, 190, 194, 201, 204, 205, 206, 208n, 209, 211, 212, 213, 214, 215, 221, 241, 242, 248, 259, 260, 275, 290, 291, 311, 314, 376, 409
Marx, Karl 18, 30, 36, 37, 49, 67, 93, 95, 105, 145, 146, 149n, 152, 157, 159, 183, 364, 431
Maupassant, Guy 57
Méchnikov 36
Medem, V. 71n, 76n, 79n
Mehring, Franz 49, 137, 174, 175, 185, 435
Mendeléyev 36
Menzhinsky, V. 191n, 389
Merrheim 214
Mescheriakov, L. N. 71n
Mezhlauk, V. 385
Mijailov 134n
Miliukov, P. 75n, 107n, 121, 122, 132n, 133n, 135, 136, 147, 168, 191, 193, 194, 229, 232, 235, 236n, 237, 247, 248, 257, 261n, 264n, 321, 363, 366
Miliutin, V. 269, 279, 282n, 285, 308, 451
Mill, John Stuart 36, 37, 45, 71n
Millerand 76
Mirbach, Conde 368, 370
Monatte, Pierre 214
Morgari, O. 212
Morizet, André 470n
Murálov, N. 388
Muraviov, Coronel 304, 383
Mussolini, B. 209

Napoleón I, 150, 355, 431, 442
Nekrásov 25
Nicolás I, 16, 19, 450
Nicolás II, 32, 36, 236, 357, 383, 384
Niessel, General 326
Nietzsche, F. 57, 58, 59
Noguín, V. 269, 285, 308, 309, 451
Nordau, Max 80
Noulens, J. 324n, 326
Novitsky, General 378

Okulov 389
Olgin, M. J. 175, 227
Olminsky 219
Ordzhonikidze, S. 433
Osinsky 456

Paléologue, M. 237n, 320n, 321n
Panteleiev, Comisario 385, 390, 395
Parvus (Helfand, A. L.) 97n, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 114, 115, 119, 120, 135, 137, 139, 142n, 148, 152n, 173, 207, 208, 219, 258
Pavlovich 84n
Peróvskaya, S. 17
Peshejónov 246
Piatakov, Y. 357, 360, 377, 452, 474n
Pilsudski, J. 348, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 426, 428
Pitt 359
Plehve 109
Plejánov, G. V. 18, 49, 54, 67, 69, 70, 71, 72, 73, 79, 82, 83, 84, 85, 87, 88, 89, 90, 91, 97, 99, 101, 108, 109, 137, 152, 156, 168, 187, 188, 196, 201, 204, 207n, 219, 250
Pobednóstsev 31, 35
Podrielov 286n
Podvoisky, N. 277, 373, 397
Pokrovsky, N. 134n, 191n, 210, 239, 256n
Popov, N. 182n, 184n, 430n
Potrésov, A. N. 36, 67, 72, 83, 85n, 89, 90, 219
Preobrazhensky, E. 456, 474n
Price Philips, M. 345n, 361
Pushkin 25

Rádek, Karl 202, 203, 210, 332, 333, 348, 356, 357, 358n, 362, 363, 366, 375, 425, 429, 435
Rakovsky, C. 196, 197, 210, 213, 368, 393, 398, 474n
Ransome, Arthur 414n
Raskólnikov, F. 245n, 253n, 255n, 260n, 261n, 270n, 385, 388, 399
Razúmnik, Iván 179
Reed, John 245n, 287n, 291n, 301n, 305n
Remarque, E. M. 216
Renner, Karl 177

Riazánov 183, 187, 209, 239, 306, 307, 308, 357, 363n, 365, 451
Ribot 320
Ríkov, A. 184, 269, 274, 308, 451, 460n
Robespierre 88, 89, 95, 98, 149, 359
Robins, Raymond 324, 345n, 358n, 364n
Rodzianko, M. 276
Rosengoltz, A. 385, 388, 399
Rosmer, A. 176, 214, 225, 226
Rothstein, Theodore 210, 423n
Rudzutak, I. 460n
Ruskin, John 57

Sadoul, J. 268n, 303n, 304n, 311, 317n, 319, 321n, 322n, 324, 325, 333, 369
Saint-Simon 225
Saprónov, T. 456
Savinkov 82n
Sazónov 109
Schastny 380
Schnitzler, Arthur 176
Schopenhauer, A. 45n
Schulz 435
Sedova, Natalia 77, 104, 117, 125, 164, 165, 167, 173, 175, 176, 182
Semkovsky 183
Serebriakov, L. 474n
Serge, Victor 470n
Shakespeare 29
Sháposhnikov 468n
Shaumián, S. 269
Shaw, Bernard 12
Schastny, Almirante 380
Shchedrín, N. P. 42, 43
Sherriff, R. C. 216
Shidlovsky, Senador 125, 130
Shliápnikov 388, 460n, 463, 464, 475
Shvigovsky, Franz 35, 36, 37, 40, 41, 46, 69, 100
Sklansky, E. M. 387, 388, 400, 425, 426, 432
Skóbelev 183, 198, 238, 239
Skoropadsky 361
Smidóvich 468n
Smilgá, I. 390, 397, 399, 401, 438, 439
Smirnov, I. N. 357, 360, 377, 385, 388, 399
Sokólnikov, G. 184, 210, 269, 278, 279, 306, 344, 361, 394, 408, 436, 474n
Sokolóvskaya, Alexandra 37, 38, 39, 40, 42, 45, 51, 52, 63, 77, 100
Spencer, Herbert 36, 59
Spentzer, M. 24, 25, 27, 28, 29, 32, 44, 175
Spiridovna 367, 369, 370
Stalin 11, 21n, 151, 152n, 155, 169, 172, 175, 182, 183, 187, 189, 197, 198, 199, 208, 219, 227, 253n, 269, 274, 278, 279, 280, 282n, 290, 306, 310, 315, 316, 317, 322, 344, 345, 353, 357n, 358n, 360n, 361, 385, 388, 389, 391, 394, 395, 397, 398, 399, 400, 401, 403, 404, 405, 408n, 418, 425, 426, 427, 430, 433, 434, 439, 445, 452, 456, 457, 460, 470, 471, 472
Stein, von 355
Stolypin, P. 142, 163, 168, 170, 172, 188n, 229
Struve, P. 66, 78, 96, 109, 110, 115, 136
Stürgkh 177
Sujánov, N. 131n, 235n, 238, 239n, 243n, 244n, 246n, 254, 255n, 259n, 260, 265n, 267n, 268, 278, 279n, 283n, 284n, 291n, 301, 304n
Svechin, General 437
Sverchkov, D. 130, 131n, 132n, 134n, 138, 141n, 143, 144
Svérdlov, Y. M. 79n, 269, 278, 280n, 282n, 285, 302, 308, 310, 315, 316, 317, 318, 353
Sviatoposlk-Mirsky, Príncipe 109, 111
Sipiaguin 75
Sytin, General 388

Tatíschev, Conde 322
Tchernov 387n
Teodorovich, I. 308
Thomas, Albert 225
Tijomírov 31
Todórov, Petko 193
Tolstoi, L. 25, 31, 54
Tomsky, M. 457, 460n
Trépov, General 17, 67, 126, 127, 128, 131, 163
Tsereteli, I. 237, 239, 250
Tujachevsky, M. 385, 386, 408, 420, 421, 426, 428, 431, 439, 440, 442, 444, 468, 469
Turati, Ph. 178

Uliánov, Alexandr 31, 74
Uliánov, Dimitri 78n
Uritsky, M. 183, 203, 239, 251, 280n, 282n, 344, 357, 360, 387
Urúsov 161
Uspensky, Gleb 56, 57, 61

Valden, Coronel 304
Vandervelde, E. 178, 212, 232
Vatzetis, J. 370, 372, 383, 388, 397, 398, 400, 401
Voitinsky 141n
Volodarsky, V. 227, 239, 278
Voltaire 48
Voroshílov, K. 382, 388, 389, 390, 394, 395, 398, 403n, 440, 443

Wheeler-Bennett 324n, 328n, 349n, 351n, 352n
Wilson, Presidente 203, 364, 393, 412
Witos, W. 428
Witte, Conde 126, 131, 132, 133n, 137, 141n, 142, 163
Wrangel, General 407n, 422, 423, 427

Yanovsky, Coronel 18, 19
Yegórov, A. 401, 420, 421, 426
Yermolenko 255
Yoffe, Adolf 157n, 183, 184, 239, 282n, 332, 350n, 357, 360, 364, 365, 455
Yudénich, General 396, 398, 402, 405, 406, 407, 419
Yurénev, K. 239, 252, 308, 388

Zaguin 401
Zalevski, K. 220
Zalutsky 390
Zamojski 132
Zarudny 261
Zaslavsky, E. O. 42
Zasúlich, Vera 17, 18, 67, 68, 69, 70, 72, 83, 84, 86, 87, 90, 92, 108, 219
Zelenói 32
Zetkin, Klara 137, 185, 188, 331, 429n
Zheliábov, A. 17
Zinóviev, G. 169, 206, 239, 253n, 255, 256, 258, 259, 269, 271, 272, 274, 278, 279, 280, 281, 282, 285, 308, 310, 344, 345, 353, 358n, 365, 378, 389, 394, 395, 406, 419n, 426, 459, 460n, 461n, 464
Ziv, G. A. 35n, 37, 39n, 41, 42n, 43, 44n, 45, 46, 48n, 49n, 51n, 52, 63n, 64n, 143, 144, 227, 228, 229
Zlydniov, P. 130, 138, 158
Zola, E. 57, 259n
Zubátov, Coronel 113
Zweig, A. 216

Nº 4784

Imprenta Madero, S.A.
Avena 102, México 13, D.F.
10-VI-1970
Edición de 5000 ejemplares
más sobrantes para reposición

nin y el bolchevismo, y su papel en la insurrección de octubre de 1917. También aparece como el primer diplomático de la Revolución y el fundador y organizador del Ejército Rojo. El relato alcanza hasta 1921, cuando Trotsky, entonces en la cúspide del poder, fomentó sin saberlo las causas de su propia caída.

En *El profeta armado* emerge Trotsky en su verdadera estatura, con toda su fuerza y todas sus debilidades, presentado como el personaje más romántico, heroico y trágico de la Revolución Rusa.

Obras de
Isaac Deutscher
en la misma
colección:

Trotsky, el profeta armado
Trotsky, el profeta desarmado
Trotsky el profeta desterrado
Stalin. Biografía política
La revolución inconclusa

ERA

El hombre y su tiempo

René Dumont: *Tierras vivas*

C. Wright Mills: *Los marxistas* [2ª edición]

Fritz Pappenheim: *La enajenación del hombre moderno* [2ª edición]

Pablo González Casanova: *La democracia en México* [2ª edición]

Isaac Deutscher: *Stalin. Biografía política* [2ª edición]

Isaac Deutscher: *Trotsky, el profeta armado* [2ª edición]

Isaac Deutscher: *Trotsky, el profeta desarmado*

Isaac Deutscher: *Trotsky, el profeta desterrado*

Charles Bettelheim: *La construcción del socialismo en China*

Charles E. Silberman: *El problema racial en Norteamérica*

Isaac Deutscher: *La revolución inconclusa*

Ernesto *Che* Guevara: *Obra revolucionaria* [3ª edición]

Jean Ziégler: *Sociología de la nueva África*

John Eaton: *El socialismo en la era nuclear*

Frantz Fanon: *Sociología de una revolución*

Régis Debray: *Ensayos sobre América Latina*

William Ash: *Marxismo y moral*

Roger Bartra: *El modo de producción asiático*

Ernest Mandel: *Tratado de economía marxista*

Gastón García Cantú: *El socialismo en México. Siglo XIX*

André Gorz: *Estrategia obrera y neocapitalismo*

Palmiro Togliatti: *Escritos políticos*

Adolfo Sánchez Vázquez: *Estética y marxismo*